

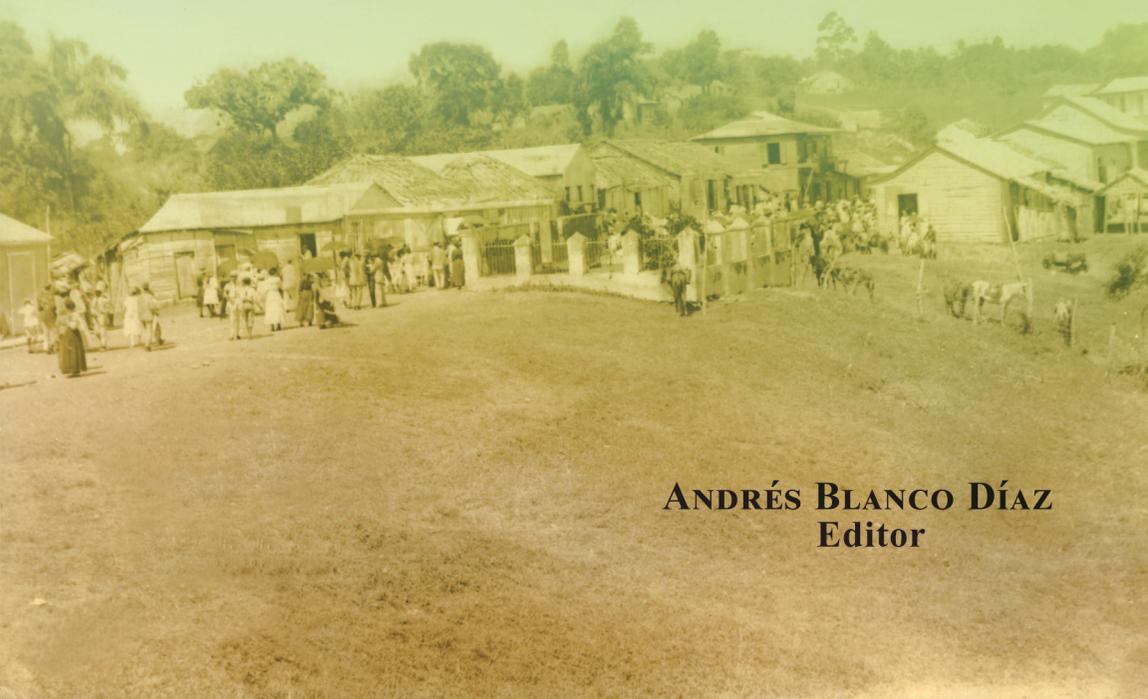
Archivo General de la Nación
Volumen CCCXXXVI

FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 5.

Antología I



ANDRÉS BLANCO DÍAZ
Editor



OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 5. Antología I



Archivo General de la Nación
Volumen CCCXXXVI

FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 5. Antología I

ANDRÉS BLANCO DÍAZ
Editor

Santo Domingo
2018

Cuidado de edición: Andrés Blanco Díaz
Diagramación y diseño de portada: Editorial Santuario
Motivo de portada: Fotografía antigua del poblado del Santo Cerro, en La Vega.

Primera edición, septiembre de 2018

© Federico García Godoy, 2018

De esta edición

© Archivo General de la Nación (Vol. CCCXXXVI)

Departamento de Investigación y Divulgación

Área de Publicaciones

Calle Modesto Díaz, núm. 2, Zona Universitaria,

Santo Domingo, República Dominicana

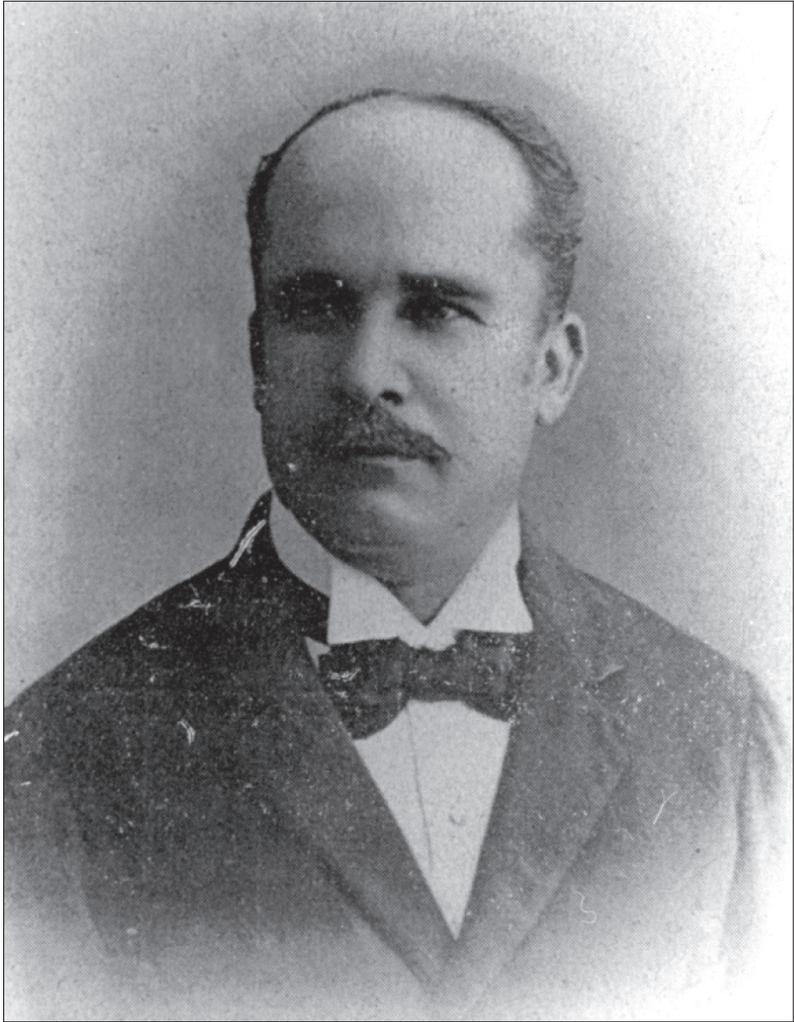
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110

www.agn.gov.do

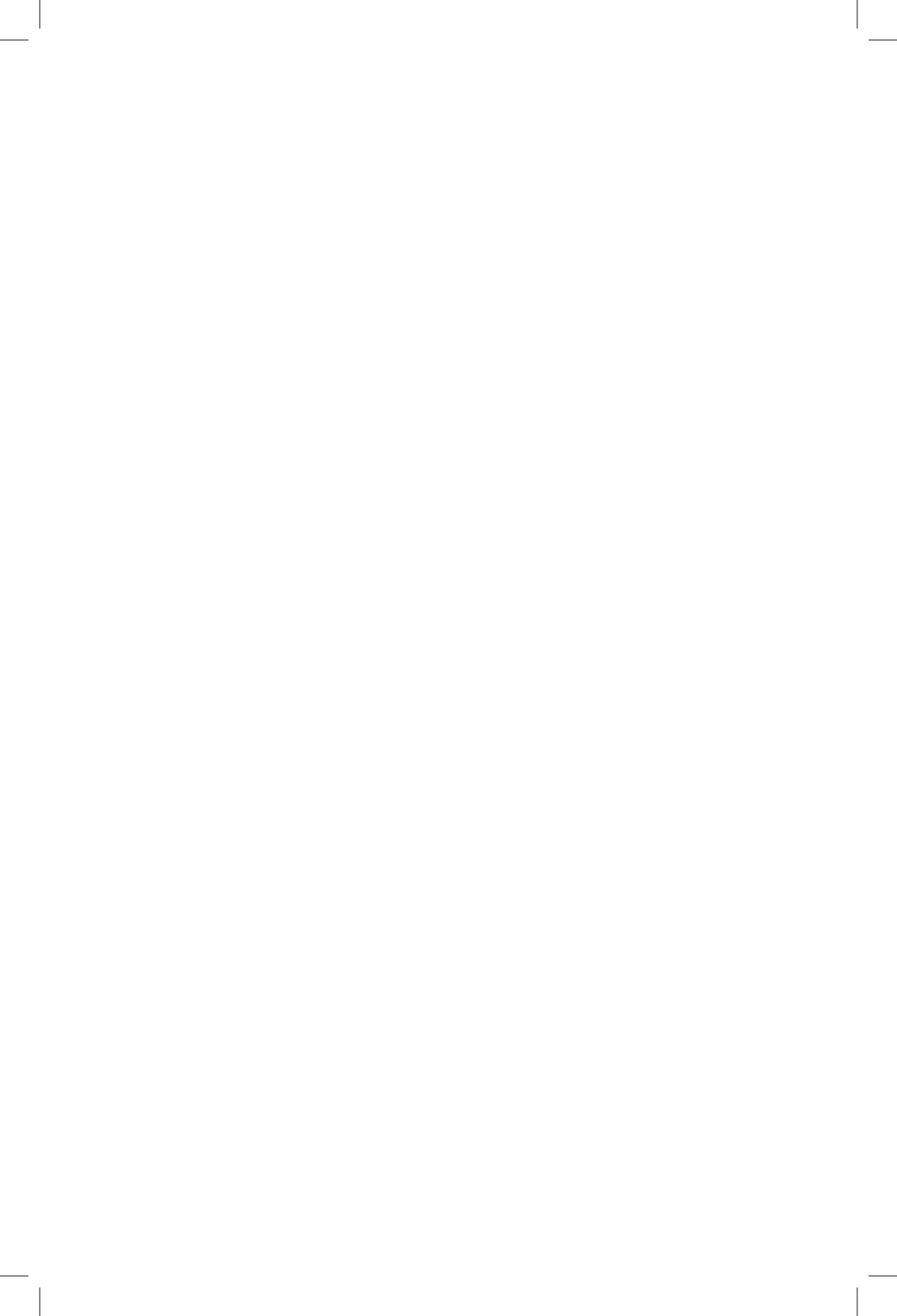
ISBN: 978-9945-9101-9-3

Impresión: Editora Búho, S. R. L.

Impreso en la República Dominicana • Printed in the Dominican Republic



Federico García Godoy.



Contenido

PERFILES Y RELIEVES

Pórtico	15
Emilio Castelar	17
Interior de un alma	21
Restos de Ojeda	25
<i>De todo un poco</i> . Colección de artículos cortos, por A. García Gómez	29
McKinley.....	33
Fragmento del libro en preparación <i>Narraciones cortas</i>	37
Homenaje. José Joaquín Pérez	41
<i>La reliquia</i>	45
<i>¡Miserere!</i>	51
Sebastián Emilio Valverde	55
<i>El jardín de los sueños</i>	59
Funerales de un héroe	65
El padre Meriño. Con motivo de la publicación de sus obras...	69
<i>La conquista de Jerusalén</i> . Novela por Myriam Harry	75
Alma desolada.....	79
De otros tiempos.....	83
<i>Primavera sentimental</i> . Poesías por Fabio Fiallo.....	87
<i>La orgía latina</i> . Novela por Felicien Champsaur	91
<i>La muerte de los dioses</i> . Por Demetrio Merezhkovski.....	97

LA HORA QUE PASA

Líneas	105
Liberalismo y jacobinismo	113
<i>Oro</i> . Poesías por Carlos Pío y Federico Uhrbach	119
<i>Cuentos frágiles</i> . Por Fabio F. Fiallo	125
<i>Juvenilia</i> . Por Federico Henríquez y Carvajal	129
<i>Sangre de primavera</i> . Por Tulio M. Cestero	133
Miguel Ángel Garrido (<i>Siluetas</i>)	139
<i>Galaripsos</i> . Por Gastón F. Deligne	145
Tolstoi y Shakespeare	153
<i>El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y Chile</i> . Por B. Vicuña Subercaseaux	159
<i>De mi villorrio</i> . Poesías por Luis C. López	165
<i>Dionysos</i> . Por Pedro César Dominici	171
La religión de la humanidad	179
Génesis nacional	191
Solidaridad hispanoamericana	199
<i>Páginas</i> . Por Joaquín N. Aramburu	205
Escritos de Espaillat	211
<i>Motivos de Proteo</i> . Por José Enrique Rodó	221
Concepto religioso contemporáneo	231
La personalidad política y la América del porvenir	243

LA PATRIA Y EL HÉROE

HOMENAJE DEL AYUNTAMIENTO DE LA VEGA
CON MOTIVO DE LA APOTEOSIS DE DUVERGÉ

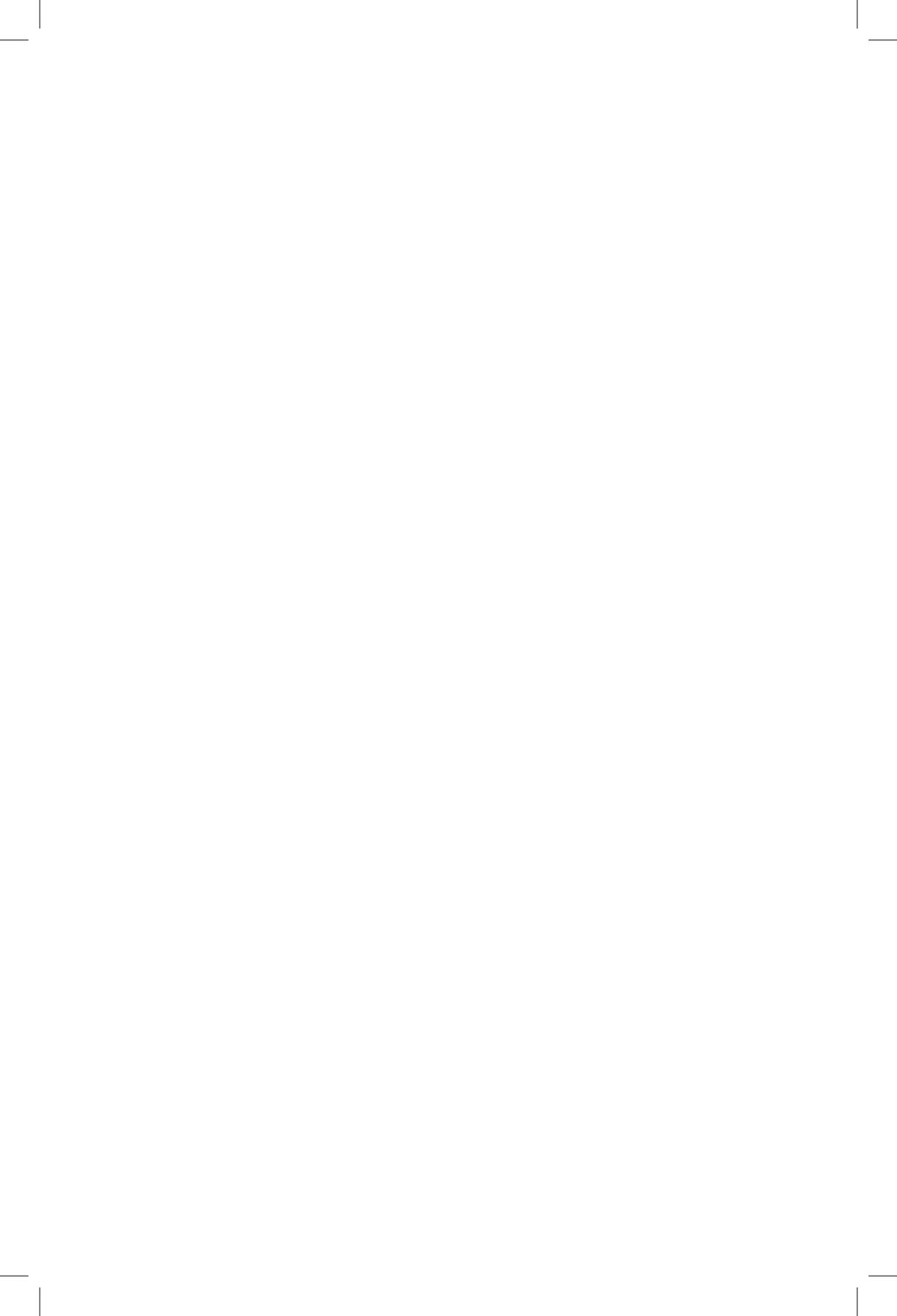
Antonio Duvergé	255
-----------------------	-----

PÁGINAS EFÍMERAS:

MOVIMIENTO INTELLECTUAL HISPANOAMERICANO

Ante el ara	267
<i>Letras</i> . Por Rubén Darío	281
<i>Puesta de sol</i> . Por Luis G. Urbina	289
<i>El porvenir de América Latina</i> . Por Manuel Ugarte	297
<i>Discurso del cinematismo</i> . Por F. E. Moscoso Puello	309

<i>Profesores de idealismo.</i> Por Francisco García Calderón.....	315
<i>La historia del Perú, tesis para el Doctorado en Letras.</i>	
Por José de la Riva Agüero	321
<i>Conferencias del Ateneo de la Juventud</i>	329
<i>Cantaba el ruiseñor.</i> Por Fabio Fiallo	341
<i>Ciudad Romántica.</i> Por Tulio M. Cestero	347
<i>Posturas difíciles.</i> Por Luis C. López.....	357
<i>Horas de estudio.</i> Por Pedro Henríquez Ureña	363
El libro de las incoherencias. Por A. Z. López Penha.....	377
Benjamín Vicuña Subercaseaux	383
<i>La evolución política social de Hispanoamérica.</i>	
Por Rufino Blanco Fombona.....	393
<i>Cuestiones estéticas.</i> Por Alfonso Reyes	403
<i>Les démocraties latines de l'Amérique</i>	413
<i>Simón Bolívar.</i> Por los más grandes escritores americanos	425
BAJO LA DICTADURA.....	437
LA LITERATURA DOMINICANA.....	459
Índice onomástico	503



PERFILES Y RELIEVES



Pórtico

*P*ara apreciar con relativa exactitud en toda su curiosa complejidad el actual movimiento literario, necesita el escritor indispensablemente poseer cierta flexibilidad mental que le permita, sin menoscabo del propio criterio, identificarse con diversos estados de alma, a menudo desconcertantes y con frecuencia contradictorios, para sentirlos y juzgarlos serenamente, sin derramar sobre ellos, de manera resaltante, el ánfora de sus simpatías, de sus preocupaciones y aun de sus códigos. No he creído nunca en la imparcialidad en el sentido estricto que se da a esta palabra. Cuanto escribimos, imprégnase siempre, con mayor o menor fuerza, del color de las ideas que nos dominan en determinados momentos, por lo cual no se requiere gran perspicacia para descubrir en lo leído las ideas o preocupaciones que de manera recóndita influían en el autor en el instante en que trazaba aquellos renglones. Creo sí en la sinceridad, en lo ecuánime del juicio, cuando quien lo produce, sin desprenderse enteramente, porque no es posible, de diversas influencias subjetivas, alcanza a contemplar, desde cierta altura, el conjunto de cosas que, visto desde puntos menos elevados, se le figuró de aspecto y forma diferentes, originando apreciaciones erróneas y fallos necesariamente incompletos. Recuerdo siempre las variadas impresiones que sacudieron mi espíritu la vez primera que pude admirar el grandioso panorama que se divisa desde

la cumbre del Santo Cerro. En gradación pintoresca, a medida que se asciende por la escabrosa y pendiente cuesta, van presentándose diversos cuadros que cautivan por su rica variedad de colores y formas. Pero, ¡qué impresión tan distinta, cuando terminada la subida, puede abarcarse de un solo golpe de vista, desde el pie del histórico Santuario, aquel imponente y maravilloso conjunto! Todos los paisajes que al subir se ofrecen a la mirada, vistos desde arriba, se funden en un todo de soberana e indescriptible belleza. A las sensaciones de poco antes, fragmentarias, parciales, luminosas u oscuras, sucede la impresión del conjunto, entera, cabal, completa. El detalle que al ascender parecía oscuro se aclara, la colina que tapaba una parte del paisaje se esfuma, la visión indecisa y borrosa de ciertos objetos se precisa netamente; entonces, solo entonces, es que podemos formar un verdadero juicio de cuanto aquilata y caracteriza la belleza y magnificencia de aquel incomparable espectáculo.

En cuanto me ha sido dable he dejado transparentar en estas páginas, que guardan palpitaciones de mi alma, la emoción más o menos intensa que han despertado en mí la contemplación de una vida, la lectura de un libro, la supervivencia de recuerdos que traía definitivamente enterrados. No se me oculta que, como hubiera deseado, no he podido hacer vibrar esa emoción en forma correcta y de verdadero relieve artístico. Núcleo solo del pasajero impresionismo, este libro, como tantos otros, parará bien pronto en el montón de las cosas efímeras, semejante a una de esas hojas secas que arrastra en su curso el viento de las melancólicas tardes otoñales...

Emilio Castelar

No recuerdo en qué periódico he leído que desde hacía algún tiempo se enseñoreaba del alma del gran tribuno onda y abrumadora tristeza, y que, después de su última grave enfermedad, en sus conversaciones íntimas, a menudo saturadas de infinita amargura, expresaba la creencia en el próximo término de su existencia, aguardando sereno el instante supremo de sentir sobre sus labios, por donde brotaron tantos raudales de elocuencia, el frío beso de la muerte...

La rota de Cavite y el desastre Santiago de Cuba lo habían profundamente conmovido. Despojada para siempre España de los últimos restos de aquel inmenso imperio colonial tan heroicamente conquistado en días de resonancia épica; vencidos, sin lustre y casi sin esfuerzo, por la superioridad numérica y por la superioridad de los elementos moderados de combate, los descendientes de aquellos audaces paladines medioevales que en las más apartadas regiones del planeta supieron colocar a inmensa altura el nombre español; viendo derrumbarse con pavoroso estrépito, al impulso incontrastable de enemigos hados, el soberbio alcázar lleno de tantos fulgurante recuerdos de gloria y de grandeza, la exquisita sensibilidad del gran orador sufrió, sin duda, golpe durísimo, y, como el árabe de la leyenda granadina al ver muertos a su lado todos sus compañeros de combate y expirante a sus pies su corcel de guerra, debió pedir al cielo con voces

clamorosas hiciese descender sobre su alma adolorida las sombras de esa noche polar interminable que a todos nos aguarda...

Cometió, como político, indudablemente, graves faltas, aunque quizás no sean tantas como las que se complace en arrojarle a la cara una crítica casi siempre apasionada. Muchas de ellas son harto discutibles. Sus inmensos servicios a la causa de la democracia en épocas azarosas son, a mi juicio, bastantes para borrar o aminorar sus hierros; y paréceme suficiente para granjearle el dictado de verdadero patriota, su resuelta actitud, en los revueltos días de la fugaz república española, frente al ejército indisciplinado, a la reacción carlista pujante como nunca, y a la demagogia desbordada amenazando reducir a menudos fragmentos la unidad nacional...

Y me expreso así a fuer de observador sereno, a quien no ofuscan ninguna clase de apasionamientos, pues he militado siempre en las filas de los tenaces e irreductibles adversarios de la manera estrecha y rutinaria de apreciar el ilustre orador ciertos trascendentales problemas antillanos, todavía, por desgracia, incompletamente resueltos.

Debo a Castelar momentos inolvidables de puro placer estético. Aún vibra en mi espíritu la emoción que experimenté, muy joven aún, cuando leí por primera vez la obra quizás más hermosa y artística del gran tribuno: *Recuerdos de Italia*. Sentí algo parecido a un deslumbramiento. Por mi retina pasaron, en sucesión mágica, todas aquellas ciudades italianas por él tan maravillosamente descritas; y admiré extasiado en la incomparable Venecia las torres bizantinas de San Marcos doradas por los últimos resplandores del crepúsculo, y, sumido en religioso recogimiento, medité sobre la nada de las cosas humanas en el grandioso cementerio de Pisa, y recorrí el Foro romano, portentoso teatro de grandezas jamás igualadas, y, sentado en frágil esquife, contemplé a Nápoles y al Vesubio humeando en medio de extensas y fértiles campiñas...

Otra de sus obras, que hoy me parece de escasa médula, la *Vida de Lord Byron*, fue como una especie de revelación para mi espíritu. El gran poeta inglés, de quien hasta entonces casi nada

había leído, apareció ante mi vista con toda su extraña originalidad, con todas las complejidades de su espíritu atormentado; y con interés vivísimo seguí todas las peripecias de su agitada vida, desde sus primeras travesuras infantiles hasta su muerte gloriosa luchando por la independencia de Grecia, de esa eterna patria espiritual de tantas inteligencias superiores. Dicho se queda que en aquella época de mi vida, época de formación literaria y que no habían venido el estudio y la reflexión a entibiar u oscurecer ciertos entusiasmos juveniles, no veía ni podía ver los grandes defectos de Castelar como escritor, fascinado por su lirismo avasallador, por sus brillantes imágenes, por la pompa oriental del lenguaje, cosas que me impedía en absoluto apreciar su relativa superficialidad, lo poco nuevo de sus ideas, y su impotencia para penetrar con desembarazo, a guisa de soberano, una intrincada selva de los más elevados conocimientos humanos, siendo en esto, a mi ver, inferior a Moreno Nieto, a Salmerón, a Sanz del Río, a González Serrano, y otras notables inteligencias españolas que, sin vértigos ni desfallecimientos, han subido hasta las más altas cimas del pensamiento filosófico contemporáneo.

En varias ocasiones he oído decir, en son de censura, que Castelar es un orador a la inglesa. Ya lo creo que dista bastante de serlo. No tiene, ni con mucho, la sobriedad, la precisión lógica, la profundidad del concepto, la atractiva sencillez que distinguen a muchos oradores ingleses, Macaulay, por ejemplo, quien se me figura insuperable en sus discursos pronunciados en el Parlamento abogando por la amplitud de los derechos electorales, y combatiendo con invencible fuerza ideológica la intolerancia religiosa. Pero confieso, sin vacilar, que me parece desprovisto de sólido fundamento crítico lo que algunos le achacan como defecto. Y es que, salvo casos aislados, rarísimos, la raza y el medio y ciertas circunstancias se combinan siempre en proporciones más o menos armónicas para formar el orador, y así Castelar, que es de primer orden, dígame lo que se quiera, reúne todas las mayúsculas y todas las exigencias que, en mayor o menor grado, caracterizan a todos los que en España cultivan con éxito resonante el arte de la palabra. Como nunca pude contemplar al egregio obrador émulo

de sus momentos en que hacía a su antojo vibrar al unísono con la suya el alma del conmovido auditorio, fáltame, para poder juzgarlo con entero acierto, el conocimiento de ciertos matices, de ciertos primores, debidos únicamente a la voz y a la acción, y que, por decirlo así, completaban su elocuencia dando al eximio tribuno verdadera y peculiar fisonomía oratoria.

Lo mismo en el libro que en la tribuna, Castelar es, ante todo y sobre todo, gran artista. Pero artista, entiéndase bien, espontáneo, vehemente, incapaz de domeñar el vuelo de su imaginación, sintiendo como pocos la magia de los colores vivos, de los tonos fuertes, en veces chillones; pero sin el dominio de las medias tintas, y sin nada de los refinamientos y exquisiteces tan en boga en estos últimos años. Fantasía caldeada por el sol meridional; naturaleza helénica pronta a recibir todas las sensaciones; alma impregnada de inextinguible idealidad; devoto convencido de la salvadora eficacia de las ideas democráticas, logró Castelar, como pocos, vaciar en sus discursos y en sus escritos toda la imponderable riqueza pictórica de su paleta, y acaso más que ninguno de los oradores españoles del presente siglo, resaltan en sus trabajos, en confusión a veces interesante, todos los grandes defectos y todas las excelencias y filigranas de la lengua castellana, así su anarquía sintáctica, sus irremediables anfibologías, como su reposada majestad, su agradable ritmo, la soberana fuerza de expresión que tanto la realza y distingue.

En el silencio misterioso de una tumba acaba de extinguirse para siempre la inspirada palabra del más celebrado de los oradores españoles. Triste, muy triste, debió ser su agonía, en esa misma riente Murcia donde con lágrimas del alma lloró la muerte de su gran amigo el poeta José Martínez Monroy, si al despedirse para siempre la vida miró surgir ante sus ojos expirantes la imagen de España vencida, desangrada, envuelta en los jirones de su muerto poderío, azotada por la reacción triunfante, que hoy se ensoberbece pretendiendo menoscabar las libertades públicas a tanta costa alcanzadas, y con la mano del cruel Polavieja encender, quizás, las apagadas hogueras inquisitoriales.

Interior de un alma

Cerré el libro después de leer por tercera vez el último hermoso capítulo, y me entregué a esa suprema voluptuosidad estética que consiste en repasar mentalmente lo que en la obra leída nos ha impresionado con viveza o conmovido con fuerza. Mariposeo de la fantasía, vuelo de la imaginación por espacios limitados, análisis reflexivo del entendimiento, meditación honda y duradera; todo eso y más produjo en mi espíritu, bien lo recuerdo, la lectura de aquel libro en que, bajo formas exquisitamente artísticas, palpita fuertemente todo el abismo de contradicciones y dudas en que se agita el pensamiento filosófico de nuestra época. La obra era de Renan, de uno de los siete maestros educadores de la actual generación, según afirma J. Leclerc en un libro bastante conocido. Declaro con ingenuidad que todo lo escrito por Renan tiene la facultad de cautivarme, de fascinarme en alto grado, tal vez por la tersura y belleza de su estilo, pues no se me oculta que su manera de pensar acerca de muchos altos problemas filosóficos revela solo un diletantismo refinado, un pensador cuya mirada traspasa poco la superficie de las cosas, sin ninguna de esas intuiciones geniales que caracterizan a Hegel, el último de los grandes metafísicos, y sin nada tampoco de esa elevada y metódica comprensión de los fenómenos sociales que tanto nos admiran en Augusto Comte, el fundador insigne del positivismo contemporáneo. No sé por

qué, pero con toda la sinceridad de que soy capaz confieso que hay momentos en que siento con irresistible fuerza la nostalgia de ciertas creencias ha mucho tiempo desaparecidas de mi espíritu. En mí choca a veces el razonamiento frío y severo con cierto sentimentalismo vago, todo él impregnado de cosas pasadas, que me esfuerzo en dominar sin casi nunca conseguirlo por completo. Y en esos raros momentos se produce siempre en mí un estado de alma propicio a recibir ciertas impresiones; y pasan por mi retina, a manera de visiones luminosas, formas de cosas a que rendí fervoroso culto en otro tiempo, y paréceme como que aspiro, con melancólica placidez, el suave perfume de los floridos días, ya lejanos, en que mi alma se deleitaba oyendo las inefables armonías del órgano bajo las bóvedas de los templos del viejo catolicismo...

Es admirable la manera como describe Renan la lucha que surge en su alma desde que la duda asoma en ella su perfil siniestro, sumergiéndose en vivas tribulaciones su conciencia de creyente. Su educación enteramente mística entre las brumas de la histórica Bretaña primero y sus serios estudios en el severo San Sulpicio después, parecían hacerlo refractario a cuanto fuera poner en tela de juicio los dogmas venerables que iluminaron, con fulgor vivísimo, sus primeros años. Y, sin embargo, poco a poco, lentamente, muy lentamente, empieza la sombra de la duda a invadir su cerebro. Cree al principio avasallarla; pero la duda crece y crece en su espíritu hasta dominarlo por completo. Entonces Renan –he aquí lo más admirable a mi juicio– sobre las ruinas de sus creencias para siempre perdidas, sin desfallecimientos cobardes, se irgue olímpicamente sereno, sustituyendo sus evaporadas creencias con un escepticismo dulce y resignado que le permite considerar la vida en sus manifestaciones todas con un optimismo en extremo envidiable, bien al revés de lo que ha pasado en casi todas las almas en que se ha efectuado la lucha íntima tan maravillosamente descrita por el eximio autor de la *Vida de Jesús*.

Bien sé que cuando una vez se ha perdido la fe es difícil o imposible recobrarla; bien sé que el frío del olvido lleva en sus

aguas sistemas religiosos que alimentaron durante largos siglos la aspiración a lo infinito de innumerables generaciones; bien sé que en el andar incesante del tiempo todo sufre inevitables transformaciones, aún la misma idea religiosa a pesar de estar dotada, quizás, de más fuerza de resistencia que ninguna otra; bien sé que a toda hora se proclama la necesidad de destruir todo idealismo religioso para dar lugar a una humanidad fuerte y vigorosa que, renunciando a la investigación del misterio que nos rodea, crea solo en la realidad de la vida tal como se nos presenta, y se concreta únicamente, en su ansia incesante de verdad, a la indagación de lo que cae de modo directo en la esfera de acción de nuestros sentidos... Bien sé todo eso; pero permítase por lo menos a quien siente todavía la muerte de sus primeras creencias, detenerse un momento en el sombrío camino, y volviendo hacia atrás la mirada, contemplar, siquiera por última vez, los frescos oasis de la fe cuya sombra bienhechora, en más de una ocasión, encontró el espíritu torturado alivio para sus penas y consuelo para sus dolores.



Restos de Ojeda

Hace algunos años dije en un artículo sobre el hallazgo de los restos de Alonso de Ojeda lo que sigue:

La personalidad del hidalgo de Cuenca ofrece al examen del observador rasgos característicos bien acentuados, y por lo demás bastante comunes en la mayor parte de los audaces aventureros que a fuego y sangre sojuzgaron el continente americano. Valeroso hasta un grado apenas creíble; astuto y acomodaticio cuando necesitaba serlo; rápido en concebir y más aun en ejecutar; poco o nada escrupuloso en la elección de medios con tal que estos le condujesen al logro de sus propósitos, aquel mozo discreto y de muy buen recabdo, como le llama el gran Almirante en una de sus cartas, aparece en primer término en el proceso histórico de la conquista de la Española, con contornos bien delineados, y puede presentársele como el primero, en el orden cronológico, de aquellos arrojados guerreros que, agujoneados por el deseo de adquirir alto renombre y de enriquecerse rápidamente, se encaminaron espada en mano y seguido cada cual de reducida hueste, a domeñar diversas comarcas del suelo americano; y tras recio lidiar derrumbaron en Otumba el secular imperio

azteca; franquearon colosales cordilleras y se adueñaron de ciudades asentadas al pie de los volcanes andinos; asestaron golpe de muerte a la sólida dominación incásica en el patíbulo de Cajamarca, y sostuvieron con los indomables araucanos, en las orillas del Bio Bio, la lucha gigantesca que cantó en versos inmortales la musa épica de Ercilla...

En casi todo el período de la conquista de esta isla vese siempre en lugar prominente al incansable paladín castellano. Antes que nadie aparece recorriendo en excursión depuradora las fértiles comarcas cibaenas; comanda luego los refuerzos enviados a la amenazada guarnición del fuerte Santo Tomás, donde sostiene poco después riguroso asedio; con gran arrojo y reprehensible ardid ejecuta la captura de Caonabo, el heroico defensor de la libertad de su raza; vence en reñido combate al valeroso Maniocatex en el mismo corazón de la Maguana, y a la cabeza de la caballería pone de su parte a la victoria en la decisiva batalla de La Vega, demostrando en todos estos empeños bélicos superior resistencia para soportar las fatigas y las privaciones de la guerra, notable facilidad para improvisar recursos, y un valor legendario, jamás discutido ni aún por sus más apasionados detractores.

Nótase, por supuesto, cuán prominentemente se destaca en nuestros comienzos históricos la figura de aquel valeroso caudillo. No es posible recorrer la relación de aquel tejido de grandezas y de crímenes, de aquel cuadro lleno de luz y de sombras que se llama la conquista de la Española, sin que a cada paso surja ante nosotros, en la extensa llanura, revestido de su férrea armadura, montado en brioso corcel de batalla, llevando el terror y la muerte a las filas enemigas, aquel hidalgüelo aventurero, de carácter turbulento, de ambición desmedida, de cuerpo raquíptico, en que, sin embargo, se albergaba un alma indomable jamás amilanada por los golpes del infortunio...

Por más que falta casi por completo a Ojeda aquella grandeza moral que con ansiedad buscaba siempre todo espíritu asentado en el culto de nobles ideales, y por más que brote siempre de nuestra alma un sentimiento de melancólica piedad al contemplar las apocalípticas desgracias de aquella valerosa raza quisqueyana por él tan duramente tratada, juzgo sobrado injusto negar a Alonso de Ojeda el alto relieve histórico que le corresponde, y más desconocer el papel importantísimo que desempeñó en el dramático cuadro de la conquista. Para mí Ojeda representa algo así como un pedazo de nuestra vida histórica, y pienso por eso que no podemos entregar sus restos sin desprendernos de algo que muy de cerca nos toca y que tenemos la obligación de conservar...¹

Tal vez me equivoque; pero cuando veo que en todos los pueblos cultos se acentúa de día en día más y más la tendencia a conservar intacto el tesoro de recuerdos que forman como el ambiente de su desenvolvimiento histórico; cuando miro en todas partes el afán con que se busca cuanto tiene relación con personalidades históricas más o menos discutidas; cuando noto en países más adelantados que el nuestro el valor que se da a todo aquello que sirve para dar luz sobre civilizaciones extinguidas, más y más siento arraigarse en mi espíritu la convicción de que cumpliríamos un deber no turbando en su lecho sepulcral las cenizas del batallador capitán Alonso de Ojeda.

No tengo inconveniente en decirlo con la sinceridad de que he hecho siempre alarde: mi opinión en estas materias es de un radicalismo á outrance. Si en mi mano estuviera, impediría con todas mis fuerzas la salida del país del más tosco ídolo indígena, de cualquier objeto, por insignificante que fuera, que directa o indirectamente se relaciona con nuestra historia. Creo, pues, firmemente que cada pueblo debe conservar con cuidado y esmero lo que posee en esas materias, y que, por consiguiente,

¹ El presente artículo fue escrito a causa de la discusión suscitada con motivo de la petición del gobierno venezolano de que le fueran entregados los restos de Ojeda. (Nota del autor).

obraríamos bien dejando los restos de Ojeda en donde están; en la tierra gloriosa donde transcurrió la parte más importante de existencia, donde el sol de la victoria acarició tantas veces su cor-tante tizona, donde apuró todas las amarguras de la desgracia, y donde, torturada el alma por los remordimientos y cubierto con el severo hábito franciscano, pidió depositasen su cuerpo yerto en sitio *en que todos los que entrasen fuesen sus restos lo primero que pisasen.*

1899

De todo un poco

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS CORTOS, POR A. GARCÍA GÓMEZ

He pasado un rato de provechoso solaz leyendo el libro que acaba de publicar mi excelente amigo Arístides García Gómez. Es tan raquíica y endeble nuestra incipiente literatura, produce tan poco, que es siempre motivo de justo alborozo para los aficionados a estas cosas, la aparición de un libro como este, de pura cepa criolla, bien escrito, y digno por varios conceptos de atraer por un momento la atención de la crítica. Arístides García Gómez, como bien resalta en su obra, es un joven modesto, sin asomos de pedantería, que tiene el raro mérito de decir sin circunloquios ni atenuaciones lo que siente y lo que piensa. Ser sincero, completamente sincero, es cosa de que alardea todo hijo de vecino que emborriona cuartillas para el público, pero que en realidad se ve en pocos, poquísimos escritores. En la mayoría de los casos, cada cual dice lo que le conviene, lo que no hiera las preocupaciones o los intereses de los más, y nunca, o casi nunca, lo que realmente piensa o cree. Me curo en salud manifestando, desde ahora, que no comulgo con una que otra de las ideas vertidas en *De todo un poco*; pero eso mismo me obliga a rendir tributo de justicia al autor encomiando, como se merece, la sinceridad que resplandece en todas las páginas de su libro.

Literariamente considerado, Arístides García Gómez no forma parte de la legión de escritores americanos que ofrendan las flores de su ingenio en aras de modernos ideales artísticos. De forma netamente castiza y un tanto arcaica, su lugar está entre los escritores, cada vez más escasos, que se esfuerzan en mantener el culto de lo clásico, conservando giros y expresiones que se usan ya muy raramente. En algunos pasajes de su libro abundan las frases de pronunciado sabor cervantino, y en otros, aunque ya por distinto concepto, adviértense reflejos y vislumbres lejanos de la manera literaria del insigne Fígaro. No se tome lo dicho respecto al lenguaje en son de censura, mas tengo para mí que de haber vaciado sus ideas originalísimas en moldes menos arcaicos, sería mucho más apreciado escritor tan insigne como Montalvo, quien, si es verdad que tiene fervientes devotos, como el *infrascrito*, no es menos cierto que para la mayoría es muchísimo menos conocido que otros escritores por completo incapaces de poner la ceniza en la frente del autor de *Los siete tratados*.

En los artículos consagrados a fustigar costumbres y vicios sociales, y son los más de la obra, la sátira, aunque siempre intencionada, no llega a herir, sino toca con bastante suavidad, sin levantar ronchas. Por ciertos rasgos peculiares de sus escritos, tiene Arístides García Gómez puntos de semejanza con dos conocidos escritores americanos: Sales Pérez y Emiro Kastos. Son muy contados los escritores que brillan en la crítica acertada de costumbres sociales, y ello se comprende fácilmente por andar, en todas partes, muy escasas las prendas que se requieren para ejercer con fruto tan delicado y peligroso. El autor de este libro tiene notables condiciones para ello. Lástima que a veces extreme un tanto su sátira al flagelar ciertos asuntos de palpitante actualidad, que si es verdad tienen sus puntos y ribetes de exageración e incongruencia, bien merecen por el objetivo de alta trascendencia social que entrañan ser considerados con menos severidad y más amplio espíritu de tolerancia.

No me encuentro autorizado para dar consejos, y creo también que el autor del libro no los necesita. Sí deseo sinceramente que siga produciendo conforme a su peculiar manera de ver y sentir las cosas, sin falsear por nada ni por nadie su idiosincrasia artística y sin dejarse seducir, como muchos por novísimos aspectos de la vida literaria para que así acentúe más y más su personalidad de escritor, que, a mi ver, es de las pocas que tienen verdadero valor entre nosotros.



McKinley

Principia mal el siglo para los conductores de pueblos. El oficio va siendo cada día más peligroso. Se vive, como McKinley, festejado, adulado, recibiendo ovaciones, contemplando, desde las alturas del Poder, el espectáculo de las pasiones humanas en incesante lucha; y de pronto, cuando menos se piensa, cuando menos se espera, en medio de la triunfal apoteosis, sin transición: súbitamente, estalla el rayo, y un pedazo de plomo detiene aquella existencia para siempre en su carrera de triunfos, y sobre tantos esplendores acumulados por el orgullo humano extiende la muerte presurosamente su fúnebre sudario... ¿Fue acaso un espíritu convencido que obraba a impulsos de un propósito civilizador de verdadera grandeza moral? El nombre de McKinley está unido al hecho culminante con que se cierra la pasada centuria. La guerra hispano-americana. Al recoger para su pueblo la mayor parte de los restos del inmenso imperio colonial hispano, pensó, tal vez, que cumplía un deber altísimo llevando el espíritu y las instituciones norteamericanas a gentes de razas distintas consideradas por él como inferiores a la suya, y que, por consiguiente, para arribar a ese fin era indispensable ejercer sobre ellas, a guisa de magisterio moral, una dominación que, desde su particular punto de vista, estimaba a todas luces beneficiosa y necesaria. La alteza de ese fin lo deslumbró, y acaso creyó que para llegar a él todos los medios eran buenos.

Ahí estriba su error. Su obra, la obra en cuya realización figura su nombre en primera línea, tal vez resulte sólida y civilizadora, quién lo sabe, pero es hija directa de la fuerza y se basa en la más desconsoladora injusticia...

En ese conglomerado étnico, producto híbrido del cruzamiento de diversas razas, que constituye en la actualidad la gran república del Norte, quedan apenas glóbulos de la sangre de los peregrinos de la «Flor de Mayo», verdaderos fundadores de aquella grande y floreciente democracia. Esta, por desdicha, sigue hoy, ensoberbecida por el éxito y por su gigantesco progreso material, orientaciones nuevas enteramente distintas de las que tuvo en su primera fase de desenvolvimiento. Parece como que en sus oídos resuena la misma voz misteriosa que impulsaba a los bárbaros del Norte a la conquista del viejo Imperio Romano, y disfrazando sus verdaderos propósitos con vanas palabras de humanidad y civilización, se adueña de nuevos territorios, se hace cada día más agresiva, y eleva altares al éxito alcanzado por la fuerza bruta, a despecho de las seculares tradiciones de respeto al derecho que parecían constituir hasta hace poco el nervio de sus admirables instituciones, en las que el orden y la libertad aparecen unidos en íntimo y luminoso consorcio.

Frente a ese gran pueblo, cada día más vigoroso y pujante, agítanse, estremecidas a ratos por convulsiones epilépticas, sin ideales, sin propósitos verdaderos de enmienda, casi siempre bajo el látigo torpe, muchas de estas repúblicas de origen hispano patentizando, no una inferioridad de raza, que no existe, sino una manera deficiente de comprender y practicar en todos sus variados aspectos la civilización moderna, resultado necesario de su escasa preparación para la vida nacional, debido, en primer término, al pésimo régimen colonial en que vegetaron durante prolongadas centurias. Para entrar de lleno en la vía del progreso moderno, hay que cerrar forzosamente la era de las funestas guerras civiles. No son esas las luchas que reclama nuestro tiempo. Sirven solo para interrumpir la marcha de la civilización, y esta empieza ya a no tolerar esas interrupciones. Hay que ser fuertes por el trabajo, por la ilustración, por la sensatez,

por la cordura, sucumbir sin honra y sin gloria. Estas repúblicas de nuestra raza tienen que probar ante el mundo que son tan aptas como cualesquiera otras para asimilarse las conquistas de la civilización, o, de lo contrario, según la conocida frase de un estadista inglés, resignarse de antemano a figurar irremisiblemente en el número de los pueblos muertos...

McKinley se ha dormido en el reposo eterno sin ver terminada enteramente la obra a que consagró todas las energías de su voluntad. El imperialismo norteamericano pierde con él su más caracterizado representante. No ha bajado al sepulcro circuncidado, como Lincoln, por la admiración universal, con su túmulo funerario cubierto con las rotas cadenas del esclavo; ni ha entrado en lo insondable, como Garfield, con todo el resplandor de una nueva vida apacentada siempre en la austeridad excelsa de un puritano de los antiguos tiempos... McKinley ha muerto oyendo los gritos de desesperación que lanzan las dispersas huestes que todavía luchan, sin esperanza, por la independencia del archipiélago filipino; ha muerto escuchando los clamores de Puerto Rico, sin personalidad política, sin verdadero gobierno propio, y las quejas de Cuba, constreñida, por la imposición de la fuerza, a soportar una especie de protectorado que falsea tristemente sus más caras aspiraciones... Aunque opuestos en ideas al que acaba de morir, respetamos en él al hombre convencido, que cree sinceramente estar cumpliendo un deber de patriotismo, cuando en realidad estaba vulnerando los más rudimentarios principios de equidad y de justicia. Ante su tumba recién cerrada nos descubrimos con profundo respeto.



Fragmento

DEL LIBRO EN PREPARACIÓN *NARRACIONES CORTAS*

Joaquinito Téllez era uno de los más asiduos concurrentes a la tertulia de las Rosales. Buen mozo, elegante y rico, tenía entrada franca en los más escogidos círculo de la ciudad. Hijo único de un acaudalado comerciante, que en todo lo complacía, cifraba su orgullo en vestir con estricta sujeción a los cánones de la inconstante moda, en poseer excelentes caballos, y, sobre todo, en inscribir a menudo el nombre de una nueva víctima en el ya largo catálogo de sus promesas amorosas. Malas lenguas aseguraban que tenía amores con Pepa Rosales, cosa que esta negaba con bastante firmeza. No fue mucho el fruto que sacó de los colegios en que estuvo; pero no era este el parecer de Don Joaquín, su buen padre, quien creía que su único vástago era un pozo de ciencia, suponiendo tal vez que los conocimientos del mancebo deberían estar en relación directa con el mucho dinero que en su educación había gastado. Leía con alguna afectación, y escribía con letra bastante irregular, aunque a menudo incurría en disparates fotográficos de a folio. Para hacer la apología de su sapiencia, baste saber que mientras estuvo en el escritorio del almacén de su padre no salió de sus manos factura o balance que no estuviese plagado de equivocaciones. Su deficiencia en otras materias era grandísima, lo que a decir verdad no le importaba un bledo.

Le gustaba politiquear con exceso, y así cada vez que la ocasión se presentaba, sin pararse en barras emitía su opinión sobre asuntos políticos de palpitante actualidad, por lo común en sentido netamente opuesto al gobierno, pues cuanto venía de arriba se le antojaba desprovisto de sana intención patriótica, indigno por lo tanto de acerbísima censura. Creía facilísima la curación de los males que aquejan al organismo nacional; creencia nada extraña en estos pueblos de origen ibérico, donde, cual más, cual menos, no hay bicho viviente que no se juzgue con los dotes indispensables para dirigir con felicidad y destreza la complicada máquina gubernativa... En los días de excitación, como en vísperas de elecciones presidenciales, cuando estas, caso raro en la historia nacional, se efectuaban con relativa libertad, era Joaquinito uno de los más asiduos en concurrir a las reuniones en que se laboraba por el triunfo del candidato de su preferencia. Claro está que en estas reuniones se reducía su papel al de mero espectador, pues a pesar de su conocida verbosidad, no era Joaquinito hombre capaz de subir a la tribuna para pronunciar fogosos arengas enderezadas a despertar el entusiasmo del impresionable auditorio, como hacían otros a quienes por esta causa miraba con admiración no exenta de un tantico de envidia. Es indudable que su carencia de ciertos conocimientos le impedía apreciar en su justo valor la trascendencia de aquellas frases retumbantes de *soberanía popular*, *democracia representativa*, *derechos inalienables e imprescriptibles* y otras de idéntico calibre que a menudo resonaban en sus oídos; mas ello no era óbice para que se asociara a las ruidosas expansiones a que con motivo de tales discursos se entregaba frecuentemente la concurrencia, ya que para él como para muchos de los circunstantes, toda aquella fraseología sonaba bien, más por la desazón que causaba a los del bando contrario que por lo que real y positivamente significaban las palabras. Pero el principal afán de Joaquinito consistía en pasar entre la gente como un nuevo don Juan Tenorio, logrando ser así considerado por algunos mozuelos de su laya, que ordinariamente formaban su séquito, y que, menos audaces y más faltos de monises que él, no habían podido realizar las

ruidosas calaveradas de que se ufanaba Joaquinito. De lo que continuamente propalaba respecto a nuevas conquistas femeniles, necesario era rebajar la mitad por lo menos, puesto que entre sus muchos defectos poseía el gravísimo de ser un tanto alabancioso. Agradábale en sumo grado referir sus hazañas, y lo hacía con mucha gracia y cierto desparpajo muy del agrado de su complaciente auditorio, compuesto regularmente de amigos de buen humor, veteranos como él en esta suerte de aventuras, para quienes siempre tenía palpitante interés el picante relato... En resumidas cuentas, solo se encontraba por completo satisfecho, cuando, por esto o por lo otro, se convertiría en el blanco de todas las miradas, y realizaba de esa manera su constante propósito de llamar la atención de cualquier modo.



Homenaje

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ

Evoco mis recuerdos, y paréceme todavía verle sentado en su despacho notarial, frente al viejo escritorio donde aparecían en curiosa mezcolanza libros de amena literatura y escrituras de ventas o de hipotecas, departiendo cariñosamente con los pocos amigos de confianza que casi de cotidiana manera solíamos pasar allí un rato de agradable tertulia. En aquella atmósfera de expansiva intimidad cada cual hacía derroche de elocuencia; se comentaban con absoluta libertad los asuntos del día, y, con frecuencia, dejaba José Joaquín caer de sus labios, sazonado con gracia, el interesante sucedido de reciente fecha o el chispeante chascarrillo bien salpicado con todas las sales de su fecundo ingenio.

Jamás hablé con él sin que a vuelta de algunas consideraciones sobre temas de palpitante actualidad, no fuera infaliblemente a parar la conversación a esa esfera superior del alma humana que se llama el Arte, donde, para ciertos espíritus, hay siempre manantial copioso de satisfacciones inefables... Olvidábase entonces el poeta del trajín de la vida diaria, del deber imperioso de ganarse el pan de cada día, y se desquitaba por un momento de toda esa sombría realidad expresándome su manera de pensar sobre las últimas producciones literarias que había leído. Recuerdo que la última vez que nos vimos hablamos largo

y tendido acerca del libro de Gabriel D'Annunzio, difiriendo bastante nuestros juicios al precisar el carácter y tendencia de las obras del insigne novelador italiano. En esos instantes recitábame a menudo versos suyos aún no publicados, y, honrándome, en un grado que sé no merezco, me pedía mi opinión sobre ellos, la cual, casi siempre, no era otra cosa que una aprobación entusiasta sin reservas ni restricciones.

Después de Salomé Ureña, era, sin duda, José Joaquín el primer poeta dominicano y uno de los mejores de este continente. Hundido ya, prematuramente, en la noche del no ser, solo vi entre nosotros, sin ambages lo digo, como único capaz de recoger su herencia, a Gastón Deligne, el cantor inspiradísimo de «Angustias» y «Mairení», dos joyas de raro valor, poeta de cuerpo entero, encadenado, por desgracia, a la prosaica vida del comercio, que le robó el tiempo que con tanto lucimiento pudo emplear en bien de las letras americanas.

En extremo instructivo sería un estudio que abarcase el examen concienzudo de toda la obra poética de José Joaquín, desde sus primeros versos pertenecientes a esa clase de poesía, tan común en América, que Enrique José Varona llama arrulladora en un selecto trabajo; poesía que constituye su primera manera literaria, si así puedo expresarme, y en la que culminan su hermosísima composición «La vuelta al hogar» y algunas de *Fantasías indígenas*, hasta estos últimos tiempos en que, sin falsear en nada el carácter esencialmente americano de su poesía, su fantasía creadora, ya en plena evolución, marca su cada vez más acentuada tendencia hacia el *modernismo* en «Contornos y relieves» y otros hermosos versos suyos donde se revela acabado parnasiano en cuanto a lo escultural y marmóreo de la forma, sin descender jamás a ciertas puerilidades y simplezas que algunos suelen poner por las nubes y que aplauden hasta desgañitarse ciertos críticos sietemesinos de última hora...

Mérito excelso de nuestro gran poeta, es para mí el haber sabido o podido, contra lo que generalmente acontece, desprenderse de ciertos hábitos mentales que con la edad tienden a arraigarse, y sin apasionamientos infecundos, conservando de lo

pasado lo que merece conservarse, con amplio espíritu ecléctico, en regiones artísticas recientemente recorridas por exploradores egregios, no extremando, ni incurriendo, como muchos, en deplorables excesos antiestéticos. Se puede sentir intensamente toda la voluptuosidad del color y de la línea, sin que para expresarla sea necesario recurrir a efectismos rebuscados, a perturbar de modo arbitrario y violento el ritmo, ni a confundir formas de arte que tienen su esfera de acción bien definida. Donde para el vulgo, para la inmensa mayoría, apenas se advierte algo que atraiga la imaginación, hay para el verdadero artista mundos de luz y de poesía. El toque está en descubrir esos mundos ignorados de la generalidad, sorprender la nota melancólica o alegre que de ellos se desprende, y encerrarla en moldes exquisitos para goce y solaz de las almas refinadas. Más que ninguno entre nosotros, tuvo José Joaquín esa visión superior de las cosas que solo posee el verdadero poeta. Por eso en sus armoniosos versos esplende con vivo colorido la riente naturaleza intertropical, palpita en sollozos de angustia el alma de razas extintas, y laten con fuerza muchos de los desencantos de esta época de egoísmos y de dudas en que, bajo un cielo sombrío, arrastramos penosamente la fatigosa carga de la existencia.



La reliquia

Eça de Queiroz, el insigne novelador lusitano, pertenece, con indiscutible derecho, al glorioso cenáculo de escritores modernos en que se tributa de continuo ferviente culto a la forma primorosamente artística, casi perfecta; al estilo de refinada nitidez, de contextura marmórea, terso, rítmico, pictórico, trabajado con la misma ansia de perfección, con el mismo exquisito cuidado con que cincelaban sus joyas admirables los grandes orfebres del Renacimiento. Y a todas esas notables cualidades de estilo que abrillantan como deslumbradoras facetas de rico diamante la labor literaria del autor de *El primo Basilio*, hay que agregar, como propiedad predominante, la frase concisa, de precisión verdaderamente extremada, y que, sin embargo, como se ha notado ya, le permite conservar la idea en toda su prístina espontaneidad sin menoscabo alguno de la completa expresión del pensamiento, y le deja campo apropiado para una espléndida floración de ricas imágenes, exactas, afiligranadas, sugestivas, rebosantes de fuerte colorido o de suaves y delicados matices.

Harto sé que muchos de los críticos que han hecho el estudio concienzudo de toda la producción artística de Eça de Queiroz, han encontrado entre esta y la del autor egregio de *Madame Bovary* varios puntos de semejanza y de contacto; circunstancia que ha hecho amenguar algo la justa fama del gran escritor portugués en el concepto de los que se han formado de

la originalidad una idea falsa o completamente exagerada. No seré yo, ciertamente, quien ponga en tela de juicio la opinión de tales críticos, pretendiendo negar la evidente relación intelectual que existe entre ambos escritores. De mí sé decir que más de una vez, al recorrer las páginas vibrantes de *La reliquia*, obra que acabo de leer y en la que abundan las descripciones de refinada sobriedad, de pasmosa exactitud y verdadera poesía, he sentido mi pensamiento, tan solo por ciertas resaltantes analogías de estilo, arrastrado invenciblemente hacia Flaubert, ese maravilloso artífice de la frase, de tal manera que sin que los argumentos, los personajes y las situaciones de ambas novelas se parezcan absolutamente en nada, ha resucitado en mi memoria todas las hermosas escenas de *Salambó*; y, como evocada por mágico conjuro, radiante y belicosa, tal como vive en aquel interesante libro, he vuelto a ver la gran ciudad cartaginesa, el poderoso y último baluarte de la civilización púnica, con toda su grandeza histórica, con sus costumbres feroces, sus fiestas sangrientas, sus odios seculares de familias ensoberbecidas...

Desde la primera hasta la última página de *La reliquia* resalta expuesta crudamente, sin eufemismos ni atenuaciones, la tendencia a fustigar, con implacable dureza, determinadas creencias religiosas... Esta obra, como tales otras de estos últimos tiempos, contiene radicales negaciones y pretende reducir a pavesas cuanto encierra de sobrenatural la leyenda de los orígenes del cristianismo. En el desarrollo del argumento, que en realidad tiene poquísimo valor y solo parece ideado para producir efectos chistosos, el autor prodiga los incidentes cómicos, los pasajes de vida libertina, en que se destaca, en primer término, Teodorico Raposo, el personaje principal de la novela, socarrón e hipócrita si los hay, siempre engañando con extremos de fingida devoción a su fanática tía doña Patrocinio de las Nieves, con el firme propósito de conquistarse por ese medio su benevolencia y hacer que caiga en sus manos pecadoras la cuantiosa herencia de la santurrona vieja. Y no se sale al fin con la suya, pues por un incidente jocoso que él mismo no se explica, se queda Teodorico con tamaño palmo de narices, y cogido, como quien dice, en sus

propias redes. En todo el curso de la narración, como chasquidos de látigo, parece que se oyen los golpes de una sátira cruel, sangrienta, a veces evidentemente exagerada... Aun admirando, desde el punto de vista artístico, toda la riqueza de colorido y todo el valor real que atesora esta parte del libro, que es la que ocupa mayor espacio, confieso francamente que todo ello no me ha causado, ni con mucho, el goce estético que las ochenta primorosas páginas del capítulo tercero, el nervio de la obra, a mi ver, en que con copia minuciosa de detalles, con verdadero saber arqueológico de buena cepa, se relata el *ensueño glorioso*, la visita hecha a Jerusalén por Teodorico Raposo «un día abrasador del mes de Vizam, siendo Poncius Pilatus procurador de la Judea. Elius Lamna legado imperial de Siria, y J. Kalapha Sumo Pontífice».

No surge de este admirable relato, con vigorosa fuerza plástica, con todo el relieve de su positiva grandeza, la serena figura del inmortal religionario de Judea. En la corriente del eterno olvido se han hundido muchos nombres resonantes a que las circunstancias del momento prestaron refulgente nimbo de la falsa inmortalidad; pero todavía atrae con hipnotizadora seducción, con el poder irresistible que emana de lo misterioso y desconocido, este Jesús tan combatido y tan negado, que en pugna de todos los instantes con las preocupaciones de su tiempo, con los intereses sórdidos y continuamente flagelados por su palabra encendida y persuasiva, se extingue serenamente en la muerte en holocausto de su idea redentora, y deja tras sí, como cristalización sublime de su pensamiento luminoso, el germen de fecundidad de que ha de brotar el movimiento de reforma social de más alta trascendencia que menciona la historia.

El sentimiento religioso, en el correr de los siglos, no ha esculpido jamás en la conciencia humana figura de tanta excelcitud moral como la del fundador del cristianismo. No me satisfacen por eso al querer explicar a Jesús, ni el mito mesiánico que sostiene Strauss basado en las investigaciones históricas y filológicas de la escuela de Tubinga, ni la figura de borrosos contornos que traza Renan con todo el poder de su talento, ni el

tipo de humanidad imperfecta que ilumina con mortecina luz, el cuadro de la Jerusalén histórica que con insuperable brillantez se describe en *La reliquia...* Podrá, si se quiere, despojarse a Jesús de la aureola de divinidad con que sobre el elevado pedestal de gloria lo veneran todavía millones de creyentes; y podrá decirsele, en momentos de profundo desaliento como Alfredo de Musset, en «Rolla»:

La dulce fe de tu bondad reflejo
 en mi cansado pecho ya no arde:
 ¡nacé en un siglo demasiado viejo,
 para creer en tí nacé muy tarde!

Pero nunca será tarde para admirar a Jesús como el modelo de más sublime perfección moral y como el consolador por excelencia de los humanos dolores; y a pesar de las mudanzas de los tiempos, el sentimiento humano la contemplará siempre, al través de la leyenda, sereno y majestuoso, bajo el palio de las tardes apacibles de Galilea, a la orilla de los caminos polvorientos, sobre las inquietas ondas del lago de Tiberiades, derramando, como lluvia de celeste luz, su verbo de amor, de tolerancia, de resignación y de consuelo sobre las almas tristes y angustiadas, y haciendo surgir ante ellas, como inmarcitable flor de redención, la consoladora creencia en la vida infinita, en los goces de la eterna bienaventuranza...

Cuanto se narra en el capítulo tercero reviste un encanto indecible, que va poco a poco infiltrándose en el espíritu hasta enseñorearse de él por completo. La descripción del viaje, en la alta noche, desde las márgenes del Jordán a las murallas de Jerusalén, y la llegada a la ciudad sacra toda resplandeciente de sin par belleza al romper el alba del 15 de Vizam, día en que han de ocurrir portentosos sucesos, es de notable mérito artístico, lo mismo que la conversación en casa de Gamaliel, donde el fariseísmo imperante representado por los sabios doctores del Sanedrín arroja sobre el Rabí Jeschona, el dulce Jesús de Nazaret, toda suerte de odiosas calumnias, todas las infamias que los

odios del sectarismo fanático o los intereses heridos suelen producir en parecidos casos, y las cuales, solo uno de los presentes, el esenio Gad, rechaza vigorosamente, con indignación mal disimulada... Palpitantes de vida artística aparecen las escenas que se suceden en el Pretorio; es magnífica la descripción del Templo, y entrañan vivo interés los curiosos incidentes con que la fantasía del autor borda el episodio en que se refiere la misteriosa desaparición del cadáver de Jesús.

Siento no poder extenderme más en la apreciación de este libro, que he leído con verdadera fruición estética y que me ha interesado de notable manera. No sé por qué; pero no obstante el tono festivo empleado en toda la narración y las múltiples situaciones cómicas que contiene la obra, he sentido desprenderse de ella un soplo de vaga tristeza, como si en sus páginas palpitase el dolor de un mundo envejecido, escéptico, próximo a rendir su último aliento... Verdad es que la porción más selecta de la literatura contemporánea se encuentra también influida por ese mismo espíritu de amargo pesimismo, de incurable desesperanza. El alma moderna, angustiada y enferma, profundamente perturbada por tantas ideas contradictorias que aspiran en vano a la posesión de la verdad siempre inasequible, se agita impotente en un piélago de vacilaciones y de dudas, y, desesperada, vuelve la mirada investigadora al horizonte oscuro, que contenía misterioso... Por esa circunstancia se me ocurre, a veces, comparar esa parte de la literatura de nuestro tiempo que tiene por musas inspiradoras el dolor y la duda, a un jardín hermosísimo, artísticamente trazado, lleno de flores exquisitas de coloraciones raras y de turbador perfume, de continuo cubierto por un cielo sombrío, de tonos intensamente grises, y oreado siempre por una brisa de acariciadora suavidad que trae en sus alas impalpables efluvios de desolación y de muerte.



¡Miserere!

En frase breve, de corte verdaderamente sintético, ha expresado Anatole France, ese artista exquisito y sugestivo por excelencia, esta observación hermosa y exacta: «no hay verdadera poesía sino en el deseo de lo imposible o en el sentimiento de lo irreparable».

Lo que generalmente se toma por poesía, no puede, ni con mucho, merecer nombre tan excelso. En lugar del sentimiento vivo y sincero, surgido con vigoroso brote al calor de una impresión honda y avasalladora y del que se desprende con natural espontaneidad la creación poética, adviértese, comúnmente, un sentimentalismo empalagoso, artificial, casi siempre imaginativo, del que fluyen copiosamente esas oleadas de versificación hue-ra y cansada que inundan casi de continuo las columnas de los periódicos hispanoamericanos... Como es natural, de tarde en tarde, de en medio de ese caos de puerilidades y extravagancias, brotan chispazos de verdadera inspiración, y no se necesita ser muy zahorí para comprender que quien los produce pertenece al escasísimo número de los privilegiados, de los poseedores de envidiables facultades creadoras, capaces, sin duda, de dar de sí obras de verdadero mérito. Estos mismos, desgraciadamente, marchan muchas ocasiones a tientas y rara vez aciertan a descubrir su anhelado camino de Damasco por acatar influencias malsanas o por seguir ciegamente los novísimos cánones de

estéticas aún no bien depuradas y por regla general pésimamente comprendidas.

«No todos pueden ir a Corinto», decían los antiguos; pero si esa frase encierra un mundo de verdad para muchos aspirantes a poeta, de Enrique Henríquez, el inspirado autor de «¡Miserere!», sí puede afirmarse que ha ido y que ha retornado de su peregrinación artística con la frente ceñida de laureles ganados en lid seria y honrosa... Produce poco, pero lo que produce tiene vigoroso relieve poético y aparece las más veces exquisitamente cincelado como joyel florentino de delicados esmaltes. Hasta ahora solo había revelado en sus rimas, sencillas y breves, sensaciones fugitivas, impresiones íntimas de pronunciado sabor erótico, que dan a sus versos, henchidos de penumbras y de anhelos, carácter personalísimo, como si fueran himnos improvisados y entonados a media voz por un sacerdote venusto, en la soledad de marmóreo templo pagano, a no sé qué deidad hechicera, de busto estatuario, de deliciosas morbideces... No imita a nadie; y si su vaso no es grande, bien puede ufanarse de decir, como un celebrado poeta francés, que «bebe en su propio vaso»...

De ese género de poesía no hay ni rastro siquiera en las magníficas estrofas de la composición que acaba de ser justamente premiada. La mariposa se ha convertido en águila, y del riente llano que recorría tras el matiz y el perfume de las flores, ha ascendido, con poderoso vuelo, a los espacios de donde se desprende atronador el rayo... No hay en «¡Miserere!» desmayos ni caídas. Parece hecha de una sola pieza, como estatua helénica labrada con un solo trozo de mármol pentélico. Producto de un estado de alma fielmente expresado, y por el cual ¡ay! hemos pasado muchos en estos últimos tormentosos años, vibra en esa hermosa poesía una emoción intensa y amarga, que poco a poco se adueña del lector capaz de sentirla... Angustia inmensa se enseñoorea del espíritu al pensar en las trágicas escenas que la guerra civil, sangrienta y pavorosa, ha hecho pasar ante nuestros ojos asombrados. Errores, impacencias, apetitos disfrazados con palabras retumbantes que solo tienen ya significación para gentes vulgares, han ido paulatinamente enfermando el alma

nacional, y, si así se sigue, si no se consolida una paz bienhechora y fecunda, si la excrecencia cancerosa del pesimismo sigue conquistando terreno, si no surge, oportunamente, el concierto armónico de voluntades que la obra de nuestra reconstrucción demanda, preparémonos a pasar por el más negro, por el más atroz de los infortunios: el de contemplar, con el alma destrozada, la extinción rápida o gradual, pero segura e indefectible de la gloriosa nacionalidad dominicana...

Con fulgores de astro, esplenden en «¡Miserere!» felices ideas, expresiones adecuadas y hermosos pensamientos, todo ello vaciado en la turquesa de una forma correcta, depurada de anfibologías, exenta por completo de ciertos neologismos de pésimo gusto actualmente muy socorridos. Mi criterio estético, tolerante y de manga ancha hasta cierto punto, no me permite seguir el conocido procedimiento valbuenesco de irse desalado tras ciertas nimiedades de carácter puramente gramatical o retórico: en materia de versos, cuando estos son buenos, como sucede en el presente caso, saboreo con vivo goce estético la impresión de tales o cuales insignificantes imperfecciones que puedan encontrarse en ellos. Respecto de «¡Miserere!» solo sé decir, con mi sinceridad de costumbre, que la he leído con viva fruición y que he encontrado magistralmente realizada en tan bella poesía esa admirable compenetración del fondo y de la forma que constituye, mi juicio, el timbre de más alta perfección que puede resplandecer en toda clase de producciones literarias.



Sebastián Emilio Valverde

I

Tengo ante mi vista su retrato, y paréceme contemplarlo de nuevo vivo y sonriente, con toda la prestancia de su figura arrogante y gallarda, de aspecto marcial, de rasgos bien acentuados, en la que se descubría cierta natural altivez sin asomos de afectación, como de hombre acostumbrado a dejar caer de sus labios frases de mando y a ver con desdeñosa indiferencia el triste espectáculo de las pasiones humanas en pugna mortífera e inacabable...

Le conocí en Puerto Plata, hace muchos años, en un salón de baile, envuelto en el ambiente de prestigio popular que le habían granjeado hechos bélicos recientes, y data desde ese momento la íntima amistad que nos unía. Por aquel entonces, bajo la acción del sol primaveral de los veinte años, florecían en mi alma los ensueños, revoloteaban en multicolor enjambre las mariposas de la esperanza, y, como bandada de aves canoras, emprendían el vuelo las ilusiones hacia esos espacios luminosos que la fantasía juvenil se complace en crear a despecho de las tristes e inflexibles realidades de la vida. El ala negra de la decepción no había aún rozado mi frente, y en mi pecho, como en sacro precinto, ardía la llama de inquebrantable fe en ideales ya

desaparecidos en la sombría noche del más acerbo encanto... En todo el esplendor de su belleza varonil, verdaderamente apolíneo, atraía él todas las miradas y levantaba a su paso murmullos de simpatía, como si su cabeza de efebo heroico, digna de un viejo medallón, se destacase nimbada por los resplandores del hecho de armas que acababa de realizar con una decisión y un arrojo propios de antiguos renombrados paladines.

A su alrededor se formaba una especie de leyenda, de resonancia épica, y, como rumores lejanos, parecían oírse los sonidos del clarín y los disparos de la fusilería, cuando se contaba cómo, ya casi vencida la revolución de que formaba parte, en momentos en que el desaliento llevaba su frío de muerte a todos los corazones, por un arranque propio de su alma espartana, seguido de un grupo de valerosos compañeros, se había adueñado por medio de un vigoroso asalto del fuerte de San Luis, ante el cual, convertido en apropiada base de defensa, vinieron a estrellarse los esfuerzos de los servidores del gobierno, haciendo así posible el completo triunfo de aquel movimiento revolucionario.

Las circunstancias nos hicieron encontrar después en muchas ocasiones, acrecentando de día en día el afecto que nos profesábamos, y por eso resonó en mí sombría y dolorosamente el ruido de la descarga que puso trágico fin a su vida ejemplar en el desolado campo de Los Amaceyes, y sentí como si mi alma, presa de honda emoción, se escuchara el fúnebre tañido de campanas distantes, despertando con sus melancólicos sonos todos los recuerdos del amigo inolvidable tan tristemente desaparecido en la lobreguez infinita de la muerte.

II

Era Sebastián Emilio Valverde una personalidad representativa, de esas que son tan escasas en nuestro perturbado medio social, donde, por virtud de múltiples causas, casi todas las actividades sociales, salvo pocas excepciones, tienden, con irresistible

impulso, a moverse en la esfera de acción pe lo que aquí llamamos política; de una política que en realidad dista mucho de merecer tal nombre, estrecha y rutinaria, cuajada de suspicacias y recelos, sin ideales, sin horizontes, y por completo favorable para el rápido encumbramiento de verdaderas nulidades, pues basada constantemente en un personalismo torpe e infecundo, no da ni puede dar de sí verdaderos estadistas, caracteres de vigoroso temple, idóneos para implantar progresivamente las radicales innovaciones que exige imperiosamente nuestro organismo nacional, ya han debilitado por causa de tantas y tan frecuentes conmociones intestinas.

Aprisionado Sebastián Emilio Valverde desde muy temprano, entre las estrechas mallas de la política personalista, pues difícilmente hubiera podido sustraerse a ella, si se atiende al medio en que vivía, demostró, sin embargo, en muchas ocasiones, que aquella atmósfera, letal para casi todos, no había menoscabado, ni mucho menos, las resaltantes cualidades de su carácter entero, como hecho de una sola pieza, y que él no era, ni podía ser uno de tantos...

Así, cuando pude escaparse definitivamente de ese ambiente, respirar aires más puros, entregóse de lleno al propósito de toda su existencia: conquistarse una desahogada posición económica por medio de la aplicación completa de sus facultades al trabajo, y espléndida confirmación de esto son las diversas empresas industriales que supo llevar a feliz término. Era cualidad característica de Sebastián Emilio Valverde la enérgica decisión de una voluntad acostumbrada a dominar las resistencias, y a vencer, cualesquiera que fuesen, los obstáculos amontonados en el camino. Poseía, en alto grado, eso que Stendhal llama acertadamente «la conciencia del yo». En las obras de carácter industrial que acometía, rara vez de equivocaba: sabía distinguir perfectamente su mayor o menor suma de utilidad, calculando y pesando con verdadera precisión las ventajas y los inconvenientes. Su ojo certero de hombre práctico veía siempre lo que para muchos permanecía oculto, y donde se creía que iba a fracasar ruidosamente, su conocimiento del asunto, su energía y su

tenacidad concluían, a la postre, por conquistare el galardón del triunfo harto merecido.

En su espíritu perfectamente equilibrado, no predominaban las influencias morbosas de un atavismo étnico que hace que en estos pueblos florezca, con vigoroso brote, ese lirismo romántico malsano que, casi por lo general, echa a perder o falsea ciertas facultades por completo necesarias para la lucha por la vida, para la positiva realización de ideales de verdadero progreso y de civilizadora influencia. Ese sentimentalismo exagerado que llevamos derretido en la sangre y que nos constriñe a subordinarlo todo a la primera impresión, dando por resultado, casi siempre, los desastrosos efectos de que después nos admiramos tontamente, había echado poquísimas raíces en Sebastián Emilio Valverde, en cuyas venas, por curioso contraste, parecía como que circulaban glóbulos de sangre sajona, por su probado desprecio de ciertas sensiblerías al uso, por su afición al lado práctico de las cosas, y por otros aspectos de su carácter que bien conocíamos cuantos le tratamos con intimidad durante largo tiempo.

Y por extraño conjunto de circunstancias que no quiero analizar ahora, esa personalidad de tanto mérito intrínseco, tan bien equilibrado, vino encontrar muerte de revolucionario oscuro, poco menos que abandonado, en una ceja de monte, casi sin poder defenderse, cuando su figura simpática aparecía a los ojos de todos como la de un gallardo justador en las luchas incruentas y salvadoras del trabajo ennoblecedor y fecundo, y cuando, de morir como guerrero, debiera haber sido en plena lid, atacando con su acostumbrado arrojo a las huestes contrarias, como en la trágica madrugada de aquel 12 de enero en que con decisión heroica clavó la bandera revolucionaria y las almenas del fuerte de San Luis.

El jardín de los sueños

Aún no se ha borrado de mi espíritu la impresión de honda angustia que me produjo la lectura de *El jardín de los suplicios*, de Mirabeau; libro extraño en el que se describen minuciosamente, con delectación morbosa, todos los procedimientos de dar la muerte inventados por la refinada crueldad de ciertas razas orientales... De sus páginas plenas de estertores y de gestos horripilantes, se exhala un vaho de olores nauseabundos, de cosas putrefactas, de sangre corrompida, que pone en constante tensión los nervios y amenaza inundar el cerebro con el oleaje del vértigo...

Instintivamente, por ciertas resultantes analogías del nombre de la obra, pensé en Mirabeau al recorrer los hermosos capítulos henchidos de sonoridades y coloridos en que Tulio M. Cestero ha vaciado su alma de artista moderno, compleja y refinada, a ratos deliciosamente escéptica, a ratos postrada, con fervores de creyente, ante los dioses efímeros que la falta de verdaderos ideales estéticos pone de continuo en adoración en los cenáculos de la vieja Lutecia... Pero diferentes, totalmente diferentes de las escenas de Mirabeau, son los primorosos cuadros de *El jardín de los sueños*. Dotado Cestero de verdadero temperamento artístico, hace derroche de un estilo subidamente pictórico en el que derrama, con mano pródiga, todas las flores, caprichosas y raras, de ciertos jardines intelectuales por

cuyas sendas, pobladas de misteriosos rumores, solo transitan, con místico recogimiento, algunas almas selectas, agobiadas por la nostalgia de ideales imposibles, y rebeldes por completo a muchos convencionalismos y vulgaridades imperantes en la vida social contemporánea.

Como a todo temperamento verdaderamente colorista, le sucede a Cestero preferir lo externo a lo interno, lo objetivo a lo subjetivo, obsesionado constantemente por el empeño de exteriorizar sus sensaciones en forma lo más original posible, donde las palabras entrañen más valor como signos aproximadamente representativos de notas y de colores que de palabras mismas. En el arte moderno, arte libre por excelencia, en el que campea el más radical individualismo, este procedimiento, cuando no se le exagera o desnaturaliza, antes amerita aplauso que pide acerba censura. Enterradas ya o poco menos todas las escuelas literarias que tanta polvareda levantaron en la pasada centuria, la personalidad artística se irgue libre de ciertas trabas, y, por lo general, busca derroteros poco conocidos que a veces la conducen al éxito brillante y ruidoso, y a veces, bajo el imperio de una preocupación a que todo se subordina, a la sombría celda en que vibra dolorosamente la estridente carcajada de la locura... La naturalidad, la sencillez, la claridad de la expresión, ayer, hoy y siempre, arguéntese cuanto se quiera en contrario, factores de primer orden en toda buena producción artística, reciben a menudo, injustamente, los dardos de algunos escritores de cepa modernísima, quienes influidos por determinadas circunstancias del momento, preconizan lo artificioso y raro como la prenda de más alta perfección que puede atesorar cualquier creación literaria...

Mi criterio estético, amplio y desembarazado por entero de dogmatismos de escuelas o de cenáculos, me permite seguir con interés las curiosas evoluciones del arte de actualidad, sin que lleguen a espantarme ciertas audacias, ya vulgares de puro repetidas, ni asombrarme muchos éxitos resonantes, que son, a mi ver, meros exponentes de un estado morbosos generado por mil causas distintas y necesariamente

transitorio... Y si la forma que cultiva con prolijo esmero un notable grupo modernista, adolece, en algunas ocasiones, por más vistosa que aparezca, de cierta monotonía producida por la repetición enfadosa de palabras de un vocabulario que empieza a gastarse, también en lo interno incurre en idéntica falta por la constante tendencia a inspirarse en ciertos asuntos, de los cuales, como de manantial inagotable, quiere sacar todas sus comparaciones, sus citas y sus imágenes. El primero y el mejor tratado tal vez de esos asuntos lo constituye el arte griego, expresión luminosa y armónica de una civilización que embalsaman de continuo las rosas de una eterna primavera, y que ha sido y será siempre el arte por excelencia, el arte típico, a causa de sus insuperables cualidades de sencillez, fuerza y armonía... En segundo término el Renacimiento italiano, momento histórico en el que el espíritu se postra de nuevo en actitud de adoración ante los rientes dioses paganos, y el cual, aunque mucho más próximo a nosotros, en el orden cronológico, que el arte clásico, es bastante menos conocido que este, salvo contadas excepciones, por parte de muchos que, sin pararse en barras, traen con frecuencia a colación personajes u obras artísticas de aquel interesante período de la historia humana. Para convencerse de la falsedad de ciertas citas y de lo exagerado de algunas cualidades atribuidas a guerreros y artistas de aquel tiempo, basta leer *Le Quattrocento*, por Philippe Monnier, obra hace poco publicada y en la que abundan todos esos detalles históricos que tanto sirven para determinar la verdadera y especial fisonomía de una época... Y en último lugar, por más moderna y más insustancial, toda aquella parte de la decimoctava centuria tan minuciosa y concienzudamente estudiada por los Goncourt. Hastiados del prosaísmo circunstante los Goncourt, como genuinos artistas, se fueron con el pensamiento a otro tiempo, y encontraron en los espléndidos jardines de Versalles los materiales para reconstruir, de pasmosa manera, un mundo artificioso y cortesano ya casi desvanecido en los horizontes del olvido... Pero aunque siempre me seduce el arte helénico cuando no

se le desnaturaliza o falsea, y siento a veces la poesía que emana del Renacimiento, confieso que ya me va fastidiando soberanamente esa monótona y fría pintura de damas elegantes y vivarachas y de abates galantes, improvisadores de lindos madrigales, que, con el más refinado sibaritismo, se entregan a fútiles expansiones en la soberbia residencia del Rey Sol y del corrompido y escéptico amante de la Marquesa de Pompadour.

La extremada inclinación a lo pictórico, pone a veces en algunos de los cuadros de Cestero coloraciones subidas, evidentemente exageradas. En «Sanguina», página de las hermosas de *El jardín de los sueños*, hace al principiar, extremando ciertos efectos, como derroche de la técnica del color particularmente en lo que al rojo se refiere, procedimiento que no sé por qué me hace pensar en aquel personaje de *Monette Salomón* que idólatra del color, «se pasaba las horas ante los escaparates de mineralogía embelesado con los azules de azurita de un azul de esmalte chino, con los lánguidos azules de los cobres oxidados, con los celestes de la lazulita que pasa del azul real al azul marino»... Pero descontando lo recargado de color de algunos pasajes, lo que indica no ser la sobriedad cualidad predominante de su pluma, esplende en todo el libro de Cestero una riquísima floración de imágenes bellísimas, de frases admirablemente cinceladas, suficientes para consagrarle como escritor notable poseedor de un estilo vibrante y sugestivo. Tonalidades suaves, delicadas, casi vaporosas, como copias de esos países de ensueños donde florece de la quimera, esmaltan algunos de los preciosos cuadros del libro, los que parece como que piden artísticos marcos de oro cuajados de deslumbrante pedrería. Tulio M. Cestero, a mi juicio, es, entre nosotros, la más fiel representación del arte literario moderno, de última hora, y ello con todos los aciertos y errores que cualquier espíritu perspicaz puede fácilmente descubrir en los aspectos más recientes de la evolución literaria. Lamento únicamente —y ya se empieza a notar— que su ejemplo eche a perder una turba de imitadores que, seducidos por la hermosa

brillantez de su estilo, se den inconscientemente a exagerar yerros, sin poder, ni mucho menos, alcanzar sus aciertos, que son muchos y muy dignos del aplauso de la crítica que, sin atender a distingos o dogmatismos más o menos abstrusos, y apreciando en su justo valor, con prudente eclecticismo, todas las formas artísticas privativas del actual momento, busca con amor la belleza allí donde se encuentra, lo mismo en el marmóreo templo que guarda los dioses del arte clásico que en la capilla bizantina, recargada de adornos y colores, en que ofician los más eximios representantes de los más recientes ideales artísticos.



Funerales de un héroe

Fue más que una gran manifestación de duelo; fue una verdadera apoteosis, que tiene un no sé qué de vaga semejanza a las celebradas en los grandes días de la civilización romana. Por las calles enlutadas, bajo lluvia de flores, va el glorioso ataúd seguido de inmensa y acongojada muchedumbre... El cuerpo helado del Héroe debió estremecerse en el fondo del lujoso sarcófago. Por más de tres días el alma de Cuba vibró intensamente, agitada hasta en lo más recóndito por la emoción que en los corazones bien templados produce el cumplimiento de un deber grande y excelso. La gratitud cubana ha estado a la altura de los merecimientos del caudillo insigne, del hombre que consagró la parte más fecunda de su legendaria existencia a luchar, sin vacilaciones ni desmayos, por el triunfo del ideal que sirve de luminoso coronamiento a la portentosa epopeya de la independencia americana.

Ante la tumba de Máximo Gómez han cesado por un instante las enconadas luchas de los partidos; han enmudecido las pasiones políticas, y los odios por ellas suscitados se han dado un momento de tregua... En la guerra fue lidiador incansable, estratégico sagaz, hábil en sus planes, seguro en sus combinaciones, firme y enérgico en el cumplimiento de sus propósitos; y así iluminó con los relámpagos de su gloria del uno al otro extremo de la tierra cubana y supo segar copiosísimo haz de laureles en

esos campos de batalla que se llaman El Naranjo, Palo Seco, Las Guásimas... Más tarde, conseguido el triunfo, cristalizado en hermosa realidad el grandioso ideal, en los momentos más angustiosos de su vida, quizás más difíciles que en los instantes más aflictivos de la guerra, demostró la grandeza de su alma heroica, su probado civismo, su carácter entero, rechazando en forma categórica y precisa cuantas insinuaciones tentadoras se le hicieron para decidirlo a aceptar la primera magistratura del Estado por tantos otros tan ardientemente ambicionada... Con clarísima intuición y con seguro golpe de vista comprendió que en el debate de los partidos, cuajado siempre de miserias y de infamias, su excelso nombre iba a servir de pasto a las bajas pasiones, y sobre su gloria, grande y sin máculas, los hambrientos, los ambiciosos vulgares, los vendimiadores oscuros, arrojarían a granel las torpes calumnias y los insultos cobardes de que tan pródigas suelen mostrarse la impotencia y la envidia... Reservóse por eso en la política cubana el alto y noble papel de mediador, de conciliador, y supo desempeñarlo a maravilla limando asperezas, aproximando intereses, aunando voluntades, restañando heridas.

¡Qué muerte tan hermosa! En América, por lo menos, aparece como el último héroe de una epopeya ya definitivamente terminada. Símbolo austero y brillante de un magno ideal gloriosamente realizado, se ha hundido en la oscuridad infinita de la muerte rodeado por la general admiración e intensamente llorado por la viva gratitud de todo un pueblo. Su blanca, su venerable cabeza se ha reclinado en el tranquilo sepulcro, dejando tras sí rastros de perdurable luz en la conciencia cubana, tal como el astro después de recorrer en día sereno su carrera se pierde en su ocaso envuelto en un ropaje deslumbrante de púrpura y de oro...

El Héroe ha muerto a tiempo. Cuando se ha dedicado la vida entera a la realización de un ideal, y este se ha conseguido, la vida parece que ya no tiene objeto, y entonces lo mejor es dormirse para siempre arrullado por el himno de entusiasta admiración de todas las almas generosas. De lo contrario, de

seguir viviendo, se corre el riesgo dolorosísimo de contemplar el ideal triunfante manchado por las suciedades de los intereses políticos del momento. ¡Héroe, héroe legendario, has muerto a tiempo! Has caído sobre tu escudo, como un paladín de la *Ilíada*, sin haber sentido en tu corazón la mordedura del áspid del remordimiento, ni el dolor infinito por el desencanto de la obra realizada que angustió el alma del gran Bolívar en su lenta agonía en las cercanías de Santa Marta!... La ola negra de que habla el poeta, el frío utilitarismo lo invade todo, y así se va poco a poco perdiendo la noción de patria, el concepto de nacionalidad, y los que aún no hemos renegado de ciertas cosas, vemos con el alma dolorida cómo se acerca el instante en que el alcázar de blanco mármol en que nos hemos refugiado con nuestros últimos ideales desaparezca también sumergido y despedazado por el irresistible oleaje del mercantilismo contemporáneo.



El padre Meriño

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE SUS OBRAS

A la mañana tempestuosa, encendida en iras tropicales, plena de latigazos eléctricos que deslumbran, ha sucedido la tarde, magnificente y serena, verdadera tarde autumnal, que va majestuosa, lentamente, desvaneciéndose en el crepúsculo gris precursor de la noche negra y silente... Así la vida accidentada y jugosa de este hombre singular, que, míresele desde donde se quiera, exhibe todas las facetas diamantinas de un carácter de temple recio, de sólida contextura, de esos que entran pocos en libra... Su palabra vibrante y sugestiva, expresión luminosa de su alta intelectualidad, no tiene, casi nunca, frescor de aura embalsamada que suavemente acaricia, sino acentos de combate, centelleos de espadas que chocan, condenaciones acerbas para todo lo que tiende a derribar la torre de marfil de sus creencias, que a veces recuerdan vagamente la cólera sagrada de los grandes profetas bíblicos.

Yo no sé si del lodazal de la política, que atravesó altivo y sin rehuir las responsabilidades como cumple a hombres de su temple, le han quedado salpicaduras, y si fueron más sus yerros que sus aciertos como gobernante. No pretendo ni quiero entrar ahora en el juicio de ciertos actos de su gobierno que unos anatematizan fieramente y otros consideran como dolorosas necesidades impuestas por la tensión extremada de las circunstancias

del momento. En realidad no se vive como se quiere, sino casi siempre como se puede. En momentos dados, es verdaderamente aplastante la fuerza combinada de ciertas circunstancias, por lo general determinantes de hechos evidentemente reñidos con altos principios de derecho y de justicia. No se debe extremar el juicio condenatorio, invocando principios absolutos, para hechos de índole especialísima, cuya monótona y desconsoladora repetición, ayer como hoy mismo, patentiza vigorosamente que la causa principal de ellos radica no en la crueldad o bondad más o menos conocida de algunos mandatarios, sino en vicios atávicos, en resaltantes deficiencias de educación social, en preocupaciones de índole diversa, en convencionalismos morbosos hondamente arraigados en el alma nacional...

Paréceme, no obstante, que si tales graves errores hubo en su gestión de gobernante, estos se atenúan hasta borrarse, yo así lo pienso, cuando se dirige la mirada sin que la enturbie ninguna pasión mezquina, hacia los dos actos que constituyen las más brillantes ejecutorias de su existencia como hombre público. Precisa transportar el espíritu al momento de alto relieve histórico en que el proceso anexionista, lenta y sigilosamente elaborado, va a convertirse en realidad desesperante, y recordar su gallardía catilinaria contra el egoísmo, pronunciada en instantes supremos, salpicada de acentos de acendrado amor patrio, que, en aquella memorable mañana, debieron caer, como plomo derretido, en el alma entenebrecida del futuro Marqués de las Carreras... Y más tarde, desde puesto elevadísimo, sus palabras a Báez, al cubrir este su pecho con la banda de la primera magistratura, purpurado todavía el suelo nacional con el abono glorioso de los muertos en la épica lucha por la Restauración de la República.

Y me refiero a esos dos hechos reveladores elocuentes del temple de su ánimo, pues si es cosa vulgar entre nosotros eso que se ha dado en llamar heroísmo, como es matarse unos con otros por un quítame allá esas pajas o por defender este o aquel caudillejo ignaro y presuntuoso con ínfulas de hombre de gobierno, es en cambio raro, rarísimo, encontrar en todo el curso

de la historia nacional, frente al poder convertido casi siempre en dictadura o a la pasión política desbordada, hombres de carácter entero y de verdaderas convicciones, capaces de asumir en momentos de suprema expectación la responsabilidad de decir en alta voz lo que estiman justo y conveniente para los intereses nacionales.

* * *

Como orador fácil y conceptuoso, de frase tersa y correcta, de elocuencia persuasiva y a veces conmovedora, no tiene aquí indudablemente quien lo iguale. Porque él es orador por encima de todo, aun en sus cartas pastorales, aun en su misma prosa periodística. La entonación vigorosa y la rotundidad de muchos de sus períodos como que piden la palabra acostumbrada a resonar en el ambiente de las asambleas políticas o bajo las bóvedas de la basílica cristiana. Yo le oí una vez, hace años, en ocasión solemne, y por su gesto, por su ademán, por la elevación del concepto y por la claridad y pureza de la frase, tuve la impresión de que me encontraba en presencia de un orador de positivo mérito, dueño en grado sumo de todas las excelencias del arte de dominar y conmover por medio de la palabra. Es su oratoria rica de savia clásica, como de quien se encuentra plenamente saturado de humanidades, de estudios inherentes a la carrera eclesiástica, revelando en ocasiones cualidades de artística y elegante sobriedad y en otras ciertas pomposidades y exuberancias peculiares del lirismo ingénito de la raza de que procede.

En su ortodoxia cerrada, incommovible, no hay resquicio por donde puedan introducirse ciertos titubeos que no se necesita ser muy lince para vislumbrar en la dialéctica de algunos pensadores católicos de estos últimos tiempos. Desde el reducto invulnerable de su fe, pasea su mirada de águila por el iluminado horizonte de la mentalidad contemporánea, dejando caer de sus labios frases de acerba condenación para las ideas que tienden sistemáticamente a destruir el dogmatismo católico. Su pensamiento filosófico, nutrido con la médula de

la apologética cristiana de los Padres de la Iglesia, tiene pocas vistas al campo donde la ciencia moderna, basada en la observación concienzuda y en la experimentación hábil y paciente, y desprendida enteramente de ese espíritu de sectarismo que todo lo exagera y malea, prosigue incansable su propósito de serena investigación de las cosas que nos rodean, su ardua labor de conocer todas las formas en que la vida se nos presenta, a fin de llegar a la posesión de la verdad, o, por lo menos, de la porción de verdad que pueden percibir nuestros sentidos que consiente la irremediable y absoluta relatividad de los conocimientos humanos. Tal como se revela el P. Meriño en sus cartas pastorales y en sus escritos de defensa dogmática, hay en él verdaderas convicciones, fe religiosa inquebrantable, ardiente amor a las enseñanzas cristianas, como si las hubiera estudiado con el mismo fervor con que lo hacía aquel religioso de que habla una crónica medioeval, al mediar la noche, en la soledad de un templo gótico, al mortecino fulgor de la lámpara que ardía ante el Santísimo...

Aun separado de él por un abismo de ideas, no puedo menos de admirar su fe robusta, la serena convicción que resplandece en cuanto sale de su pluma. ¡Hace ya tiempo que en mi alma entonaron su canto del cisne mis últimas creencias, y todavía, por virtud de no sé qué misteriosa fuerza atávica, hay momentos en que parece que quieren levantar la pesada loza que las cubre, para producir otra vez, bajo el sol de una nueva primavera, sus flores místicas de consuelo y esperanza! No sé si muchos que se encuentran en mi caso habrán pasado, al dar el último adiós a sus creencias, por idéntica dolorosa crisis, a la que ha conturbado mi espíritu en su penosa peregrinación al santuario, donde muestra solo una reducidísima parte de su faz resplandeciente esa diosa sublime, única digna de la veneración humana, que se llama la verdad. Por eso, viendo esa misma verdad poco menos que inaccesible, no teniendo fe en nada o casi en nada, mirando desfilarse en mi rededor la interminable caravana de cosas cuya explicación parece que deberá quedar eternamente en el misterio, respeto profundamente las creencias que forman el ambiente

moral de los otros, convencido de que no puedo darles en cambio nada que les sirva de eficaz consuelo para ciertos dolores, ni ninguna otra *buena nueva* que colme y satisfaga las ansias del espíritu en su perenne anhelo de lo infinito.

Sincera y vivamente deseo que este hombre ilustre, merecedor por más de un concepto del homenaje que acaba de rendírsele, pueda levantarse del lecho de dolores en que yace, para regocijo de los que vemos en él una intelectualidad de subidos quilates, que es honra y prez de este hermoso cuanto desgraciado jirón de tierra antillana. Que viva aún largos años; que la noche, la interminable noche polar de lo desconocido, no lo sumerja todavía en su negrura insondable, a fin de que pueda ver, si esto es posible, realizados sus sueños de engrandecimiento patrio; pues sería hondamente doloroso para él caer ahora en el gran surco, llevando en su retina la visión de la República desgarrada por las concupiscencias y ambiciones de sus hijos, precipitadamente caminando hacia no sé qué abismo pavoroso...



La conquista de Jerusalén

NOVELA POR MYRIAM HARRY

Helio Jamain, el sabio arqueólogo, ve por in cumplido su perenne anhelo. Con emoción intensa, con mirada ávida, escudriña a Jerusalén que se extiende a sus pies imponente y majestuosa... ¡Momento supremo! Desde la balaustrada de alto minarete, al amanecer de un día grandioso, aparece ante sus ojos, enclavada en la desolación del paisaje árido y triste que la rodea, la ciudad sagrada, palpitante de recuerdos históricos, con toda la venerable vetustez de sus ruinosas murallas, sus altas cúpulas, sus tortuosas y sucias callejuelas... Las rosas del ensueño místico florecen en el alma del sabio. Voces lejanas, voces de la infancia, han dejado en ella ecos duraderos. Los relatos de su piadosa madre, en tardes apacibles, en el jardincito de la casa materna, han nimbado, en su imaginación, de soberana poesía la leyenda cristiana, y cual paladín rezagado de las cruzadas medievales, moderno Godofredo de Bouillón, endereza sus pasos hacia los mismos sacros lugares en que, a modo de sosegado río de aguas eternamente puras, discurrió la corta existencia de aquel galileo casto y melancólico, sembrador de esperanzas y esparcidor de consuelos, que todavía sirve de faro salvador a muchas almas angustiadas.

En el cielo sereno, el disco solar empieza a derramar sobre la vieja ciudad toda la pompa de sus configuraciones, y ante ese espectáculo siente Helio Jamain emoción indescriptible, la emoción de extremada intensidad que solo se experimenta en determinado momento de la vida... Y en ese instante solemne, contemplando aquel abigarrado conjunto del que se desprende la profunda tristeza de las cosas muertas, sueña el sabio, desprendido de la abrumadora realidad, conquistar nuevamente la ciudad santa, no por la tizona fulgurante como los paladines de antaño, sino por medio de su talento puesto al servicio de un ideal de fe serena y de hermoso altruismo... Sí, todo aquello que parecía muerto podría animarse de nuevo con un soplo de vida intenso, y de aquellos paredones oscurecidos por la pátina del tiempo, surgir otra Sión resplandeciente de verdad y de justicia, con todo el mágico atractivo de su pasado histórico, de ese pasado que aún tiene el poder de fascinar hondamente muchos espíritus.

Presto, muy presto, empieza, sin embargo, a marchitarse al contacto de la realidad circunstante la flor del entusiasmo, y su fe de verdadero cristiano, impregnada de recuerdos de la infancia, va lentamente desvaneciéndose en el sombrío horizonte de la más amarga descreencia. La histórica cuna del cristianismo, la ciudad sagrada, preséntasele, a las pocas semanas de su llegada, como receptáculo viviente de fanatismos menguados llevados a un punto apenas increíble, como sentina de miserias horripilantes, y campo donde el sectarismo religioso, estereotipado en cien cultos diferentes, despliega toda la iracundia de sus rencores inveterados, pone en acción negras acechanzas, y da vuelo a toda suerte de infamias y maldades... ¡Qué horrible decepción! ¡Qué lejos, qué distante esa la ciudad, abrevadero de tantos horrores, de la ciudad ideal que flotaba en su imaginación, cuando los frailes lazaristas, en El Cairo, le pintaban con vivos colores, como obra a él reservada, la conquista nuevamente de ella para la fe ardiente y pura de los verdaderos creyentes! En todos los cultos, en todas las manifestaciones de aquel sectarismo intolerante e ignaro, no

vislumbró más que apetitos disfrazados con nombres pomposos, afán apenas disimulado de lucro, competencias del más refinado mercantilismo; todo un mundo de concupiscencias y egoísmos que en cualquier espíritu creyente debía producir el más triste y profundo desencanto.

Su matrimonio con Cecilia, la diaconisa protestante, no pudo llenar el vacío de su alma. De criterio estrecho, sierva de la rutina, saturada de tontos escrúpulos religiosos, plena de pueriles preocupaciones, aquella mujer intolerante y fría, no pudo jamás avenirse completamente con aquel hombre de temperamento ardiente rebotante de afectos, apasionado de la verdad, admirador de cuanto eleva y dignifica la personalidad humana. En su hogar aleteó por fin la desilusión, ave negra agorera de desdichas, y entonces el sabio, decepcionado de aquella mujer a quien había amado extremadamente, entregóse en cuerpo y alma a sus investigaciones, derrochando tiempo y dinero en exhumar fragmentos de ídolos, en descifrar viejos manuscritos, en preguntar a las ruinas sus secretos, recogiendo a la larga, tras triunfos efímeros, cosecha amarga de decepciones, contrariedades y sufrimientos, que paulatinamente fueron engendrando en su alma el fastidio de todo, el supremo hastío de la vida... Y así, al caer de una tarde apacible, buscó en el no ser la liberación definitiva, desplomando su cuerpo en el vacío, desde el mismo minarete en que había contemplado por primera vez la ciudad sagrada...

He ahí, en pocas líneas, el resumen del argumento de esta hermosa novela, más extensa de lo que debiera ser y deficiente bajo algunos aspectos, pero rica de fuerza descriptiva, de hermoso colorido local, y de pormenores realmente interesantes. En ella se pinta con fidelidad, a lo que parece, el estado actual de la ciudad en que despuntó fúlgidamente el ideal cristiano. En la narración hay caracteres bien observados, mientras aparecen otros de contornos en veces borrosos y muy endeblés desde el punto de vista psicológico. En algunos pasajes de este libro siéntese la emoción que origina la belleza artísticamente reflejada, y en todo él palpita con

fuerza, a pesar de la crudeza de ciertas pinturas, un idealismo alto y noble, que puede resumirse en estas palabras del conde Iblin de Courtenay, la figura más extraña y romántica de la novela: «un pensamiento noble puede dominar y transformar el mundo; defendamos, pues, el ensueño que forma parte de nuestra propia alma, defendamos la belleza y hasta defendamos nuestro sufrimiento!»

Alma desolada

El cordón de fugitivos tocaba ya el último repecho de la ruta montaña, detrás de la cual, al término de extensa llanura, que desparramaban las casuchas de destartelado villorrio, donde, tal vez, podría aún intentarse detener el avance victorioso de la hueste enemiga... Para el partido en que Aurelio militaba había resultado desastroso el rudo choque de aquella mañana. Aunque todavía se oían tiros lejanos, eran cada vez menos repetidos, lo que parecía indicar que la persecución, tan insistente a raíz de la derrota, iba siendo cada vez más floja. Aquella gente mejor que caminar iba escurriéndose como serpiente, sin producir ningún ruido, sin soltar casi palabra, llena de zozobra, y en los semblantes estereotipados la congoja y el espanto de la huida. El cansancio era grande, pero aún mayor el hambre, pues en todo este trágico día nadie había tenido tiempo de llevar nada a la boca.

El crepúsculo cubría ya con sus tonos grises el paisaje circunstancial, y había sombra, casi oscuridad, como si fuera de noche, en el fangoso sendero, entoldado de espesa arboleda, por donde se dirigía trabajosamente aquel asendreado pelotón de vencidos. Aurelio caminaba algo separado del grupo principal, como maquinalmente, meditabundo, siendo acaso el único de aquellos hombres que demostraba no sentir el acicate del hambre y la fatiga abrumadora de aquel caminar sin tregua.

Después del cúmulo de decepciones que había sufrido, aquel encuentro fatal, que daba al traste con las últimas esperanzas de su partido, era como el postrer responso entonado por el destino brutal sobre el cadáver de sus más caros ideales. Un hado adverso había siempre asignado entorpecimientos insuperables en la vía de sus aspiraciones de patriota convencido. Su vida de político terminaba en el más ruidoso fracaso. Todo había sido sueño, todo mentira, todo vano espejismo... Aquel pueblo que sus camaradas y él creían iba a insurreccionarse como un solo hombre y a cogerlos con los brazos abiertos para aventar del solio manchado de sus crímenes y sus vicios al dictador soberbio y engreído, no parecía por ninguna parte. Por donde quiera, tras la careta de vanas o falsas simpatías, solo habían visto en realidad gentes bien halladas con su servilismo, turbas ignaras postradas ante el becerro de oro, muchedumbres que solo se movían a impulsos de bastardos apetitos, de menguados personalismos.

Habían llegado ya a una parte del camino sin arboleda, completamente descubierto. Fijó Aurelio un momento la mirada en el espacio donde la pedrería sideral adquiría cada vez mayor refulgencia, y, como el héroe romano vencido en Filipos, experimentó la sensación de asombro al contemplar aquella noche serena, aquella tranquilidad majestuosa de la naturaleza, indiferente siempre ante los efímeros dolores humanos, mientras en su espíritu se desencadenaba la tempestad amenazando destruir hasta los cimientos del edificio que servía de albergue a sus más nobles pensamientos. Y sondeando bien su alma, registrando sus pliegues más recónditos, lo que más lo atormentaba, lo que vertía más acíbar en su creciente desconsuelo, era el pensamiento, en estado de nebulosa al principio, pero ya transformado en convicción sólida, de que el ideal soñado, el objetivo luminoso a que había consagrado su existencia, no era, ni con mucho, bien comprendido y apreciado por sus propios amigos, por los que aparecían adscritos al mismo lábaro, símbolo, en su sentir, de ingentes progresos nacionales... Por el contacto diario y el cambio frecuente de

impresiones íntimas con muchos de su bando, había notado con tristeza honda y desesperante que en ellos también sonaba a hueco la palabra patriotismo, era restricto y limitado a cierto oportunismo convencional el sentido del derecho, y falseada la idea de justicia cada vez que el interés particularista así lo exigía... Y esta triste condición, más aún que el escozor de la reciente derrota, sumergía su alma en piélago de desesperanza, haciéndole ver, con claridad meridiana, la inanidad de cuanto había hecho, de cuanto podía hacer por el triunfo de su causa...

En vano forcejeaba por desprenderse de los férreos tentáculos con que la realidad lo aprisionaba cada vez más. Por mucho tiempo había vivido en un mundo artificial, en plena idealidad, con el cerebro rebosante de quimeras, forjando a su antojo planes de progresiva transformación nacional, cuya implantación era cada día más difícil. Sin percatarse de la supina ignorancia en que vegetaba la masa y del indiferentismo cada vez más acentuado de la clase intelectual, factores ambos engendradores de un estado de alma sin la virtualidad necesaria para reaccionar decididamente en el sentido que él anhelaba, su errónea apreciación de las cosas, resultante de una psicología peculiar saturada de nubosidades románticas y lecturas clásicas mal digeridas, le había hecho creer, durante algunos años, en la posibilidad de congregar, en un momento dado, toda aquella incoherente masa social, y, sin preparación, por arte de birlibirloque, convertirla en agrupación consciente, capaz de romper con seculares preocupaciones y desprenderse, aun a costa de acerbos dolores, de ciertas resaltantes excrescencias atávicas.

Los fugitivos habían transpuesto la montaña, y atravesaban ya la vasta llanura. La oscuridad era cada vez mayor; y mientras los demás solo pensaban en llegar presto al poblado para reponer sus fuerzas agotadas por el cansancio, Aurelio continuaba meditando, y consecuencia de ello era agrandarse más y más la ancha brecha que el continuo desencanto y la más exacta apreciación de los hechos había abierto en el muro de sus ilusiones... Y por

eso, tras aquella derrota, la última lección de la realidad, solo pensaba en separarse de aquella gente, en aislarse de todo, en buscar un sitio retirado, de apacible quietud, donde vivir en paz, para, si aún era posible, imprimir otro rumbo a su vida, alejado para siempre de las recias e infecundas luchas del partidarismo político.

No muy lejos, a manera de puntos luminosos, brillaban dos faroles del cercano caserío, y se oían ya, con bastante claridad, los repetidos gritos de alerta de los vigilantes centinelas.

De otros tiempos

No existe ya la casita blanca, de persianas verdes, embalsamada de continuo por el aroma de las flores que, en el jardín contiguo, exhibían su pompa policroma, alegrando la vista con el lujo desbordante de sus variados colores y matices. ¡Oh la poesía melancólica de los recuerdos! Experimento cierto goce, salpicado de las tristezas, cada vez que con el pensamiento trato de reconstruir algo de lo pasado, algo de lo que aún vive, con fuerza inextinguible, en no sé qué ocultos rincones de mi alma. Esos recuerdos, en veces, se acumulan en ella de tal modo, que es fuerza despojarlas, siquiera por un instante, del sudario que los cubre, para que, en alado tropel, levanten otra vez el vuelo trayendo a mi espíritu los acariciadores efluvios de músicas lejanas, de anhelos extinguidos, de amores muertos para siempre...

Sobre la vieja tapia, ya principiada a debilitarse, que cerraba el jardincito por el lado de la calle, tendían las parietarias su manto de verdura, y frente a ella estaba mi sitio predilecto, el lugar desde donde, todas las tardes, podía a mis anchas contemplar a Luisa cada vez que aparecía en la ventana, entre tiestos de rosas, fascinándome con la renovadora perfección de las líneas de su rostro ovalado, en el cual, a manera de soles, dos ojos de negrura intensa despedían vivas calidades. Aquel amor, mi primero y más hondo afecto, nacido en noche primaveral, en

el bullicio de un baile, fue, en sus comienzos, a modo de hilo de agua que serpentea recibiendo el beso de las frondas, idilio suave y apacible, lleno de miradas, de misivas sentimentales, de dulces y prolongados coloquios, en el que dos almas se confundían castamente, sin sentir todavía el poderoso aguijón de las tentaciones de la carne... Imborrable, en toda la plenitud de su armoniosa belleza, digna del cincel helénico, impera su imagen en mi memoria, objeto de perenne devoción, como una de esas vírgenes que en ciertas capillas medioevales, a despecho del escepticismo contemporáneo, continúan recibiendo la pura oblación de muchos corazones heridos por el infortunio. En aquel entonces, ninguno de los dos podía pensar en unir definitivamente nuestros destinos. Era menester que antes atravesase yo briosamente la selva inexplorada de la vida, en persecución constante de la fortuna esquiva y voluble; y así, tras crueles peripecias, aquella pasión tuvo el obligado y doloroso desenlace que tantas otras... Por el ancho campo de la existencia cada cual siguió distinto rumbo, cual hojas caídas de una misma rama que toman opuestas direcciones. Obrero cansado de la labor cotidiana, gastado por el roce permanente de la lucha diaria, prematuramente envejecido más aún de alma que de cuerpo, permanezco todavía en pie ante el horizonte entenebrecido donde no irradia lumínar alguno, fija solamente la mirada en albo penacho, emblema del deber, que le marca el verdadero camino, como aquella columna de fuego de que habla la leyenda bíblica.

Con el hombre con quien se había casado se fue Luisa a remotas tierras del helado septentrión, y sobre su hogar, nido de virtudes, la dicha, hada bienhechora, vació con mano generosa cuantos dones se ambicionan ardientemente en este mísero planeta. Muy joven aún, cuando más risueña se le mostraba la vida, contrajo mortal dolencia, y en una tarde triste de invierno, en que los copos de nieve caían copiosamente sobre la tierra amortecida a manera de lágrimas, encerraron en negro ataúd el tesoro de su belleza y la depositaron en la oscura fosa de un cementerio de una gran ciudad norteamericana...

Allí duerme para siempre, bajo aquel cielo inclemente, a la sombra de árboles de espeso follaje, que, en aquella tarde invernal, a la luz de un sombrío crepúsculo, desprovistos de hojas, escuetos, semejaban, vistos a distancia, legión espantable de gigantescos esqueletos.

No hace mucho he vuelto a ver el lugar donde se alzaba, riente y atractiva, la casita blanca, formando curioso contraste con unos edificios vecinos, de aspecto vetusto, con aire de épocas lejanas, que les daba carácter como de cosas históricas, y que, vistos de noche, al escaso fulgor de viejos faroles, hacían brotar en ciertas almas toda una confusa fluorescencia de antiguas leyendas, de narraciones románticas leídas en libros olvidados, las cuales, por recóndita asociación de ideas y como evocadas por misterioso conjuro, tomaban de nuevo, por obra de la imaginación, formas corpóreas, indecisas, de raro aspecto, imitando vagamente caballeros ceñidos de férreas armaduras, damas arrebujuadas en negros mantos, monjes de faz demacrada, todo un mundo de seres que vivieron y edades ha tiempo extinguidas... De aquel hogar donde Luisa aparecía ante mi admiración apasionada, casi siempre vestida de blanco, semejando pura vestal encargada de mantener el fuego sacro del culto a la belleza serena y eterna, no queda nada, absolutamente nada... Un día la piqueta aventó todo aquello: casita, flores bien olientes, tapia agrietada, y en el mismo lugar ocupado por todo eso se mira hoy amplia y sólida casa de comercio, repleta de todo género de cosas de venta, donde, mañana y tarde, en divertida mezcolanza, entra y sale la gente.

Una sola vez he entrado en aquella tienda, y mientras los numerosos compradores se agolpaban ante el largo mostrador, mi mirada abarcaba todo el recinto, y mentalmente reconstruía la casita donde conocí a Luisa, y parecíame revivir de nuevo en aquellos días luminosos, henchidos de ilusiones y esperanzas... No quiero detenerme a filosofar sobre estas cosas. Sé bien que obedeciendo al eterno proceso dinámico de la vida, todo cambia y se transforma dentro y fuera de nosotros. La vida es movimiento perenne, vibración perpetua, y de ahí una transformación

incesante, que presta a las cosas, y la sucesión del tiempo, aspectos y formas diferentes. No me asombra, por eso, lo mudable de las cosas humanas, pero, a pesar de ello, de nada me sirve mi resignación filosófica cada vez que en lo más hondo de mi espíritu levantan su vuelo los recuerdos. Sangra entonces mi corazón, y se me figura, como en este instante, que torno a ver a Luisa, en la ventana, que adornaban tiestos de rosas, de la casita blanca, de persianas verdes, embalsamada a toda hora por el aroma de las flores del jardincito contiguo.

Primavera sentimental

POESÍAS POR FABIO FIALLO

Tras inútil resistencia, la noble ciudad acababa de ser tomada a fuego y sangre. En sus calles flotaba todavía la humareda del combate, cuando, como salido de esa nube, semejante a un dios mitológico, surgido ante mí, cubierto aún del polvo del camino, con la carabina en la mano y el machete en el cinto, el poeta suave y delicado de *Primavera sentimental*... A pesar de las graves preocupaciones del momento, aquella aparición inopinada del excelente amigo prodújome placer vivísimo, mezclándose bien pronto a esa impresión algo de vaga tristeza al ver con los arreos del guerrero, en medio del infierno dantesco de la guerra civil, a quien parecía hecho solo para contender en las justas de la excelsa poesía como mantenedor gallardo del bien, del amor y de la nobleza.

A raíz de aquel sangriento suceso, púsose en evidencia la nobleza de sentimientos que es cualidad predominante del carácter de Fabio Fiallo. Hormigueaban los rencores y ardían los odios, y él, encargado del mando durante breve tiempo, atajó, por un momento, el alud de venganzas, y no manchó su rápida gestión gubernativa con represalias injustas y crueles. Cerró los oídos a torpes acusaciones, hijas de la suspicacia y del recelo, y supo crear a su alrededor un ambiente de simpatías y de confianza que, en poco más de

una semana, restó fuerzas considerables al ya casi vencido movimiento revolucionario.

Los prácticos del momento, los tenaces adversarios de su política conciliadora y fecunda, pusieron el grito en el cielo enristrándole a toda hora, en son despectivo, las palabras de poeta, soñador, visionario... Y tengo la firme convicción que, de seguir en el mando, las hábiles y oportunas gestiones de ese *visionario* hubieran en poco tiempo conseguido la completa pacificación de la provincia. No pudo ser así desgraciadamente. En aquella pugna entre la moderación y la intransigencia, triunfó esta última de manera definitiva. Sus aullidos se hicieron cada vez más penetrantes, y el gobierno se vio en el caso de reemplazar a aquel bien inspirado funcionario, que fue acaso el único, en aquellos trágicos días, que supo ver claro desde el primer instante y proceder del modo y en la forma que indicaban con precisión las circunstancias. El edificio por él tan laboriosamente levantado derrumbóse con estrépito, y las medidas extremas solo tuvieron la eficacia de galvanizar las agotadas energías revolucionarias haciendo más prolongada y más sangrienta su agonía...

* * *

En los versos de *Primavera sentimental*, delicados, vaporosos, de corte finamente aristocrático, ha desgranado Fabio Fiallo las ricas perlas de sentimientos íntimos, de ardientes anhelos, de esperanzas irrealizables. No caldea su numen, siempre solicitado por emociones subjetivas, por afectos pasionales de duración momentánea, de carácter efímero, la inspiración alta, de resonancia social, de alcance trascendente, que ensancha e ilumina los horizontes del espíritu. Procede directamente de la estirpe intelectual que cuenta entre sus próceres egregios al atormentado autor del *Intermezzo* y al melancólico poeta de las *Rimas*. Tal vez caen también en su ánfora poética algunas gotas del vino, siempre delicioso, de Alfredo de Musset. Y ese parecido es poco en cuanto a ciertos matices de sentimiento que lo diferencian de aquellos poetas, pero es mayor en cuanto a cierto no sé qué

recóndito que a manera de sutilísimo perfume se escapa de su poesía, y en cuanto, aunque no con frecuencia, a ciertas no muy pronunciadas semejanzas de forma. Y cuenta que Fabio Fiallo sufre constantemente la obsesión de la originalidad, del empeño de exteriorizar en forma apropiada pensamientos nuevos o cosa parecida. La originalidad, en el sentido por completo exagerado que le dan muchos, no existe o poco menos... Lo que debe exigirse únicamente, en la hora actual, es que el poeta y el escritor puedan y sepan vaciar en moldes de exquisito valor artístico el metal hirviendo de emociones acentuadamente personales.

La impresión que produce la lectura de *Primavera sentimental* no da la idea de un poeta en plena posesión de la técnica de su arte, dueño de todos los recursos y resortes de la métrica, que ha recorrido ya todo o casi todo el ciclo de su desenvolvimiento lírico, sino de un poeta como en formación, que deja ver, por rasgos aislados, por resplandores intermitentes, pedazos de su alma, partes de ella, pero no su alma entera, en toda su cabal integridad. Bien es verdad que en este volumen faltan muchos versos publicados posteriormente. En la poesía de Fabio Fiallo se descubren muy pocos aspectos de su yo, fragmentos solamente de la escala de sensaciones por la cual ascienden los privilegiados a las cumbres excelsas del arte. Parece este poeta no haber oído nunca la sinfonía de las cosas, las voces misteriosas de la naturaleza. Nada sabe de susurro de hojas, de aroma de selvas, de rumores de río. Desde la reducida ventana de su torre de marfil, no ha dejado diluir su alma en la suave tristeza que emerge de cuanto nos rodea a la hora solemne de la caída de la tarde, ni ha contado nunca sus cuitas a las estrellas en las noches serenas y silenciosas... Tampoco vibra en sus versos la nostalgia de las épocas lejanas en que florecía el lirio de la quimera, en que los dioses se humanizaban hasta bajar a la tierra, en que, por feliz y armónico consorcio de la idea con la expresión, realizaba el arte un ideal de suprema belleza en el mármol de las maravillosas estatuas helénicas. En *Primavera sentimental* se ve un poeta casi uniforme, refractario a la poderosa sugestión, a quien solo preocupa la necesidad de amar, el encanto de compartir con un

ser querido las efusiones apasionadas de un corazón ardiente, que hace de la mujer el compendio y cifra de toda la existencia. Por eso escúchanse solo en sus estrofas estallidos de labios que se juntan, quejas de pasión, alaridos de celos, el prolongado lamento de los adioses definitivos...

Depende por lo regular el concepto que nos formamos del mundo exterior de la penetración de las miradas que dirigimos en torno nuestro. Hay que ahondar en la superficie, aunque todos no puedan hacerlo, si se quiere que la visión resulte más intensa, y sea, por consiguiente, el concepto más amplio y más exacto. El verdadero poeta busca siempre ese *más allá de las cosas*, que dijo Campoamor, y, nuevo Colón, adivina mundos luminosos donde la vulgaridad imperante ve solo la epidermis, el aspecto material de los objetos. Taumaturgo soberano, baja a profundidades desconocidas y extrae de ellas cinceladas estrofas. Por la virtud milagrosa de su inspiración, convierte los antros oscuros donde bulle y gime la miseria humana en mansiones encantadas de gnomos y de hadas. Siempre la verdadera poesía ha hecho vibrar intensamente todo mi ser. Pero suelo ser descontentadizo, tal vez en demasía, en achaques de versos. Por eso hace tiempo que no los hago, y por eso son muy contados los poetas que de veras admiro en esta época tan pródiga en versificadores dotados de mayor o menor habilidad técnica. En las estrofas de Fabio Fiallo nótanse, en ocasiones, cierto desaliño y ciertas ligeras imperfecciones de metro y de ritmo. No hay en ellas pomposidades ni arabescos; pero su poesía resulta siempre clara y atractiva, exenta de nebulosidades y de efectismos rebuscados. Su vocabulario poético es reducido, pero me parece preferible al de oropel de que, con frecuencia, echan mano muchos poetas de notoriedad harto discutible. En Fabio Fiallo creo superior el *conteur* al poeta. Pero sus versos me gustan, porque si es verdad que no descubren un alma entera de poeta, amplia y vibrante, dejan ver, por lo menos, ciertos hermosos pedazos de su alma, donde esparcen su suave perfume las flores de la eterna primavera de nobles ideas y de delicados sentimientos.

La orgía latina

NOVELA POR FELICIEN CHAMPSAUR

En los jardines de Silio, el amante de Mesalina, a la luz de lámparas multicolores que tiñen los objetos de erizados reflejos y al concertado sonido de laúdes, arpas y cítaras, desbórdase la orgía en alaridos de placer, en rozamientos lascivos, en transportes del más vivo frenesí erótico. El vino de Falermo corre copiosamente escanciado en cinceladas copas de metales preciosos... Y en estos instantes, figura evocada de algún aquelarre sombrío, aparece en medio de frondosa fiesta la vieja Geo, la egipcia adivinadora, desgüeñada y harapienta, en busca de Sapeos, el hijo querido, cruelmente vapuleado en tardes pasadas por los pretorianos en la Vía Apia, y que, como lo ha pensado su madre, aún no viene repuesto de los cortes recibidos, se ha introducido en la casa de Silvio tras Karysta la bailarina, su prometida, arrebatada en aquella tarde de su lado por orden de la cruel y voluptuosa Mesalina. La inopinada aparición de la gitana, cubierta de harapos, entre aquellos esplendores del lujo y del vicio, marca en los semblantes una impresión de estupor que bien pronto se trueca en indiferencia desdeñosa o en accesos de descompasada hilaridad. La anciana ve antes que nadie Karysta, la novia idolatrada Sapeos, casi desnuda, y quiere sacarla de allí... Mesalina se interpone, y ordena a los lictores que arrojen aquella vieja a la calle... Todos a una loan la clemencia de la

emperatriz con aquella bruja digna por su inconcebible audacia del más horrendo castigo. Pollion, el viejo senador, corrompido y degradado, se incorpora en el muelle triclinio, y murmura esta frase, que descubre todo estado de alma: ¿que será del imperio si hechos tan graves permanecen impunes?

De las páginas de este libro, a manera de fuerte ajeno, chorrea el sensualismo, un sensualismo que trastorna y enloquece, preñado de refinamientos civiles y de increíbles depravaciones. De esas páginas como que se alza fuerte y vibrante un himno a la lujuria, entonado en un templo de Afrodita por coros de hermosas mujeres en todo el esplendor de su olímpica desnudez. Mesalina, figura principal del relato, no resulta en él simplemente una mujer más o menos corrompida, sino, como se ha propuesto el autor, la personificación, el símbolo de la lujuria, que, como filtro embriagador, ahuyenta la razón, enardece los deseos y compendia toda la dicha humana en los estremecimientos voluptuosos de espasmo... Es ella, Mesalina, la misma depravada emperatriz que, al decir de grandes historiadores, se deslizaba del lecho imperial, y, protegida por las sombras nocturnas, corría a prostituirse con gladiadores y soldados en los inmundos burdeles de los barrios más retirados. Ante ella, formando contraste, en medio de aquel ambiente de desenfrenado libertinaje, que parece como el signo precursor de la disolución de aquella sociedad, se yerguen, puras, ideales, flores del sueño, la bailarina Karysta y Foliola la cristiana. Y detrás de ellas, asoma su torso robusto, su fuerte musculatura, el egipcio Sapeos, sencillo y virtuoso, alma de niño en cuerpo de Hércules, con quien Mesalina, enamorada, delirante, agota todas sus artes de seducción sin lograr hacerlo caer en sus brazos.

No se puede sentir toda la vida de una civilización extinta sin amarla de manera intensa, con amor de artista. La curiosidad del erudito, del historiador, podrá descubrir en las líneas de viejos manuscritos y las piedras de monumentos seculares que se derrumban, pormenores interesantes de la vida de aquella sociedad; podrá reconstruir, con pasmosa exactitud, como

Mommsen, toda la complicada trama de la urdimbre social de la civilización romana, con cuanto integra su fisonomía étnica, caracteriza su copiosa y potente legislación e imprime peculiar aspecto a sus diversas y trascendentales fases históricas... Pero ese frío y severo análisis no basta al artista. Hay que penetrar con toda el alma en la vida afectiva de aquella civilización hasta tocar con la esencia misteriosa que la anima y magnifica. Precisa para ello echar a un lado, siquiera momentáneamente, el cortejo de preocupaciones y convencionalismos imperantes, y, sin prejuicios ofuscadores, aproximarse lo más posible a seres y cosas de aquel tiempo, asimilar las ideas y sentimientos que forman su ambiente moral, y compartir con aquellos seres sus duelos y sus fiestas, sus agitaciones políticas y sus afectos y sus odios. Algo de eso ha realizado Felicien Champsaur; pero, apreciada en su conjunto, su obra, a mi ver, no resulta a la altura del empeño. Novelista mediocre, de copiosa producción, de mérito relativo, posee un estilo a ratos nítido y coloreado y lleno de filigranas y lentejuelas, pero carece, casi por completo, de potencia evocadora, que es prenda inapreciable que solo poseen contados escritores. Que recuerde ahora, Flaubert en *Salambó*, Sienkewicz en *Quo vadis*, P. Louys en algunos pasajes de *Afrodita*, y, recientemente, Paul Adam en *Basilio y Sofía* y en *Irene y los eunucos*, hermosos y deslumbradores cuadros de la decadencia del imperio bizantino, han acertado, por virtud de esa fuerza de vocación, a reconstruir con vigoroso relieve artístico civilizaciones muertas y a infundir aliento vital a personajes y costumbres ya esfumados en las lujosas lejanías de la historia. *La orgía latina* no es una novela de acción bien sostenida, alimentada con la savia de acertada observación exterior o con el jugo de sutiles disquisiciones psicológicas. Salvo ciertos detalles, tampoco aparece nutrida con verdadera médula histórica. Es solo, según confiesa el autor, un estudio de la lujuria en la Roma de los Césares... Engarzados en el hilo de oro de la narración, admíranse hermosos cuadros de costumbres de la época de la decadencia romana. Abundan las páginas de fuerte colorido, de vida intensa, pero tampoco

escasean los pasajes monótonos, difusos, y las figuras borrosas, de contornos indecisos. Tal vez el éxito resonante de algunas obras de parecido asunto, *Quo vadis*, pongo por caso, han sugestionado a Felicien de Champsaur hasta el extremo de hacerle perder, por un instante, su afición al estudio de costumbres cosmopolitas y enderezar sus pasos a la ciudad inmortal en que dejó sus más luminosas huellas la gran civilización latina. Pero en las calles de la vieja Roma sigue siendo el mismo observador superficial de ciertos aspectos de la vida contemporánea. En su alma, refinadamente moderna, ligera y frívola, persiste, bien acentuada, la influencia del ambiente de París, y por eso en la Vía Apia, en el Palatino, en el Circo y las catacumbas, no se ve, si acaso tal vez muy débilmente, al artista que quiere compenetrarse con el alma romana, sino al observador minucioso de ciertas curiosidades, al autor de *Lulú* y de *Regina Sandrí*. Solo una curiosidad malsana le ha hecho vivir, durante un momento, en la Roma de Claudio y de Mesalina. Únicamente por el aspecto de la sensualidad refinada, el más visible sin duda, contempla la sociedad romana de aquellos días negros en que la antigua libertad republicana, muerta en Filipos, era solo reverenciada por algunos grandes historiadores y poetas. Se conoce que experimenta cierta complacencia morbosa en la observación de los refinamientos lúdicos y de las aberraciones eróticas que constituyen la protuberancia más saliente de aquel cuerpo social podrido hasta los huesos. Bien es verdad que en el prólogo, ameno y jugoso, y pleno de interesantes observaciones y distingos, preconiza sin ambages ideas que echan por tierra algunos principios morales generalmente acatados, reivindicando, con verdadero desenfado, en nombre de la libertad artística, el derecho del escritor para pintar crudamente sin las afirmaciones y perífrasis al uso cuanto se refiere a la aproximación de los sexos, al contacto carnal, de que fluye, como de manantial inagotable, la corriente inextinguible de la vida... Casi en la misma hora que se desarrolla la acción de *La orgía latina* comienza la decadencia de aquella civilización, decadencia que en veces

parece precipitarse y en otras se detiene durante períodos más o menos largos, como sucede bajo el sabio gobierno de algunos emperadores. Aquel mundo, presintiendo la proximidad de su fin, se corona de rosas y derrocha cuanto le queda de energía en bacanales ruidosas y desenfrenadas. El alma romana, amasada con sangre, cruel y sensual, no podía, no pudo, durante mucho tiempo, dar albergue propicio a aquellas doctrinas de tolerancia, de caridad, de amor al prójimo, de protección a los menesterosos, venidas de un rincón de Judea y que empezaban a oírse por muchas partes. Durante muchos años son pocos los positivamente romanos que sufren el contagio de las nuevas ideas. El movimiento del cristianismo fue, puede decirse, exclusivamente ascendente, de abajo para arriba. Salvo excepciones, sus ideas solo penetran hondamente en las más bajas capas sociales, y en los esclavos, en el *detritus* formado por un montón de miserables, procedente de todas las provincias, que pululan en los suburbios de Roma. No fue tan rápida, ni mucho menos, como comúnmente se cree, la conversión del mundo romano al cristianismo. Siglos se necesitaron para ello, y aun pasando un periodo más de tres veces secular, dueña ya la nueva religión del poder y por ello de la facultad de imponerla coercitivamente, todavía copioso enjambre de fieles depositaba sus ofrendas en las caras de los viejos dioses del paganismo.

Felicien Champsaur pasa presuroso sobre todo eso, y apenas si en la escena de las catacumbas hiere su retina el fulgor de las ideas que van a precipitar la inevitable descomposición de aquella sociedad, ya herida de muerte. Solo es sincero, solo siente de manera algo intensa, cuando pinta el ambiente licencioso en que se mueve a sus anchas el alma romana. Su obra resulta a trechos amena e interesante, pero no pasa por ello el soplo de inspiración genial que crea las páginas vibrantes de *Quo vadis*. Harto sé que esta obra admirable hace tiempo que ha empezado a sufrir la acción demoledora de la crítica. Se le achaca a Sienkewicz falta de originalidad, achaque harto común en nuestros días en escritores grandes y chicos. Críticos

distinguidos han querido ver en ella elementos artísticos procedentes del *Satiricón*, de *Fabiola*, de *Los últimos días de Pompeya*, y de otros libros de no menos resonancia. No concedo ninguna importancia a tales cosas, que casi siempre resultan meras coincidencias o semejanzas producidas por la índole misma del asunto. Había bastante que explicar en *La orgía latina* si se hiciese este libro objeto de esa crítica cruelmente investigadora. Filiola y Sapeos se parecen bastante a Ligia y a Vinicio. Y en las situaciones podrían también encontrarse pronunciadas semejanzas... Los prejuicios religiosos de Sienkewicz le han hecho, tal vez, convertir la historia en leyenda particularmente al referirse al cristianismo, mas, con todo eso, *Quo vadis*, despecho de cierta crítica, resultará siempre una obra vibrante de emoción y saturada de sana y hermosa poesía. En *La orgía latina* falta mucho de eso, y solo en ocasiones deja vislumbrar un aspecto del alma romana, una sola faz de ese mundo que se embriaga, hasta aturdiéndose, como si resonaran ya en la Vía Apia los gritos de victoria de los feroces soldados de Alarico.

La muerte de los dioses

POR DEMETRIO MEREZHKOVSKI

Evocada por el escritor eslavo, aparecen las páginas brillantes de este libro, con apropiado colorido, la figura luminosa del emperador Juliano, una de las más interesantes y curiosas del proceso histórico de la humanidad. Merezhkovski ha sabido infundir poderoso aliento vital al último de los Flavios, ya colocado en un hermoso cuadro de ficción novelesca sobre el que ha vertido, como de cincelado pomo, la esencia vivificante de suave y melancólica poesía. Juliano vive en ese cuadro, no como lo pinta, por lo general, la apasionada diatriba de sus detractores cristianos, sino como se destaca en la narración serenamente imperial de Amiano Marcelino, el más verídico y concienzudo de sus historiadores. Ni el amor ni la ambición han echado hondas raíces en «aquel escolar de Alejandría hecho emperador», como dice Coussin. Su alma selecta desprecia las cosas que la generalidad busca desalada, y solo siente recóndita complacencia cuando le atrae el miraje cambiante de las ideas filosóficas. Toda su infancia y parte de su juventud transcurrieron bajo la amenaza de un fin trágico inminente; y para engañar a sus enemigos y desarmar el odio que lo acecha, adquiere hábitos de disimulo y reviste su vida exterior de caracteres de la más refinada hipocresía...

De la escuela de Alejandría extrae el filtro quintaesenciado de la filosofía neoplatónica, último refugio espiritual del helenismo, llenando su cabeza de vagas abstracciones y de sutilezas místicas. Su pensamiento inquieto mariposea sin cesar alrededor de todas las ideas. En Éfeso, a la orilla del mar resonante, bajo el palio refulgente de una noche apacible, se engolfa con Jámblico en abstrusas disquisiciones sobre la naturaleza del éxtasis, instante supremo en que nuestra alma se compenetra hasta confundirse con lo absoluto... Nada calma su inquietud, nada satisface su sed de sabiduría. Quiere conocer lo inaccesible, y cíñese la túnica de los hierofantes pensando encontrar en las supersticiones de la magia, en las prácticas más ocultas de la teúrgia, el camino que ha de llevarle a la fuente misteriosa, donde, como limpio espejo, se refleja la faz resplandeciente de la verdad única, absoluta... Su congoja interior, solo halla momento de apaciguamiento en la ciudad sagrada, cuna delevé del helenismo. En las orillas del Ilisos recita cada paso los diálogos socráticos. La serenidad de la belleza ateniense se infiltra en su espíritu, encrespado por el oleaje de contradictorias ideas filosóficas. La bruma de su enrevesado misticismo se desvanece, y no se sacia de admirar la euritmia de los soberbios monumentos de Atenas. Frente a la construcción histórica de los Propileos y ante el frontón triangular del Partenón, su alma se diluye en la más entusiástica admiración, y parece como que sus labios van a prorrumpir en algo parecido a la hermosa plegaria que, quince siglos más tarde, inspiraba a Renan la mutilada belleza de aquellos mismos soberbios monumentos.

Esa impresión se graba indeleblemente en Juliano. Desde entonces empieza a perfilarse en su cerebro la idea del restablecimiento del paganismo. En lo íntimo de su ser siente inclinación al poder; cuando la púrpura imperial cubre sus hombros, no experimenta el regocijo de la ambiciosa satisfecha, la voluptuosidad de contemplar el mundo bajo su mano, los hombres prostrados ante él mendigando honores y mercedes. Cosas más altas le preocupan. Sueña con animar nuevamente las aras desiertas, los templos abandonados donde palpita la indecible tristeza de

las cosas definitivamente idas... Frente a la cruz, símbolo de las nuevas creencias, donde expiró el gran religionario de Judea, resplandecen, bajo el cielo azul de Grecia, prodigios de serenidad y armonía, las estatuas de los viejos dioses helénicos. Toda la antigüedad clásica, todo un pasado de arte y de gloria, vive todavía en aquellos mármoles de insuperable belleza. Juliano siente toda la poesía que exhala esa religión de luz y alegría, y, dueña del poder, decide restablecer el culto pagano con toda su antigua grandeza. Presto empieza a tocar la inanidad de su empeño. El paganismo vive ya en pocas almas selectas. El ideal cristiano, en aquel momento, representa una nueva etapa del progreso humano, y posee la fuerza irresistible de las ideas en marcha. La doctrina de Jesús ganará definitivamente todas las almas. No se ha visto jamás la resurrección de una religión que haya terminado su ciclo de necesario desenvolvimiento. Cuando muere, muere para siempre...

Pontífice máximo del culto recién restablecido, quiere Juliano revestir del antiguo esplendor las grandes ceremonias religiosas, y en las fiestas dionisiacas, rodeado de bacantes, con pompa hierática, se dirige al templo en un soberbio carro tirado por mulas blancas llevando en una mano cincelada copa adornada de hiedra y en la otra reluciente tirso de oro... A cada paso hieren los oídos de Juliano, conceptos irreverentes, frases irónicas, burlas mal disimuladas. Más tarde cerca de Antioquia, en el bosque de Dafne, el día del panegírico de Apolo, no ve ni un alma por aquellos contornos, donde, en épocas pasadas, y con igual motivo, se reunía copiosísimo enjambre de adoradores. Bajo los árboles centenarios del bosque sagrado reina la soledad más completa. No hay ya fieles, no hay ofrendas... La decepción abre en su alma surcos cada vez más profundos. La convicción de su impotencia lo llena de tristeza. Frente a un fragmento de un bajorrelieve dice a su amigo Oribazi, el sabio doctor alejandrino: «No me juzgues severamente por mi amor a las cosas de la antigüedad. No sé cómo explicártelo. Amo más la noche que el día, el otoño que la primavera. ¡Amo todo lo que se va! ¡Amo el perfume de las flores marchitas! ¿Qué remedio,

amigo mío? Los dioses me han creado así. Esta dulce tristeza, este crepúsculo dorado, me son tan necesarios como la vida. En la antigüedad hay algo indeciblemente gracioso y bello que no hallo en ninguna parte: ¡la irradiación del sol poniente sobre el mármol amarillento por los siglos! ¡No me arrebateís ese loco amor por las lontananzas! Todo cuanto ha sido es más hermoso que todo cuanto es. El recuerdo tiene más poder en mi alma que la esperanza»...

Filósofo y guerrero, casto y positivamente virtuoso, forma Juliano resaltante contraste con sus predecesores, casi todos, principalmente Constantino, manchados con crímenes horrendos. Montesquieu considera a Juliano «el más digno de mandar a los hombres». No abusa de su poder y respeta las creencias contrarias. En todas partes son los libros sus inseparables compañeros. En los momentos de mayor preocupación, en el palacio de Constantinopla o bajo la tienda de los campamentos, consagra algún tiempo a sus numerosos trabajos literarios. Su alma poética y su afición a la lectura se manifiestan con frecuencia en sus Cartas. Ya en campaña contra los persas escribe a un amigo: «He aquí ya la primavera, las hojas brotan en los árboles, las golondrinas llegan. He tomado un camino sombreado por donde corren risueños arroyos. A la hora del reposo, he hecho alto y respiro bajo el follaje de los plátanos y los cipreses, leyendo el *Fedro* de Mirrina u otro diálogo del divino Platón». Espíritu propenso al ensueño, a las más sutiles especulaciones del misticismo, resulta hombre de acción, estadista sagaz y gran capitán cuando así lo requieren las circunstancias. Pero sus energías se malgastan tras un propósito inasequible; su corta vida se apacienta en la deslumbrante idealidad de una quimera. Este hombre singular ha pasado por el escenario de la historia a manera de deslumbrador relámpago que solo permite ver de modo instantáneo primorosos paisajes.

En el hermoso libro de Merezhkovski se retrata el alma eslava con toda su pronunciada tendencia a un misticismo ensoñador, que constituye uno de los aspectos característicos de aquella raza, cuyo despertar solemne y trágico viene

asombrando al mundo desde hace poco más de media centuria. Esta obra despidе, en algunos pasajes, rápidos vislumbres de creación épica, aunque su corte es el de la novela histórica, algo así como *Salambó* y otras de parecida estructura. En ella se suceden, en artística gradación, cuadros de hermoso y apropiado colorido. Algunos de los personajes aparecen indelebles y de contornos algo borrosos. *Arsinoe*, por ejemplo, que al principio agrada e interesa, resulta al final contradictoria y confusa. Pero la figura de Juliano, reposada y serena, parece arrancada de algún bajorrelieve antiguo y como iluminada por el resplandor del ideal que nimba su gran personalidad histórica. El paladín de los rientes dioses paganos como que se agiganta visto al través de los siglos. Por su gesto altivo de luchador frente al destino inflexible y por su acendrada devoción a la belleza helénica, agrada Juliano al alma moderna, decadente y caótica, pero admiradora de las rebeldías indómitas y apasionadas de la forma primorosamente bella. Personifica el último supremo esfuerzo de la vieja sociedad para restablecer el culto pagano y demuestra más que nada, de manera elocuente, la impotencia de un hombre, sea quien fuere, emperador o pontífice de las ideas nuevas en su evolución progresiva. No hay influencia, por más grande que sea o que aparezca, que resulte eficaz puesta al servicio de instituciones que han dado ya de sí toda su savia. El espíritu humano gemirá bien pronto en la austeridad y la tristeza de los siglos medioevales. Los funerales de Juliano son también los de los dioses paganos, que se llevarán a sus sepulcros de mármol la sana alegría de la vida y el más puro y reposado ideal de belleza... Cerca de medio siglo después, en una calle de Alejandría, la plebe fanática asesinaba salvajemente a la bella y casta Hipatia, hermana de ideas de Juliano, y la última y más hermosa encarnación del paganismo expirante...



LA HORA QUE PASA



Líneas

*D*esde una ventana de mi cuarto de estudio contemplo un ancho jirón de cielo azul, mancha intensa de cobalto, que, por este lado, sirve como deslumbrante fondo a un valle, ubérrimo y pintoresco, limitado por una sucesión de colinas a las que presta un aspecto severo y uniforme el acentuado verde oscuro de su vegetación exuberante... AVECÍNASE, pausadamente, la hora solemne de la regia agonía de la tarde... Tímida e indecisa al principio, con majestuosa lentitud, la tenue sombra de un crepúsculo apacible va suavemente atenuando y desvaneciendo los tonos y contornos de la feraz llanura y la distante colina hasta que todo el rústico paisaje se convierte en una masa caótica e impenetrable de sombras... Impera ya la noche con toda la pompa y magnificencia de sus innumerables luces siderales... Y sugestionado por este siempre grandioso espectáculo, influido con la rápida extinción del día y con la inmensa negrura que arroja el hasta hacía poco resplandeciente panorama, infiltra en mi espíritu no sé qué sutil melancolía entenebreciéndolo y haciéndole ver las cosas como envueltas en una bruma muy densa y oscura. Algo confuso, neblinoso, que no penetra ningún rayo de sol, flota sin contornos definidos en las interioridades más recónditas de mi ser. Bajo la pálida fulguración de la bóveda celeste, integro mi yo, inquiere, una y otra vez, la causa verdadera de mi presente desasosiego. Ahondando bien en él, paréceme

percibir, aquí y allá, partículas de ese sentimiento que ensombrece ciertas armas al meditar sobre la fragilidad de la existencia y lo vano e incierto del destino humano. Bien considerado, el grande, el supremo misterio de la vida se oculta en nosotros mismo. «Cada uno lleva dentro de sí su cielo y su infierno» ha dicho Milton. Pero son raros los que aciertan a descubrir con claridad y a expresar con precisión las sucesivas y múltiples formas de su vida interior. Para muchos, perennemente obsesos por la visión externa de las cosas, resulta desconocida o cosa semejante su propia alma. Es como un libro que se lleva siempre consigo, y que, en ratos perdidos, se lee rápidamente sin penetrar casi nunca su verdadero sentido. Se ve eso claramente en muchos grandes escritores que han sabido explorar a maravilla el alma colectiva, sin haber querido o podido descifrar su mundo introspectivo, ponerlo en todo o en parte al descubierto, analizar finalmente una por una sus sensaciones cotidianas, como Amiel, aunque no tan exclusivamente, en las páginas de natural y deliciosa incoherencia de su hermoso y sugestivo *Diario...*

La esencia de ese sentimiento que, sin conseguirlo nunca, quisiéramos desmenuzar fibra por fibra, es indudablemente cierto pesimismo, muy acentuado en algunos momentos y otros muy vago e incoloro, que radica, por lo general, en algo que manifiesta inconformidad con determinados aspectos de la vida; producto casi siempre de una sesión insuficiente cumplida bajo la influencia perturbadora de ciertos prejuicios y de viejos resabios mentales. Avasallados por ese sentimiento o por derivaciones de él como que estamos, en algunos instantes, dispuestos a abandonar todo empeño generoso, toda labor altruista, convencidos de la ineficacia de nuestros recursos y de la inutilidad de nuestros esfuerzos para modificar saludablemente la condición íntima de los seres y operar radicales transformaciones en el organismo colectivo. El contraste entre el ideal, sea cual fuere, que, como justificación de vida nos forjamos, el espectáculo diario, eternamente renovador, del imperio de ciertas impurezas y miserias sociales contra las cuales se estrella con lamentable frecuencia ese mismo nombre ideal, sin que en

el mayor número de veces sean parte a evitarlo nuestro deseos y nuestros entusiasmo, esparce sobre muchos espíritus un hálito de profunda tristeza que toma, en algunos individuos caracteres de incurable desesperación, y que, en otros, la mayoría, por condiciones de estructuras íntimas, marca muy débilmente su huella dejándoles apenas una emoción o un matiz de emoción que en breve se amortigua o desvanece... A la categoría de los primeros pertenecen los grandes poetas del dolor, los que, como Leopardi, han constantemente abrevado su alma en la fuente de lágrimas formada por el ser humano en su incesante tránsito por esta débil corteza terrestre, escenario permanente de horribles infortunios e inenarrables desastres...

Pero el pesimismo, aún justificado algunas veces, representa, desde un verdadero punto de vista filosófico, un valor enteramente negativo, y ejerce por lo común una influencia deletérea en el desarrollo del cuerpo social, motivo por el cual urge reaccionar contra él en lo posible, preconizando de continuo ideas que estimulen la actividad individual y colectiva poniéndole en condiciones de llevar a término feliz obras de alcance perdurable y trascendente. La vida, en toda su rica y vasta complejidad, resulta, en último análisis, puro dinamismo, movimiento y sensatez, y de ahí que debemos marchar siempre hacia adelante, no detenernos en un punto del camino ni mirar con exagerada pesadumbre lo que dejamos por detrás... La columna de fuego de un ideal sereno y elevado debe constituir siempre la meta de nuestros pasos. Sea cual fuere nuestro destino, nuestro verdadero lugar en el engranaje de la vida universal, no es lícito desviarse del sendero por particulares contrariedades o intimidados por lo desconocido que surge amenazante en la oscura y misteriosa lejanía... El horizonte de nuestros conocimientos ensanchado considerablemente en estos últimos tiempos se detiene, como en líneas infranqueables, ante inmensos espacios en que parece no poder penetrar la investigación científica. Hoy, lo mismo que hace siglos, podemos repetir la frase de Hamlet a Horacio: «En el cielo y la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía...» La *cosa en sí* permanece aún, tal vez permanezca siempre,

indescifrable por completo. No obstante tanteos e investigaciones posteriores, los límites señalados al conocimiento humano por la crítica kantiana permanecen inmutables o pocos... Pero eso, para las almas viriles, no debe importar nada. Si hemos de vivir solo un momento, vivámoslo bien, noble y fructuosamente, colocando nuestro grano de arena, ¿quién no puede hacerlo?, en una labor provechosa para nuestros contemporáneos. Fuerza es aceptar sino con alegría, por lo menos con ecuánime entereza de ánimo, la realidad circunstante, aunque esta no corresponde en ningún caso a nuestros desvelos y esperanzas. Tiene un valor positivo y constante esta profunda observación del gran Spinoza: «El sabio es el que participa por su pensamiento con eterna necesidad de la Naturaleza». Hay que ser prácticos en cierto alto y proficuo sentido. Sin empeñarnos tontamente en un propósito superior a nuestras fuerzas, estamos siempre en la obligación de pugnar arduosamente por cuanto vincule una idea de enseñanza social de probada eficacia civilizadora. Abramos el surco y echemos en él la cimiento. Que su germinación sea lenta o produzca frutos raquíuticos, no debe importarnos gran cosa. Se ha cumplido lo que hemos juzgado un deber, y eso debe bastar para la iluminación y el revulsivo plácido perdurable de nuestra conciencia. Desencantarse por no haber respondido el éxito a nuestro llamamiento, sería demostrar paladinamente que no estamos, ni con mucho, a la altura del empeño...

En la anemiada mentalidad hispanoamericana, descontadas resaltantes excepciones, falta, por razones de diversa índole, el lozano florecimiento de ideas enderezadas a determinar un necesario ambiente común, un colectivo estado de alma que, conservando cuidadosamente, como cosa de altísimo encarecimiento, el fuerte aroma de ese algo muy sutil y muy sensible, muy peculiar y castizo, que precisa, taxativamente, la fisonomía moral de una colectividad social unguida por la historia, ponga a estos pueblos, como resultante natural y legítimo de su emancipación política, en actitud de efectuar la conquista progresiva de un positivo estado de vida cultural que les sirva de apropiada base para todo género de avances en la vía de un indefinido adelanto

colectivo. En una atmósfera muy artificial, llena de espejismos e impregnada de efluviio de frivolidad, respiran los pocos pensadores clarividentes de Hispanoamérica que aspiran cristalizar en la realidad social pensamiento de índole civilizadora y fecunda. En estos pueblos es casi completa la carencia de verdaderas iniciativas. La *abulia*, en su aspecto más acentuado, parece caracterizar visiblemente el modo de ser de muchas sociedades hispanoamericanas. Hay mucho del *Peer Gynt*, de Ibsen, en nuestra escasez de energía volitiva, y en la frecuencia de nuestros desconciertos e indecisiones. Nuestros entusiasmos se evaporan prontamente. A los primeros obstáculos retrocedemos decepcionados. Por esas otras circunstancias, principalmente, dístase todavía mucho, a mi ver, de poder llegar a constituirse esa gran fuerza espiritual, la *conciencia americana* de que habla el profesor Rowe.

Para modificar en lo posible esas deficiencias características de casi toda la mentalidad hispanoamericana, requiere ser la formación de un ideal común, que, aproximando, edificando tendencias y aspiraciones y estimulando el desarrollo de determinadas partes de la actividad intelectual, encierre en síntesis sencilla y luminosa cuanto de reforma de transformación y pide nuestra deficiente psicología y nuestro relativo valor sociológico en el estado actual del desenvolvimiento humano. Nuestra educación ha sido hasta ahora (me refiero, claro está, a la clase dirigente) en cierto sentido, meramente *externa*, formalista, con pronunciados deudos escolásticos, repleta de añejos prejuicios y convencionalismos morbosos; y necesitase actuar contra semejante acentuada modalidad docente, propendiendo –mediante procedimientos metódicos inspirados en principios de verdadera tolerancia– a llegar a lo que juzgo es verdadero *desiderátum*, al cultivo sano, intenso y bien entendido del yo, indispensable punto de partida para posibles y anheladas regeneraciones. Y al mencionar el cultivo del yo, no me refiero ni podía referirme a cierto *barresismo*, muy sutil y árido, restringido a cierta esfera, sino a un propósito mucho más amplio capaz de producir verdaderos caracteres provistos de la energía indispensable para vencer, sin amilanarse ni un instante, las naturales dificultades

que se presentan siempre en la vía de los que lidian por remover los obstáculos casi siempre muy arraigados que se oponen a la realización de ingentes fines de mejoramiento colectivo. Hemos tendido a la formación de hombres más o menos sapientes, pero no almas de recóndita virilidad dotadas de una actividad mental persistente y benéfica. Cuenta Andrés Chevrillon que Taine llevaba siempre consigo, como delectación constante de su noble y austero espíritu, los *Pensamientos* del Marco Aurelio el emperador filósofo. Si yo tuviera, que no tengo, la autoridad que para ello se requiere, aconsejaría a la juventud hispanoamericana, a la porción de esa juventud que vive sustraída de la frivolidad del momento y que estudia con ahínco preparándose silenciosamente para lo porvenir, que tuviera con frecuencia en sus manos, como breviario de inestimable precio, a *Motivos de Proteo*, el notable reciente libro de José Enrique Rodó, donde, en todo instante, encontraría orientaciones luminosas susceptible de determinar en ella sanos movimientos de impulsión hacia muchos de pura verdad y de inmarcesible hermosura. Cierta optimismo poco exagerado debe señalar en la mayoría de los casos nuestra línea principal de conducta. Dejemos que civilizaciones caducas se extingan lentamente, en un desolante nirvana, a la sombra de sus monumentos seculares. En Hispanoamérica hay que entonar a cada paso el salmo de la vida fuerte y prolífica; poner en apropiado movimiento, conforme a las indicaciones de la hora, iguales o parecidas energías a las que necesitaron desplegar nuestros antecesores para dar glorioso remanente a la magnífica epopeya de la redención política de todo un continente... Porque, después de todo, hay que convenir, con Goethe, que «solo merece la libertad y la vida aquel que sabe conquistarla diariamente»...

* * *

Compónese este libro de artículos escritos en estos últimos tres años, varios inéditos, y objeto de diversas y oportunas ampliaciones alguno de los ya publicados y que ahora reaparece en

el presente volumen. En todos ellos, sin excepción, predomina la nota de un impresionismo crítico, lo que da a este libro cierta consistencia homogénea que viene a constituir su unidad, no una unidad algo artificiosa y circunstancial, sino la que fluye de la idea primordial que informa todos estos trabajos, la que se desprende del pensamiento general que, como tenue hilo, engarza todas sus partes, por más que algunas de estas, a primera vista, parezcan dispares o cosa semejante. A mi entender, la crítica literaria, en la hora actual, despojada por entero de sus viejas ínfulas dogmáticas, individualista con el exceso, libertada de ataduras de escuela, solo entraña, y no puede ser de otra manera, un valor bastante relativo, por radicar generalmente en un impresionismo eminentemente personal, más apreciable cuanto más sincero y mejor informado, que solo pretende reflejar serenamente las ideas surgidas y las emociones experimentadas al recorrer las páginas de un libro sin perjuicios ofuscadores o estériles apasionamientos. Un libro, cualquier libro, es, en cierto momento, la síntesis más o menos acertada y luminosa de un particular estado de espíritu. Todo libro, leído con interés, pone en íntimo contacto dos almas que tal vez hasta ese momento no se habían encontrado y que muchas veces tienen puntos de afinidad muy pronunciados. Un *juicio* crítico, a mi parecer, es algo como la respuesta sincera que un espíritu da a otro espíritu que ha sabido excitar su atención reflexiva o avivar noblemente su sensibilidad, pues raro es el libro de mérito que no contenga una interrogación de pensamiento más o menos latente... No he creído nunca, a pesar de ciertas pruebas más aparentes que reales, en la completa impersonalidad de un autor. Este, siempre, quiera o no, se mueve y respire en su obra...

He procurado en estas notas de impresionismo literario exteriorizar lealmente mi pensamiento; expresar con sincera remoción que han despertado en mi ser los paisajes espirituales de vibrante fuerza sugestiva esparcidos bellamente en las publicaciones que han originado los presentes trabajos. Mi vida espiritual se ha inspirado siempre en dos orientaciones supremas: la Verdad y la Belleza. Ante el altar de la primera me

he prosternado muchas veces demandándole con vivo anhelo alguna partícula de su divina claridad para mi espíritu hundido en el denso negror de dudas torturantes... He sentido constantemente la invencible fascinación de la segunda, sin haber podido jamás aprisionar en mi pluma el más leve destello de la resurgencia de su nimbo de diosa inmortal y serena para dar brillantez a mi frase desaliñada y torpe... A medida que asciendo por la escalera de los años, pudiendo divisar, desde mayor altura, el permanente tráfigo de engañosas realidades sociales, experimento, con más fuerza la atracción de cierto ideal estético y encuentro cada vez más exacto este hermoso pensamiento de Emerson: «Hay cosas que nos encuentran siempre jóvenes y nos conservan como tales; una de ellas es el amor de la belleza universal y eterna».

Liberalismo y jacobinismo

No hay cosa más nociva para el organismo social que ciertas acentuadas manifestaciones de intolerancia, casi siempre extemporáneas, a veces de carácter violento, que, sin ningún respeto a la libertad de conciencia, intangible y sagrada, atropellan con rudeza creencias hondamente arraigadas en el alma colectiva y que por eso mismo vinculan una gran fuerza de dirección moral que solo espíritus muy superficiales, sugestionados por un sectarismo estéril, desconocen o no saben apreciar en su justo y alto valor. Al fanatismo religioso que, durante siglos, convirtió la vida social en un inmenso charco de lágrimas y sangre, parece que quieren suceder en algunas de estas colectividades hispanoamericanas –producto muy artificial y bastardeado– otro fanatismo pseudocientífico, inconsistente, aparatoso, muy disimulado bajo ciertos tecnicismos, que tira a destruir implacablemente determinadas formas de vida interior invocando principios que se van quedando sin verdadera significación trascendentes por lo repetidos y falseados sin percatarse, ni poco ni mucho, del movimiento de ideas que, en la hora actual, iniciado y encausado por ilustres pensadores, William James en primer término, va señalando, en cierto orden de creencia muy íntimo, orientaciones verdaderamente luminosas en un todo conformes con lo que se desprende del estudio, sereno, imparcial y profundo, de la poderosa vitalidad del sentimiento religioso en el

alma humana eternamente ansiosa de algo suprasensible que, siquiera sea aparentemente, le explique el pavoroso enigma de su origen y de su destino...

Animados del mismo espíritu del viejo sectarismo judaico, modernos escribas y fariseos, pontificando en nombre de lo que se les antoja llamar la verdad, prosiguen con ahínco la insana obra de destruir toda clase de símbolos religiosos, y muy particularmente cuando evoca el recuerdo de la gran figura histórica del fundador del cristianismo. Y no ya en el terreno de la investigación paciente y laboriosa, en el vasto, campo donde chocan las ideas produciendo vivos resplandores, sino en la realidad vibrante de la vida diaria, van exteriorizándose tales propósitos de la intolerancia y del poco o ningún respeto a las creencias ajenas, que, por ello, naturalmente, se oyen a cada paso voces de alarma, gritos de protesta, clamores de conciencias duramente flageladas en su parte más sensible... Ya no es el horrible fanatismo, incinerador de herejías, a lo Torquemada y Felipe II, sino otro más propio del momento presente, por completo incruento y más manso en su aspecto visible, aunque menos sincero y lógico en el fondo y con los mismos lineamientos de inflexible intolerancia. En nombre y representación de ciertos principios, falsa o exageradamente interpretados, se quiere ejercer un apostolado de verdad, realizar una obra de ficticia depuración, sin darse cuenta que semejante propósito contiene en sí, por su agresión violenta al santuario de la conciencia individual o colectiva, gérmenes de contradicción resaltante que tienden a esterilizar el cumplimiento del magisterio moral que se propone.

En virtud de una orden de la Comisión de Caridad y Beneficencia pública de Montevideo se han expulsado los crucifijos de las salas del Hospital de aquella culta ciudad. De ahí una controversia empeñada y ardiente, en que José Enrique Rodó, el insigne escritor uruguayo, ha defendido, con gran acopio de erudición filosófica de buena cepa y con hermosa brillantez de estilo, los fueros de la libertad de conciencia y el verdadero concepto histórico, vulnerado o desconocido

por aquella censurable disposición. El autor de *Ariel* la ha calificado acertadamente, no como manifestación de «radical y extremado liberalismo», según frase de un periodista montevideano, sino como lo que es en realidad: «Un acto de franca intolerancia y de estrecha incomprensión moral e histórica...» Hace ya mucho tiempo que para mí ha desaparecido la aureola de divinidad que muchos ven todavía en la figura serena y dulce de Jesús. Ya no se dirigen las almas por los senderos de la bienaventuranza eterna arrastrada por la suave unción de su palabra encendida y persuasiva. Las concupiscencias innobles han marchitado la rosa mística de su ideal de fe y de esperanza... Pero subsiste, firme e inquebrantable, a despecho de cuantas negaciones se hayan producido o puedan producirse, su ser moral, su personalidad de reformador, su recia y fuerte estructura de sembrador de altos conceptos de humano altruismo, antes que él ciertamente, expresados, de modo aislado, aquí y allá, por algunos pensadores o reformadores, pero por él, únicamente por él, como bien lo advierte Rodó, cristalizado en la prolífica realidad del sentimiento colectivo, en la sencilla psicología de las muchedumbres seducidas por la novedad de sus ideas llamadas a operar una transformación social de incalculable trascendencia...

Acabo de leer el famoso libro de Emilio Rossi, ensalzado por unos hasta la hipérbole y por otros denostado con exagerada acritud... Contiene la más radical negación que hasta ahora se haya hecho de la existencia personal de Jesús. Está indudablemente escrito con cierto método científico que le presta no escaso valor relativo, pero por todos los poros de su epidermis resuma, copiosamente, no un ideal de verdad serenamente perseguido, sino un propósito de proselitismo mezquino, de propaganda vulgar, que oscurece, en gran parte, algunas de sus páginas, las mejores, tal vez, de la obra. Como todos los que se dejan ir por la pendiente de las negaciones absolutas, fabrica teoría a su antojo, y así pretende reemplazar la ininterrumpida tradición de la existencia personal de Jesús con cierta evolución mítica, en que entran elementos

de índole varia y discrepante, que, bien profundizada, resulta más inverosímil y sin verdadera ensambladura científica. Para Emilio Rossi, el religionario de Judea es pura «creación teológica, dogmática y mitológica», y, fundado en ciertos pasajes de la metafísica de Filón, el célebre filósofo alejandrino, atribuye a este el carácter de *verdadero* fundador del cristianismo... Como síntesis de una grande y compleja evolución histórica, el cristianismo, indudablemente, aparece ante el examen crítico como un vasto conglomerado en que, sin necesidad de extremar el análisis, percíbense, a la simple vista, materiales procedentes de la cantera de diversos sistemas religiosos. Por eso, considerando en cierto sentido, carece de peculiar originalidad. Todas las religiones, anteriores y coetáneas, han aportado en mayor o menor cantidad su contingente para la construcción de la vasta obra...

Nada de eso, sin embargo, invalida, ni muchos menos, la tesis brillantemente sustentada por el perspicaz crítico hispanoamericano. Como este sostiene, el concepto de la caridad había ya surgido, a manera de chispazos, en época anterior a Jesús, del cerebro de algunos sabios y poetas; mas sin positivo y visible alcance práctico, con valor puramente biológico. El *Homo sunt...* de Terencio había sonado ya y dejado una estela de luz en algunas almas selectas. Pero este concepto flota solo en las alturas de la intelectualidad, vagas, embrionarias, sin contornos precisos. Las muchedumbres lo desconocen completamente. Para que esta idea se abriera paso hasta el alma colectiva y arraigara fuertemente en ella, fueron necesarios la prédica persistente de Jesús y el ejemplo de su corta vida plena de negaciones y de desprendimiento. Ahí estriba su mayor mérito, la parte más perdurable de su obra, que el jacobinismo al uso, intolerante y mezquino, pretende torpemente reducir a pavesas en nombre de un liberalismo falso por muchos conceptos. En determinados momentos, nada es tan terrible como ciertos hombres sustentadores de principios forzosamente relativos y que pretenden elevar a la categoría de sus absolutos. Producto de tal convicción, la lógica de esos hombres, implacable y dura,

reviste toda la inflexibilidad de la línea recta. Ya Taine, en su maravillosa obra sobre la Revolución Francesa, lo hizo notar al referirse a ciertos hombres que actuaron en primera línea en aquel tormentoso y fecundo período de la historia humana. El jacobinismo resulta, en muchas ocasiones, resaltante antítesis del genuino liberalismo. Como lo sugiere un crítico, al buscar *Les Jacobines*, la reciente producción teatral de Abel Hermant, el jacobinismo, que ya tenía su política, va también formando su moral...

Es falso, absolutamente falso, ese *liberalismo* que se ensaña con símbolos que evocan las más grandes ideas que han agitado, purificándolo, el ambiente, casi siempre deletéreo, en que se mueve ese ser colectivo llamado humanidad. Si de improviso se suprimieran de la historia algunos nombres excelsos, verdaderas cúspides de positiva grandeza moral, no se vería la humanidad, en su peregrinación al través del tiempo y del espacio, sino como un monstruo insaciable, alimentado solo con víctimas propiciatorias, como aquel horrible dios de la guerra de los indios aztecas... Y entre esas cúspides, en la más alta, se levanta y se levantará siempre, aureolado por una admiración muchas veces secular, la figura serena y melancólica de Jesús, como miraje de hipnotizadora seducción para los hambrientos de amor, de paz y de justicia. Nada importa que mezquinos apetitos, intereses efímeros, espíritu de estrecho sectarismo, hayan enturbiado la linfa cristalina que brota de su código de perfección moral, el de más perdurable valor y alcance que haya producido jamás el esfuerzo individual humano. Su gloria de reformador social, grande y fecundo, esplenderá continuamente, como esplende, herida por los rayos del sol, la nieve perpetua, de blancura inmaculada, que corona las cimas más elevadas e inaccesibles de la tierra.



Oro

POESÍAS POR CARLOS PÍO Y FEDERICO UHRBACH

*E*n comunión íntima de sentimientos y de ideas, hermanos por la sangre y por acendrado culto a unos mismos nobles ideales, marchaban ambos, en gloriosa peregrinación artística, por las rutas encantadas del ensueño, hacia el atrayente país de la Belleza, prodigando a cada instante, como príncipes de un cuento oriental, la rica pedrería incrustada en el oro primorosamente cincelado de sus bellas y sugestivas estrofas... En la soledad del bosque tropical, a pocos pasos del suelo purpura-do por el combate cruento, se durmió Carlos Pío en el regazo de la noche infinita, en tanto que el hermano sobreviviente, allá lejos, en el brumoso Septentrión, lacerado por la nostalgia, vivía con el pensamiento en la patria distante que le parecía ver, por entre los celajes del horizonte lejano, como iluminada por el cárdeno fulgor de la lucha sostenida en ella por la legión de héroes que propugnaba por desprenderla del férreo abrazo del coloniaje... Tocóle a Federico recorrer el tesoro poético del soñador caído a destiempo, y, como símbolo permanente de indestructible afecto, lo unió al suyo propio, y por eso, como si fueran la obra de uno solo, aparecen hoy confundidas las rimas de ambos poetas en las páginas de este libro, que a la vez que precioso florilegio resulta una como tierna oblación tributaba

a la memoria querida del glorioso bardo muerto en aras de la consecuencia de un propósito de inmarcesible grandeza.

En la mayor parte de los versos que contiene este volumen, márcase, ante todo, con relieve principal, característico, un subjetivismo sincero y en veces penetrante, de cierto sabor romántico, de acentuada melancolía, que pone a flor de mirada, casi siempre bien expresados, estados anímicos, en que bullen anhelos e inquietudes de matriz enteramente personal, sin mezcla, si acaso muy vagas, de sedimentos exóticos producidos por la asidua lectura de autores favoritos. Algo de la inquietud, del desasosiego en que viven muchas almas ante las incógnitas formidables que perennemente envueltas en una bruma espesa de misterio, como cima de imposible acceso, se alzan imponentes cerrando el paso a la ávida curiosidad humana, se refleja con cierta imprecisión y vaguedad en algunas de estas poesías, siempre con cierto dejo de un pesimismo que, por lo general, reviste formas poco acentuadas y con frecuencia muy parecidas. En el bello soneto «Desolación» vibra este elocuente ruego:

¡Oh Señor! Si perpetuo desolado
cruzando los senderos terrenales
llevo mis ilusiones condolidas,

infúndele a mi espíritu agobiado
la fe de religiosos ideales
o el heroico valor de los suicidas!

En otro expresivo soneto, «To be or...» resuena dolorosamente esta pregunta:

¿Y por qué si es eterna la amargura
y solo el llanto asolador perdura
se aferra el alma a un engaño sueño

de dulce redención que no se alcanza?
 Tal el dilema: o vence la esperanza,
 o nos reclama de la muerte del sueño

El efecto más saliente, a mi ver, de gran parte de la poesía moderna, cada vez más pronunciadamente individualista, consiste en la carencia de ciertas ideas de virtualidad insustituible para mover el ánimo a acciones altas y generosas. El poeta, el «hombre de lo bello», como lo llama Emerson, pierde de día en día mucho del valor que en cierto generoso sentido le atribuye Carlyle. Considerada en su más elevado aspecto, la poesía es acción, por cuanto puede determinar estados de almas individuales y colectivos orientados hacia cumbres de verdad y de belleza. Con vistosas combinaciones de palabras, preténdese, a menudo, suplir la caracterizada ausencia de pensamientos de cierto orden, de cosas surgidas al calor de sensaciones que arranca de la entraña misma que hirió el dolor o sacudió fuertemente la duda. Porque lo esencial, lo que importa en estos asuntos, no es seguir dócilmente las corrientes de su época, muchas veces insustanciales y efímeras; ni identificarse en un todo con su tiempo, con sus modalidades características, sino estar cerca, lo más cerca posible de la vida para percibir, clara y distintamente, su ritmo interior, sin lo cual, claro está, puede darse poesía, cierta poesía; pero nunca la grande y trascendente que ahonda en lo más íntimo de las cosas y que por ello puede ejercer y ejerce indudablemente benéfica y perdurable influencia...

Hay en este libro muchas rimas de corte moderno, de fragilidad cristalina, de encantadora tenuidad, que despiden al exquisito y raro perfume de sensaciones melancólicas y fugaces. La metrificación es lo bastante variada para quitar a este copioso volumen cierta monotonía peculiar de las colecciones de versos en que se hace uso de un solo recurso métrico de expresión, y la forma, aunque en algunas ocasiones poco flexible y elástica, carece de ensambladuras vulgares y de colores chillones y tiene resurgencia áurea, matices delicados, que sirven como hermoso ropaje o emociones de

índoles varias, a cavilaciones e inquietudes íntimas que dan la medida de la amplitud psicológica de estos poetas para percibir, asimilar y expresar con belleza cosas de orden y aspectos relativamente trascendentes... Dentro del movimiento literario contemporáneo, han sabido los Uhrbach, con plausible discreción, situarse en un lugar muy adecuado, sin traspasar jamás ciertos linderos fijados por el buen gusto y sin exagerar el valor y alcance de procedimientos técnicos innovadores que van siendo ya bastante socorridos. Aspirando a pleno pulmón el ambiente artístico de actualidad, han menospreciado cuanto indudablemente tiene de deleznable y pasajero, aprovechando tan solo para su obra poética los elementos de verdadero valor que poseen ciertamente algunos nuevos aspectos de la vida literaria. Descuidos como asonancias muy cercanas, obscuridades anfibológicas, resaltantes aliteraciones, imágenes y conceptos repetidos, son escasos en *Oro*, libro que avaloran excelentes condiciones intrínsecas, y que merece, sin duda, el homenaje laudatorio de cuantos saben apreciar, con sano y sereno espíritu crítico, estas cosas de Arte bello y fecundo.

Cubanos y dominicanos somos vecinos, vivimos a dos pasos de distancia, como quien dice, y por esa y otras circunstancias debemos conocernos y tratarnos lo más íntimamente posible. Los problemas que ambos pueblos antillanos tienen que resolver se aproximan bastante, pues tanto Cuba como Santo Domingo están altamente situados dentro del radio de acción de un vecino cada vez más absorbente y poderoso. Los lazos de estrecha amistad que hay entre los dos pueblos tienen toda la fuerza de anudamiento que les da un pasado varias veces secular, durante el cual, por razones de vecindad y de afinidad étnica, fueron frecuentes y recíprocamente ventajosas las relaciones de todo género existente entre los dos países. Durante el período tormentoso de las invasiones haitianas, muchos de nuestros hombres de saber universitario se refugiaron allá contribuyendo con su savia mental a nutrir y vigorizar el árbol frondoso de la

intelectualidad cubana. Y después, en el transcurso de sus dos grandes guerras de emancipación, sangre dominicana vertida en defensa de la magna causa enrojeció el suelo cubano, y de aquí salió, nuevo Aquiles de la moderna epopeya homérica, el caudillo insigne, de ejemplar civismo, que hizo revivir en nuestra época prosaica las hazañas portentosas que aureolan en su figura histórica con el prestigio épico de los grandes libertadores de pueblos. Cuba, en cambio, nos envió, durante esas mismas guerras, sus emigraciones nutridas de profesores, periodistas, de médicos, de artesanos hábiles y de agricultores expertos que, en distintos puntos del país, cada cual en su esfera, contribuyeron grandemente con sus luces y su trabajo al progresivo engrandecimiento nacional. El conocimiento recíproco de sus respectivos movimientos literarios aproximaría más intelectualmente a ambos pueblos y traería, añadido al creciente ensanche de relaciones de otro orden, la formación de una común y superior unidad de espíritu, que serviría eficazmente para oponerse a cuanto, por imposiciones extrañas, se encaminase a menoscabar lo que, generado por la raza, el idioma y la historia, constituye el ambiente moral de las dos repúblicas hermanas.



Cuentos frágiles

POR FABIO F. FIALLO

Después de *Primavera sentimental*, minúsculo breviario de un alma en perpetua adoración ante la belleza femenina idealizada a veces con deliciosa vaguedad por su numen de poeta, publica ahora Fabio Fiallo este primoroso libro de cuentos que, considerándolo bien, viene a ser, aunque escrito en prosa sobria y expresiva, como la comunicación clara y natural de aquel librito de versos suaves y armoniosos en que se transparenta la exquisita delicadeza de su espíritu noble y generoso, ya que en estos cuentos como en aquellas rimas, resuenan, con acentuada vibración, el mismo ideal, idéntico exclusivo culto a la mujer, única musa inspiradora de sus estrofas, arquetipo perenne de su fantasía creadora... Una emotividad poco complicada, superficial por lo común, de un vago sabor romántico, se diluye en sus versos finos y bellos, y se esparce, como polvillo de luz a ratos caprichosamente y irisado, sobre muchos de estos cuentos, ligeros, alados, de tenue consistencia, ingeniosos y bellos. Cierta gracia ática, cierta suave atracción de belleza circula por estas páginas, dejando un rastro luminoso de vagas idealidades, de algo refinadamente poético y de realidad ensoñadora que no resiste al análisis penetrante, esfumándose en tonalidades vagas, y matices raros de tenuidad encantadora...

Poeta de una sola faz, de un solo aspecto lírico, esa misma modalidad de su espíritu se refleja con vigorosa acentuación en todos estos relatos. La mujer, siempre la mujer. En sus poesías como en sus cuentos, una mujer de delicada urdimbre, sin complejidades cerebrales, sin trastornos neurósicos, sin complicaciones sentimentales, marca el acompasado ritmo de su paso entonando bella y armoniosamente la eterna canción del amor. Y este amor, aun ardiente y poderoso, se expande por lo general sencilla y naturalmente, no llegando nunca, ni aún en sus mayores audacias de pensamiento, a traspasar ciertas fronteras, a revestir aspectos marcadamente sensuales, sugeridores de deseos eróticos vehementes y refinados, como bien se advierte en «Entre ellas», «La condesita del Castañar» y «Las cerezas», que son las tres narraciones del libro que, a mi juicio, llaman más a la atención por ese concepto. Su concepción de la belleza se cristaliza generalmente en cierto ideal femenino que se encarna en figuras de mujer deliciosamente imprecisas, como si en lugar de proceder de la realidad subieran al conjunto de su imaginación de mundos de quimeras y de ensueños. En sus producciones resuena siempre la nota íntimamente subjetiva, sin sabor del terruño, como inspirada por una orientación literaria exótica, en la que se particulariza muy distintamente cierto ideal aristocrático, señorial, propio de sus gustos refinados, que, en ocasiones, no siempre, imprime a varias de ellas cierto carácter original y atractivo y de veras interesante.

Posee, como *conteur*, facultades muy apreciables y merecedoras de loa. No cansa, ni se pierde en divagaciones pueriles e inoportunas. Hay gracia, intención, sobriedad, positivo interés en algunos de su cuento. El corte de estos tiene algo del de ciertas *nouvelles*, rápidas, concisas, de ligero argumento, exquisitamente bellas. Su manera de contar es netamente francesa, parecida mucho, en ocasiones, a la de Guy de Maupassant y de Catulle Mendès, tan celebrados por sus cuentos admirables, verdaderas flores de ligereza y gracia. No conserva nada, absolutamente nada de sabor

castizo de la tradición española, de la novela y del cuento picarescos llenos de gracejo y desenfado de cierta época del florecimiento intelectual hispano; ni tiene nada tampoco del moderno cuento de otras naciones, el cuento alemán, sin ir más lejos, a lo P. Heyse, perezoso, lánguido, muchas veces de cierta finalidad ética, aunque no por eso desprovisto de cierta belleza peculiar y de cierto interés. El más extraño de los relatos de Fabio Fiallo resulta, sin duda, «Ernesto de Anquises», de tonos lúgubres, de estructura macabra, que hace rememorar vagamente ciertas narraciones fantásticas de Hoffman y Edgardo Poe. Revela Fabio Fiallo, a veces, golpe de vista certero para sorprender algunos aspectos de las cosas y encerrarlas en párrafos jugosos, de elegante sobriedad, sorteando temibles escollos hasta tocar el desenlace, aunque este, tal vez con la mira de producir efectos sensoriales o algo parecido, resulten ocasiones de muy acentuada inverosimilitud, tal como se nota en «El busto de mármol», uno de los mejores del libro, y en «La domadora». La resaltante falta de realidad en algunos finales de su cuento no debe, sin embargo, causar verdadera extrañeza a los que conocemos íntimamente la psicología del autor de *Primavera sentimental*. Este, por lo general, siente poco la influencia del mundo exterior, lo ve constantemente según su temperamento de poeta al través de un prisma de lirismos y quimeras, como si su perenne visión introspectiva, su ideal interior, de quitarse la noción de lo que pasa en torno suyo, borrarse ante sus ojos las líneas y colores de la realidad circunstante. De todos esos cuentos, aun siendo buenos la mayoría y tres o cuatro excelentes, confieso que miro dos con especial predilección: «El último ramo» por la exquisita delicadeza del sentimiento que refleja, y «La lección del Caos» por la flexibilidad y soltura y por el alcance del pensamiento que contiene, como flor de suave perfume de bellas coloraciones en rico y artístico vaso.

No obstante su penuria lexicográfica, Fabio Fiallo sabe siempre expresar artísticamente su pensamiento. Es por lo

general diáfano y correcto. Sus cuentos, como sus versos, se leen siempre con agrado sin que produzcan la más leve impresión de fastidio. Narra con sencillez y amenidad, no incurriendo nunca en rebuscamiento que obscurecen o alambican la frase. Su estilo no tiene las retorceduras ni crispaciones en que incurren adrede algunos procesadores modernos impulsados por el propósito de conseguir cierta originalidad que no es tal originalidad ni Cristo que la fundó. Lástima que en sus prosas como en sus poesías no surjan nunca algo característico, de tinte nacional, que siquiera a ratos descubra que este artista de la frase y del ritmo, tuvo su cuna y tiene radicados todos sus más íntimos afectos en esta hermosa porción del archipiélago antillano.

Juvenilia

POR FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

En cierto sentido y en determinados momentos, todos, o casi todos, somos naturalmente poetas. En horas de placer o de duelo, de duda o de creencias, aguijoneado por torturantes desencantos conmovidos por momentáneos entusiasmos, pocos espíritus sensibles y cultos habrán dejado de experimentar el vehemente deseo de verter su emoción en forma rítmica, de dejar correr su pensamiento regocijado o entenebrecido, en la onda serena y armoniosa del verso.

Quédese para poetas de alto y singular renombre el largo empeño de apacentar su inspiración en cosas trascendentales, en asuntos que tienen su raíz en el complicado mecanismo de la vida social, en ideas de arcana y honda filosofía... No se requiere atesorar tal alteza de numen para que ciertos temperamentos exquisitamente sensibles, puedan, en ocasiones, vaciar en moldes rítmicos más o menos bellos y correctos sentimientos íntimos impregnados de suaves perfumes de juventud, que, a despecho de los años, conservan toda su prístina frescura y lozanía, tal como surgieron en nuestro espíritu, en ciertos momentos psicológicos, al mágico conjuro de sensaciones de diversos y acentuados matices. No hay, ciertamente, quien no tenga en el fondo de su alma, bien oculto de mirada indiscreta, un rinconcito, oasis de suave y aromoso frescor, donde, en ciertos ratos, le agrade refugiarse para revivir intensamente emociones

juveniles que aún bullen y se agitan en la misteriosa región de los recuerdos. Este rincón en que reina la primavera perpetuamente, es, considerado en sentido más profano, la *casa de amores* de que habla Raymundo Lulio, el iluminado filósofo mallorquín. El frío del desencanto, la escarcha de las decepciones no llegan jamás hasta ese sitio de apacible quietud, jardín del alma, donde ensueños y visiones de otro tiempo flotan perennemente en un ambiente sereno y luminoso. Parece como ciertas regiones tropicales donde la luz solar brilla siempre ardiente y prolífica...

Esas visiones de épocas pretéritas, luminosas o sombrías, olvidadas durante años, toman a veces de nuevo, por obra de tal o cual impresión sentida con fuerza, forma y color, haciendo revivir intensamente historias de amores lejanos, remembranzas de cosas a tiempo extinguidas. Y entonces, forzosamente, hay que dar a esos ensueños y visiones cuerpo y vida vistiéndolos con la túnica deslumbrante del verso. Ya sé que este no es el solo ropaje oriental con que se envuelve la poesía. Ha llovido mucho desde que Aristóteles, en su *Poética*, afirmó que también en la prosa suele vibrar con intensidad el sentimiento poético. Pero el verso, indudablemente, es la forma más noble apropiada para exteriorizar sensaciones íntimas, inefables, vaporosas, que se ciernen en espacios poblados de quimeras y de ensueños. Importa poco, en tales instantes, ser o no lírico de potente fuerza, de alta y sostenida inspiración, de honda emotividad, dueño y señor de la palabra y del ritmo. Para solaz recóndito de la propia alma, vasta poder, sencilla y claramente, sin artificios rebuscados, de modo sincero, expresadas semejantes estados anímicos en rimas de corte breve, casi siempre frágiles y efímeras, mariposas policromas del verso, que, durante un momento, cautivan por la riqueza de sus colores y la atractiva suavidad de sus matices...

Tal sucede en *Juvenilia*, breve e interesante florilegio, donde un alma luminosa y casta ha dejado correr el límpido raudal de sus emociones de la edad adorable en que la vida se desborda, en que la savia juvenil pone en las cosas, aún en las más insignificantes, inexpresables encantos y vivos resplandores. Por eso

tiende siempre nuestro espíritu a resucitar cosas pasadas, dichas exhumadas en plácidas lejanías, porque como dijo el elegíaco poeta castellano:

...A nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Son los versos de *Juvenilia*, de sencilla urdimbre, sin arabescos ni filigranas, delicados y expresivos, llenos de anhelos, saturados a veces de vaga tristeza como modulados en ratos de ensueños, en momentos en que el ala de la quimera roza suavemente la frente del bardo... Es difícil, muy difícil, este género de poesía, de corte breve, alada, de abolengo heiniano, que tiende a aprisionar en pocos versos matices de sentimientos bien acentuados, siempre una forma exquisita, de raro artificio, de cierto encanto musical que solo muy pocos pueden recibir claramente...

El autor de *Juvenilia* no es ciertamente un poeta de potente estro, de vibrante intensidad lírica, creador genial de bellezas rítmicas, cincelador exquisito del verso. Pero tiene momentos en que siente hondamente –cosa que se ve en otras composiciones suyas que no figuran en este libro–, en que parece alcanzar, sin visible esfuerzo, las cumbres iluminadas donde anidan las águilas de la poesía bella y sugestiva. Esta brota de su alma, preocupada siempre por atenciones múltiples, de manera intermitente, en ciertos instantes, sin refinamiento ni exquisiteces y sin propósito de alcanzar éxitos resonantes y perdurables. Sus versos, sencillos y sonoros, son como flores primorosas cultivadas en el jardín del hogar, iluminando de continuo con los fulgores de una puesta de sol bella y solemne. Pertenece Federico Henríquez y Carvajal a una familia en que el talento parece vinculado, como por juro de heredad. Su inteligencia poderosa, alimentada con el juego de las ideas modernas, ha culminado ungida por el aplauso consciente en la oratoria,

en el periodismo, y muy especialmente en la enseñanza de la que ha sido y es uno de los apóstoles más conspicuos y tenaces. Cree profundamente en la eficacia de los principios para operar ingentes y radicales transformaciones en el organismo social. Es patriota de verdad, convencido y reflexivo, en esta hora crepuscular en que va necesitándose de la linterna de Diógenes para encontrarlos de su talla... Y más que por su inteligencia, con ser tan notable, resalta por sus relevantes dotes de carácter, por su corazón de oro rebotante de sentimientos altruistas, que lo impulsa siempre a defender con su palabra elocuente y con su pluma inspirada todos los derechos conculcados y todas las más puras y nobles reivindicaciones sociales.

Sangre de primavera

POR TULIO M. CESTERO

Confieso ingenuamente que raras veces son de mi agrado, por más que todos nos valgamos de ellos, esos *ismos* de uso tan convencional y frecuente en el lenguaje literario. El entendimiento humano, en su íntima complejidad, requiere indispensablemente, como base previa y primordial de determinadas operaciones mentales, un proceso de clasificación más o menos rigurosa en que aparezcan convenientemente distribuidas las partes del conocimiento progresivo de una materia para de esa manera facilitar lo más posible el estudio parcial o integral de la misma. Pero si en ciertas modalidades de la actividad mental, algunas ciencias por ejemplo, puede, mediante tal procedimiento, alcanzarse en mayor o menor grado la relativa exactitud que se persigue, no sucede lo mismo con otras formas de funcionamiento mental, como ciertas ramas de la literatura que, por su esencia y peculiar estructura, abarcan matices de ideas o de sentimiento tan íntimos y sutiles que siempre será de manifiesta inanidad cuanto se haga para encerrar todos sus múltiples y nuevos aspectos en un cuadro de clasificación más o menos completo y definitivo. Tal sucede con algunas escuelas literarias o que a ellas se asemejan al pretender englobar bajo una denominación más o menos genérica formas novísimas y extrañas de la mentalidad individual que, por lo regular, tienen

nexos pocos visibles de afinidad y aparecen en ocasiones como dispares y aún contradictorios. El concepto de modernismo literario, en su acepción más amplia, tiene aún, sin duda, muchísimo de vago y de impreciso, y por eso se resiste victoriosamente a entrar en el marco de una definición clara y completa que abarque, en síntesis satisfactoria, toda su complejidad y sus variados y curiosos aspectos. Consiste para uno en la ornamentación de la frase, en tonalidades pictóricas, en matices más o menos pronunciados de cierto individualismo romántico casi siempre muy emotivo; mientras que para otros, no solo comprende tales cosas, sino que su raigambre alcanza a lo más íntimo del ser humano, pudiendo por ello reflejar a maravilla estados de alma con frecuencia aparentemente antagónicos, pero que con facilidad se funden en un todo armónico donde campea triunfante la exquisita institución de lo moderno y donde laten fuertemente determinadas modalidades de la vida contemporánea que, tras largos y difíciles tanteos, han encontrado en las nuevas formas su manera de expresión más fiel y más bella...

Con los hechos no hay discusión posible, y el hecho es que para muchos la literatura modernista, o como quiera llamársele, vincula el gusto dominante; representa, despojada de ciertos excesos, la forma artística privativa de la hora presente; contiene, al lado de lamentables extravíos, bellezas de primer orden, y cuenta con brillante legión de cultivadores ya consagrados por el éxito. A pesar de ciertas incongruencias y puerilidades, los nuevos aspectos artísticos constituyen para no pocos lo más brillante y discutido de la actualidad literaria, y van imponiéndose aun a los más recalcitrantes en negarles el agua y el fuego, situados detrás de fórmulas vacías, de dogmatismos hueros, de senilidades retóricas tocadas ya de visibles e irremediables impotencias... No obstante lo expuesto, no pienso que el auge del modernismo sea definitivo en muchos de sus aspectos. Considerado desde diversos puntos de vista, algunas de sus formas son indudablemente de transición, como tales destinadas a tener vida más o menos efímera. De él quedará naturalmente, como han quedado de formas artísticas anteriores, sedimentos valiosos, que aprovecharán

las nuevas tendencias literarias, las que sin duda se preparan para lo porvenir y que tal vez de incuban actualmente...

En América, el modernismo ha sido, en primer término, labor de espíritus juveniles que, con el oído atento a los rumores de impulsión artística de allende el Atlántico, ha querido renovar los moldes gastados o ya casi inservibles de una parte de la vieja métrica para poder, de peculiar manera, exteriorizar ciertas emociones refinadamente subjetivas, llevando también al léxico común, herido en parte de chochez, corrientes de vitalidad creadora por medio de palabras nuevas o remozadas y de tonalidades y coloraciones de subido mérito pictórico. Que en ese empeño, digno en mucho de encomio, se haya incurrido en derroche de tonterías disfrazadas con nombres pomposos y en repeticiones empalagosa de palabras y frases puramente efectistas, cosa es que salta a la vista, pero que no debe causar extrañeza al observador cansado de ver hechos idénticos o parecidos coincidir con el desenvolvimiento de diversas tendencias literarias. Indica poco o ninguna perspicacia crítica poner cátedra de censuras, casi siempre acerbas y destempladas, para considerar, sin amplio espíritu de comprensión, innovaciones salvadoramente revolucionarias, generadas muchas de ella por ideas que flotan en el ambiente de la actualidad y que de modo indefectible tienen que cumplir su proceso de evolución progresiva.

Tulio M. Cestero figura, de manera distinguida, en la falange de escritores jóvenes que siguen sin exagerada acentuación y con visible asiduidad las nuevas orientaciones del arte literario. Desprendida por entero de todo vínculo con el casticismo, su personalidad literaria parece haber salido ya del período de los tanteos, de las exploraciones difíciles, de cierto estado de indecisión por el que pasan casi siempre los verdaderos artistas antes de pisar con entera seguridad los caminos o cuyo término parece rutilar el ideal ardientemente ambicionado... Su pensamiento o su emoción se refleja y vibra en un estilo flexible e intensamente coloreado, nada castizo, en que la nota pictórica predomina constantemente, y en su léxico copioso y selecto presenta, como algo característico, la tendencia a dar a vocablos de uso general

y corriente como acepciones nuevas en ocasiones felices y que pocas veces desentonan... Todavía este escritor no nos ha dejado ver, sino en parte muy reducida, las líneas arquitectónicas, los contornos precisos, la peculiar belleza de su ciudad ideal, la ciudad ideal que todos llevamos por dentro, y que guarda, como el cofre precioso, el invalorable tesoro de los ensueños y visiones, esperanzas y desencantos, júbilo y dolores que forman toda la trama de nuestra existencia. Sigue ahora necesariamente sucesivas y curiosas etapas, y de vez en cuando nos ofrece en libritos primorosos, como *Citerea*, verdaderos devocionarios de arte, impresiones efímeras de la actualidad literaria y sensaciones intensamente saturadas de cierto cosmopolitismo observado con escasa o deficiente profundidad, mientras va depositando en su espíritu, bien seleccionados, los materiales que han de servirle para sus libros futuros, plenos de intensa cultura artística, en que su personalidad se destacará sin ninguna marca de ajenas influencias y exenta por entero de convencionalismos de escuelas y de cenáculos.

Porque el toque en estas cosas, hoy y siempre, no están solo en asimilarse lo novísimo, lo que de momento descuella como raro y perfecto, sino en ser muy personal, lo más personal posible. Y no haya miedo de serlo aun exageradamente. Lo recargado, lo que desentone, los adornos de guardarropía irán poco a poco desapareciendo, y al fin surgirán, tras serie larga o corta de aciertos y fracasos, las creaciones artísticas, armoniosas, bellas, de carácter definitivo. Lo que pierde a muchos escritores dotados de raras facultades, haciéndoles malgastar toda la savia de su mentalidad, es la propensión exagerada, producida por infantil vanidad, a adaptarse ante todo y sobre todo a las formas y maneras preconizadas por la moda y el gusto dominante, olvidando que esto es secundario o accesorio en la mayoría de los casos, y que lo principal es cultivar sin descanso su yo a fin de contemplar sin ciertos ofuscadores prejuicios el mundo exterior, y, refinando sus sensaciones, recorrer, sin ayuda de nadie, las más ocultas y misteriosas sinuosidades de su propia alma... Eso hace ahora Tulio M. Cestero, por más que todavía se adviertan en su

obra literaria, siempre merecedora de loa, huellas de influencias extrañas que hay que esperar sean cada día más débiles y escasas.

En su último libro, *Sangre de primavera*—recopilación selecta, en su mayoría, de trabajos ya conocidos— hay trazos más firmes, más finezas en las percepciones, más arte en la composición, igual o superior intensidad pictórica que en *El jardín de los sueños*; aunque en esta obra, en ciertos pasajes, hay ciertamente mayor frescura de imaginación y mayor espontaneidad. Tulio M. Cestero es principalmente un artista de color, sin intensa emotividad, sin complicaciones interiores, que se propone tan solo verter en una forma caliente, plástica, rebosante de fulguraciones, sus impresiones de escritor bien preparado y de peregrino que viaja incesante, mudando continuamente su tienda, para observar, con inteligente mirada, almas y monumentos de países de arte y de copiosa historia. De Maurice Barres, dígame cuanto se quiera en contrario, tiene muy poco o no tiene nada. Me inclino más a lo último. El autor de *El jardín de Berenice* no ilumina con ninguna proyección de su espíritu sutil y complejo el mundo interior, el yo aún solo fragmentariamente explorado de Cestero.

Todos los trabajos que contiene este libro son merecedores de sincero encomio. De los cuatro poemitas contenidos en *Citerea* y ahora incluidos en este volumen, el más artístico, el de mayor mérito, a mi ver, es «La enemiga», lucha entre el amor y el arte, escrito, como los demás, en una forma dramática hoy muy en moda, y del que brota, como enervador perfume, la lancinante tristeza de las cosas irremediables, de los hechos que, como si fueran marcados con hierro candente, dejan señales imborrables en nuestra vida... Algo de esa impresión de amargo desencanto que produce casi siempre la contemplación de miserias sociales fatalmente irremediables, he sentido, no hace mucho, leyendo algunas páginas admirables de *Teatro de ensueño*, de G. Martínez Sierra, uno de los más notables representantes del actual movimiento artístico en la juventud literaria española... En «La Medusa», hay cierta originalidad, por la impresión que resulta del contraste, al bautizar con los nombres de Romeo

y Julieta, los dos enamorados de Verona cantados por los poetas e idealizados por la leyenda, a la pareja decepcionada del placer, ahíta de goces carnales, estragada por excesos lúbricos, que pasea su incurable hastío sobre el mar sereno, y, desesperada, se precipita en sus aguas en busca de la liberación suprema... Notase algo de falta de medición, de carencia de ajuste artístico entre algunas de sus partes, en algunas escenas de «El torrente», muy recargadas de color donde se desbordan ciertas resonantes morbosidades de la gran ciudad, la moderna Babilonia... Y «La sangre», el último cuadro, tiene pinceladas intensamente rojas, y al principio ciertas poesías de égloga que en el desenlace se convierte en trágica y sombría... Una suave brisa d'anunziana parece como que orea algunas de estas hermosas páginas henchidas de noble poesía; pero paréceme que tal cosa no es debida a ningún propósito preconcebido de imitación, sino producida por cierta identidad de estados de alma por afinidades de inteligencia y sentimiento, que se manifiesta en muchos momentos, aún en escritores que parece tienen pocos puntos de semejanza, frente a iguales o parecidos aspectos del arte y de la vida.

Miguel Ángel Garrido (*SILUETAS*)

Reposa ya en la muerte ¡cuán pronto! este atormentado soñador de cosas bellas y excelsas. En su alma noble, incontaminada por las impurezas del medio, verdaderas cima moral en este pavoroso desierto de convicciones fecundas, florecía perennemente, como albo lirio inmarcitable de belleza, el ideal de una patria libérrima, ennoblecida por relevantes actos de civismo, capaz de asimilarse cuanto de beneficioso y dignificador encierra el credo de la civilización moderna, tal como la columbraron, en sus sueños juveniles, los próceres abnegados de la magna obra febrerista. En su espíritu no había aún penetrado esa ráfaga glacial de escepticismo generada por el espectáculo perpetuamente renovado de triunfantes mezquindades y miserias sociales... Así ¡qué dolor el suyo cada vez que la realidad asestaba durísimo golpe al soberbio alcázar levantando por su ilusiones de patriota convencido! Como sucede a todo temperamento pasional, de impetuosa acometividad, poco inclinado a estudiar reflexivamente, en todos sus aspectos, el lógico engranaje de los hechos y sus probables consecuencias, cerníanse sus aspiraciones de mejoramiento nacional en un ambiente muy luminoso, sin lineamientos reales, puramente artificial, como creación de su generoso espíritu estructurado para moverse en épocas infinitamente menos prosaica, que la nuestra. Almas de

esa clase van siendo cada día más raras. La envenenada atmósfera en que vivimos las asfixia prontamente. Son bellos productos de una flora rezagada que se extingue con rapidez. El barro humano va perdiendo de día en día partículas de idealismo, de ese idealismo alto y fuerte que fue siempre genitor fecundo de empeños ingentes y gloriosos. Muertas muchas convicciones; enterrada para siempre la fe en excelsitud que hacían amable la vida, solo queda en pie, rebosante de fieles, cada instante más numerosos, el templo en que se rinde culto al único dios posible actualmente, al dios Éxito. Ante sus aras se postran en tropel, piaras innumerables, las muchedumbres ávidas de satisfacciones materiales, hurgadas por bajos apetitos, movidas por desenfundadas concupiscencias. Son contadísimos los que, iluminados por la austeridad de su conciencia, se resisten victoriosamente a despojarse de sus sandalias para cruzar los umbrales de este templo...

Miguel Ángel Garrido fue uno de ellos. Su espíritu tenía el templo fino y resistente de una hoja toledana. A su alrededor se multiplicaban las apostasías y las deserciones, sin que tales cosas hicieran mella en su conciencia de apóstol de una religión que iba paulatinamente quedándose sin fieles. De haber vivido en campos más vastos y apropiados para desplegar sus sobresalientes condiciones de carácter y de inteligencia, su personalidad, seguramente, descollaría hoy en todos los países de habla española, ungida como un prestigio parecido al de esa gran cumbre moral que se llama Juan Montalvo o con la significación y nombradía de un Vargas Vila. Los arranques de sus palabras inspiradas, sus rebeldías indómitas, sus energías de convencido, se malgastaron miserablemente en nuestro ambiente letal, saturado hasta el exceso de hálitos del más avieso y perturbador personalismo. En tales condiciones, su fracaso era inevitable... Por un momento creyó tocar la realidad de sus sueños, cuando, tras largos días trágicos vividos en permanente zozobra, vio despuntar la claridad auroral de anheladas redenciones, claridad ¡ay! bien pronto convertida en crepúsculo acentuadamente gris, encendido a ratos por las llamaradas de la guerra civil, a cuyo fulgor siniestro,

con inmensa pesadumbre de su espíritu, contempló dibujarse nuevamente en el sombrío horizonte la fatídica silueta del ominoso patíbulo...

De esto hace muchos años y lo recuerdo como si ayer mismo hubiera acaecido. Contábase, en corto grupo de amigos íntimos, bajo un frondoso laurel de la plaza Colón, algo de color subidamente trágico relacionado con una ejecución sangrienta llevada a cabo hacía poco en una ciudad del Sur de la República. Miguel Ángel escuchaba, con visible indignación, el espeluznante relato... Era una serena y hermosa tarde de primavera. Los últimos resplandores del sol poniente, semejando retazos de un áureo manto, esparcían su pompa luminosa sobre las copas de los árboles del pintoresco parque. Un airecillo muy suave impregnado de aromas venía de los inmediatos canteros donde ponía su nota policromada una vistosa profusión de arbustos y de flores... La conversación languidecía. Reinó un instante de silencio solemne... Miguel Ángel, pensativo, como si lo dominara un pensamiento tenaz y doloroso, irguió de improviso la noble frente y dejó caer de sus labios estas palabras que han permanecido como estereotipadas en mi memoria: «yo no seré jamás amigo de ningún gobierno que fusile»...

* * *

En las páginas candentes de *Siluetas* vibran fulgurantes la protesta indignada, el apóstrofe rudo, los severos anatemas... En este hermoso libro aparece vive palpitante el temperamento tribunicio de Miguel Ángel Garrido, hecho de una sola pieza, forjado para el combate recio, inflexible, fogoso e inquieto; pero temperado por su ardiente amor a la justicia y por cierta magnanimidad ingénita que dulcifica un tanto la acerbidad a veces extremada de sus apreciaciones. Sus juicios, en ocasiones, tienen poca consistencia. Censura frecuentemente con justicia, aunque por lo general su mirada se detiene en resaltantes exterioridades, en aspectos superficiales de hombres y de cosas. Ve los hechos aislados, escuetos, como surgidos de improviso, sin fijarse con

detenimiento en su necesaria trabazón, en las articulaciones que los ligam, y sin abundar lo necesario para examinar prolijamente la penetración de su raigambre en el organismo social. Hace alto casi siempre en los primeros peldaños de la escala ascendente que va de los efectos a sus causas determinantes... Atribuye a la voluntad personal la responsabilidad exclusiva de actos reprobables, que tienen su origen principal en palpables deficiencias de la mentalidad de la masa social, concreción resistente de siglos de coloniaje, y en cuyo fondo aparecen, bien visibles, sedimentos étnicos diversos, rancias preocupaciones, convencionalismos morbosos... Reaccionar decididamente contra semejante orden de cosas transformando saludable y progresivamente la mentalidad colectiva, por medio de la instrucción racionalmente organizada en primer término, sería la obra más útil y gloriosa que pudieran realizar nuestros estadistas si lo estuviéramos. Esa excrescencia monstruosa que se llama la tiranía, se produce solo en determinadas latitudes morales y es siempre necesario resultado de causas complejas y merecedoras de análisis largo y concienzudo.

Y esa labor de lenta y exacta penetración no es propia de caracteres formados por la brega diaria, para la ardiente propaganda en la prensa y en la tribuna de ideas innovadoras de positiva trascendencia, acostumbrados, por virtud de su mismo apostolado, a considerar los hombre desde la cúspide en que hacen irradiar sus ideales, no imperfectos como los ha creado la naturaleza, como son realmente, como han salido de nuestra deleznable arcilla, sino como, según su criterio, debieran ser nobles y buenos siempre, seres de verdadera racionalidad, exentos de flaquezas y miserias... Miguel Ángel Garrido parecía haber nacido únicamente para las contiendas ennoblecedoras del civismo, para derrumbar ídolos de barro, para postular por el derecho y la justicia, y resultó, en este incoherente medio nuestro, tan propicio para los arrestos y éxitos del menguado personalismo político, un eterno vencido que, en medio del bullicio social, pasaba, altivo y triste, llevando a cuesta la pesada cruz de su meritoria pobreza y el hondo duelo por sus luminosas

aspiraciones de libertad y de bien constantemente incomprendidas o menospreciadas...

Su alma, doliente y soñadora, viril y fuerte, a toda hora revelada contra las injusticias sociales, refléjase a maravilla en su estilo nervioso, coloreado, fulgurante, emotivo, sin amaneramiento ni pose, donde, una que otra vez, parece la frase retorcerse o torturarse para expresar con entera exactitud la idea o la imagen, pero sin alambicarse y sin caer en descoyuntamientos arlequinescos. Su cultura literaria, sin ser muy escasa, se resiente de lecturas hechas al azar, sin el método necesario para lastrar convenientemente un cerebro. En el cambiante escenario social, solo absorbe su atención, solo reviste para él verdadero interés, el desfile de individuales prominentes que, en este o en aquel sentido, han marcado con mayor o menor fuerza su huella en la historia humana. Tal se ve en *Siluetas*, y tal en su otro libro inédito, *Bustos áureos*, del cual solo conozco algunos hermosos capítulos. Su facultad principal era la imaginación, fresca y lozana, y que, encausada por derroteros de arte puro, hubiera hecho de él un cultivador genial y exquisito de determinadas modalidades literarias. No obstante la austera inflexibilidad de sus principios, nunca germinaron en su ser rencores partidaristas o algo semejantes. Fustigaba briosamente, sin ensañamientos menguados, obedeciendo siempre a lo que creía un alto ideal de verdad y de justicia. Ha caído prematuramente en la tumba, en la modesta y solitaria tumba sobre la cual ¡tan frágil es el recuerdo humano! están cayendo ya espesas paletas del olvido, sin haber ni un solo instante aplicado de las generosas convicciones de toda su vida, y defendiendo en la prensa hasta última hora, con lucidez y tesón, los fueros de la ciudadanía y la soberanía nacional en toda su cabal integridad, sin mermas humillantes ni dolorosas mutilaciones...



Galaripsos

POR GASTÓN F. DELIGNE

Es privativo de verdaderos poetas suscitar emociones más o menos profundas sin recurrir a resortes vulgares y a artificios rebuscados con solo dejar de ver, clara y artísticamente, toda la riqueza de su huerto interior, su visión clara y alta de las cosas, su orientación resuelta hacia espacios perennemente iluminados por un ideal de belleza serena y perfecta. De Gastón F. Deligne, poeta de verdad, puede afirmarse que ha sabido recorrer todo el ciclo de su desenvolvimiento lírico, dentro de su *manera* peculiar de expresar ideas y sentimientos, gallarda y bellamente, con provecho y prestigio del lenguaje, sin lloriqueos empalagosos, sin intempestivos alardes de trasnochadas filosofías, y sin inmovilizarse en formas y modos de exteriorización artística que van resultando insuficientes para traducir con fidelidad estados psicológicos complejos y refinados. Un libro de versos, en ocasiones, es una especie de breviario que contiene las íntimas oblaciones de un espíritu de selección postrado con místico recogimiento ante sugestivos aspectos de la belleza y del bien; que guarda en sus páginas, como sutil y extraño perfume, la esencia de un alma rebosante de complejidades y de anhelos, que quiere descubrir tras la confusa y complicada urdimbre de los hechos la fuerza espiritual que lo anima, la misteriosa corriente que lo baña y vivifica... En cierto sentido, la misión que

el poeta cumple o debe cumplir es de depuración y ennoblecimiento. Para no intoxicarse en esta atmósfera de convencionalismos y de vulgaridades en que nos agitamos fuerza es salirse de ella siquiera sea momentáneamente para ascender a la empinada cima en que refulgen vuelta en celaje de misterio, el alma de las cosas... Hay que bucear a ratos en cierta idealidad para desinfectarse de microbios y de inmundicias sociales, para hallar veneros de riquezas psíquicas despreciados por el burguesismo imperante que *vive*, que cree *vivir*, porque llena puntualmente determinadas funciones fisiológicas... Todas las cosas, aun la que se nos figura más insignificante, tienen su vida peculiar, su íntima vibración, su arcana filosofía, que, en cierto sentido, solo el poeta, verdadero poeta, tiene la facultad de desentrañar y exhibir revestida con la deslumbrante clámide de imágenes hermosas y refinadamente expresivas...

Por la alteza de su pensamiento y por la amplitud y flexibilidad de su numen, que le permite recorrer sin tropiezos toda la gama de las más resaltantes realidades humanas, resulta el autor de *Galarippos* un poeta de bien definida personalidad, indudablemente de más acentuación intelectual que pasional, original y a trechos muy sugestivo, con caudal de ideas propias, sin recibo apreciable de influencias ajenas, aislado altivamente en su yo; lo que es decir bastante en esta época tan pródiga en imitaciones, no obstante el sello del radical individualismo que la distingue y singulariza, muy particularmente en lo atañero al desenvolvimiento de las ideas estéticas. Aún en sus momentos de flojedad o descuido, aún al través de cierta niebla conceptuosa que oscurece a veces su pensamiento o *intelectualiza* demasiado su emoción, mira de siempre en Deligne al poeta de gran potencia ideológica, de cierta intensidad emotiva, que sabe determinar duraderas impresiones con la elevación de su pensamiento y la proyección luminosa de su espíritu... Muchos años han transcurrido; muchas flores de ensueños y de esperanza se han deshojado en mi alma, y aún repercute en ella, con la misma fuerza de entonces, la emoción que experimenté leyendo las vibrantes quintilla de «Mairení», tan fáciles y fluidas,

en las que el gesto épico de suprema desesperación del héroe quisqueyano reviste trágica soberana grandeza; y todavía saborea con la misma fruición de aquel tiempo, los inspirados versos de «Angustias», poema de lágrimas, tierno episodio, de corte campoamoriano, en que un alma femenil cruelmente torturada por el infortunio, ante el prodigio de una cuna «de calma y redención anunciadora», se transfigura y se irgue nuevamente fuerte esperanzada...

Caracteriza la poesía de Gastón F. Deligne cierta debilidad de concepto y de expresión, y aunque a menudo su visión de las cosas aparece como enturbiada por cierto intelectualismo muy personal y propio, no quita eso para que, de tarde en tarde, broten de sus versos frescos surtidores de íntima ternura... No es un poeta emotivo ciertamente; pero tampoco predominan en él, de modo exclusivo, absoluto, facultades poéticas netamente intelectuales que absorben y destruyen cuanto fluye de su sensibilidad rica y acendrada aunque siempre esta, por su manera de ver las cosas, resulta, en su expresión poética, en segundo término, a veces muy atenuada y borrosa... Su peculiaridad más resaltante –no veo en América quien en esto le supere– es la fuerza eminentemente plástica de su imaginación para revestir de formas tangibles y adecuadas ideas y cosas puramente abstractas. La musculatura moral de este poeta, recio y fuertemente cohesionada, semejanza hecha solo para empeños propios de espíritus varoniles, libres de ciertas flaquezas y debilidades. No hay afeminamiento ni perfumes de *boudoir* en sus estrofas. Repúgnale, por lo general, tratar asuntos pueriles (en este volumen hay, es verdad, una que otra composición de esa clase que debería suprimir en una segunda edición), de consistencia efímera, verdaderas fruslerías del intelecto, sin pensamiento ni raíz sentimental, que constituye el obligado tema de una versificación ayuna de ideas, sin fuste ni enjundia... El poeta, a lo que pienso, debe ser a modo de armonioso teclado que, en instantes emocionales, rompa en notas vibrantes y encendidas despertando con fuerzas sentimientos nobles y generosos dormidos en el alma individual y colectiva... Conozco bien que lo mismo en la

prosa que en el verso, para el más genial y espontáneo escritor, el pensamiento original, la emoción determinante, atraviesa un proceso mental de depuración más o menos breve, llegando a la palabra escrita harto modificados, con tonos y matices que ciertamente no tenían en el corto período de su gestación inicial... Con todo eso, cuando el pensamiento o la emoción tiene su raíz en lo más recóndito de nuestro ser, ese trabajo depurador del mecanismo mental, no alcanzan a quitarle por completo su frescura original y cierto no sé qué peculiarísimo que el observador consciente no descubre en creaciones aparentemente unguadas con el óleo de un sentimiento penetrante y vivo, que es únicamente producto de diestros y adecuados artificios de imaginación y de técnica.

En *Galarippos* aparece muy poco visible la marca gris del pesimismo. La orientación filosófica de Deligne, algo multiforme, carece de acentuaciones precisas y mucho menos definitivas. Y en el momento actual, de análisis y de contradicciones cada vez más distante de fundirse en una síntesis satisfactoria total, no puede ser de otra manera sin ir a parar en una concesión dogmática muy individual y casi siempre perjudicial o infecunda... Este poeta suele, por lo general, apartar con disgusto la mirada de ciertas tristes realidades sociales; no ve o no quiere ver el fondo negro de muchas cosas, y aunque en algunas de sus poesías («Peregrinando», «Aniquilamiento» principalmente) esboza un gesto de contrariedad o de rebeldía, casi nunca asume, como algunos poetas, una actitud de impenitente desesperación contra cosas fatalmente irremediables; actitud que en no pocos es visiblemente ficticia, postura resaltante para conquistar la atención, o rendir, en determinados instantes, reverente homenaje a esa deidad caprichosa y omnipotente que se llama la moda. En tesis general, Deligne contempla la vida con ojo optimista («La nueva Jerusalén», «Angustias», «Oneiros», «valle de lágrimas», etc.), preconizando la acción y cuanto se endereza al gradual perfeccionamiento humano. Su concepto de la vida no tiene nada de amargo ni desesperante. Un soplo de esperanzas y de anhelos de bien

social circula frecuentemente por sus estrofas. Censura a los que exageran las tristezas de la vida, diciéndole:

Los que echáis la sonda al mar
del incierto porvenir
cuando al hombre habéis de hablar
¿por qué le habláis de llorar?
¿por qué le habláis de sufrir?

No desmiente esa tendencia de su espíritu «Aniquilamiento», bella y rara flor de turbador perfume cultivada en el jardín bélico, que pareció por un instante indicar una decidida dirección hacia el pesimismo, rumbo en que felizmente no ha persistido. Perteneciente a otro orden de ideas, sin ribetes de arcana filosofía, palpitante de realidad social y de vida artística, es la hermosa composición «Del patíbulo». De esas bellas estrofas fluye una melancolía suave y exquisita, que alcanza a veces cierto alto diapasón sentimental, propio de un alma selecta herida por el desconsolador espectáculo de las grandes injusticias sociales. Con gradación artística surge de esos versos la fatídica visión del ominoso patíbulo tan frecuentemente alzado para los vencidos del momento en estas turbulentas e incoherentes democracias hispanoamericanas... El pensamiento primordial se desenvuelve claro y distinto, sin premiosidades ni lirismo de relumbrón. Es un cuadro, un verdadero cuadro, de sobresaliente mérito histórico, donde sombras y colores se combinan y armonizan de manera verdaderamente interesante y apropiada. La emoción se apodera irresistiblemente del lector capaz de sentirla, quien le parece tener ante sus ojos al mártir de la desapoderada violencia política que:

... Allá va por su calle de amargura
por la doliente calle
que recorren a veces las ideas
para arder y alumbrar.

En cuanto atañe al lenguaje y formas rítmicas usuales, si no se ponen de relieve en *Galaripso*s procedimientos radicalmente innovadores, tampoco se palpa el ciego y servil acatamiento a un dogmatismo léxico y retórico en que todavía comulga la inmensa mayoría, y que, como de la peste, huye de palabras novedosas o que tengan visos de ello así resulten propias y eufóricas, y de la introducción, siquiera sea discreta y parsimoniosa, de variantes y combinaciones en los viejos moldes rítmico para, mediante ellas, producir nuevas cadencias y sonoridades. Tales oportunas innovaciones nos aparecen al principio extrañas y armónicas simplemente por estar nuestros oídos acostumbrados al acompasado martilleo de formas poéticas que tienen en su abono una práctica secular rara vez interrumpida. Cuanto tiende a corromper con hábitos fuertemente arraigados en nuestro organismo moral, es siempre acogido, en su primera etapa de desarrollo, con ruda y persistente hostilidad, casi nunca se quiere convenir que a cada nuevo ideal estético debe corresponder una nueva forma de expresión para lo cual hay que modificar en todo o en parte las angustias, y por eso debe aplaudirse, reduciéndolo a sus naturales límites, el propósito, ya en parte realizado, de algunos modernistas americanos de introducir ciertas innovaciones en estructura de las formas métricas y rítmicas usuales. Ese empeño, lo he dicho ya en otra parte, tan visible ya en estos últimos tiempos, de modificar ciertas formas y maneras de expresión literaria, no es producto, en la mayoría de los casos, de mero capricho, sino de necesidades determinadas por las nuevas direcciones que sigue el desenvolvimiento artístico en una época como la nuestra de tendencias tan poco definidas y tan complejas. Descontando las exageraciones y aun desatinos que acompañan siempre a todo ideal reformista, la obra cumplida por Rubén Darío, José Asunción Silva, Leopoldo Lugones, Amado Nervo y otros poetas, representa, bien depurada, una nueva y tal vez la más luminosa fase del movimiento literario en Hispanoamérica.

Gastón F. Deligne, muy conocedor del idioma y del ritmo, emplea siempre vocablos adecuados y expresivos, y sirviéndose con algunas ligeras variantes a veces, de los modos de expresión poética en uso, sabe prestarles como aspectos nuevos y como armonías y sonoridades agradables y nada vulgares. No ha alzado pendones en homenaje de cierta modernidad que entraña sin duda lados muy interesantes y acreedores de encomio; pero cuyo sentido ético, con escasas y relevantes excepciones, por regla general ha sido mal comprendido y peor practicado. Arguye mucho, a mi ver, en favor de la conciencia literaria de Deligne su oportuno y prudente alejamiento de lo que se me antoja llamar el radicalismo de los extremos. Saber colocarse en un punto equidistante, sin caer en excesos y aberraciones de escuela, pesando con sereno criterio los argumentos aducidos en pro y en contra, sin experimentar, principalmente, el contagio de entusiasmo de ardorosos neófitos que por el solo hecho de serlo creen tener la verdad fuertemente agarrada, es envidiable privilegio de ciertos temperamentos literarios, idóneo para realizar con brillantez una labor de adecuada selección que, sin desgaste o falseamiento de la propia personalidad, les permita encaminarse por vías seguras y amplias, sin parecerse ni remotamente a ninguno de sus antecesores o coetáneos consagrados por la fama. Sin ser el de un millonario del lenguaje, el léxico de este brillante cultivador del verso, es lo bastante copioso y rico para dar a sus producciones tonalidades y colores delicados y para permitirle personificar ideas o atracciones de cierto carácter valiéndose para ello de imágenes y comparaciones bellas, exactas y sugestivas.

Forzoso es rendir tributo de vivo reconocimiento a esto eximios poetas que, de tarde en tarde, suscitan vibrantes y hondas impresiones, esparciendo por nuestro ambiente de convencionalismos y de mezquindades esos soplos purificadores de fe, de entusiasmo y de amor que tan fuertemente agitan el alma de las sociedades. No sé, si como se dijo hace tiempo, esté la forma poética «llamada a desaparecer», y si, como se afirma, es signo elocuente de ello la abundancia de

versificadores hueros y la visible escasez de grandes poetas. Asuntos son estos que ameritan estudios más detenidos y completos y que requieren más tiempo del que dispongo. De mí ser decir tan solo que siempre me hace experimentar el vivo goce estético el verso sincero y armonioso, que siempre me conmueve la poesía verdadera, esa poesía noble y fecunda que nos eleva por encima del montón de engaños y miserias de la vida y nos permite dilatar la mirada por despejados y luminosos espacios.

Tolstoi y Shakespeare

Como planta desmedrada que crece en terreno casi agotado, florece cierto utopismo vacuo e incoloro en las últimas producciones del ilustre escritor ruso. Desde su retiro de Jaisnia Poliana esparce a los cuatro vientos fórmulas de orientación religiosa, de renovación social, de transformación artística, en su mayoría desprovistas de jugo vital, inconscientes, sin verdadera médula filosófica. Muchas de sus ideas tienen resaltantes parecidos, casi se confunden, con las de carácter filantrópico que puso muy en moda el enciclopedismo precursor de la gran Revolución Francesa. Su gesto es el de un reformador social que pugna por una radical transformación de las instituciones de todo orden que caracterizan la actual civilización, para de esa manera alcanzar un estado de cosas en que reinen la paz y la felicidad vigorosamente cimentadas en la práctica constante, sin restricciones y distingos, de un ideal uniforme de fraternidad y de positiva caridad cristiana.

Su concepción, nebulosa y pueril, de un arte esencialmente cristiano, obedece a esa inclinación de su espíritu, noble y generosa indudablemente, pero vinculada en un completo olvido de lo que con monótona persistencia revelan elocuentemente las enseñanzas históricas y los hechos de la vida diaria... Autónomo, con propia y bien precisada soberanía, con naturales nexos

indudablemente con otras formas de la actividad espiritual, el arte es la exteriorización sincera y bella de pensamientos o emociones sugeridas o suscitadas para la realidad íntima u objetiva; refleja, en ocasiones, estados de alma colectivos, y posee, sin duda, cierta relativa eficacia para la difusión de propósitos de bien general; pero de ahí a convertirlo, restringiendo o falseando su carácter autonómico, como quiere Tolstoi, en obligado vehículo de ideas de trascendencia ético-religiosa, de finalidades puramente altruistas, media una distancia enorme que solo pueden salvar espíritus apacentados en atracciones que únicamente prosperan en los limbos de la utopía y la quimera... Obseso por sus visiones de reformador social, que lo hacen condenar resuelta e implacablemente cuanto se aparte de las líneas arquitectónicas de su edificio ideal, incurre a cada paso en flagrantes injusticias, en apreciaciones erróneas o apasionadas, como, por ejemplo, al referirse a Baudelaire y a Verlaine, a quienes condena fijándose únicamente en sus aspectos menos artísticos, sin hacer caso de las peculiaridades psicológicas y de la copiosa riqueza de matices emocionales de cada uno de esos dos grandes poetas, y, sobre todo, al querer derribar a Shakespeare del pedestal altísimo en que lo han colocado la admiración y el aplauso de los siglos.

¡Shakespeare! Su solo nombre evoca un mundo de seres y de cosas dotado de vida artística exuberante e imperecedera. Hacer un gasto de erudición barata sería excitar ahora prolijamente las opciones de los grandes escritores que en el transcurso de más de dos centurias han rendido su tributo de entusiasta aseveración al excelso poeta inglés. «Shakespeare, dice Dryden, es el hombre que ha tenido más vasta y comprensiva el alma, y ha reproducido, sin esfuerzos, y como por inspiración, todas las imágenes de la naturaleza». Lessing, los Schlegel, Goethe, Hegel, cien más, han tejido coronas de laurel inmarcesible para ceñir la frente del excelso dramaturgo. «En general, afirma Carlyle, no conozco hombre alguno de facultad de visión tan grande, ni pensamientos de fuerza tan colosales si le consideramos bajo todas sus formas y categorías»...

No han faltado, tampoco, como era natural, opiniones desfavorables, las más de ellas inspiradas en prevenciones y en dogmatismo de escuela, como, pongo por caso, las últimas de Voltaire contenidas en su famosa e iracunda carta a la Academia Francesa en la que pone a Shakespeare como chupa de dómine... Lamartine, el sentimental Lamartine, tuvo el propósito, sin llegar a realizarlo, de menoscabar también con sus censuras la inmensa gloria shakesperiana. Tolstoi, más audaz, ha pretendido, sin lograrlo, arribar a cosas semejantes... Pero más doloroso que tales cosas, por otra parte muy naturales, es el empeño, absurdo a mi ver, de atribuir al canciller Bacon la paternidad de las obras de Shakespeare. Se ha gastado ya mucha tinta en tales pretensiones, que ningún argumento o dato de positivo valor justifica. G. G. Greenwood, el último que en un libro reciente¹ sostiene la paternidad baconiana no resulta muy feliz que digamos en sus alegatos y en sus aseveraciones.

Ya sé que en el teatro shakesperiano hay proporciones desmesuradas, aspectos grotescos, estupendos anacronismos, puerilidad y extravagancia... Abundan en situaciones incoherentes, de palpable inverosimilitud. Podría formarse una bien nutrida biblioteca con todo lo que se ha publicado acerca de los plagios ciertos o supuestos de Shakespeare. Tal como las escribió, sus obras son actualmente irrepresentables o poco menos. En la misma Inglaterra se han hecho en ellas, desde hace siglos, cortes y modificaciones, algunas de estas bien desdichadas... Pero, por encima de todo eso, ¡qué torrentes de luz deslumbradora! ¡qué explosión soberana de vida! ¡Qué infinita variedad de tonos y colores! Como si estuviera provisto de un poder divino, ha cogido el barro humano y lo ha modelado a su antojo, creando seres de eterna vitalidad, de indestructible cohesión y de incomparable belleza. En eso estriba su mérito más sobresaliente. Ni antes ni después que él, nadie ha podido forjar caracteres de una plasticidad artística tan real y tan humana. La fuerza de emoción que se desprende de sus

¹ *The Shakespeare Problem Restated*. (Nota del autor).

producciones dramáticas no reside ciertamente en las palabras, por más que estas, en algún momento, semejen trazos ígneos que iluminan rápidamente los cielos del espíritu, sino en los conflictos pasionales que determinan a cada paso situaciones en que fulgura una vida intensa y en la recia y bien equilibrada estructura de los caracteres, casi siempre de potente vibración anímica, que encarnan con vigoroso y bien circunscrito relieve los cuatro aspectos principales: trágico, filosófico, cómico e histórico de la vasta dramaturgia shakesperiana... Como nadie, Shakespeare ha registrado las infructuosidades más ocultas de nuestro ser y ha puesto al desnudo todos los móviles que determinan nuestras acciones... El arpa de la vida ríe, arrulla, gime, grita, increpa, solloza, ruge bajo sus manos. La duda, la ambición, el dolor, los celos, el odio, el amor, cuanto nos agita y apasiona, cuanto caldea e incendia nuestro espíritu, tiene en su teatro, tumultuoso, desordenado y amplio como la vida, expresión espontánea, exenta de artificios y de rebuscamientos... Recorre sin vacilaciones la escala que va de lo plácido y risueño a lo patético y terrible, del idilio suave y rumoroso como manso arroyuelo a la escena encrespada, de corte trágico, en que, a manera del río purpúreo corre la sangre... Todos los arranques de la pasión vibra en sus obras. Aun nos conmueve el adiós de la enamorada Julieta en la admirable escena del balcón, y nos sacude intensamente el escalofrío del miedo al ver a Lady Macbeth con las manos teñidas en la sangre de los dos guardias del noble rey Duncan asesinado... ¡Qué dos tipos de mujeres tan diferentes en su textura íntima, y, sin embargo, tan humano! La duda obsediante que entenebrece el atormentado espíritu de Hamlet; los celos torturantes de Otelo; el interés sólido de Sylock; la desesperación de Lear; la negación de Cordelia; la ternura conyugal de Imógena, tienen la poderosa fuerza vital que posee el arte cuando traduce con amplitud y profundidad sentimientos que no son peculiares de una época ni de una determinada agrupación étnica, sino esenciales y perpetuamente humanos, inherentes al ser colectivo que los presume, y que, sin limitaciones de tiempo y

de raza, experimenta las mismas perplejidades y los mismos placeres y dolores...

Cuando se ha creado todo eso; cuando se ha podido hacer vibrar tan fuertemente el alma humana; cuando se ha marcado de modo tan penetrante la huella del genio en la historia luminosa del desenvolvimiento artístico, resultarán siempre estériles y aun ridículos todos los esfuerzos, así sean los de un Tolstoi, para despojar al gran trágico inglés de lo que constituye su más legítimo derecho a una gloria y a una admiración perdurables.



El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y Chile

POR B. VICUÑA SUBERCASEAUX

El notable escritor chileno B. Vicuña Subercaseaux, con espíritu desligado de prejuicio y con dominio de asunto, estudia en este nuevo e interesante libro en todas sus principales bases de desenvolvimiento uno de los más vastos y complejos problemas que, por su intrínseca y permanente gravedad, se imponen no solo a la consideración reflexiva de estadistas bien intencionados sino también a la atenta observación de cuantos de veras se interesan por la pronta consecuencia de algo positivamente eficaz y práctico que mitigue y remedie la situación en que se encuentra actualmente la inmensa mayoría de la clase proletaria. Al analizar, a grandes rasgos, las diversas etapas históricas recorridas por lo que hoy conocemos con el nombre de socialismo, ve el escritor chileno, como todo el que se detenga a examinar este trascendental asunto, que sus génesis y sus evoluciones sucesivas han radicado siempre en la muy natural aspiración del que nada tienen a poseer lo que a otros sobra, en el resaltante contraste que se advierte, a la primera ojeada, entre las agrupaciones jornaleras insuficientemente retribuidas, desprovistas de todo, en perpetuo desamparo, y las clases privilegiadas pletóricas de riquezas y de lujos... De ahí la aguda crisis social –considerablemente agravada por los anhelos que sugiere

el desarrollo intelectual de nuestro tiempo— que solo en muy reducida esfera alcanzan a mejorar disposiciones legislativas dictadas en estos últimos años, como la ley de retiro de los obreros en Francia y otras... El problema, no obstante, permanece en pie preñado de amenazas para lo porvenir...

Mejor que en Juan Jacobo Rousseau y en Saint-Simon, hay que buscar el antecedente positivo del actual socialismo en Babeuf, autor de esas frases que resumen la perenne aspiración de toda una clase, la más numerosa y necesitada. «Encontrar un estado, donde todo individuo con la menor fatiga, pueda gozar de la vida lo más cómodamente posible»... Babeuf no se quedó en el terreno ideológico sino que quiso llevar a la práctica sus quiméricos proyectos basados en una igualdad social siempre ilusoria y absurda, y por eso rodó su cabeza cegada por la guillotina salpicando con sangre sus ideas... Estas, en formas más o menos diferentes, debían resucitar más tarde. Por ese dinamismo misterioso que hace que las ideas imposibilitadas por coacciones de lo alto de hacer su carrera en plena luz sigan su camino subrepticamente por el subsuelo social hasta el momento oportuno de reaparecer formidables y amenazantes, años más tarde, favorecidas por ciertas circunstancias, las ideas socialistas esparcidas por el ambiente colectivo comienzan a cristalizarse, a tomar cuerpo en la famosa *Internacional*, a formar un verdadero código de principios dictado en primer término por Karl Marx, y entre los cuales aparecen con espanto de la burguesía, estos dos en que se puede sintetizar toda la doctrina socialista en su aspecto más radical y definido: «El capital es el producto de una expropiación: el capital no debe existir»... «Es imprescindible abolir la propiedad individual»... El momento actual, a pesar de la dirección positivista tomada por una parte, la más culta del socialismo, es solo en realidad un instante de tregua. Como por fuerza natural de las cosas habrá siempre desigualdades sociales de toda especie, gente de arriba y gente del montón, ricos y miserables en una palabra, la lucha de clases, la pugna entre el proletariado y la minoría adinerada y dueña del poder, no obstante ciertos remedios que son en realidad meros paliativos,

resultará siempre de actualidad apareciendo cuando menos se la espere revestida de formas más o menos amenazantes y aterradoras. Tal vez Vicuña Subercaseaux se desvía de la realidad al considerar al socialismo revolucionario como entrando en una fase de visible decadencia. Ciertos si es que su extrema vanguardia, el anarquismo terrorista, hace ratos que no da señales de vida. En el horizonte enternecido parece haberse esfumado la trágica silueta de Souveraine, el terrible anarquista que como nuncio de destrucción y muerte pasa por las páginas vibrantes y dolorosas de *Germinal*...

En su aspiración incesante a transformar la actual organización social cimentada en el régimen capitalista pleno de irritantes injusticias, la fracción más intelectual del socialismo, echando a un lado utopías y quimeras, sigue, desde hace algún tiempo, orientaciones oportunistas muy prácticas, aproximándose hasta casi confundirse en la burguesía para de esa manera ir paulatinamente recabando las leyes necesarias para modificar de modo sustancial y sin aterradoras violencias las palpables y grandes deficiencias del régimen imperante que encarna indudablemente aviesos monopolios y otras cosas en pugna con muchas ideas de positivo mejoramiento social. Vemos por eso a esa fracción posibilista luchar en los comicios para obtener una representación que la convierta en una gran fuerza parlamentaria y contemporizar hasta cierto punto en Francia, Alemania, Italia y Bélgica con formas de dirección política cuya destrucción hasta hace poco años se pedía con insistencia por los *leaders* más caracterizados del socialismo militante... De tales componendas y transacciones no quiere ni oír hablar la agrupación antagónica, el sindicalismo revolucionario, que sostiene con tenacidad y en toda su pureza el dogma primitivo de destrucción completa del régimen burgués, para lo cual organiza a cada instante huelgas parciales que son como las avanzadas de la anunciada temible huelga general, y proclama la ruptura de toda clase de nexos con el socialismo político –por creer, quizás fundamentalmente, que los corifeos de este lo que quieren es servirse del proletariado

como de escabel para fines de exclusiva ambición personal—sosteniendo como único agente de indiscutible eficacia lo que llama «la acción directa del pueblo».

Lo que del luminoso estudio de Vicuña Subercaseaux ha impresionado más mi ánimo ha sido el ver la bandera roja flameando amenazadora en la libre y viril república chilena. Me ha sorprendido, lo digo sin ambages, que en esa privilegiada porción de Hispanoamérica haya encontrado terrenos abonados para florecer lozanamente la flor de sangre del socialismo revolucionario. Justo en gran parte de las reivindicaciones que sustenta, va horriblemente extraviada la porción del socialismo que pretende fiar el triunfo de sus ideas a procedimientos de violencia y de exterminio... Los sucesos cruentos ocurridos en Santiago, Valparaíso y otros puntos de Chile indican con la insuperable elocuencia de los hechos que el mal posee ya raíces algo profundas... Afortunadamente hay en Chile quienes, dándose acertada cuenta del peligro, estudian y ponen en práctica los medios que juzgan conducentes para oponer dique apropiado a la ola impetuosa y arrolladora. Así lo ha entendido el numeroso y activo partido radical chileno incorporando a su vasto y sustancial programa de reformas muchas importantísimas de carácter exclusivamente social. Ayudados o secundados por aquel gobierno, algunos poderosos capitalistas emplean buena suma de dinero en la edificación de casas para obreros en condiciones de arrendamiento en extremo favorables para estos... Aquí, en la joven República Dominicana, no tenemos por fortuna preocupación de ninguna especie por ese lado. Tales problemas nos son enteramente desconocidos. Nuestra población es exigua en demasía. Poseyendo, como poseemos, un territorio relativamente extenso y en gran parte deshabitado, de capa vegetal riquísima, el problema por resolver se encierra para nosotros en esta sola palabra: poblar.

El criterio de Vicuña Subercaseaux es pronunciadamente ecléctico en su serena y honda apreciación de estos complejos asuntos. Ni puede ser de otra manera. La violencia no resuelve nada, y si logra algún resultado inmediato, este será

precisamente transitorio. La relación se impondría presto violenta y desapoderada. Es ley eterna que la historia de todos los tiempos demuestra con irrefutable elocuencia. Solo evolucionando gradual y metódicamente podrá el socialismo realizar muchas de sus justas aspiraciones de mejoramiento colectivo. Para ello tiene que ser ecléctico, desprenderse de toda torpe intransigencia, y aprovechar, vengan de donde vinieren, todas las ideas que entrañen positiva eficacia para la implantación gradual y discreta de reformas sociales de verdadero alcance y trascendencia. En países de abrumadora densidad de habitantes, impónense con un irresistible fuerza muchas legítimas reivindicaciones sociales. Y cumple a estadistas y legisladores atenderlas con preferencia a cualesquier otras. En las conclusiones de su meritorio trabajo revela el diligente y bienintencionado escritor un optimismo que solo a medias comparto. El socialismo sindicalista nutrido de elementos procedentes del campo anarquista, no desiste en lo más mínimo de su proyecto de destrucción del presente régimen social y por lo que dicen continuamente algunos de su más nombrados caudillos está muy lejos de considerar como actos de cumplida justicia las leyes últimas que favorecen la clase obrera, sino como concesiones arrancadas por la fuerza al miedo de una burguesía empedernida y cada vez más aferrada a sus privilegios seculares... Este libro, como *Gobernantes y literatos* del mismo autor, pertenece al número de obras de actualidad que merecen leerse con verdadero detenimiento. Vicuña Subercaseaux es un escritor de ideas, que no sacrifica el fondo a la forma, y que no considera la literatura como mera expresión de fruslerías o sonoridades verbales sino como el más apropiado medio para la propagación de pensamientos altos y de utilidad reconocida.



De mi villorrio

POESÍAS POR LUIS C. LÓPEZ

En el breve y jugoso prefacio de este curioso libro de versos el distinguido escritor Manuel Cervera afirma paladinamente que Luis C. López es el más original de los poetas de Colombia. Mi incompleto conocimiento de la actual producción poética en esa rica porción de la América hispana no me permite comprobar con visos de éxitos el exacto fundamento de una afirmación tan rotunda. Basta, sin embargo, leer algunos de los versos que contiene el tomo que he recibido para vivir la convicción de que Luis C. López no pertenece por cierto al *servum pecus* de que habla el gran poeta latino. Hay por fuerza que considerarlo como un lírico raro, de singular morbosidad, que procura orientarse por sendas poco conocidas, incurriendo a cada paso en atrevimientos de pensamiento y en audacias de imagen, más que suficientes para que muchos, la generalidad, sin pararse en barras, se apresuren, sin discusión, a poner sobre sus rimas nerviosas y sugestivas el acostumbrado sambenito de un decadentismo *enragé*... Es indudablemente un cerebral, aquejado por la neurastenia, de gestos a veces macábricos, cuya visión de algunos aspectos de la realidad circunstante lo lleva con frecuencia a cierta extraña y quizás buscada incoherencia...

Detrás del hálito de *drolerie* a que hace alusión el perspicaz prologuista, surge a ratos, informe casi, a manera de

rápido y deslumbrante chispazo, algo que es más que simple *boutade*, algo de humorismo, no de alto y trascendente humorismo de ciertos grandes escritores, de Swift, Rabelais, Sterne, Juan Pablo Richt, Cervantes; si no de uno muy individual, de escaso alcance, no producido por resaltantes antítesis generadas por las reacciones naturales de las cosas ni por cierta sutil ironía que se desprende de la contemplación sin propósito preconcebido de esas mismas cosas en ciertas resaltantes peculiaridades, y sí determinado por sensaciones diversas, momentáneas, inconsistentes, de valor efímero, sugeridas en ciertos momentos por virtud de situaciones objetivas en que parece predominar con marcadas acentuación una nota cómica, que provoca generalmente la risa, una risa que en ciertas almas no vulgares, como la de este poeta, parece como enturbiada por un fondo de vaga tristeza, y suena siempre o casi siempre como estridente cascabeleo de un arlequín gesticulante y locuaz, cuya extremada movilidad y gracia a veces descompasada y brusca, como que sirve para encubrir un noble y recóndito sentimiento de un inmenso desprecio de muchas cosas creadas y prestigiadas por la necesidad humana y ante las cuales yacen todavía de hinojos incontables y abigarradas muchedumbres de verdaderos pobres de espíritu...

Obediente a un proceso ideológico que se cristaliza en una manera peculiar de expresión, este poeta tiende constantemente a desviarse de las sendas cubiertas por el espeso polvo de muchas vulgaridades imperantes, a no ser que se proponga caricaturarlas o cosa semejante como suele hacerlo con desenfado y acierto, ya que para él resulta de todo punto imposible.

vivir a la manera
de las calles tiradas a cordel.

Rara vez o nunca escoge para asuntos de sus versos los rípicos sentimentales que formen la perenne trama de una poesía anémica, enteca, sin calor emocional, sin sustancia ideológica, cultivada a la perfección por versificadores enamorados de cierto

sonsonete, que solo ve material poético en pueriles amoríos, en aromas de flores, en murmullos de fuentes, en plácidos fulgores de luna... Surrealismo lleno de nerviosidades, sincero y por lo general de rudimentaria complejidad, vibra con fuerza a cada instante sin que intente reprimirlo ni muchos menos, y por eso, siempre tras cierto elemento de contraste, en ocasiones vago y artificial, que constituye el indiscutible fondo de *su manera*, al despuntar la primavera, al empezar la naturaleza a esparcir nuevos efluvios de vida y ardor sobre las cosas, exclama en «Versos rurales»:

Al fresco de la tarde, cuando en la lejanía,
tiembla el tinte cenizo de un retraso de invierno,
danzamos con las mozas de la vieja alquería,
mozas de carne dura, de corazón muy tierno...

O cuando, ya por distinto concepto, ante pronunciados y contradictorios aspectos de la comedia humana, su fina ironía mal velada por cierta aparente imposibilidad marmórea, le hace decir en la poesía «Mitin»:

Se salió de plomada
la colectiva estupidez, camino
del rebenque, del tajo y la picota.
Apóstol del Derecho, un petardista
de frac y cubilete,
volcó sobre la turba
de los descamisados
todo un cajón de frases...

Su vibrante discurso
causa fue de apoplético entusiasmo
que tuvo que sangrar tranquilamente
la científica guardia pretoriana
con el cañón y con la bayoneta

Y yo, del caballete de un tejado,
miré la rebujiña,
—como nos soy apóstol del derecho—
con toda la frialdad de un erudito.

En otra de sus composiciones, «En la terraza», ya en nueva postura y con nuevo gesto, «entre caballeros amables y señoras discretas», en una atmósfera de mundana frivolidad se le ocurre:

unido a estos seres que portan caretas
pasarme varias obras sin pensar...

y agrega:

me parece que soy muy feliz,
puesto que no me importa, con almas rastreras,
recordar mis quimeras nobles, mis quimeras
que se han ido por una rapidez de tren.

Muchos versos hay en este volumen que, muchísimo mejor que los citados, podrían dar la verdadera impresión de la manera de exteriorización artística que determina cierto sabor característico en la poesía de Luis C. López. A veces parece hacer un alto en el camino, apartarse, nunca por completo, de su modalidad peculiar, y entonces produce estrofas sencillas y diáfanas como estas delicadas a Mary Faith:

Es bueno el sol. Sacude la tristeza
de la noche. Y me digo: el sol es bueno
porque acaricia la curtida espalda
del campesino que recorta el heno;

porque, con eficacia de su égida,
hace en el surco germinar la vida
y hurga a la vida su sabor amargo

cuando a las almas, como el surco, enflora.
Basta para vivir, noble señora,
un rayito de sol, y sin embargos...

Todavía impera en Hispanoamérica –hay saliente excepciones ya lo creo– un criterio dogmático, cerrado, estrecho, rutinario, que pretende –en el actual momento de visible renovación en tantos órdenes de la vida social– juzgar la producción artística viéndola al través de la lente empañada de un pseudo casticismo, que impele de continuo a poner en el índice de una reprobación inflexible cuanto en caso del pensamiento y del lenguaje esboza una tendencia innovadora o un propósito más o menos radical de reforma. Me desagradan altamente, es claro, ciertas buscadas contorsiones u oscuridades de estilo en que el pensamiento torturado parece retorcerse dolorosamente; pero tampoco me gusta, ni ganas, esa frecuente e irreflexiva propensión a denostar con acerbidad lo que se endereza a aclimatar algunas nuevas formas métricas y rítmicas, y ese prurito de querer inmovilizar el idioma, de petrificarlo o cosas semejantes, sin detenerse a considerarlo como lo que es realmente: un organismo vivo que, como todos, se desarrolla y muere, y que, acatando leyes incontrovertibles de evolución, va al mismo tiempo que recorriendo sucesivas etapas de desenvolvimiento adecuándose de modo preciso a momentos y circunstancias del medio o los medios en que se produce. Estoy muy lejos de creer, con Remy de Gourmont, que en la América Latina se está actualmente formando un nuevo idioma o algo parecido. No hay tales carneros ni puede haberlos. Lo que sucede evidentemente es que el castellano majestuoso y grave va en estos pueblos hispanoamericanos y aún en parte de la juventud literaria española desprendiéndose de cierta tesura, de cierto corte académico y adquiriendo mayor ductilidad, más copiosa riqueza y de matices, mayor fuerza de amplitud para la expresión cabal de estados anímicos en ocasiones muy sutiles y complejos, lógicos y naturales resultantes de modos de ver, comprender y sentir modelos muy distintos de los escritores clásicos de la gran época de la literatura española.

Luis C. López, revolucionario en el pensar y a veces en el decir, resulta una que otra vez algo enrevesado y en si es no es anfibológico. En su versos, aquí y allá, alcanzan a distinguirse máculas de poca monta que aprovecharían ciertamente los domines de palmeta que mutilan o empequeñecen la crítica, a lo Balbuena, convirtiéndola en mero ejercicio gramatical y retórico. En el examen de una producción literaria me complace, ante todo, buscar y seguir el áureo hilo conductor de las ideas para por su medio llegar al fondo de un alma y sentirla y comprenderla en cuanto esto es posible en atención a la subjetividad fatalmente característica de todo juicio. En Luis C. López he visto un poeta extraño, sin honda emotividad, cerebral quizás en demasía, superficialmente complicado, que sabe producir vibrantes y hermosos versos y expresar en ellos sinceramente diversos estados de alma y diversos modos de ver y sentir la belleza.

Dionysos

POR PEDRO CÉSAR DOMINICI

*P*or las páginas de este libro sereno, sugestivo, bien pensado y primorosamente escrito, circulan acariciadores efluvios de arte exquisito y noble y de atrayente e impoluta belleza. Todo él resulta como una urgente evocación de curiosos y distintos aspectos de la riente civilización helénica. Aunque tratado este asunto hasta la saciedad, Dominici, debido en primer término a la magia de su estilo, ha sabido infundirle cierta novedad y cierto particular interés que contribuyen a hacer en extremo fácil y agradable la lectura de su novela. Parece haber estudiado concienzudamente, con amor de artista, cuanto atañe a la Grecia de tiempos pretéritos. La Hélade gloriosa surge de nuevo viva y fulgurante en los hermosos cuadros de costumbres griegas evocados por el brillante escritor venezolano. Su libro, en ocasiones, semeja armoniosa estatua de mármol pentélico finamente cincelada. Así fue o así debió ser Atenas, si hemos de creer en lo que llamamos o suponemos verdad histórica. Si hay empeño difícil para un escritor consciente de su obra, es ciertamente el de reconstruir con brillantez y con medios y recursos propios el aspecto artístico, la verdadera fisonomía, la personalidad fuerte característica de los pueblos o de razas que actuaron decisivamente en la existencia social dejando en la historia estela luminosa de hechos inmortales. De ese estudio

general, a referirse al pueblo griego de la antigüedad clásica, despréndese siempre, a veces casi sin percatarse uno de ello, la irresistible tendencia a comparar, a precisar el resaltante contraste que se advierte, sin tener que apurar mucho el análisis, entre aquella concreción social espontánea, sencilla, plena de vida sana e intensa, de estructura poco complicada, producto acabado de una raza y un medio que, merced a ciertos factores, como lo demuestra Taine, pudieran alcanzar su más alto punto de compenetración, y nuestra civilización tan artificiosa y compleja, tan llena de espejismos y de vanas exterioridades, tan contradictoria y confusa, tan recargada de afeites y de torpes convencionalismo...

En *Dionysos* vive el alma de este pueblo, con aquella «noble sencillez y plácida grandeza» que Winkelman veía en los insuperables modelos de la estatuaria griega. Con acierto propio de verdaderos artistas escoge Dominici a Atenas, la sacra ciudad que mejor sintetiza el helenismo, para casi toda la acción de su libro, y elige justamente el momento en que la urbe insigne se encuentra en el apogeo de su grandeza artística y su hegemonía política. Bajo el gobierno de Pericles florecen maravillosamente las ciencias y las artes. En esa ahora suprema, bajo el sol esplendoroso del Ática la nívea flor de la cultura griega esparce con mayor intensidad su vivo y perdurable aroma. El episodio que narra la novela, los amores de Eúcaris y Diodoro perturbado siempre por la cólera de *Dionysos*, el Dios báquico ofendido, caprichoso y cruel, se desenvuelve armoniosamente como un himno pausado y rítmico que va desgranando sus notas argentinas en el templo henchido de fieles de Palas Atenea. El argumento es sencillo y diáfano como la vida griega. Eúcaris, la protagonista, es algo así como un símbolo adorable, como la personificación de la eterna belleza, turbadora y enigmática, que perseguimos insensatamente sin lograr cautivarla jamás... La cita concedida al poeta Lysis en el momento en que el ausente Diodoro combate por la gloria ateniense, como que rompe la línea armoniosa, de impecable euritmia, que forma el carácter de la bella y melancólica Eúcaris. Hubiérame agradado más no

verla incurrir en semejante veleidad justificada o atenuada únicamente por lo bello y expresivo del capítulo en que se refiere a este incidente, como también disgusta, en la historia de esa misma época, contemplar a Aspasia, la compañera inseparable de Pericles, la estrella refulgente de su genio, caer, muerto el ilustre jefe ateniense, en brazos de Lysidas, el vulgar tratante de ganados.

Precisa distinguir, en el estudio de esa civilización tan original y perfecta, dos creencias que se eslabonan y completan necesariamente; pero que, en ocasiones, se destacan como con perfiles diferentes: la Grecia de los artistas creadores de belleza, y la de los eruditos, de continuo sugestionados por el ansia de la verdad histórica rigurosamente comprobada. La primera, resultante de la lectura más o menos bien digerida de algunos autores clásicos y del conocimiento a veces muy superficial de sus modelos arquitectónicos y escultóricos, sufren a menudo el falseamiento que le imprime la fantasía creadora revistiéndola de cierto vago matiz convencional que algunos exageran lastimosamente. La otra, la Grecia de los eruditos, es producto de una labor paciente, seria y concienzuda, cuya gloria principal corresponde indudablemente a Alemania. Desde hace bastante más de un siglo, sin menospreciar ni mucho menos la labor histórica de ingleses y franceses —la monumental obra del inglés Grote o la del francés Duruy, pongo por caso— es indudable que el esclarecimiento de muchos puntos oscuros de la Grecia clásica se debe a trabajo de eruditos alemanes que ha llegado a formar exclusivamente con ellos una copiosa y activísima biblioteca. Y ello no solo en el terreno de la pura especulación, como interpretando o explicando más o menos ingeniosamente mitos, leyendas, bajorrelieves, medallas e inscripciones, sino llevando su espíritu investigador a cosas altamente prácticas y fructuosas, como Schliemann, quien, después de sucesivas, costosa y paciente excavaciones, encontró o creyó encontrar los sepultados restos de Troya, la sacra Ilión, mudos testigos de las proezas de Héctor y de Aquiles cantadas en la epopeya homérica. Se han gastado mares de tinta, sobre todo en esa misma Alemania, en la controversia sugerida por Wolf al negar

rotundamente la personalidad de Homero, negativa compartida, aunque no de manera tan absoluta por Hermann y Thiersch, y combatida con menos fuerza por otros, los menos, que firman la realidad histórica del legendario poeta de Quíos, sin que hasta la fecha haya podido pronunciarse con seguridad la última palabra. Ni se pronunciará jamás, a lo que pienso.

Al describir las costumbres de aquel pueblo, como al penetrar en la psicología de algunos personajes, Dominici se ciñe enteramente a la realidad histórica o a lo que juzga como tal, por más que observe únicamente tales cosas desde el punto de vista artístico. Esta parte, la artística, es, sin duda, la más hermosa y sugerente de aquella civilización. El espíritu selecto de Dominici, su fantasía de poeta, se complacen principalmente en la descripción sobria y pintoresca de costumbres de la existencia ateniense y de curiosas ceremonias del culto pagano. Ha vivido espiritualmente un tiempo en aquella época magnificente de la vida griega, y por eso nos hace saborear en las páginas de su libro sensaciones delicadas y exquisitas, y experimentar, a ratos, la nostalgia de seres y de cosas que duermen para siempre cobijados por la sombra augusta de sus monumentos mutilados y de sus estatuas perdurables y gloriosas. Ese pueblo, encerrado todo su ideal en lo finito, gozando de la vida en toda su sana y honda plenitud, si busca el cielo es para hacerlo descender hasta él. Sus dioses bajan del Olimpo a cada paso para codearse con los simples mortales. Viven poco más o menos como los demás hombres, siendo solo superiores a ellos en poder y belleza. En la *Ilíada* alcanzan ya su más cumplida concesión antropomórfica. La duda filosófica, como sucede con todos los sistemas religiosos que se atribuyen la exclusiva posesión de la verdad sobre el origen y el destino de las cosas, empezará pronto su acción demoleadora, y más tarde la propaganda cristiana arrojará definitivamente de sus templos a los rientes dioses paganos. Y la espada y el poder de Juliano y el chorro de ideas neoplatónicas que a manera de divinas armonías brota de los labios de la bella y sabia Hipatia, serán por completo impotentes para congregar de nuevo ante las viejas aras muchedumbres fervorosas de

creyentes. El paganismo, como religión caduca e insuficiente, muere en la conciencia colectiva, para resucitar más tarde, con vida inextinguible, en el mundo luminoso del arte.

Sereno y sugestivo, con la castidad de la desnudez artística de algunas estatuas, este bello libro solo sugiere pensamientos nobles, ideas puras y altas. Como áurea floración sidereal aparece constelado de ensueños y visiones de excelsa belleza. De estos miríficos cuadros de la existencia ateniense, se exhala un perfume penetrante de vida sana y fuerte, de una vida todavía no perturbada por anhelos perpetuamente inasequibles, que desnaturalizando el verdadero concepto de la realidad, engendran en las almas la inconformidad o el hastío. El estilo, de hermosa nitidez, diáfano y puro, tiene suavidades séricas, centelleo de gemas preciosas, tonalidades suaves y vaporosas. Hay verdadera euritmia de líneas, adecuada proporción en todas las partes de este libro. Admírase en él una bien graduada serie de tonos y colores, algo como una delicada gama pictórica, que determina bellamente efectos adrede ambicionados. Por su estructura interna y por sus relevantes condiciones de forma correcta y pulcra, merece *Dionysos* figurar honrosamente en la bibliografía moderna, ya sumamente copiosa, enderezada a reconstruir artísticamente aspectos y personajes de la Grecia antigua. No amenguan, a mi ver, su mérito, indiscutible para todo espíritu imparcial y justiciero, el éxito más o menos resonante de obras de igual o parecida índole publicadas posteriormente a la aparición del libro de Dominici. El eximio Vargas Vila tiene, a mi juicio, razón que le sobra en su vibrante y caluroso encomio de *Dionysos*, lo mismo que mi amigo el perspicaz crítico cubano Arturo R. de Carricarte. Obras como estas, que requieren indefectiblemente preparación y estudios especiales desdeñados por cierta vulgaridad literaria imperante, no se encuentran ciertamente al doblar cada esquina. Sean cuales fueren las máculas o deficiencias que se puedan señalar en *Dionysos*, cosa natural en toda obra humana, fuerza es confesar que ese libro revela consagración tenaz, estudio determinado del pueblo griego clásico, y un propósito de finalidad estética bien depurado y discreto y habitualmente conseguido.

Porque la Grecia clásica continúa y continuará pareciendo a toda alma selecta como el más bello fragmento de vida artística que sea dable contemplar a los ojos humanos. Es la cristalización armoniosa de una época histórica, única, soberbiamente aislada en su perenne ensueño de arte y de belleza, que no ha vuelto a producirse, que indudablemente no se producirá jamás. Su lugar en la historia humana, en vez de achicarse u oscurecerse con la distancia, parece mejor como que se agranda y brilla con fulgor más vivo. A ella se va con el alma rebotante de ideas, como cumplir devotamente un rito religioso, para, igual que Renán ante su acrópolis famosa, elevarle lírica plegaria y pisar con misterioso y solemne recogimiento el sagrado polvo de sus rutinas seculares. Iniciada su decadencia, presa codiciada de diversos pueblos, gimió Grecia largo tiempo en tristes servidumbres, sin perder por eso nada del espíritu que a tan inmensa altura han puesto su nombre. Las legiones romanas clavaron por largo tiempo en sus monumentos sus águilas victoriosas; pero solo domeñaron en realidad la superficie de su territorio y solo impusieron su dominio en lo más extenso y transitorio de su existencia colectiva. El espíritu griego seguirá influyendo decisivamente en la orientación artística y filosófica del mundo romano. Nerón, el monstruo omnipotente, sitibundo de glorias resonantes, pasó por sus ciudades entre el ruido de triunfales apoteosis en ebúrneo carro tirado por cuadriga ardorosa, y bajó a la arena de sus juegos renombrados para conquistar como preciosos trofeos las coronas ofrecidas a los vencedores y ceñir con ellas su frente de histrión cruel y ensoberbecido. Invasiones diversas devastaron su suelo hasta que cayó definitivamente rendida bajo la ominosa cimitarra turca. Y un día, en los comienzos de la pasada centuria, atraído por la irresistible fascinación de sus recuerdos, al recorrer sus ciudades o presas y contemplar tanta ignominiosa, brotó de labios de Lord Byron, que años después debía morir por ella en Misolongi, esta conocida y elocuente exclamación: «¡Qué hermosa eres aún en tu dolorosa vejez, patria desheredada de los dioses y de los héroes!»...

Y otro día, el más solemne de su historia moderna, el pueblo griego, bastardeado en su sangre indudablemente por la sucesión y mezcla de tantas dominaciones exóticas, pero digno de sus viejos paladines por sus recientes insuperables heroísmos, se alzaría indignado en su sepulcro de mármol conmoviendo a todas las almas apasionadas de los recuerdos clásicos, y, contagiada también por ese hermoso movimiento de los espíritus, la fría y egoísta diplomacia dejará consumar el hecho decisivo de Navarino... ¡Qué influjo tan potente y avasallador tienen a veces ciertos recuerdos! Razón tiene Le Bon al afirmar que los pueblos, en un instante dado, son conducidos más por sus muertos que por sus vivos.



La religión de la humanidad

I

Descontento con algunas apreciaciones sobre positivismo comtista externadas en mi juicio sobre la obra *Gobernantes y literatos* del notable escritor chileno B. Vicuña Subercaseaux, me invita en benévola y expresiva carta el conocido sociólogo Juan Enrique Lagarrigue a reconsiderar tales conceptos, y, al efecto, honrándome grandemente, me envía una copiosa colección de cartas impresas dirigidas a distinguidas personalidades, folletos y libros de su fecunda y persuasiva pluma en que hace elocuente apología de las doctrinas de Augusto Comte, muy particularmente en lo atañadero a la religión o cosa parecida instituida hace poco más de medio siglo por este pensador insigne... De la detenida lectura de esas producciones, solo ha quedado en mi espíritu, muy acentuada, la impresión de haber vivido, durante breves horas, en íntimo contacto intelectual como una de esas almas de selección, exquisitas, raras en extremo, que, en medio de la reinante anarquía de opiniones, han tenido la fortuna de descubrir un terreno de aparente solidez en que levantar un edificio de ideas y convicciones en abierta pugna con las corrientes de escepticismo y de propósitos utilitarios que parecen imprimir relieve característico a nuestro tiempo. La fisonomía moral del

ilustre escritor chileno resulta por demás curiosa e interesante. Es la de un convencido irreductible, sereno y fuerte, en una época de pronunciada incoherencia moral y en que son tan escasas las verdaderas convicciones. No entiende de términos medios. El positivismo místico es para él la única religión hoy posible, la sola provista de la virtualidad indispensable para desviar la humanidad de la ruta extraviada que sigue actualmente... Las líneas de su personalidad se destacan claras y vigorosas en un ambiente social casi en su totalidad refractario a los arduos empeños de un proselitismo no maculado por preocupaciones de medro o por miras de intereses convencionales. En él vibra con fuerza algo de entusiasmo ardiente que caldeaba las almas en los siglos heroicos del cristianismo. Su espíritu se cierne muy por encima del preocupaciones de carácter nacional más o menos merecedoras de respeto; y por eso, entre el tumulto de las pasiones desapoderadas, alzar su voz inspirada, rebotante de hacer acendrado amor a la justicia, más meritoria y digna de encomio por el hecho de resonar aislada, condenando a Chile, su patria, por la retención de Tacna y Arica, y pidiendo su devolución a su legítimo dueño, el Perú vencido y humillado. Refresca el ánimo estar siquiera por corto tiempo en contacto espiritual con almas de ese temple. En su pluma, serena y diáfana, no se advierte el más leve dejo de ironía. En su dialéctica, sencilla y expresiva, no se deslizan nunca conceptos o apreciaciones agresivos e inherentes. Es un alma que está siempre al desnudo, de un candor y un desconocimiento de ciertos aspectos de la realidad circunstante que rayan a ratos en lo increíble. Apóstol fervoroso de una quimera deslumbradora, vaga extraviado por la floresta de su ideal inasequible, superior en mucho a lo que pueden dar de sí las flaquezas y miserias humanas, y merecería que una nueva profetisa Manto le dijera como a Fausto: «yo amo a quien desea lo imposible»...

El comtismo, en su aspecto místico, la Religión de la Humanidad, continúa pareciéndome una concesión que descansa sobre bases necesariamente efímeras y deleznales, y que por su escala jerárquica, por su calendario y por ciertos

puntos de su ritualismo se ha prestado y se presta a los tiros de gentes maleantes y a censuras bien encaminadas y discretas. No pretendo negar que hay en esa creación cierta grandeza ética que deslumbra. He admirado y aún admiro en el positivismo comtista, en su primer aspecto, en su faz exclusivamente científica, briosamente defendida en parte por Littré, la trabazón admirable, la ordenación lógica, el engranaje de fenómenos sociales que cohesiona fuertemente esa vasta construcción filosófica, una de las más portentosas que haya fabricado jamás la mente humana. No van sin duda mal encaminados los que conceptúan a Comte como el primer cerebro de Francia después de Descartes. Si no está a su altura, mucho ciertamente se le aproxima. Aun pareciéndome acertadas en muchos puntos las críticas de algunos grandes pensadores ingleses, Huxley y Spencer por ejemplo, sobre el escalonamiento, la clasificación, la sistematización de las ciencias hechas por Comte, vasta escala que parte, como de sustentáculo incontrastable, de las matemáticas para rematar como supremo coronamiento en la sociología, todavía quedan en el positivismo comtista, divergente del positivismo inglés en muchos aspectos importantes, porción voluminosa de datos y de preciosas observaciones y juicios de gran utilidad para el esclarecimiento de muchos puntos oscurecidos del desenvolvimiento humano y para el estudio de la solución que reclaman con insistencia algunos graves y complejos problemas sociales. La obra de Comte, no embargante ciertas resaltantes lagunas, ha influido y tal vez siga influyendo en la orientación filosófica de muchos altos espíritus. El mismo Stuart-Mill, aun negándolo en sus últimos tiempos conoce, en parte, en un interesante libro, lo que en su obra subsiste de la influencia de Comte.¹ Littré, Renan, Taine, han sentido en mayor o menor grado la poderosa fuerza de su gestión que emana del comtismo científico...

Con todo y declarar puntos menos que cerrado el ciclo de la metafísica, segunda e intermedia etapa que coloca, como para

¹ Stuart-Mil. *Mes Memoires*. (Nota del autor).

servir de puente, entre el período teológico y el actual necesariamente positivista, no pocos resabios metafísicos se han infiltrado en la creación filosófica de Comte. Sin discutir el cierto mérito, su teoría positiva del alma, a pesar de su aparente solidez científica, resulta, en uno que otro de sus aspectos, concepto en no pequeña parte metafísica, como arrancado de observaciones de carácter hipotético de difícil o imposible comprobación experimental. Según su teoría positiva del alma, para él verdadero postulado, «clave de su gran doctrina, compónese aquella, el alma, de dieciocho funciones: diez afectivas, cinco intelectuales y tres activas que el maestro especifica cumplidamente en su famoso *Cuadro sistemático* de ella. Dichas funciones corresponden a otros tantos órganos que forman el conjunto del cerebro. Las 10 funciones afectivas se dividen en siete instintos egoístas y tres altruistas. De las ocho restantes corresponden cinco a la inteligencia y tres a la actividad. Sobre ese concepto del alma descansa la religión instituida por Comte. Lo esencial en esta, es que los tres instintos altruistas, apego, veneración, bondad, predominen sobre los siete egoístas, a saber: nutritivo, sexual, maternal, destructor, constructor, orgullo vanidad, poniéndolos en fuga o reduciéndolos a la mayor impotencia. No es chico empeño, ciertamente. No se requiere ser muy perspicaz para observar el primer golpe de vista que, en semejante pugna, toda la ventaja está del lado de los íntimos egoístas, más numerosos y dotados de mayor arraigo y fuerza que los contrarios. Así lo ve también a veces Lagarrigue, aunque por lo general juzga muy posible «el predominio del altruismo sobre el egoísmo». Al hacer el panegírico del primero, entra en un orden de consideraciones que estimo muy juiciosas y discreta sobre «la triste enfermedad moral que reina actualmente». Felizmente, según él, la religión de la humanidad, salvadora panacea, «viene a librarnos del peligroso marasmo que nos aqueja despertando nuestro dormido altruismo y transformando nuestros sentimientos»... Deploro sinceramente no compartir tan consolador optimismo que nada justifica en los actuales momentos. El tránsito del egoísmo al altruismo no se columbra por ninguna parte. Que

triunfe el bien del mal; que los sentimientos puros y nobles se impongan a los egoístas y corruptores, a fin de que surjan de ello una Humanidad consciente, materia dúctil al bien, saturado de vivificante altruismo, capaz de alcanzar la mayor suma de felicidad individual y colectiva que puede darse en la Tierra (el Gran Fetiche como lo llama Comte en su profunda *Síntesis subjetiva*) ha sido indudablemente la perpetua aspiración de todos los espíritus realmente superiores, de los grandes moralistas o religiosos, de Buda, de Confucio, de Sócrates, de Jesús... Hasta ahí no noto nada de la verdadera originalidad en la religión del positivismo. Ese hermoso ideal del perfeccionamiento humano es casi tan viejo como el mundo...

La originalidad de Comte, en este punto, estriba en su propósito de instituir una religión enteramente demostrable desligada de toda idea suprasensible y en la que no quepa nada que no pueda ser satisfactoriamente comprobado. Lo sobrenatural ha vivido siempre al amparo de la metafísica. Derrumbada esta ya no tiene razón de ser. Sobre el hacinamiento de escombros de las religiones positivas, que supone enterradas o muy cerca de ello, construye Comte una que satisface plenamente las inteligencias de racionalidad superior que aspiran a la verdad *religiosa* sólidamente apoyada en la ciencia moderna. El catolicismo, por su sólida organización, por su potente disciplina interior, por su espíritu de orden, forma para Comte, desde ese y otros puntos de vista, un modelo digno de estudio y de ser parcialmente imitado. En los siglos medioevales supo modelar a su antojo la mentalidad colectiva. Pero ha quedado rezagado; no ha marchado al compás del movimiento científico. Es estático y no dinámico. Carece por completo de fuerza evolutiva. Vanos han sido los esfuerzos de algunos pensadores católicos para desprenderlo de las sirtes del estacionamiento y llevarlo por las vías descampadas del progreso moderno. Sigue aferrado al pasado, aún dogmatismo insostenible, vacío de sentido real, y como el mundo no se detiene en su marcha, en su evolución incesante, el catolicismo se deteriora precipitadamente; pierde influencia de día en día, y va sirviendo menos cada vez

para cumplir el supremo ministerio de conducir y disciplinar las almas. El protestantismo tampoco: con la exageración del libre examen, corre desbocado a su disolución o a la más espantosa anarquía... El ciclo del monoteísmo, tercer aspecto de la evolución religiosa (los dos anteriores son el fetichismo y el politeísmo) va a cerrarse o se ha cerrado, y en su lugar se abre el de la religión positiva, única posible en el actual momento científico. Hay que reemplazar prontamente esas religiones caducas para detener la expansión creciente y arrolladora del individualismo, germen fecundo y fatal de la anarquía intelectual imperante en todas las manifestaciones de la vida social. De la fusión de la aristocracia senil e impotente con la democracia perturbadora y anárquica saldrá la sociocracia, estado necesario, asegura Comte, para el armónico y fecundo funcionar de las actividades sociales acertadamente disciplinadas. La religión de la humanidad únicamente puede servir para la cristalización de esa obra colosal y perdurable. Y Comte la instituye y no así como quiera sino prolijamente dotada de forma en parte muy originales y de un ritualismo profundamente impregnado de reminiscencias históricas. El positivismo religioso, sin duda, tiende a la formación de un mundo tirado a cordel, uniforme, restringido, en que la especie absorbe por completo al individuo, en que la vida se desenvuelve monótona, sin contradicciones, sin fuertes razonamientos, cada cual entregado a una tarea cotidiana preestablecida, satisfecho de aportar su concurso a la realización de un ideal de hermoso y vivificador altruismo... Bien pensaba Faguet, en la cita que hace Vicuña Subercaseaux, al aseverar que «Comte ideó una civilización de pura ciencia y de puro amor y creyó que tal cosa podría implantarse entre los hombres»...

II

Como ninguna concepción religiosa podría prosperar vigorosamente en la conciencia colectiva sin presentar como objeto

de suprema adoración algún ser de incontestable superioridad al que hay precisamente que revestir de determinados atributos privativos de entidades de tan excelsa categoría, en lugar del Dios teológico, creación histórica del hombre, el propio yo humano llevado al más alto grado de perfección y sublimidad según Feuerbach, pone Comte, como objeto supremo y permanente de su culto, el Gran Ser, la propia Humanidad, aunque no en toda su cabal integridad sino restringida al «conjunto continuo de seres convergentes»... De ese Gran Ser «eliminadas las personas inútiles o perjudiciales forman también parte los animales domésticos, fieles servidores y compañeros del hombre»... Lo incognoscibles, el inmenso espacio que deja Spencer para que en él pueda el sentimiento religioso espaciarse a sus anchas, no tiene cabida en el culto comtista. En la creación religiosa de Comte todo es o debe ser demostrado satisfactoriamente. Y realmente: la demostración de lo que ha sido y de lo que es, exceptuando, naturalmente, algunos espíritus clarividentes y altruistas, jalones luminosos que se alzan muy distanciados en el curso de la historia, ese Gran Ser, esa pobre Humanidad así endiosada, no deja ganas de adorarla, «aunque de ella vengamos y ella sea la fuente inagotable de todas nuestras determinaciones»... El espectáculo de ese Gran Ser colectivo, presa continua de vergonzosos apetitos, siervo de la injusticia, hurgado continuamente por torpes mezquindades y convencionalismos absurdo, no puede en modo alguno despertar la fe absoluta que quiere Comte y que preconiza con entusiasmo digno de mejor forma su ardoroso discípulo el señor Lagarrigue... Además, ¡qué Dios nos da tan frágil y perecedero! Víctima permanente de las fuerzas ciegas de una naturaleza implacable, sorda y muda a sus ruegos, el hombre colectivo, el Gran Ser, de Comte ve transcurrir su precaria existencia bajo la amenaza de inmensos peligros desconocidos que no está en su mano precaver ni combatir... ¡Ah! Los que cayeron entre los escombros de Mesina, en medio de la desolación pavorosa de aquella catástrofe apocalíptica, en los estertores de la agonía, al hundirse para siempre junto con todo lo que les había hecho grata la vida, no volverían los ojos en

gesto de suprema imploración a ningún dios Humanidad, sino al viejo Dios teológico, mudo e impotente también, pero por su inmensa fuerza tradicional provisto de la eficacia necesaria para producir en sus almas con la perspectiva halagadora de un más allá conformidad y con suelo para sus horribles dolores... Por inclinación invencible, el espíritu humano corre siempre tras lo que se le figura capaz de satisfacer sus ansias de algo que se cierne sobre su mísera existencia terrestre. «Los hombres tienen, dice Taine,² necesidad de religión para pensar en lo infinito... En vano trataría de arrancarse de ello el sentimiento religioso; las manos que trataran de hacerlo solo alcanzarían su envoltura superficial. El sentimiento religioso crecería nuevamente después de una operación sangrienta; su germen es demasiado profundo para que se le pueda extirpar». Y como, no obstante el actual portentoso progreso científico, siempre quedará un ancho espacio fuera de lo que cae directamente en la esfera de la observación y el experimento, en ese espacio lleno de enigmas inexplicables por su naturaleza, fascinador e inexplorado, extenderá constantemente su sala al sentimiento religioso...

En el positivismo místico, verdadera Iglesia Universal en el pensamiento de Comte, se llega al más perfecto mejoramiento social subordinando toda la vida privada y pública del individuo a un dogmatismo científico y a una disciplina intolerante y recia, que en el fondo, bien consideradas ambas cosas, solo contribuyen a mutilar la personalidad humana en lo que esta tiene de más dignificado y fecundo. Así la idea de libertad, de la libertad de conciencia sobre todo, tal como Comte la entiende y la aplica. Atendiendo su condicionalidad fenomenal, una parte de la izquierda hegeliana considera la libertad como «el estado positivo que acompaña la supremacía de una fuerza sobre otra u otras», lo que en algún modo no le quita cierto valor intrínseco y permanente. Para Comte, la libertad es solo un medio, un recurso provisional, un resorte necesario para realizar, en un momento dado, una finalidad preconcebida. Conseguida esta, ya no sirve

² *Les origines de la France contemporaine. L'ancien régime*. Tomo 2. (Nota del autor).

para nada más. Hay que arrinconarla como un mueble inútil. Precisa inutilizarla, pues de seguir empleándola llevaría la sociedad a su completo estacionamiento. La vida, en su más amplia concesión, es perpetuo dinamismo, y restringida a su aspecto social, renovación incesante de aspiraciones y de ideas, labor continua que detrás del empeño realizado señala inmediatamente otro por realizar, y sin la libertad, sin el ejercicio, sin coacciones, de ciertas facultades, pararía en una especie de nirvana sombrío y mortífero... En el positivismo religioso solo hay deberes. En el fondo del alma humana, tal como sedimentos atávicos e influencia histórica la han constituido, vibra, claro está, con más o menos fuerza el imperativo categórico kantiano... Comte, con acierto, aunque con exageración, no da al derecho realidad interina, fundamento del esencial radicado en la concesión, base sustancial filosófica; si no lo ve como producto evolutivo del desenvolvimiento histórico, que se modifica incesantemente en su marcha al través del tiempo y del espacio, a lo más como relación social contingente de positiva eficacia en un momento dado. «¿En qué fundamento humano, dice el maestro, podría basarse la idea del derecho que supondría razonablemente eficacia previa? Todo derecho humano es tan absurdo como inmoral»... Con materiales dispersos que Comte enlaza con innegable habilidad y con cierta fuerte aparente colección científica, forma un todo colosal, modelo acabado de construcciones sintéticas, del que extrae una religión definitiva que, en mucha mayor escala que el catolicismo, realice el ideal de fundir todas las almas en una armoniosa comunidad de intereses, de voces...

¡Sueño de sueños, utopía de utopías! El culto positivista, amplio y curioso, tiene para todos los gustos. Hay culto privado que se divide en personal doméstico. Para fortalecernos en nuestra constante lucha con el egoísmo contamos como auxiliares eficaces con los ángeles guardianes y con el rezo que hay que hacer tres veces cada día. El culto doméstico «liga la vida privada a la vida pública», y se compone de estos nueve sacramentos sociales: *la presentación, la iniciación, la admisión, la destinación, el matrimonio, la madurez, el retiro, la transformación, y la reincorporación.*

Hay en la explicación de estos sacramentos cosas curiosas un si es no es cómica. El positivismo establece «la indisolubilidad del matrimonio aún después de la muerte de uno de los cónyuges», y agrega esto que no tiene desperdicio: «La promesa de viudez eterna, que harán los novios positivistas al contraer matrimonio, será acompañada del compromiso de castidad a los tres primeros meses del matrimonio»... El culto público comprende la celebración de ochenta y una fiestas anuales cuya enumeración detallada ocuparía demasiado espacio. Sobre todas esas cosas, como supremo ideal feminista, se cierne, nimbada de celeste luz, la virgen madre... La influencia todopoderosa de Clotilde de Vaux se marca hondamente en esa creación de este gran poeta científico. El calendario del positivismo se compone de trece meses de veintiocho días cada uno, que llevan el nombre de algunas personalidades históricas de verdadera resonancia. César posee su mes. Felipe II de Prusia tiene también el suyo. A Jesús no le ha tocado ninguno. En su lugar está San Pablo. Para Comte, como para su fiel discípulo el señor Lagarrigue, Jesús es mero reformador local, sin trascendencia fuera del reducido círculo en que transcurrió su vida. San Pablo, el apóstol por antonomasia, es el verdadero fundador del cristianismo. De sus epístolas fluye el verdadero sentido del catolicismo. Este debería llamarse mejor el paulismo. Me parece tal afirmación hartamente discutible. Ni es nueva tampoco para los que, entre algunas otras, conocíamos las opiniones del crítico alemán Bruno Bauer respecto del constante entre el cristianismo de San Pedro y el del convertido del camino de Damasco. La religión comtista disciplinada como un regimiento, presenta una fuerza de cohesión como no tiene ninguna otra. Lástima que carezca de lo más esencial: de creyentes numerosos.

No pienso que se necesiten tantas prácticas y ceremonias para conducir las almas a una vasta solidaridad social afincada en soporte de racional altruismo, en cuanto tal cosa puede ser posible atendiendo a lo contingente, contradictorio mudable del ser humano. Sustituir creencias seculares que poseen raigambre vigorosa y profunda en la incontrastable y eterna aspiración a lo

infinito, a algo que rutila en esferas cerradas al conocimiento del hombre y que por su mismo carácter de misterio lo atraen y lo fascinan, con credos religiosos vacíos de sentido trascendente, restringidos, de valor puramente telúrico, radicados en la deleznable base de una humanidad incoherente transitoria, se nos figura que es obra colosal, empresa de imposible realización, que excede en mucho a lo que pueden dar de sí las fuerzas humanas de suyo flacas y contradictorias. En ese empeño, propio solo de cerebros alucinados por quimeras gigantescas, se desconocen de plano partes esenciales del hombre moral que vive perennemente agitado por el anhelo de lo desconocido. Sobre este planeta, bajel misterioso que surca con vertiginosa rapidez los infinitos océanos estelares sin saber a dónde irá a parar con su carga de seres perpetuamente empeñados en luchas mezquinas por intereses efímeros, muchas almas, y la inmensa mayoría, se abreven, como en fuente copiosas y cristalinas, en idea de un más allá, única capaz de fortalecerlas y de ofrecerles resignación y consuelo para sus continuas decepciones y sus hondos infortunios. Dejemos a esas almas que sigan creyendo ya que no podemos darle nada más consolador en cambio! el hombre colectivo no ha alcanzado aún ¡quién sabe si lo alcanzará jamás! el alto grado de racionalidad y de energía viril necesario para aceptar de lleno un orden de ideas científico del que se excluyan inexorablemente puntos de vista sobrenaturales. Ese remedio, aplicado inoportunamente, solo conseguiría, en el estado actual de las sociedades, acentuar sus divisiones y exacerbar su profunda solvencia... El pensamiento filosófico, desde el panteísmo védico y la especulación griega hasta el monismo de Haeckel y el positivismo dinámico que «considerando la vida como suprema manifestación de universal energía», culmina en el *superhombre* de Nietzsche, no ha dado ¡Ni cómo darla! Respuesta definitiva a la eterna y formidable interrogación sobre el origen y la finalidad de las cosas. Somos muy pocos los que para salvar la aterradora dificultad, aceptamos, como concepción general cosmogónica, la materia (la palabra, en cierto sentido, no me satisface del todo, pero no encuentro otra mejor para el caso) en

evolución y transformación incesantes, sin solución de continuidad, sin principio ni fin... Que las religiones, sin desprenderse de lo esencial privativo de ellas, vayan despojándose de ciertas prácticas de vacía exterioridad y deshaciéndose de ciertos intereses puramente terrenales, es orientación que juzgo oportuna y necesaria... pero su dominio radicará siempre en esa zona inmensa y misteriosa en que se apacienta el alma humana en su sed insatisfecha de lo infinito. Edificar un culto o sistema religioso sobre otros cimientos, será siempre levantarlo sobre algo movedizo y pasajero. *Súper transeúntes aguas.*

Génesis nacional

La Vega, República Dominicana
19 de junio de 1909.

Señor don Pedro Henríquez Ureña
México.

Distinguido compatriota:

Con el detenimiento que se merece he leído la por varios conceptos interesante carta publicada en esta misma prestigiosa revista,¹ y en que guste al hacer referencia a *Rufinito*, tiene a bien contarme ofreciendo a mi consideración su manera de pensar respecto del proceso evolutivo de la idea de nuestra independencia nacional; Importantísimo de carácter histórico que se me figura trata usted con verdadero acierto y precisión, y sobre el cual, en primer término por complacerlo, voy a exponer algunas consideraciones que juzgo pertinentes al caso y que seguramente contribuirán a confirmar el concepto que usted sustenta inspirado en una exacta y serena apreciación de los hechos en que el ideal de la independencia tomó forma visible siguiendo las sucesivas etapas de su necesario desenvolvimiento.

Como todo pensamiento o propósito enderezado a producir una radical transformación en la vida de un pueblo, la idea

¹ *La Cuna de América*, Santo Domingo. (Nota del autor).

de emancipación pasa, entre nosotros, por fases de aspectos aparentemente distintos, cumpliendo su lógica evolución, en serio de oportunas grabaciones, conforme lo imponían circunstancias privativas de medio y del momento. Que el medio, en el instante de la aparición del trascendental propósito mi años después, no estaba, ni con mucho, convenientemente preparado para prestarle siquiera algunas condiciones de viabilidad, cosa es que nadie que haya parado mientes en estas cosas se propondría, ni por un instante, revocar a duda y mucho menos discutir seriamente. Estudiando con la debida atención los documentos de la época en que por primera vez radio la aspiración a constituir un estado independiente, resalta, a primera vista, el hecho de que tal aspiración solo vive y me entra en el espíritu abierto y culto de un cortísimo número de individuos; mientras que en manera alguna trasciende a ciertos núcleos sociales ni muchísimos menos a la masa, en tenazmente satisfecha con su existencia tranquila, y vegetativa en que se advierte, como nota característica, en la pegamiento a muchas prácticas rutinarias y el amor acierto tradicionalismo que ningún rudo golpe ni aún el de la sesión a Francia, alcanza a amortiguar o extinguir... Tal fenómeno, de explicación facilísimo, se evidencia, con mayor o menor acentuación, en todas o en casi todas las demás colonias de abolengo ibérico, donde en solo muy escasa parte de los elementos diligentes prospera la radical idea, necesitando, en los primeros años, de tenacidad a toda prueba de parte de sus más conspicuos imitadores y recoger después larga serie de Dolores dolor muchísimas vicisitudes para penetrar y cristalizar en el alma popular... las guerras de independencia americana, bien vistas, solo fueron al principio verdaderas guerras civiles. En su primera época, salvo contadísimas excepciones, solo combatían, con porfiado encarnizamiento, criollos de una parte de la otra. Solo al media la lucha tuvo España no crean ejército peninsular en los países sublevados. Ya terminaste la gran epopeya, en el Perú, por ejemplo, era a un 3:19 número de americanos que militaban en las filas realistas. Un notable escritor militar afirma que, en Ayacucho, había en el ejército de La Serna un número

de hijos del país superior o igual por lo menos al efectivo total de las huestes que comandaba Sucre...

Leyendo el diario de Sánchez Ramírez y la curiosa vindicación del doctor Correa y Cidrón en que hace este calurosa defensa de su conducta con motivo del tilde afrancesado que se le echa en cara como feísimo borrón, lo que más se nota es el acendrados sentimientos españolismo de la sociedad dominicana en aquel ya lejano período histórico. En sus interesantes noticias, un contemporáneo, el doctor morilla, refiriéndose a la revolución separatista llevada a cabo por Núñez de Cáceres afirma que con ella «entre los propietarios y personas de influencia no contaba Núñez sino con pocos partidarios», y agrega más adelante que aquel movimiento «hubiera podido evitarse porque la generalidad del país no estaba por él por su afecto a España»... solo en este mismo Núñez de Cáceres, inteligencia bien cultivada, de relevantes dotes de carácter, idóneo para regir colectividades sociales, y en un cortísimo número de los que hicieron con el causa común, asume su aspecto bien definido la idea de independenciam. El caudillo de la primera revolución separatista, resulta un hombre muy superior al medio en que figuró siempre en primera fila. Su españolismo es puramente externo, de mega forma. Lo prueban sus atrevidos consejos a Sánchez Ramírez apenas terminada la campaña se conquistadora; la libertad de opiniones que reinaba en su tertulia de íntimos, y su canto, flojo y desaliñado hasta más no poder, a los vencedores de Palo Hincado, en que no hay un solo verso en que se haga alusión a la vieja metrópoli. Cuando en ese campo suena la palabra patria, entiéndese bien que, en su pensamiento, se refiere al terruño activo... Pero está solo o poco menos. De ahí, de esa vidente falta de compenetración de su idea con el medio, desprenderse una de las causas determinantes de su empresa emancipadora. En ella, sin embargo, comienza el avatar glorioso de la idea de independenciam. Para que esa idea produjese en las clases populares un estado de alma capaz de comprenderla y de llegar por ella hasta el sacrificio, era menester antes recorrer un camino de medio siglo sembrado de formidables dificultades.

Ocho o nueve años más tarde, un estremecimiento de esperanza, la reincorporarse de nuevo España, hace vibrar fuertemente la sociedad dominicana a la noticia de las gestiones ayer respecto practicadas en Port-au-Prince por Felipe Fernández de Castro comisionado de Fernando VII. La obra del ilustre auditor no cuajó, principalmente, por su inoportunidad, por no haberse efectuado en sazón conveniente. Resultó prematura. En los planes de Bolívar entraba, sin duda, como supremo coronamiento de su labor gigantesca, la idea la independencia de las Antillas españolas. Pero los momentos en que Núñez de Cáceres realizabas intento, el titán venezolano se dirigía hacia el sur, salvando cordilleras formidables, trepando por los flancos de volcanes humeantes, aureolados por la gloria, para añadir nuevas naciones a las ya creadas por su genio portentoso... Consumara la jornada decisiva de Ayacucho, de regreso en Bogotá, no hubiera tardado Bolívar acullá genial penetración no se escapaba la conveniencia política de desalojar a España de sus últimos reductos de América, en prestar vigorosa ayuda a Núñez de Cáceres. Tres años más tarde la obra de este hubiera tenido muchas probabilidades de éxito. La semilla arrojara por Núñez de Cáceres no podía perderse no obstante haberse echado al surco fuera de tiempo oportuno. Cerca de dos décadas después, favorecida por las circunstancias, a germinar espléndidamente...

La dominación haitiana, repulsiva luminosa, poniendo de frente, en perpetuo rozamiento, intereses técnicos, morales y económicos, que por virtud de ciertas leyes sociológicas no podían fundirse, hace entrar, siempre siguiendo su proceso evolutivo, en una nueva fase la idea de independencia. De la separación de España para formar un nuevo estado de la gran Colombia, se pasa, por natural grabación, al pensamiento de constituir una entidad nacional, bien precisada, con propia bandera, enteramente dueña de darse el gobierno prejuzguen más conveniente para el cumplimiento de elevados fines de vida colectiva. Y ya teóricamente, alcanza su aspecto definitivo. De las cumbres de la abstracción para descender a los dominios de la realidad. El 16 de julio de 1838, día en que Duarte instala La Trinitaria, señala

su entrada en la conciencia colectiva por medio de la propaganda seria y metódica que requiere la realización del máximo ideal que tiene por objetivo. Pero, obedeciendo al principio de contradicción que impera en el espíritu y constituye factor principalísimo en la historia del desenvolvimiento humano, va a efectuarse una profunda escisión entre los elementos que, por su influencia reconocida, encauzan el rumbo de la sociedad dominicana. Dos tendencias bien determinadas comienzan dibujarse con claridad y precisión. Son dos corrientes de opinión que, durante cerca de 30 años, van a orientarse paralelamente, hasta que, al llegar a cierto punto, una de ellas, mermado su caudal, se extingue lentamente hasta desaparecer por completo, mientras la otra prosigue majestuosamente su carrera... La primera de esas corrientes de opinión tiene su natural antecedente en el 1° de diciembre de 1821, pero aparte visiblemente del establecimiento de La Trinitaria, y alcanza su punto más amplio y luminoso el 27 de febrero con la instalación de la República. La segunda de esas corrientes trata del año 1843, arrancar el plan demasiado, y, en su desarrollo, metamorfoseando se curiosamente, por virtud de una serie de trabajos antipatrióticos parará en la extinción de la nacionalidad el 18 de marzo de 1861 y en la vuelta al estatus colonial bajo la monarquía española.

Esa extinción del sentimiento nacional, por fortuna, solo aparente. La primera de estas dos corrientes tiene vitalidad indestructible. Parece como que se agota del todo después de la protesta ahogada en la sangre vertida en los artículos de Moca y San Juan. Pero, a la manera de ciertos medios que se hunden en la tierra, y, después de correr subterráneamente, te aparece una cierta distancia más fuerte e impetuosos, la idea de independencia asumirá de nuevo, revestida de bélica majestad, en la cumbre llameante de capotillo, y, conmoviendo y electrizando las almas, iniciará el bienio épico que termina en la gloriosa restauración de la República. A pesar de lección tan dura incruenta, la otra, la segunda corriente, parecen haber perdido todavía toda su fuerza. Fundamentada en la impenitente aspiración a conseguir un protectorado una lección a alguna potencia por

suponer erróneamente que el país carece de elementos propios para afianzar consolidados su categoría de identidad nacional, esa aspiración, bien depurada, salvo una que otra excepción, no es en realidad de verdad sino la obra de ciertos elementos o bandos políticos que, merced a ella, explotándola a su provecho, quieren entronizar un continuismo que les permita seguir disfrutando con tranquilidad del poder y sus prebendas o por lo menos de liberarse de las persecuciones y venganzas del bando contrario dado el caso de adueñarse este nuevamente la dirección de la cosa pública. Si al referirse al anexiona España hay en esto sus más y sus menos, no sucede así ciertamente en el proyecto de incorporación a los estados unidos iniciales sustentado con tenacidad a toda prueba por el penúltimo gobierno de bares y que estuvo en un tris de convertirse en dolorosa realidad. Preciso fue que aquella administración se contentase, como único coraje de su perseverante empeño, con el convenio de arrendamiento de la Bahía de Samaná... La reacción definitiva contra todo eso, como usted muy bien dice, tomó cuerpo del movimiento revolucionario del 25 de noviembre de 1873, el cual, una vez te Infante, si apresuro patrióticamente haz rescindir el contrato de arrendamiento, cerrando para siempre el periodo de tentativas y propósitos antinacionales comenzaron el año de 1843. En lo adelante, si quedan restos vergonzantes de esas tendencias pro victorias se rescata no se esconden sin atreverse a asomar la faz. El sentimiento de la nacionalidad, consagrado en los campos de batalla de dos guerras gloriosas, transcurrido medio siglo, adquiere ya su relieve definitivo. Su fuerte raigambre penetra todo el organismo nacional. La gran masa social, a veces con patente injusticia, se vuelve recelosa y en extremo desconfiada en cuanto se trata de algo que directa o indirectamente pueda lesionar la integridad del territorio o menoscabar la soberanía nacional. Después del 25 de noviembre, como afirma usted con al prisionero sentido de la realidad, nada antinacional puede señalarse que repose sobre un hecho un documento dignos de tomarse en cuenta. El pueblo se mantiene con ojo avisó presto a atajar prontamente el paso a cualquier intento de ese género, hoy.

Menos que imposible. Aún la misma convención con los Estados Unidos, instrumento de alcance puramente económico y en mucha parte justificado por una herencia acumulada de errores, motivo en todas las clases sociales alarmas y aforamientos, y estoy en la creencia de que si para su aceptación se hubiera recurrido a la forma plebiscitaria sin influencias ni coacciones de lo alto, una gran mayoría, resulta lo que resulta, se hubiera pronunciado por la más rotunda negativa. Aparte a juzgado usted, pues, a mi entender, con verdadera cierto estas interesantes cuestiones, y pláceme en extremo que mi manera de ver coincido enteramente o poco menos con la suya en la apreciación de ellos de una de tanta importancia como son, indudablemente, cuantos se refieren al desenvolvimiento histórico de la idea fundamental de la nacionalidad dominicana. Y respecto a la interesante labor que usted me pide que acometa, la historia sintética de la cultura dominicana en sus diversos aspectos, no vacilaría en intentarla siempre que, como usted insinúa, fuera trabajo colectivo que tomaran parte activa todos los intelectuales idóneos para el caso con que cuenta el país, y en cuyo número y en preferente lugar figura usted a mi juicio.



Solidaridad hispanoamericana

Cuando el Héroe máximo de la epopeya de la América recién emancipada, acibarada su gigante alma por sombríos desencantos, águila caudal herida, cayó desplomado en la muerte desde la ingente altura de su ideal realizado de redención y de gloria, con él pareció también desvanecerse en horizontes caliginosos una de las concepciones más vasta y grandiosa de aquel hombre realmente superior, verdadero *superhombre*, no en un mal entendido concepto nietzscheano, sino en otro sentido más comprensivo, sereno y luminoso... El pensamiento de Bolívar echó a ondear los arcanos del futuro, adivinó desde temprano, con la intuición profética del genio, los males gravísimos que iban a caer, por falta de ciertos necesarios vínculos, sobre estas nacionalidades incipientes desprovistas de la educación política apropiada para entrar de lleno en la práctica sincera y estable de las instituciones republicanas.

Para evitar en lo posible lo que preveía, inició la magna idea, magna, sobre todo, en aquel momento histórico, de reunir en Panamá un congreso compuesto de representantes de los pueblos hispanoamericanos con el fin de trazar las líneas de una solidaridad permanente y fecunda asentada en una fuerte cohesión de ideas, de leyes, de intereses y de propósito... Circunstancias diversas detuvieron la completa realización de su idea; y después, olvidada esta, reducida a mero recuerdo

histórico, consumada ya la disolución de la Gran Colombia, desencadenase con horrible estruendo la tempestad de las guerras civiles, convirtiendo casi todo eso flamante organismo nacional en juguete del más desenfrenado caudillaje, adscritos un día a un asfixiante centralismo y ensayando en otro un federalismo incongruente y artificial, y haciéndole gastar en derroche de sangre de intereses su privativa energía y su fuerza reconstructiva digna ciertamente de empleo más noble y patriótico... Entre el tumulto de la lucha, aquí y allá, destacábanse, fatídicas, las siluetas del enigmático Doctor Francia, del gaucho Rosas, del feroz Melgarejo, del fanático García Moreno...

Menester ha sido la guerra que consumó la ruina del poder español en América, y el desenvolvimiento metódico y potente que, a partir de ese suceso, tomó el imperialismo yankee, para que algunos pueblos hispanoamericanos, los más próximos al coloso vencedor, sacudiesen su pesado sueño de indiferentismo musulmán para contemplar con mal disimulado espanto la proximidad del pavoroso abismo. Los intelectuales han sido los primeros en sonar el clarín de alarma. Hay que despedirnos de la existencia tumultuosa y estéril que hasta ahora hemos llevado desangrándonos estúpidamente en pugilato de un personalismo grosero, y, aproximando distancias y estrechando relaciones, unificar ideales de vida colectiva, estable y digna, mediante el desarrollo gradual y consciente de ciertos importantes factores de índole económica. El momento es propicio. Pero hay forzosamente que convencerse de una cosa: en este alto empeño los hombres de letras no somos ni podemos ser más que portavoces, mera vanguardia que marcha iluminando el camino con la fulguraciones de la prosa y del ritmo... Los pueblos, hoy más que nunca, no viven de lirismos. Se nutren casi exclusivamente de intereses. Ya la espada no abre rutas a magnificentes ideales colectivos. No hay ni puede haber ningún Pedro el Ermitaño que con su verbo encendido sugestione las muchedumbres y las conduzca en alas de fe a conquistar el sepulcro de Jesús. Los Jasones moderno no corren en busca de un simbólico vellocino de oro, sino tras cosas cotizables que puedan reducirse

fácilmente a valores constantes y sonantes. El tintineo de los *dólares* suena en casi todos los oídos más armoniosamente que las estrofas más bellas e inspiradas. Los ejércitos no van desalados a cosechar laureles sino a enseñorearse de nuevos mercados; son, en último análisis, los factores principales en la definitiva decisión del pugilato de competencia comercial. Supina tontería sería ponerse a lamentar esa faz característica de nuestra época. Hay por fuerza que vivir con su tiempo; mirarlo tal como es. La verdadera filosofía de la vida estriba en aceptar serenamente, sin lloriqueos ni lamentaciones, la realidad incontrastable de las cosas. A nada conduciría rebelarse contra ellas, aun los que quisiéramos, como el gran religionario galileo, ver la vida despojada de toda su inmensa fealdad y convertida en una concreción soberana de bien, de amor y de belleza...

En la angustiada incertidumbre de la hora no faltan quienes vuelvan la mirada a España considerándola como nuestra obligada directora espiritual y esperando de ellas no sé qué iniciativas grandes y prolíficas. España, como todos esos pueblos, brega actualmente por reconquistarse, principalmente en el orden económico, sobre bases que le permitan restaurar recientes heridas, y alcanzar, si es asequible, un puesto cercano al altísimo que ocupó dignamente en otros tiempos. Así lo preconizan a grito herido muchos de sus pensadores, tribunos y periodistas, que, como Costa, aspiran a una *europaización* comprendida en su más alto y verdadero sentido. Más potentes deben ser cada día las corrientes de aproximación que existen entre ella y nuestras repúblicas. A la antigua metrópoli estamos ligados por vínculos indestructibles. En ella está el solar glorioso de nuestros abuelos. Ni la distancia ni el tiempo podrán destruir páginas comunes de grandezas e infortunio. Nos dio, bueno o malo, cuanto tenía, y no los dio a manos llenas; su sangre, su idioma, su legislación, sus costumbres, su ardor bélico, su hidalguía caballeresca, sus procedimientos coercitivos, su disciplina, centralización asfixiante, su terrible intolerancia religiosa... Es y será siempre nuestra natural aliada. Apagados los ecos del clarín guerrero de Maipo, de Carabobo, de Ayacucho y de Las Guásimas; desvanecida la

humareda de la lucha épica, pacificados enteramente los espíritus, sobre el vasto sepulcro de sus grandes errores coloniales, hemos tendido un espeso manto de olvido y aún de necesaria justificación... Con Bello, Baralt, Cuervo... la América hispana ha aportado valioso contingente a la obra del perfeccionamiento del idioma que constituye para nosotros su más precioso legado. El espíritu joven y fuerte, amplio y sincero a pesar de momentáneas exageraciones y extravíos, de las letras hispanoamericanas, va infiltrándose en parte de la más reciente producción literaria peninsular. Como antes fuimos a remolque de la nave lírica de Espronceda, Bécquer, Zorrilla, hoy se nota la tendencia en algunos de sus poetas jóvenes a seguir las aguas de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones... Los inmigrantes españoles, con preferencia a otros, son acogidos con los brazos abiertos en todas las playas de Hispanoamérica. Los productos de sus industrias se cambian con los de las nuestras. Y es obra de rudimentaria previsión favorecer grandemente esas corrientes inmigratorias, y fomentar de la manera más convenientemente posible esas relaciones comerciales. Pero no hay que pensar en la dirección espiritual o cosa parecida con que sueñan algunos. A ello se oponen muchas razones de sentido práctico.

La fórmula de unión estrecha y durable de la gran familia hispanoamericana acaba de dar un bienintencionado periodista en «El progreso latino de México»: «Conozcámonos y complementémonos los unos a los otros». Sí, conozcámonos y complementémonos... A la estela brillante de simpatías que determinan las letras, las especulaciones del espíritu, pero que no es más que la obra de una *élite* intelectual, deben seguir, como con positivo conocimiento de la realidad ambiente lo afirma el citado periodista, hechos de más sustancial trascendencia: «la política de unión, de intercambio de ideas, de corrientes comerciales, de transportes internacionales, de exposiciones de productos y artefactos, de Congresos científicos y de Convenciones arbitrales que desde hace algunos años persiguen, con singular empeño, todos los estadistas y los hombres sensatos que miran hacia adelante»... No puede decirse nada más puesto en razón. Esa y no

otra es la verdadera vía. Pero sucede por desdicha, que algunos de los gobiernos de estas repúblicas, aquejados de *pambeocismo*, incapaces de elevarse a cierta altura de previsión, malgastan saludables energías y alientos nacionales metidos de hoz y coze en el pernicioso juego de una politiquería rastrera de quita y pon, y rarísima vez dibujan la tendencia a marchar por caminos de bien entendido adelanto. Los intelectuales de Hispanoamérica, en su porción más selecta, se mueven casi exclusivamente en una atmósfera a veces muy artificial de arte y de ciencia, alejados, con algunas excepciones, de la dirección positiva de la cosa pública. Constituyen, por lo general, exponentes de mayor o menor cultura de esos países, pero, en la realidad de los hechos, resultan elementos puramente decorativos... Los estadistas de verdad hispano-americanos son habas contadas. Por un Drago que adquiere rápidamente nombradía mundial, prodúcense a granel los gobernantes sin miasme del más rudimentario conocimiento de la manera de regir entidades nacionales. En tales circunstancias, dificultase notablemente la germinación pronta y fecunda de ideas suscitadoras de empeños prácticos y civilizadores...

Los pueblos de la América hispana solamente serán fuertes por la unión, por la más completa identificación de ideas y de intereses a fin de llegar a formar un gran todo orgánico fuertemente cohesionado... Desde su atalaya hiperbórea nos acecha el hombre rubio del Norte. Ha creado para su particular uso una doctrina de humanitarismo y de curatela de pueblos que es vistoso disfraz con que encubre voraces apetitos... *Words, Words, Words*, que dijo el excelso trágico inglés. Palabras... y no es atribuya tal decir a un exclusivismo mezquino que dista mucho de mi manera de pensar, amplia, cosmopolita en cierto sentido, enteramente humana... Admiro muchos aspectos interesantes de la gran república norteamericana, y creo que de ella, de su reflexivo consorcio de la mayor libertad con el orden más perfecto y de otras cosas que la distinguen, tenemos muchísimo que imitar; pero siempre la separará de nosotros, impidiendo una completa fusión de ideas y de intereses, y su olímpico orgullo étnico que le hacen ver desdeñosamente a estos pueblos considerándolos

como de razas inferiores, y su espíritu de grosero mercantilismo que la va encaminando por senderos muy distintos de los que le demarcaron sus inmortales fundadores... Contra su cacareada política de desinterés y fines civilizadores, se alzan vibrante de indignación las voces de México y Colombia mutilados, de Puerto Rico sin personalidad política, de Cuba en permanente tutela... El hombre colectivo unido estrechamente por vínculos de raza, de lengua, de creencias, de costumbre de afectos, forma en sitio adecuado del planeta y en un pasado histórico más o menos prolongado esa cristalización social, perdurable y grande, que se llama la patria. Las generaciones que cayeron en el gran surco, los que nos precedieron en la vida, ya pusieron esfuerzo titánico o grano de arena en la construcción de ese magno edificio, son como los eslabones de una cadena de ideas y de afectos a la que estamos unido perdurablemente. Pretender romperla constituiría un crimen abominable. La patria es la concreción secular de un sentimiento complejo y colectivo, y los sentimientos, afirma Th. Ribot, son las verdaderas fuerzas interiores que gobiernan al hombre... Ella representa como una herencia de gloria e infortunios, de esfuerzo y de anhelo que tenemos el deber de guardar cuidadosamente como sagrado depósito. Ningún pueblo, a no estar tocado de demencia o imbecilidad, puede ver con ojos indiferentes que pedazo a pedazo se le cercene esa herencia acumulada que constituye, grande o chica, su personalidad, que le da característica fisonomía en el concierto internacional y en la historia. Unámonos, pues, para realizar fructuosamente fines comunes y elevados de progreso, de verdad y de justicia; y para, con nuestros propios medios y recursos, trazar los lineamientos de una civilización la más autóctona y homogénea posible, de un vasto todo científicamente ordenado en el que resuene de manera perpetua el himno triunfante de la libertad y del trabajo y sea como formidable valladar opuesto a las usurpaciones de los audaces argonauta modernos.

Páginas

POR JOAQUÍN N. ARAMBURU

Un alma noble y buena, hondamente saturada de vivificante altruismo, de resaltante sinceridad, sin dejos de afectación o de cierto convencionalismo muy propio de la vida periodística, palpita con potente ritmo en esta copiosa e interesante colección de artículos, donde en vano se buscarían móviles aviesos a mezquinos, propósitos visibles de prestigiar ideas partidistas maculadas por sórdidos intereses individuales o de agrupación... En esa época tocada de grosero utilitarismo, en que la idea del medro inmediato como que absorbe o hacer esfumar otras de trascendente alteza moral, pueden contarse fácilmente, a la primera ojeada, los periodistas de arraigada convicción que, cual Aramburu, mantienen briosamente enhiesto, como vistosa flámula de gloria, un ideal manifiestamente de culto y sano patriotismo, exento de exageraciones intempestivas, que entrañe a toda hora, sin desmayo ni reposo, la aspiración a un mejoramiento nacional de carácter eminentemente civilizador y fecundo. Ciertos intereses materiales, dolosos y estrechamente apegados a sus privilegios, a modo de pulpos de fuertes tentáculos, no se desprenden con facilidad de la presa, y, sintiéndose atacados, se resuelven rabiosos contra el osado que, en nombre de trascendentes excelsitudes morales, pretende desalojarlos de la altura en que se han encastillado y donde viven en actitud de perenne

amenaza... Joaquín N. Aramburu es por cima de todo periodista. Periodista de verdad, sincero, espontáneo, expresivo, libre de la acción de los cabildeos de cierta politiquilla rastrera muy en moda; que contempla, sin ofuscamiento, los múltiples aspectos sociales de la hora presente, palpa con mano segura innegables deficiencias de estructura nacional, y, desde su particular punto de vista, siempre movido con loable intención, sugiere, indica el tratamiento que juzga más apropiado para la desaparición de esas mismas deficiencias y de ciertos males inveterados. Detrás del periodista viril, batallador, que esgrime como arma de combate el artículo candente, a veces repleto de indignación, descúbrese un moralista, un verdadero moralista que, mediante cierta ética social que sustenta la incesantemente, quiere hacer obra fecunda de depuración general, de saneamiento colectivo, que devuelva el vigor perdido al enfermo organismo nacional poniéndolo en condiciones de asimilarse ciertas condiciones de positiva eficacia para el gradual y armónico desenvolvimiento de sus energías vitales que supone debilitadas o en vías de atrofiamiento...

Es su prosa fácil y clara, en ocasiones vibrante, no hay refinamiento de frases ni filigranas de estilo. Cree tener a su cargo un apostolado de bien, y lo cumple a conciencia, leal y noblemente, sin preocuparse de meticulosidades o excelencias de forma, puesta de continuo la mira en un propósito de significativo valer social, grande y excelso. Sus artículos, a manera de lenguas de fuego, descienden hasta el alma del pueblo, de su pueblo, despertando con fuerza sentimientos nobles aletargados o profundamente dormidos. En sus escritos adviértese a cada paso el vehemente deseo de salvar a ese pueblo que cree en camino de perdición o algo parecido, desinfectándolo de los microbios de la indiferencia y del egoísmo, señalándole, con severo índice, los rumbos luminosos por donde debe orientar su destino. Ha hecho del periodismo, durante su larga y honrosa vida pública, tribuna de altos y dignificadores sentimientos, cátedra de pensamientos sanos de probada virtualidad reconstructiva. El polen de ideas nobles y fecundas, recogido en horas de observación con

estudio, ha hecho brotar en su alma una espléndida floración de anhelos de bien y de propósito de incontaminado patriotismo. Él quisiera que el suave perfume de bondad que despiden su jardín interior se esparciese sobre todos sus compatriotas saturándolos de efluvio de verdad, de energía y esperanza...

De su labor periodística se desprenden a veces gotas de acerbo pesimismo. Cierta vaho de desencanto sale a menudo de esas páginas. El resultado de su perenne prédica no lo satisface. Después de tanto afanar, de tan constante lucha, de la incesante agitación en que ha diseminado partículas de su propia alma, advierte, con íntimo desconuelo, que el cáncer del egoísmo parece haberse apoderado de nuevos tejidos del organismo social, que los vicios que combate denodadamente permanecen, amenazantes, en pie, sin ceder ni un solo palmo de terreno, ante al contrario, dispuestos a invadir y enseñorearse del reducido espacio aún libre del contagio... En su creciente desencanto, creeríasele, si no se conociera el acerado temple de su espíritu, en disposición ya de exclamar, como el gran romano en la hora triste de la derrota definitiva: «Virtud, no es más que una palabra». Otros espíritus de menor firmeza moral hubieran cejado acobardados o heridos por inmenso desaliento...

¿Para qué proseguir en el tenaz empeño, en el anhelo grandioso de agitar y conmover las armas para llevarlas, por vías raras, a la conquista de un alto grado de mejoramiento colectivo, de una salvadora solidaridad social, base amplia para levantar el edificio de sólidas convicciones que necesita todo pueblo para su vida jurídica, si esas mismas almas, en su inmensa mayoría, aquejadas de sordera moral, permanecen impasibles ante el llamamiento angustioso, movidos solamente por el incentivo de ambiciones de mando, de disputas bizantinas, de vitandos personalismos?

Aguijoneado aún bajo su delgada costra de artificial civilización por apetitos ancestrales, el hombre moderno, ángel o demonio, rebosante de contradicciones, mezcla confusa de bajezas y de excelsitudes, entretiéndose en la eterna tarea de construir y de demoler, pensando algunas veces tener fuertemente asida

la Verdad, sin percatarse que, en realidad, su mirada solo percibe o puede percibir fugitivos lampos de ella. ¡La Verdad! ¿En qué región ignota, dioses inmortales, mora escondida, como la virgen de la leyenda, esa deidad misteriosa, que solo, muy de tarde en tarde, deja columbrar rápidas y a veces engañosas vislumbres de la coruscante fimbria de su veste? Solo nos pertenece al momento presente, y no ciertamente por entero. Marchamos al azar, pensando ir en persecución de cosa muy positiva y concreta, cuando tal vez corremos detrás de algo inesperado que escapa por lo común al alcance de nuestras previsiones; y así vamos formando con los hilos de los sucesos el tejido del historia, equivocados casi siempre respecto del valor de nuestra obra y sin darnos casi nunca cuenta exacta de lo que positivamente nos sugestióna y empuja. Lo porvenir aparece ante nosotros como pavorosa esfinge que se irgue, misteriosa e impenetrable, en la serena región de un eterno silencio. Puede ser que no oculten ningún alto sentido trascendente muchas cosas que, en el instante actual, se nos presentan como formidables enigmas. Vivimos tejiendo y defendiendo como la Penélope de clásica resonancia. ¿Qué sabemos?... Acaso la simiente arrojada en el surco para que se convirtiera en un árbol frondoso cuajado de flores y de frutos, andando el tiempo, solo dará de sí arbolillo raquítrico condenado a permanente esterilidad o a ser derribado por la primera racha de vientos huracanados que pase... Razón sobrada tiene, en mucha parte, a mi ver, Guillermo Ferrero, el notabilísimo historiador italiano –citado por el ilustre Montoro en el bello prólogo de este libro– en su conocida aseveración de la manera de obrar, casi siempre inconsciente, fragmentaria y desordenada, que caracteriza los esfuerzos individuales o de grupos que concurren a formar los diversos aspectos de la evolución histórica.

Con todo eso, no puede ser labor infructuosa ni en ningún caso enteramente perdida la que se ejecuta con sana intención de ánimo, inspirado por algo que nos parece de salvadora influencia social, sin que sea parte a minorar o a deslustrar la intrínseca bondad de este trabajo, cordial y bello, el hecho de

que sus resultados hayan sido escasos y el magno objetivo mal o insuficientemente comprendido. Tal la labor del gran periodista cubano. Frente al egoísmo elevado a la categoría de dogma de vida social, agrada en extremo oír una voz elocuente y persuasiva, proclamando sentimientos de hermoso altruismo ideas de concordia y de amor, sanas aspiraciones de unificación moral, propias para dar vigor y consistencia al organismo nacional, aquejado prematuramente de algunas de las graves dolencias que ha mantenido en perpetuo estado estacionario y aun de peligrosa postración muchos de estos pueblos hispanoamericanos. Cuba ha pasado, está pasando, salvo diferencias puramente superficiales, por las mismas dolorosas etapas que todas o casi todas las antiguas colonias españolas hoy convertidas en flamantes repúblicas. Los mismos motivos, étnicos, políticos económicos, han generado idénticos efectos. La historia, en alguno de sus aspectos, resulta a veces de una monotonía verdaderamente desesperante...

Cuba no era ni podía ser, salvo en una que otra faz, una excepción de la regla. Su pésima educación colonial no la capacitaba para dar a sus instituciones republicanas, desde el primer momento, la fuerza y consistencia necesarias para en la racional y estable armonía de la libertad y el orden realizar cumplidamente fines civilizadores de derecho y de justicia. Ni aún la intervención norteamericana, de carácter decididamente preparatorio y educativo en su primera época, aun siendo, como fue, relativamente larga, puede evitar el nocivo fermento de ciertas morbosidades que más tarde, con hondo pesar de los que amamos a Cuba entrañablemente, produjeron los tristes sucesos que culminaron con una nueva intervención extranjera, siempre humillante y dolorosa. Pero si, como es cierto, «la humanidad progresa padeciendo», natural es que el pueblo cubano, aleccionado por amargas experiencias y por la consideración de su verdadera situación internacional, deseche de una vez y para siempre (nosotros ¡ay! Aún no hemos podido conseguirlo) toda apelación a las armas, todo lo que sea salirse del camino de la legalidad, para la solución

de asuntos de política interior, que pueden perfectamente resolverse en tiempo más o menos breve, por otras vías más en consonancia con lo que indican los procedimientos de orden jurídico que deben en todo tiempo servir de norma cierta de conducta en la práctica regular y consciente de las instituciones democráticas...

Puntos diversos, todos interesantes, constituyen los temas de esta valiosa colección de artículos, en que su celebrado autor pone a cada instante de manifiesto las actitudes que indiscutiblemente posee para la divulgación de ideas discretas y elevadas por medio del periodismo. En no pocos de estos artículos vibra un sentimiento acertadamente expresado que les presta cierto matiz de singular atractivo. Así «Masó, muerto» digna y hermosa corona fúnebre de aquel gran patriota, y otros más que dejan en el espíritu una emoción intensa, a veces desconsoladora. Me ha gustado mucho la página sobria y diáfana en que evoca con fácil verismo la figura de Narciso López vencido y prisionero. Y, sugestionado por la narración, he reconstruido la historia de aquel valeroso venezolano desde los tiempos épicos en que, militando en las filas españolas, ve caer a su lado, en desastrosa retirada, a su padre, el coronel López, atravesado por las lanzas de los llaneros del legendario Páez, hasta el momento en que, treinta y cuatro años más tarde, víctima de negra traición, befofado por la turba, pasa por un pueblo del occidente de Cuba, con el alma entristecida, sereno y altivo, camino del patíbulo en que la muerte va a unirlo con el óleo que inmortaliza a los nobles paladines de las justas reivindicaciones de los pueblos oprimidos.

Escritos de Espaillat

A Federico Henríquez y Carvajal

I

Con la publicación –debida a la benemérita sociedad Amantes de la Luz– de esta copiosa colección de escritos en que se destaca de cuerpo entero el austero y abnegado repúblico que tan luminosa huella ha dejado en el proceso tardíamente progresivo de nuestra asendereada vida nacional, a la par de tributarse una merecida oblación de noble y proficua gratitud al patricio dominicano que, después de Duarte, resulta la personificación más alta de virtud republicana que haya cruzado nuestro cambiante y ensangrentado escenario político, se ha conseguido también convertir por un momento la mirada hacia algo fructuosamente patriótico, hacia ingentes ideales de incontaminado civismo que la garrulidad imperante aparenta desdeñar apacentada a sus anchas en un egoísmo burdo y estulto en que se descolora y marchita rápidamente cuanto en nuestra enrarecida atmósfera se perfila con acentuadas formas de fecunda alteza moral... Este volumen ha sido para mí como una momentánea y urgente visión de muchas cosas de mi adolescencia que dormían sosegadamente en oscuros limbos de

olvido. Toda una época de mi vida surge con su intenso y peculiar colorido ante mis ojos. ¡Qué días revueltos y tormentosos los que procedieron la Evolución! Faltas graves cometidas por la Administración que surgió el 25 de noviembre de 1873 entre las más sinceras y calurosas expansiones del entusiasmo popular fueron con celeridad minando el prestigio de aquella situación que en los primeros instantes culminó como símbolo de acercamiento cordial y provechoso de las viejas banderías políticas. A esa obra de apresurado desgaste hay que agregar, como legítimo complemento, la acción incesante y deletérea de intereses bastardos de ambiciones personalistas que pusieron recio y tenaz empeño en abrir la ancha fosa en que iban a sepultarse muchas risueñas esperanza y muchas ansiadas reivindicaciones.

En Puerto Plata, cuna de la revolución eminentemente justa y necesaria de Noviembre, señaláronse los primeros prodromos del conflicto que se avecinaba y que iba a resultar de todo punto inevitable por la evidente carencia de tacto de las autoridades locales y la creciente acometida de la oposición cada día más envalentonada... La tentativa de encarcelar al general Luperón llevó aquel conflicto a su punto máximo de gravedad... No obstante ciertos resaltantes y dolorosos errores debidos a su rusticidad primitiva, a la permanente y nociva sugestión del medio y a las azarosa circunstancia en que fue formándose su alto prestigio militar, el general Luperón resulta una figura simpática para quien, como yo, pueda juzgarlo desligado de todo apasionamiento, por su actuación como soldado heroico en la accidentada campaña restauradora, por cierto sentimiento de innegable patriotismo siempre vivo en su espíritu, con la sinceridad de su carácter impetuoso, brusco, sin trastiendas ni dobleces, pleno de ingenua vanidad; por su acendrada devoción, sin intermitencias, al magno ideal de la independencia antillana, y por cierta no vulgar de ideas adquiridas mediante la lectura de obras históricas en sus frecuentes y largas expulsiones. El sentimiento popular, en aquellos días, se manifestaba en asociaciones políticas nutridas –sobre todo en los tres o cuatro meses que precedieron la Evolución– de elementos en su gran mayoría desafectos al

gobierno existente. La «Liga de la Paz», recogía, como centro principal de atracción, cuantos con mal velado disimulo solo tenían en mientes derribar del poder al general González. Aquella potente sociedad política se reunía en la sala espaciosa, de baja techumbre, en algunas noches insuficientemente alumbrada, del colegio San Felipe; y aún se me figura contemplar la abigarrada multitud que allí se congregaba, siempre muy numerosa, particularmente cuando asistía a las sesiones el general Luperón. Cada vez que este peroraba, y lo hacía con frecuencia, su palabra vibrante, encendida, de vigorosa entonación, a trechos incorrecta y premiosa; pero expresión sincera y fuerte de su alma varonil y entusiástica, como que esparcía átomos ígneos que caldeaba el ambiente de la vasta sala, encrespando los ánimos que se desbordaban en un torrente impetuoso de aplausos y aclamaciones. Era la primera vez que mi alma de diecisiete años espontánea, ardiente, irreflexiva, dócil a la sugestión exterior, se ponía en íntimo contacto, se confundía con el alma inmensa, rugiente y trágica de la muchedumbre enardecida...

En esas reuniones, siempre pronunciado con alto encarecimiento por el general Luperón, se oía con frecuencia el nombre de Espaillat. Resonaba con grata vibración, y aparecía como reluciente iris de esperanza en la espesa negrura del patriotismo decepcionado. Se citaba el elocuente ejemplo de su vida de virtud y trabajo dignificador y fecundo; su actitud virilmente patriótica frente a la Anexión española; su labor de organización como Vicepresidente del gobierno provisional instaurado en la noble y heroica Santiago en los días tormentosos y trágicos del bienio restaurador; su profunda aversión a toda tiranía probada en su destierro a los Estados Unidos para escapar al despotismo santanista, y años más tarde en su injustificable encarcelación por el gobierno de Báez en las postrimerías de los *seis años*... después de todo eso, los sucesos se precipitaron... Descendió ruidosamente del poder del general González, con una historia si algo obscurecida por lamentables extravíos limpia por entero de vergonzosas escenas patibulario. El oleaje popular, impetuoso e incontrastable, sacó de su hogar al austero patricio santiagués, y

mal de su grado, en medio de la general esperanza de un porvenir risueño, lo condujo al solio presidencial de la República... En ese puesto altísimo no sintió, ni remotamente, vértigos ni engreimiento propios de almas vulgares; ni intentó, como tantos otros colocados en igual situación, rasgar, con mano airosa la apretada malla de sus permanentes convicciones. En las alturas, como en el hogar, fue siempre el mismo: sencillo, probo, afectuoso, tolerante, edificando con su conducta, rindiendo de continuo fervoroso culto al bien en el iluminado santuario de su conciencia. Pero intereses mezquinos de torpes banderías políticas se le enfrentaron rápidamente. Rugió la guerra civil purpurando campos y ciudades. En Puerto Plata, donde en los primeros días era frecuente el tiroteo, la dirección experta del general Luperón dando vigorosos y diestros impulsos a las operaciones militares hizo en poco tiempo recular a larga distancia los cantones que asediaban la plaza. En la viril Santiago sucedía lo mismo o poco menos. Solo faltaba un último y pujante esfuerzo para dar el golpe de muerte a aquel injustificable y malhadado movimiento revolucionario, ya bien decaído y maltrecho. En ese momento se produjo la asonada que lo desligó del poder. Todavía hubiera podido abrir su diestra y descargar el rayo del castigo sobre sus gratuitos enemigos. Partidarios fieles corrieron a su retiro a ofrecerle, con seguridades de éxito, reaccionar vigorosa e inmediatamente contra aquel motín vergonzoso... No lo quiso. Del charco de sangre formado por la lucha feraz subía un vaho nauseabundo que asfixiaba. Un ambicioso adocenado, uno de esos dictadorzuelos como todavía se estiran por estas tierras americanas, hubiera dicho aspirando voluptuosamente al aire pestilente, como Vitelio, en Badriaco, al contemplar el campo alfombrado de cadáveres de enemigos: huele bien... Prefirió retirarse antes que cayeran más vidas en el surco sangriento, se envolvió majestuosamente en su laticlavio de austero patricio dejando tras sí fulguraciones de una gloria inmaculada e imperecedera...

Del consulado en que buscó momentáneo asilo, salió, naufrago de un ideal hundido en el proceloso mar de las pasiones

políticas, en ruta hacia el hogar abandonado para tornar a su antigua vida de trabajo honroso, presa su noble espíritu de acerbadas inquietudes por la suerte de la patria desgarrada por el choque incesante de fracciones que solo tributaban adoración al Moloch del malhadado personalismo... Recuerdo su arribo en un vapor mercantil a Puerto Plata, de paso para Santiago, allá por los últimos días de diciembre de 1876, en una melancólica mañana de comienzos de invierno, de ambiente frío, de nublado cielo, en que la onda moría mansamente en la curva de la playa con un rumor de vago y prolongado sollozo. Lo vi cuando subía por la escalerilla del muelle. Tenía cincuenta y tres años y pareció un anciano de sesenta, encorvado, prematuramente envejecido con la cabeza cubierta de blancos hilos, como si en ella se hubiera amontonado la copiosa nevada de dolores infinitos... Su rostro enflaquecido, pálido; sus mejillas exangües, hundidas; sus ojos de amortiguado fulgor como cansados de contemplar en torno suyo bajezas e ignominias, le prestaban cierto pronunciado parecido con uno de esos santos del catolicismo, representados en algunas viejas estampas, que en aras de un ideal ultraterreno convirtieron su vida en una dolorosa e interminable serie de maceraciones y abstinencia... Cuando pasó ante mí me descubrí con religioso respeto como varias personas que se encontraban a mi lado... Aquel vencido era el símbolo, el símbolo augusto de la virtud republicana hecha carne que pasaba...

II

En esas páginas llenas de sanos anhelos y admoniciones severas late con fuerza un espíritu provisto de la necesaria cultura para ejercer un apostolado de bien preconizando por medio de la prensa la positiva virtud de ciertas ideas de reconstrucción social, ignoradas o mal comprendidas por la inmensa mayoría. En muchas de estas producciones véase, a la primera ojeada, la acentuada tendencia a corregir invertebrados males sociales empleados para ello, con frecuencia un tono festivo, burlesco,

lleve cautividad, que a ratos les presta cierto sabor satírico, muy propio de escritores que, persiguiendo una finalidad ética de trascendencia colectiva, adopta ese camino con preferencia a otros por estimarlo como el más adecuado para arribar con seguridad y relativa prontitud el objetivo luminoso propuesto. El estilo es sencillo, claro, despojado de pretensiones, sin esa nota de pedantismo o de imposición dogmática, comunísima en quienes se arrojan el difícil y delicado magisterio de adoctrinar las almas y señalarles rumbos de salvación individual y colectiva. Ulises F. Espaillat, en el fondo, sin necesidad de apurar mucho el análisis, resulta un moralista perteneciente al escaso número de estos en que la prédica benéfica y elevada se armoniza bellamente con el ejemplo elocuente, edificante, persistente de su vida privada y pública. En ese sentido, sin incurrir en ningún aserto paradójico, son verdaderos hombres de acción, ya sé que los *prácticos* que abundan en estas y otras latitudes entienden la acción de muy distinta manera, sugestionados por atavismos étnicos de carácter morboso... Hombres de acción son para ellos quienes con más bríos y prodigalidad reparten a diestro y siniestro tajos y mandobles, por más que muchos de estos cercenen cabezas y mutilen instituciones... A mi ver, una vida consagrada al bien, como la de Espaillat, en que nada interrumpe la continuidad de su propósito dignificador y excelso, en qué día por día, cada vez más refractaria a nocivas sugerencias exteriores, se la contempla como cima aislada en que fulgura intensamente un magnífico ideal, representa para el que sabe ver al través de la superficie de las cosas una potentísima fuerza de acción, interrumpida, siempre visible, de virtualidad superior e incontrastable, de efectos prolíferos, de momentos desconocida o menospreciada; pero cuya trascendencia benéfica se encarga siempre el tiempo de poner de manifiesto. En estos hombres hay mucho del *héroe*, de los *héroes* en acción, en el concepto amplio, generoso y humano que en toda su resaltante variedad psíquica significan para Carlyle...

En la historia nacional Espaillat aparece a mis ojos como una figura supremamente *representativa*. En la personalidad

del insigne repúblico santiagués se vincula –cristalizada en el hecho, plasmada en la realidad– la tendencia a reaccionar vigorosamente, sin exagerar el alcance del propósito, contra el caudillaje estulto y desapoderado (como institución o sistema bien podría llamarse el *macheterismo*) que ha sido en muchísima parte consecuencia natural y no por eso menos dolorosa de la Guerra Restauradora, en la que ascendió rápidamente a la cúspide buena porción de gente del pueblo muy audaz y valerosa sin duda; pero de crasa ignorancia e indisciplinada en demasía, y por eso fácilmente sugestionable y dispuesta a toda hora, agrupada en bandos de un personalismo rabioso, a irse a las manos sin detenerse a calcular las consecuencias por un quítame allá esas pajas... Para intentar con probabilidades de éxito esa empresa difícilísima –todo gobierno es en realidad un ensayo de experimentación científica o cosa muy parecida– se rodeó de un grupo de hombres de altura, los más capaces tal vez que había en el país, dando comienzo a su labor reconstructiva como una serie de actos de evidente concordancia con las elevadas ideas de mejoramiento general que constantemente había sustentado en la prensa. En eso estriba uno de sus méritos principales, reconocido aún por sus mismos detractores, ya que aquí como en todas partes, es moneda corriente, verdadero lugar común, vociferar en todos los tonos una cosa en oposición y entenderla de muy distinta manera después de adueñarse el aspirante del poder supremo, circunstancia que contribuye a producir, de potente modo, esas corrientes de pronunciado y triste escepticismo que tan a menudo cruzan nuestra envenenada atmósfera política. Muchas de las ideas sobre gobierno procesadas por España, no desvirtuadas ni falseadas por él en la presidencia, están contenidas en su célebre carta al general González. Fracasó, indudablemente, mas su fracaso, si bien se mira, constituye una elocuentísima lección de civismo, ya que su administración, efímera y todo, puede señalarse como el período en que se inició conscientemente el propósito –patentizado en ciertos actos de brillante relieve– de salir del régimen de tribu o cosa semejante impuesto por el caudillaje y en que casi de continuo hemos

vivido, para entrar de lleno en la vía luminosa de las radicales reformas que a grito herido continúa pidiendo nuestro deficiente organismo nacional. Que su ejemplo fue fructuoso, bien se advierte –como lo hace notar con acierto el docto prologuista de este– en el gobernante que le sucedió, figura política amamantada en la más radical intransigencia partidarista y hecha a procedimientos de extremado autoritarismo, y que, sin embargo, en posesión otra vez del mando supremo, modificó visiblemente su vieja manera de entender el modo y las providencias que se requieren para rendir, con aproximado acierto las colectividades sociales... Después de eso, en dos ocasiones, algo distanciadas, se ha propendido por mandatarios bien inspirados a instaurar un régimen de procedimientos civilistas, que si fracasaron también fue debido, más que a otra cosa, a carencia de saludable y oportuna energía en aquellos gobernantes para obrar decisivamente en determinadas circunstancias, y a divisiones internas del personalismo dirigente de la agrupación o bandería imperante, y ninguna manera a la conocida y sobadísima cantilena de que «el pueblo no estaba *preparado* para eso»... Oí esa frase hace la friolera de más de treinta años, niño casi, en los mismos días de la Evolución, y todavía se repite como si se dijera algo axiomático y de positiva contextura científica.

¡Desde la altura de mis convicciones rechazo enérgicamente esa opinión, creencia o lo que sea, que atribuye al pueblo dominicano una incapacidad manifiesta para darse gradualmente un gobierno de urdimbre civil que lo ponga en estado de incorporarse completa y decisivamente al movimiento de libertad y de derecho característico de la civilización moderna!... ¡Como si en la estructura cerebral del dominicano, más que en ninguno otro tipo de origen similar, hubiera deficiencias que lo hicieran refractario a la palmaria comprensión de tales verdades! ¡Como si se pudiera, según la gráfica expresión de Macaulay, «aprender a nadar sin tirarse al agua»! Esa frasecita, «el pueblo no está *preparado* para eso», ha sido el más formidable valladar opuesto al progresivo desenvolvimiento de estos pueblos americanos, huérfanos siempre de oportunas y fecundas iniciativas. Ella ha servido

continuamente de pretexto a vulgares tiranuelo para impedir la expansión de salvadoras ideas colocando su carro de guerra como invencible obstáculo al avance del progreso. La vida, en su evolución incesante, aún siendo la misma en el fondo, presenta a cada paso nuevos aspectos a que hay que acomodarse, nuevos rumbos que hay que seguir; y nada de esto puede alcanzarse sin una permanente labor demostrada en esfuerzos persistentes y bien dirigidos. Los pueblos que así no lo hacen aferrados a un rutinarismo político y económico incompatible con el adelanto moderno, fatalmente, tarde o temprano, caen en manos de otros más pujantes y de mayor cultura. Arrastrar una existencia vegetativa, contemplativa, de cierto quietismo nirvánico, es en la actualidad imposible. Hay que moverse seria y reflexivamente o perecer. Mientras más lejos e inaccesible brille el ideal, mejor.

Con la historia en la mano puede demostrarse fácilmente que, en casi todas partes, las grandes reformas sociales han sido cumplidas por grupos o núcleos de hombres, relativamente muy reducido, identificados en una aspiración, dotados ampliamente de ciertas condiciones de ilustración, energía y perseverancia, que, al principio o fin de su labor, consiguieron arrastrar a las masas *no preparadas* muchas veces, en los primeros momentos, abiertamente hostiles a tales novedades y transformaciones. La independencia de la América española es buena muestra de ello. Puede probarse hasta la saciedad que ninguna, absolutamente ninguna de las colonias españolas, estaba, ni con mucho, *preparada* (como entienden algunos tal preparación) para un cambio tan decisivo en su manera de ser política... ¡ah! Todavía estaría por darse comienzo a la magna epopeya emancipadora si Miranda, Bolívar, Roscio, Yáñez, Tovar... en Venezuela; Nariño, Torres, Caldas, Zea en Nueva Granada; Montúfar, Larrea. Ante... en el Ecuador; Rojas, O'Higgins, Martínez Rozas... en Chile y así otros varones ilustres en las demás colonias españolas, se hubieran detenido a pensar que la inmensa mayoría de sus compatriotas no estaba, ni en sueño, preparada para tan gloriosa, necesaria y radical transformación! Y ahora mismo, saliendo de nuestra América, hiere los ojos el singular espectáculo del

pueblo turco, ignorantísimo y fanático en su inmensa mayoría, despertando de sueño secular para convertirse en rebaño de siervos del horrible sultán *rojo* en colectiva encaminada a la práctica, sin limitaciones vergonzosas, de necesarios deberes y de fecundos derechos. Admed-Riza, Djavid Bey, Riza Tewfith y los demás patriotas representante de la *Joven Turquía* en el destierro y en el viril y activo Comité *Unión y Progreso*, de Salónica, no malgastaron su tiempo en reflexionar que el pueblo a que iban a dar instituciones libres no estaba educado para tales cosas... Se unificaron en tendencias y procedimientos, y lucharon un hábil y valerosamente hasta ver realizado su ideal. Tal vez más tarde surjan, cosa muy natural, nuevas interrupciones; pero si no ellos mismos, otros continuarán la patriótica y redentora tarea. El progreso, visto de cierta manera, se desenvuelve en un proceso serial de impulsiones. Dada la primera, la más costosa, viene, más rápida o más tardía, indefectiblemente la segunda; y así las demás hasta que el objetivo propuesto se convierta en una concreción social más o menos sólida y perdurable. En nuestro organismo nacional, se han dado ya, en la vía del mejoramiento colectivo, algunas necesarias impulsiones. Pero no estamos más que al principio del camino. A la distancia, en la brumosa lejanía, por entre nubes, empiezan a divisarse fragmentarios resplandores del grandioso ideal de regeneración colectiva que soñó el ilustre Espaillat y que debemos realizar a todo trance, cueste lo que costare... Dice Draper que «ningún espectáculo puede presentarse a un espíritu pensador, más solemne, más triste, que el de la antigua religión moribunda después de haber prestado sus consuelos a muchas generaciones»... Espectáculo de no menos intensidad dolorosa debe ser para el hombre de corazón contemplar un pueblo de noble estirpe y de gloriosa historia, que olvidado de todo eso, indiferente o egoísta, sordo a las voces de los que desinteresadamente le señalan la cima en que resplandece su ideal de salvación, con los ojos cerrados a la inflexible realidad mundial, persiste en continuar por la oscura senda en que lo espera una muerte prematura sin justificación y sin grandeza.

Motivos de Proteo

POR JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Demostración palmaria de la actitud mental existente en nuestras jóvenes colectividades hispanoamericanas –no obstante su desenvolvimiento histórico, en general, incoherente y tumultuoso– para la especulación sutil y acertada sobre cosas del espíritu, es este libro sano, proficuo, hondo, bello, saturado de intensa vida íntima, de trascendente psicología; flor de amplia y alta cultura filosófica y estética, que parece como legítimo producto de un medio de secular, compleja y refinada civilización en que el cultivo persistente y metódico de ciertos estudios permite, de cuando en vez, la aparición de escritores de la pasmosa flexibilidad intelectual y de la honda penetración psíquica del ilustre pensador uruguayo. El pensamiento de Rodó, ondulante, *proteico*, de múltiples facetas, que arranca de la entraña de una convicción de penetrante raigambre, y del que fluye a cada paso la tolerancia privativa de quien –por cierta poderosa virtualidad anímica apacentada en el conocimiento del mundo exterior y de sí propio en primer lugar– ha conquistado un elevado punto de vista que muy por encima de cierto vulgarismo intelectual en moda, se desenvuelve gallardamente en estas páginas, con sereno ritmo, en progresión de sugestiva belleza, esparciendo efluvios de bien y de amor, que servirán quizás para vivificar

muchas almas que yacen aletargadas por carencia de estímulos íntimos bajo un espeso sudario de indiferencia o egoísmo... «No se puede querer cargo sin conocer algo», ha dicho Malebranche. Y de ahí que Rodó en su dialéctica que parece errar al capricho fijándose, como al alzar, en subjetivismos de diversa índole, señale –como resultado preciso de un proceso de conocimiento interior– en múltiples casos, orientaciones luminosas que con ojo *vidente*, el ojo de que habla Carlyle, ha visto en sus exploraciones por ciertas honduras del espíritu desconocidas o menospreciadas de los componentes sociales. Sin gestos ni alharacas de moralista desabrido que quiere arreglar las cosas a su antojo para cristalizar un propósito más o menos noble y quimérico de depuración social, Rodó se contenta con descubrir, desde la cima de su torre íntima, constelaciones nuevas en el firmamento del espíritu, para ponerlas con toda su deslumbrante precisión de trazos ígneos, ante los ojos de muchos que, en el presente momento de desconcierto intelectual, no saben a qué carta quedarse, fluctuando entre direcciones espirituales disímiles que, respectivamente, se adjudican la procesión de un criterio de positiva certidumbre filosófica...

En cierto sentido, *Motivos de Proteo*, por su estructura íntima y por la tendencia noble y desinteresada que vincula, es como la continuación natural y lógica de *Ariel*. Este libro ya contenía a aquel en potencia. En ambos se advierte, sin ningún género de esfuerzo, la exteriorización cada vez más viva y luminosa de un espíritu de superioridad incontestable que tiende a poner al descubierto, aclarándolo convenientemente, mucho de lo oscuro que impide el armónico y prolífero desenvolvimiento de nuestra vida introspectiva, llegando en *Motivos de Proteo* sobre todo, a tocar en los linderos de la subconsciencia, fondo de espesa negrura en que bullen, en confusión caótica, gérmenes atávicos, morbosidades ancestrales, residuos diversos y nocivos de procedencia ignorada, que, sin sufrir la acción reguladora de una voluntad que los depure y discipline, suben de ese fondo negro, en ciertos instantes psicológicos, invadiendo con irresistible ímpetu la conciencia individual y reflejándose en muchos de nuestros

actos cotidianos. Hay, pues, que escudriñar continuamente el conjunto de actividades que forman nuestro yo, introducir el pensamiento en sus más escondidos repliegues, *conocerse* con la mayor amplitud posible, para por ese camino poder uno reformarse constantemente, acomodarse, sin menoscabo de la propia personalidad, a las nuevas formas y exigencias que representa la vida en su perfecto dinamismo, siempre cambiante, siempre inestable, piélagos insondables permanentemente encrespados por la acción impetuosa de ideas en constante renovación y en porfiado antagonismo. Conocer bien, y, conociéndose, ordenar sabiamente nuestra vida para que su reflejo exterior pueda plasmarse en cosas prácticas de resaltante beneficio individual y colectivo: he ahí la médula de este precioso volumen, pleno de seductores paisajes espirituales, rebosante de selecta y bien depurada erudición sin garrulidades pedantescas, en el que con frecuencia se traen a colación, con discreta oportunidad, esos antiguos y modernos comprobatorios de las ideas u observaciones contenidas en sus páginas de singular y duradero hechizo. El pensamiento capital de Rodó encerrado en este libro inconcluso (otro, *Nuevos motivos de Proteo*, vendrá pronto a completar) pueden asumirse estas palabras suyas: «Renovarse, transformarse, rehacerse, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida». El mito sugestivo de Proteo, divinidad que revestiría a cada instante nuevas y curiosas formas para liberarse de la importuna curiosidad de los que iban a visitarlo con el objetivo de poner a prueba su poder adivinatorio, guarda estrecha relación con esta obra en que nuestro mundo espiritual ofrece, a cada momento, fases distintas, aspectos aparentemente divergentes, que responden de admirable modo al proceso de continua evolución en que se caracteriza y se resume la vida.

Soberbiamente magistral es la parte de *Motivos de Proteo* consagrada al estudio detenido de cuanto integra la vocación, en que analiza con agradable e instructiva minuciosidad los factores de orden interno que en gran manera la determinan, y las condiciones exteriores de medio y de ambiente que la confirman, anulan, extravían o desnaturalizan con relativa frecuencia. No

he leído nada superior a este amplio y concienzudo análisis de la vocación. Al considerarla como «la conciencia de una actitud determinada», entra Rodó en una serie de apreciaciones de rico jugo mental sobre sus diversos e interesantes modos de manifestarse y actuar, todo ello robustecido sólidamente con anécdotas y referencias históricas muy amenas y expresivas, desde la actitud varia que abarca diversos aspectos de la actividad intelectual, cosa cada vez más rara en nuestro mundo moderno tan complicado, de tan creciente complejidad, hasta la aptitud concreta, muy restringida, única propia de nuestra época, que culmina en especialidades más o menos característicamente acentuadas. Esas vocaciones, en el transcurso del tiempo, surgen conforme las va necesitando el engranaje social, sin que nunca dejen de florecer el instante y sazón oportuna. Hay siempre una gran fuerza de reserva, la infancia, en que germinarán copiosamente en momento necesario. ¡Qué hermosamente expresa Rodó estas cosas!... «A nuestro lado, dice, y al propio tiempo lejos de nosotros, juegan y ríen los niños, solo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas fuentes serenas, en esos inmaculados corazones, en esos débiles brazos duerme y espera el porvenir, el desconocido porvenir que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha, de candor tanto para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento; obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia»... Sobre el *dilettantismo* –tan magistral y definitivamente definido por P. Bourget– dice cosas muy discretas y oportunas. El perspicaz crítico uruguayo, desmenuzando el concepto del *dilettantismo* –aun considerándolo, en algún modo, como útil por «su impulso de renovación», y como «la forma natural de los espíritus contemporáneos»– establece la inanidad

definitiva de tal modo de adaptación provisional, de carácter movedizo, a la realidad de las cosas, por carecer, por lo general, de la energía volitiva indispensable para determinar impulsiones hacia objetos prácticos y fecundos. Forma de voluptuosidad puramente intelectual circunscrita a una finalidad cambiante rara vez provista de alcance trascendente, *el dilettantismo*, mariposeo de almas selecta, se reduce a algo como una excursión muchas veces pintoresca y amena por determinadas regiones espirituales, de la cual quedan solo, a la postre, superficiales ideas o emociones pasajeras y discrepantes.

Sin que huela a paradoja, bien puede afirmarse que de la labor de Rodó, apreciada en su totalidad, se exhala un penetrante perfume de misticismo *laico*, estado natural de un alma de exquisita sensibilidad enfervorizada en la contemplación de cosas de subido valor espiritual, que sin pretender, ya lo creo –a la manera de la insigne doctora avilesa– *poseer a Dios por unión de amor*, aspira por esa misma *unión de amor* a vivir en íntimo y perfecto conocimiento con la Verdad y la Belleza, diosas ante cuya soberana refulgencia olvidan muchos espíritus de selección sus dolorosas dudas y su frecuente acervo y desencanto. En la palabra serena y suavemente coloreada de Rodó, en su *alma escrita*, hay cierta unción evangelizadora, cierto no sé qué de apostólico, rayito de sol *místico*, que, insensiblemente, se filtra, iluminándolas, en las tinieblas de nuestra conciencia. Su optimismo, ecuánime y reposado, tiene, en ocasiones, cierto parecido con la plácida resignación filosófica de Renán, forma en este último bien precisada de una inteligencia de superior estructura, noblemente curiosa y ávida de ciertos goces intelectuales, que, con potente vuelo, se ha posado sucesivamente en las más altas cumbres del pensamiento, y desde ellas, a atalayando un ideal de verdad definitiva, solo ha columbrado, detrás de mirajes engaños, los pavorosos abismos en que se oculta, inaccesible e indescifrable, la esencia misteriosa de las cosas. Pero el *renanismo* de Rodó, aparte de ciertas analogías escuetamente formales, con aquel maestro del escepticismo amable e irónico, reviste, en cuanto permanente dilatación de un alma a trascendentes

excelsitudes exteriores, aspectos de más elevada y proficua consistencia por su perenne inclinación a cristalizarse en actos de probada eficacia social, descendiendo repetidamente desde las cumbres de la abstracción muelle y enervante al ambiente ensombrecido y escéptico en que se mueve desordenadamente la mentalidad contemporánea. Si hay uno que otro motivo para deslizarse a pensar, con Brunetière, que Renan no amó o amó poco la verdad (y no estoy de acuerdo, en muchas partes, con esa opinión del eminente crítico francés) principalmente por ese mismo escepticismo que le hizo rehuir toda base de certidumbre filosófica o cosas parecidas, no es posible decir igual cosa de Rodó, quien ama entrañablemente la verdad, si no cierta verdad o serie de verdades de convención o tradicionales, *su* verdad, la que cada cual se fabrica en determinados casos, y que en él autor de *Ariel* adquiere la forma y proporciones de una convicción de indubitable certeza.

La personalidad filosófica de Rodó, en sus aspectos más salientes, se nutre, yo así lo pienso, en cierto espiritualismo cristiano, no he entendido en un estrecho sentido de sectarismo religioso, sino como germen prolífico de un ideal insuperable de progresiva perfección moral capaz de realizar salvadoras transformaciones en la conciencia individual y en el organismo colectivo. Ama la verdad, *su* verdad, porque la verdad es lo más digno de amor que hay sobre la tierra. No cree, como lo da a entender Ibsen en alguno de sus dramas, que la consagración a la verdad nunca o rarísima vez produce la dicha. ¿Qué importa? ¿Qué importa tampoco la esterilidad para muchos, desconsoladora, de los resultados? La verdad, *nuestra* verdad, no señala un rumbo, y hay que seguirlo sin inquietudes ni temores. Las almas vulgares seguirán presas de innoble concupiscencia, de torpes apetitos. En oposición a Ariel, el grosero Calibán gritará siempre:

I must eat my dinner

La obsesión del más allá no esparce sombras de pesadumbre en el alma de Rodó, o, si lo inquieta, esta zozobra no

palpita en su obra ni quita a sus visiones la serenidad helénica de líneas y el bello colorido que las reviste de tan mágico singular atractivo. Su concepción de la vida tiene más de *apolínea* que de *dionisiaca* en el sentido en que modernamente comprendemos estos dos fundamentales aspectos del alma griega. Ve siempre la vida como encerrada en un marco de resplandeciente y pura belleza. *Motivos de Proteo* es, en esencia, un canto armonioso a cierto optimismo vital, de fundamento muy íntimo y muy humano, que estriba, principalmente, en una manera muy personal de apreciar la vida interior y la fragilidad irremediable de las cosas. Su filosofía, radicada en cierto positivismo dinámico algo ecléctico, sin mutilar o desconocer partes importantes de la realidad, abarca, en síntesis amplia y luminosa, al conjunto de lo existente, todo el proceso del ser en constante evolución, lo que, en general, le quita todo matiz de exclusivismos dogmáticos. ¡No le sucederá a Rodó ciertamente, como a tantos otros, que, después de sucesivos tanteos y radicales negociaciones, declinaron la cabeza atormentada, constreñidos por el ansia angustiosa de reposo definitivo, en la dura almohada de una concepción filosófica de urdimbre vigorosamente dogmática! ¡José Enrique Rodó se ha detenido en el umbral del misterio sin pretender dar un paso más, convencido de la radical impotencia de nuestros esfuerzos para encontrar fondo, con las ondas del pensamiento, en la mar sin orillas de lo desconocido, donde, sin dejar escapar el más leve hilo de luz, vagan las densas sombras que envuelven el inescrutable enigma del destino humano! Él ha pensado que aquí abajo, sobre este planeta sombrío, lo más noble y fecundo de la vida reside en el fondo del alma, y, buzo atrevido, ha descendido a esos inmensos espacios para, desechando ciertos antros oscuros, descubrir portentosos venenos de riqueza psíquica que posee la gran mayoría, pero que, por falta de apropiado cultivo, no puede utilizar en la forma necesaria... En la actual crisis de transformación de las ideas religiosas que fueron pasto de mítica consolación para generaciones innumerables, no es dado ya a ningún espíritu viril tornar la vista al pasado en

demanda de orientaciones salvadoras. Somos nosotros mismos los que debemos salvarnos. Si se modifican o transforman concepciones religiosas que durante largos períodos históricos condensaron nuestra eterna aspiración a lo infinito, quedan todavía, para muchas almas, en pie, resplandecientes, erguidas sobre sus graníticos pedestales, con la soberana majestad de las cosas perdurables, esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman verdad, belleza, justicia.

El autor de *Motivos de Proteo* es un estilista admirable, tal vez o sin tal vez el primero de Hispanoamérica. En su prosa finamente cincelada, dúctil, de delicados esmaltes, se unen en estrecho y amoroso abrazo el pensador genial y el artista exquisito. Su visión de las cosas aparece siempre diáfana, precisa, profusamente matizada, sin pinceladas chillonas ni tonos difusos. Es un artista helénico, apolíneo, por la nobleza de sus actitudes, por su euritmia arquitectural, por su serenidad de líneas, por la precisión con que destaca en un ambiente tranquilamente luminoso aspectos más o menos salientes de la realidad íntima u objetiva. Pero su visión, a diferencia del arte griego vinculado en la forma, es decir, en el límite, se explaya, arrojando vivos reflejos, en la sinuosidad y recodo de nuestra existencia psíquica, exenta de medida ni ritmo precisos, no para hacer obra de adoctrinador inflexible, gruñón y huraño, sino –a manera de artista que busca la verdad siempre envuelta en un resplandor de belleza– para advertir a los infinitos que parecen ignorarlo, que el ideal de mejoramiento, de perfección a que debemos aspirar no está afuera ni lejos sino muy cerca, dentro de nosotros mismos. Y toda esta contemplación interior, *mística* por cierto aspecto muy humano, de finalidad trascendente, aunque desinteresada en el más alto sentido, sin alardes pedantesco, adquiere una suavidad encantadora de colorido al troquelar este en su prosa fluida, tersa, serena, sin languideces enervantes y sin encrespamientos de oleaje rugiente... En no sé qué región deliciosamente idílica, de perenne embeleso primaveral, entre musgos de eterno verdor y flores de inextinguible aroma, brota de las entrañas de la tierra manantial cristalino de que se forma

pintoresco río de sosegada corriente, de apacibles remansos, sin saltos ni remolinos... En su linfa transparente y rumorosa reflejará los jirones de nubes multiformes, esquiife de ensueños, que navegan en el azul del firmamento; retratará el ramaje que sobre él extienden los árboles frondoso de sus orillas, y en que a toda hora desgranán sus trinosavecillas policromas, melifluos cantores de la selva; para resonar, noche y día, con modulaciones nuevas, las canciones arrulladoras de su perenne y acompasado murmullo; y así seguirá, fertilizando la vasta y amena campiña, sin experimentar jamás, bajo la égida protectora de un cielo de serenidad inalterable, el latigazo de huracanes que enturbien su corriente cristalina encrespándola y trocándola en torrente impetuoso... Así el estilo de Rodó, sereno, arrullante, de mágico hechizo, sin reverberaciones de incendios pasionales; expresión fidelísima de un espíritu armoniosamente equilibrado, de perfecta ecuanimidad, desligado por entero de preocupaciones, intereses o prejuicios que oscurecen o falsean el verdadero concepto de las cosas que nuestra observación reflexiva descubre y precisa a cada paso.

Del conocimiento metódico y detenido de sí propio, principio fundamental de esta obra –una de las pocas de positivo mérito de que pueden ufanarse las letras hispanoamericanas– se deriva la ingente necesidad de, conviene repetirlo, reformándose continuamente, *vivir* con serenidad y nobleza, perfeccionarse en un sentido cada vez más amplio y comprensivo de la vida, tal como ella es realmente, tal como debe ser, no como, en infinitos casos, la han formado, moldeándola a su antojo, esterilizándola en gran parte, modos de ver y convencionalismos seculares o utopismos sociales vacuos o de nociva o peligrosa trascendencia. En *Motivos de Proteo* todo tiende, con suave ritmo, a proclamar, exultándolo, un optimismo de limpio abolengo que no procede, como casi todos, de cierta manera muy epicúrea de comprender la vida, sino, en primer término, de la íntima satisfacción de conciencia que se produce en quienes, sin móviles ni propósitos interesados, cultivando intensamente su jardín interior, convierten en proyecciones externas de fecunda alteza moral,

cuanto encierra su espíritu de beneficioso y de bello. En *La pampa de granito*, parábola de sorprendente energía de visión, de vigorosa plasticidad, loa Rodó la eficacia concertante y directriz de la Voluntad, y, preconizando su poder inmenso, exclama con avasalladora grandilocuencia: «una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia original, la potencia emancipadora y de arenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigirse al misterioso principio de las cosas, decirle: Si existe como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad; soy de tu raza, soy tu semejante; y si solo existe como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo».

Concepto religioso contemporáneo

A Pedro Henríquez Ureña

I

A firma A. Fouillée¹ que el sentido del movimiento actual en filosofía como en otro aspecto de la actividad mental es casi por completo idealista. Choca a primera vista semejante aseveración si se atiende al auge de cierta filosofía positivista contemporánea, de carácter independiente, que tiene poco o casi nada del comtismo, por la que, por la eficacia de su método científico de investigación y por la indiscutible importancia de algunos de sus postulados, representa para quien –en todos sus variados aspectos– la estudia exento de prejuicios y de modos de ver escolásticos o tradicionales, la concesión en parte más amplia y satisfactoria de la realidad íntima u objetiva que constituye la infinita y compleja urdimbre de la vida. Considerada, como hay que hacerlo, esa actual faz *positivista* en toda su resaltante variedad de formas y derivaciones, resulta, descontadas trascendentales deficiencias (en el evolucionismo spenceriano, entre otras cosas, lo incognoscible) una de las más acabadas y luminosas construcciones filosóficas producida por

¹ *Le mouvement idealiste*. (Nota del autor).

la inteligencia humana. El monismo de Haeckel, no obstante su radicalismo para mí anticientífico (la ciencia solo abarca o puede abarcar los nexos o relaciones de las cosas) representa para algunos la última palabra en estas materias, por pensar que al comprender la infinita variedad de las cosas en una suprema unidad de sustancias que llena todo el espacio; materia-fuerza, eterna, en perpetuo movimiento, que toma forma visible que se renueva sin cesar, sujeta a periódicas fases de ascenso y descenso, de avances y regresiones, da la idea, mejor que de otra alguna concesión de ese género, del peculiar e inalterable ritmo con que se desenvuelve la vida universal en sus incalculables modos y aspecto de manifestarse objetiva o subjetivamente. Pero ese concepto del mundo y de la vida, restringido a la más radical unidad de sustancia, parece como la antítesis del principio ya sólidamente establecido de la cada vez más rica complejidad de elementos de las cosas sometidas a minuciosos procedimientos analíticos de que, en parte, procede cierto relativismo característico de la ciencia moderna, frecuentemente falseado, que algunos investigadores notables, W. Crookes entre otros, llega en sus apreciaciones de íntimos aspectos de la vida a exageraciones deplorables y contraproducentes. Para algunos espíritus superficiales o influidos por intereses sectaristas, esa indudable complejidad de las cosas vincula como el retroceso o anulación de una concesión científica del mundo, y, exagerando el fecundo principio de relatividad, se sirve de él como valioso medio para, por inclinación psíquica irrefrenable, crear corrientes más o menos potentes de cierto idealismo muy vago, desprovisto de base sólida y precisa. Aún asumiendo ese idealismo aspectos de radical diferenciación en toda la prolífica variedad de sus líneas características, encierra generalmente como en un dualismo a veces muy distinto, no lo ideal y lo real compenetrados armoniosamente como aparece en la vida, concepto bien diverso de la identidad absoluta que tienen en el panlogismo hegeliano, sino como aspectos totalmente diferentes de las cosas, al poner *frente* a la realidad del mundo sensible otra realidad invisible, indescifrable, de puro valor noumenal, a la cual atribuye todo

lo existente considerándolo como la proyección exterior de una fuerza oculta que solo se revela imprecisa e indeterminadamente al alma humana en ciertos *instantes* psicológicos.

El entendimiento humano aún en sus más altos estratos mentales se resiste a concebir el mundo como la concreción de un proceso ondulante y multiforme de evolución incesante que para nada necesita de la intervención continua o intermitente de supuestas entidades sobrenaturales. De ahí el sentimiento religioso forma en que se alcanza la más alta compenetración de lo finito con lo infinito, y que —desde un punto de vista *positivista*— tiene sus génesis en épocas prehistóricas de muy oscuras y confusas lejanías, en que el terror ciego, irreflexivo, totalmente inconsciente, de nuestros remotísimos antepasados ante la vasta selva flagelada por el rayo o la tierra cuarteada por el terremoto, vio en tales fenómenos de naturaleza expresiones diversas de la desatada cólera de seres o de cosas superiores, grabándose hondamente en su memoria tales terroríficas impresiones que, repitiéndose con frecuencia, llegaron a formar una solidísima estratificación mental que, aún removida y modificada posteriormente por modos de ver y comprender de mayor amplitud psicológica, ha conservado mucho de su prístino vigor exteriorizándose por virtud de leyes de herencia periódicas y curiosas de florescencia mítica. Bajo la influencia de renovados cambios psicológicos y de circunstancias históricas, el sentimiento religioso, es claro, ha sufrido notables modificaciones en su proceso evolutivo; pero es imposible negar que conserva todavía bastante de la potente energía vital de su espeso fondo primitivo que sucesivas conquistas del espíritu no han podido, ni con mucho, anular o transformar decisivamente. Si este criterio de apreciación del sentimiento religioso es la verdad o se aproxima a cierta verdad relativa (la verdad, en sentido absoluto, es vano concepto ontológico) no es dable afirmarlo o tal vez no lo sea nunca, aunque aparentemente reviste más condiciones *científicas* que otros criterios de certidumbre en que late con potente ritmo la radical distinción de espíritu y materia... El cristianismo kantiano, sin pretenderlo ciertamente, al negar la realidad objetiva del conocimiento, al afirmar la radical imposibilidad mental de concebir la *cosa en sí* (por su superioridad

de construcción ideológica en mayor grado que el mismo *nihilismo* de Hume) dejó abierto ancho campo a corrientes de escepticismo que, rechazando total o parcialmente aproximados criterios de certidumbre filosófica, han producido de rechazo, por natural relación ideológica, un acentuado predominio de ideas antagónicas, culminando entre ellas muchas de pronunciado carácter místico que, removiéndolo hondamente la imaginación individual y colectiva, han traído de nuevo a la superficie, con inesperado empuje, formas de actividad mística que parecían atrofiadas o en vías de desaparición. Para el observador consciente ese poderoso resurgimiento de ideas místicas no se concreta ya a un terreno aislado de fe o de sectarismo, sino que extiende sus ramificaciones a campos muy diversos, invadiendo la esfera de las especulaciones filosóficas de suyo propicia para tales dilataciones del espíritu, la atmósfera en que se desenvuelven las mismas ciencias experimentales y los mundos individuales de la creación artística, en la que se desfigura a menudo el contorno real de las cosas, sus condiciones exteriores, para entrar por espacios abismales con él alucinante propósito de estereotipar las misteriosas articulaciones de lo real con lo íntimo, inefable subconsciente...

En el mundo social, por obra de cierto dinamismo que actúa permitiendo vislumbrar uno que otro resorte de su potencialidad eficiente, se presentan, en ciertas épocas, fases de visible adelanto seguidas de otras de aparente retroceso; momentos en que florece, bien delineado, un optimismo que todo lo ve color de rosa convirtiendo la tierra en un lugar perenne de delicias, o un pesimismo muy caracterizado que viste la realidad de negros colores como si la vida apareciese sumergida en las tinieblas de una noche interminable. Bajo el imperio de tan fúnebre obsesión, las armas débiles o atenacearlas por el dolor buscan por irrefrenable tendencia íntima seguro y bienhechor asilo en las ideas místicas en que se une lo real con lo invisible... Mi criterio positivista, muy ecléctico, con base sólida en la relativa certeza científica que puede darnos el mundo fenomenal en que nos movemos y de que somos parte, criterio en que se fundan ideas de *experencialismo* de Stuart Mill, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del

pragmatismo de William James, no rechaza en manera alguna ni puede rechazar cierto alto y fecundo idealismo, *necesario*, de suprema alteza espiritual, que tiene ante sí ancho y luminoso horizonte, y que en nada se parece a ese otro nocivo idealismo poblado de puerilidades añejas, de divagaciones y atracciones quiméricas y desmesuradas... Es de evidente certeza que para muchas almas, la inmensa mayoría de la humanidad indudablemente, resultará siempre vacío de sentido, mero logogrifo, cuanto tienda a desterrar de ellas creencias consoladoras casi siempre objetivada en símbolos venerables de inmenso prestigio tradicional, para sustituirlas con principios científicos de reciente abolengo refractarios en un todo a sus ansias de algo divino que le sirva de permanente luminoso derrotero. Aun los que hemos logrado desligarnos de todo prejuicio sectarista o tradicional, sentimos a veces –hay que confesarlo serena y legalmente– el *frisson* que deja en todo espíritu de cierta cultura el pensamiento de lo desconocido, del perpetuo enigma del origen de la vida, en cuyo umbral se destaca como el frontispicio de un templo misterioso donde nadie ha penetrado la palabra supremamente desconsoladora de Du Bois-Reymond: *Ignorabimus*. La innegable persistencia del fenómeno religioso con sus alternativas de disminución y crecimiento, aun suponiéndolo como mero *subtractum* de lejanas reminiscencias atávicas que bullen en los limbos de la subconsciencia, preocupa en la actualidad a muchas inteligencias superiores que en su noble anhelo de verdad estudian con ahínco el pavoroso problema, no solamente en su aspecto exclusivamente místico sino en su intrínseca eficacia como manantial copioso de direcciones éticas y de finalidades altruistas.

II

En su reciente monumental obra, *Fases del sentimiento religioso*² el ilustre filósofo W. James, con criterio eminentemente

² Tres tomos (Conferencias sobre la Religión Natural dadas en la Universidad de Edimburgo). (Nota del autor).

personal, sin resabios de exclusivismo científico, estudia con gran amplitud todas las curiosas modalidades del fenómeno religioso, que para él no es la supervivencia intermitente de estados mentales primitivos más o menos modificados, sino como algo espontáneo, natural, privativo, peculiar del ser humano, que casi siempre tiene su raíz en las escasamente inexploradas regiones de lo subconsciente. El experimento religioso, en toda su vasta complejidad, comprende para él un extenso campo de formas y matices individuales que analiza minuciosamente apoyándose en parte en principios psicológicos de novedad indiscutible. Con sorprendente sagacidad y discreción aplica el método empírico al estudio de los innumerables aspectos del fenómeno religioso, pormenorizando con ejemplos adrede escogidos entre los casos más exagerados de dichos fenómenos todas las formas de exaltación de la sensibilidad moral que lo caracterizan cumplidamente. Aun modalidades de sentimientos fugaces, casi imperceptibles, no se escapan a la fuerza de penetración de su mirada investigadora, considerándolas, desde punto de vista biológico y psicológico, como «simples hechos de la historia individual». En su extenso análisis del ideal religioso, el eminente profesor de Harvard hace una distinción radicalísima, positivamente justificada, entre la *religión ritual y constituida*, de valor accidental, y la religión íntima, personal, individual, objeto casi exclusivo de esta gran obra, y que para él constituye, en la inmensa mayoría de los casos, la fuente más copiosa de verdadera observación, ya que, como afirma (tomo I, página 86): «Existen en la esfera religiosa del experimento muchas personas que poseen los objetos de su fe no en la forma de puras concesiones, que el intelecto admite como verdaderas, sino bajo las realidades casi siempre percibidas directamente».

Para una exacta y fructuosa apreciación del fenómeno religioso en alguna de sus condiciones y aspectos, se sirve W. James del pragmatismo, la nueva y fecunda orientación filosófica de C. S. Pierce, que marca, sin duda, una luminosa etapa en el camino del desenvolvimiento intelectual humano. En el pragmatismo, la creencia, finalidad de la especulación filosófica, representa algo

así como una impulsión eficaz para actos fecundos y trascendentes de la vida, que pide a cada momento hechos de bienhechor influjo en la marcha progresiva del organismo colectivo. Este nuevo criterio de apreciación filosófica no se compadece con cierto intelectualismo que tira a encerrar la vida en un marco de unidad y de formalismos exclusivos. La idea pura, el concepto abstracto, no sirve para nada en el mecanismo social, en la vida, cuando no contiene cierta fuerza de sugestión práctica. Creencias que no tienen virtualidad para la acción, para producir efectos de palpables trascendencia, carecen, pragmáticamente, de positivo contenido. Para juzgarla cumple considerar los pensamientos que las determinan, y, sobre todo, las direcciones prácticas que pueden señalar en muchos casos. La conducta determinada o sugerida por esas creencias, constituye la base más apropiada para juzgar con acierto su verdadero significado. Con ese criterio de finalidad proficua y con insuperable fuerza de penetración psicológica estudia este insigne pensador todas las complejidades del misticismo, los múltiples aspectos de la conversión, la santidad y el estado de gracia, poniendo de bulto con serena imparcialidad sus frutos diversos, sin caer en conclusiones de un dogmatismo cerrado, ya que para él (tomo I, págs. 31 y 67) *la luz inmediata, la razón filosófica y la autoridad moral* son los únicos criterios legítimos, pues en estas materias no hay un solo concepto que pueda ser perfectamente definido.

Sin concederle, como algunos, una importancia exagerada, mucho mayor de la que en sí tiene, W. James observa con algún detenimiento lo que llaman *mind cure*, la curación mental, nueva dirección mística muy generalizada en los Estados Unidos en estos últimos años, reconociendo diversos orígenes a tan curiosa modalidad espiritual que a primera vista parece discordar con la psicología del pueblo norteamericano práctica y utilitarista, pero que, vista con cuidado, resulta en perfecta consonancia con el estado de alma, viril y optimista, que caracteriza el fondo étnico de aquella pujante colectividad social. En los Evangelios, en el trascendentalismo de Emerson, en el idealismo de Berkeley, en ciertos aspecto del espiritismo y otra forma de la

actividad mental, ve W. James la génesis de la *curación mental*, en la que aparte de ciertas incongruencias, resalta un misticismo sano y prolífico que la provee de cierta indudable trascendencia benéfica en los actos de nuestra existencia cotidiana. Gran número de experimentos coronados por el éxito han aumentado considerablemente la cifra de fieles de la nueva doctrina, que «han adquirido (tomo I, página 124), una creencia intuitiva en el poder saludable y potente de las aptitudes, del equilibrio mental, en la potencia dominadora del valor, de la esperanza, de la confianza, sintiendo a la vez profundo desprecio hacia la duda, el miedo y los demás estados de precaución mental». Tales ideas entrañan, como la actuación provechosa de una grande y poderosa fuerza espiritual que reacciona vigorosamente contra estados mentales determinados por una pronunciada anemia de energía personal sana y consciente, y en tal sentido, vinculan uno de los aspectos más interesantes de actualidad en el terreno de la experimentación religiosa. Su significado filosófico, de cierto matiz panteísta, arranca en parte de la dilatación de la conciencia individual hacia realidades invisibles para comunicarse con ella sin necesidad de intervenciones personales extrañas de ningún género. «El gran fenómeno central de la vida humana³ estriba en adquirir la conciencia de la identidad de nuestra vida con la vida infinita y expansionarnos completamente a su divino soplo. A medida que eso sucede, no transformamos en un medio por el cual puede manifestarse y obrar la inteligencia y la potencia infinitas. Y según el grado de identidad realizada, cambiamos el disgusto en gusto, la desarmonía en armonía, el sufrimiento y el dolor en salud y fuerza».

Extensamente trata W. James cuanto se refiere a las bases interiores que conforme procesos mentales de cierto orden determinan el hecho de la *convención*, fenómeno que ocurre muchas veces mediante un proceso de gradaciones internas casi siempre poco perceptibles, y en otras de modo rápido e inesperado bajo la irrefrenable impulsión de acentuadas

³ Armonía con el Infinito, por R. W. Trine. Citado por W. James. (Nota del autor).

hiperestésias emocionales. Es de mucho valor psicológico el concepto del profesor de Harvard sobre lo que considera *ideas periféricas e ideas centrales*, y sobre lo que llama «el cambio de los centros de energía personal de los hombres dentro de sí mismo, y el surgir de nueva crisis emocionales». Sin pretender aclarar definitivamente, ni mucho menos, el concepto, hace constar que, actualmente la psicología tiende con decisión a admitir con preferencia al «elemento de la vida mental llamada *idea*, que se suponía una cosa claramente definida, el elemento realmente existente en el estado mental en su totalidad, la onda entera de la conciencia, el campo completo de los objetos que en un tiempo determinado están presentes en el pensamiento; aunque comprende, no obstante, que es imposible definir con exactitud esta onda y este campo» (tomo 2, página 56), para W. James el descubrimiento psicológico moderno de más mérito consistente en el principio de que, en muchas personas, no solo existe la conciencia del *campo ordinario* sino algo muy indeterminado aunque aparece como la prolongación de ese campo, la conciencia *exterior* o *extra marginal*, el yo *subliminal* de Myers, cosa que empieza a explicar muchas sorprendentes manifestaciones de carácter hipnótico o algunos estados pertenecientes al sentimiento religioso. «La consecuencia más importante, dice, de poseer una vida ultra-marginal de este género, es que los campos *ordinarios* de la conciencia del individuo están sujetos a incursiones de dicha vida, de la cual el individuo ignora la procedencia y que por lo tanto asume para él la forma de impulsos, de ideas oscuras, de inhibiciones y hasta de alucinaciones visivas y auditivas del todo inexplicables, fenómenos que indudablemente tienen su origen en la existencia subconsciente del sujeto. (Tomo 2, página 58). Las conversiones ya dichas por una parte y cierto irresistible impulso emocional de raigambre muy íntima por otra, han determinado, con frecuencia, estado de santidad, cuyos diversos aspectos de *ascetismo*, *pureza*, *fuerza de amor*, *caridad*, han sido, en la mayoría de los casos, puestas a un lado exageraciones y extravagancias, de eficacia positivamente moral en los organismos sociales. «Los santos genuinos,

afirman, encuentran en la noble excitación con que los adorna su fe una autoridad y un poder de imaginación que los hace irresistibles en determinadas situaciones en que hombres de naturaleza inferior no pueden proceder sin emplear la prudencia mundana. Esta prueba práctica de que la sabiduría del mundo puede ser fácilmente rebasada es el mágico don que el santo hace a la humanidad». En nuestros tiempos, es claro, aun bajo la permanente influencia de esos mismos estados místicos, un tipo similar de santo que surgiese tendría que llevar distinta vida.

Sobre el misticismo considerado en sus más recónditos aspectos fundamentales, hay en este libro impresiones y juicios de alto valor psicológico, comprobados brillantemente con los numerosos ejemplos que ofrece la literatura religiosa de todos los tiempos. El misticismo descansa en ciertos estados de fervor espiritual muy pronunciados, aunque no es posible negar que en muchos de ellos se advierte la fermentación de un elemento patológico de primordial importancia. Este sentimiento procede de la región *subliminal*, tan poco conocida en realidad y cuya existencia empieza a admitir ahora la ciencia... En el último capítulo de esta magistral obra, resumiendo su pensamiento, declara el eminente psicólogo, que «cree que los límites ulteriores de nuestro ser se hunden en una dimensión de la existencia completamente diversa del mundo sensible y sencillamente *inteligible*. Esta región invisible no es sencillamente *ideal*, porque produce efectos en este mundo. Cuando entramos en comunicación con ella algo se ha realizado efectivamente en nuestra personalidad finita, porque nos convertimos en hombres nuevos, y estos nuevos cambios regeneradores producen en el mundo real consecuencias en el cambio de conducta. Que el Dios a cuyo margen más remoto conseguimos llegar partiendo del lado acá de nuestro Yo extra marginal, sea el director absoluto del mundo, no es, naturalmente, más que una atrevida super creencia nuestra. Lo único que el sentimiento religioso puede revelarnos, es que podemos comunicar, con *algo* más grande que nosotros y que en dicha unión encontramos la mayor paz. *Puedo*

colocarme en el punto de vista del sectario científico y figurar de un modo intenso que el mundo de las sensaciones, leyes y objetos científicos lo es todo. Pero si lo intento siento una voz que me dice: *son tonterías*. El engaño es engaño aunque lleva un nombre científico, y la expresión total de la experiencia humana, tal como la descubro objetivamente, me empuja de un modo irresistible más allá de los reducidos confines de la *ciencia*».

He querido, en los anteriores párrafos, sin haberlo logrado seguramente, dar clara idea de los puntos principales que contiene este libro admirable, uno de los más originales y completo de estos últimos tiempos, en que, sin exclusivismo de ningún género, se estudia el fenómeno religioso como materia de experimento psicológico, y en que se arriba a conclusiones que si ciertamente no señalan una orientación definitiva, revelan por lo menos la conquista progresiva de nuevos e interesantes puntos de vista para escudriñar las recónditas regiones de nuestro espíritu en que se incubaba la creencia religiosa. De estas páginas nutridas de sana y profunda psicología, surge, en una atmósfera de serena y sugestiva idealidad, atractiva y simpática, la austera figura del insigne pensador norteamericano esclareciendo hermosamente, sin arrebatos ni desplantes del sectario, los arduos problemas de orden religioso que tan intensamente agita una parte del alma moderna. Sin ninguna servil sujeción a determinados sistemas, su filosofía parte de las entrañas de un relativismo que observa la vida en todos sus matices de elaboración mental analizando perspicaz y metódicamente sus procesos de diferenciación, y tiende siempre a transformar ciertos problemas ontológicos, cierta lógica inficionada de estéril abstracción metafísica, en principios prácticos de indiscutible trascendencia para el mejoramiento colectivo. Él quiere convertir determinadas modalidades del intelecto en *fórmulas de acción* para la vida, en cristalizaciones de relevante eficacia social. En su dialéctica, vigorosa y profunda, el ideal, la doctrina, el pensamiento, tiende siempre a plasmarse, pragmáticamente, en direcciones éticas, en reglas de conducta que responden en un todo a la virtualidad de su contenido ideológico. Así considerada, esta nueva

orientación señala en la filosofía moderna cerrado el ciclo de infecundas especulaciones metafísicas, un punto sólido luminoso de partida para juzgar con apropiada exactitud la importancia y significación de las nuevas formas de carácter filosófico que elabora el espíritu en su evolucionar incesante. Las palabras del dulce taumaturgo galileo vuelven a resonar en nuestros oídos: «Por los frutos se conoce el árbol»... En la alta personalidad filosófica de W. James se adunan admirablemente cierto noble y sugestivo idealismo de un fondo de suave y atractiva religiosidad, y la tendencia práctica, utilitarista en su más elevada acepción, que constituye el fondo espiritual de la raza de que procede. Para él, en síntesis definitiva, detrás del fenómeno, de las formas exteriores, se oculta *algo* superior, cosa parecida a la Realidad última de que habla Guyau. La idea de un Dios personal va cada vez más esfumándose en el concepto de pensadores procedentes de los más diversos campos filosóficos. Asistimos a los funerales del Dios único, personal, antropomórfico, de ciertas religiones positivas. En su lugar va surgiendo una idea de la *divinidad*, vaga, difusa, amorfa, pura creación del intelecto, de aspectos diversos, que para algunos se concreta en una especie de *realidad* íntima que vivifica las cosas, y para otros en un alma del mundo en que vibra y se unifica el infinito océano de la vida universal... Por nuevos caminos, parece como que se tiende a cierta forma de panteísmo, de muy sutiles y complejas conexiones, última fase de un proceso de intelectualización muy moderno y de urdimbre muy vasta y comprensiva.

La personalidad política y la América del porvenir¹

I

*L*a necesidad de la iniciativa individual, espontánea y varia, desenvolviéndose con apropiado ritmo en el ancho campo de las actividades sociales, para realizar mediante un proceso de actuaciones bien encauzadas un ideal de unidad progresiva y fecunda, forma de síntesis, serie luminosa, de ese copioso volumen de sana y concienzuda crítica, nutrido desde el principio hasta el fin de juicios y observaciones de innegable importancia sociológica. En los problemas de compleja urdimbre social que plantea y que en ocasiones intenta resolver, un individualismo poderoso, de savia prolífica, de visible originalidad, se irgue siempre frente a un concepto social de cepa netamente conservadora, producto, por lo general, de preocupaciones seculares y de intereses de grupo, determinando, por virtud de su peculiar dinamismo, un choque más o menos violento y duradero de que

¹ Esta noble obra —publicada muchos años después de la muerte de su autor— es un homenaje de acendrado afecto de sus hijos, muy particularmente de su hija, la distinguida señorita Flora Abasolo, quien han tenido la deferente amabilidad que mucho le agradezco, de obsequiarme con el ejemplar que ha dado margen a este artículo. (Nota del autor).

se derivan necesariamente, en la inmensa mayoría de los casos, la rectificación provechosa de las ideas, conceptos y sentimientos que, en algunas épocas, constituyen el ambiente moral de las colectividades humanas. Una individualidad provista de intensa fuerza interior, conformada psíquicamente para la lucha, abre con frecuencia brecha en convencionalismos y modos de ver erróneos de la vida social, por más que esta misma, actuando como potente fuerza de resistencia, resistan muchas veces, con éxito más aparente que real, el rudo asalto reaccionando contra la idea reformadora, mientras esta, si atesora el valor expansivo necesario, hecha raíces extendiéndose tumultuosa o silenciosamente por todos los más ocultos estratos mentales del organismo colectivo.

Toda la vida social, observada sin prejuicios trastornadores, se concreta ese permanente vaivén de acciones y desviaciones en que el individuo, con cierta aún mal explicada privativa espontaneidad, influye y es a su vez influido; en que muchas ideas surgen como enteramente nuevas y sin la elaboración de un proceso previo; pero que, casi siempre, vistas con detenimiento, adviértese su génesis, más o menos claramente, en estados mentales anteriores, individuales o colectivos, de los cuales, por virtud de fuerzas íntimas conscientes o subconscientes, somos los legítimos continuadores, aunque siguiendo formas de diferencia cada vez más acentuadas y complejas. Por más que ciertos aspectos de este dinamismo puedan modificarse y aun transformarse radicalmente, surge siempre la duda de si ese proceso de creciente diferenciación alcanza o puede alcanzar al principio de ciencia que se supone potencialmente determinando la infinita y compleja variedad del mundo fenoménico, algo parecido a la *idea* hegeliana, en perpetuo *devenir*, en constante serie de exteriorización, o a la *voluntad* que se observa objetiva de Schopenhauer. No obstante cierta energías subconsciente que determina o parece determinar algo de espontaneidad en el ser individual, no es posible poner en duda que vivimos bajo la influencia permanente de un determinismo que, permitiéndonos, sin muy visible coacción, el funcionar de ciertas

facultades, solo nos da, por lo general, la pródiga ilusión de una libertad en realidad por todos los lados muy limitada. Elementos de orden biológico cristalizados en fuerzas potentes que lidian en las profundidades de nuestro ser físico; formas ancestrales que actúan oscura y vigorosamente en nuestro mundo interior, determinando en el yo individual voliciones de cierto género, y las numerosas e incontrastables peculiaridades y condiciones de naturaleza que por todas partes nos circundan y penetran, nos dejan apenas, por más que casi nunca nos demos cuenta de ello, el libre juego de modos de obrar que suponemos actúan bajo la acción exclusivamente espontánea de nuestro espíritu. Pero aun resignándonos a esa manera de ser inflexible o poco menos de las cosas, que pensadores de altísima talla intelectual (Bergson, Boutroux, entre otros), recientemente atenúan o rechazan con cierto éxito, es muy justo aceptar que, ese mismo determinismo, puede ser encausado en muchas cosas provechosamente por la persistente acción de lo que denomina A. Fouillée *ideas fuerzas*, concreciones espirituales de hondo arraigo interior que, imponiéndose a otras de menos vigorosa estratificación psíquica, producen o pueden producir creencias que, interpretadas conforme a la última y más fecunda orientación filosófica, el *pragmatismo*, prueben ser de verdadera eficacia para el desenvolvimiento de la vida individual y social.

Para el pensador chileno esa característica forma de la vida universal, que no niega por completo, asume, en muchos de sus aspectos, un valor bastante relativo. Si ve en la marcha del mundo la sujeción a un plan providencial, no piensa que en este quepa el propósito de producir «tales o cuales acontecimientos determinados, ni tales o cuales individuos particulares o pueblos preconcebidos, sino crear al hombre creador de sí mismo y creador de pueblos, dejándole la elección de los medios para alcanzar el bien». Frente a la opinión colectiva cimentada fuertemente en egoísmos de clases y de intereses y en rutinas y en preocupaciones añejas, la opinión individual, reflejo acentuado de una intensa personalidad psíquica, va lentamente, paulatinamente, operando sustanciales rectificaciones del criterio

social – eminentemente conservador – en su manera errónea de ver y comprender las formas nuevas que bregan en su parcial y completa adaptación al organismo colectivo. Abasolo parece creer en un adelanto indefinido, en una humanidad cada vez más perfectible, que detrás del ideal radiante convertido en hecho, ve seguidamente despuntar, como en la claridad de un bello amanecer, la resurgencia de un nuevo magnífico ideal... Pero, ¿no tendrá jamás término ese desarrollo de diferenciación que cada vez va traducéndose en un más elevado y complejo sentido de la vida? ¿Tendrá paradero forzoso, necesario, en el *automatismo*, en la *adaptación para siempre al medio*, que refuta Guyau (*La educación y la herencia*) sosteniendo, como verdadero «ideal para el hombre» la continua *readaptación*, o en la civilización unilateral, en que sin creerla quizás posible, se equilibren armoniosamente el industrialismo, el intelectualismo y el moralismo, conforme piensa el ilustre Hostos? (*Tratado de Sociología*). O, contrario al principio de *irreversibilidad* de que habla el genial Gabriel Tarde, ¿recomenzaremos de nuevo la dolorosa ruta, caeremos en el *retorno eterno* que sostienen el formidable Nietzsche, ese grande y fulgurante Nietzsche, tan mal comprendido por tantos que solo lo conocen por su malinterpretado concepto del superhombre?...² ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo sabrá jamás?

Sería extender demasiado este artículo ponerme a puntualizar la riqueza de ideas que contiene la obra póstuma de Abasolo, reflejo intenso de un alma de selección, estructurada para el bien, hecha de autoridad y de amor, vibrante, de fina sensibilidad que, en ocasiones yerra o imprime demasiado color a una idea, deja vislumbrar, constantemente, una individualidad muy enérgica, de sabor original, que apenas conserva huellas de

² Unos de los cerebros más vigorosos y mejor nutridos de la juventud hispanoamericana, el notable escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, en un trabajo reciente, con gran perspicacia crítica, ha señalado y probado resaltantes analogías de pensamiento entre el insigne filósofo alemán y el gran psicólogo norteamericano W. James. También he leído en la *Revista Moderna*, de México, un excelente trabajo del escritor mexicano Antonio Caso sobre Nietzsche. (Nota del autor).

la influencia de pensadores de su época, muerto en 1884, solo pudo conocer la parte del movimiento sociológico que arranca desde Augusto Comte hasta esa fecha, y, sin embargo, por no sé qué especie de intuición propias solo de espíritus superiores, en toda su obra, aquí y allá, fulgen ideas o matices de ideas de sociólogos posteriores. Para Abasolo la sociedad parece «como potencia creadora de sí misma y como conciencia y elección de lo mejor». Su concepto del mundo social, en ciertos aspectos, tiene puntos de semejanza con el *organicismo* de Spencer, apartándose por su radical individualismo, clave de su ideal sociológico, de los que colocan la personalidad individual bajo la influencia continua y casi exclusiva del cuerpo social, como en cierto sentido lo descubre Gabriel Tarde (*Les lois de l'imitation*) para quien el concepto biológico social se transforma en una vasta psicología, en que dos ideas primordiales, creencia y deseo, unen y cohesionan estrechamente las unidades individuales que forman el conjunto colectivo.

Comparto casi íntegramente algunas de las ideas expuestas en esta obra. En diversas ocasiones he expresado una opinión idéntica a la de Abasolo respecto de la previa preparación del pueblo, que, algunos interesados en dominarlo y explotarlos, juzgan indispensable para el ejercicio de ciertos derechos. Ya luminosamente había dicho Lastarria que «el mejor medio para ejercer los derechos políticos era ejercerlos como se pueda», y había expuesto la idea, ya conocida, de que la libertad municipal constituye, en primer término, la escuela más apropiada para llegar a la completa realidad de ese ejercicio. Abasolo sostiene el pensamiento, que juzgo exacto, que lo esencial es contar con núcleos convenientemente preparados –casi siempre existentes en todo organismo nacional– para dar a la masa popular robusta y fecunda dirección en el sentido del cumplimiento gradual y progresivo de esos mismos derechos. Y esa es la enseñanza que suministra la historia cuando sin *parti pris* de ningún género se la estudia en sus aspectos esenciales –no como mera narración de soberanos que se suceden y de batallas que se pierden o se ganan– al demostrar de irrefutable manera que todos los grandes

adelantos humanos de cualquier categoría y significación, han sido resultado no de una previa y consciente labor colectiva, cosa por lo común inasequible, sino de la irradiación y empuje de un hombre o de algunos hombres, superiores a su medio que, casi siempre, han tenido la hostilidad de las masas sociales movidas por convencionalismos e intereses tradicionales de honda raigambre, colectividades que solo mucho más tarde supieron comprender y asimilarse el ideal perseguido de colectivo mejoramiento.

II

Hay no pocas ideas de positiva importancia en los capítulos de la última parte del libro comprendidos bajo este título: «La pesada política de América». Sin prejuicio de ningún linaje, estudia desde un punto de vista científico el problema formidable de la formación de las razas y el orden de su distribución, viendo, como es natural, en las sucesivas inmigraciones de elementos étnicos las características etapas que señalan los diferentes y a veces contradictorios aspectos de la civilización en sus marchas ascendentes, y analizando con verdadera penetración psíquica y cierta originalidad los más salientes caracteres de las dos razas (sub-raza sería mejor llamar a la nuestra) que comparten el dominio del continente americano. En su análisis de las modalidades mentales de cada una de ellas, acentuando cierto contraste que quizás sea mucho menos antitético de lo que generalmente se supone, concede a la raza sajona, por cierta peculiar estructura étnica muy íntima –a mi juicio imperfectamente profundizada aún en la hora actual– cualidades relevantes de equilibrio espiritual, regularidad, discreto oportunismo, mayor facultad de adaptación, un ideal de vida práctica, estable, bien cohesionada; mientras hace resaltar en la raza o sub-raza opuesta en que bulle el fermento latino, la impenitente devoción a cierta antigüedad clásica que ve como eterno modelo y que le presta

una actitud estática de cierta vaga inmovilidad en el campo de las ideas, su tendencia dominadora, su apasionamiento, su sensualismo, su propensión al fanatismo y a la petrificación del dogma, dotada en sumo grado de la facultad de *condensar la vida*, cosa que en muchísimas partes explica, a su ver, las vicisitudes oscuras o fulgurantes de su historia allende y aquende el Atlántico.

Para vencer la influencia de cierto fatalismo étnico y alcanzar un superior espíritu de unidad que dé sólida consistencia, sin casi mezcla de influencias exóticas, a un ideal del supremo hispanoamericanismo, piensa Abasolo que el remedio estriba, principalmente, en educar nuestro temperamento, a modo de expansión saludable, en las grandes ideas, y tanto respecto de este punto de vital importancia como en el capítulo en que bella y admirablemente expresa lo que particulariza la psicología de un pueblo viejo y la de un pueblo joven, derrama copiosamente la savia de su clara inteligencia en disquisiciones y juicios que prueban sus excelentes condiciones de psicólogo y de sociólogo. Desde muy temprano, con meridiana claridad, cuando aún no se había iniciado el desenvolvimiento metódico y potente del imperialismo yankee, escribe estas palabras que no tienen desperdicio: «Cuando pensamos en la solución de Texas y de California, se ocurre muy lógicamente creer que el guardián de nuestra casa puede tal vez convertirse en lobos rapaz, y tragarse a México y después a Centroamérica hasta Panamá una vez que el yankee tienda sus rieles hacia el Sur, ¿quién no ve que esas comarcas, saturándose cada vez más de sangre sajona, acabarán por incorporarse al coloso del Niágara? Todo esto debiera ser asunto de serias preocupaciones para nuestros pensadores».

Y nuestros pensadores empiezan ya a darse cuenta del peligro. El problema tiene dos aspectos a cual más amenazantes. El conocido escritor cubano Arturo R. de Carricarte ha publicado recientemente, en Montevideo, un jugoso folleto (*El nacionalismo en América*) en que demuestra, con resplandeciente precisión, cómo empieza a atenuarse, en algunos

de estos pueblos, el fundamental concepto de nacionalidad por la acción directa de los elementos étnicos que componen la inmensa masa de inmigrantes que, sin previa selección y con alto descuido, va compenetrándose con la población autóctona hasta llegar, quizás, a la extinción del sentimiento nacional, que es lo único que particulariza a estos pueblos americanos de procedencia ibérica. Responsable del mal, en primer término, son los gobiernos de dichas repúblicas que, ofuscados por la visión de un progreso violento, sin necesarias gradaciones, se cuidan poco de regularizar y seleccionar esas corrientes inmigratorias de modo que no lesionen la continuación del dominio del elemento nacional, y permiten, sin ningún género de restricciones legales, que la tierra pueda ser fácilmente acaparada por el elemento extranjero. No conozco, y lo siento, el libro de T. Pinochet Le-Brun (*La conquista de Chile en el siglo xx*) que ha dado origen al oportuno y vibrante opúsculo de Carricarte. No entiendo en un estrecho sentido el patriotismo; pero creo imprescindible defender con potente energía cuanto constituye la personalidad de una nación, o lo que le presta carácter y le da un lugar en la historia, y por eso, no obstante mi extremada tolerancia con todo género de opiniones, me resulta en extremo antipática y repulsiva la figura de Gustave Hervé, el *sans patrie*, que en uno de los últimos congresos socialistas, el de Stuttgart, si mal no recuerdo, fue objeto de una severa lección de reflexivo patriotismo de parte de Bebel, el ilustre jefe del socialismo alemán...

El otro aspecto amenazante del problema lo forma el mal disimulado movimiento de expansión norteamericana que toca muy directamente a los pueblos que, por su posición geográfica, están más cerca de la gran República con la que mantienen relaciones de índole económica que tienden a hacerse cada vez más estrechas. Para conjurar, en lo posible, ambos pavorosos peligros, no hay otro camino, aparte de ciertas y oportunas medidas legislativas bien intencionadas y discretas, que la vigorización del sentimiento nacional por cuantos medios sean conducentes y muy en particular

por la implantación de un sistema educativo, de base cívica, convenientemente graduado, progresivo, bien definido y bien practicado. Hay que ir creando un ideal, un ideal que responda a un estado de alma colectivo radicalmente americano. La epopeya de la independencia puede considerarse como la primera fase de ese estado de alma. El rompimiento de los lazos que nos unían a España fue un suceso de carácter político producto de hechos anteriores clara y perfectamente eslabonados. Los organismos gubernamentales fueron otros –a veces más nocivos y estáticos que los del mismo coloniaje– pero moralmente se continuó dependiendo del espíritu secular de la vieja Metrópoli. Nos llamamos dominicanos, peruanos, argentinos, etc.; pero salvo, aquí y allá, contadas inteligencias nutridas con el juego de las ideas modernas, el espíritu colonial, allá en la inmensa masa social, se agita aún con poderosa fuerza, en un mundo de preocupaciones seculares, de convencionalismos torpes, de añejas supersticiones, de anticuados y estériles modos de ver y de comprender el creciente y complejo dinamismo de la vida colectiva. Hay que libertar el espíritu americano de esas trabas mentales que le impiden marchar desembarazadamente por la ancha vía de su gradual mejoramiento. Como en España, a cada paso, en boca de ilustres pensadores y de prestigiosos jefes de partido, suenan la palabra *européización*; entre nosotros, como síntesis de un ideal, vasto y luminoso, debe resonar la de *americanización* entendida en un alto sentido de vida nacional que no encierra nada de deprimente y exclusivo.

A distancia de muchos años del pensador chileno, el crítico cubano, inspirado en el mismo patriótico ideal –que debe ser el de todos los intelectuales hispanoamericanos– exulta la inaplazable necesidad de afirmar, robusteciéndolo, un sentimiento de hondo y consciente nacionalismo mediante leyes adecuadas y el desenvolvimiento de un vasto plan pedagógico que abarque todas las gradaciones necesarias para convertir en consoladora y resplandeciente verdad el nobilísimo propósito de bien común perseguido. Por el ideal de

definitiva redención económica y espiritual de la gran patria hispanoamericana que ambos ostentan, el profundo libro de Abasolo y el sustancioso folleto de Carricarte como que se completan formando con la copiosa riqueza de ideas que contienen algo parecido a un haz valiosísimo de principios de positivo y racional americanismo. El primero representa la obra de un pensador austero que se complace en la investigación, serena y honda, de palpitantes y complejos problemas sociales; y el segundo es el fruto de un observador perspicaz, de verdadera médula, que ha interrogado con noble ahínco la realidad circunstante, ensombrecida y confusa, y, sin titubeos ni reticencias cobardes, nos transmite la respuesta que nos señala el rumbo salvador en esta triste hora de dolorosas incertidumbres para el alma hispanoamericana.

LA PATRIA Y EL HÉROE

HOMENAJE DEL AYUNTAMIENTO DE LA VEGA
CON MOTIVO DE LA APOTEOSIS DE DUVERGÉ



Antonio Duvergé

Perdona ¡oh Héroe! que con mi pálida palabra turbe tu eterno reposo, allá en la brumosa isla cimeriana, donde, por sus silenciosos y melancólicos prados de asfódelos, debe vagar ahora tu sombra augusta en la noble compañía de las sombras de los paladines egregios cantados en las viejas epopeyas...

Ya sé que mi torpe pluma no merece rozar el limpio acero de tu escudo; ya sé que mi pobre frase no tiene sino una resonancia muy débil en este hervidero de intransigencias partidaristas y de bastardas ambiciones personales en que se consumen con desesperante esterilidad las más altas energías de tu pueblo; pero déjame decirte, en el día solemne de tu triunfal Apoteosis, que, en medio de este mar embravecido de personalismos aviesos, de enervantes pesimismo y de dolorosas incertidumbres, hay almas que aún sueñan, piensan y creen en la posible instauración de una República jurídica, de libertad, de orden y de justicia, tal como fue condensación serena y radiante en el espíritu inmaculado de Duarte...

¡Desde el altivo recogimiento de mi retiro laboro por ese ideal con toda la fe y todas las energías de mi alma, por más que todavía, en el horizonte ensombrecido, no despunte la silueta luminosa de una República estructurada por la libertad y para la libertad, por el derecho y para el derecho, ¡por el bien y para el bien!

I

El escritor A. Hamon considera el patriotismo como un sentimiento puramente artificial,

convencional, que descansa sobre bases más o menos efímeras y generalmente deleznable. La idea de patria carece para él de fundamento científico positivo. Ni la raza, ni el territorio, ni la unidad histórica, ni cierta innegable solidaridad espiritual, explican y justifican a su juicio el concepto de patria tal como lo entiende la inmensa mayoría. Todo eso, en sus aspectos predominantes, bien analizado, bien tamizado, resulta para Hamon concreción muy artificial y vana, de escasa coherencia científica, producto de la combinación más o menos estable de determinados factores sociales. Puro convencionalismo y nada más... Sea. Pero ni Hamon, ni Hervé ni nadie podrían negar, porque eso sería negar la luz solar, que ese convencionalismo, por su secular y hondo arraigo espiritual, ha formado, ha creado, por decirlo así, un alma, una verdadera alma nacional, estrechamente cohesionada por una historia más o menos prolongada de aspiraciones y de luchas, de triunfos y de caídas, que sintetiza y resume la existencia entera de una colectividad de mayor o menor importancia, la vida pasada y presente de una agrupación social que en su marcha evolutiva ofrece caracteres intrínsecos y extrínsecos más o menos precisos y definidos... Y ese es un hecho de irrecusable evidencia. Se puede discutir, pero no se puede negar. Entra a la vista. Salta por los ojos. Podemos hacer pasar ese hecho por la criba del análisis, más su realidad visible, palpable, tangible, se impone aun a los más intransigentes u obcecados. Así, con su habitual buen sentido, lo consideró, en el Congreso de Stuttgart, el gran socialista alemán Bebel, en su vibrante y contundente impugnación a Hervé, el *sans-patrie*, encarnizado enemigo del militarismo...

En el estado actual de la civilización, el concepto de patria vincula un hecho, un hecho de carácter positivo, sólidamente estructurado por diversos factores convergentes, por cierta unidad orgánica innegable, por matices diversos de sentimientos

bien fundidos; y por tal circunstancia resultará labor difícilísima, trabajo de siglos, destruir la idea o el sentimiento de patria para reemplazarlo con un ideal de vago y acomodaticio cosmopolitismo... En la exageración de su odio al militarismo, institución secular, obra amamantada en un tenaz tradicionalismo, Hervé y cuantos piensan como él, desearían extirparlo de raíz, suprimirlo de modo rápido y violento, incurriendo en la lamentable equivocación de no entender que una institución que tiene en su abono tanto tiempo de actuación y una historia que a veces vibra intensamente en el alma popular o nacional, no puede morir de un golpe, y que, de matarla así, violentamente, se corre el segurísimo riesgo de verla pronto resucitar, por obra de natural reacción, más fuerte y vigorosa que antes... Lo único asequible, en la hora actual, en aras de un pacifismo con que todos simpatizamos, es ir lentamente, metódicamente, procurando, en las naciones más poderosas e influyentes, reformar el criterio común por medio de una enseñanza adecuada y progresiva, a fin de que puedan cristalizar, sin violencias intempestivas, las ideas enderezadas a determinar una nueva fase del progreso mundial en que ocupe lugar preferente el ideal augusto de la fraternidad humana...

II

Frente al ilustre Núñez de Cáceres –inteligente cooperador en la obra magna de la emancipación política de las colonias españolas– quien rompe de golpe los lazos seculares que nos unen con la vieja Monarquía hispana, se irgue, en el confín occidental, amenazadora, sombría, la figura de Boyer, político hábil, audaz, solapado, astuto, presto a no desperdiciar las ocasiones, organizador entendido, que, después de realizar la unidad política de su país repartido hasta hacía poco en menudas y ridículas entidades, se mantiene, con la vista fija en las ricas comarcas orientales, en incansable acecho, obseso por la eterna aspiración de los estadistas haitianos: la indivisibilidad política de la Isla...

Núñez de Cáceres, perdida la esperanza en la indispensable ayuda de Bolívar, comprende pronto toda la dolorosa impotencia de su patriótico esfuerzo... Los escuadrones de Boyer galopan ya por las llanuras del Sur. El jefe haitiano, quitándose la máscara, avanza al frente de veinte mil soldados aguerridos... Escasez de recursos, falta de organización, y más que todo, hay que decirlo sin ambages, la felonía o la vileza de gente que en ese instante de suprema expectación oyó complacida sugerencias infames haciendo causa común con los invasores, dieron un rápido triunfo al ambicioso gobernante haitiano, quien, sin mayores obstáculos, instauró el ominoso régimen que, durante veintidós años, bregó infructuosamente por cumplir un propósito de haitianización que diera definitiva estabilidad a su dominio...

Pero no pueden despreciarse impunemente ciertos elementos que integran, de modo primordial, el concepto de patria: raza, lengua, espíritu, costumbres, historia... De ahí que nada sea más difícil o imposible que la aspiración a cohesionar sólidamente en un todo orgánico los dos pueblos que ejercen el señorío de la Isla. Justo es, y más en la hora actual de expansiva civilización, mantener con los vecinos, mientras eso sea posible sin desdoro de la dignidad nacional, vínculos de sincera y aun de íntima amistad. Claro es que un interés de altísima importancia aproxima a ambos pueblos: el interés de la conservación del respectivo territorio. La creciente y cada vez menos disfrazada expansión del imperialismo yankee nos sitúa en el caso de procurar, honrosa y satisfactoriamente, el arreglo de la cuestión fronteriza que hoy nos divide y coloca a ambas repúblicas, a cada paso, frente a frente, como dos enemigos irreconciliables, para que, merced a una paz dignificadora y estable, pugnen con vigor e inteligencia los dos pueblos por el gradual y científico desarrollo de sus ingentes elementos de riqueza de toda especie, alcanzando por esa vía un grado de envidiable prosperidad económica, y trabajando a la vez, paralelamente con ese desenvolvimiento de riqueza material, por substituir con científica y necesaria gradación el régimen personalista, de perfiles dictatoriales, que aún impera en ambos Estados, con administraciones de urdimbre civil que

dificulten o imposibiliten el entronizamiento de menguadas tiranías y determinen la aparición de un verdadero espíritu público, de un estado de opinión consciente, moldeado en un sano y libérrimo concepto de derecho y de progresiva evolución social, tal como estas cosas se entienden y practican fructuosamente en las naciones que marchan, en ascensión triunfal, a la cabeza de la civilización moderna.

Pero casi al mediar el siglo pasado, la situación política de la Isla, en lo que se refiere y atañe a relaciones y problemas de orden internacional, era completamente distinta de lo que es actualmente. Haitiano y dominicano eran como dos enemigos que, morando en un mismo hogar, se miran recelosos, hosco el semblante, impregnados de odio los ojos, sin ningún sentimiento de afinidad, con muchos de rencor y creciente desconfianza... Nada de fuera amenazaba la independencia de la Isla. Los problemas de orden internacional no la comprendían en su radio de acción. El coloso del Norte crecía lentamente, acumulando energías. Si, años más tarde, vino la triste anexión a España, no fue en realidad porque estaba envuelta en los pliegues de algún amenazante problema internacional. No fue la vieja Metrópoli la que dio el primer paso en ese sentido, sino Santana y su camarilla. Y a gobernantes nuestros cae también, en primera línea, la responsabilidad de las torpes tentativas posteriores de anexión a los Estados Unidos. Estos hechos criminales han venido siempre de arriba. El pueblo dominicano, en su inmensa mayoría, es en absoluto refractario a tales viles propósitos... El choque entre haitianos y dominicanos era inevitable. Estaba en la atmósfera cargada de rencores. Tarde o temprano tenía que producirse. Era de todo punto imposible la coexistencia, dentro del marco de una nacionalidad, de dos elementos étnicos y morales tan antitéticos. El mejor estadista del mundo hubiera fracasado en el empeño de constituir con ellos una entidad nacional homogénea y fuerte. El recuerdo macabro de las invasiones pavorosas de Toussaint y de Dessalines se alzaba en el alma de la familia dominicana como una muralla de infranqueable altura. El horizonte se veía aún como encendido por las llamas de inmensos

incendios. La ensordecedora gritería de las hordas de negros que cruzaban por nuestras ciudades y campos como plagas devastadoras, parecía aún resonar lúgubrementemente poniendo en todos los corazones estremecimientos de espanto...

Inevitable, inevitable el choque. Y como siempre, como de costumbre en tan arduos empeños, la juventud echó sobre sus hombros el magno peso de la labor separatista, consagrándole todas sus privativas energías y todos sus sinceros y ardorosos entusiasmos. En aquel instante de angustiosa excitación resonaron lúgubrementemente voces medrosas pronosticando el irremediable fracaso del ideal separatista... Eran las voces de esos hombres que, en todas latitudes, a medida que el tiempo va enfriando su sangre y desgastando su energía volitiva, vislumbran por todos lados solamente obstáculos y desastres... Pero aquellos mancebos generosos, con el alma henchida de su noble ensueño de redención y de gloria, despreciaron altivamente tales frases de desaliento. En sus pechos juveniles, el entusiasmo, como pujante ola, crecía, se agigantaba... Allá, en la lejanía, en el oscuro horizonte, se erguía, majestuosa y solemne, la montaña sagrada, a cuya cima, cubierta de nubes, había de subir para conquistar el gonfalon de la victoria. Y allá se fueron, trepando por asperezas casi inaccesibles, sufriendo penalidades sin cuento, arriesgando de continuo la vida, hasta alcanzar la cumbre iluminada y desde ella prorrumpir en un himno vibrante de libertad y de triunfo. El 27 de Febrero es la cristalización magnífica del ideal de una juventud inteligente y abnegada, que no vio o no quiso ver lo que gente sugestionada por esa virtud que se llama prudencia y que en ciertas decisivas ocasiones es pura y simplemente cobardía, consideró como formidable reducto donde iban necesariamente a estrellarse los ímpetus de aquellos jóvenes gallardos y resueltos, que solo tuvieron energías y alientos para el bien, y que, cumplida su obra, solo cosecharon, como única recompensa de sus sacrificios, los sufrimientos de las ergástulas, las indecibles angustias del exilio y la torturante corona de espinas del patíbulo.

III

¡Duvergé! ¿Dónde está el Héroe? Allí, de los primeros, en Azua, en la línea de defensa, en el débil reducto, en la tarde gloriosa del 19 de Marzo... Luce ya los galones de comandante. Duvergé contribuye a la defensa de la ciudad heroica con su destreza y con todos los arrojos de su valor sereno y resuelto. I después, en las accidentadas campañas de los años siguientes, su pericia y su arrojo dejan por todas partes rastros fulmíneos. En Cachimán, El Número, El Barro, aparece de cuerpo entero, como caudillo idóneo, verdadero hombre de guerra, práctico, tenaz, incansable, ardoroso, «sin miedo y sin tacha»... Una leyenda de lealtad y de puro patriotismo aureola su nombre de soldado esclarecido. No hizo jamás serviles genuflexiones de espíritu ante el altar de personalismos aviesos. Su culto, la única devoción acendrada de su alma fue la patria independiente, libre, sin tiranías humillantes. Las ruedas de su carro de guerra no trituraron jamás el cuerpo de las instituciones republicanas. Su gloria es verdadera gloria: pura, sin máculas, sin mezcla de bastardas e indecorosas ambiciones. Su figura egregia, hecha para el mármol o para el bronce, se destaca, erguida y eminentemente simpática, en los horizontes purpurados de nuestra trágica y resonante historia, como la de uno de esos héroes epopéyicos que en la antigüedad clásica vinculan una vida de absoluta consagración a un ideal de alto e imperecedero renombre...

¿Cómo fue tu muerte? ¿Cómo caíste para siempre? ¿Cómo terminó tu vida santificada por la abnegación y el heroísmo? ¡Qué dolor, qué gran dolor! En hora de iracundias y de intransigencias partidaristas, tus envidiosos, tus enemigos políticos clavaron tu cuerpo de Héroe en la cruz de inmerecido patíbulo... ¿Qué pasó en tu espíritu, qué pensaste, cuando, víctima de negros enconos, erguida la frente, serena la mirada, ibas camino del cadalso? Acaso en el momento supremo de desvanecerte en la muerte flotó ante tus ojos la visión de los campos ensangrentados de Cachimán y del Barro iluminados por el centelleo de tu

espada, y acaso, en aquel instante, acariciando tus oídos, creíste escuchar, como voces lejanas, los vítores de las ovaciones triunfantes que se rendían a tus hechos gloriosos... Se oprime el corazón al pensar en la trágica resonancia de tu destino... Se cuenta que allá, en el sangriento campo de Waterloo, al agonizar la tarde, rota la espada, desgarrado el uniforme, desesperado ante la inevitable derrota, rabioso, magnífico, Ney, «el bravo entre los bravos», gritaba: «¡Quisiera que todas esas balas inglesas me entrasen en el pecho!»... Años más tarde, el autor ciclópeo de *Los miserables* le agregará esta frase dolorosa: «Estabas reservado para balas francesas, infeliz!»... Así tú, Héroe excelso de nuestras campañas inmortales! No fueron balas haitianas, sino balas dominicanas, balas de tus antiguos compañeros de armas, las que pusieron fin a tu noble existencia...! ¡Qué error tan monstruoso, tan irreparable, el error de alzar patíbulos los partidos triunfantes para sus enemigos políticos!... ¡Silencio! ¡Detente, pensamiento!

Eras grande, arrollador, de impetuosa acometividad, formidable en el combate recio; después, en la paz, edificabas con tu ejemplo de ciudadano modesto, laborioso, obrero del bien. Pensando en tus hechos, acuden a mi memoria los encendidos versos de Osián al héroe Morar:

... En la lid tu espada
relámpago funesto parecía.
A muchos derribó tu fuerte brazo;
los consumió la llama de tu ira.
Pero al volver de la feroz batalla,
¡qué apacible y serena vi tu frente!

Por plausible y oportunísima iniciativa de un diario que con ello ha añadido una nueva y hermosa ejecutoria a las muchas ya conquistadas en su laboriosa existencia, las cenizas del Héroe, en solemne procesión patriótica, irán a buscar descanso definitivo, en la histórica Catedral, en la capilla de los Próceres, al lado de los abnegados caudillos de la independencia nacional.

¡El 27 de Febrero se efectuará la imponente ceremonia! ¡Qué hermoso espectáculo! Desde aquí me parece seguirlo con los ojos de mi espíritu. Por todas partes lucen los vivos colores del pabellón cruzado... El himno nacional desgrana sus notas vibrantes... Tañen las campanas... Por las calles, repletas de gente, alfombradas de flores, va la urna que contiene los restos del Héroe, camino de la vieja basílica... Se oyen discursos elocuentes. A cortos intervalos, truena el cañón. Todas las cabezas se descubren, todas las frentes se inclinan en gesto de religioso recogimiento... Paso, paso al Héroe... Bien, bien merecía este supremo homenaje... Este acto significa una lección de sereno y puro patriotismo, sin residuos de mezquindades partidaristas ni de personalismos aviesos. Es la Patria que se inclina sollozante, matrona desolada, ante el sepulcro del hijo glorioso. Esa urna es como un luminar de perpetuos resplandores. Esa vida de abnegación y de civismo encierra un ejemplo de viril grandeza republicana. Ese es el ejemplo que debemos seguir si, debido al yankee o debido al haitiano, corriese peligro la nacionalidad dominicana: esa vida señala a cada uno de nosotros la línea del deber austero e inflexible con mayor elocuencia que aquellas sublimes palabras de Nelson a sus marinos en el día trágico de Trafalgar: *England expects that every man will do his duty*. Inglaterra espera que cada uno cumplirá su deber.



PÁGINAS EFÍMERAS: MOVIMIENTO
INTELLECTUAL HISPANOAMERICANO¹

1 Santo Domingo, Imprenta La Cuna de América, 1912. Reimpreso en Madrid, Editorial América, Biblioteca Andrés Bello, 1915, con el título de *La literatura americana de nuestros días*. (Nota del editor).



Ante el ara

I

*E*n cada hombre, estudiado atentamente, observado en todos sus actos intelectuales y afectivos, en sus ideas y voliciones, existe más o menos rudimentaria, más o menos bien definida y precisa, una especie de metafísica a que procura en todas ocasiones ajustar el ritmo permanente de su vida.

Fuerzas que arrancan de pavorosas lejanías, de profundidades de un pasado remotísimo, contribuyen quizás grandemente a la realización de actos individuales de cierta repercusión social que, aparentemente, son repetición *idéntica* de manifestaciones de vidas anteriores. Esa identidad que suponemos en ciertas cosas no es ni puede ser nunca absoluta. Es indudable que, en todo tiempo y circunstancias, sufrimos la acción más o menos coherente y compleja de cierto determinismo que, a su vez, en muchos casos nos convierte en causa determinante.

Recibimos y devolvemos. Y al devolver lo que, procedente de lejanías ancestrales o sugerido por la realidad exterior, nos impresiona con cierto vigor, lo hacemos siempre o casi siempre muy modificado por las peculiaridades de nuestros temperamentos, de nuestros privativos medios de ver y comprender la vida, ya que en esta no hay ni puede haber dos cosas *exactamente* iguales. Sobre un fondo de más o menos discutible unidad, lo

vario, lo diverso, traza las líneas a veces incoherentes de sus representaciones multiformes.

En ese sentido, todo hombre, aun el más basto, posee una filosofía o cosa parecida mediante la cual procura, hasta cierto punto, explicarse la vida a su manera y extraer de esa concepción, por lo general rudimentaria, una norma de conducta en que entran en diversas proporciones necesarios motivos fisiológicos y anímicos. Por tales circunstancias, juzgo torpe y vano empeño condenar inflexiblemente formas pronunciadas del desenvolvimiento individual y colectivo en nombre de ciertos principios impropriamente calificados de *eternos*.

En un sentido radicalmente humano la palabra eternidad carece de verdadera significación, de contenido pragmático. En toda bien equilibrada actividad mental, nuestra visión de la realidad interna y externa solo puede asir lo más saliente y visible de las cosas.

Todo lo demás se esconde, se esconderá quizás eternamente en oscuridades abismales a que no pueden descender, buzos audaces de la vida, nuestras facultades de percepción y de conocimiento de suyo limitadas y contingentes. La ciencia, producto humano, está forzosamente condicionada por las leyes que determinan en el hombre la necesaria relatividad de todo conocimiento. «El hombre es la medida de todas las cosas» ha afirmado Protágoras.

Pero dentro de esa misma relatividad existen espacios vastísimos, de dilatados horizontes, en que tienen legítima y sólida consistencia todas las formas más o menos durables que, en el correr de los siglos, demuestran con deslumbrante claridad la marcha ascendente del ser humano, su cada vez más patente inclinación a realizar en un proceso de sucesivas adaptaciones a la realidad circunstante las reformas y avances que sin modificar quizás lo esencial de las cosas imprimen aspectos de *auténtica novedad*, como lo sostiene el insigne Bergson, a muchas formas y maneras del perenne dinamismo que es condición característica de la vida en todas sus variadas manifestaciones...

Si por su complejidad muchas veces enmarañada y oscura se nos escapa el verdadero conocimiento de la causa que se considera como generatriz de determinado fenómeno, se puede y se debe, a la manera pragmática, sin preocuparnos ni poco ni mucho de lo que realmente determinó el efecto en cuestión, el hecho constatado, estudiar con la necesaria atención sus resultados prácticos para deducir de ellos lo que reviste de positivo valor ese hecho, lo que en un alto sentido humano constituye su *verdad*.

En esa serie de comprobaciones y verificaciones conscientes puede condensarse la norma filosófica, el método quizá más apropiado y fecundo para la validación de las ideas que surgen continuamente de la inteligencia humana aguijoneada siempre por el anhelo de buscar el origen y la finalidad de las cosas, por más que toda investigación teleológica no sea en el fondo sino algo de íntima urdimbre mental, especie de formalismo intelectual de persistente vitalidad, que quizás no se desprenderá nunca de ciertas oscuras regiones de nuestro cerebro.

De las alturas de lo que la lógica especial considera como la *verdad* míranse a veces las cosas como presentando un solo aspecto, como si necesariamente estuviesen obligadas a permanecer en un cuadro de rigurosa unidad estática.

Otro debe de ser nuestro procedimiento. La vida, tal como la sentimos, es varia, contingente, multiforme.

Y cada hombre la contempla a su manera, lo que nos impone cierta fuerte dosis de tolerancia al juzgar las opiniones ajenas. La ciencia misma se desenvuelve en un proceso constante de modificaciones y rectificaciones. Sería absurdo creer que la verdad definitiva es privilegio exclusivo de tal doctrina o de tal sectarismo.

La tolerancia, por eso, debe constituir lo más saliente de la mentalidad contemporánea en la obra de juzgar formas de vida social más o menos transitorias. Si son sinceras, deben ser siempre acreedoras a nuestro respeto todas las ideas, todas las creencias, todas las convicciones por más erróneas que nos parezcan.

Sin ese hábito de tolerancia, sin cierta ecuanimidad de criterio para la apreciación serena de las cosas, todo juicio, fuere de quien fuere, carecerá de eficacia, será, cuando más, expresión momentánea de turbios apasionamientos o de nocivos sectarismos. En ningún caso se justifica el propósito de imponer nuestras ideas por más verdaderas que las creamos.

Abramos el surco y arrojemos en él la simiente; esparzamos a todos los vientos del espíritu el polen de las ideas que estimamos como provechosas; y si nuestro trabajo es obra de sinceridad, de bien y de amor, seguramente despuntará para él, como para toda actuación tenaz y bien intencionada, la hora radiante de dar de sí frutos sanos y jugosos.

La intelectualidad contemporánea, en sus más salientes representaciones, rechaza abiertamente cuantas formas de imposición dogmática tiendan a vaciar el pensamiento en un determinado molde de actividad intelectual, por más que aparezcan esas formas bautizadas con el nombre de *verdades* filosóficas, científicas, religiosas...

Muchos son los aspectos de lo que llamamos verdad para pensar ni por un instante que está en nuestra mano encerrarlos en el espacio más o menos amplio de una concreción definitiva...

Nuestro yo actúa de continuo en la sucesión interminable de los hechos influido por ellos y a su vez influyendo, lo que origina una serie de acciones y reacciones que aportan modificaciones a veces muy radicales en nuestros modos y maneras de ver y apreciar la realidad introspectiva u objetiva.

Actores de una hora, nos falta siempre tiempo, en la cambiante escena de la vida, para revestir nuestra visión de las cosas de un carácter aproximadamente completo. Parcial, fragmentaria, de aspectos más o menos pronunciados, tiene siempre que ser nuestra interpretación de lo que pasa dentro de nosotros y de lo que de fuera nos impresiona particularizándose en sensaciones más o menos acentuadas.

Con frecuencia el hilo de la verdad se rompe en nuestras manos cuando creemos tenerlo más fuertemente asido, de modo que durante algún tiempo aparecemos como extraviados,

buscando en vano la salida del laberinto de dudas en que vagamos atenaceados por recónditas angustias. Quizás todo el proceso de investigación del pensamiento filosófico durante cuarenta siglos haya tenido por único resultado el cambio paulatino de posiciones, el dar nuevas orientaciones a los términos del tremendo problema de una concepción satisfactoria de la vida universal.

En lo externo, en lo puramente formal, en los procedimientos del proceso filosófico, ha habido naturalmente variaciones de cierta importancia; pero bajo la corteza de las infructuosas tentativas de explicar el misterio en medio del cual nos agitamos, subsiste y subsistirá el mismo magno problema, la misma fundamental aspiración de *conocer* lo que envuelto en nebruras insondables aparece bajo los nombres, quizás antagónicos en apariencia, de materialismo y espiritualismo.

Pero la vida sigue su curso majestuoso sin dársele un ardite de tales abstracciones. La verdad, *nuestra* verdad, tiene que ser precisamente relativa como nuestra ciencia. Y así y todo, subordinada necesariamente a esas condiciones de relatividad, basta y sobra esa ciencia, basta y sobra esa verdad, para mediante una acción constante dar sólidos cimientos a finalidades progresivas de bien y de belleza...

Lo que sí resulta a la postre nocivo es el quietismo enervante, el estacionamiento vegetativo en que yacen algunos de estos pueblos hispanoamericanos. Parece a primera vista que una especie de abulia les impide demostrar en el campo de la acción fecundas iniciativas. Hay que formar en ellos la cultura espiritual que se requiere para ir metódicamente, por sucesivas y bien graduadas etapas, convirtiendo en hechos de positiva consistencia muchas nobles aspiraciones de mejoramiento que en la hora actual consideramos inasequibles o poco menos.

Frente al estacionamiento, a la quietud monástica, a la rutina, a ciertas supervivencias del pasado que aún tienen demasiado imperio en nuestra vida social, enastemos muy alto, como símbolo de esos propósitos redentores, un ideal de luz, de amor y de paz vivificado de continuo en un proceso de acción progresiva

y fecunda; ideal que ha de servirnos para realizar en la medida que las circunstancias lo hagan posible la magna aspiración de una confraternidad cada vez más estrecha entre estas naciones de origen ibérico moldeadas por muy salientes aspectos de la gran civilización latina.

Esos ideales requieren una acción vigorosa e ininterrumpida para cristalizarse en hechos de positiva importancia. Exultemos, pues, con toda nuestra alma esos magníficos propósitos; presentémoslos por todas partes como un albo penacho de redención y de gloria. Una propaganda de ese género excluye naturalmente toda idea de violencia fiando solo su triunfo a la actividad metódica y tenaz de bien concertadas iniciativas individuales y colectivas.

No es necesario romper lanzas ruidosamente con ciertas formas del pasado que aún tienen en la psicología de muchos de estos pueblos hondo arraigo. Por medios coercitivos no se extirpan ni deben extirparse preocupaciones y convencionalismos caros a la imaginación popular que cuentan una existencia de siglos.

Se impone la evolución lenta o rápida según las peculiaridades del medio en que se actúa.

El pasado, en cierto aspecto, puede subsistir; pero es a condición de modificarse paulatinamente, en un orden científico, para que puedan florecer con lozanía formas nuevas y necesarias de existencia social. El cambio es condición esencial de toda positiva actuación biológica.

La unidad estática, conceptual, que una gran parte del intelectualismo preconiza como expresión definitiva de la verdad suprema, no resulta, examinada en sus fundamentos lógicos, sino como una representación más o menos bien remozada de viejos estados mentales determinados por una artificial coherencia dialéctica. La vida se caracteriza por el movimiento. Vive con vida fecunda lo que bulle, lo que se agita, lo que lucha incesantemente.

El quietismo, la monotonía, la pereza mental, son a veces en lo que toca a la economía social, manifestaciones sintomáticas de

gérmenes morbosos desarrollándose en organismos debilitados por centurias de fanatismos y de ignorancias. Demos resueltamente la espalda, sin titubeos, a formas envejecidas de la vida colectiva que ya han hecho su camino, que ya han dado toda la savia que podía esperarse de ellas.

Miremos hacia adelante sin temores ni preocupaciones. «Para las razas futuras –dice Hipólito Parigot en su bello libro sobre Renán– constituirán acaso una sorpresa los numerosos esfuerzos empleados en sondear el abismo de lo que fue, cuando lo que existe y lo que quiere ser solicitan cada día con mayor fuerza la energía de los hombres».

II

El movimiento de las ideas, de ideas de renovación tales como lo exige el dinamismo social, ha sido en Hispanoamérica de una lentitud desesperante, ha carecido casi siempre de verdadera potencia evolutiva, salvo, durante estos últimos treinta años en repúblicas como la Argentina y Chile, principalmente, donde la civilización moderna con todas sus formas y manifestaciones de adelanto cultural parece haber sentado definitivamente sus reales.

No es posible negar que muchas de estas jóvenes naciones vegetan todavía bajo la sombra letal de tradicionalismos y convencionalismos seculares, que tienen el triste privilegio de cortar el vuelo a cuanto se endereza resueltamente a operar una satisfactoria transformación en muchas manifestaciones de su vida colectiva.

Tres siglos largos de existencia colonial, vegetativa y nirvánica, han hecho que prospere en la psicología de estos pueblos una concepción deficientísima de vida social que los hace como incapaces de propender resueltamente a la asimilación de muy pronunciadas modalidades de la mentalidad contemporánea.

Con todo eso, lentamente, van ya vislumbrándose señales más o menos acentuadas de un cambio que, aunque no en el

sentido radical que fuera necesario, demuestran inequívocamente que en varios de estos como atrofiados organismos nacionales se comienza a discernir con verdadero acierto cuáles son los agentes terapéuticos capaces de producir un estado de organización social que responda de manera satisfactoria a exigencias de adelanto muy características de la vida de actualidad.

Aunque fragmentado en veinte repúblicas, salta a la vista que no obstante tal desmigajamiento, explicado por la inmensa extensión del territorio y por otras circunstancias, constituímos desde México hasta la extremidad patagónica un gran *todo* sólidamente conexionado por indestructibles afinidades étnicas, históricas y sociales. Formamos un vasto organismo, cuyas partes, salvo muy accidentales diferencias, aparecen como estrechamente vinculadas por factores físicos y espirituales de idéntica procedencia.

Esa hermosa y salvadora concepción hispanoamericanista palpita a cada paso en las producciones de los más notables escritores de este continente, en José Enrique Rodó, en Manuel Ugarte, en Rufino Blanco Fombona, en Francisco García Calderón, en Pedro César Dominici, en Federico Henríquez y Carvajal y en varios otros que sostienen tesonera y conscientemente el mismo magnífico propósito.

En el terreno de las ideas, que es en el que precisamente germinan las grandes concepciones de regeneración y adelanto, todos los hispanoamericanos que tenemos en la mano una pluma nos consideramos como ciudadanos de una gran Nación, poderosa, inmensa, tal quizás como el avance de la cultura mundial y una serie convergente de esfuerzos bien encaminados la hagan posible en un porvenir no muy remoto...

Será quizás un sueño ese deslumbrante ideal, quizás, como al Segismundo de Calderón, la realidad aterradora despierte de improviso a algunos de estos pueblos –los situados en la zona de influencia directa del imperialismo yanqui– para revelarles la tremenda verdad de su extinción como personalidad nacional; pero mil veces peor que eso sería rendirnos desde ahora a un negro pesimismo, a una resignación anticipada y cóbarde,

cuando lo que se impone es la lucha tesonera, la brega porfiada para impedirlo por todos los medios humanamente posibles, poniendo en esa pugna constante todos nuestros bríos, todas nuestras energías, todas las actividades que han sido siempre las que han conducido al hombre a enseñorearse de la cima en que fulgura intensamente la victoria.

En el curso de una centuria, factores transitorios de más o menos fuerza han ido amoldando la rudimentaria mentalidad de la América colonial a formas pasajeras del desenvolvimiento intelectual de otros países, sin que esa especie de evolución hasta la hora actual escasamente congruente haya podido asumir caracteres de algo de relativa duración y de prolífica trascendencia.

Hemos aceptado, sin discutir las naturalmente, solo por plegarnos a las exigencias de modas efímeras importadas de la vieja Lutecia, formas de actividad intelectual solo comprendidas, y eso quizás deficientemente, por minorías de cierta cultura que forman notable contraste con la crasa ignorancia de la inmensa mayoría de los componentes sociales. Y eso se explica fácilmente tratándose de sociedades en formación puede decirse.

Siendo la herencia intelectual que recibimos de España insuficiente de todo punto para interpretar fructuosamente cuanto integra el alma moderna en sus más caracterizados aspectos de adelanto humano, y no teniendo ni pudiendo tener aún un arte propio, fuerza ha sido buscar en otra parte lo que nos faltaba, y por esa circunstancia el proceso intelectual de la América latina, en sus líneas generales, se caracteriza por un espíritu de imitación en cierta parte nocivo, pero eminentemente benéfico por haber servido, por servir para la asimilación más o menos consciente de ciertas modalidades de nuestro tiempo de efectiva trascendencia colectiva y para ir paulatinamente adquiriendo el dominio de una técnica de todo punto indispensable para llevar a cabo verdaderas creaciones artísticas.

De esa manera, desarrollándose en ese obligado marco de imitación, ha podido la actividad mental de estos países desembarazarse de ciertas trabas de un retoricismo superficial y huero, y, respetando peculiaridades de estructura gramatical

y aumentando considerablemente el léxico, dar a la hermosa lengua castellana cierta flexibilidad, cierto movimiento, ciertos modos de expresión, cosas que no son obras del capricho como cierta crítica superficial supone, sino de la necesidad, de imposiciones de la hora presente; ya que no es posible, con formas anticuadas o poco menos de lenguaje, interpretar complejidades de la vida contemporánea y reflejar con la posible exactitud matices y refinamientos característicos de nuestro tiempo y las más de las veces de muy acentuada e íntima urdimbre psíquica.

El arte expresa intensa y bellamente lo que impresiona nuestra sensibilidad frente a la vida en todos sus múltiples y cambiantes aspectos. Estriba siempre en aprisionar la realidad, caprichosa y fugitiva, en peculiares formas de expresión que impregnamos de efluvios más o menos intensos de nuestro mundo espiritual. El arte tiene la propiedad insustituible de hacer nuestra vida más noble y más fecunda.

Por su medio damos valor relativamente perdurable al mundo visible, y, en determinados casos, sugerimos ideas que a veces resultan como adivinaciones, respecto de cosas que están fuera del dominio de nuestras facultades visivas y auditivas.

Ya sé que, dada la estructura limitada de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, solo nos afectan las formas más pronunciadas de las cosas, sin que podamos, por la deficiencia de esos medios de conocimiento y de expresión, sorprender para encerrar en el marco de la realidad artística algo que está muy cerca de nosotros, que no podemos ver, que no podemos oír, pero que sabemos, porque lo *sentimos*, que vibra a nuestro alrededor como un vago y tenue batir de alas, como una onda musical que acaricia suavemente nuestro espíritu.

En su sentido más puro y elevado, el arte únicamente puede darnos la vaga sensación de lo que se oculta detrás de las apariencias materiales de las cosas. Individual por esencia, resulta universal por sus medios de exteriorización y por su efectiva finalidad estética.

Hasta cierto punto y hasta cierto tiempo, en Hispanoamérica se ha hecho preferente uso de la discutida forma del «arte por

el arte», lo que ha ocasionado un cúmulo de creaciones insustanciales, efímeras, sin enjundia ideológica, sin originalidad, sin verdadero sentido de las realidades del momento. En su principal aspecto la literatura de Hispanoamérica ha sido expresión de suntuosidades verbales, de artificiales emotividades, de juegos malabares de ideas postizas, sin aparecer casi nunca afectada por la repercusión de los graves problemas sociales que en tan alto grado preocupan el pensamiento moderno. Hemos considerado la literatura como mera exteriorización de lirismos y de filigranas de estilo, sin considerarla en el sentido alto e íntimo que vincula, esto es, algo así como instrumento social que, sin desprenderse de su objetividad estética, posee verdadera eficacia, atesora positivo valor pragmático. El arte, en la hora presente, debe ser *social*, llevar en sí ciertas nobles y fecundas finalidades prácticas.

Independizándose lentamente de ese principio de convencional imitación que pareció ser su nota más distintiva durante cierto lapso, la producción literaria hispanoamericana desencoige sus miembros, arroja sus muletas y echa a andar libremente sin miedo de tropiezos ni caídas.

La necesidad de producir, de realizar obras que demuestren serenamente las orientaciones de su pensamiento frente a las graves cuestiones de todo género suscitadas por el dinamismo de la hora actual, forma ahora la más visible preocupación de los más conspicuos escritores de nuestra América. Considerada en su conjunto, obsérvanse en esa producción tendencias diversas, direcciones varias en que se vislumbra con frecuencia la acertada penetración de muy modernas ideas filosóficas, científicas y artísticas.

De todas esas tendencias, la más plausible, la más beneficiosa a mi ver, es la que se encamina a realizar un ideal de nacionalismo vivificado en el anhelo de vigorizar el sentimiento de vida independiente en estos pueblos mediante el cultivo sereno e intenso de cuanto constituye su urdimbre psicológica, sus costumbres típicas y sobre todo su vida histórica, no por corta menos interesante y gloriosa.

Dentro de ese nacionalismo literario caben sin molestarse muchas ideas aparentemente discrepantes. Para mí el nacionalismo no solo comprende cuanto atañe a nuestros orígenes históricos, a nuestra existencia colonial, a nuestra vida independiente, a cuanto por este o aquel concepto tiene su raíz en el terruño, sino que encierra también la aspiración de identificarnos con la civilización moderna, de asimilarnos provechosamente cuanto ella tiene de prolífico, sin perder ni un ápice de lo que nos da fisonomía propia en el concierto internacional.

El arte, en sí, no es nacionalista; sus condiciones de universalidad lo ponen por encima de muchas formas convencionales de la vida social; pero sin localismos mezquinos que le darían una visión muy estrecha de las cosas, puede y debe, sin desnaturalizar sus fines estéticos, apacentar su actividad en asuntos nacionales propios para dar consistencia a sentimientos que en todas partes tienen idéntica o parecida significación.

En las peculiaridades de su naturaleza imponente y majestuosa, en lo típico de algunas de sus costumbres y en los heroísmos y vicisitudes dramáticas de su historia, ofrece Hispanoamérica un mundo inmenso todavía inexplorado, muchos filones de producción literaria que pueden dar de sí una verdadera riqueza artística.

Esa orientación nacionalista es de suma necesidad para dar cabal idea de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que podemos ser... Los estudios históricos son los que deben atraer con preferencia nuestra atención, pues tienen el privilegio de comunicar al espíritu los estremecimientos de una emoción patriótica intensa y avasalladora que repercute sana y fructuosamente en el alma colectiva.

El patriotismo, en su fondo, no es ni puede ser una abstracción, un concepto puro, sino un sentimiento de verdadera fuerza social que pide a cada instante hechos que le impriman cierta virtualidad y cierto colorido plástico propio para hacerlo accesible a todos, y para que, en cierto instante, dé la medida de la irreductible disposición de un pueblo a sepultarse entre escombros antes que ser fácil presa de ignominiosa dominación extranjera...

Esa dirección nacionalista va acentuándose, tomando cuerpo en la producción literaria de varios de estos pueblos, y no es difícil augurar que, en breve, a medida que se tenga noción consciente de lo que ella significa, tendrá mayor número de cultivadores conspicuos.

En Venezuela ha florecido hermosamente el *criollismo* de Urbaneja-Achelpohl, y en la Argentina dos escritores notables, Roberto J. Payró y Martiniano Leguizamon, cultivan un nacionalismo muy vigoroso e interesante. Y en el Uruguay, mi ilustre amigo José Enrique Rodó, influido por el estudio del teatro español del siglo XVII —conforme ha declarado en un diario montevideano— propónese estudiar la conquista y colonización de América en sus figuras más representativas, sintiéndose principalmente atraído por una de ellas: Hernando Arias de Saavedra. Aquí, en Santo Domingo, se han hecho también ensayos más o menos felices de ese género.

Todo ese movimiento nacionalista, aparte de su objetivo de robustecimiento de la personalidad autonómica de cada uno de estos pueblos, contribuirá grandemente, yo así lo espero, a un fructuoso acercamiento de ellos, aproximación necesaria para llegar a ese ideal de vigorosa y perdurable solidaridad hispanoamericana que fulge como la más hermosa visión del porvenir de las repúblicas de América en que se habla la lengua castellana...

En este deficiente libro, consagrado exclusivamente a una parte de la producción intelectual de esas repúblicas, palpita a cada instante un ideal de confraternidad hispanoamericana cimentada en una efectiva unidad de ideas, de aspiraciones y de leyes, tal como fue, hace noventa años, el sueño glorioso, el magnífico anhelo de aquel taumaturgo de la victoria, de aquel titán creador de naciones que se llamó Bolívar, quien, por encima de las preocupaciones e ignorancias de su época, vislumbró con la profética intuición de su gigante espíritu, que solo por medio de una unión cada vez más íntima podrían las flamantes repúblicas hispanoamericanas asentar sobre bases sólidas su precaria independencia y practicar fructuosa y conscientemente las instituciones de la democracia moderna.



Letras

POR RUBÉN DARÍO

*H*e recorrido con viva delectación este libro interesante, de fácil y amena lectura, muy valioso y apreciado obsequio del gran poeta y escritor que tan hondamente ha marcado su huella luminosa en el moderno florecimiento de las letras hispanoamericanas.

Sean cuales fueren los yerros más o menos resaltantes que un sereno espíritu crítico desprendido de prejuicios de escuelas o de cenáculos podría señalar en uno que otro aspecto de su obra literaria ya felizmente poco discutida, no es posible para ningún sincero y consciente observador de toda su fecunda actuación intelectual poner en tela de duda que Rubén Darío ocupa mercedamente, ganado en buena lid, el puesto quizás de más alta resonancia en el curioso, vario y aún poco conocido movimiento de renovación de la anémica vida literaria hispanoamericana.

Nadie desconoce su obra de innovación o remozamiento de formar métricas de acentuado prestigio secular en el fecundo sentido de capacitarlas cumplidamente para la expresión, serena y exquisitamente artística, de diversas y flamantes ideas de expansión estética.

Había forzosamente que modificar o transformar esa literatura enteca, empantanada en un falso e incongruente clasicismo

y en exageraciones y extravagancias de sabor pronunciadamente romántico, curándola más o menos radicalmente de la anquilosis tradicional y en cierto punto académico que la condenaba a permanente monotonía, esterilizando todos los esfuerzos, aun los más resonantes, de inteligencias privilegiadas e impidiendo que llegase hasta ella el aire vivificante de la vida contemporánea en sus más salientes y prolíficos aspectos.

Se imponía de todo punto la necesidad apremiante de iniciar vigorosamente un proceso de renovación amplio y comprensivo, en sentido principalmente artístico, de arte libre, de arte humano, libertado casi enteramente de cierto retoricismo convencional, vacuo e incoloro.

De urgencia era ya un modo o modos de expresión artística capaces de traducir con potente fuerza personal acentuadas modalidades de nuestro tiempo, estremecimientos y orientaciones de la mentalidad contemporánea, ideales en continuo propósito de adopción que marcan curiosos rumbos siguiendo el movimiento social, y cosas que en cierto sentido transcendente caracterizan, precisan e intensifican algo de actualidad, no de mera *literatura*, sino de verdadero valor humano privativo de la vida que en nosotros y en torno nuestro se desenvuelve conforme al ritmo de un oscuro y misterioso dinamismo.

En ese empeño de imprescindible renovación de una literatura enmohecida y cada día más menesterosa de vivificante savia, empeño plausible desde cualquier punto de vista que se le mire, ha sido Rubén Darío el genuino y más caracterizado paladín, y ello sin darse en ningún momento tonos de maestro indiscutible, dogmático, lo que sin duda le hubiera disminuido gran parte del mérito leal y tesoneramente granjeado.

Esas novísimas orientaciones ya no solo en la América de origen hispano, sino en la misma España, siempre impregnada de cierto espíritu muy visible de tradicionalismo, han determinado, en la juventud principalmente propensa de continuo a todo linaje de arrestos, más o menos potentes corrientes de ideas encaminadas a remover en forma apropiada modos de sentimiento y de expresión en vías de fosilizarse y a dar mayor

amplitud, flexibilidad y matices al idioma estancado en un concepto estérilmente restrictivo.

En ese movimiento adviértense verdaderos propósitos de sinceridad, deseos de alcanzar y aprisionar en las áureas mallas del ritmo y en una prosa pictural y sugerente exquisitas visiones de belleza, y todo eso, en la mayoría de los consagrados a tal labor, culminando en un casi completo desligamiento de toda proyección espiritual bastarda, de todo lucro mezquino, puesta sola la mirada en un ideal soberano y excelso de arte bello, de casi exclusiva finalidad estética

Para el genial autor de *Cantos de vida y esperanza*, ese ideal constituye el supremo goce y su verdadero desiderátum como artista únicamente consagrado al culto de lo bello, de la eterna belleza, esparcida con profusión en la realidad que nos envuelve y penetra, pero solo bien observada, bien aprendida, bien sentida por muy contados espíritus de selección.

Quizás en estos últimos tiempos el encrespado oleaje de resaltantes realidades mundiales tocando con alguna fuerza en su espíritu lo ha desviado en algo, en contadas ocasiones, de la apacible y radiante senda primitiva, de su arraigada creencia de arte exclusivo, desinteresado en el más noble sentido del vocablo, insinuándole que el poeta, el escritor, son y deben ser de su tiempo, que quien por gracia de lo alto posee una lira o maneja una pluma no puede ni debe permanecer aislado, sibarita solitario, en la olímpica torre marfileña de un radical subjetivismo, comprendiendo la vida como condensación unilateral que se compendia y resume en la visión artística, que se concreta al disfrute constante y exclusivo de lo bello, sino como lo que es la vida íntegramente, como debe verse y sentirse, en toda su vasta urdimbre, proteiforme, sin linderos que la circunscriban, desenvolviéndose en perspectivas infinitas...

Así comprendida, el poeta, el genuino poeta como él, el escritor de ideas y no de gárrula palabrería, no deben permanecer aislados de la realidad hirviente y tumultuosa, a modo de sacerdotes apolíneos encerrados en marmóreo templo, sino bajar de continuo a la candente arena en que chocan estrepitosamente

los arduos problemas que tan hondamente preocupan la mentalidad contemporánea, embrazar el fuerte escudo y lidiar con firme decisión por el triunfo de las cosas que entrañan objetivos ingentes y salvadores, poner todas sus energías espirituales en el magnífico empeño de cristalizar ideales que se encaminen resueltamente a operar graduales y necesarias transformaciones en la vida colectiva cada vez más orientada en un sentido de amplios y efectivos adelantos culturales...

Cerca de treinta años, como quien nada dice, han pasado desde que leí unos versos de Rubén Darío, de los primeros partos de su numen, sin duda, unas preciosas redondillas al Arte publicadas en la *Revista Científica* de Santo Domingo, y las cuales, ni por su fondo y sus peculiaridades de forma permitían vislumbrar al audaz innovador, al remozador de viejos moldes rítmicos, que tiempo después iba a revolucionar la métrica castellana con el empleo de formas desconocidas o poco menos, plenas de extrañas cadencias y sonoridades.

Después de eso he seguido con creciente interés, con no cansada atención, toda su vasta y rica labor –no toda de oro puro naturalmente– pero que en su porción más numerosa, en su parte netamente artística, vincula relevantes cualidades de brillantez y de relativa perdurabilidad como poquísimas producciones de estas últimas décadas. Desde *Azul*, el primoroso librito que mereció un juicio muy notable del autor insigne de *Pepita Jiménez*, me es familiar cuanto ha producido este maravilloso artista de la frase, este mago de la rima, sin que en ningún momento hayan menoscabado sus altos quilates intelectuales ciertos rumbos falsos, ciertos extravíos de imaginación, ciertas artificiosidades que, aquí y allá, en medio de incontables bellezas de pensamiento y de expresión pueden advertirse en algunas partes, las menos salientes y celebradas, de su riquísimo acervo poético. Todo innovador, queriéndolo o no, incurre, por regla casi general, en tales pasajeros y poco importantes deslices.

Aun poseyendo, en alto grado, como acaece a muchos, el verdadero sentido de la medida, de las proporciones, de la trabazón armoniosa de las partes, de la visión sin deformidades de

las cosas, cualidades peculiares de todo genuino artista, son rarísimos, como diamantes de a libra, los que en su trayectoria de innovadores, de reformadores, en cualquier aspecto de la vida, saben abstenerse prudentemente de traspasar ciertas fronteras detrás de las cuales solo impera con absoluto dominio, lo exageradamente hiperbólico, lo extravagante, los alucinamientos imaginativos, lo que en cualquier forma rompe la línea serena y bien precisada de las cosas, lo que siempre suena a hueco por más que aparezca revestido de exterioridades deslumbrantes, de apariencias miríficas y exquisitas.

En determinados casos –Rubén Darío no se encuentra comprendido en ellos– la evidente carencia de un bien equilibrado y depurado criterio estético hace fracasar irremisiblemente, no obstante cualquier resonante éxito momentáneo, el propósito innovador que no tenga firme asidero en modos o aspectos de la realidad íntima u objetiva forzosamente circunscrita a demarcaciones más o menos precisas determinadas por nuestro organismo sensorial al aprehender la faz positiva del mundo fenoménico con que vivimos estrechamente compenetrados...

En Rubén Darío he admirado siempre el dominio de cierta técnica peculiarísima, su originalidad en continua tendencia de evolución, su potencia imaginativa, su riqueza verbal, su sentido exquisito de los matices, su permanente inclinación a ciertos refinamientos de expresión en su mayor parte adecuados y felices, y cierto simbolismo, raras veces oscuro e incongruente, de contornos de vaga y sugestiva imprecisión en que tiende a encerrar aspectos efímeros de la vida que en ciertos momentos de inspiración (de *inspiración*, aunque esta palabra carezca ya de positivo sentido para algunos escritores superficiales) tienen para él como valor sustantivo, por más que los vea por lo general casi inmediatamente esfumarse en un nuevo aspecto de esas mismas cosas siempre en proceso de constante renovación.

No es posible analizar en los estrechos límites de estas líneas cuanto integra la compleja psicología del eximio autor de *Prosas profanas*, cosa que juzgo indispensable para ahondar en los más curiosos y relevantes aspectos de su obra literaria, la más

curiosa e interesante quizás del movimiento intelectual de estas repúblicas.

La personalidad del ilustre poeta nicaragüense o argentino (se dijo que últimamente se había hecho argentino, aunque no lo sé a ciencia cierta) ha sido ya bien estudiada por la crítica seria y circunspecta (conozco excelentes estudios de José Enrique Rodó, Andrés González Blanco, Pedro Henríquez Ureña, etc.) que ha sabido poner de relieve todas las peculiaridades de su fecunda actividad mental que forman el conjunto de su individualidad poderosa, típica, la más representativa del más fecundo movimiento de renovación que puede señalarse en el florecimiento de las letras en Hispanoamérica.

La última obra de Rubén Darío, motivo de este somero estudio, intitulada *Letras*, se compone de fáciles y agradables artículos de crítica espontánea, *vivida*, sincera, de escasa profundidad, plena de *nuances*, suave y luminoso rozamiento de un alma de selección con otras almas escogidas en que se sienten las palpitaciones de un espíritu exquisitamente artístico, noble y amplio, exento casi siempre de prejuicios y de convencionalismos ofuscadores.

En prosa grácil, alada, luminosa, refleja su pensamiento o su emoción, atento sobre todo a aprisionar en ella sugestivas visiones de las cosas bellas esparcidas con profusión en las creaciones de los ingenios que han motivado sus rápidos y serenos juicios. De estos estudios de escasa cohesión, de cierto impresionismo casi enteramente superficial, se desprende a cada paso un fulgor de arte puro, personal, libérrimo, y un perfume de serena y radiante belleza no enturbiada por el hálito de utilitarismos mezquinos, de escepticismos disolventes, de perturbadores y negros pesimismo...

Quizás algo del concepto crítico de Rubén Darío se aproxime a lo que sugiere esta frase que copia de Andrés Ruyters, quien refiriéndose al poeta y escritor inglés Arthur Symons (objeto de un bello estudio de Rubén en este libro) dice que «posee en el más alto grado ese don de animación que hace de la crítica, no una fría policía literaria, sino una viva y ardiente

interpretación»... En todos estos estudios, saturados de un amplio y generoso estudio de benevolencia, se siente a cada instante el soplo de un sentir cosmopolita, poco *literario* en lo esencial, aunque casi siempre de tonos profundamente humanos.

Parece como la obra de un artista nacido y educado en un medio de refinada, compleja y avanzadísima civilización. La nota hispanoamericanista resuena pocas veces en estas páginas.

Algo de eso muy vago brota, sin embargo, a modo de tenuísimo aroma, en los bellos conceptos que consagra al malogrado escritor José Nogales.

Algo como una fugacísima evocación de la tierruca se desprende de un párrafo de ese artículo en que rememora ligeramente algo de su infancia en la ciudad de León, en Nicaragua.

El artículo «Letras dominicanas» resulta incompleto, demasiado rápido, insuficientemente documentado. Alma refinadamente artística, de cambiantes y hermosos reflejos, en que un arraigado concepto de sano y vibrante optimismo como que impide el crecimiento de gérmenes morbosos de pesimismo, de ese pesimismo elegíaco que forma la más resaltante modalidad de muchos poetas modernos; alma sin honda emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamientos, ni la llamarada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores, Rubén Darío es, ante todo y por encima de todo artista, artista genial y soberano.

Peregrino de la eterna Belleza, su única diosa, dondequiera que posa la planta recoge con íntima fruición cuanto aparece para él como estructurado para evocar sensaciones artísticas; paladín exclusivo de lo armonioso, raro, perfecto, menospreciando o viendo con desdeñosa indiferencia lo demás, pasa por la vida sin fijarse, ofuscado por los resplandores de su hermoso ideal, que también hay en el mundo otras grandes excelcitudes: Verdad, Justicia, Patria, que reclaman a toda hora el entusiasta concurso de todas nuestra más alta y prolíficas energías espirituales.



Puesta de sol

POR LUIS G. URBINA

Hace ya varios días que –con el propósito de decir algo sobre él– tengo en mi mesa de estudio este precioso tomo de ritmos que de México, la ciudad legendaria y gloriosa, me envía uno de los más eximios cultivadores de la lírica hispanoamericana. Con verdadera fruición he leído todos los versos que contiene este interesante volumen. Y no es de ahora que, como de Gutiérrez Nájera, de Díaz Mirón, de Amado Nervo, me sé de memoria muchas vibrantes y hermosas estrofas de Urbina.

El autor de *Ingenuas* es uno de mis poetas predilectos, de esos cuyos versos me complazco en recitar, muchas veces a solas, con íntima voluptuosidad estética, cuando, fatigado el espíritu por su ascensión a esas altas e iluminadas cumbres de la mentalidad contemporánea que se llaman Nietzsche, W. James, Bergson, Benedetto Croce..., experimenta el deseo de hacer un alto, de reposar un momento, de detenerse a la sombra refrescante del encantado y bienhechor oasis de la excelsa poesía...

En Urbina, detrás del copioso follaje de imágenes de fascinadora belleza, detrás de la bien dispuesta ornamentación pictórica, detrás de los hilos de luz que forman la urdimbre de sus versos, palpita un alma, una verdadera alma de poeta, alma sanamente romántica con vistas a cierto modernismo amplio y

sugere, medido y discreto, exento por entero de las trivialidades y toques efectivos que para muchos miopes de espíritu vinculan como el *summum* de la perfección literaria.

Urbina recorre sin visible esfuerzo toda la gama de su rica sensibilidad, sin caer, como tantos otros, en posturas estudiadas, en un efectismo de pirotecnia, en una artificiosidad rebuscada; todo lo que, en el fondo, bien examinado, no sirve sino para encubrir la carencia de potente proyección psíquica, de íntimos estados emocionales, de lo que es, de lo que constituye la poesía: la intensa vibración rítmica de un alma, producida por acentuadas reacciones de su sensibilidad ante determinados aspectos de la realidad circunstante o por muy hondos anhelos e inquietudes de su mundo introspectivo...

Lo demás, lo que la generalidad, inconsciente u ofuscada, considera, denomina poesía, no es, en realidad, sino convencionalismo de expresión más o menos aparatoso y raro, mero ejercicio retórico sin enjundia que casi nunca abre en el espíritu el surco de una impresión estética acentuada y durable.

Aunque con mayor dominio de la forma, con técnica más propia y capaz, en *Puesta de sol* aparece, sin ninguna diferencia característica de fondo, el mismo poeta nostálgico y armonioso de *Ingenuas*.

Esos dos bellos tomos de versos, etapas interesantes de un personal desenvolvimiento poético, no acusan ningún esencial cambio de orientación en la personalidad poética de Urbina. Del uno como del otro libro fluye cierta vena de limpia agua romántica que se desliza suave y dulcemente, esparciendo gratos y misteriosos rumores por dondequiera que pasa... He dicho varias veces que no acepto, sino muy relativamente, esos distingos de escuelas, esas clasificaciones arbitrarias, casi siempre convencionales, de que se echa mano a cada paso para precisar la filiación literaria de un poeta o de un prosador, pues, en muchos casos, las modalidades más íntimas de emoción y aun de pensamiento, como ciertas sustancias incoercibles, se escapan a toda tentativa de aprisionamiento, y de ahí, por la notoria impotencia del crítico para realizar una obra de completa y rigurosa

clasificación, tantos errores, tantas equivocadas apreciaciones sobre intelectualidades de muy personal y pronunciada estratificación psíquica.

En las estrofas de Urbina, por muchos conceptos impecables, resalta, por lo general, esa estrecha compenetración de lo íntimamente subjetivo con la *manera*, con el modo refinadamente artístico de expresarlo que constituye, en todos los casos, la más alta perfección a que puede aspirarse en la obra literaria. Sus versos brotan de lo más íntimo, de lo más recóndito, de allá de muy adentro, rebosantes de armonía, de color, de perfume... Su poesía carece indudablemente (en *Arengas líricas* hay, sin embargo, algo de esto) de cierta objetividad o trascendencia social; traduce poco las dolorosas dudas e inquietudes del alma moderna, desorientada y confusa, frente a pavorosos problemas; no tiene ese don de adivinación, de *profecía*, que Shelley adjudica al poeta; pero es en bastante grado efusiva, sugerente, individualista, sin encerrarse en un exclusivismo personal estrecho, como rica y bella floración de un alma henchida de nobles anhelos que acepta con filosófica resignación muchas cosas tristes de la vida; como obra depurada y selecta de una personalidad eminentemente sincera que solo pretende dar salida, reflejar artísticamente lo que cae bajo su radio visual y lo que inquieta y atormenta su espíritu.

La cualidad más notable, a mi pensar, en la obra poética de Urbina, lo que me parece le imprime cierto relieve característico, es su unidad, precisa y definida en bastantes aspectos, como bien se ve cuando se sigue con atención toda la luminosa trayectoria de su personalidad de poeta.

Es la unidad, no tan común como se piensa de un alma que se contempla a sí misma y se aísla, en cierto sentido, en medio del embravecido oleaje de la vida, sin sufrir el contagio de repugnantes fealdades sociales, sin desviarse ni un ápice de su solitario camino, libre de nocivos contactos, para poder *vivir*, a modo de sacerdote apolíneo, en una serena y perpetua oblación a la eterna belleza. Esa «unidad magnífica de un libro, de un diamante y de una vida» de que habla el grande y olvidado

Díaz Mirón, se me antoja ver, salvo en uno que otro detalle, resplandeciendo con no amortiguado brillo en toda la obra poética de Urbina.

Difiere en eso de otros muy justamente celebrados poetas americanos de personalidad varia, proteiforme, de fases muy distintas, Leopoldo Lugones, pongo por caso.

Y cito al gran poeta argentino, porque para mí, en la hora presente, él representa, personifica (quizás mejor que el mismo Rubén Darío por varios conceptos) los aciertos y excelencias y los defectos y extravíos de una parte, la más interesante, curiosa y discutida del movimiento literario de Hispanoamérica. Hace ya tiempo que críticos sesudos han echado de ver la falta de unidad que hay en la personalidad poética de Lugones, aunque excelencia mejor que un verdadero defecto.

Al través de la riqueza ideológica de la fuerza imaginativa, de la potencia verbal, el pensamiento multiforme, de la cambiante sensibilidad del autor eximio de *Los crepúsculos del jardín*, se me figura ver bastante de lo que es para muchos lo contrario de lo que distingue al genuino poeta, la *diseminación* gradual de una personalidad que se dilúe, se esfuma casi, al pretender, saliéndose a cada instante de su íntima estructura subjetiva, *personalizar* aspectos y cosas complejas y aun contradictorias de la vida que solo por un potentísimo artificio imaginativo aprehende, asimila y exterioriza...

En la última y muy discutida obra de Lugones, *Lunario sentimental*, cuajada de innegables bellezas de ideas y de expresión, exhíbese con frecuencia, no es posible negarlo, un sello de mal disimulado artificio, de rebuscamiento fraseológico que, en parte, roba a sus versos esa nota de espontaneidad y relieve emotivo que vinculará siempre lo insustituible y lo característico de toda poesía realmente sentida.

Toda el alma de Urbina, espontánea, poco compleja, sin complicaciones cerebrales, sin muy acentuados arranques pasionales, puede condensarse en estos expresivos versos suyos:

Amé, sufrí, gocé, sentí el divino
sopló de la ilusión y la locura;

tuve una antorcha, la apagó el destino,
y me senté a llorar mi desventura
a la sombra de un árbol del camino...

Este primoroso volumen de versos resulta un verdadero florilegio. Una serena visión de belleza ilumina todas sus páginas. El léxico es selecto, suficientemente abundante, sin lujo de palabras novedosas; y la forma rítmica, sin apartarse demasiado de las combinaciones más usuales, no deja, con todo, aquí y allá, de demostrar plausibles empeños de no encerrarse por completo en un rutinarismo de metrificacón y de rima que no pocos consideran como de valor *clásico* sagrado e intangible...

Urbina maneja gallardamente el soneto, la forma poética más usada en este libro. ¡Qué bellos son los sonetos de *El poema del lago!*

En ellos el poder descriptivo, bellamente pictórico, sin tonalidades chillonas, sin recargados arabescos, tiene toda la intensa voluptuosidad del color y de la línea cuando un artista, un verdadero artista, los combina y armoniza en un conjunto de resaltante belleza.

La melancolía, suave y dulce, en ocasiones de cierto diapasón acentuadamente doliente, que se anida en su alma, se esparce sobre la *realidad* circunstante, realidad que en cierto modo él *crea*, comunica vida intensa, y que no es, bien examinada, sino como una dilatación de su personalidad, de su yo íntimo, aspirando a compenetrarse con el divino misterio de la gran naturaleza:

¡Es trágico el profundo silencio de las cosas;
lo inanimado sufre dolencias pavorosas;
ignotos infortunios que no tienen consuelo,
porque la vida es toda crueldad, y es inconsciente,
porque es la hora a todo dolor indiferente,
y es impasible y muda la soledad del cielo!

En «El buey» ¡cuánta precisión en el dibujo y vigor en el colorido, cuánta fidelidad descriptiva que evoca no sé qué lejana reminiscencia virgiliana!

El animal camina con majestad estoica,
y ante la fuerza plástica de su figura heroica
despiértase un recuerdo clásicamente ambiguo;
que, a las evocaciones, es el buey melancólico
en la hoja de papyrus hexámetro bucólico
y en el frontón del templo bajo relieve antiguo.

Románticamente delicado, tejido con áureos hilos de ensueños, es este exquisito madrigal:

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpar de un ave en la agonía.

Y sucedió que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpar de ave,
se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó, mas, en voluble giro,
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire se volvió suspiro.

En «Nocturno sensual» esplende una vigorosa plasticidad de visión, una intensa fuerza evocatriz, en que un recuerdo doloroso y macabro, se precisa admirablemente. Así termina:

¿Qué tienes? me dijiste, mirándome lasciva.
¿Yo? Nada... Y nos besamos...
Y así, en la noche incierta,
lloré sobre la carne caliente de la viva,
con la obsesión helada del cuerpo de la muerta.

Su íntimo subjetivismo como que se transforma, cuando en ciertos instantes se sale en parte de su mundo interior para ponerse en estrecho contacto con la realidad social. Nótase eso en «Arengas líricas», donde la sugestión de ciertos nobles y fecundos aspectos de la existencia colectiva, lo hace prorrumpir en vibrantes notas de fe, de amor y de esperanza.

Así en la poesía «Los sembradores», dirigiéndose a los maestros de escuela, de la escuela luminosa y excelsa, templo de la vida en que, en la hora actual, se incuba el porvenir de libertad, de derecho y de justicia a que aspira nuestro mundo hispanoamericano:

Aquel que entre nosotros desmaye o desaliente;
aquel a quien no importa que la rosa reviente,
ni pugne siempre porque la nueva vida vibre
feliz, radiante, pura, dominadora, libre;
aquel de entre nosotros que no sienta el anhelo
de abrir botones de almas, de preparar el vuelo
de espíritus que apenas se asoman al oscuro
abismo de la vida, curiosos de futuro;
aquel que no posea la fe, la fe bendita,
la fe que entona y salva, la fe que resucita,
no siembre con nosotros; su esfuerzo será vano;
que la semilla santa no ocupe más su mano;
nunca a los sembradores del porvenir les falta
la fe que santifica, la fe sublime y alta...

Y luego en «La patria futura»:

La Escuela es templo que alza su pórtico divino
a todos los que buscan verdad, bien y belleza;

aquí no se conjura la sustancial tristeza
de la vida –ese atávico y angustioso tormento–
mas aquí hay siempre para las tempestades, faros;
para el poeta, musas; para el guerrero, aliento;
amor para las almas, y para el pensamiento
horizontes azules, luminosos y claros...

En este tiempo de audaces falsificaciones literarias, en que de continuo se exhibe una *originalidad* incoherente, producto efímero de una visible falta de verdadero criterio estético o de un propósito de infantil vanidad, el poeta de *Ingenuas* y de *Puestas de sol*, por lo elevado de su pensamiento, por la noble sinceridad de su emoción, por su forma rítmica, precisa, clara, sin afectación, en ocasiones marmórea, merece ser y es indudablemente una de las más brillantes y simpáticas figuras del movimiento literario hispanoamericano.

El porvenir de América Latina

POR MANUEL UGARTE

Apoyada en un asta de que cuelga la bandera de las estrellas y de las fajas rojas y blancas, un águila extiende su cabeza hasta tocar con el pico el istmo de Panamá... Los países comprendidos en la tercera zona –según la clasificación de Ugarte–, México, las seis repúblicas centrales y las Antillas, la zona más expuesta por su proximidad al coloso, aparecen como fáciles presas de aquella soberbia ave de rapiña.

Tal es el cuadro representado, con vivo colorido, en la cubierta de este libro de verdadero interés para todo hispanoamericano que quiera darse aproximada cuenta de la formidable amenaza que se cierne sobre estos pueblos de procedencia ibérica. En esta obra, no obstante cierto optimismo ecuánime, reposado, razonable, vislúmbrense a cada paso las inquietudes, angustias y zozobras de un espíritu de selección que, sintiendo hondamente las incertidumbres de lo que vendrá, examina, por lo general atinadamente, los puntos de verdadera consistencia en que puede apoyarse la colectividad hispanoamericana para rechazar de manera victoriosa cualquier intento, venga de quien viniere, enderezado a despojarla de sus atributos de vida autonómica, de la excelsa herencia moral que constituye el más alto patrimonio de nuestra raza, poniendo también de bulto con la

necesaria claridad los puntos débiles de nuestra existencia social que urge reformar y fortalecer para conservar, en toda su indispensable integridad, esa íntima fuerza espiritual que cohesionan el sentimiento de nacionalidad en Hispanoamérica. Los que vivimos en la zona situada en la vecindad del gigante, la más fácil para él de agredir y avasallar por su debilidad orgánica y la influencia económica que en ella tiene, podemos encontrar abundantísima materia de reflexión en el sugestivo libro de Ugarte. Porque no hay que andarse por las ramas.

El peligro es grande en realidad, si de nuestra parte, avizorando con la serenidad la situación con todas sus circunstancias atinentes, no ponemos en juego, hábil y oportunamente, los medios de evitarlo en la forma que lo permitan los recursos de diverso linaje de que podemos disponer para la conservación, respetada e íntegra, sin mutilaciones humillantes de soberanía, de la patria, de la herencia espiritual acumulada por los siglos que ese concepto de patria vincula, de lo que, en una palabra, presta a cada una de estas veinte repúblicas personalidad propia y hasta cierto punto inconfundible.

En estas páginas vibra a veces intensamente como una dolorosa interrogación al destino. En ellas se demarca con firmes trazos, sin dubitaciones, sin cobardías de pensamiento, la línea infranqueable de separación que hay entre las dos Américas, la radical antinomia que, determinada por factores étnicos de estructura íntima y por accidentes exteriores, existe entre las dos grandes razas que ejercen el señorío de este continente.

Que la unión íntima de ambos resulta imposible, cosa es que salta a la vista de quienes se propongan ahondar en este punto de capital importancia. Aleccionados por los hechos, vamos ya reconociéndolo nosotros, y los mismos norteamericanos también, pues hay entre ellos numerosísimos que, en discursos y en la prensa, no se recatan para decantar en todos los tonos una superioridad étnica hartamente discutible y un elevado grado de cultura que dista bastante, en muchos aspectos, de poseer los quilates que el olímpico orgullo del imperialismo yanqui le concede.

En toda revolución destácanse siempre, aun muchas veces veladas por apariencias engañosas capaces de desorientar a no pocos observadores vulgares, dos factores esenciales que convergen a cierto punto más o menos visible explicando suficientemente la naturaleza de cambio que implica todo movimiento revolucionario de relativa importancia.

El primero, el más importante de esos factores, es el ideal, el que sintetiza una dirección espiritual, y el otro, el representativo de aspiraciones de mejoramiento económico a veces vagamente precisadas.

El factor ideal traduce siempre con la necesaria amplitud estados de alma personales o colectivos, orientaciones de espíritu bien caracterizadas, y productos, por regla general, de un corto grupo de personalidades conspicuas de positivo valer intelectual, al paso que lo que llamamos factor económico, disimulado bajo formas casi siempre muy pronunciadas de un interés general supuesto o real que fascina hondamente en muchos casos la imaginación popular, siempre propensa a tales deslumbramientos, encubre, ha encubierto en no pocas ocasiones, ideas mezquinas de lucro personal o apetitos desordenados de grupos más o menos numerosos y coherentes.

Creo firmemente que en la génesis de la epopeya emancipadora de América, predominó, con formas diversas muy características, el primer factor, el ideal, la impulsión emanada de ideas o de sentimientos exclusivamente encaminados a la realización de finalidades de suprema alteza moral.

En su primera etapa de desenvolvimiento, salvo quizás en el Río de la Plata, donde ciertas circunstancias como que daban la primacía al factor económico, la revolución hispanoamericana, en su parte principal, fue la obra consciente de una *élite*, flor de brillante cultura que por raro concurso de circunstancias creció en el raquítrico jardín colonial, nutrida en varios que la componían con ideas de la Enciclopedia, con algunas de las afirmaciones lanzadas por la gran Revolución francesa desde la cúspide encendida de sus Asambleas, y fortificada en sus propósitos de redención por el edificante espectáculo de las trece antiguas

colonias inglesas constituidas en una república que por el estrecho maridaje de la libertad con el orden cumplía provechosamente determinados objetivos de vida nacional. En ese núcleo luminoso de hombres conspicuos, en las almas que lo formaban, fulguraba a toda hora un ideal de libertad y de justicia, de cierto colorido romántico, al que se asociaban reminiscencias clásicas, visiones deslumbrantes de los mejores tiempos de la antigüedad greco-romana.

Los intereses de otro orden, las aspiraciones a un mejoramiento colectivo económico de por sí muy naturales, tenían para esos hombres, encariñados con su magno ideal de libertad política, un puesto de segundo orden o cosa semejante. En esas almas entusiastas y generosas donde aún no había caído la helada del escepticismo, solo había sitio para ideas de renovación vinculadas en una transformación de carácter político principalmente que barriese las preocupaciones y rutinarismos seculares que impedían el ejercicio de los derechos de la personalidad humana indispensables para una fructuosa existencia individual y colectiva.

Y por esa misma pureza y elevación de idea, teniendo ante ellos un inmenso rebaño de gente inconsciente apacentada en un tradicionalismo de hondo arraigo mental que determinaba, en algunas porciones de ese rebaño, una hostilidad franca y decidida hacia la magna empresa redentora, esos hombres muy superiores a sus medios respectivos, cuando el ideal separatista no había cristalizado definitivamente y aún parecía comprometido, vieron, despreciando accidentes locales, intereses de campanario, con mirada capaz de abarcar y enseñorearse del conjunto, cuál era el modo mejor de proporcionar a ese mismo conjunto, a ese todo, bases de positiva consistencia material y moral, para de esa manera, por medio de la aproximación de todas sus partes, ir realizando una unidad fundamental en que formas de vida regional cupiesen sin estorbarse, a fin de impedir el fraccionamiento, lo que sucedió casi inmediatamente, dando lugar a que en cada uno de los países libertados, como en terreno bien abonado, floreciese

un centralismo asfixiante de que iba a brotar copiosamente el espíritu de banderías, el anonadamiento de los principios, el partidarismo sin orientaciones fecundas, el caudillaje estulto y desapoderado, bufo y sangriento, que tan negras páginas tiene en la historia de América.

Todas esas circunstancias, en resumidas cuentas, han impedido la total incorporación, de algunos de estos países al movimiento luminoso de progreso indefinido que constituye la civilización moderna.

Olvidando o desconociendo que la vida es movimiento incesante, transformación continua, *creación* permanente, los prácticos de la hora, no pocos de regular cultura entre ellos, soñaron con establecer instituciones de carácter estacionario, de fijeza y solidez capaces de desafiar la marcha incontrastable de las cosas, para sobre esas instituciones que juzgaban perfectas o poco menos, levantar el edificio de una oligarquía que pensaron era a todas luces necesaria para consolidar la independencia de las nuevas repúblicas y mantener celosamente sus prerrogativas partidaristas.

Llamaron paz pública –y para mantenerla apelaron a toda clase de medios coercitivos, aun los más terribles y salvajes– a una paz impuesta, sin horizontes de mejoramiento que, en la mayoría de los casos, solo era la explotación a mansalva del pueblo, de la inmensa mayoría, en beneficio exclusivo de unos pocos, de una oligarquía que, desde las alturas, hacía de continuo restallar la fusta de su cólera, sobre las contadas cabezas que esbozaban una protesta contra situaciones adversas a la realización de salvadores fines sociales.

Los hombres superiores que al iniciarse el proceso de la emancipación de la América de civilización latina pusieron toda su inteligencia y toda su energía al servicio de tan colosal empeño, comprendieron con admirable clarividencia dónde radicaba el mal, la debilidad orgánica que iba a impedir la evolución progresiva de estos países, y por eso, desde el principio –sobran los datos para demostrarlo cumplidamente– idearon aproximarlos, unirlos lo más estrechamente posible, formando con todos los flamantes Estados, siquiera fuese aproximadamente, una gran

Confederación íntimamente cohesionada por una salvadora comunidad de aspiraciones, ideales e intereses.

La mejor prueba de que esa era y es la única vía de salvación, lo demuestran los intentos sucesivos, durante la guerra de independencia y después de ella, de celebrar congresos en que trazar las líneas luminosas de una unión sólida y permanente. Y cosa singular y hasta la fecha poco vulgarizada. Los Estados Unidos no figuraban entre las naciones invitadas por Bolívar para el Congreso que se proponía celebrar en Panamá.

Si lo fueron después, debióse exclusivamente a la ingerencia de Santander, vicepresidente de Colombia. En un trabajo muy circunstanciado sobre aquel Congreso (*Confraternidad americana*), dice su autor el distinguido escritor J. L. Andara lo siguiente que no tiene desperdicio: «Según el historiador argentino Mitre, el Libertador manifestó a los Comisionados argentinos, en Potosí, en octubre de 1825, que él había sido de opinión de no invitar a los Estados Unidos al Congreso panameño, lo que se había verificado por iniciativa exclusiva del vicepresidente Santander a quien manifestara que dada la participación, era más conveniente eludir la reunión de los Plenipotenciarios americanos en el Istmo, lo que felizmente estaba salvado por cuanto dichos Estados no concurrían».

Vese, pues Andara se fija en ello, cómo Bolívar, cuando aún no podía presumirse el actual inmenso progreso del coloso del Norte, por no sé qué especie de adivinación genial, miraba quizás, al través de las brumas del porvenir, erguirse en todas sus presentes formidables proporciones el gigante que algunas décadas más tarde iba a proyectar su sombra letal sobre toda la América de procedencia española.

En la primera parte de este interesante libro, *La raza*, con acertado criterio y vigorosas pinceladas, pone Ugarte de manifiesto cuánto integra la estructura étnica de las colectividades que forman la América latina. Si en muchas partes, en los países correspondientes a la segunda y tercera zona de que habla Ugarte, se conserva sin alteraciones sustanciales lo que en cierto modo podríamos llamar tipo étnico colonial, producto en que,

conforme a circunstancias regionales, aparecen mezclados, en proporciones más o menos densas de población, caracteres fisiológicos y psíquicos del español, el indio y el negro, en la zona del extremo meridional, en la considerada *indemne* por su alejamiento del coloso y por otras circunstancias resaltantes, ese tipo colonial ha empezado un visible proceso de evolución, a modificarse a ojos vistas, sin perder por eso, hasta ahora por lo menos, ciertos rasgos distintivos, debido a su mezcla con elementos casi en su totalidad de origen latino, italiano principalmente, que por su número cada vez mayor, va creando modalidades psíquicas que pueden anular con su flamante estructura étnica formas de vida autóctonas de todo punto indispensables para mantener contra viento y marea un radical y consciente nacionalismo, que es lo único, exclusivamente lo único, que puede preservar estos Estados de reciente formación, de escasa historia, de deficiente coherencia, de la pérdida de su individualidad, de lo que les presta fisonomía propia, de lo que reviste a un país, grande o chico, de distintiva personalidad, dándole un puesto más o menos visible en el concierto internacional y en la Historia.

Dos son, a mi ver, los problemas trascendentales a que tiene que consagrar el latinoamericano preferentísima atención, si no quiere contemplar el doloroso espectáculo de la extinción de la vida nacional de estos pueblos y su rebajamiento a la denigrante categoría de colectividades sociales sujetas a un humillante protectorado o a un ignominioso yugo extranjero.

En el Sur, en la zona *indemne*, el problema de evitar que corrientes de inmigración cada vez más pujantes rompan a la larga cierto equilibrio étnico, absorbiendo lentamente al elemento nativo, a la población criolla, destruyendo por tal absorción el sello que imprime a los países radicados en esa zona característica expresión, lo que les da personalidad necesaria para sostener con dignidad un rango nacional de relativa importancia, pero alcanzado a costa de incontables heroísmos y abnegaciones.

Todos los síntomas parecen indicar, sin embargo, que ese peligro, que se juzgó de suma gravedad y casi inevitable, pierde de día en día muchos de sus primitivos aterradores aspectos

por las acertadas medidas adoptadas en los países de referencia para impedir, por cuantos medios sean eficaces para el caso, todo lo que, en cualquier sentido, tienda a menoscabar o a destruir el sentimiento nacional. Observador de los quilates de G. Clemenceau, el ilustre estadista francés, en un reciente e interesante trabajo (*Notes de voyage en Argentine et au Brésil*) se expresa en términos de calurosa admiración respecto del patriotismo argentino.

En un pasaje de su curioso estudio dice con su habitual humorismo lo que sigue: «Non contents d'être argentins des pieds á la tête, ces diables de gens, si on les laissait faire nous *argentiniseraient* dans un tour de main»...

Y más adelante, entre otras cosas, dice lo que a la letra copio: «En Buenos Aires, como en las provincias, he tenido mil ejemplos de ese patriotismo, todos semejantes. A un niño, hijo de emigrantes, le preguntamos si hablaba español o italiano, y nos contestó orgullosamente: en casa todos hablamos argentino.

Debo decir que en las escuelas primarias, donde he recibido tales respuestas, la enseñanza por excelencia es la que se refiere al patriotismo, como lo atestiguan los cuadros e inscripciones que hay en las paredes» ... Claro está, pues, que por ese lado el peligro está evitado o en vías de evitarse...

El otro problema, el del imperialismo norteamericano, ofrece caracteres de mayor y de más inmediata gravedad. Y no es posible evitarlo con vanos eufemismos.

Hay que considerarlo, como lo hace Ugarte, con viril entereza, sin sentimentalismos líricos, sin hacer resonar la trompa épica, con la serenidad de quien trata, por todos los medios conducentes, de darse cuenta de lo que alcanza a divisar, en el oscuro horizonte, en esta hora de angustias y perplejidades para los espíritus cultos de nuestra raza que no quieren verla escarneada o pisoteada por los audaces argonautas modernos.

Cada vez es más honda la división entre las dos Américas: la anglosajona y la latina. No se requiere ser muy zahori para advertirlo. El imperialismo yanqui se torna de día en día más agresivo, disimulando ya muy poco sus móviles verdaderos. De

su espíritu humanitario, de su benéfica cúratela de pueblos, ya sabemos fijamente a qué atenernos.

Los últimos acontecimientos de Nicaragua nos dan la medida exacta de ello. Y el ejército yanqui que, en los actuales momentos, con pretextos más o menos especiosos se concentra en las fronteras de México, revela hasta la evidencia cuál es la protección que el yanquismo entiende dispensar a los pueblos hispanoamericanos.

De pasar eso entre naciones europeas, de reunir una de ellas un poderoso ejército en las fronteras de otra, seguramente habría tal cosa determinado, casi inmediatamente, una guerra. Pero se trata de México, que no está en condiciones de luchar con probabilidades de éxito contra sus poderosos y absorbentes vecinos del Norte.

Si hasta ayer, puede decirse, había quienes se forjaron la ilusión de que del Norte podría venirnos no sé qué sarta de beneficios, ya no hay ciertamente quien respecto de ese punto pueda llamarse a engaño. En estos momentos se necesita ser muy cándido para no comprenderlo, el imperialismo yanqui continúa, sin mayores obstáculos, su desenvolvimiento metódico y potente, echando a un lado, por entorpecedores, los últimos escrúpulos.

Nada hay que esperar tampoco, como creen muchos que solo se fijan en exterioridades resaltantes, de cambios más o menos radicales en la política interior de los Estados Unidos.

Dominen republicanos o demócratas, aun con atenuaciones más o menos llamativas en la forma, en el fondo el resultado será siempre el mismo. Los Estados Unidos están lanzados en una vía que les sirve de permanente incentivo para su expansión comercial, para, venciendo por cualquier medio la competencia europea, colocar ventajosamente su producción, cada vez mayor, en zonas de consumo muy próximas y relativamente ricas como las nuestras por sus productos agrícolas. Si de tarde en tarde, voces aisladas de tribunos y de periodistas, resuenan indignadas recordando los viejos ideales de virtud y honradez republicanas que en un tiempo fueron el distintivo de aquella

robusta democracia, tales elocuentes admoniciones se pierden lamentablemente en el vacío... El pueblo yanqui, en su inmensa mayoría, aferrase cada vez más a una política expansionista que halaga su orgullo y satisface sus mayores apetitos.

Nuestra situación, bien entendida, frente al yanquismo potente y cada vez más desligado de escrúpulos, no tiene, hoy por hoy, nada de ventajosa. Como se observa a flor de mirada, como lo puntualizó discretamente Ugarte, mientras los Estados Unidos presentan una masa compacta, reciamente estructurada, espiritualmente unificada en todas sus líneas generales, moviéndose en un ambiente propicio por completo a tales dilataciones, nuestras veinte repúblicas, escasamente pobladas, esparcidas en un inmenso territorio, distanciadas moralmente, algunas de ellas, más que si estuvieran separadas por miles de millas marítimas y por peculiaridades de sangre y de idioma diferentes; riñendo a cada paso por pedazos de tierra cuando, por lo general, les sobra territorio; conmovidas, en su mayoría, por frecuentes y desastrosas algaradas revolucionarias, carecen, en gran manera, de la consistencia, de la robustez espiritual indispensable para, sin vencer mayores obstáculos, formar un bloque moral que sirva de invencible valladar a cuanto dibuje la tendencia a privarlas de su independencia tan cara y gloriosamente conquistada.

Lo que se impone, no obstante tales obstáculos, es trabajar con habilidad y tenacidad en la posible constitución de ese bloque de resistencia. No una sino muchas picas hay que poner en Flandes para realizar cumplidamente tan magno empeño.

Pero hay que trabajar arduamente en ese sentido, si no queremos perecer prematuramente sin honra y sin gloria. Para arribar a esa suprema unidad de espíritu, a la cristalización de la conciencia colectiva hispanoamericana, al todo orgánico, capaz de avizorar sin temores, consciente de su propia solidez, el amenazante avance yanqui, urge ante todo preparar los elementos capaces de determinar, lo más pronto posible, el común y satisfactorio estado de alma que debe ser la base granítica de la gran Confederación hispanoamericana que soñó Bolívar, que vislumbraron otros grandes de América, y que muchos bien

intencionados indican como el único remedio en esta hora de pavorosas incertidumbres para el alma latina en este continente.

Hasta ahora solo estamos, puede decirse, en los comienzos de esa evolución salvadora. Y pésele a los prácticos del montón, hay que reconocer, Ugarte lo indica de paso, que, hasta el día, más han hecho por dar vida al magnífico ideal de la confraternidad americana los poetas con sus vibrantes ritmos y los prosadores con sus cláusulas fulgurantes, que nuestros más empingorotados estadistas...

Bien es cierto que en algunos de estos pueblos todavía colea cierto *pambeocismo* dirigente, que hace gala de despreciar cuanto se relaciona con altos ideales que llama despectivamente *sueños* o *visiones*, teniendo solamente en cuenta los efímeros intereses del momento, lo que está al alcance de su mano. Si ese ideal de unidad hispanoamericano comienza a tomar consistencia, débese, en primer término, a las relaciones literarias que una *élite* intelectual procura hacer cada día más íntimas y frecuentes entre los pueblos americanos de habla española.

Razón que le sobra tiene Ugarte, al afirmar que en el estado presente de la política mundial nada tenemos que temer de parte de Europa.

Las naciones latinas de Europa son nuestras mejores aliadas. Para nuestro desenvolvimiento económico necesitamos capitales, y a nadie puede escaparse la consideración de que sería muchísimo más conveniente para nosotros que esos capitales indispensables para el desarrollo de nuestra vida agrícola e industrial fuesen de distintas procedencias nacionales, a fin de mantener un prudente equilibrio de fuerzas económicas, ya que, a la larga, resultaría en extremo peligroso que el capital importado perteneciese a una nación exclusivamente, que por ese hecho se creyera autorizada a intervenciones o a controles siempre enojosos y humillantes. Pero hay que ir dando la espalda a ciertos lirismos.

En el estado presente de la civilización, lo económico, como que va dejando en segundo término todos los demás aspectos de la vida social. Hay que crear, que producir riqueza si queremos

cumplir satisfactoriamente determinadas finalidades de libertad y de justicia.

Los lazos de vigoroso anudamiento son, actualmente, los que provienen del libre juego de fuerzas económicas en acción permanente. Y para que la Confederación hispanoamericana sea una realidad, principiemos por hacer que entre todas las repúblicas que han de formarla sean más estrechas y frecuentes las relaciones de todo género, multiplicando los agentes de orden económico, ferrocarriles, telégrafos, etc., que tienden a ese fin, y trabajemos paralelamente por el desarrollo de riqueza que de tal concatenación de intereses ha de producirse, por introducir metódicamente en cada uno de esos países, atendiendo a sus peculiaridades sociales, las reformas que en el orden político han de culminar en una saludable reacción contra el caciquismo, el caudillaje, el personalismo «sin personalidades», que como planta monstruosa ha absorbido y aún absorbe el principal jugo vital de buen número de estas asendreadas repúblicas. Así tal vez podríamos llegar a lo que indica elocuentemente mi ilustre amigo Ugarte en la última página de su bello y bien inspirado libro: «Una gran liga de la juventud hispanoamericana que haga un llamamiento a las universidades, al ejército, a las industrias, al arte, a los partidos avanzados, al periodismo, a todo lo que vive, y que apoyada en la identidad de origen, en las simpatías de la Europa latina, y en la conciencia de una diferenciación fundamental, pese sobre los gobiernos, intervenga en los conflictos, corrija los errores, difunda la cultura y agite por encima de las fronteras el estandarte de la Confederación moral que tiene que obtener los sufragios de todas las inteligencias y de todas las voluntades que hoy se ahogan en el ambiente desmoralizador de las patrias impotentes y fraccionadas».

Discurso del cinematismo

POR F. E. MOSCOSO PUELLO

F. E. Moscoso Puello es indudablemente un joven de muy clara inteligencia, dotado de relevantes condiciones de investigador científico, que, alejado por completo de la acentuada frivolidad imperante en nuestro medio social, estudia con noble y tenaz ahinco, en el libro y en el laboratorio, diversos y trascendentes aspectos del mundo de la realidad fenoménica en que actúa necesariamente nuestro intelecto, para arribar a conclusiones de cierto orden que tienen en su apoyo multitud de datos bien escogidos y acertadamente agrupados. Su tesis para optar a la licenciatura de Medicina (nueva función del sistema linfático, etc.), demuestra plenamente la excelencia del método que emplea y la claridad y extensión de sus investigaciones; cosas que me complazco en reconocer, por más que mi incompetencia en tales asuntos no me permita juzgar su trabajo en sus más salientes y circunstanciados pormenores técnicos.

Su anterior importantísima producción, *Discurso del cinematismo*, es una concepción de innegable valor filosófico en que aspira a encerrar en un concepto global, como en síntesis definitiva, la vasta complejidad de fenómenos que impresiona nuestro mecanismo sensorial, algo que, en cierto sentido, puede parecerse a lo que llama Kant «la totalización de la experiencia»,

y que por lo menos prueba la proyección luminosa de un espíritu de singular cultura que conoce y analiza con verdadera amplitud de criterio las más curiosas y complicadas modalidades del pensamiento filosófico.

Toda transformación entraña necesariamente una idea de cambio, de relación, de sucesión, de inversión de partes, ya que todo fenómeno bien observado –aunque no sea posible aprehenderlo en sus extremos sino en su medio– tiene evidentemente su génesis en otro precedente, y como en el estado actual de nuestros conocimientos la última *realidad* que alcanzamos es el movimiento, de ahí la natural consecuencia de buscar en él, como el aspecto mejor caracterizado del mundo fenoménico, base sólida para un postulado de verdadera consistencia científica que a manera de síntesis vasta y comprensiva satisfaga nuestra necesidad de *conocer*, aunque, como es posible, ese concepto científico encierre *hiatus* que en verdad o en apariencia no pueden colmarse fácilmente.

Cabe aquí preguntar con Boutroux: «En cuanto al movimiento, ¿la idea que de él tenemos no puede ser debida a una elaboración del tiempo y del espacio operada por el espíritu mismo? Existe un número considerable de formas que no podemos reducir al movimiento y que ni siquiera parece que puedan residir en un sujeto móvil. La inherencia de la extensión móvil al ser, en tanto que propiedad esencial y universal, es una hipótesis, a despecho del papel que esta idea pueda desempeñar en la ciencia» (E. Boutroux, *Las leyes naturales*).

El gran filósofo se refiere al funcionalismo intelectual, a cierta sustancial unidad de espíritu, que puede ser carezca de la irreductible consistencia homogénea que él le supone y sea en realidad producto complejo de un equilibrio más o menos estable de formas *móviles*, de actividades que tienden incesantemente a una unificación de aparente solidez, pero en cuyo fondo se encuentre siempre el dinamismo característico de todo fenómeno vital observado serenamente sin prevenciones dogmáticas...

Para explicar más o menos satisfactoriamente las cosas, nuestro procedimiento consiste en una especie de proceso de

ascensión que se caracteriza por el paso de un hecho bien preciso a otro más amplio y comprensivo hasta llegar a un aspecto de la realidad sensible en que parece detenerse inflexiblemente toda investigación.

En la subordinación metódica de un hecho a otros para formular una ley, estriba el ideal de toda bien encaminada experimentación científica.

Salirse de ahí es caer en lo absoluto, y lo absoluto escapa y escapará siempre a todo proceso serial de percepciones.

El movimiento, como *realidad* que señala el último límite en el mundo de los fenómenos, representa una idea que, más o menos oscura y bien percibida, se advierte en toda la secular trayectoria recorrida por el pensamiento investigador, y de ella está saturada casi toda la filosofía contemporánea, constituyendo, como dice Herzen hablando de Dios, «una incógnita que asume todo lo que no es conocido todavía».

El concepto cinematicista que sustenta Moscoso Puello tiene indudablemente la inmensa ventaja de abarcar la totalidad o la casi totalidad de lo fenoménico, lo que no ocurre con otras interpretaciones en que se trata inútilmente de llegar a una concepción definitiva de la vida universal.

Pero de ahí no se desprende que, en el estado actual de anarquía filosófica en que ideas fundamentales o tenidas por muchos como de esa categoría sufren como nunca la acción demoledora de una crítica muy bien documentada y profunda, originando confusiones y contradicciones de toda especie, se pueda fabricar sobre un aspecto de la realidad, sin duda el más resaltante y positivamente científico de la vida en toda su vasta integridad, una síntesis satisfactoria y decisiva que abarque el infinito conjunto, el encadenamiento de hechos cuyos nexos y relaciones constituyen el único y fructuoso campo de investigación de toda ciencia bien entendida.

Para Moscoso Puello, su concepción cinematicista –y así puede aceptarse– «es una forma global de expresar el

estado actual de nuestros conocimientos positivos relativamente a los diversos órdenes fenomales y por consiguiente del universo mismo». Como todos los observadores que parten del concepto dinámico de la realidad circunstante como fiel expresión de un racional positivismo científico característico de la hora presente, el inteligente observador dominicano, y desde su particular punto de vista hace muy bien, no se pierde en inútiles tanteos para esclarecer el formidable problema de la legitimidad del conocimiento, que desde el *criticismo* hasta la fecha no ha dado ningún paso en el camino de su solución que merezca mencionarse, y sin preocuparse del nóúmeno o de la *cosa en sí* «acepta la realidad del mundo objetivo en su heterogeneidad aparente o positiva, derivando únicamente de la experiencia todo conocimiento».

No hay ni puede haber verdadera ciencia positiva en el límite infranqueable de lo fenomenal sin previa aceptación de la realidad tal como afecta nuestro sensorio y cristaliza en nuestro espíritu, única manera que el hombre, el *animal metafísico* de Schopenhauer, tiene de conocer, y solo modo de ensanchar la esfera de lo que se sabe sobre la naturaleza que nos rodea y sobre el mismo sujeto que percibe y piensa.

Pretender salirse de ese dominio positivo para mediante el ascenso por una escala de generalización tocar con la verdad *definitiva*, es cosa propia de metafísicas que en la hora actual carecen por completo de positivo contenido ideológico, siendo solo, en la inmensa mayoría de los casos, vano juego de palabras propio para antiguos escauceos escolásticos.

Nuestro sensorio parece integrar lo múltiple, lo complejo, por más que la realidad exterior, en su fundamentalidad esencial, sea quizás, a pesar de sus múltiples aspectos, susceptible de reducirse a un supremo concepto de unidad, aunque ese concepto, aun en el mismo monismo de Haekel, solo represente una explicación que no satisface del todo.

Cualquier concepción sintética que pretenda dar cabal y científica idea del universo en su totalidad, podrá y deberá

acogerse a título de explicación transitoria, provisional, relativa, como expresión de un determinado momento, aunque aparezca con todas las formas y señales de una realidad experimental.

Aun en las mismas ciencias de laboratorio, la certidumbre, en determinados casos, no podrá ser absoluta, pues «si la contingencia de las leyes naturales solo produce débiles variaciones en masas inmensas y en considerables períodos de tiempo, ¿cómo los elementos de estas variaciones pueden aparecer al experimentador que solo opera durante algunos momentos sobre algunas parcelas de materia?» (Boutroux, obra citada.)

Algunas ideas fundamentales, en su evolución, presentan aspectos o fases diversas conforme a las opiniones predominantes en un instante dado; pero, en su trayectoria, al tocar cierto punto, se descomponen para formar otras a que, equivocadamente también, se atribuye un valor definitivo o cosa semejante.

Fuera del campo experimental pululan las concepciones de índole especulativa y en su mayoría de escaso valor científico, sobre determinadas formas de la vida universal, siendo casi siempre expresiones de un subjetivismo de raíz muy personal que mejor que de pensamiento filosófico les da carácter de fantasía filosófica.

No obstante eso, bueno es sembrar el campo de la investigación filosófica de hipótesis más o menos aceptables. Alguna de ellas, imponiéndose a las demás, revestirá, durante un período de tiempo más o menos prolongado, categoría de verdad, provisional sin duda, pero con la suficiente eficacia para alumbrar con cierta intensidad la ruta de nuestro misterioso destino...

Para mí, el criticismo kantiano ha fijado definitivamente la línea en que tiene que detenerse el conocimiento humano. Si el gran filósofo de Koenisberg, sin quererlo ciertamente – toda su obra va contra el escepticismo– ha dado lugar a corrientes de ese género por cierta reacción natural de ideas antitéticas, no es menos cierto que su deslinde de los campos en que puede actuar nuestro entendimiento, no solo ha destruido o poco menos

la posibilidad de una ciencia metafísica, sino que ha dado base sólida a la ciencia basada en el principio de relatividad al afirmar que toda investigación que aspire a ser provechosa tiene que conformarse, que ceñirse a la realidad fenoménica palpitante siempre en formas de creador, y eterno dinamismo, ya que jamás podremos llegar a lo que constituye o se supone que constituye la esencia de las cosas...

Profesores de idealismo

POR FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

*E*ste libro bello, ameno, de veras interesante, contiene muy rico jugo intelectual. Su autor, el notable escritor peruano Francisco García Calderón, pertenece al contadísimo número de intelectuales jóvenes de América dotados de la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea.

En las letras hispanoamericanas evidenciase con frecuencia un verdadero derroche de prosas efectistas y de puerilidades rimadas, productos, en muchísimos casos, de imitaciones exóticas; pero pocas veces se advierte en nuestro movimiento intelectual algo bien preciso y caracterizado que demuestre la tendencia a cultivar asiduamente estudios de índole elevada y de positivo valor ideológico.

En un modernismo vago, sutil, cambiante, pleno de refinamientos artificiales de sensibilidad y de matices y filigranas de expresión, se consume toda o casi toda nuestra desbordante actividad intelectual. García Calderón es una de las pocas resaltables excepciones que pueden citarse con legítimo y caluroso encomio.

En este volumen están magistralmente tratados, sin asomos de pedantería, sin pretensiones de alta sapiencia, con muy

apreciables condiciones de claridad y galanura de expresión, asuntos filosóficos, sociales, artísticos y literarios de indiscutible y permanente importancia. Su distinguido autor conoce hasta en sus más leves y curiosos detalles la marcha evolutiva del movimiento filosófico moderno. Con inteligencia ágil y lúcida, como si de viejo estuviera acostumbrado a tan altas especulaciones, recorre con paso firme el enmarañado bosque de la filosofía, precisando, como al paso, sin ahondar mucho, con cierta encantadora superficialidad, el lugar y el espíritu de cada escuela, y percibiendo claramente las conexiones, los puntos de enlace, la encrucijada ideal en que se encuentran y se confunden determinados sistemas. García Calderón ha publicado ya otros libros. El anterior, *Hombres e ideas de nuestro tiempo*, con prólogo muy expresivo del insigne E. Boutroux, es el más importante por los asuntos a que se contrae y por la serenidad y firmeza de los juicios.

El distinguido escritor peruano representó no ha mucho lucidamente a su patria en el Congreso internacional de filosofía de Heildeberg, y las crónicas contenidas en esta obra referentes a la alta e interesantísima labor de esa conspicua reunión de notabilidades del mundo intelectual en que chocaron las ideas despidiendo vivos resplandores, dan brillante muestra de sus sobresalientes aptitudes para orientarse sin vacilaciones aun por las vías menos trilladas del pensamiento filosófico.

La inteligencia de García Calderón, amplia, serena, independiente, abierta a todos los vientos del espíritu, desprovista por completo de ataduras escolásticas o de dogmatismos sectaristas, se pasea, a guisa de viajero que solo pretende reflejar simple y sinceramente sus impresiones por el vasto campo de la filosofía moderna, revelando a cada paso que nada se le escapa de cuanto ha dado de sí el pensamiento filosófico de estos últimos tiempos en su tenaz empeño de hacer luz definitiva sobre los oscuros y tormentosos problemas que se irguen de continuo en las profundidades de nuestro espíritu.

El autor de *Profesores de idealismo* da a cada instante muestras de conocer a fondo el movimiento de perdurable renovación que a mi juicio entraña el criticismo, la doctrina que más luminosas

orientaciones ha señalado a la investigación filosófica; nada se le escapa del devenir hegeliano, del panlogismo de Hegel, la más vasta y asombrosa construcción metafísica de los tiempos modernos, y conoce, hasta en sus más circunstanciados pormenores, el positivismo de Comte, el evolucionismo spenceriano, el positivismo independiente, la teoría de las *ideas-fuerzas* de Fouillé, el *élan vital* de Bergson, la crítica demoledora de Boutroux, el pragmatismo de Pierce y de W. James...

Con muy admirable lucidez, sin alardes de pretenciosa profundidad, sin recargada y ostentosa erudición, sencillamente, como quien solo quiere ser claro y ameno, traza en estas páginas de verdadera consistencia, a pesar de su aparente superficialidad y ligereza, los rasgos principales de los más altos intelectuales contemporáneos, y realiza toda esa interesantísima labor sin enmarañamiento de frase ni oscuridades de pensamiento en un estilo sereno, elocuente, discretamente matizado, sin rebuscamientos de expresión y sin trivialidades de idea o de concepto.

Hay en, este libro estudios muy bellos y sugerentes.

«Pro Taine» es un hermoso y vibrante artículo en que hace destacar magistralmente en plena luz, la figura, austera y melancólica, del pensador genial que vivió permanentemente en la elevada región de las ideas generales y que solo contempló en la existencia algo así como la noble concreción de un supremo ideal de verdad y de bien.

Su eticismo, saturado intensamente de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, determinó en su vida de sabio estoico una constante proyección espiritual de alta nobleza.

Como filósofo, no es aventurado afirmar que carece de positiva originalidad. Su criterio se abreva en el positivismo, sobre todo, como ya se ha demostrado, en algunos pronunciados aspectos del positivismo de ciertos filósofos ingleses de alto renombre, y lo que se juzga de su exclusiva creación, la crítica científica, en que la raza, el medio y circunstancias del momento determinan y explican la obra intelectual, aunque ya envejecida en no pequeña parte, tiene antecedentes, y no muy lejanos por

cierto. Sainte Beuve, dice el escritor francés E. Ledrain, conocía y practicaba esa crítica.

No comparto en absoluto la rotunda afirmación de Ledrain, pero no es posible negar que en el autor eximio de *Causeries de Lundi*, hay en determinados momentos, más o menos conscientemente aplicado, algo y aun a veces mucho de lo que integra el concepto crítico de Taine. Siempre hubo en este pensador genial un fondo de dogmatismo.

No me ha sorprendido por eso la crítica destructora de Aulard. Cuando por primera vez leí con vivísimo interés la obra monumental de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, parecíame notar, en su rigidez de criterio, en cierta visible inclinación de su espíritu, como un propósito principal de condenar, como si en el fondo de su ánimo hubiera el empeño de achicar el valor inmenso de la gran Revolución francesa y el mérito naturalmente relativo de los que en primera línea actuaron en aquel decisivo y tormentoso período de la historia humana.

Pero con todo, no obstante Aulard, de la labor histórica de Taine quedan, quedarán en pie muchas cosas. Hay en su magnífica obra sobre la gran Revolución juicios que se me antojan definitivos.

No hay entre sus admiradores, que son legión, quien desconozca la nobleza de su vida y la irreductible independencia de su carácter. Basta mencionar la dolorosa ruptura de su grande y vieja amistad con la princesa Matilde a causa de algo contenido en su magnífico estudio acerca de Napoleón en la misma gran obra citada, que la ilustre dama consideró ofensivo para su familia...

En «Una visita a William James», el psicólogo insigne muerto hace poco con hondo duelo de la intelectualidad universal, fluye copiosa y bellamente un sentimiento de justificada y profunda admiración por uno de los más grandes removedores de almas de estos últimos tiempos.

García Calderón escuchó complacido la palabra serena, austera, efusiva del gran filósofo norteamericano, en Harvard, «la vieja y célebre Universidad americana pletórica de tradiciones». ¡Qué grato debe ser conversar así, durante ratos, en amable intimidad,

sobre cosas de alta vibración espiritual, con una de esas almas escogidas, de selección, que aparecen de trecho en trecho, en el árido camino de la vida, arrojando vivos resplandores sobre las densas sombras que envuelven nuestro misterioso camino!

El insigne profesor de Harvard fue un psicólogo de gran valor que supo sondear con mirada perspicaz los más recónditos repliegues del espíritu, siguiendo siempre la línea de un empirismo sereno y trascendente, acaso en ocasiones de exagerada proyección mística, pero que, contrario al destino de todo dogmatismo empírico, ni cayó en glaciales escepticismos ni finalizó en un materialismo grosero y desesperante.

Sobre toda la obra filosófica de W. James flota como una suave iluminación de noble y prolífico idealismo.

En los magistrales capítulos de su libro célebre, *Fases del sentimiento religioso*, late a cada instante un sentimiento de potente sinceridad, un ideal de radiante amor humano, un ansia de verdad consoladora, al quererse explicar la dolorosa y perenne inquietud de todo espíritu de cierta cultura frente al inexcrutable arcano de nuestro origen y nuestro destino, esa inquietud que ha constituido, que constituye, que constituirá siempre la obsesión de las almas que se ciernen sobre las contingencias y limitaciones de nuestra pasajera y mezquina existencia...

Sintiendo el vacío de ciertas lucubraciones ontológicas, de estériles discusiones de una metafísica incolora y sin envidia, procuró W. James señalar rumbos de finalidad práctica a las especulaciones filosóficas. Si no creó el pragmatismo (el génesis de esta doctrina está más allá del mismo Peirce) no puede por ningún concepto escatimársele el mérito de haberlo propagado, defendido y aun metodizado.

Bien visto, el pragmatismo no vincula ninguna bien caracterizada y racional sistematización filosófica; es pura y simplemente, considerado en su estructura general, un método *a posteriori* de comprobación y verificación que, naturalmente, tiene grandes lagunas y adolece de ciertos defectos aun siendo la dirección más genuina y noblemente práctica que se descubre en toda la filosofía moderna.

El pluralismo es la otra modalidad filosófica de James, doctrina desarrollada amplia y vigorosamente en su último libro *Philosophie de L'Experience*.

Frente al monismo, al concepto de irreductible unidad de gran parte de la filosofía, William James sustenta el criterio contrario al afirmar «que un aspecto de dispersión o de incompleta unificación es la sola forma bajo la cual la realidad se ha constituido hasta el presente.

«La experiencia humana no da sino partes»...

Como los dos estudios a que acabo de hacer referencia son todos o casi todos los contenidos en esta obra digna en todas sus partes de calurosos aplausos.

Los capítulos consagrados al análisis de las corrientes filosóficas en la América latina abundan en datos bien seleccionados y en apreciaciones muy oportunas y discretas.

Esos interesantes capítulos llevan al pie notas muy acertadas y jugosas de nuestro culto compatriota Pedro Henríquez Ureña. Agradezco muchísimo a García Calderón el envío de su bello e instructivo libro. Puedo afirmarle que su lectura me ha producido un verdadero goce intelectual, una voluptuosidad espiritual, un placer estético como solo me han proporcionado muy pocos y determinados libros.

*La historia del Perú, tesis para
el Doctorado en Letras*

POR JULIO DE LA RIVA AGÜERO

Excede sin duda en mucho de las proporciones acostumbradas de una tesis este voluminoso libro de más de quinientas páginas nutridas desde la primera hasta la última de amena, interesante y sustanciosa lectura. El estilo es fácil, correcto, claro, expresivo, elocuente en ocasiones como cumple a este linaje de disquisiciones históricas.

Su distinguido autor es biznieto de Riva Agüero, el muy discutido primer presidente de la República peruana, quien, por lo que se desprende de esta obra, sostuvo un ideal de nacionalismo exagerado, de *peruanismo*, frente a la que califica de absorbente y tiránica hegemonía colombiana instaurada por Bolívar en aquel hermoso país y que duró poco más o menos un lustro.

El vencedor en Junín es objeto de severísimas críticas en los últimos capítulos de este libro, en el que impera, por lo general, un juicio de serena imparcialidad privativo de quien inspirado en un alto y permanente propósito de verdad y de justicia se consagra al difícil y delicado ministerio de reconstruir las cosas del pasado en toda su integridad histórica, procurando desentrañar su verdadero sentido para hacer visibles las conexiones más o menos ocultas que forman la urdimbre de los hechos...

Confieso que no han sido de mi agrado las acerbas censuras enristradas al héroe máximo de la independencia hispanoamericana. Soy fervoroso admirador, sin desconocer sus magnos errores, del insigne paladín epopéyico que constituye para mí una de las más conspicuas representaciones de poderoso y fecundo individualismo que puede presentar nuestra raza. Pasada la eferescencia de los pugilatos partidaristas de su época; extinguido el estruendoso clamoreo de sus enemigos; vueltas a su cauce las pasiones desbordadas que en su encono llegaron hasta poner en manos de gente irreflexiva y extraviada puñales asesinos; depurados y aun justificados algunos de los grandes errores en que incurrió el egregio creador de cinco repúblicas, la personalidad de Bolívar se agiganta a medida que transcurre el tiempo, que se lleva para sepultarlas bajo una capa de merecido olvido las impurezas, las debilidades, las violencias, cuanto naturalmente debía producir la cristalización de su magno ideal en la realidad circunstante en gran parte hostil a la obra ansiosamente perseguida por el gran vidente sudamericano.

El choque tremendo de su radical empeño de emancipación con ciertos intereses poderosísimos en el medio en que actuaba debía por fuerza determinar consecuencias dolorosísimas que en el fondo de su alma él mismo deploraba. Explican a mi ver algunos de sus actos bastante censurados, aparte de las condiciones de su íntima psicología, su vida tormentosa y agitadísima, la fiebre permanente de la lucha, el desenvolvimiento de su idea en medio de circunstancias en gran parte adversas con las que había que lidiar a toda hora so pena de ver zozobrar su vasto anhelo de destruir el infecundo y torpe régimen colonial en el piélagos embravecido de una reacción desapoderada y estulta...

Cuando Bolívar se aprestaba a llevar sus armas vencedoras al Perú, de donde se le llamaba con porfiada insistencia para realizar definitivamente la obra emprendida por el gran San Martín y en ese momento incompleta y en camino de ruina, no faltaron quienes por inquina al héroe o realmente amedrantados por la magnitud del empeño, se dieran a la fácil tarea de esparcir siniestras profecías.

Hubo en Colombia quien auguró que al vencedor en Boyacá le esperaba en la tierra de los Incas la misma suerte que al gran emperador francés en su desdichadísima expedición a Rusia. Todavía se mantenía vivo el recuerdo de los últimos desastres napoleónicos. El Perú, con visos de razón, estaba considerado como el baluarte inexpugnable de la causa española en América.

Pero Bolívar llevaba en sí, como chispa desprendida de lo alto, la fe profunda en el ideal que lo impulsaba como gigantesco y resplandeciente meteoro desde las orillas del mar Caribe a las faldas abruptas del encendido Misti...

Al llegar al Perú lo encontró desgarrado las facciones. Ambiciones personalistas o de grupos alzaban por todas partes su cabeza de Medusa. Los españoles, bajo la experta dirección de Valdez y Canterac, triunfaban en toda la línea.

Bolívar, en el primer momento, tenía que consagrar todas sus energías a la necesaria obra de abatir las facciones que despedazaban la patria en germen. Era de absoluta necesidad organizar el ejército que iba a rubricar con la espada victoriosa del immaculado Sucre la independencia de la América continental en el llano incendiado de Ayacucho.

Escritor tan extremadamente parcial como el realista Torrente afirma, refiriéndose a esa obra indispensable de organización militar que «parece imposible cómo en tan corto tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección»...

Que en ese empeño de apaciguamiento de las facciones que se disputaban el poder obstaculizando y aun haciendo peligrar el magno propósito de emancipación al impedir que se diese unidad e impulsión a la marcha de la guerra, incurriera Bolívar en lamentables extremos, cosa es que quizás no puede oponerse en duda, pero cuya atenuación o justificación se encuentra en las mismas circunstancias que lo envolvían y en nuestra deleznable arcilla humana donde las excelencias son muchísimo menos numerosas que las imperfecciones. Con todo eso, aun con esos mismos errores que se desvanecen en el conjunto de su obra

inmortal, precisa reconocer que sin Bolívar, sin la oportuna intervención del ejército triunfador de Colombia, la independencia peruana se hubiera retardado algunos años.

Por eso le cabe al Perú la gloria altísima e imperecedera de que en su histórico suelo Bolívar y Sucre hicieran pedazos la cadena colonial, sellando definitivamente la libertad de todo un continente...

Y fuera de estas objeciones, productos de mi cálido entusiasmo por el héroe caraqueño, declaro con sincero regocijo que todo lo escrito en este sugestivo y bien pensado libro merece mi completa aprobación y mi más caluroso aplauso.

La exposición clara y razonada en él contenida sobre el desenvolvimiento de las investigaciones históricas en el Perú debe satisfacer por entero al más exigente en estas materias, pues expresar con verdadera precisión y relativa amplitud las más importantes y características peculiaridades de ese proceso de desarrollo histórico.

Su examen analítico y comparativo de cada uno de los historiadores peruanos resulta bastante seguro, amplio y comprensivo, sin exageraciones incongruentes, sin alabanzas intempestivas, sin censuras destempladas en demasía, como obra de quien, por educación, por estudio y temperamento, persigue, con exclusión de cualesquiera fines mezquinos, lo que en estos asuntos considera como verdadero o más próximo a ello y lo que a su juicio tiene permanente y positivo valor humano.

Para mi la Historia, en su más noble y fecunda acepción, estriba en la visión artística y sintética del conjunto, en la reconstrucción armoniosa, serena, palpitante de animación de un suceso o de una vida, de un período o de una época, de un aspecto cualquiera del ideal humano progresivamente realizándose en el tiempo y en el espacio con cuanto le presta carácter determinante y definido, sin que para arribar a ese fin se exagere la búsqueda del detalle nimio, de futilidades momentáneas, de insustanciales pequeñeces que en realidad nada contribuyen a la explicación satisfactoria que debe desprenderse de toda importante actuación histórica desapasionada y concienzudamente observada.

Sin una visión resplandeciente e íntegra del conjunto, de verdadera fuerza sintética, no hay gran historiador posible. En esa evocación de un personaje o de una época cuando es hecha en cierta forma expresiva y sintética, se refleja, como en limpio espejo, el desenvolvimiento de un aspecto histórico en su punto de mayor intensidad.

Por eso la Historia, desde un punto de vista más o menos profundo y filosófico, no es, ni puede ser, narración seca y escueta de sucesos resonantes sazonados con la salsa inconsistente de vulgares comentarios combinados con mayor o menor arte, sino la reproducción vibrante e intensa del conjunto de caracteres específicos del dinamismo social, de lo que en cierta manera resume y exterioriza la vida humana en su expresión más cabal y compleja...

Por lo que se advierte en este de veras sugestivo libro, el género histórico dista bastante de haber alcanzado un gran florecimiento en el Perú. Con perspicaz mirada crítica expone lo que cada uno de los escritores que examina ha aportado como contingente más o menos valioso al acervo de la historia nacional. Los *Comentarios reales* de Garcilaso, fuente copiosa de la primitiva historia peruana, son estudiados por él con serenidad y acertado criterio, poniendo a la vista con recto espíritu de justicia los yerros, las exageraciones, la candorosa credulidad de aquel narrador que llevaba en sus venas sangre de conquistadores y de Incas, lo mismo que lo que en él hay de resistente, de verdadera y definitiva concreción histórica.

Prescott, aun siguiendo con preferencia a Sarmiento y a Ondegardo en su conocida *Historia de la conquista del Perú*, cita con mucha frecuencia a Garcilaso, a quien consagra esta nota, que no deja de tener su importancia: «Garcilaso colma muchos vacíos que dejaron abiertos sus compañeros de trabajo. Es dudoso que, en todos los casos, estas explicaciones que suplen los vacíos puedan resistir al tiempo como el resto de la obra»...

Riva Agüero se inclina a creer, basado en muy atendibles razones, que, como no falta quien sostenga, al período de behetría o de confusión y anarquía a que siguió la genuina civilización

incaica –que a la llegada de los conquistadores debía contar de cuatro a seis siglos de existencia– le había precedido un grande y poderoso imperio megalítico, como parecen atestiguarlo el aspecto arquitectónico y las inscripciones de las vetustas ruinas de Tiahuanaco...

En la parte consagrada a los historiadores eclesiásticos, Calancha, Meléndez y otros, se palpa la nociva influencia del ideal teocrático encastillado fuertemente en los conventos y que durante más o menos tres centurias moldeó a su antojo la vida, hasta cierto punto casi monástica, de la sociedad peruana. Abundan los pormenores realmente interesantes sobre diversos aspectos de la existencia conventual.

No tiene desperdicio lo que cuenta respecto de la visita de fray Salvador de Ribera, obispo de Quito, a un convento de monjas. Parece una página arrancada al *Decamerón* de Bocaccio...

Y al tocar a los tiempos modernos patentiza con verdadero conocimiento de causa y con juicio depurado y sereno lo que en el general Mendiburu y en Paz Soldán es digno de censura o de consciente encomio. Son los dos que con mayor éxito han cultivado el género en el Perú moderno, por más que a ambos les falte muchísimo para considerarlos como verdaderos historiadores.

En el Perú, lo mismo que entre nosotros, aunque hay muy apreciables ensayos de esa clase, todavía está por escribirse la historia a la moderna, libertada de ciertas ataduras tradicionales y con un amplio y comprensivo sentido crítico.

Lo que más me ha gustado de este instructivo y ameno libro es el magnífico Epílogo en que, al resumir su concepto de la evolución histórica en el Perú, expresa atinadísimas reflexiones acerca de la imperiosa necesidad de cultivar asiduamente este ramo de la actividad mental si es que en realidad tenemos en mira altas finalidades de positiva grandeza nacional. Sus ideas sobre este punto, que juzgo de capital interés para estos pueblos de Hispanoamérica, tienen bastante afinidad con las que expuso en el prólogo de *Rufinito* sobre la innegable conveniencia de ir formando una literatura de carácter nacional

que encauce las actividades de nuestro pensamiento –derrochadas en la actualidad en puerilidades rítmicas o en prosas insustanciales casi siempre productos de imitaciones irreflexivas– por los rumbos salvadores de los estudios históricos para por esa luminosa y descampada vía robustecer el espíritu de nacionalidad integrado principalmente por el vivo recuerdo de cosas extintas que han impreso hondamente su huella en el alma individual y colectiva.

Los factores que en épocas pretéritas sirvieron para la gradual cohesión de ese espíritu continúan actuando dentro de nosotros con formas más o menos diversas de expresión, pero conservando toda su prístina y característica potencia. Lo que fue considerado en sus más nobles aspectos levanta a cada instante ecos prolongados en lo más hondo de nuestro ser.

Lo que en la actualidad reviste de relativa vitalidad y consistencia nuestro concepto de patria, procede íntegramente de fuerzas conscientes y subconscientes que tienen su punto de arranque y de crecimiento en ese pasado más o menos envuelto en nubes de olvido. Somos eslabones de una cadena que se prolonga indefinidamente.

Debemos propender a enlazar vigorosamente en el tiempo lo que fue con lo que es para por medio de su acertada fusión elaborar fructuosamente lo que será. Por más robusta e independiente que se suponga una individualidad no es ni puede ser moralmente producto aislado, planta solitaria que crece espontáneamente sin conexiones con la realidad espiritual que la circunda y penetra.

Para vivir, necesita nutrirse en mayor o menor grado de los mismos elementos que dan fuerza a las otras. Nuestro ambiente, en lo moral, está formado de cosas extintas, de actuaciones más o menos completamente definidas, de todos los misteriosos efluvios desprendidos de un mundo muerto en la apariencia, pero que por virtud de cierto eficiente e incoercible dinamismo prosigue su evolución, cada vez más acentuada, en el fondo de nuestras almas.

De ahí la importancia capitalísima que reviste la Historia para la adecuada vigorización del alma de un pueblo impidiendo que se extravíe lamentablemente por caminos sombríos de deshonra y de perdición.

Trabajemos ahincadamente para que el alma nacional se eleve a resplandecientes alturas de verdad y de justicia cultivando vivamente, con amor y simpatía, lo que constituye su proceso de actuación histórica, su historia más o menos fecunda y brillante en que como ser colectivo seguimos viviendo aun después de derrumbarse o de transformarse en el tiempo lo que un día constituyó el poder y la grandeza de un pueblo.

Conferencias del Ateneo de la Juventud

Contiene este interesante y sugestivo libro –que acabo de recibir de México– las seis Conferencias pronunciadas por los distinguidos intelectuales Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet y José Vasconcelos en ocasión del primer centenario de la independencia mexicana y con el bien intencionado y laudable propósito de «estudiar la personalidad y la obra de pensadores y literatos hispanoamericanos», cosa que estimo en alto grado necesaria para que, conociéndonos mejor, pueda algún día ser una realidad consoladora el ideal de una estrecha unión de estos pueblos de habla española, tal como la pregonan actualmente muchos de los más connotados escritores de nuestra América.

Siquiera sea someramente voy a expresar mi humilde opinión acerca de estas conferencias, las que, por las figuras de alto relieve filosófico o literario a que se contraen, por la claridad y belleza del lenguaje y por el caudal de apreciaciones críticas en ellas contenido, bien merecían más detenido y completo estudio que el que les dedico, pues sus autores dan muestra elocuente en las páginas de esta obra de conocer concienzudamente, como en realidad deben conocerse estas cosas, los puntos de alto alcance filosófico, literario y científico que se dilucidan en estos muy apreciables trabajos.

* * *

Versa la primera Conferencia, serena y discretamente pensada, sobre *La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos*, el insigne pensador antillano.

Su autor, el culto escritor mexicano Antonio Caso, es ya ventajosamente conocido del público intelectual dominicano por otros excelentes estudios de índole filosófica, en que se ha podido observar un criterio amplio, bien equilibrado, poco propenso a divagaciones, y la plena posesión del arsenal de conocimientos y de datos de todo punto indispensable para orientarse con relativa facilidad por el dédalo de estos complejos y abstrusos asuntos.

Caso acierta, casi por completo a mi ver, al precisar algunos aspectos, los más importantes quizás, de la personalidad intelectual de Hostos, que es, sin ninguna clase de duda, una de las más altas y representativas figuras del pensamiento moderno en Hispanoamérica.

Tal vez o sin tal vez sea la *Moral social* el libro en que Hostos puso las más altas vibraciones de su generoso espíritu. En esas páginas está la savia más pura de su poderosa inteligencia y lo más característico de su sensibilidad exquisita. Más que un filósofo genuino, de escuela; más que un sociólogo mismo, a pesar de serlo tan notable, Hostos es un moralista en toda la prolífica extensión del concepto.

En lo que atañe a su concreción ética principalmente, en lo que presta verdadero relieve a su personalidad moral, han impreso su sello, no hay que profundizar mucho para atisbarlo, con mayor o menor fuerza, aspectos característicos del ideal socrático, elementos procedentes del estoicismo de Epícteto y de Marco Aurelio, la proyección perennemente luminosa del imperativo categórico de Kant...

Su idealismo ético es de abolengo intelectual, y en escasa parte de procedencia étnica, como parece creerlo Caso. Pertenece, de pleno derecho, a la categoría de pensadores austeros, en la que entran espíritus conspicuos sin procedencia de

raza, un Sócrates, un Spinoza, un Kant, creadores de mundos morales, que, frente a las mutaciones del alma social, a la multiplicidad y cambio de las ideas, a las transformaciones de la vida, levantan el sólido edificio de una irreductible convicción, y en él colocan, a manera de insustituible divinidad, un ideal de suprema perfección que miran sereno, resplandeciente, existiendo siempre a despecho de lo transitorio y mudable de las cosas, *sub specie aeternitatis*.

No obstante sus nexos evidentes con el positivismo de Comte en su primera parte, y el de Spencer en ciertos puntos principales, y a pesar de su criterio de certidumbre *científica*, que le hace convertir la ciencia en base exclusiva de todo razonamiento positivo, de todo empeño racional de verdad, los cimientos de la construcción filosófica de Hostos son casi enteramente idealistas.

Su idealismo sobrio y circunspecto, de tonos francamente optimistas, tiende de continuo a ennoblecer y dignificar la vida. Su concepción ética, muy subjetiva en lo esencial, de aparente cohesión *científica*, Caso lo ha visto bien, reposa en la unión de nuestro yo con la naturaleza, de nuestro ser físico y espiritual con la existencia del universo, en la estricta correspondencia de nuestro mundo mental con el mundo de las realidades sensibles, en un concepto de razón y de deber vinculado en la *eterna* armonía de las cosas, armonía aparente en cierto íntimo sentido, ya que debajo de esas apariencias de realidad sólidamente cohesionada, vibra con ritmo misterioso lo vario, lo contingente, el ser en perpetua evolución creadora...

Tal vez sean frágiles las bases que da Hostos a su concepción ética, pero no sé si la *libertad metafísica* que indica Caso como único asidero responda mejor como base de certidumbre *definitiva*...

En Hostos, moralista ante todo, cualquier concepto, el concepto estético quizás en primer término, la noción de Belleza sustantiva del Arte, irradiación divina de nuestro ser afectivo, debe subordinarse al supremo concepto de finalidad moral...

Error sin duda, pero propio de todo genuino moralista. Para él parece el Arte carecer de propio contenido, de realidad

sustantiva, autonómica... Por eso, por esa modalidad de su espíritu, échase de ver cierto vacío en algunas de sus críticas, en el magnífico juicio de Hamlet, por ejemplo. Todo por el Bien y para el Bien: he ahí su divisa. Caiga quien caiga, hay que sacar a flote el Bien, razón y justificación suprema de la vida...

Caso, con serena mirada crítica, ha visto con exactitud cuanto integra la concepción moral, majestuosa e imponente como un templo marmóreo, del gran pensador, y ha sabido rendirle el homenaje de admiración y simpatía que se merece el antillano genial y austero, una de las más altas cumbres de la mentalidad de la raza española, que, en todo tiempo, como quería el gran filósofo estoico, supo armonizar estrechamente su pensamiento con su vida casta, luminosa, edificante, que puede presentarse como acabado modelo de personal y verdadera grandeza ética...

El poeta Alfonso Reyes, en la segunda Conferencia, estudia con efusiva simpatía la obra poética de Manuel José Othon, el inspirado autor de *Los poemas rústicos*. Conozco poquísimos, casi nada puede decirse, de la celebrada producción rítmica de este notabilísimo poeta mexicano.

Leí, hace algunos meses, con verdadera delectación, los hermosos sonetos de *Noche rústica de Walpurgís*, vasta sinfonía donde, a cada instante, se siente la intensa vibración de un alma saturada de divino amor por la naturaleza, donde esplende de continuo, con cierto vago colorido clásico, sin complicados arabescos, armoniosa y bella, una visión amplia y sugerente, de lo que, en determinados momentos, produce en ciertos espíritus la contemplación de las múltiples bellezas de la campiña solitaria, apacible, poblada de misteriosos rumores...

Hay en Othon cierto género de panteísmo *místico*, que, aun bebiendo de continuo en el raudal inagotable de las cosas miríficas del mundo natural, aun tendiendo, en ocasiones, a compenetrarse con ellas, conserva siempre el rescoldo de ciertas creencias religiosas, flores *místicas* que aún no ha destruido el

cierzo de dolorosos escepticismos. Hay muchas bellezas en estos sonetos.

De uno de ellos, de «Intempesta Nox» copio los dos tercetos, que dan, aunque lejana, cierta idea de su espíritu y de su *manera*:

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en ti, que nos envuelva
el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de sus misterios.

En esta sentida y hermosa Conferencia, en la que Alfonso Reyes ha puesto algo de su alma, me ha parecido contemplar, tal como seguramente debió ser, el noble y melancólico poeta que vivió esparciendo en ritmos vibrantes y bellos las más puras palpitaciones de su corazón noble y generoso.

* * *

En la tercera Conferencia, nuestro ilustrado compatriota Pedro Henríquez Ureña, con criterio sagaz y penetrante, estudia el conjunto de ideas y de orientaciones espirituales que caracteriza la obra intelectual, evangelizadora y transcendente, del ilustre José Enrique Rodó. Este estudio, perspicaz y hondo, es en un todo digno del pensador uruguayo.

La característica principal, a mi ver, de la clara inteligencia de Pedro Henríquez Ureña, consiste en su facilidad para descubrir y precisar los puntos de enlace de las ideas filosóficas, las analogías que las aproximan y las diferencias que más o menos realmente las separan.

Hay siempre entre los sistemas, concepciones más o menos bien definidas de espíritus atentos y reflexivos que quieren ahondar en el misterio que nos envuelve, cierto encadenamiento ideológico, cierta concatenación conceptual, en muchas

ocasiones poco perceptible, y el toque estriba en poder percibir, bajo apariencias muchas veces engañosas, el hilo finísimo y casi invisible que corre al través de esos sistemas estableciendo entre ellos nexos y conexiones de mayor o menor importancia filosófica...

El pensamiento fundamental de Rodó (*Motivos de Proteo*) puede condensarse en estas palabras: «Renovarse, transformarse, *rehacerse*, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida»... «Nuestro yo, dice Guyau (*La educación y la herencia*) con gran profundidad, no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se hace, y no estará jamás terminado.»

La vida, *rehaciéndose*, siguiendo una onda de eterna impulsión, crea, crea sin cesar. No hay, no debe haber en el desarrollo de la vida universal ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en un proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes infinitos...

En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en casi toda la filosofía, el *devenir real*, según su frase, determina una creación incesante. Para Bergson «lo que aparece como nuevo en las cosas es de una novedad auténtica». Pedro Henríquez Ureña ha visto, y creo que ha visto bien, las conexiones que existen entre el bergsonismo y el dinamismo psicológico de Rodó.

La originalidad del autor de *Ariel* consiste principalmente para él en haber convertido en norma de acción para la vida la doctrina cosmológica de la filosofía bergsoniana dándole trascendencia individual y social con la enseñanza de la necesidad de cultivar perenne e intensamente nuestro yo...

Existe en Rodó cierta unción evangelizadora, como de apóstol, el *misticismo laico* de que hablé en mi estudio sobre *Motivos de Proteo*. Misticismo entendido, ya lo creo, en un sentido intensamente humano.

El gran escritor uruguayo, ¿cómo no? ha sumergido su espíritu, con amorosa delectación, en el fresco y apacible remanso de la mística española, «aquella generosa escuela, dice

Menéndez y Pelayo, que llevó la elocuencia castellana al grado más alto que puede llegar lengua alguna» (*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II). Más que en el concepto, más que en la frase misma, en cierto perfume suavísimo que a menudo brota del pensamiento de Rodó, créese aspirar algo de las flores del jardín místico que constituye quizás lo más sinceramente sentido de toda la literatura española.

Bien merece vivos elogios esta Conferencia en que nuestro muy culto compatriota ha rendido, bella y hondamente, homenaje de justificada admiración al más alto de los actuales pensadores de Hispanoamérica.

Hermosa, muy hermosa la Conferencia, cuarta de la serie, en que Carlos González Peña, con sereno juicio, en estilo vibrante y bello, traza los principales rasgos del *Pensador mexicano*, don José Joaquín Fernández de Lizardi, intelectual espontáneo, incorrecto y fecundo que en libros y periódicos tuvo el raro mérito para la época en que vivió de retratar con vigorosas pinceladas la sociedad mexicana de su tiempo con todas sus más resaltantes peculiaridades, justamente en los momentos decisivos y trágicos en que va a operarse la más completa y radical transformación que señala su gloriosa y agitada historia. Confieso con dolor –el dolor del intelectual hispanoamericano que por falta de datos minuciosos no puede darse exacta cuenta del desarrollo cultural en este continente– que no conozco nada de la figura de veras atractiva a que consagra González Peña estas sugestivas páginas.

La vida intelectual de Hispanoamérica, en lo que atañe a la época colonial, yace como cubierta por un sudario de indiferencia o de olvido. Y aun en estos mismos instantes, la escasez de medios de comunicación rápidos y seguros contribuye en primer término a que la expansión intelectual de cada una de estas repúblicas tenga por lo común un valor enteramente local, traspasando pocas veces el límite demarcado por sus respectivas fronteras...

Son en extremo curiosos los pormenores que nos suministra el conferencista acerca del periodista, novelador y poeta que estudia, porque todo eso, en cierto grado, lo fue Fernández de Lizardi, quien –y esto lo hace doblemente simpático para mí– como elocuentemente lo dice González Peña «supo anteponer al de la belleza y al de los hombres, un amor, un grande, un inmenso, un infinito amor: ¡el amor santo de la Patria!»

* * *

Sobre un pedestal de admiración circunspecta y razonada, coloca José Escofet, en la quinta Conferencia, la figura por demás interesante y atractiva de la *décima musa*, la inspiradísima sor Juana Inés de la Cruz. El estudio de Escofet, sobrio, preciso, con puntos de vista críticos muy apreciables, resulta, en ciertos paisajes, una verdadera evocación de aquella mujer de alma ardiente y apasionada. Eso fue ciertamente.

En ella, sobre los delirios místicos, sobre la poetisa misma, está la mujer que parece haber sentido una pasión amorosa que quizá no fue compartida; que durante veinte años de clausura, en la celda conventual, solitaria y triste, como que vivió ahogando algo que tuvo su raíz en los primeros deslumbrantes años de su existencia mundana...

A pesar del carácter de algunas de sus poesías en que parece aletear el ensueño místico, su vena poética, enturbiada a veces por el mal gusto reinante, parece fluir copiosamente de algo que en ella no es vano artificio retórico, que brota de lo más íntimo de su ser, hecho para amar con amor terreno, y que, por circunstancias desconocidas, tuvo que convertirse, bien a su pesar, al cubrir su cuerpo con los hábitos monjiles, en expansiones de devoción más o menos sinceras...

Por ciertos aspectos, fue sin duda superior a su época. Su ansia de saber era grande. El estudio la seducía. En el convento parecían mirar con malos ojos su anhelo de conocimientos. Se cohibían, o poco menos, sus aficiones a instruirse, como lo da a entender cuando afirma que «alguna prelada muy santa y muy

cándida creyó que el estudio era cosa de inquisición»... Sobre el lugar de su nacimiento han corrido versiones diversas en obras de relativa importancia publicadas en la misma España.

Pedro Alcántara García en su deficiente *Historia de la literatura española* la considera como peruana, y aunque Ticknor, en su *Historia* (tomo III, p. 232), al mencionarla simplemente dice que es de México, en las adiciones y notas de Gayangos y de Vedía que lleva esa misma historia, se afirma que nació en Guipúzcoa...

Me ha gustado mucho esta interesante Conferencia, en que aparece con todo su verdadero relieve escultural la inspirada poetisa mexicana.

* * *

En la sexta y última Conferencia, *Don Gabino Barreda y las ideas modernas*, juzga José Vasconcelos, con criterio bien equilibrado, con información bien depurada, la parte que corresponde a Barreda en el progreso intelectual de México de estos últimos tiempos y las diversas orientaciones del pensamiento moderno.

Refiriéndose a Barreda dice Vasconcelos: «él implantó entre nosotros los fundamentos de un pensar distinto del que había prevalecido en los siglos de dominación española y de catolicismo».

En conjunto, en sus líneas principales, en lo que he podido apreciar de la obra de Barreda en México, se me figura advertir, en algunos de sus aspectos, un pronunciado parecido con la realizada entre nosotros por el ilustre antillano Eugenio M. Hostos.

Ambos, cada cual a su modo, por virtud de métodos superiores de enseñanza, desprovistos de gérmenes escolásticos, dan luminosa y racional dirección a energías mentales, sacándolas del estacionamiento intelectual en que yacían mezclados confusamente los elementos deficientísimos de cultura científica y de ética social —ya reemplazados ventajosamente en otras partes— que constituían la herencia espiritual de más de tres centurias de coloniaje...

Ambos, en lo posible, inspirados en un parecido ideal de ciencia coherente y definida, renuevan y fecundizan la atmósfera de tradicionalismo rutinario de ambos pueblos esparciendo a manos llenas los efluvios de doctrinas modernas vinculadas en un propósito consciente de positivo mejoramiento social.

El positivismo comptista y el evolucionismo spenceriano, como constata Vasconcelos con acierto, cada día van como alejándose más del concepto cosmológico y biológico que empieza a formarse por virtud de las más recientes investigaciones científicas.

Datos suministrados por las ciencias de laboratorio, van como destruyendo algunos postulados de procedencia netamente positivista. Es sorprendente, verdaderamente sorprendente, lo que empieza a descubrirse en ciertos aspectos del mundo fenoménico. Le Bon acaba de insinuar la posible formación de una química *nueva*. Analogías insospechadas comienzan a advertirse entre ciertos elementos naturales. Nuestras ideas sobre la materia están sufriendo una radical transformación.

Lo esencial, según Poincaré, es ver con atención «lo que hay *debajo* de las cosas». El radio y sus portentosas propiedades constituyen un buen ejemplo de ello. Con insuperable fuerza de expresión lo afirma Le Bon: la materia se *desmaterializa*. El calor solar, dice, es materia disociada. La hipótesis cosmológica presenta nuevos y muy curiosos aspectos.

Y la ciencia, expresión lógica del conocimiento mental, sin abandonar sus métodos de observación y de experiencia, se hace más relativa, contingente, progresiva en determinado sentido....

Y en el mundo del espíritu acaece lo mismo. Nuevas corrientes de ideas van señalando orientaciones inesperadas o poco menos. Cada vez parece más difícil, en este caos de ideas diversas o radicalmente contradictorias, fabricar con nuestra evidente limitación mental una concepción completa y satisfactoria del universo.

Hay que huir, como de la peste, de todo dogmatismo cerrado que, aun representando un descanso, un punto de parada para un espíritu cansado por la impotencia del esfuerzo, en el

fondo vincula un límite, pone como una muralla al dinamismo mental incesante y fecundo, porque, como dice muy bien Vasconcelos, «fácilmente se refugia uno en una concepción que juzga definitiva y trata de imponerla a los demás»...

Lo más alto, quizás, de la filosofía moderna, lo representa el *bergsonismo* entendido sin raradicalismos intempestivos que podrían revestirlo de apariencias o realidades dogmáticas.

El paso de lo intelectual, de lo puramente conceptual, a la percepción directa, a la intuición inmediata, a lo íntimamente personal, al yo profundo, establece en el *devenir real* una perpetua creación que se dilata en horizontes sin término... La filosofía de Bergson entraña una inmensa trascendencia para finalidades de vida individual y colectiva, y contiene elementos capaces de seducir y avasallar las más altas inteligencias.

Pero para aceptarla ampliamente, en toda su integridad, hay que descender, según frase del mismo Bergson, «al fondo moviente, activo y vivo de la realidad»; y para eso hay que romper de golpe con muchas formas mentales de hondísimo arraigo en nuestro organismo intelectual, con muchos siglos de lógica *espacial*. Bergson reclama de nosotros, dice Gastón Rageot (citado por W. James en su *Philosophie de L'Experience*), una especie de catastrofe interior, y todo el mundo no es capaz de tal revolución lógica.

Pero aquellos que han tenido la flexibilidad necesaria para realizar este cambio completo no pueden ya volver a su antigua actitud mental: permanecen bergsonianos».

Paréceme que Vasconcelos juzga algo superficialmente el pragmatismo *norteamericano*, de W. James sin duda, a quien ni una vez menciona en su bien pensada Conferencia. Ciertas prácticas pueriles y aun extravagantes, adjudicadas al pragmatismo, no responden ciertamente al fondo de seriedad que debe avalorar toda doctrina o método filosófico. Pero los extravíos a que se refiere el inteligente ateneísta son exterioridades más o menos pasajeras, rugosidades de la corteza que en nada perjudican a lo que hay debajo de ella: la rica savia que mantiene la vida en todas las partes del árbol frondoso del pragmatismo

que representa una de las más notables concepciones del pensamiento filosófico.

En la literatura empieza a dar frutos más o menos sazonados. La última novela de León Daudet, *La Mesentente*, está influida directamente por el ideal pragmático. Y no hay que darle vueltas. El bergsonismo, a que parece inclinarse Vasconcelos, desemboca, lo mismo que el concepto pragmático, en el vasto océano del empirismo.

Pero a la manera de Bergson no hace, según frase del mismo James, «sino probar la inmortalidad del método...» «En la conclusión de su interesante estudio, Vasconcelos, después de sentar el pie durante más o menos tiempo en algunos campos del pensamiento filosófico moderno, buscando terreno sólido, proclama y exulta lo que a su juicio, y al mío, en cierto sentido» «constituye la integridad de ese mismo pensamiento, lo que de él ha podido subsistir al través de los siglos»... Y al cerrar su Conferencia, en el último párrafo, hace una entusiasta apología de la acción, del esfuerzo constante, de todo lo que frente al misterio, a lo eternamente inasequible, debe dar a la vida finalidades cada vez más acentuadas de supremo desinterés, de soberano altruismo...

Cantaba el ruiseñor

POR FABIO FIALLO

*E*n la estancia solitaria, apenas alumbrada por una lámpara de alabastro, una mujer joven, bella, de señoril presencia, deja vagar al descuido, como quien sueña, sus manos blancas, lirios en movimiento, sobre el marfileño teclado. Por la abierta ventana entra la claridad lunar como una blanda caricia de los cielos...

De las flores del patio viene un aroma suave que embalsama el recinto donde aquella mujer hermosa y soñadora arranca al piano cadencias en armonía con los anhelos e inquietudes de su alma. Notas impregnadas de no sé qué vaga tristeza, que tienen no sé qué de algo lejano que evoca dulces recuerdos de cosas extintas, brotan continuamente bajo la presión de sus dedos ágiles y finos...

Notas que, en ocasiones, imitan el tenue susurro de pintoresco arroyuelo que culebrea por la campiña amena besando los arbustos en flor, y en otras semejan como imprecisa expresión de sollozos comprimidos que quieren escaparse de un pecho enamorado en que hierven las dudas y los celos...

Así, cuando leo con íntimo deleite los versos sencillos, diáfanos, expresivos, dulcemente armoniosos de Fabio Fiallo, viene siempre a mi imaginación algo idéntico o parecido a ese cuadro

finamente romántico, pues encuentro, sin poder precisar mi pensamiento, no sé qué ocultas conexiones entre él, entre ese ambiente de ensueño, poblado de armonías que se desgranán llevando en sus ondas rítmicas arrullos y ternezas de un corazón apasionado, y la poesía ensoñadora, melancólica, sugestiva, plena de dolientes remembranzas en que Fabio Fiallo ha dejado correr una parte, la más noble de su savia espiritual, casi siempre en forma de súplica o de queja a una mujer amada con expresión musical suavemente arrulladora:

Temeroso de herir vuestro alto orgullo
así fue en sus comienzos mi pasión,
ruego que no alcanzaba a ser murmullo o dulcísimo
[arrullo
que se trocaba en férvida oración.

Visiones miríficas de un corazón sitibundo de amores, como quien tan solo vive para el eterno *femenino*, para la perpetua adoración a la mujer, las composiciones contenidas en este primoroso libro –verdadera joya de arte por su aspecto material y por el jugo mental en él encerrado– reflejan un romanticismo de superficial emotividad en que el amor constituye la trama perenne y obligatoria, y son, en todos los casos, condensación más o menos intensa, pero parcial, fragmentaria, de un espíritu selecto que en el lenguaje rítmico solo traduce con intensidad y fuerza cuanto se relaciona con lo que constituye su culto más ferviente y constante.

La proyección radiante del numen de Fiallo, en ningún caso alcanza a iluminar con las fulguraciones de sus ritmos otros aspectos del espíritu en que llamea vivamente la aspiración a muchas cosas de alta nobleza anímica que marcan las más fecundas y caracterizadas orientaciones de la vida social.

En su yo, la eterna belleza, una y múltiple a la vez, solo atesora irradiaciones sensibles, exteriorizaciones capaces de impresionarlo vigorosamente, cuando toma cuerpo en tipos de mujer, en mujeres amadas, en dolientes historias de pasión

en que laten las incertidumbres, las angustias, las dudas, los celos, los estremecimientos amorosos de un alma en que —en realidad ese amor, por su cambiante naturaleza, nunca llega a la raíz más honda de su ser— solo tiene, o parece tener cabida, la imagen de la bien amada, especie de divinidad terrena que, durante más o menos tiempo, imperará en él con absoluto dominio...

Analizar estos versos, someterlos a un prolijo examen para descubrir sus máculas o poner de bulto lo que en ellos es o semeja infracción a ciertas leyes del ritmo o a lo que una poética convencional estima irregular e incorrecto, sería algo así como profanarlos...

La poesía de Fabio Fiallo, aristocrática y refinadamente delicada, parece hecha para ser sentida tan solo por espíritus exquisitos, de cultura necesaria para ver, desde ciertas alturas, muchas cosas prosaicas y repulsivas que afean y que deslustran la vida; espíritus de cierto temple en que los groseros intereses y apetitos cotidianos no han podido ahuyentar muchas excelsitudes morales, muchos refinamientos psíquicos, muchas inefables delicadezas de sentimiento...

Para mucha gente, para el gran número —y eso se advierte a la primera ojeada— lo íntimo, lo refinadamente personal, lo que en algunas almas es como la expresión de un estado anímico de peculiar nobleza, flor de amor y de generosidad que perpetuamente esparce a su alrededor su benéfico perfume, carece de positivo influjo, no tiene significación ni transcendencia, es mero pasatiempo sin alcance en lo que ese mismo burguesismo califica enfáticamente de vida práctica.

Cuando se posee un alma intensamente saturada de amor, de belleza, de idealismos generosos, que no mira en la vida la continua satisfacción de vulgares goces y de groseros apetitos, que no se siente seducida por lo que disfrazado con formas de mundana y convencional cortesía trasparenta algo de achicamiento de la dignidad personal; quienes tienen un alma así estructurada se exponen de continuo, ya que no a naufragar en un piélagos de desdeñosa indiferencia, a recibir el dardo

envenenado de las envidias, de las vanidades impotentes, de todo lo que por su peculiar naturaleza no puede remontarse a ciertas fulgurantes cúspides espirituales...

En medio del tráfigo social, cercados por apremiantes realidades de la vida diaria, resulta gratisimo para un corto número de almas oír, una que otra vez, como el apacible rumor de dulce música lejana, de una música que nos impresiona agradablemente al traernos en sus notas algo que sin poder definirlo ni precisarlo anhelábamos ansiosamente... Envidiable privilegio del poeta es sugestionarnos y encantarnos de esa manera, en hora propicia, calmando nuestras ansiedades y produciéndonos inefables esparcimientos.

En la poesía de Fabio Fiallo, plena de misterioso encanto, incompleta en realidad porque solo refleja partes, fragmentos de su espíritu, no hay jamás signos de afectación o de cierta pose convencional de última hora. En ella se siente poquísimamente el artificio retórico, la pueril vanidad de llamar en todo momento la atención mediante procedimientos juglarescos o innovaciones que no responden a necesidades realmente experimentadas.

En él no se ve la tendencia a apurar sutilezas mentales para encarnar aspectos de la vida en simbolizaciones abstrusas en que se llevan a su quintaesencia de expresión, ideas y sentimientos envejecidos o gastados. En sus rimas palpita lo mejor de su alma, lo que no es en ella obra de préstamo o asimilación, sino enteramente propio, peculiarísimo de su organismo afectivo, de lo que reside en las más íntimas profundidades de su ser. Aun en su mismo parentesco espiritual, innegable en cierto sentido, con el excelso poeta de *Rolla* y el cantor nostálgico de las *Rimas*, adviértese siempre que tal parentesco solo tiene, en su expresión rítmica, superficiales matices de semejanza, y no es, bien tamizado, sino pura afinidad de sentimientos, acercamiento de espíritus convergentes; pero nunca la tendencia definida y precisa que vincula para el observador consciente como un propósito más o menos visible y caracterizado de imitación en que se desprenden

partículas del propio ser siguiendo orientaciones espirituales extrañas...

Fabio Fiallo, en todo momento, es siempre *él*, siempre el *mismo*, con su peculiar subjetividad romántica, con sus exquisitas delicadezas de sentimiento, con todo lo que en su poesía diáfana, suave, aristocrática, mejor que en ninguna otra expresión de su actividad mental, da relevante idea de la nobleza y generosidad privativas de su alma.



Ciudad Romántica

POR TULIO M. CESTERO

Abrí el libro y casi inmediatamente experimenté una impresión como de deslumbramiento. En estas hermosas páginas, evocación intensamente luminosa, vive con toda su sugerente y épica poesía de antaño, con todo su magnífico esplendor medioeval, con sus peculiaridades típicas, excelsitudes y morbosidades de hogaño, altiva, con la serena majestad de las cosas durables, la urbe insigne, chica por la extensión de su emplazamiento urbano y por su escasa densidad de población, pero de ingente nombradía por su secular actuación histórica, una de las más curiosas e interesantes que registran las crónicas de ciudades americanas...

Desde sus algo desordenados comienzos en la vida literaria, comienzos llenos de titubeos por motivos sobrados naturales, carentes de cierta unidad en la mayoría de sus aspectos, y no obstante evoluciones posteriores más o menos definidas y precisas, Tulio M. Cestero ha conservado intacto, lo que para mí constituye la característica dominante e imperativa de su estilo, la *faculté maitresse* de su personalidad literaria, esto es, su potencia de visión, su constante tendencia a revestir de intenso colorido cuanto abarca su radio visual, aun a riesgo de exagerar la realidad externa prestándole brillos demasiado acentuados y de

evidenciar con frecuencia su escaso dominio del claro-oscuro, lo que le veda, en ocasiones, realizar una creación pictural en que aparezcan armonizados con artística imprecisión gradaciones luminosas y efectos más o menos acentuados de sombra.

Esa falta de medida, de ponderación, en su percepción del color circunstante, que le hace, en general, ver las cosas como de continuo sumergidas en un piélagos de luz intensa que produce en el lector frecuentes y a la larga fatigosos deslumbramientos, es quizás, a mi ver, el defecto más visible –acaso para muchos no lo sea– en que ha incurrido el autor de este bello e interesante libro. Y digo defecto, porque esa irrefrenable tendencia al color crudo, exagerado, de ofuscantes brillos metálicos; esa que me atrevo a llamar *exaltación dionisiaca* de su vista, por carecer de necesarios contrastes, de oportunas atenuaciones, termina al fin –no obstante la magia de su estilo en que se destaca en preferente lugar el constante propósito de decir lo que ve y lo que siente de una manera original, *nueva* en cierto sentido– en una especie de monotonía, en infundir la necesidad de cierto reposo visual, de cierto descanso de la retina, cosas que en cierto grado contribuyen a disminuir el interés de la soberbia descripción de edificios de lengua y romántica existencia y de aspectos y cosas en veces demasiado realistas de la histórica urbe capitala.

En un temperamento como el de Cestero tan bien estructurado para sentir el calor, tan avasallado por la luz, y en un libro de esta índole, se tiende siempre, naturalmente, al predominio de lo descriptivo sobre lo psicológico, a colocar en primer plano lo que se ve, lo que es objeto de observación directa, sobre el concepto íntimo, la concreción mental que eso mismo visto y observado hace germinar en las células cerebrales del espectador consciente.

No se infiera de esta apreciación, ni remotamente, que en ciertos interesantísimos pasajes de *Ciudad Romántica* no lata con verdadero vigor de observación perspicaz e íntima la nota de bien acentuada psicología al referirse, pongo por caso, a ciertas peculiaridades de nuestro organismo social como al penetrar

con seguro criterio en la íntima urdimbre de almas de cierta curiosa y aun no bien estudiada estratificación psíquica.

Tal al trazar en breves y precisos rasgos la personalidad desorientadora en ciertos aspectos del dictador dominicano que vivió continuamente, como algunos personajes del teatro griego en un ambiente de tragedia, y que produjo honda conmoción en todos los ámbitos del país al caer, en una serena tarde estival, fulminado por certeros disparos. Para quien ahonde con mirada exenta de prejuicios y de odios en la incoherencia de nuestro medio social, profusamente saturado de morbosidades de diversa índole, no será difícil comprender que esa figura dictatorial, amamantada perennemente en un añejo concepto de fuerza y de violencia, no es ni puede ser, claro está, producto aislado, solitario, como caído del cielo, sino un fenómeno de rudimentaria sociología, fuertemente estructurado y cohesionado por el medio ambiente, de que es natural concreción, y en el cual fenómeno, determinándolo, entran factores de varia especie, como tradicionalismos hondamente arraigados, preocupaciones populares, resaltantes convencionalismos, formas y maneras estrechas y rutinarias de comprender la realidad que nos circunda; todo, en fin, lo que aún representa en muchos sentidos el ritmo peculiarísimo de vida de la sociedad dominicana, casi por entero desprovista de gérmenes de eficiente y redentor dinamismo.

Y tan es así que el fenómeno social que toma forma corpórea en el dictador, valeroso y trágico, caído en Moca, puede repetirse, se repetirá inevitablemente, si no varían en forma más o menos radical, esos procedimientos, medios y resortes irregulares que figuran en primera línea como de indiscutible eficacia gubernativa en todo el curso de nuestra actuación histórica, ya como colonia, ya como organismo nacional dueño de sus destinos.

Ese proceso de salvadora desviación de los lóbregos caminos que ha seguido constantemente nuestra política, requiere, para cumplirse satisfactoriamente, desenvolverse en el seno amplio y generoso de una paz dignificadora y estable, propicia en un todo

a la expansión de trascendentes iniciativas y al ejercicio gradual y respetado de todos los derechos inherentes a la personalidad humana.

Y para ello no hay que esperar, como se afirma por ahí, a que estemos *suficientemente preparados*, pues para tales cosas la óptima preparación estriba en la práctica inmediata y constante de esos mismos derechos individuales, aunque en los primeros tiempos sea en forma irregular e incompleta.

La mejor escuela para aprender a ejercer esos derechos no radica ciertamente en tales o cuales enseñanzas teóricas, sino en bajar a la candente arena para practicarlos, como indica Lastarria, cuando se pueda y *como* se pueda...

Radica indudablemente la médula de este atractivo volumen en su parte descriptiva, la más sugestiva y completa, enderezada de modo principal a poner ante nuestra vista los edificios o restos de edificios de la época colonial que aún permanecen en pie contribuyendo en gran manera a imprimir fisonomía especialísima, propia para sugestionar y cautivar artísticas imaginaciones, a la ciudad que se yergue altiva besada por las ondas plácidas o rugientes del azul Caribe, que en tiempos pretéritos dio notaciones de alta resonancia y de donde partieron como los fieros halcones de que habla el poeta de *Los trofeos* muchos de los aventureros de férrea armadura que con sus fulgurantes proezas legendarias fijaron los límites del inmenso imperio colonial hispano, casi en los últimos confines del hemisferio austral.

Poesía hermosa, solemne, de intenso relieve medioeval, surge, como proyección luminosa de un mundo cubierto por el negro sudario del olvido, de esos ruinosos paredones en que los siglos han puesto su pátina densa cuando se les contempla, con alma de artista, a la caída lenta y melancólica de las tardes apacibles que se esfuman en las imprecisas vaguedades de grises agonías crepusculares; o cuando sobre la ciudad dormida extiende la noche augusta su clámide de sombras, o en las horas en que los lampos lunares, a modo de suaves caricias sidéreas, bañan suavemente los arcos festoneados de plantas trepadoras, los huecos de las puertas que parecen las entradas sombrías de

amplias construcciones funerarias, los patios abandonados en que crece la hierba con selvática independencia, y en que se cree escuchar algo parecido a una sollozante elegía escapada de los que un día pusieron vida y animación en aquellas ruinas, de los recios guerreros de larga tizona, de los sórdidos y presuntuosos golillas, de los frailes que por esas ruinas pasaron silenciosos y pensativos bajo su amplia cogulla, y que en más de una ocasión, algunos de ellos, en aquella hora tremenda y trágica de la Conquista, alzaron viril y elocuente protesta en defensa de una raza torpemente exterminada, la pobre raza quisqueyana, reclamando con voz que aún vibra en la conciencia humana el derecho de esos aborígenes a vivir sin estorbo en la idílica paz de sus campiñas, en la tierra en que fueron libres y felices sus abuelos.

¡Qué serena, qué intensa poesía, noblemente romántica, a modo de fresco y copioso surtidor, brota de muchas de estas páginas exquisitas y sentidas, donde un artista verdadero puso las gemas deslumbrantes de su estilo eminentemente pictórico con la plausible idea de conservar en esas bellas descripciones llamativos aspectos de un mundo que se extingue, de la vieja poesía colonial que agoniza, de cosas que van lenta o precipitadamente transformándose, revistiendo nuevas apariencias, distintos contornos, obedeciendo al necesario y cambiante dinamismo de la vida!

Constreñido principalmente por su temperamento colorista y por su ansia de realidad artística, traza Cestero cuadritos de cierto realismo crudo, sensual, que han dado margen a críticas y aun a censuras un tanto destempladas.

Demuestra eso, a mi ver, con cierta evidencia, que entre cierto aspecto de la mentalidad de Tulio M. Cestero y nuestro medio social –no obstante describir tan bella y acertadamente algunas de sus principales peculiaridades– no existe completa conexión espiritual, conexión determinada por idénticas formas colectivas de ver, pensar y sentir, y por tal circunstancia debido a sus largas y frecuentes residencias en países de intensa vida artística y a la asidua lectura de autores favoritos extranjeros,

originase su olvido de que lo que en algunos de esos países es cosa corriente de que nadie hace ascos, como la pintura de pronunciados realismos sensuales, entre nosotros tales cosas, infundadamente, aparecen como creaciones sicalípticas, pornográficas, de evidente inmoralidad, fustigadas duramente por muchos con sinceridad de convicción que les honra; pero que otros censuran con probada hipocresía, con ridículo jesuitismo, desde puntos de vista de una moral flexible, acomodaticia, cuyas excelencias decantan a cada instante, aunque guardándose bien de practicarla ellos mismos fielmente, tal como la predicán...

Y no hay que enredar la madeja invocando la libertad artística, el derecho de pintar la vida tal como es, tal como vibra en la realidad, tal como aparece ante nosotros sin eufemismos y aderezos retóricos que la falsean o desnaturalizan, porque aquí aún no estamos ni estaremos en mucho tiempo habituados a no escandalizarnos más o menos tartufescamente ante lo que un concepto de moral de innegable repercusión colectiva condena severamente revistiéndolo de las proporciones de abominable pecado.

Acepto sin ambages una bien entendida y amplia libertad en el terreno de la creación artística siempre que esa libertad corra por el cauce de un sereno, sincero y desinteresado propósito de poner ante nosotros, como lo hace Cestero, un fragmento de la vida real y palpitante; pero censuro cuanto en ese mismo terreno propende torpemente a despertar sensaciones eróticas, apetitos estragados, irremediables impotencias... Ya eso no es libertad artística bien entendida ni cosa que remotamente se le parezca...

Tiempo hace que vengo preconizando en periódicos y en libros la conveniencia de ir colocando los primeros jalones de una literatura lo más nacional posible inspirada en los diversos aspectos y peculiaridades de nuestra naturaleza imponente y majestuosa, en lo típico de algunas de nuestras costumbres urbanas y campesinas que caminan precipitadamente a su extinción, y sobre todo en los asuntos de intensa fuerza dramática de que es tan pródiga nuestra incoherente y sangrienta existencia histórica,

que constituye para mí la base fundamental de un consciente empeño de vigorización del espíritu nacional, libertándolo de las excrescencias peligrosas de disolventes escepticismos y haciéndolo capaz de mantener en perenne tensión un estado de alma en un todo refractario a las humillantes ingerencias y mal disimulados avances del imperialismo norteamericano en nuestra vida como organismo independiente.

Fuerza es, pues, crear una literatura de ideas, una literatura de acción, de bien concertadas energías, una literatura que traduzca con relativa amplitud orientaciones luminosas de la vida moderna para poner de relieve en tal actuación literaria lo mucho de interesante, de vigoroso colorido que puede espigarse en el campo, aún casi inexplorado de nuestra rica y dramática historia.

En esta hay sustancia suficiente para nutrir empeños literarios de diversa índole, no intentados aún, salvo una que otra ligera excepción, porque nuestra actividad mental, por lo común, marcha extraviada, a tientas, sin ideal definido, casi siempre por estrechas sendas de franca imitación, lo que no da margen sino a producciones artísticas de valor muy relativo y de vida inconsistente y efímera.

Poseemos ya en cierto grado –algunos de nuestros intelectuales han dado muestras valiosas de poseerla– la técnica necesaria para la elaboración fructuosa de obras de cierto mérito artístico.

Nada deja de sí esa prosa quintaesenciada, pueril, verbosa, empedrada de neologismos, casi siempre sin ideas, ni esa poesía pletórica de ciertas exquisiteces de forma, de refinamientos de expresión, pero sin alma, que cautiva un momento sin marcar casi nunca en nuestros corazones la huella luminosa y perdurable de su paso. En esas modalidades de nuestra actividad mental no brilla, atrayente y fecundo, el reflejo de nada duradero y trascendente, susceptible de determinar estados anímicos resueltamente encaminados a la realización de altas finalidades de belleza y de justicia, tales como las reclaman estos pueblos hispanoamericanos, menesterosos siempre de nobles

y prolíficos ideales. A cada momento, probando nuestra sorprendente facilidad para tales empeños mentales, vemos surgir partos literarios que atesoran ciertas cualidades de forma, pero sin ideas, sin expresar verdaderas emociones; obras de un seudo subjetivismo frágil, superficialísimo, que, por espíritu de irrefrenable imitación, en ocasiones por declarada pobreza mental, tiende a seguir dócilmente corrientes exóticas de muy discutible mérito literario, orientaciones señaladas por escritores y poetas consagrados por la moda o por circunstancias pasajeras del momento como el auge efímero de escuelas o de cenáculos que casi nunca ilumina la proyección de ideales prolíficos positivamente humanos.

Ciudad Romántica encaja perfectamente en el marco, amplio y resplandeciente, que encuadra esa tendencia nacionalista, salvadora y fecunda, que encarezco con fe de verdadero convencido.

Tulio M. Cestero, como va sucediendo con otros ingenios nuestros, ha comprendido que en nuestra vida social, desordenada, huérfana de indispensables iniciativas, resulta planta exótica, de muy débil perfume, esa literatura trasplantada, erótica, enteca, refinada, inconsistente, pálida flor de boulevard que constituye la concreción más o menos real de una vida enteramente artificial, de horizontes limitadísimos, sin vistas a aspectos cada vez más amplios y definidos del movimiento social.

Urge crear en vez de esas producciones frágiles, sin objetivos luminosos y precisos, cosas sólidas, fuertes, de positivo valor humano, en perfecta consonancia con las ideas de mejoramiento colectivo que a modo de resplandecientes meteoros cruzan la atmósfera de la civilización moderna.

Hay que contemplar de frente, sin vergonzosas cobardías, sin temores casi siempre imaginarios, la realidad que se alza ante nosotros, para, si es inconveniente y nociva, tratar de modificarla en lo posible mediante la actuación gradual y oportuna de ciertas *ideas-fuerzas* de positiva influencia en la evolución social cada vez más vasta y compleja. Ojalá el distinguido

escritor Tulio M. Cestero, nuestro culto y simpático, compatriota, persista en la tendencia que en su producción literaria señala *Ciudad Romántica* cultivando con interés y amor cuanto se oriente en el sentido de realizar y prestigiar este amado terruño cada vez más necesitado del esfuerzo inteligente y viril de sus hijos para conducirlo por vías radiantes de efectivo progreso sin el más leve menoscabo de su personalidad nacional, que es lo que constituye o debe constituir nuestro timbre más alto de justificado orgullo...



Posturas difíciles

POR LUIS C. LÓPEZ

En la primera página de este volumen de versos me encuentro con esta cita de Schopenhauer: «Nadie puede mandar al poeta que sea noble, elevado, moral, que sea o que deje de ser esto o lo otro, porque es el espejo de la humanidad y presenta a esta la imagen clara y fiel de lo que siente»...

En este libro –más aún que en otro anterior de Luis C. López, *De mi villorrio*– se cumple fielmente esta observación del gran filósofo del pesimismo. Luis C. López es un poeta de extraña e incoherente flexibilidad mental, que esboza de continuo un gesto raro, macábrico, de resuelta inconformidad con el orden social imperante, o una mueca funambulesca que en ocasiones provoca la risa, una risa que deja casi siempre una impresión un sí es no es amarga y desconcertante...

Para los encastillados en ciertos prejuicios y preocupaciones tradicionales, siempre será este poeta un neurasténico, que solo encuentra verdadera complacencia en la exhibición vistosa y coloreada de muchas resaltantes fealdades y miserias humanas. Algunos le tildan de pornográfico o cosa parecida. A mi ver no es moral ni inmoral, tomando estos vocablos en cierto sentido. Es pura y simplemente *amoral*.

En estas estrofas su visión de la vida no se cristaliza nunca bien depurada de ciertos aspectos de la realidad inexorablemente condenados desde el punto de vista de muchos convencionalismos e hipocresías sociales.

Su gesto es de vibrante sinceridad, de ruda franqueza, de un naturalismo irrefrenable, extravagante a menudo, propio de un espíritu radicalmente independiente que desde su mundo interior ve las cosas de muy distinta manera que la mayoría de sus semejantes uncida perennemente al yugo de añejos y muy arraigados dogmatismos imperantes en la vida colectiva...

Su musa inquieta y socarrona, sin pudores convencionales, y su acentuado desprecio del *qué dirán*, lo empujan con frecuencia a ciertos atrevimientos de idea y de expresión que lo distancian considerablemente de los numerosos forjadores de rimas para quienes es algo como pecado mortal salirse de los límites precisos señalados por lo convencional y rutinario...

En su organismo afectivo la neurosis parece haber marcado con fuerza su huella de desequilibrios y de delirio. No hay que buscarle nexos ni afinidades con nadie en la poesía hispanoamericana. Es un rebelde impenitente de indiscutible originalidad, que no rehuye ciertas escabrosidades ni teme descender a detalles prosaicos y aun groseros o considerados generalmente como tales. No será jamás popular en nuestros medios intelectuales. Su musa vive al aire libre, sin ciertas castidades tradicionales, solazándose tan pronto aspirando el ambiente perfumado de la campiña henchida de inmensa paz. como recibiendo el vaho de la taberna en que va pronto a resonar con estrépito la juerga desenfrenada...

Recorre con aparente indiferencia o con malsana curiosidad los sitios en que hierve la miseria fisiológica, no espantándose de ciertos aspectos repulsivos o nauseabundos de las cosas. Algunas audacias de su imaginación, de carácter pronunciadamente sensual, podrían formar *pendant*, guardando la debida distancia, claro está, con algunas de la moderna poesía francesa, como en estas obras de Paul Verlaine, pongo por caso («Paralelamente», «Canciones para ella»). A ratos su humorismo tiene un aspecto

que atrae y sugestiona por la nobleza del sentimiento como en estos versos:

Le fusilaron esta madrugada,
como si fuera un criminal...
¿Y la social protesta?
Ninguno dijo nada.
Y aún vibra todavía
dentro de mí ¡qué amarga tontería!
la descarga de la fusilería...

Describe, casi siempre, con atractiva sencillez y apropiado colorido:

Divide el cromo una encina
venerable. Un vespertino
silencio de campesina
paz humilde. Hay un molino
rojo, una verde colina,
y en el fondo azul marino,
como en una cartulina
postal, se aleja el camino...

Después, por el otro lado,
el remiendo inesperado
de un alegre caserío,
la epilepsia de un torrente
y la escamosa serpiente
tornasolada del río...

En «Canción burguesa», ya en postura muy diferente, vibra su incurable rebeldía y su desprecio de ciertas cosas de urdimbre muy humana:

Procura, mientras muere la mies en la cizaña,
flexible cual felino que avizora el ratón,

medir el salto... Y luego .. que gire la cucaña
de la vida ¡No hay fuerza contra la tradición!

Flota como la espuma, zurce tu telaraña
y sé tan multiforme como un líquido. Con
la improbable paciencia de un pescador de caña
subirás poco a poco de escalón a escalón.

Después, atiborrado de honores y dinero,
gasta gorro y pantuflos cabe la lumbré. Pero
para hacer estas cosas sujétate a la ley
de todas las divinas y humanas tonterías,
sin asomo de pena, sin torpes rebeldías,
fingiendo la indulgente pasividad del buey.

Su numen es proteico, complácese, sobre todo, en aprisio-
nar efímeros aspectos de las cosas, instantes emocionales que
dan a sus versos una apariencia de ligereza por más que casi
siempre se encuentren en ellos rasgos pasajeros de cierto humo-
rismo eminentemente personal. La nota cómica, impregnada de
un matiz de vaga ironía, fluye con frecuencia de sus estrofas:

Persigo entre las ruinas de una calle
sin pensar en la teja
que puede caerme, el talle
flexible de una moza. Es muy compleja
la misión de vivir. Y hay mucha gente
que camina a mi lado
diz que prácticamente
viendo para el tejado...

Por tus ojos, hipnóticos ojos,
de un lejano color amatista,
sentí los sonrojos
y las timideces de un seminarista.

Sonó la campana
y dio un resoplido
de bestia en celo la locomotora
en la virginidad de la mañana...

Y te has ido, te has ido,
fugitiva visión de un cuarto de hora,
sin dejarme quitar la sotana...

No me atrevo a citar algunas de sus poesías que revelan el aspecto más pronunciado de su *manera*, a veces eminentemente sensual, casi hiperestérica («Visión inesperada», por ejemplo) de ver y expresar ciertas cosas...

En los versos de Luis C. López, claros y precisos, sin hojarasca de gastado lirismo, no hay cadencias de languidez enervante ni cierta música dulzona que tanto halaga a muchos oídos. Es un poeta de fácil estro que, sin trabas de ningún género, refleja en sus versos la vida circunstante, la vida tal como la vemos desenvolverse dentro y fuera de nosotros, sin los afeites convencionales y sin las mogigaterías que con tanta frecuencia la enturbian y falsean.



Horas de estudio

POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

I

He vuelto a leer con renovado interés estas sinceras y expresivas páginas nutridas de sana y noble filosofía y de discretas y luminosas apreciaciones críticas.

Son frutos hermosos y sazonados de un intelectual, todavía muy joven, que no ha malgastado lastimosamente su tiempo en producir prosas vacuas y puerilidades rimadas, como la mayoría de los escritores jóvenes de América, sino que, desde muy temprano, casi en la adolescencia, ha tendido constantemente a avizorar cosas de verdadera enjundia ideológica, penetrando con pie firme y seguro por la vasta selva para muchos inextricable de los más altos y fundamentales conocimientos humanos.

No titubea, ni se pierde en vacías generalidades, ni en juicios insustanciales, cuando se trata de precisar con la posible certidumbre los nexos y conexiones que el observador atento, desprovisto de prejuicios y de modos de ver escolásticos, atisba de continuo en los factores de diversa índole que han determinado la evolución histórica del concepto filosófico.

Todo hombre de regular cultura, todo espíritu que solicitado por el grandioso espectáculo de la vida universal, tal como se desenvuelve con misterioso ritmo, pretenda, subjetivamente, darse cuenta de lo que el mundo de las realidades sensibles representa y vincula, por el solo hecho de querer explicárselo se pone en íntima comunión con esa vida universal y da a su pensamiento genuino y positivo alcance filosófico.

No puede únicamente adjudicarse el nombre de filósofos a los grandes creadores de sistemas, a los constructores de vastos monumentos metafísicos, los Platón, los Leibnitz, los Hegel, los que han puesto lo mejor de su espíritu en la investigación sistemática del origen y de la finalidad de las cosas.

En determinado sentido, todos, casi todos los que en actitud reverente ponemos nuestra alma en relación con lo infinito pidiéndole la revelación de sus formidables arcanos, somos también filósofos. ¿Por qué no? Bien es verdad que la filosofía, es decir, la elevación de la inteligencia y de la sensibilidad a la comprensión serena y aproximada de la realidad exterior o íntima en que refulge y se expande la vida, ya sea en la forma monística de irreductible unidad de Haeckel, ya en la forma radicalmente pluralista de W. James, no resulta ya, aunque quedando de ello residuos más o menos apreciables en Alemania, algo como esotérico, telúrico, confuso, que es preciso envolver en cierta filosofía sibilina para revestirlo de importancia, sino que, de día en día, va haciéndose en un discreto sentido más accesible, más comprensible, más capaz de poner sus especulaciones al alcance, no de todos, porque esto sería imposible, sino de un número, cada vez mayor, de almas selectas preocupadas de las cosas trascendentes de que se alimenta el pensamiento filosófico.

Como lo indica el autor de este libro en su acertada y bien documentada crítica de la conferencia del cultísimo intelectual mexicano Antonio Caso sobre el comtismo, es innegable que el positivismo de Augusto Comte, en casi todas sus líneas fundamentales, ha envejecido rápidamente, no representando ya, salvo en uno que otro de sus aspectos, sino un valor meramente histórico.

La construcción positiva de Comte, en sus formas fundamentales, en lo que da cohesión y fuerza a un sistema filosófico, aparece ante la crítica serena como sin unidad intrínseca verdadera, a menudo contradictoria, sin ambiente psicológico, sin ningún importante dato o análisis hondo del problema del conocimiento; aunque sí tiene bastante valor en lo que toca a la sistematización, a la superposición de las ciencias que arrancan de las matemáticas, ciencia por excelencia exacta por la precisión y fijeza con que se enlazan sus términos, ni tampoco puede regateársele cierto mérito, en algunos de sus aspectos, a su método que va de «lo concreto a lo concreto», y no tiene casi nunca su punto de partida en meras abstracciones conceptuales.

Que en el mismo *Curso de filosofía positiva* se evidencian frecuentes contradicciones, y que entre esta monumental obra y el Sistema de política positiva las hay también, y resaltantes, cosa es ya a que no vale la pena de hacer referencia.

No obstante su genio, sus grandes facultades de observación y sistematización, Augusto Comte, a lo que pienso, solo tendrá en la historia de la filosofía un valor bastante relativo.

No es ni con mucho, como se afirmaba hasta hace poco tiempo, un renovador de altísima influencia filosófica, pero sería injusticia negar que algunos de los gérmenes echados en el surco por él han florecido con cierta lozanía. Su personalidad filosófica no puede medirse con la de Kant, el insigne jefe del criticismo, quien no tuvo jamás en su existencia de absoluta consagración a la especulación filosófica (*Vida de Kant*, por K. Fischer), las debilidades y errores en que incurrió con frecuencia el genial pensador francés.

Kant marca la línea de separación de dos mundos; la proyección luminosa de su espíritu, sea cual sea su intelectualismo hoy combatido hasta en sus últimos atrincheramientos, tiene extensas y perdurables ramificaciones en casi todo el pensamiento filosófico moderno. Filósofos de la talla de Kant entran pocos en libra...

Dos palabras dan la síntesis del positivismo: realidad y utilidad. Lo real, es decir, lo observable científicamente, lo que nos

suministra el mundo fenoménico que Comte aceptaba o parecía aceptar en toda su integridad exterior; y lo útil, esto es, la aplicación más o menos benéfica, en lo esencial, de esas adquisiciones científicas, positivamente exactas, al desarrollo social.

Quizás la crisis de irremediable decadencia que sufre hoy el positivismo, tenga su génesis, en alguna parte por lo menos, en la muy bien precisada evolución del concepto de ciencia. En ese concepto se integraba como algo de irrecusable exactitud, de certidumbre absoluta, y era como la expresión insustituible e invariable de cosas muy reales y concretas.

Se informaba en cierto criterio de verdad *estática*, de unidad intelectual. La ciencia lo explicaba o podía explicarlo todo. Tengo para mí que la más radical representación de ese criterio está en Haeckel. Dubois Reymond, en su célebre discurso del *Ignorabimus*, sostenía que eran siete los enigmas del universo, de los cuales cuatro jamás serían descifrados.

Haeckel, en su radicalismo científico (El Monismo, etc.) opina que tales enigmas están descubiertos o poco menos... En estos últimos años se piensa de manera algo distinta. Poincaré, en un libro notable (*La valeur de la science*), cree que solamente podemos aprehender cierta armonía entre las cosas, mera trama de relaciones, única realidad accesible a nuestro entendimiento.

La ciencia (Boutroux, *Science et Religión*) era hasta hace poco el conocimiento absoluto de la naturaleza de las cosas. Era, en resumen, la metafísica antigua, con su ambición de conocimiento perfecto, transportado al mundo de la experiencia. La experiencia no puede alcanzar ni los primeros principios ni los fines últimos.

No puede, ni podrá jamás aprisionar en el tiempo un primero o un último fenómeno, que no es, sin duda, sino una ficción, aunque siempre será motivo de saber en qué medida las sucesiones que ella descubre bastan a explicar la aparición de los fenómenos.

La ciencia no es sino un lenguaje, gracias al cual el espíritu se hace relativamente inteligible, es decir, reconocibles y manejables el mayor número posible de hechos... Es un conjunto de

signos imaginados por el espíritu para interpretar las cosas por medio de nociones preexistentes cuyo origen se le escapa... De expresión de verdad estática, permanente, absoluta, la ciencia resulta hoy forma experimental de verdad evolutiva, contingente, necesariamente relativa.

Augusto Comte, a mi entender, es ante todo y sobre todo, un reformador social que quiere aplicar cierto concepto de unidad intelectual, de coherencia científica, al dinamismo colectivo, al desenvolvimiento de las sociedades, a primera vista tan desordenados y confusos.

Mejor que de un filósofo de escuela, su gesto es el de un reformador que quiere modelar los factores sociales a su antojo, y por eso a medida que avanza por esa vía se hace más exclusivo y dogmático. Y estamos ya hartos de dogmatismos. Nadie se ufana de tener aprisionada en sus manos la verdad. Nuestro sensorio no puede aprehender más que resplandores quizás engañosos de esa verdad, de lo que por cierto hábito de categorías o formas conceptuales de pura lógica llamamos verdad. «Una filosofía (*Philosophie de l'Experience* por W. James) es la expresión del carácter de un hombre en lo que tiene de más íntimo, y toda definición del universo no es sino la reacción adoptada voluntariamente a ese respecto por una personalidad.

Los sistemas se reducen en conjunto a un corto número de tipos o modelos que, bajo el verbalismo técnico con que los envuelve ingeniosamente la inteligencia humana, son otras tantas maneras de sentir el movimiento total que impulsa la vida y de vislumbrar la dirección general...» Sobre las otras interesantísimas conferencias de Antonio Caso referentes al positivismo independiente, dice nuestro muy distinguido compatriota cosas muy puestas en razón que casi íntegramente comparto, sobre todo en lo que atañe al gran lógico Stuart-Mill, uno de mis autores predilectos. Spencer es un constructor genial con no sé qué vagas y lejanas reminiscencias de teólogo.

Lo *incognoscible* se explica en mucha parte por la herencia de idealismos religiosos que recibió de sus inmediatos o casi

inmediatos ascendientes. Superfluo y aun contradictorio en el evolucionismo spenceriano, lo incognoscible es algo como la supervivencia de estados místicos impregnados de formas intelectualistas modernas...

En el sugestivo y bien pensado capítulo «Nietzsche y el Pragmatismo» pone el autor de relieve, con seguro criterio, las notabilísimas coincidencias que se advierten entre ciertas geniales apreciaciones del gran pensador alemán y algunos puntos de vista del concepto pragmático de W. James.

No me sorprende tal cosa. Ambos pensadores se aproximan por su acerada crítica del intelectualismo, y ambos, cada cual a su modo, con poderoso individualismo, han explorado la realidad exterior e introspectiva, el uno buscando y encontrando en el perpetuo dinamismo de la vida una condensación de suprema energía, y el otro comprobando, *verificando*, lo que en la esfera de nuestras creencias tiene positivo contenido pragmático. Pero si Nietzsche es más genial, más audaz, más artista, W. James tiene más color genuinamente humano, más salvadora trascendencia social que el forjador del superhombre.

El pluralismo de W. James, representa, en la actualidad, quizás la fase más importante del pensamiento filosófico. Al concepto de absoluta unidad del monismo, opone el concepto de variedad, de diversidad, tal como, bien observado, se nos revela en el mundo exterior.

La forma particular de cada elemento tiene en su abono tantas probabilidades como la forma todo. «La sustancia de la realidad (*Philosophie de l'Experience*, W. James) no llega nunca a formar una colección total; siempre es posible que quede *algo* fuera de la más vasta colección de elementos. Por todos lados vemos existencias individuales, formas diversas. La verdad se alcanza, no por hipótesis, sino por demostraciones»...

¡La verdad! ¿Qué es la verdad? Aún resuena en nuestros oídos esa interrogación formulada hace muchos siglos...

Y aún no hemos encontrado una respuesta que mitigue nuestras dolorosas inquietudes y desvanezca nuestras dudas abrumadoras. Bajo la indiferencia del cielo, seguimos, como al

principiar la melancólica ruta, pidiendo en vano a la esfinge de la gran naturaleza que nos descubra sus secretos. Cayendo aquí y levantándonos más allá, vamos por en medio del torbellino de la vida, sin acertar a descorrer el velo del misterio que nos circunda, sin que logremos saber de dónde venimos ni adónde vamos...

Nuestros conocimientos, dice Littré, son como una reducida isla en torno de la cual extiende su oleaje el océano insondable de lo infinito... Si hoy pensamos que la lógica de las categorías o formas conceptuales aristotélicas y kantianas no nos puede dar sino una visión borrosa, artificial quizás, del mundo sensible en todos sus aspectos; si la ciencia, expresión fiel en gran parte, de ese intelectualismo, no puede, no ya solo en sus postulados de orden moral, sino en lo que atañe y se refiere al mundo de las cosas exteriores, darnos una certidumbre completa, sino resultados mudables, contingentes, como la vida misma; entonces, menospreciada o abandonada la esfera de los conceptos, de las categorías mentales, fuerza es buscar el salvador refugio de la vida íntima, libertada de todo conceptualismo *espacial*, el *yo profundo* de Bergson o la conciencia subliminal de Myers; vida interior, intensa y honda, que también tiene su lógica, positiva y real, porque la *sentimos*; vida de sentimientos, de afectos, de creencias, que, interpretada en un alto sentido pragmático, puede ser de salvadora eficacia en la existencia individual y colectiva... «La experiencia inmediata de la vida, asegura James, resuelve los problemas que más desconciertan la inteligencia pura...»

II

«Vida intelectual de Santo Domingo», uno de los más importantes capítulos de esta obra, es, no obstante su necesaria brevedad, un resumen bastante circunstanciado del desenvolvimiento de las letras en este hermoso jirón de tierra antillana.

En dicho estudio se ponen de bulto con muy discreto criterio los factores de diversa índole que, en ciertos momentos, han retardado o dado impulsión a ese movimiento intelectual, los que, con corta diferencia, debida a accidentes históricos, son los mismos que han actuado con parecido e idéntico fruto en las demás regiones de Hispanoamérica.

Nuestra vida colonial –como se evidencia en casi todos estos pueblos hermanos nuestros por la sangre y por el idioma– no ha sido todavía historiada con el amplio y seguro criterio indispensable para fabricar con los numerosos materiales esparcidos actualmente alazar una síntesis de aquel período, satisfactoria, comprensiva y luminosa. La época colonial, aun para mucha gente culta, permanece envuelta en densas nubes de olvido. Salvo en tales o cuales acontecimientos resonantes, su urdimbre íntima, su peculiar psicología, nos es casi enteramente desconocida.

La impresión que generalmente nos produce ese pasado es de algo así como si se tratara de cosas mitológicas, de la conquista del *vellocino de oro*, pongo por caso. Y esto constituye un error gravísimo de apreciación histórica. Para explicarnos con la posible exactitud lo presente, hay que conocer de modo preciso los nexos de todo género que tiene con todas esas cosas extintas.

Somos hijos legítimos de ese pasado. Y en muchos aspectos de nuestra existencia colectiva, vivimos todavía espiritualmente de su herencia. Imposible darnos cuenta de nuestra actuación actual, con todos los fenómenos de carácter religioso, científico, político, económico y literario que la integran, sin antes remontar la corriente del tiempo y ponernos en estrecha comunicación con ese pasado que frecuentemente solo nos merece un gesto de desdén o una completa indiferencia.

La tarea no es fácil, sin embargo. Los historiadores de verdadera médula son raros. Pocos de ellos poseen en el grado requerido esa maravillosa facultad de evocar, de resucitar una edad, un período histórico, con sus peculiaridades íntimas, con sus sucesivos y bien observados estados de alma sin encerrarse, como la inmensa mayoría, en el estrecho marco de la narración escueta de batallas y de hechos de tales o cuales gobernantes casi

siempre de efímera nombradía; cosas que, en el fondo, son simplemente la expresión de algo muy recóndito e íntimo, de algo que reside en estratificaciones mentales generadas por una multitud de circunstancias étnicas y sociales de cierta complejidad que para casi todos los historiadores pasan siempre inadvertidas.

El pasado, aun en sus aspectos más satisfactorios, no debe ni puede constituir siempre un modelo. Debemos estudiarlo íntimamente, no para imitarlo, sino para conocernos mejor y extraer de él los elementos que, fusionados hábilmente con otros de actualidad, puedan aprovecharse para la elaboración fructuosa de cosas trascendentes.

En nosotros vibra aún fuertemente la vieja alma colonial, repleta de ideas de coerción, de autoritarismo, de centralización asfixiante, de intolerancia, de rutina, sin ninguna tendencia a las iniciativas espontáneas y sostenidas, sin nada enderezado al desenvolvimiento libérrimo del factor individual, causa determinante de todo mejoramiento humano.

En su aspecto estático y rutinario, el pasado tiene extensa raigambre en nuestro organismo social. Lo nuevo, en sus mejores aspectos, como que nos inspira sospecha, y nuestra primera impresión, por lo general, es rechazarlo sin previo examen o quitarle significación e importancia. Hay, sí, que descontar ciertas frivolidades mundanas que aceptamos con los ojos cerrados, copiándolas inmediatamente y en ocasiones de modo exagerado... Existe no sé qué vago matiz teológico y dogmático en el fondo de nuestra psicología. Las excepciones son muchas, y algunas valiosísimas, ya lo creo; pero, naturalmente, sirven para confirmar la verdad de la apreciación general.

Nuestra percepción de las cosas, aun en las últimas clases sociales, es comúnmente fácil y clara. Pero nuestra potencia de evolución es escasa, cohibida o atrofiada por inveterados hábitos de pereza mental, contra los cuales urge reaccionar por medio de un sistema educativo racional y científico que gradualmente, sin violencias ni exclusivismo, estimule la actividad intelectual y destruya preocupaciones y convencionalismos entorpecedores de todo empeño de positivo adelanto.

Una reacción oportuna y provechosa contra lo mucho de anacrónico y obstaculizador que flota en nuestro ambiente social sin lesionar lo castizo y muy propio que debemos conservar a todo trance, parece, a primera vista, cosa que excede en mucho a nuestras fuerzas.

Sé bien que lo que fue, lo que formó la atmósfera moral de nuestros antecesores, ejerce sobre nuestra imaginación un atractivo intensamente romántico. Sentimos a cada paso la atracción, la facinación que emana de ese pasado, al cual, por efecto de la lejanía, revestimos de exterioridades serenamente luminosas. En la mayor parte de los casos, sin embargo, como el héroe del viejo poema clásico, debemos taparnos los oídos para escapar a la seducción de sus cantos de sirena...

Fuerza es reconocer que somos de otro tiempo, que debemos convencernos de que todos los puntos de vista del conocimiento humano han radicalmente cambiado, que lo muerto bien muerto está, y que en la hora actual nuestro deber principalísimo consiste en aceptar de lleno la realidad circunstante para mirar de frente y sin debilidades sentimentales lo por venir. Supervivencias mentales de otro tiempo, huecas e inútiles, mejor o peor disimuladas por artificios intelectuales, resultan ya de todo punto insuficientes para operar saludables transformaciones en el organismo colectivo.

Confieso que en ciertas horas –todos tenemos esos momentos– siento en mi alma la caricia enervante, henchida de ensoñaciones y de añoranzas, que como un suave y extraño perfume se desprende de las cosas muertas...

No resisto a veces la tentación de evocarlas y de ponerme en comunión íntima de afecto con ellas. *Nuestros* muertos, nuestros antepasados, los que terminada su labor se durmieron en el no ser, continúan viviendo física y espiritualmente en nosotros. Pero ese pasado *vivido* en demasía, resulta debilitante y nocivo para el espíritu. La poesía que emana de lo que fue, por lo que toca a nuestro pasado, es poesía de quietud, de recogimiento, de paz conventual, de vanos misticismos; y la poesía de nuestro tiempo es de acción, de concertadas

energías viriles, de actividad creadora, de cuanto se requiere para dar calor y sano impulso a una agrupación social que no quiera ser de las últimas en la luminosa vía trazada por sucesivos adelantos mundiales.

La vida intelectual de Santo Domingo, en todas sus formas de expresión, no tiene ni puede tener, exactamente como la de todos estos pueblos de origen ibérico, nada de característico que le imprima especial fisonomía.

Detrás de exterioridades más o menos brillantes, de aspectos de mayor o menor resaltante modernidad, atúsbese, sin necesidad de ser muy zahori, algo muy arraigado de tradicional y convencional que teme o aparenta temer el contacto con la realidad mundial en sus más pronunciados aspectos.

Muy rara vez sale a la superficie, en prosa o en verso, la nota de emoción intensa que suele arrancar a nuestra sensibilidad el espectáculo de la vida social en permanente proceso de adaptación a fines de existencia cada vez más progresivos...

Sin referirme a otras demostraciones de nuestra existencia social que ahora no vienen al caso, y concretándome a nuestro movimiento intelectual, huelga afirmar que este, como en todas partes, es fiel expresión de tales estados mentales, sin impulsión capaz, salvo contadas excepciones, de producir concreciones literarias que traduzcan artísticamente las dolorosas inquietudes y acerbas dudas del alma moderna ni tampoco la orientación resuelta de esa misma alma hacia rumbos de verdad y de probada eficacia para el mejoramiento general.

En el lenguaje rítmico, por ejemplo, fuera de Salomé Ureña, grande entre los grandes, superior sin duda a la Avellaneda misma, por el vigor del estro, el colorido clásico y lo amplio y moderno de la idea, fuera de José Joaquín Pérez, de noble y robusta vena poética, evocador genial de la extinta raza indígena; y fuera de Gastón Deligne, capaz de subir, por la escala del concepto, a las cumbres más altas de que puede enseñorearse la inteligencia humana, no veo, ni antes ni después de ellos, salvo chispazos aislados, rasgos de inspiración genial aquí y allá, pero

poco sostenidos y sin conjunto, nada que sea poesía sincera e intensamente humana.

Tal vez la generación literaria que ahora empieza a abrirse camino produzca algo que se parezca a esa poesía. Y no es, por lo general, que nuestros escritores y poetas no sientan esas cosas de nuestro tiempo en la medida necesaria para expresarlas bella y vigorosamente. Pero sin duda les cohibe el medio donde todavía no se ve con buenos ojos, por creer que lesiona determinadas creencias o preocupaciones, la expresión libérrima de algo muy individual e íntimo, como es lo que tiende a romper ataduras escolásticas para desenvolver sin trabas de ningún género la propia personalidad.

Quisiéramos también ¡empeño inútil! en homenaje a un seudo y enmohecido ideal clásico, huir de toda palabra que huela a galicismo o tenga visos de novedosa, y de cualquier innovación rítmica que rompa o modifique los moldes usuales sin pensar que en muchas ocasiones esas reformas no representan sino la restauración de formas antiguas más o menos hábilmente remozadas.

Pero nos arrastra el torbellino de la vida, y quieras que no, vamos a veces inconscientemente adecuándonos a las formas que para su expresión verdadera exigen las ideas que esa misma vida elabora incesantemente...

En este capítulo, bien nutrido de datos sobre todo en la parte moderna, notánse, sin embargo, en esta última parte misma, en lo que toca a reciente fecha, algunas omisiones que a mi juicio merecen subsanarse y que indudablemente se deben a tener el autor que seguir desde lejos, desde México, su actual residencia, el movimiento de las letras de su patria, circunstancia que, naturalmente, le impide abarcar toda la actual extensión de ese mismo movimiento.

Esas omisiones no son muchas, por lo menos de verdadera importancia. Deficiente y todo, nuestra producción intelectual no resulta escasa ni mucho menos, tratándose de un pueblo, como el dominicano, que ha tenido por principal ocupación la guerra, ya peleando con ingleses, franceses, haitianos y

españoles, ya desangrándose a cada instante en desoladoras luchas fratricidas...

No fue olvido sino un sentimiento de delicadeza no mencionar a Max Henríquez Ureña, digno hermano de Pedro, escritor de varia cultura, sereno y correcto, de abierto criterio que sabe amenizar cuanto toca y revestirlo de muy personal y apropiado colorido.

En un cuadro del movimiento literario en Santo Domingo, merecen, a mi juicio, en el actual instante, figurar, entre otros que no recuerdo en este momento: Raúl Abreu, prosador elegante, fácil y ameno; Manuel F. Cestero, intelectual fogoso e inquieto, de estilo preciso y diáfano, de criterio independiente, algo exagerado a veces en sus apreciaciones; Félix M. Nolasco, excelente periodista, discreto y correcto, conocedor concienzudo del castellano; Víctor M. de Castro, escritor vibrante, de sólidas convicciones patrióticas, y F. X. del Castillo Márquez, que va de día en día dando más firmeza y sello personal a su estilo. Lo mismo que en la histórica capital de la república, en la gloriosa ciudad de Santiago de los Caballeros, un selecto grupo de jóvenes prosigue con noble ahinco en el empeño de conquistarse un nombre en las ennoblecedoras justas del saber...

No obstante sus cortas dimensiones, este resumen de nuestra vida intelectual satisface completamente por la serenidad y alcance del juicio y por la exactitud de los detalles que contiene. En él se ponen de manifiesto la perspicacia crítica y el amplio y seguro criterio de Pedro Henríquez Ureña, que es positivamente uno de los jóvenes intelectuales de mayor porvenir de Hispanoamérica. Juzga siempre con serenidad y acierto.

Sus puntos de vista críticos son siempre muy elevados. A veces uno o dos adjetivos le bastan para precisar la personalidad de un escritor. *Horas de estudio* es un libro interesante, de verdadera sustancia ideológica, que dará en todas partes una idea muy alta del creciente valor de las letras dominicanas.



El libro de las incoherencias

POR A. Z. LÓPEZ PENHA

Por la riqueza ideológica y por la desbordante cantidad de sentimiento sincero y potente que contienen las páginas de este libro vibrante, desconcertador, extraño, en ocasiones de cierta incoherencia como reza su título, bien merecía un estudio más amplio, detenido y comprensivo que el encerrado en las breves líneas del presente trabajo. Si bien se mira, esa incoherencia a que acabo de referirme es puramente exterior, escuetamente formal.

Detrás de sus evidentes excesos de imaginación, de su métrica, aquí y allá revolucionaria, *anarquista* podría decirse; detrás de su manera cambiante, inestable, de comprender e interpretar la vida; detrás del pronunciado radicalismo de sus ideas filosóficas teñidas de nietzscheanismo y de todo lo que en su psicología han puesto determinadas cristalizaciones científicas novísimas, vibra virilmente, intensamente, un alma de poeta, de verdadero poeta que encuentra a cada instante, en su mundo interior, en la realidad que le rodea, la materia prima, de potente fuerza, para la creación sucesiva de visiones de positiva médula espiritual y de apropiado y bello colorido artístico.

Avalora su emoción lírica el indiscutible mérito de ser constantemente expresión fiel y completa de resaltantes situaciones

ánimicas de realidad insospechable. Por lo común, expresa vigorosamente lo que le impresiona, lo que le apasiona, sin disfraces de convencionalismos hipócritas ni nada que por cualquier concepto tienda a oscurecer su pensamiento o a amortiguar el efecto que se propone producir. Es en todas ocasiones de una sinceridad a toda prueba. Aunque sin complejidades psicológicas de honda subjetividad, casi nunca se detiene en lo vago e impreciso de las cosas.

Procura siempre, poniendo su alma en sus versos, ahondar en su jardín interior, aprisionar en sus estrofas lo íntimo, lo sustancial de la realidad circunstante. Por eso nunca o casi nunca crecen en su poesía las plantas entecas de sensiblerías netamente imaginativas.

Para juzgar con relativo acierto este poeta de vigorosa estratificación mental y en realidad desprovisto de afectación, aunque en ocasiones lo parezca, precisa hacer caso omiso de ciertos aspectos discordantes de pensamiento y de exteriorización, y bajo esas formas aparentemente contradictorias, extravagantes en cierto sentido, rastrear lo que integra y determina su unidad espiritual, lo que, en último análisis, forma el fondo verdadero de su curiosa personalidad literaria.

De A. Z. López Penha, escritor y poeta, ungido ya por el aplauso, conocía algunas inspiradas poesías publicadas en revistas sudamericanas; pero este es el primer libro de él que viene a mis manos y que me ha permitido darme aproximada cuenta de los subidos quilates de su mérito poético.

Por esa circunstancia no puedo, como fuera mi deseo, hacer un estudio completo —quizás lo lleve a efecto más tarde— de cuanto determina su personalidad de novelador y de poeta. Las acerbas dudas y perplejidades del alma contemporánea tienen a menudo honda repercusión en sus rimas. En ocasiones, parece un espíritu cansado, decepcionado, escéptico, como si hubiera apurado ya todos los goces de la vida, paladeado las más exquisitas voluptuosidades, sentido todos los estremecimientos del entusiasmo, todos los espasmos de la carne, todas las fruiciones de glorias efímeras, y en el fondo de todo eso solo hubiera

encontrado la saciedad, el cansancio, la mentira de tantos convencionalismos sociales, y a la distancia, solo le sonriera la liberación suprema de la muerte...

Pero, no obstante tales escepticismos y pesimismos, no obstante tales prematuros cansancios y desfallecimiento, ha sabido conservar, en lo más recóndito de su alma, a modo de inextinguible perfume, la proyección permanente de muchas cosas de relevante nobleza anímica.

Aunque en completo desacuerdo con algunas formas rítmicas en que rompe radicalmente con los cánones de cierta retórica convencional, llegando hasta pretender infructuosamente borrar o destruir la línea infranqueable que separa y separará siempre la prosa del verso, me es grato declarar con mi habitual sinceridad apacientada en modos de ver y de juzgar cada vez más amplios y tolerantes, que, a mi manera de entender estas cosas, y descontando ciertos errores y extravíos de pasajera y poco importante resonancia, A. Z. López Penha es un lírico notable, vigoroso, siempre dueño de su instrumento, de sostenida e intensa vibración personal, determinada, en no pequeña parte, por corrientes literarias exóticas, pero que, en todo tiempo y circunstancias, sabe conservar incólume, sin menoscabo de ninguna especie, lo que en su personalidad artística es propio, original e inconfundible.

Su musa aborda sin titubeos los más variados asuntos, desde la fugaz impresión lírica sugerida en nuestra sensibilidad por el perfume de una flor, por la contemplación del poniente semejando la reverberación de un incendio, por el beso de la mujer amada, hasta la sugestión de los grandes problemas sociales, hasta las más íntimas y misteriosas modalidades del perenne movimiento de la vida. Ante la mujer que cautiva su fantasía, que motiva sus ansias de enamorado, exclama bella y sencillamente:

Desde la grana vivida de tu boca
hasta el clavel que muere sobre tu seno,
es tanto lo que te amo, que en ansia loca
amándote más gozo cuanto más peno...

A todos vosotros, venerables fósiles
que le ponéis punto a las íes y pelucas a las ideas
que solo tenéis para la juventud desconfianzas y reproches
muertos, pobres venerables muertos, dormid en paz.

Y sin citar pasajes de la parte del libro en que mejor se refleja su manera última y *anarquista* de expresión, pongo punto final a este ligero juicio declarando que, a pesar de sus extravíos e incoherencias de última hora, A. Z. López Penha es, a mi manera de entender, uno de los líricos de más alta vibración personal en el movimiento literario de Hispanoamérica.



Benjamín Vicuña Subercaseaux

Al regresar de Santiago de los Caballeros, entre la correspondencia recibida en mi ausencia, atrajo preferentemente mi atención un sobre enlutado procedente de Chile.

Por mi espíritu, a modo de nube negra, cruzó así como un triste presentimiento. Mi emoción fue grande al recorrer las frases palpitantes de dolor, escritas con lágrimas, en que la noble dama doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackena, «con el alma destrozada», me participaba la muerte de su hijo Benjamín, quien era, me dice, «un entusiasta admirador de V», con otras cosas contenidas en la sollozante carta y que silencio por favorecerme exageradamente...

Experimenté en todo mi ser como una profunda conmoción. Era el malogrado joven un gran talento en luminosa fase de ascensión, y más que eso era un alma noble y generosa. Sobre su nombre gravitaba la inmensa herencia intelectual de su padre el insigne historiador B. Vicuña Mackena, quizás la más vasta y rica intelectualidad de Chile, y el hijo, por su metódica y fructuosa labor literaria, iba en camino de alcanzar las alturas de que se enseñoreó gallardamente el autor de sus días, aquel maravilloso evocador de tantos cuadros históricos.

De familia netamente patricia y en posesión de una buena fortuna, obedeciendo a lo que para él representaba un ideal de verdad y de justicia, dio la espalda a las tradiciones conservadoras

tan arraigadas en su casa, para sentar plaza en las filas del más avanzado liberalismo chileno.

Fue patriota de verdad, sin chauvinismos ni torpes intolerancias. Su cultura intelectual era rica y extensa, en ocasiones sorprendente si se atiende a sus pocos años. En él había en proceso de formación un crítico sereno y perspicaz, de visión clara, sin prejuicios ofuscadores ni dogmatismos de escuela; condiciones avaloradas por la posesión de un estilo sereno y sencillo, elegante y coloreado sin rebuscamientos ni ampulósidades.

Desde que recibí su primer libro, hace cuatro años, sentí por él un vivo afecto que crecía a medida que iba conociendo íntimamente sus grandes virtudes personales. Yo no sé qué atracción magnética tiene para mí la juventud que se yergue en el escenario de la vida rebosante de magnificentes ideales.

Me gusta ponerme en estrecho contacto con las inteligencias que empiezan a desarrollarse, con las almas que comienzan a vivir, porque encuentro casi siempre en ellas no sé qué suave y bienhechora impresión de fresca primavera que amortigua un tanto el cálido soplo de muchas torturantes realidades de la vida.

Esa inclinación mía al elemento joven me ha producido una que otra vez amargas desilusiones; pero con todo eso, impenitente siempre, como aquella virgen misteriosa, de Schiller, que aparecía en cada nueva primavera, sigo, sin reparar en las espinas, abriendo mis brazos y tendiendo en ademán de cordial ayuda mis manos a la juventud que se levanta y sin infatuación ni pedantismos lucha noblemente por adueñarse de la cumbre iluminada del éxito.

Benjamín Vicuña Subercaseaux era uno de los jóvenes de más alta nobleza espiritual que he encontrado en mi camino. De él podría decirse como en el repetido verso de Menandro:

El amado de los dioses muere joven.

Sabía bastante, pero sin que él mismo pareciera percatarse de ello. Su mirada investigadora ponía siempre de relieve,

con seguro criterio, lo mismo aspectos llamativos y difíciles de la filosofía moderna que muchas interesantes modalidades del desenvolvimiento social. Su análisis del comtismo, en parte fragmentario e incompleto, tiene verdadero mérito cuando expone lo atañadero a los frágiles cimientos en que reposa *La Religión de la Humanidad*.

El comtismo, en su primera parte, en la exclusivamente científica, a pesar de la vigorosa impugnación de Huxley y de Spencer, reposa, como toda racional sistematización filosófica, sobre cimientos de relativa solidez y contiene puntos de vista de verdadero interés.

La trabazón ordenada, el método objetivo, la apreciación consciente y perspicaz de buena parte de la fenomenología social, y sobre todo, el deslinde claro y preciso entre el orden de conocimientos que cae directamente bajo el dominio de la experimentación y lo que se esconde en esferas en donde jamás penetrará nuestra inteligencia limitada, dan al positivismo comtista como el aspecto de una gran construcción filosófica, imponente y majestuosa, reposando sobre bases de perfecta solidez. Pero en la actualidad ese edificio parece agrietarse por todas partes.

Su descuido del magno problema del conocimiento, su falta de caracterizada psicología y el dogmatismo que se desprende de su concepto de ciencia, concepto cada vez más fundamentado actualmente en el principio de relatividad, van despojando a gran parte de la obra de Comte del valor que se le concedía hasta hace poco tiempo. En la bella obra de Vicuña Subercaseaux, *Gobernantes y literatos*, están sus hermosas Cartas al ilustre Juan Enrique Lagarrigue, el más caracterizado defensor en Chile de las doctrinas de Augusto Comte.

Un breve juicio mío sobre esas Cartas dio motivo a que Lagarrigue impugnase mis opiniones y a mi contestación en los dos artículos sobre *La Religión de la Humanidad* publicados en *La Hora que pasa*. En ese mismo libro de Vicuña Subercaseaux hay notables estudios acerca de literatos y estadistas chilenos. Paréceme magistral el artículo consagrado a José Manuel Balmaceda, el dictador suicida, aún hoy popular en Chile.

Este estudio contiene muy hermosas pinceladas; pone de relieve, bella y fundamentalmente, en todos sus curiosos aspectos, la interesante y trágica figura del gran estadista chileno.

En su libro *La producción intelectual de Chile* –escrito por encargo del Gobierno chileno para ser presentado en la pasada Exposición de Quito– expone Vicuña Subercaseaux en rasgos de luminosa precisión todos los aspectos del desenvolvimiento intelectual chileno desde los primeros tiempos de la dominación colonial hasta el actual momento puede decirse.

Más que en ninguna otra región de Hispanoamérica, resalta en Chile el hecho por demás interesante y muy significativo de que en todo el proceso de su evolución intelectual, no ya en los viejos tiempos coloniales en que actúan necesariamente en primer término elementos de origen peninsular, sino posteriormente, de la independencia para acá, debido al amplio y generoso espíritu hospitalario chileno, entren en ese proceso evolutivo como factores de primordial importancia intelectuales conspicuos de procedencia extranjera que plantan allí temporal o definitivamente su tienda, como el español José Joaquín de Mora, el venezolano Andrés Bello, Gorbea, Passaman, Sarmiento y otros, y últimamente el insigne antillano Eugenio M. de Hostos.

Reflejo más o menos fiel y acentuado de la vida social, sobre todo en países incipientes de poco complicada cultura, imprégnase principalmente la literatura del ambiente de la lucha diaria, de la polvareda que levanta el choque de las pasiones políticas, y de ahí que en Chile, como bien se advierte en este trabajo, *pelucones* y *pipiolos*, respectivamente, conviertan el movimiento literario, en determinados momentos, en expresión y vehículo de ideas de carácter conservador o de exaltado y radical liberalismo.

Pero en Chile, aun presentando esa pugna de ideas e intereses en ciertas épocas aspectos de exageración doctrinaria o de radicales propósitos partidaristas, no representa, si acaso en muy corta escala –como en casi todas las demás repúblicas hispanoamericanas– formas pronunciadas de un personalismo extraño y perturbador y causa siempre de estacionamiento o

retroceso. Sus más caracterizados hombres de gobierno, como el ministro Portales y el presidente M. Montt, aún dotados de inflexible energía e inclinadas al más recio autoritarismo, vinculan constantemente un ideal o un propósito, y en el fondo dibujan siempre una tendencia al progreso, teniendo poco o nada de común con el histrionismo o juglarismo político, generalmente burdo y sangriento, que tiene sus más salientes representaciones en un Francia, un Rosas, un Melgarejo y demás tiranuelos pasados y presentes de Hispanoamérica.

Por lo que se desprende de esta obra, relativamente considerado, Chile es un país de rica y bien equilibrada producción intelectual. Teatro, en la época colonial, del más largo y recio choque entre dos razas tenaces y valerosas en sumo grado, ofrece asunto adecuado al más alto de los poetas épicos de la literatura española para su *Araucana*, poema bien deficiente por algunos conceptos, pero lleno de rasgos vigorosos, como aquella elocuente arenga de Colocolo, de abolengo clásico, y aquel retrato del gran Caupolicán:

Viendo de aquel varón la valentía,
el ser gallardo y el feroz semblante,
su proporción y miembros de gigante,
.....

En los tiempos modernos, conservando sin bastardeos ni falseamientos su peculiar psicología social, ha ido progresivamente asimilándose la cultura moderna en todos sus aspectos y manifestaciones hasta aparecer como una entidad nacional que nada tiene que envidiar a otras más antiguas y potentes. Su última cruenta convulsión que culminó con la caída del dictador Balmaceda en nada ha detenido su marcha por la vía del verdadero adelanto. Su literatura, en sus líneas principales, es, por lo común, sobria, clara, expresiva, musculosa, sin muchas exaltaciones líricas, sin grandes pirotecnias de imaginación, discretamente apegada a cierto ideal castizo y poco propensa a la exhibición de exagerados modernismos...

En su otro muy valioso libro *El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y en Chile*, el distinguido escritor, con entero conocimiento de causa, estudia concienzudamente cuanto integra y resume el movimiento social y todas sus fases de evolución en la vida moderna, para terminar en conclusiones de un optimismo que en gran parte no comparto, por juzgarlo producto de un juicio prematuro que no encierra, en su aparente amplitud, ciertos aspectos vinculados en cosas pocos visibles, pero no por eso menos reales del vasto y complejo problema del socialismo.

El criterio de Vicuña Subercaseaux, como dije en otra ocasión, es pronunciadamente ecléctico al analizar los tormentosos problemas del movimiento social. El vio de modo positivo lo que hay en ellos capaz de sufrir modificaciones y aun transformaciones necesarias para ir mejorando lenta y gradualmente la suerte del proletariado todavía víctima de irritantes injusticias del capital, y vio también con deslumbrante claridad lo que en algunas de las reivindicaciones socialistas hay de inasequible y de quimérico por radicar fatalmente en la misma incontrastable naturaleza de las cosas...

Otro de sus libros, el último, *Crónicas del Centenario*, es bella y vibrante demostración de un sentimiento de patriotismo, sereno, noble, viril, circunspecto, que persigue a toda hora un ideal de verdad y de justicia ajeno por completo a todo apasionamiento de sectarismo político o de cualquier otra clase, y tiende precisamente a poner de manifiesto los factores principales que, en bien precisada evolución, han determinado la peculiar y resaltante psicología de la libre y próspera república chilena.

De las dos partes de que se compone el libro, la primera, *La Colonia*, es un estudio histórico, rápido, preciso, bien documentado, lleno de hermosas pinceladas, en que los hechos aparecen bien agrupados y eslabonados, sin que nada desentone en el conjunto, de tal suerte, que el juicio completo, la síntesis de ese interesantísimo período, el período colonial –sin el conocimiento del cual, lo demás, lo que cronológicamente le sucede, no puede explicarse de modo satisfactorio– se precisa y caracteriza

sin gran esfuerzo, dejando en el espíritu como la impresión de algo muy real con que hemos estado en contacto, que hemos vivido durante más o menos tiempo... Así, de esa manera, entiendo la Historia, sin adivinaciones y sin erudición empalagosa, como obra de palpitante interés en que ciencia y arte se funden armoniosamente. El interesantísimo capítulo *La España en el siglo xvii*, nutrido de datos en extremo curiosos, comprueba la exactitud del juicio de Paul de Saint-Victor: «La España del siglo xvii ofrece el fenómeno de una decadencia mortal en medio de un poderío intacto»...

El cuadro es realmente desconsolador. Es como la visión de un mundo sombrío amenazado de próxima e inevitable ruina. Ni un solo rayo de sol ilumina aquel oscuro hervidero de hombres y de cosas en plena decadencia. La miseria en todas partes, arriba y abajo.

Los galeones cargados de barras de oro y de plata que venían de América, apenas bastan a sostener los gastos de tantas guerras desastrosas. Se parece esa miseria, en medio de tan orgulloso poderío, a aquel escudero que figura en *El Lazarillo de Tormes*, bien trajeado, con rico jubón y reluciente espada, pero debiendo a la sorprendida bondad de su criado los pocos mendrugos de pan que satisfacen su hambre: «La América colonial, dice el malogrado Vicuña Subercaseaux, es un reflejo de esa España decadente, un reflejo más ensombrecido por la distancia, la soledad, el contacto con los indios, estimulantes de la miseria social»...

Así, como ese vigoroso capítulo, son los demás de la parte de este libro consagrado a la época colonial. Constituye esta un período de adormecimientos y de inercia, solo interrumpido por los chismes y enredos del «Obispo con el Cabildo eclesiástico y del Capitán general con el Ayuntamiento»...

Los estudios consagrados a la Real Audiencia, a la Inquisición, a la Enseñanza y a otras instituciones y aspectos de la vida colonial, son muy merecedores de particular encomio.

Sobre lo que fue la Inquisición en América dice el autor de este libro cosas muy interesantes, refutando de paso al prebendado José R. Saavedra, quien, en años pasados, en un folleto,

tuvo la infeliz ocurrencia de defender aquel ominoso Tribunal. El Perú fue el centro principal del Santo Oficio en este continente. «Su principal objeto en Indias, dice Vicuña Subercaseaux, fue meramente: denunciar como herejes o judíos a los comerciantes ricos, tanto más si eran extranjeros, y confiscar sus bienes y dineros». Estos podían estar seguros de no llegar a la hoguera siempre que rescatasen con escudos el derecho de ser herejes o extranjeros. Salcedo, un millonario de Puno, ofrece al sombrío don Francisco de Toledo, a trueque de su vida, enlozar con barras de plata las veredas de la ciudad de los virreyes»... «Chile se salvó de la Inquisición, agrega el autor, porque el país era en extremo pobre. Casi no valía la pena de poner un *quemadero*. Consta en un documento de 1638 de cómo el deán de Santiago, Comisario de la Inquisición en Chile, de las confiscaciones que hizo se vio obligado a pagarse en sebo y en suelas; una que otra vez en barras de cobre». En el Perú, sin embargo, se quemaron muchos herejes.

En «La Patria Vieja», la segunda parte de este hermosísimo libro, se destacan con vivo relieve las interesantísimas figuras de Martínez de Rozas y de O'Higgins, dignos en un todo del altísimo concepto que le merecen a Vicuña Subercaseaux.

En esas dos sobresalientes personalidades, se condensa luminosamente, cobra plasticidad el ideal de separación de España. Son utilísimos esos dos hombres en la preparación de la obra revolucionaria, en la propaganda eficaz, en la acción rápida y resuelta.

El autor narra con precisión, serenidad y gallardía la marcha de los sucesos que desde principios de 1810 fueron acentuando y dando forma a la empresa revolucionaria. Esta obra, en su proceso evolutivo, como es natural, tiene momentos de prostración, casi puede decirse de retroceso.

En uno de esos momentos angustiosos, surge, con toda la juvenil arrogancia de un héroe de epopeya, infundiendo resolución y arrojo, la figura romántica de José Miguel Carrera.

A cien años de distancia, no obstante sus múltiples errores, este hombre continúa inspirando viva simpatía.

Es hombre de ideas, pero, sobre todo, de acción. Ve la oportunidad y sabe aprovecharla. ¡Con qué rasgos tan precisos, tan hermosos, traza Vicuña Subercaseaux, el perfil de este héroe legendario que vivió siempre en una atmósfera de tragedia, y que, desde cualquier punto que se le mire, resulta uno de los más preclaros y ardorosos paladines de la independencia americana! El período de «La Patria Vieja» arranca de los sucesos de 1810 y termina en octubre de 1814 con el desastre de Rancagua y el restablecimiento temporal de la dominación española.

Y durante esos azarosos cuatro años, ya en el poder o fuera de él, José Miguel Carrera, como que condensa y resume la parte más vibrante y resuelta del movimiento separatista chileno. ¡Qué hermosa y serena la página final del libro consagrada a esa simpática figura histórica!... «No pudo conformarse, dice el autor, no pudo renunciar a su amor a Chile, a su ambición de gloria, al recuerdo de cuanto había hecho. Llamó a todas las puertas, empleó todos los recursos de su genio, organizó en los Estados Unidos una expedición para libertar a Chile, él, por su cuenta; fue periodista, fue conspirador, jefe de revoluciones argentinas, *pichi rey* (rey chico) de los indios querandies... Todo eso hizo para abrirse el camino de Chile. Al fin, después de seis años de una odisea sangrienta y admirable, durante la cual demostró más corazón y talento que ningún hombre de América; vencido, no por las armas –que con estas siempre triunfaba– pero sí por la tenacidad sórdida de sus enemigos en la Argentina y Chile, fusilados sus hermanos, asesinados casi todos los hombres de su partido, no ya en busca de la Patria para libertarla –esto lo habían hecho ya sus felices rivales– pero sí desesperado y sediento de venganza, triunfa todavía, miserable y magnífico, a la cabeza de un puñado de indios, hasta que una traición lo lleva el 4 de septiembre de 1821, cargado de cadenas y de gloria al mismo patíbulo en que sus hermanos habían muerto tres años antes.»

Y así termina este libro, interesantísimo, verdadero canto de cisne del lamentado escritor, sugestivo, henchido de sano entusiasmo, sin sombra de pesimismo, elocuente y sereno, en

que se evoca con fascinante colorido una época ya hundida en las sombras del tiempo, pero que interesa vivamente, porque ella representa nuestro pasado, ese pasado oscuro y tormentoso, noble y épico, en que vibró intensamente el alma colonial, esa alma procedente de la vieja España, llena de heroísmos y de supersticiones, de grandezas y de mezquindades, y que, algo atenuada o modificada, forma aún el ambiente moral de estas repúblicas latinoamericanas.

La evolución política social de Hispanoamérica

POR RUFINO BLANCO FOMBONA

En los más brillantes escritores de Hispanoamérica adviértese en la actualidad la pronunciada tendencia a dilucidar en todos sus más interesantes aspectos, seria y provechosamente, cuanto atañe a los graves problemas que se relacionan con el estado presente y con el probable porvenir de las veinte repúblicas esparcidas desde el Río Grande hasta las extremidades de la tierra patagónica.

En libros, revistas y periódicos de esas repúblicas, vibra de continuo, y a veces con verdadera intensidad, la nota de arraigadas preocupaciones, determinadas en primer término por el vehemente anhelo de encararse resueltamente con los múltiples obstáculos que han impedido hasta el presente en algunas de estas flamantes nacionalidades un armónico y consciente desarrollo de vida cultural, y en segundo lugar por la aspiración cada vez más pronunciada a formar un ambiente de noble y redentor nacionalismo, refractario en un todo a las mal embozadas ideas de lenta y solapada absorción privativas del imperialismo yanqui.

Ayer no más fulguró esa fecunda tendencia en *El porvenir de la América Latina*, el bello libro del notable escritor Manuel

Ugarte, quien no satisfecho con tan rica y consciente ofrenda intelectual a la magna obra que persigue, recorre en estos momentos las principales ciudades de América, simpático paladín de la *bandera loca* de la soñada Confederación hispanoamericana, exponiendo con verbo elocuente sus ideas en notables conferencias... Hoy, otro escritor ilustre, Rufino Blanco Fombona, publica este libro serio, correcto, vibrante, sereno, interesante por todos conceptos, de alta y meritoria propaganda, nutrido de sesudas y perspicaces observaciones críticas y de sanos y vigorosos anhelos hispanoamericanistas.

En el sugestivo volumen del conocido escritor venezolano palpita fuertemente el ideal de dar a conocer fructuosamente en países extranjeros el verdadero estado político, económico y social de estas repúblicas, a fin de desvanecer erróneos y aun calumniosos conceptos que acerca de ellas circulan en esos países con mengua de los sagrados intereses de la verdad y la justicia puestas serena y vigorosamente en su punto por el celebrado autor de *Letras y letrados de Hispanoamérica*.

Como lo demuestra con acertado criterio, opérase actualmente en muchas porciones de la libre América un desarrollo de civilización producto de la cada vez más consciente adaptación de las sociedades hispanoamericanas a las formas nuevas en que se exterioriza en el presente instante el prolífico dinamismo de la vida social...

En sus principales y más definidos aspectos, la evolución hispanoamericana, tal como lo indica Blanco Fombona con discreta erudición y entero conocimiento de causa, tiene su raíz en afinidades y semejanzas originadas por el cruzamiento de ciertos factores étnicos que han determinado con especiales caracteres físicos y con cierta peculiar psicología, el tipo colonial que puede presentarse, a pesar de ciertas diferencias, como característico de la América hispana.

En ese molde étnico, se han fundido con potente fuerza, como sólida concreción espiritual, prejuicios y modalidades de la civilización latina que no es fácil arrancar a tres tirones. Carencia de alto sentido crítico supondría, en la hora actual,

ponerse a denostar acerbamente las formas y medios del proceso de colonización española en este continente.

En este libro no se incurre ciertamente en semejante error. España no podía hacer sino lo que estaba en su mano. Y el momento en que esa colonización entraba en su principal fase, coincide desgraciadamente con la ruina de las libertades castellanas desvanecidas en horizontes de sangre; suceso lamentable y trágico que hizo caer a España en las sombras del más terrible absolutismo. En el cadalso de Villalar cayeron las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado, y con ellas las viejas libertades que durante siglos habían reinado en algunas ciudades castellanas...

Excepción de algunos de relativa cultura como Hernán Cortés, Pedro de Valdivia, Gonzalo Jiménez de Quezada y quizás algunos más, muy pocos, eran los conquistadores, en su inmensa mayoría gente ruda, estulta, violenta, estructurada solo para andanzas bélicas que les granjeasen glorias y pingües riquezas. Con un heroísmo que no tiene par en la Historia esa gente violenta adueñóse de territorios inmensos y fundó ciudades, aquí y allá, conforme a las necesidades del momento y a las vicisitudes dramáticas de la lucha. Como en la Península, el poder teocrático, señor de almas, y el poder militar arbitro de la fuerza, uniéronse estrechamente para realizar una obra de dominación común, sin ideales y sin horizontes. Las leyes de Indias eran excelentes, pero, aun a despecho de las órdenes terminantes de algunos monarcas, nunca o casi nunca se cumplieron, porque a ello se oponían múltiples intereses creados. Durante mucho tiempo la América, fue, como lo afirma gráfica y pintolescamente Cervantes, «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos»...

Bien seleccionados datos y muy justas apreciaciones abundan en estas páginas respecto del período colonial tan insuficientemente estudiado hasta ahora a pesar de haber durado más de tres centurias y de haberse moldeado en él lo que actualmente constituye y precisa nuestra fisonomía social.

La época colonial en lo que a la dirección gubernativa se contrae caracterízase en lo religioso por la más acentuada intolerancia, en lo económico por el más absorbente monopolio, y en lo político por un régimen de centralización, suspicaz y restrictivo, que hacía de la ignorancia la mejor arma de gobierno y que tendía sistemáticamente al alejamiento de los criollos de los altos puestos administrativos reservados casi exclusivamente para el elemento peninsular.

Con todo eso y no obstante la carencia de instituciones políticas que permitiesen siquiera una sombra de libertad, existía cierta vida municipal, muy deficiente sin duda, que formaba el único órgano de expresión de ideas y de propósitos de mejoramiento colectivo. Esas aspiraciones, andando el tiempo, se cristalizaron en un ideal de separatismo más o menos bien disfrazado, pero que, durante mucho tiempo, no fue sino el sueño de una minoría inteligente y adinerada.

Estoy en un todo de acuerdo con el autor de este libro en considerar las municipalidades como los centros en que la aspiración separatista encontró su forma más adecuada y definitiva de expresión.

La independencia, como lo he afirmado más de una vez, en su primera y más importante etapa, salvo quizás en México, no fue el blanco de un empeño popular sino la aspiración de una minoría culta, acaudalada, de cierto noble y cándido idealismo, impregnada, en sus componentes más conspicuos, de ideas de la Enciclopedia y de la gran Revolución Francesa, e inspirada en el ejemplo edificante de las antiguas colonias inglesas convertidas en repúblicas y en el espectáculo de los beneficios de la libertad que habían contemplado en viajes frecuentes a algunas naciones de Europa.

Con excepción de una que otra región, esa minoría tuvo que luchar a brazo partido con el fanatismo de las masas, con la crasa ignorancia de casi todo el cuerpo social, con otros inconvenientes casi insuperables radicados en el culto a un conjunto de ideas tradicionales de las que todavía hay muy visibles vestigios en algunos de estos países.

En los primeros tiempos de la lucha, la sociedad colonial en sus capas más numerosas era abiertamente refractaria a la sugestión de ideas de libertad política que chocaban con rudeza con sus arraigados hábitos seculares de respeto y veneración a instituciones que a sus ojos aparecían revestidas de algo como de intangible y divino.

Puede afirmarse que en gran parte de América las guerras de independencia en sus comienzos, y aún algo después, fueron verdaderas guerras civiles. El ejército de Morillo, el único de verdadera importancia enviado por España, llegó casi al promediar la terrible contienda. Los soldados de Boves y de Morales eran criollos en su gran mayoría. En Venezuela, donde fue más ruda y sangrienta la lucha, solo el genio sin par de Bolívar hubiera podido realizar los hechos fulgurantes, que tanto prestigian su egregia personalidad histórica de libertador de cinco repúblicas...

Sobre ese incoherente y vasto fondo social integrado por factores de aparente divergencia, pero que en lo esencial estructuraban un tipo de rudimentaria civilización plena de prejuicios y de convencionalismos que la hacían poco propensa a pasar sin hondos sacudimientos a las prácticas de la vida democrática, levantóse prontamente el mismo día de proclamada la emancipación de la Metrópoli, el vasto edificio de veinte repúblicas sin republicanos.

Todos los esfuerzos, aun los más positivamente coherentes, encaminados a dar a los nuevos organismos condiciones de vida estable y progresiva, fracasaron lamentablemente, como era de esperarse, ahogados por el agobiante fardo de seculares preocupaciones y de añejos convencionalismos.

Se procedió –y no era posible de otra manera– sin percatarse casi de muy resaltantes leyes sociológicas. La debilidad ingénita de cada uno de los flamantes organismos nacionales y el alejamiento, a veces sistemático, en que se mantenían casi siempre, por convenir así a los intereses personales de encumbrados caudillos, fueron el motivo principal de las consecuencias lamentables de todos conocidos.

Otra cosa hubiera indudablemente acaecido si el Congreso de Panamá, idea salvadora y magnífica de Bolívar, cristalizando en una luminosa concreción jurídica, hubiera podido dar de sí sus naturales frutos. El genial proyecto del Libertador fracasó, principalmente, no tan solo por carencia de real unidad de miras en las partes interesadas, sino quizás, aun sin quizás, porque el transcendental pensamiento era muy superior a lo que podían dar de sí las efectivas realidades del momento.

Casi en su totalidad los estados recién formados se convirtieron en núcleos sociales en que por falta de interno dinamismo, de sentido progresivo, pudo arraigarse y medrar la planta venenosa del caudillaje.

El caciquismo encontró en esas colectividades estáticas su más propicio y natural asiento. La república de tipo centralista se impuso como imperiosa necesidad desde el primer momento. Y como consecuencia obligatoria, los caudillos, los *providenciales*, los conductores de esos rebaños, señores de vidas y haciendas, como en la época del más recio feudalismo, exageraron a su guisa la centralización, hasta convertirla en un régimen en que se asfixiaba, apenas aparecía toda noble iniciativa de los pocos espíritus cultos que, por raro conjunto de circunstancias, florecían en medios tan levantiscos y atrasados...

Y así tenía precisamente que suceder... Toda iniciativa de reforma o de mejoramiento de cierta importancia que no responda a una necesidad colectiva bien manifestada por sus órganos naturales de expresión, corre, por regla general, a su ruina, si no tienen quien o quienes la prohijan inteligente y tenazmente. Para que una idea encarne en la existencia colectiva con fuerza duradera, requiere encontrar ya en esa colectividad terreno hábil y oportunamente preparado.

Para que ciertas reformas puedan convertirse en benéficas realidades, es menester la previa comprensión de su alcance y transcendencia por parte de la mayor parte de los componentes sociales, cosa que, en algunas ocasiones, se debe a la acción continuada de minorías ilustradas y resueltas.

La misma independencia de América es buena prueba de que bajo el esfuerzo viril e incesante de grupos reducidos, las masas sociales llegan a sentir poderosamente la sugestión de las nuevas ideas. Pero esas minorías inteligentes y bien preparadas para hacer sentir su influjo en las masas, son, en realidad de verdad, habas contadas.

En América hubieran podido ser reemplazadas por caudillos dotados del verdadero sentido de las necesidades del momento y capaces de implantar una organización que sirviera de base adecuada a un positivo desarrollo de civilización; pero los tales caudillos, en su inmensa mayoría, han carecido de las condiciones requeridas para semejante difícil empeño, siendo solo, descontadas honrosas excepciones, aventureros audaces y sin escrúpulos que solo han tendido a enseñorearse del poder supremo para disfrutar de las prebendas del gobierno absoluto y tiranizar a los infelices pueblos caídos bajo su mano de hierro.

En el escenario político de Hispanoamérica han fungido principalmente como protagonistas, bufos a veces, trágicos casi siempre, los Francia, los Rosas, los Melgarejos, los García Moreno. Para la comprensión integral de la vida republicana en toda su fuerza y eficacia, hácese indispensable en primera línea la difusión coherente y científica de la enseñanza pública orientada de modo principalísimo en un sentido de verdadero civismo y de un sentimiento de pujante nacionalismo.

Esta salvadora orientación, unida a un aumento gradual y bien preparado de la población y a un consiguiente desarrollo de riqueza nacional que ponga en apropiado y constante movimiento actividades agrícolas, comerciales, industriales, y cuanto resume una bien definida evolución económica, harán cada vez más difíciles esas funestas guerras civiles cuyas causas principales patentiza con acierto Blanco Fombona, y de esa manera podría llegarse en estos países a la completa adaptación a un orden de cosas en el que el respeto a la ley y el goce de una libertad bien entendida permitan el florecimiento de una civilización coherente y progresiva y lo más autóctona posible.

Del balance material e intelectual que en términos gráficos formula el distinguido autor de esta obra, resulta que en el espacio relativamente corto de menos de cien años, han realizado algunas de estas repúblicas, no obstante los ingentes obstáculos hacinados en el camino, adelantos que sin hipérbole bien pueden calificarse de portentosos.

Hasta el presente momento, «esa mentalidad, esa alma común», que señala Blanco Fombona en la evolución de Hispanoamérica, reposa indudablemente en factores de sólida consistencia como la posesión del mismo fondo étnico, de igual idioma, de costumbres idénticas o muy semejantes; pero todo eso puede sufrir a la larga trascendentales metamorfosis por la constante ingerencia de elementos exóticos que por necesidad han de aportar modificaciones sustanciales en ese mismo fondo étnico y en aspectos muy precisos de la mentalidad colectiva.

Ahí está en gran parte el peligro.

Lo que hoy constituye una bien visible unidad moral, ¿podrá, dada ya esa incontenible impulsión del progreso, conservarse sin cambios ni modificaciones esenciales?

Blanco Fombona entra decididamente en lo más intrincado del asunto al formular la siguiente grave interrogación: «¿Será duradero entre los pueblos de América esta similitud?» Repito aquí lo que dije al referirme a un jugoso folleto del escritor cubano Arturo R. de Carricarte acerca del libro de F. Pinochet Le-Brun, *La conquista de Chile en el siglo xx*: El fundamental concepto de nacionalidad como que empieza a atenuarse en algunas repúblicas del extremo Sur por la acción directa de los elementos étnicos que componen la masa inmensa de emigrantes que, sin previa selección y con harto descuido, van compenetrándose con la población autóctona hasta llegar, quizás, a la extinción más o menos gradual del sentimiento nacional, que es lo único que da personalidad a estos pueblos de civilización española.

Parece, sin embargo, que, advertidas del peligro –tal como digo en este mismo libro en el estudio de la obra de Ugarte, *El porvenir de la América latina*– comienza a legislarse hábilmente en esas repúblicas en el sentido de poner a salvo, por todos los

medios posibles, cuanto integra y resume, el decidido propósito de conservar incólume su personalidad nacional...

El otro aspecto del problema estriba a mi ver en la metódica expansión del imperialismo yanqui, cosa que los espíritus más clarividentes de Europa y de la América latina ven como la mayor amenaza para la autonomía de las naciones situadas en la zona de más peligro por su vecindad con el coloso del Norte.

En un libro reciente, el escritor uruguayo Luis Alberto Herrera, sostiene que debemos tomar como único modelo digno de imitarse a la poderosa república norteamericana. Pésimo consejo.

No productos directos de aquella gran nación, sino determinados por un proceso de última y secular actuación de la mentalidad anglosajona, existen en los Estados Unidos modos de ver y de entender la vida diferentes de los nuestros, y por eso pareceme que, salvo en ciertos accidentes exteriores, la obra de transformar nuestro carácter, estructurado por innegables influencias espirituales diversas de los que han integrado la psicología norteamericana, en un sentido de más o menos acentuada imitación yanquista, solo conduciría a la extinción torpe y vergonzosa de cuanto nos particulariza y distingue como pueblos moldeados por la gloriosa civilización latina.

El orgullo étnico norteamericano, su utilitarismo, su carencia de cierto idealismo noble y vivificante, mantendrán aquella raza siempre alejada de nosotros. En los Estados Unidos, en la inmensa mayoría de su prensa, privan prejuicios enteramente desfavorables para la gente hispanoamericana.

Eso no quita que haya allí algunos espíritus superiores que nos hagan justicia como un Carnegie, un Starr, un Barrett. Algunos de ellos han demostrado conocernos bien, como el profesor Starr en su discurso pronunciado en Chicago acerca de Simón Bolívar. Harto conocido es el magnífico artículo de una gran revista norteamericana en que Barrett stampa conceptos verdaderamente lisonjeros para nuestra cultura intelectual, llegando a la afirmación de que estas naciones de origen hispano dejan muy atrás en cuanto a cultura general y profesional a los

mismos Estados Unidos, y aseverando que los médicos y abogados hispanoamericanos tienen una cultura mayor que los de aquel gran país.

Pero son raros los escritores yanquis que se expresan así. La mayoría de sus periodistas, cada vez que estalla la guerra civil en estos países, nos fustiga despiadadamente suponiéndonos incapaces de gobernarnos, cuando ahí está para desmentir tal aserto el ejemplo luminoso de Chile, Argentina, Brasil, Costa Rica...

Hay por eso que trabajar asiduamente por vigorizar en estos pueblos el sentimiento de nacionalidad para crear un ambiente enteramente refractario a cualquier ingerencia del imperialismo yanqui en nuestra vida política... «Por lo que respecta a América, dice Blanco Fombona al poner punto final a su hermoso libro de noble propaganda hispanoamericanista, basta abrir los ojos de los miopes, gritar a los oídos de los sordos y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene a ella»...

Cuestiones estéticas

POR ALFONSO REYES

Reviste verdadero interés este libro por el fino y certero análisis, la riqueza ideológica de buena ley y la sana y copiosa erudición que contienen estas páginas amenas e instructivas. Antes que la producción de un intelectual de poco más de veinte años, parece este volumen el sazonado fruto de un espíritu largo tiempo acostumbrado a tan serios esparcimientos intelectuales.

No hay en estos capítulos, embellecidos por un estilo reposado, muy castizo, algo oratorio, noble y sobriamente artístico, divagaciones pueriles, rebuscados efectismos, hojarasca mentales, prurito de ostentar conocimientos que en realidad solo se poseen muy imperfectamente en la gran mayoría de los casos.

En ellos asoma con frecuencia, dándoles un sello muy personal y sin posturas estudiadas ni gestos disonantes, un humanista de la mejor cepa ardorosamente ávido de visiones intelectuales, saturado hasta la médula de geneso y prolífico idealismo platónico, que sabe, en cuanto a estos asuntos se contrae, ahondar con mirada perspicaz y discreto y bien equilibrado criterio en cosas de difícil acceso para las inteligencias superficiales que en muchos de estos pueblos de procedencia hispana se apacientan con morboso deleite en futilidades mentales prestigiadas por modo

efímero o por pasajeras circunstancias, sin dárseles un ardite, quizá por mal disimulada impotencia mental, de cuanto en la producción literaria bien entendida atesora valor permanente por conservar como oro en paño la íntima fuerza espiritual que orientó a muchos grandes y peregrinos ingenios y puso en sus creaciones artísticas la marca de lo noblemente bello y perdurable.

El estudio serio, metódico, persistente, que es el único capaz de producir frutos sazonados y jugosos, cuenta con escaso número de partidarios de cuanto en la esfera de la inteligencia ennoblece el espíritu, en tanto que constituyen legión numerosísima los que, sin darse casi cuenta, esterilizan su actividad mental alzando pendones en pro de formas puramente transitorias, vinculadas en creaciones imaginativas sin genuina sustancia estética, en juegos malabares de frases y de palabras, en cierto conceptismo vacío e incoloro.

Por eso experimento viva complacencia cuando, entre tantos libros de vida efímera que pululan por ahí, libros que recuerdan la distinción de Ruskin entre *the books of the hour, and the books of all time*, tropiezo con una obra como *Cuestiones Estéticas*, de positivo jugo medular, en que campea una potencia analítica que sin incurrir en muy pronunciadas sutilezas de pensamiento pone acertadamente al descubierto las partes más o menos recónditas de curiosas producciones intelectuales de permanente resonancia. Y ello sin despeñarse por los vericuetos oscuros de sutiles y acentuados paralogismos y guardando siempre, aun en el pormenorizado examen de cosas intelectuales de muy compleja urdimbre, una decidida inclinación a lo castizo, a lo que presta ejecutorias de alta nobleza literaria a los diversos asuntos que ocupan casi todas las páginas de este hermoso y sugestivo libro.

Lo que fue, lo que, en determinadas épocas, asumió aspectos de vida más o menos intensa y fulgente, visto al través de nuestra alma moderna condicionada por modalidades mentales diferentes y aun a veces antagónicas a muchos factores integrantes de la intelectualidad antigua, cada vez que intentamos

comprenderlo e identificarnos con él, se tiñe, casi siempre a pesar nuestro, de cierto colorido de modernidad que a manera de niebla sutilísima envuelve y suaviza sus contornos.

De ahí que cuando, con íntimo goce, con viva delectación, procuramos revivir con su propio ambiente cosas extintas o penetrar hasta el fondo del alma de los que marcaron luminosa y perdurablemente su paso en momentos culminantes de progresivo desenvolvimiento humano, pongamos siempre, más o menos velados, prejuicios generados por hábitos mentales muy arraigados, modos demasiado intelectualizados de ver y de juzgar las cosas. Y es muy cierto, aunque tenga visos de paradójico, que, en ocasiones, la intuición serena y amplia, da una visión del conjunto más aproximadamente exacta que la producida por una observación muy prolija basada en principios de abolengo científico preconizados como de excelente eficacia para tal linaje de investigaciones.

En nuestro espíritu, en los espíritus de selección, existe siempre una tendencia, más o menos latente a reconstruir, a rehacer, a completar con nuestros propios medios intelectuales, aun a riesgo de falsearlo o de deformarlo, cuanto parece faltar en lo que del pasado nos atrae y fascina irresistiblemente. Y aquí de la conocida y notable afirmación de Hegel quien dice que ante una obra de arte mutilada como que nuestro espíritu experimenta vivo deleite en completar idealmente lo que falta al objeto artístico contemplado.

Algo semejante a esto ocurre a no pocos hábiles exploradores de civilizaciones fenecidas. Mucho de tal tendencia o ansia completiva acaece al tratarse de la vida griega en todas sus grandes manifestaciones culturales, y muy particularmente en la tragedia, que constituye uno de los aspectos más interesantes y curiosos de la gran civilización helénica.

No obstante formar la tragedia griega un asunto manoseadísimo sobre el que es difícil decir nada con vislumbres de novedad, fuerza es reconocer que el autor de este libro ha sabido tratarlo bastante satisfactoriamente. Su bello comentario sobre las tres Electras contiene muy sesudas apreciaciones, lo mismo

que su modo de considerar el coro trágico que define: «un instrumento oportuno y rítmico de desahogo lírico».

Mucha tinta se ha gastado en examinar el papel del coro en la tragedia antigua, su significación positiva, y quizás el concepto formulado a ese respecto por Alfonso Reyes sea uno de los que más fielmente condensan su verdadero sentido. El desarrollo evolutivo del coro en la tragedia griega salta a la vista: si en Esquilo forma, integra, por decirlo así, algo como el personaje central, lo que en cierto modo resume en su más alto diapasón el sentimiento trágico, ya en Sófocles vincula un papel representativo que hay que interpretar en lo que tiene de más característico y profundo; lo que constituye en cierto momento la *conciencia pública*, lo que vibra como sentimiento colectivo en el alma de los espectadores.

En Eurípides el proceso de diferenciación se acentúa al despojar el coro de algunos de sus aspectos tradicionales menoscabo en alto grado su primitiva importancia. Acaso lo conserva para no chocar abiertamente con ideas tradicionales muy arraigadas en el alma popular. En Eurípides, bajo formas artísticas de tendencia revolucionaria, descúbrense mal disimulados, como signos de decadencia de aquella civilización, el abuso de formas retóricas y la nota de escepticismo precursora de la gradual e irremediable extinción de la personalidad helénica en sus más puros y fecundos atributos.

Alfonso Reyes estudia estos salientes aspectos de la cultura griega con verdadero conocimiento de causa. Su erudición es bastante firme y extensa. Tanto se ha dicho sobre la tragedia griega que parece ya empeño por demás inútil insistir en la aclaración de ciertos puntos estrechamente relacionados con ella.

Nietzsche, uno de los que más modernamente han tratado con mayor originalidad estos asuntos de alta crítica artística, ha impregnado su estudio –cosa muy natural en escritor de tan poderoso individualismo– de ideas de un radical subjetivismo pleno de atisbos fulgurantes y de apreciaciones consistentes y duraderas, por más que en su integridad, en su valor total, carezca ese estudio, a mi ver, de ciertas condiciones capaces de darle satisfactoriamente carácter definitivo.

En resumen, en lo que principalmente la caracteriza, en su aspecto *externo*, la tragedia griega aparece como sucesión bien eslabonada de motivos de cantos líricos y de formas dialogadas de relativa congruencia, aunque poco ceñida a una unidad fundamental y precisa. Para Nietzsche viene a ser la tragedia griega, en cierto aspecto, como «el coro dionisiaco que se descarga siempre de nuevo sobre un mundo apolíneo de imágenes».

Para W. Schelegel «la tragedia surgió completamente armada del cerebro de Esquilo como Palas de la cabeza de Júpiter», juicio que con palabras distintas, pero idéntico en el fondo, habían formulado escritores antiguos, entre ellos Quintiliano, el insigne retórico latino, aunque es imposible negar que el titánico forjador de la *Orestíada* tuvo predecesores de relativo mérito que prepararon los materiales que le permitieron crear las obras portentosas que han aureolado de perpetua gloria su personalidad insigne.

Ni en Arte, ni en cualquiera otra manifestación de la actividad humana se produce nada de relativa magnitud y trascendencia que no tenga su génesis más o menos visible en formas de vida anteriores en mayor o menor grado rudimentarias.

La vida moderna, tan rápida y compleja, nos circunda y penetra de tal manera y con tal fuerza de avasallamiento, que apenas si nos permite, de cuando en vez, en el sereno retiro del cuarto de estudio, evocar las almas en que vive el pensamiento luminoso de edades pretéritas para, en lo *posible*, identificarnos con remotas formas de existencia, con estremecimientos vitales esfumados en melancólicos horizontes de olvido.

Y si algunos de esos mundos yacentes en las lejanías más o menos confusas de la Historia conserva aún como un aroma de irresistible seducción, ninguno en el grado del helenismo, ninguno como el mundo griego ha merecido la devota admiración de tantas inteligencias superiores...

En su brillante juicio de las tres Electras, el autor de este libro menciona con acierto ciertas clasificaciones de la *Poética* de Aristóteles al poner de relieve situaciones culminantes de las obras trágicas objetos de su docto y penetrante estudio. Alfonso

Reyes parece haber vivido, durante algún tiempo, en esa civilización helénica de inextinguibles luminosidades.

Su estudio, sereno; bien documentado, pone ante nuestra vista, con brillante colorido, mediante la presentación propia y bien matizada del tipo interesante de Electra, los aspectos más característicos de la tragedia griega. Su examen comparativo de esta sugestiva figura de mujer en Esquilo, Sófocles y Eurípides abunda en apreciaciones de muy apreciable mérito estético. Su comparación de la Electra de Esquilo, «la virgen del teatro antiguo», con Ofelia, «la virgen del teatro moderno», comparación que parece surgir naturalmente (algo, aunque en distinto sentido y refiriéndose a Hamlet, el atormentado príncipe de las dudas torturantes, había ya ligeramente insinuado Paul de Saint-Victor), tiene muy bellas y expresivas pinceladas al destacar el modo perspicaz lo que esencialmente separa estas dos figuras femeninas que brillan con fulgor vivísimo en el mundo imperecedero de las grandes creaciones artísticas.

Muy puestas en razón se me figuran las muy atinadas consideraciones que sobre el *impersonalismo* en literatura expone el distinguido escritor mexicano al referirse a la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro, que considera como novela, *perfecta*.

Como dije hace algún tiempo, paréceme desprovisto de sólido fundamento psicológico el concepto de un arte impersonal, salvo quizás en el teatro, ya que arte, en su más noble sentido, supone creación, y no hay creación verdadera posible sin que en ella se reflejen partículas desprendidas de lo más íntimo de nuestra urdimbre psíquica. Nuestro yo, con forma más o menos visible, se vislumbra siempre en las obras a que da colorido vital nuestra emoción o nuestro pensamiento. Lo que en realidad avalora una personalidad artística, consiste precisamente en la mayor cantidad de sincera emotividad que da de sí, en lo que exterioriza, con luminosa plasticidad, de la vibrante fuerza espiritual que la estructura y cohesiona, particularizándola frente a la realidad circunstante.

Quizás *Cárcel de amor* no posea los subidos quilates que le otorga Alfonso Reyes; mas para su época, en la segunda mitad

del siglo xv, edad de nacimiento de la novela española, parece que señala nuevos rumbos más en consonancia con ideales positivamente humanos. Y puede afirmarse que la semejanza con *El siervo libre de amor*, de Rodríguez del Padrón, que la precede, y aun con algunas producciones novelescas anteriores, es solo de ambiente, de circunstancias externas, pues, indudablemente, ninguna de ellas supera a la ficción alegórica caballeresca de Diego de San Pedro en cuanto a la plenitud de sentimiento personal que la ennoblece y vivifica.

Fue obra popularísima, alcanzando en poco tiempo algunas ediciones. Existe una traducción inglesa de ella, y creo que las hay en otros idiomas. Como muy estimada curiosidad bibliográfica, como valioso documento para apreciar un momento muy interesante del proceso inicial de la forma novelesca en la literatura española y las tendencias en evolución de una época, *Cárcel de amor* resulta producción literaria meritísima, aunque en algunas de sus partes diste algo de la perfección que en *Cuestiones estéticas* se le concede.

Con firme pulso, en una bien pensada Conferencia, traza Alfonso Reyes las líneas principales de la fisonomía literaria, por demás curiosa e interesante, de don Luis de Góngora y Argote, uno de los más esclarecidos cultivadores de la lírica castellana, no obstante sus transcendentales errores y desatinos.

Como con muy acertado punto de vista crítico sostiene el culto conferencista, en Góngora no hay que ver, como generalmente se cree, dos *maneras* que corresponden a dos períodos de su vida de poeta, diferentes por completo o cosa parecida, sino el gradual desenvolvimiento, «en ansia de perfección», de un temperamento esencialmente poético que tiende, por cualidades de privativa psicología, a la realización artística de lo que estima como acabado y perfecto, desviándose para ello sistemática y radicalmente, de cuanto juzga vulgar y gastado.

De ahí sus caídas en la sima de lo oscuro y casi indescifrable, extravíos que también se explican por el agotamiento de ideales de vida social muy circunscritos, tales como lo permitía el espíritu asaz estrecho e intolerante de su tiempo.

Conceptismo y gongorismo tienen entre sí íntima correspondencia. Juzgo al primero como la sutílización escolástica y quintaesenciada del elemento ideológico, y al segundo como una sutílización del lenguaje encaminada principalmente a dar a la expresión formas de novedad rarísimas y de muy acentuado artificio.

Entre las sutilezas metafísicas, los retruécanos y equívocos que forman la médula del conceptismo y la ornamentación y las artificiosidades enrevesadas y desconcertantes del gongorismo, no encuentro antítesis radical, ya que tales modalidades se confunden en idéntica finalidad de perversión y de corrupción de todo verdadero y fecundo ideal estético.

Para un observador consciente, ni en el *Polifemo* ni en las *Soledades* se extinguen del todo las más resaltantes cualidades del lirismo primitivo de Góngora. En esas dos obras persisten bajo el espeso ropaje de rebuscamientos y de tortuosidades de expresión, su natural visión artística del color y de la línea, su sentido de los efectos musicales del ritmo.

En muchas de sus obras, ¡quién no lo sabe! Resulta de una oscuridad y una extravagancia que rayan en lo incercible. Grande fue el número de los que gastaron tiempo y paciencia en interpretar y aclarar debidamente algunas de sus producciones, aunque ajuicio de muchos no lo lograron o lo lograron imperfectamente como en los dos discutidos tercetos del soneto que compuso para la *Historia Pontifical* de Luis de Bavía...

Por todo lo expuesto puede colegirse fácilmente lo mucho de verdadero interés estético que encierra este libro. Y eso que aún quedan en él algunos asuntos de verdadera importancia —el bien meditado estudio en que examina el procedimiento ideológico de Stephane Mallarmé, pongo por caso— de que no hago referencia por no alargar demasiado estas rápidas apreciaciones.

En Alfonso Reyes, circunscrito a límites prudentes, existe un profundo amor a la verdad y un criterio firme y bien equilibrado que sabe poner justo freno a los excesos de la imaginación y del sentimiento. Ciertos factores de evolución psíquica permanecen en él todavía latentes o poco desarrollados. En su

mentalidad pónense siempre de manifiesto valiosas cualidades de templanza y de moderación, y un sentido muy íntimo de lo estético, adecuado a una acentuada devoción por la verdad que parecen condensarse en un idealismo de abolengo platónico muy noble y sugerente.

Quizás, una que otra vez, su anhelo de alcanzar lo verdadero le lleve a extremar demasiado el análisis, al refinamiento intelectual, que consiste en desmenuzar las cosas reduciéndolas a proporciones atomísticas. Esa inclinación tiende por lo común a transformarse en hábito y este concluye por aprisionarnos en las redes de un glacial y disolvente escepticismo. Su comercio intelectual con el mundo clásico pleno para ciertos espíritus selectos de serenidad y armonía en sus más caracterizados aspectos y su afición a ciertos aún muy atractivos arcaísmos, lo desviarán seguramente de las sirtes peligrosas del análisis llevado fuera de sus límites naturales.

En el joven y ya notable escritor mexicano se patentiza una grande y acendrada ecuanimidad espiritual generada en gran parte por el estrecho consorcio de lo intelectual con lo moral, circunstancia que imprime a sus producciones un ritmo de expresión muy sereno y sugestivo. En él se armonizan en muy discreto sentido, el mundo interior del ensueño y el mundo de las realidades sensibles. Contempla en ocasiones las cosas al través de cierta compleja intelectualización, muy sorprendente en quien, como él, empieza ahora, puede decirse, a recorrer el áspero camino de la vida.

Anhelo sinceramente que conserve siempre en su espíritu a manera de amuleto de salvadora eficacia, ese idealismo alto y generoso que esmalta sus escritos para que a su benéfico amparo continúe cristalizando en sus creaciones la belleza de suave y luminosa plasticidad que el divino Platón consideraba como el resplandor de lo verdadero.



Les démocraties latines de l'Amérique

Este libro del notable escritor peruano F. García Calderón, es quizás el más interesante y completo de cuantos se han publicado en estos últimos años respecto de los órganos y formas del desenvolvimiento social de los pueblos de civilización latina radicados en este vasto continente.

Escrito en francés y con un prólogo breve y discreto del insigne R. Poincaré, está principalmente destinado a circular en centros intelectuales europeos, para dar una idea clara y lo más integral posible de la vida social, política y económica de las repúblicas iberoamericanas, tan mal conocidas allende el mar, en países de refinada civilización, donde, por regla general, solo se fijan en ciertas nocivas exterioridades de su existencia política, sin considerar ni poco ni mucho lo que en su atormentada evolución económica y cultural hay de positiva importancia y digno de consciente loa.

El autor de este libro analiza y discute magistralmente los puntos más salientes del desarrollo colectivo del mundo hispanoamericano. Los intelectuales de algunas de estas repúblicas están dando continuamente muestras de su fructuoso empeño de desvanecer transcendentales errores que de cerca de nuestra manera de ser corren por ahí como moneda de buena ley, y que conviene desvanecerlos, para que la verdad se abra paso y resplandezca.

No hace mucho, pronunció el ilustre Manuel Ugarte un interesante discurso en una prestigiosa Universidad norteamericana, exponiendo con sobrio y expresivo lenguaje los puntos principales que justifican nuestra actitud frente al imperialismo yanqui, y ahora García Calderón en esta obra, escrita en francés, pone de relieve en todos sus aspectos, con amplio y seguro análisis, con bien precisada crítica fundamentada en copiosa erudición, los factores étnicos y sociales que integran la vida histórica de estos países, siguiendo paso a paso las sucesivas etapas de su evolución hasta el momento actual en que ese proceso ascendente titubea, y cómo se paraliza ante fuerzas antagónicas que tienden a suplantar la luminosa cultura latina en que se ha desenvuelto y sigue actuando nuestro espíritu con otra civilización que pugna con cosas de íntima urdimbre que forman puede decirse el fondo psíquico de nuestra existencia individual y colectiva.

En estas bellas y jugosas páginas de concienzudo análisis, de serenas y oportunas apreciaciones, pálpase quizás en mayor grado que en anteriores libros de García Calderón las cualidades de claridad, precisión, orden y armonía que abrillantan su estilo y que son productos de asimilación más o menos completa de lo que caracteriza e integra permanentemente el luminoso espíritu de la cultura francesa.

Base fundamental de su libro es el estudio hondo y comprensivo de los elementos étnicos, dispares y complejos, que determinaron la raza conquistadora. Esta es producto de la asimilación en un fondo de característico relieve moral de factores étnicos de distinta procedencia, que, merced a un trabajo acumulado de siglos y a modalidades de orden físico y moral encontraron un equilibrio más o menos estable en una concreción individual de caracteres precisos y definidos.

Aunque su acentuada rigidez, su poderoso individualismo, su intolerancia dogmática se hayan atenuado considerablemente por su mezcla con sangre india y sangre africana y por la influencia del ambiente físico, la raza conquistadora conserva aún en sus descendientes americanos ciertas de sus primitivas

cualidades, por más que estas parezcan correr a su extinción por el contacto con razas exóticas de ideas y costumbres harto diferentes. Guerrera y mística, atormentada de continuo en sus más conspicuas representaciones personales por groseros apetitos o por íntima inclinación a estados de exagerado fervor religioso, pone siempre de manifiesto cierto idealismo que atenúa considerablemente muchos de sus yerros y extravíos.

El individualismo característico de esa raza se exterioriza cumplidamente en las dos formas de vida que asume de continuo en su desarrollo histórico la guerra y el misticismo. Su gran guerra, la guerra secular de la reconquista, determina principalmente un estado de alma a la vez belicoso y místico que presenta a veces formas de expresión diversas, pero siempre convergentes.

De ahí, de ese estado de alma colectiva, como su natural proyección, salen los aventureros que realizan la fulgurante epopeya de la conquista de América y la fuerza de intensa coherencia religiosa que se cristaliza en el imperio jesuítico del Paraguay. A veces esos dos aspectos fundamentales se condensan en un tipo de alto y representativo individualismo, como en la grande alma batalladora y mística de Ignacio de Loyola.

En ese pasado, en el primitivo fondo étnico de los conquistadores heroicos y crueles, ve García Calderón, ya contenidas en germen, formas sucesivas del dinamismo social iberoamericano. Su análisis no tiene desperdicio. El espíritu de anarquía local, de intolerancia, de estrecha concepción política, de indisciplina, de desapoderada violencia, andando el tiempo, cuando las colonias de vida vegetativa se transforman de la noche a la mañana, sin transición, sin preparación de ningún género, después de guerras cruentas, en flamantes y sedicentes repúblicas, en democracias inestables, de aluvión, aparece con formidable empuje originando luchas continuas entre absorbentes oligarquías que quieren perpetuar formas añejas de la vida colonial y demagogías que aspiran a reemplazarlas proclamando principios de un radicalismo que resulta siempre de imposible aclimatación en estos pueblos de reciente origen y de escasa e incongruente cultura.

En esas frecuentes luchas alcanza su más adecuada forma representativa el *caudillo*, el dictador, que ya actúa como jefe o director de una oligarquía encastillada en seculares privilegios o como conductor de democracias exacerbadas por su sistemático y abusivo alejamiento de la dirección de los asuntos públicos acaparada por una minoría inteligente y adinerada.

El *caudillo* resume y compendia, por fuerza incontrastable de visibles realidades sociales, la vida histórica de estas repúblicas. En sus diferentes formas de expresión, el caudillaje en gran parte desapoderado y estulto que ha imperado y aún impera en algunos de estos países es fenómeno social determinado por los prejuicios, los convencionalismos, las preocupaciones que constituyen el ambiente moral hispanoamericano.

«El Paraguay, dice García Calderón, confirma una ley de la historia americana: la dictadura es el gobierno adecuado para crear el orden interior, desenvolver la riqueza y unificar las castas enemigas...» Rosas mismo en la Argentina; Castilla, en el Perú; Diego Portales, en Chile; Guzmán Blanco, en Venezuela; Porfirio Díaz, en México, confirman esta ley cumplidamente. En la psicología del caudillo de nuestra turbulenta democracia reviven, salvando necesarias circunstancias de tiempo y de ambiente, las cualidades elementales del conquistador ibero. Pedro de Alvarado y Francisco de Carvajal resucitan, tres siglos después, en el espíritu aventurero y cruel de Juan Facundo Quiroga y en la figura trágica y sombría de Melgarejo...

El caudillo es siempre representación de aspectos acentuados de la vida social en un momento dado. Es instrumento efectivo, aunque casi siempre inconsciente, de determinadas necesidades colectivas. El caudillo es *efecto*, pero también en determinados casos es *causa*. Efecto cuando es la expresión más o menos momentánea de la incontrastable necesidad de contener la anarquía, de poner dique a las pasiones políticas desbordadas, de mantener el orden *manu militari* para que la sociedad pueda cumplir indefectibles finalidades de vida colectiva, y es causa, como cuando Guzmán Blanco en Venezuela y Porfirio Díaz en México, aun siendo su obra negativa en el

orden político, realizan fecundos empeños de alcance principalmente económico...

García Calderón dedica muchas y jugosas páginas de su libro a estudiar el fenómeno curioso del caudillaje en todos sus distintos aspectos haciendo desfilas por ellas, por obra de sugerente evocación, al enigmático Doctor Francia, «personalidad sombría, de intensa vida interior, que parece un puritano de Cromwell»; García Moreno, organizador notable, intolerante y dogmático, fundador de una semi-dictadura clerical; Ramón Castilla, Santa Cruz, Páez, Rivera. Rafael Núñez, tantos y tantos otros que representan, por lo general, un rígido principio de autoridad, o que en ciertos momentos se improvisan como conductores de muchedumbres que luchan por suplantarse empedernidas oligarquías conservadoras.

La típica figura del caudillo va lentamente atenuándose, transformándose... En Brasil, la Argentina, Chile, donde se ha efectuado o se está efectuando el paso de lo oligárquico y lo militar a un régimen industrial de condiciones igualitarias, el caudillo va asumiendo formas diversas de adaptación a la realidad circunstante.

Persiste con mayor o menor vitalidad en los países del trópico, aunque tiende a ser cada vez menos representación adecuada de un estado social preciso y definido.

Paralelamente al caudillaje, un movimiento intelectual de diversas formas tiende a dar consistencia, base fundamental, a instituciones políticas arraigadas o que bregan por arraigarse y a ideas de cierto radicalismo social que empiezan a abrirse paso en estas cambiantes democracias.

Una ideología política inspirada naturalmente en enseñanzas europeas, aunque de cierta originalidad en algunos eminentes pensadores, lucha a brazo partido con el infecundo espíritu tradicionalista que sistemáticamente trata de excluir formas determinadas y necesarias de expansión liberal para constituir Estados de durable organización y libres de convulsiones anárquicas. Lastarria, Montalvo, Bilbao, Vigil, otros más, personifican la tendencia expansionista rebelde a toda autocracia o a todo estancamiento de la actividad política.

La ola impetuosa del progreso moderno va arrollando los últimos obstáculos hacinados en el camino del desenvolvimiento cultural de estos países. Aunque sin rumbos definidos y concretos, como movidos por cierto oscuro y misterioso dinamismo, algunas de estas jóvenes democracias, venciendo múltiples dificultades, marchan resueltamente hacia adelante.

En la literatura, expresión a veces fidelísima de efectivas realidades sociales, después de sucesivos períodos de imitación servil, de tanteos, de asimilaciones por lo general incongruentes, se ha llegado al dominio de cierta técnica y parece que hemos encontrado en el modernismo una fórmula de caracteres relativamente durables.

Aunque el modernismo tiene muchos aspectos, formas necesarias del ideal de renovación que constituye su raíz fundamental, y aunque ha llevado su espíritu innovador al mismo movimiento literario de España, preciso es confesar que no pocos de nuestros escritores y poetas lo entienden casi exclusivamente en un sentido de refinamiento de la sensibilidad y del léxico, lo que parece limitarlo cercenando algo y aun algunos de su orientación verdadera y convirtiéndolo en una expresión más o menos adecuada de artificios y suntuosidades de ritmo, de dicción y de estilo.

En ese modernismo, entendido en cierto alto sentido, cabe ampliamente el noble y fecundo ideal de vigorizar el alma nacional, el sentimiento patrio, en cada uno de estos pueblos, mediante el cultivo incesante de peculiaridades sociales exclusivamente de ellos, de un nacionalismo sano y amplio, sin chauvinismos ridículos, tendencia que comienza a acentuarse y que no menciona García Calderón quizás por no haber esa incipiente forma de expansión literaria asumido aún caracteres de verdadera importancia...

En el mundo para tantos cerrado de la alta intelectualidad, de la filosofía, las direcciones noblemente utilitarias que vincula el pragmatismo del ilustre psicólogo norteamericano W. James y otros recientes aspectos de la especulación filosófica contemporánea, van conquistando adeptos necesariamente poco

numerosos por la evidente incapacidad de nuestros medios para practicar tales elevadas disciplinas intelectuales. Nuestro pensamiento filosófico flota indeciso, sin direcciones fijas, obediente a los cambios que se manifiestan en los grandes centros de cultura europeos.

A las últimas corrientes escolásticas, a Scoto y a ciertos aspectos del tomismo, a la dialéctica insinuante del mitigado racionalismo de Balmes, a otras influencias muy superficiales, ha seguido el positivismo de Comte, especie de disciplina mental que no ha dejado de tener su utilidad, y el evolucionismo spencenano, hoy en crisis en algunos de sus postulados, pero que conserva grandísima influencia en muchos centros intelectuales de Hispanoamérica.

Nietzsche, por lo general pésimamente comprendido, cuenta con bastantes partidarios de los que son muy contados los que conocen lo que hay de verdadera sustancia en el gran pensador alemán. No falta quien sepa del idealismo sugestivo de Fouillée, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del neo-espiritualismo que hay en el fondo de la especulación filosófica de Bergson.

El criterio filosófico en estos países tiende de continuo a un eclecticismo fácil y cómodo... En lo político y social no sucede lo mismo, pues contamos con pensadores de verdadera originalidad y fuste, como Bello, Hostos, Ingenieros, Bunge y tantos otros, como García Calderón lo puntualiza con perspicaz y acertado criterio...

En la paulatina y pacífica invasión de trabajadores alemanes y japoneses y en el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui, ve el autor de este libro los tres grandes peligros que, procedentes del exterior, amenazan el porvenir de las repúblicas iberoamericanas.

Cuantiosos intereses empleados en Centro América de procedencia alemana y trescientos cincuenta mil habitantes de esa nacionalidad esparcidos en dos o tres estados del Brasil, no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tomarse seriamente en cuenta. Más podrían representarlo los

miles de japoneses que pueblan algunos puntos de las regiones occidentales de los Estados Unidos y los numerosos contingentes de ese origen que en éxodo de trabajo se encaminan a nuestras repúblicas del Pacífico, al Perú principalmente.

Pero este peligro, si lo hay, me parece muy remoto. El alma nuestra y el alma japonesa, como lo patentiza García Calderón, son radicalmente antitéticas. Un mundo de ideas las separa.

Raza, religión, idioma, costumbres, maneras hartamente distintas de entender e interpretar la vida, todo, absolutamente todo, impide un contacto íntimo, hace poco menos que imposible su dominación sobre estos pueblos... El verdadero peligro para muchos de ellos reside en la incontenible fuerza de expansión que representa el imperialismo de los Estados Unidos.

El monroísmo, verdaderamente útil en los comienzos de la pasada centuria, de carácter puramente defensivo, en la célebre declaración que lo constituye, se ha trocado en fórmula elástica con que se pretende justificar incalificables actos de agresión más o menos disimulada a la autonomía de algunos países de la América latina, por más que sea preciso confesar, aunque tal cosa resulte humillante para nosotros, que algunos de esos países, presas de continua anarquía, han dado hasta cierto punto motivos suficientes de pretexto para tales atentados de la diplomacia norteamericana.

Como lo demuestra García Calderón, sus estadistas Olney y Root, por ejemplo, se contradicen en la apreciación de estos graves problemas. Mientras el primero no se recata para expresar ideas de un imperialismo absorbente, el segundo hace declaraciones enderezadas a tranquilizar a estos pueblos desvaneciendo sus temores sobre las intenciones expansionistas de la gran república. Pero tales declaraciones, en contradicción con ciertos actos, no conducen sino a aumentar esos temores.

Detrás de apariencias de respeto a la autonomía de algunas de estas repúblicas, asoma siempre el *big stick* de un imperialismo que se encuentra indudablemente en su primera fase de desenvolvimiento, y que quizás asuma carácter aún más agresivo si su más conspicuo representante, el inquieto y tormentoso

Roosevelt, logra triunfar en las próximas elecciones presidenciales. El antagonismo entre las dos civilizaciones que se dividen el señorío de América es evidente, palpable.

Sin tratar de razas, pues en el coloso del Norte, como en nosotros, no existe unidad étnica, vease claramente que ciertas formas y modos de entender la vida son enteramente diferentes en ambas civilizaciones. Nos faltan su sentido utilitario, práctico de las cosas, su amplia libertad individual desenvolviéndose y afianzándose en un orden estable, su espíritu de iniciativa y cierto ideal de deber y de austeridad heredado de los *pilgrim fathers*...

No veo nada que nos impida la asimilación de ciertas formas de su vida individual y social sin sufrir menoscabo de ningún género ciertas cualidades que ha puesto en nuestra psicología el espíritu de la cultura latina. Claro está que por la sangre no tenemos nada del Lacio. Nuestra ascendencia étnica es compleja, pero nuestro latinismo está fuera de duda. Somos latinos por el idioma, por la asimilación del genio francés latino hasta la médula, por nuestro catolicismo, por nuestra interpretación del derecho, por nuestra exultación de ese concepto cesáreo de la vida de que habla Guillermo Ferrero...

Ambas civilizaciones, la anglosajona y la latina –si la primera pudiera olvidar sus prejuicios de raza– podrían llegar en América, no a una fusión imposible, sino a un desarrollo paralelo de sus respectivas cualidades y energías intrínsecas para alcanzar un altísimo grado de cultura de incalculables beneficios para la humanidad entera.

Para ese resultado, lo principal sería que la gran república, con sus actos, demostrase que no quiere ejercer ningún control humillante para estas repúblicas tan celosas de su independencia. ¿Sucederá así?... O, por lo contrario, ¿continuaremos revelando nuestra incapacidad para el *self government*, justificando así su intervención desdolorosa en nuestros asuntos interiores?...

En el interesante capítulo *La anarquía del Trópico* hay muchas apreciaciones oportunas y discretas. Al referirse a Santo Domingo cita bondadosamente opiniones contenidas en libros míos y estampa los siguientes conceptos sobre aspectos

conocidos de nuestra vida social. «Encontramos en los primeros, los dominicanos, poesía, imaginación, una cultura elevada, pero una evolución política muy lenta.

«Los pueblos del Trópico parecen incapaces de orden, de paciencia laboriosa, de método: así la literatura pródiga de Santo Domingo forma resaltante contraste con el arcaísmo de su vida política»... Sería tarea de nunca acabar el estudio de la notabilísima obra de García Calderón en todos sus puntos de circunstanciado análisis y de serena pedagogía social.

Nada se le escapa de lo que integra la psicología de estos pueblos. Conoce profundamente cuanto atañe a su movimiento político, económico, intelectual. Examinar detenidamente este libro nos llevaría a dar a este comentario exageradas proporciones...

García Calderón juzga utópica la idea de una Confederación americana, pensamiento que aún seduce y avasalla a tantos nobles espíritus. Pero si no cree en la confederación integral, imposible desde varios puntos de vista, sí cree en la posibilidad de constituir estas veinte repúblicas en siete organismos nacionales poderosos unidos por sólidos vínculos geográficos e históricos. «Estos grupos de naciones, dice, formarían una América nueva, organizada y fuerte».

El Brasil, con su inmenso territorio y su densa población; la Confederación de la Plata, la Confederación del Pacífico; la gran Colombia, establecerían en fin en el continente meridional el tan ansiosamente deseado equilibrio. Al Norte, México, la América Central y la Confederación de las Antillas, serían tres Estados latinos que servirían de obstáculos al avance de los anglosajones. En lugar de veinte repúblicas, tendríamos así siete naciones poderosas.

No sería la vaga unión de que hablan en América los profesores de utopías después de Bolívar, sino la agrupación en confederaciones definitivas de pueblos unidos por lazos reales geográficos, económicos y políticos... «Este libro, dice Poincaré en el prólogo, está lleno de vida, cargado de pensamientos», y así es efectivamente.

En sus páginas, a cada momento, vibra la noble inquietud de una grande inteligencia y de un noble corazón, de un espíritu selecto que *sous l'oeil des barbares* quiere y defiende la conservación a ultranza de lo que hay de castizo en nuestra cultura, de cuanto constituye la excelsa herencia moral del genio latino en estas repúblicas, capaces de alcanzar por un efectivo desarrollo material e intelectual las cúspides iluminadas de una civilización cada vez más libre, coherente y progresiva...



Simón Bolívar

POR LOS MÁS GRANDES ESCRITORES AMERICANOS

Desde Madrid, donde ahora tiene su residencia, me remite este interesante y sustancioso libro mi amigo el ilustre escritor Rufino Blanco Fombona. Lo he leído de un tirón, como quien dice; por más que varios de los trabajos que contiene me eran muy conocidos desde hace años. Pero para mí resulta siempre de palpitante novedad, de primaveral frescura, cuanto se endereza a exultar serena y bellamente la existencia tempestuosa del caraqueño insigne. Comparto integralmente, en todos sus aspectos, la apasionada admiración, casi podría decirse el culto, que inspira a Blanco Fombona la figura prodigiosa de Bolívar. Esa justificada admiración del celebrado escritor venezolano se ha convertido en él en una especie de ferviente apostolado en que culmina el propósito eminentemente plausible y bien intencionado de depurar con perfecto conocimiento de causa, con rica erudición exenta de pedantería, cuanto en la vida del Libertador ha sido objeto frecuente de más o menos atrabiliarias e inconsistentes censuras y aun de aviesas y violentas acusaciones.

Bolívar, naturalmente, no fue ni podía ser impecable. La arcilla humana, en su característica fragilidad, no permite tales extremos de perfección. Pero moldeada por algo muy íntimo,

de raíz subconsciente, alcanza a veces, en algunos hombres de superior estructura anímica, no obstante la multiplicidad de factores que integran y cohesionan su vida, a esplendor como un todo armonioso que no permite ver, sino en muy culminantes situaciones, las disparidades y resquebraduras de su deslumbrante superficie.

Vario, complejo, desconcertante muchas veces, propenso a producir una falsa orientación de juicio por apariencias más o menos importantes y estables de su peculiar psicología, Bolívar, bien estudiado, resulta una personalidad de muy poderosa fuerza sintética. Su genial mentalidad, amplia y asimiladora, le permite extraer de la realidad exterior cosas diversas y aun de pronunciado antagonismo, que, por labor de misteriosa alquimia íntima, funde, armoniza y exhibe en sucesivas y resaltantes formas de actividad personal. Su unidad intrínseca exterioriza multitud de brillantes facetas.

No han faltado quienes, tomando algunos de esos aspectos por el todo, hayan pretendido elevarse a una síntesis de su personalidad soberanamente compleja. Aspiración inútil. Por vía tan estrecha y fragmentaria solo puede llegarse a conclusiones erróneas. De ahí muchas apreciaciones evidentemente injustas. Cualquier espíritu zahorí puede descubrir la unidad personal detrás de lo vario y multiforme; pero difícilmente podrá encerrar esa unidad en una síntesis de carácter definitivo y satisfactoria por completo. En todo hombre, en cualquier hombre, existe siempre algo irreductible a un proceso de comprensión lógica, algo incoercible que permanece positivamente inexplicable. Y si esto acaece tratándose de hombres que no exceden del nivel común, ¿qué será refiriéndose a un hombre de las pronunciadas singularidades anímicas de Bolívar.

El genio es, según el concepto lombrosino, concreción epileptiforme, forma de degradación, de imperfección, o viene a ser, por lo contrario, como la suma de facultades de intensa vitalidad, casi hiperestésica, que eslabonándose estrechamente en las profundidades abismales de un organismo, dan de sí, en determinados momentos, cosas de singular alteza espiritual que no puede

producir la inmensa mayoría de los mortales. ¿Por qué indescifrables combinaciones de átomos, por qué inextricable tejido de células, por qué evoluciones fuera del alcance de nuestros sentidos, alcanza la vida a determinar la complejidad armoniosa constitutiva de la personalidad de un Miguel Ángel, de un Leonardo de Vinci, de un Newton, de un Napoleón, de un Bolívar?

Al Libertador hay que juzgarlo integralmente, en toda su portentosa riqueza de facultades, en toda su vasta complejidad psíquica; y aun así, aun pudiendo formular semejante juicio, es seguro que siempre quedarán fuera de él residuos personales de más o menos relativa importancia. Un hombre verdaderamente representativo, como Bolívar, se presenta siempre en posturas sucesivas fácilmente aprovechables para aquilatar fragmentariamente su ingente proyección anímica, pero nunca o casi nunca en su ser integral, en lo que forma y moldea su unidad, en la totalidad deslumbrante de su yo...

Con el sugestivo epígrafe Don Quijote Bolívar, encabeza Miguel de Unamuno el prólogo que pone a este voluminoso libro. Si el quijotismo, en su raíz más fuerte y profunda, puede darse y se da en todas las latitudes y cabe en el molde étnico de todas las razas, bien puede afirmarse que su verdadera casa solariega está en el glorioso suelo hispánico, en el suelo de nuestros mayores, erecta y firme todavía, por más que el tiempo haya resquebrajado sus viejas y ennegrecidas paredes anunciando un próximo e inevitable derrumbamiento.

Esa modalidad espiritual, noble y curiosa, trasplantada a América en sazón oportuna, llameó intensamente en el alma de Bolívar puesta de continuo a la realización de empeños que desde ciertos puntos de vista de una especie de lógica experimental, de urdimbre práctica se presentaban como de todo en todo inasequibles. Sus magníficos propósitos, bien conocidos el medio y las circunstancias, parecían tan descabellados como los que perseguía el inmortal manchego a golpes de su enmohecida lanza de caballero andante. No, no era obra fácilmente realizable, ni con mucho, deshacer los entuertos de trescientos años de infecundo coloniaje. La Aldonza Lorenzo de sus sueños

parecía más lejana y más difícil de asir que la Dulcinea del héroe de Cervantes... No, no parecía cosa de gente en su sano juicio la empresa de redimir agrupaciones sociales bien halladas con su existencia uniforme y vegetativa. En su gran mayoría y durante largo tiempo, esas muchedumbres amamantadas en un tradicionalismo secular fueron resueltamente hostiles a la causa emancipadora. Si alguna palabra resume la personalidad de Bolívar es esta: *creador*.

En el cuadro cambiante y dramático de la Historia no se ha dado caudillo, reformador, director de hombres que, más o menos visibles, no haya tenido a su alrededor, cerca de sí, a su alcance, los materiales apropiados para levantar con relativa solidez, sobre el suelo estremecido, el magno edificio de su tenazmente acariciado empeño. En su permanente ensueño febril, frente a pavorosas realidades circunstantes, avizorando el horizonte encapotado y sombrío, Bolívar solo columbraba medios pronunciadamente refractarios a su empresa de liberación, ninguna cantera adecuada para extraer el granito que indispensablemente necesitaba para su obra ciclópea. Poco antes de Carabobo, según datos fehacientes, casi la mitad del ejército realista estaba compuesto de criollos. ¡Y había pasado ya más de una década de sangrienta y asoladora campaña! Calcúlese, pues, lo que sería al principio, cuando la idea de independencia solo germinaba en algunos cerebros...

Si alguna vez el vocablo *improvisación* puede emplearse con propiedad al referirse a esta clase de portentosas empresas, es contemplando serenamente lo realizado por Bolívar. Lo improvisó todo, así como suena. A su conjuro, bajo la varita mágica de su voluntad prodigiosa, en aquel medio estéril, somnolente en la mansa quietud de tres centurias de vida monótonamente restrictiva, surgieron los ejércitos. Lo que fue al principio monotonera nómada, muchedumbre allegadiza sin freno ni disciplina, convirtiéndose a la postre en ejército capaz de habérselas con el mejor organizado, y de realizar, como lo hizo, las empresas de más ingente resonancia épica.

Nunca se han variado de manera tan cabal y definitiva las condiciones de vida política de pueblos de mentalidad

embrionaria y sin aspiraciones ni anhelos de mejoramiento colectivo. Es el paso más atrevido que se haya dado de la sombra a la luz. Ese tránsito radical del despotismo a la libertad, supone en quien lo lleva a cabo, como Bolívar, con éxito de tanta refulgencia, condiciones de superioridad espiritual indiscutibles y excepcionales.

Acaso el Libertador, moderno Don Quijote, siempre desalado detrás de la Dulcinea de su ideal magnífico, erró en más de una ocasión al tomar cristalizaciones intelectuales de su mundo interior, siempre en proceso de ebullición, por cosas en aquellos momentos de imposible verificación en la esfera de los hechos.

La realidad, tal como en ciertos instantes se nos ofrece, no permite, enclaustrada en determinadas condiciones de ambiente y de hora, ningún desbordamiento fuera de sus linderos temporalmente infranqueables. Su característica principal es la limitación. Si de momento se producen formas que aparecen como desmintiendo la existencia de tales fronteras, los hechos se encargan dolorosamente de enseñarnos que se ha fabricado sobre arena frágil y movediza... Así el grandioso ideal del Congreso de Panamá; así el proyecto de una Confederación de pueblos latinoamericanos que, cien años más tarde, continúa apareciendo como más distante e inasequible; así esa misma gran Colombia, concreción magnífica, de existencia deslumbrante y efímera, desbaratada impiamente, casi al morir su creador, por obra menguada de caudillos regionales de ambición vitanda y desmesurada...

Todos los trabajos que contiene este volumen merecen leerse detenida y reflexivamente. Es, quizás, el libro que da una idea más amplia y completa de la personalidad de Bolívar, pues permite, hasta cierto punto, apreciarlo y juzgarlo en sus más salientes aspectos. El diamante de su vida esplende en estas páginas con el ineclipsable brillo de sus múltiples irradiaciones. Lo vario y complejo que en él se advierte, no desvirtúa en nada lo que hay de permanente e irreductible en su yo.

El sello de su personalidad inconfundible se destaca con intensa luminosidad, siempre, a toda hora, aun en medio de

las más insignificantes circunstancias. Vencedor o derrotado, fugitivo, errante por selvas inextricables, acibarada el alma por las zozobras de dolorosos exilios, refugiado en la ciudadela del propósito que absorbe y condensa sus energías, no hay goce, desencanto, consideración humana de ningún género, que lo aparte jamás del ideal que nimba su figura y determina el ritmo permanente de su existencia de inquietudes, peligros y luchas incesantes.

Solo así, por el enmarañado sendero de una consagración perpetua a un empeño inmutable, por una vía en que son más los sufrimientos acerbos que las satisfacciones completas, es que se alcanza la cúspide iluminada del triunfo resonante...

Las páginas de este libro en que el gran Montalvo ha puesto las fulguraciones de su esclarecida inteligencia y de su inimitable estilo, acaso el más expresivamente castizo de que puede ufanarse la América Latina; los capítulos en que el egregio José Enrique Rodó, el más significado de los actuales escritores hispanoamericanos, han hecho circular de manera inimitable la savia de su sereno y profundo pensamiento, y los sobrios, claros y precisos conceptos de F. García Calderón, son, puede decirse, de valor definitivo o poco menos en lo que toca a ciertos aspectos de la historia del creador inmortal de cinco naciones. En este volumen, como en un cuadro luminoso, aparece de cuerpo entero, casi en su cabal integridad, su figura heroica y de fascinación perdurable. Es difícil, punto menos que imposible, decir acerca de ella nada más expresivo y que tanto se aproxime a una síntesis integral absolutamente satisfactoria.

De Bolívar se ha escrito y se seguirá escribiendo mucho. Y no porque no se hayan dilucidado ya a la luz de una crítica sagaz y bien documentada los hechos de más pronunciado relieve de su personal actuación histórica, sino porque su personalidad es el más alto y fulgurante símbolo de la independencia americana, una figura representativa, la más representativa de la raza española en América, la que más condensa y vincula en todos sentidos, en su más absoluta y fecunda integridad, el deber

sacratísimo de conservar incólume, sin vergonzosas mutilaciones, esa independencia de que fue él el héroe máximo...

Uno de los más interesantes y meditados trabajos de esta obra es, indudablemente, el intitulado «La entrevista de Guayaquil», por el escritor chileno Ernesto de la Cruz.

Se ha fantaseado en grado superlativo al pretender esclarecer satisfactoriamente los puntos verdaderamente tratados en aquella por tantos conceptos célebre entrevista. No es poca la cantidad de esfuerzo mental desperdiciada en tal empeño. El punto parece definitivamente aclarado después de conocida la nota reservada en que el secretario del Libertador, don José G. Pérez, refiere al Gobierno colombiano lo tratado en la entrevista mencionada. Los párrafos de esa nota, que se reproducen en estas páginas, no dejan lugar a dudas:

El protector (San Martín) –cuenta la nota– dijo, últimamente, que debía venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado (el Perú)... Su excelencia contestó que no convenía a la América, ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos, porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que su excelencia se opondría por su parte si pudiese, pero que no se opondrá a la forma de gobierno que quiera darse cada Estado...

En lugar de la duda se alza ya ante nosotros la evidencia. Al encontrarse frente a frente los dos más grandes hombres de la América del Sur, chocaron con fuerza sus distintas opiniones acerca de la forma más apropiada de gobierno para los pueblos recién libertados o en vías de libertarse.

Ante los posibles y aun seguros desbordamientos anárquicos de democracias en formación, inconsistentes, desprovistas de la mentalidad necesaria para elevarse al conocimiento jurídico de los principios que rigen el sistema republicano entendido en su más lato y provechoso concepto, San Martín, con indudable sinceridad, con perfecta buena fe, preconizaba, como fórmula

precisa y clara de salvación, el principio monárquico (por más que lo negase después, muchas veces, durante su largo destierro en Europa), una autoridad regia revestida con el esplendor de lo tradicional, única manera de operar, a su juicio, sin mayores inconvenientes ni trastornos, el paso del sistema colonial a un estado de cosas que, modificándolo en el fondo, dejase subsistir, durante un tiempo, formas muy caras a la imaginación y al sentimiento populares. Quizás, estudiado serenamente el punto, tal cosa hubiera sido mejor, en los primeros años, para el gradual y metódico desenvolvimiento político de esos pueblos. El Brasil, por más de un concepto, parece dar buena muestra de ello. A la larga se hubiera impuesto inevitablemente el sistema republicano, pero ya en núcleos sociales mejor preparados para ello...

Consecuente con los principios republicanos, de soberanía popular, que había proclamado y proclamaba sin cesar, Bolívar rechazaba de plano, sin ambages, toda solución francamente monárquica.

Lo esencial de aquella tan traída y llevada entrevista fue el opuesto modo de ver de ambos egregios caudillos.

En homenaje a la verdad, hay que decir que el republicanismo del Libertador asumió siempre muy pronunciados caracteres de conservador y autoritario.

Acaso, en lo esencial, su idea de un gobierno estable para estas democracias de aluvión, levantiscas e incoherentes, difería, solo en la forma, de la que sustentaba San Martín. En realidad, tal como se colige de sus ideas de necesario robustecimiento del principio de autoridad para regir con mano firme colectividades sin cohesión eficiente para la vida democrática, y tal como se ve en sus proyectos de constitución y en otros documentos de él directamente emanados, Bolívar, en su pensamiento, aspiraba a una verdadera monarquía hábilmente disfrazada con el nombre de república. La oposición de ambos caudillos, si bien se observa, radicaba solamente en los nombres.

Entre San Martín y Bolívar hay la distancia que media del talento al genio. Se separaron sin entenderse, tal vez sin comprenderse. Acaso Bolívar vio con desdeñosa indiferencia el

fondo de desprendimiento y austera prohibición que aureolan la figura del gran argentino...

San Martín, seguramente, no pudo penetrar en los recodos luminosos del alma gigante de Bolívar...

El vencedor en Maipú, decepcionado, doliente, sin apego al poder, pleno de sombríos presentimientos acerca del porvenir de los países recién emancipados, tomó resueltamente el camino de su voluntario e interminable destierro.

Bolívar prosiguió su carrera de luchas y de glorias, para, pocos años más tarde, también decepcionado, también herido por la más torpe ingratitud, prematuramente envejecido, morir pensando con inmensa amargura que había «arado en el mar», casi abandonado de todos en la eterna sombra, arrullado solo por el rumor del oleaje deshaciéndose en los arenales de una playa solitaria... Blanco Fombona y Rodó, el primero con mayor encarecimiento, atribuyen a Bolívar las relevantes condiciones de un escritor en quien resplandecen los méritos de una original y cabal expresión literaria.

El resplandor permanente de sus hazañas militares como que deja en un plano inferior, escasamente explorado, este resaltante aspecto de su actividad mental. Blanco Fombona, con seguro y perspicaz análisis, pone ahora, en plena luz, ese curiosísimo aspecto.

Por más que las sobresalientes condiciones de su estilo, frecuentemente impregnado de pasión y colorido, pleno de fulguraciones, sin huellas de fríos y amanerados convencionalismos de un clasicismo formalista y hueco, pareciesen colocarlo a la cabeza de los escritores americanos de su época, no fue ni pudo ser un *innovador* literario capaz de señalar rumbos de expresión mental más o menos definitivos. No se es nunca innovador, en ninguna actividad espiritual, sin el propósito decidido de serlo. No se asciende a tal altura incidentalmente, sino a condición de englobar en tal especialidad las principales facultades del espíritu.

En ciertos genios, una facultad siempre preponderante como que subordina y mantiene en perpetuo acatamiento a otras menos vigorosas, sin permitirles un completo y acabado

florecimiento. En ocasiones llamean intensamente. Son siempre secundarias, como accesorias. Orador y escritor relevante fue César, y aunque en sus *Comentarios* raya a gran altura, la posteridad, con razón, pone en segundo lugar esa faz interesantísima de su vida. En Bolívar, con suma frecuencia, atísbanse los signos, a veces muy pronunciados, a veces muy borrosos, de un retoricismo fraseológico, altisonante, convencional, muy propio de su época y de las circunstancias en que se dilató su existencia. Muchos documentos salidos de su pluma, sus proclamas fulgurantes, lo ponen, en ocasiones, ostensiblemente de relieve. En ese sentido, su elocuencia, la elocuencia desbordante de sus arengas y proclamas, es, bajo el sello personal que las particulariza, elocuencia transplantada, frondosidad lírica de un árbol que tiene sus raíces en los tempestuosos y trágicos días de la gran Revolución Francesa y en los deslumbramientos bélicos de la epopeya napoleónica...

La personalidad literaria de Bolívar, lo que en él se dilata como un cauce por donde corre espontáneo, sereno y pintoresco el pensamiento, está y estará siempre –creo haberlo dicho en otra parte– en la luminosidad atractiva y perdurable de sus *Cartas*. En ellas, en su epistolario, está él, vive él, en la más alta y sincera plenitud de su expresión personal, sin que casi nunca la afeen o desvirtúen las modalidades de una retórica convencional y falsa, estructurada por fórmulas de pseudo abolengo clásico. Su vida, su vida verdadera, íntima, pasional, siempre tormentosa, siempre poblada de visiones desmesuradas, late con intensidad, palpita vigorosamente, en las cláusulas espontáneas y a veces incorrectas de su voluminoso epistolario. Comparto en un todo el juicio de Rodó a este respecto.

En su correspondencia se expande intensamente lo más hondo y característico de su genuina y compleja psicología. En ella se exhibe el Libertador en todos sus verdaderos aspectos, sin que su prístina espontaneidad aparezca cohibida o falseada por consideraciones acentuadas de carácter político o de otro género.

En sus cartas resuenan de continuo, sin afeites ni formalismos retóricos al uso, el alarido de la pasión, la invectiva acerada, el juicio sereno abrigado por un fulgor de profecía, la

apreciación discreta y razonada de hechos de valor transcendente, sus esperanzas, sus desalientos; cuanto, en ciertos instantes, su pensamiento en perenne ebullición, su sensibilidad excitada, necesitan echar fuera de sí convertido en cristalizaciones mentales de raíz muy personal y muy íntima.

En el trabajo titulado *Bolívar íntimo*, evoca bellamente Cornelio Hispano a Manuelita Sáenz, Manuelita la bella, en todo el esplendor de su gracia, de su desenfado, de su curiosa despreocupación, de su deslumbrante hermosura.

A Bolívar se le ha tachado de inmoral por sus numerosos amoríos. Era muy pronunciada su inclinación al bello sexo... ¡Inmoral! Quizás lo sea desde puntos de vista de un eticismo muy convencional y burgués. Pero con esa medida de casuística arbitraria no es posible aquilatar la personalidad de quien, por los accidentes excepcionales de su actuación tempestuosa, estuvo casi siempre en rebeldía contra pronunciadas formas de preocupaciones añejas y de artificiosos convencionalismos sociales...

Es indudable que la belleza femenina fascinaba a Bolívar en el más alto grado. Tal cosa es más digna de aplauso que de censura, a mi juicio. Pero de las mujeres que amó el Libertador, ninguna ejerció sobre él tiránico y absorbente imperio. Compartió con ellas los goces supremos de voluptuosidades efímeras, pero jamás ninguna nueva Dalila encadenó su voluntad sujetándolo a caprichos femeninos. Acaso, en lo más recóndito de su alma, conservó en su viudez eterna el amoroso recuerdo de Teresa, su primera y única esposa, segada en flor, muerta tristemente en los años primaverales.

De todas las que le amaron y hermopearon su existencia febril y atormentada, con la seducción más o menos prolongada de sus gracias, fue Manuelita Sáenz, la que por más tiempo vivió a su lado, siempre amorosa, deslumbrante de distinción y de encantos femeniles, en las horas embriagadoras de los triunfos y las recepciones resonantes, y altiva, fuerte y abnegada en los oscuros días de los tristes desencantos y de las acerbos ingratitudes.

En estas páginas aparece doña Manuelita revestida de singular y duradero encanto. A la serenidad de esa mujer debió el

héroe, en la horrible noche septembrina, haber escapado con vida. Amó orgullosamente a Bolívar. Por él lo abandonó todo. Muchos años después de muerto el Libertador, enferma, parálitica, la vio Garibaldi en Piura, puerto peruano donde tenía su residencia. Cornelio Hispano reproduce lo que en sus *Memorias* dice el héroe italiano refiriéndose a ella. El culto a la memoria de Bolívar absorbió los melancólicos días de su ancianidad atormentada. Por haber amado al Libertador excelso, por haberle salvado con riesgo de sí propia, la gentil y bella pecadora vive y vivirá perdurablemente en un pálido rayo de su inmortalidad gloriosa...

Recorriendo las páginas de este notable libro, he pensado en lo conveniente que resultaría publicar otro que contuviese cuanto lírica y épica ha expresado la poesía americana en homenaje del prócer principal de la epopeya de emancipación de estos continentes occidentales. ¿Por qué no? Un libro de versos, exclusivamente consagrado al Libertador de nuestra América, resultaría una nota extremadamente simpática en el concierto de voces elocuentes que exulta de continuo su memoria.

Y nadie mejor para el cumplimiento de tal empeño que Rufino Blanco Fombona, por su amplio conocimiento del asunto, por su crítica perspicaz capaz de una selección adecuada, y por su ferviente apostolado en honra y prez del héroe. Esa ofrenda lírica podría abrirse con el «Canto a Junín» o con la oda de Heredia, el gran poeta cuyas estrofas de acentuada sonoridad parecen herir en este momento mis oídos. Esos versos, desde niño, me hicieron amar a Bolívar:

...Su genio inagotable
 igualaba el revés a la victoria,
 y le miró la Historia
 empapar en sudor, llenar de fama,
 del Golfo Triste al Ecuador sereno,
 del Orinoco inmenso al Tequendama.

BAJO LA DICTADURA



I

Fue un día de intenso bochorno del pasado mes de julio. Bajo la reverberación de un sol de fuego ardía la tierra. Recostado en la hamaca leía con fruición, con reposadamente, un libro de honda y trascendente especulación filosófica. Mi espíritu, interesado grandemente, procuraba encontrar resplandores de verdad en aquellas páginas en que se profundizaba el problema de la vida desde puntos de vista de cierta indiscutible novedad... De súbito voces, llamadas insistentes de miembros de la familia... Se me anuncia que un oficial viene a buscarme de parte del gobernador de la provincia, general Tancredo Saviñón, para un asunto importante... ¿Para qué? ¿Qué será? Por más que mi conciencia esté absolutamente tranquila, siempre son de temer estas llamadas de la autoridad en estos fatales tiempos de revueltas y desenfrenada anarquía. En compañía del oficial acudo seguidamente a la gobernación. Encuentro en uno de sus departamentos un grupo de personas de la más alta distinción social, y una de ellas me comunica, con inmensa estupefacción de mi parte, que estamos aquí para servir de rehenes al joven Melitón Saviñón, hermano del gobernador, que acababa de ser hecho preso, bañándose en el campo, por una guerrilla del general revolucionario Mauricio Jiménez. Pero, ¿qué tenemos que ver, directa ni indirectamente, los allí detenidos con tan insignificante acontecimiento? Desde el departamento en que estamos oímos clara y distintamente las voces de un hermano

autoridad –a quien la opinión pública atribuye la iniciativa de estos bárbaros procedimiento– decantando la resolución de fusilarnos sin piedad si cae un solo cabello de la cabeza del jovencito capturado por las huestes revolucionarias... En la gobernación se nos insinúa la idea de dirigir una carta colectiva al general Jiménez demandándole devuelva la libertad al joven médico, a lo que contestamos con una rotunda negativa. Instados por el gobernador, como accediendo a una súplica insistente, dos de los detenidos, el canónigo Armando Lamarche y el licenciado Juan Antonio Álvarez, parten al cantón del general Jiménez para ver si no tiene inconveniente en devolver el citado jovencito a su familia. Cosa de una hora después retornan sin haber nada conseguido. Seguidamente viene la orden de incomunicarnos rigurosamente en un calabozo de la fortaleza. Pero, ¿es esto posible, dioses inmortales? ¿En qué país vivimos? Somos acaso una tribu africana? No puedo contener mi indignación, y la expreso, en aquellos críticos instantes, acaso de indiscreta e imprudente manera... Con un calor de horno, por lo más céntrico de la ciudad consternada, bien escoltados, somos llevados, como acto de bandidos, a un calabozo en que hasta hacía poco se albergaban a los más empedernidos criminales de la provincia...

Para servir también de rehén, un niño de siete años, hijo del general Mauricio Jiménez, de pensión en el muy acreditado colegio San Sebastián, es sacado violentamente de allí y conducido a segura prisión entre burlas y amenazas de la soldadesca. ¡Qué horroroso espectáculo! De mis lecturas clásicas revive en mi memoria con toda su solemne y trágica resonancia histórica la página fulgurante en que Tácito con frase concisa y soberbiamente expresiva describe la muerte de los inocentes hijos de Seyano, el cruel y supliciado ministro de Tiberio, el emperador astuto y purulento agonizante en su hosco retiro de Caprea. Por las calles, entre pretorianos, son llevados a las gemonías... El varón, el mayorcito, adivina la suerte que le espera... La otra, la hembrita, en su inocencia infantil, serena y cándida pregunta ansiosa a los verdugos a dónde la llevan... Se afirma que el chicuelo de Mauricio Jiménez debió su libertad

a la noble y decidida intervención del doctor Manuel Morillo, quien amenazó con retirarse de la ciudad si se persistía en tenerlo encarcelado. Y fue preciso complacer al competente facultativo porque circunstancias de la familia del gobernador hacían indispensable su presencia en La Vega... Mientras tanto, en el calabozo, no muy estrecho felizmente, yacen encerrados catorce rehenes. La luz penetra por dos rejas, una que da a la Calleja y otra al extenso patio del fuerte. En toda la parte superior de las paredes exhiben multitud de dibujos obscenos de estupenda lubricidad, obra rudimentaria de un criminal salido de aquí recientemente, con la carabina en la mano, al servicio de la causa bordista... La trémula luz de un sereno crepúsculo estival va lentamente colándose por los altos enrejados y sumergido en paulatina oscuridad el sombrío calabozo... Y llega, melancólica, repleta de nostalgias, nuestra primera noche de encarcelación, sin que ninguno, en toda ella, logre conciliar el sueño, pues la escasa guarnición del fuerte, por estímulo de vigilancia o por cualquier mal concebido propósito, mantiene una permanente y horrorosa gritería, mueve un ruido infernal, en que alternan voces estentóreas y cantos abigarrados en que se perciben claramente palabras y frases en *patois*, pues una parte de aquella tropa se compone de haitianos recientemente reclutados.

II

Corren las primeras horas de una mañana luminosa. Unos se desayunan, otros conversan. Frente a mí, impassible, sereno, el padre Lamarche irgue su figura ascética, atractiva y simpática. Delgado, de aspecto enfermizo, evoca una de esas figuras de monjes de viejas edades torturados por maceraciones y abstinencias. Pero es un carácter, un carácter firme que no sabe de claudicaciones ni de desfallecimientos. Y por añadidura una persona de verdadera cultura y de exquisita distinción social.

Sus nexos con la familia Marchena le llevaron, todavía muy joven, a conspirar contra el absolutismo del general

Ulises Heureaux; pero este temible mandatario, descubierta la trama, le guardó las mayores consideraciones. No le hizo, ni por un instante, objeto de tratamientos vejaminosos. Ulises Heureaux, no obstante sus tremendos errores, dio por lo menos paz material a la sociedad dominicana; pero los Ulisitos posteriores, sin dar paz material ni moral, solo han sabido exacerbar nuestros males, agravar nuestros crónicos personalismos, sembrar de desolación, de crímenes, de exacciones, de patíbulo el territorio dominicano. En la actualidad, el padre Lamarche, lo sé positivamente, se mantiene alejado por completo de la política activa, ocupado únicamente en cumplir con inteligencia, celo y asiduidad sus deberes sacerdotales. A pocos pasos de él, su hermano I. Osterman Lamarche, recién llegado de Cuba, me mira como profundamente sorprendido, clava en mí su mirada expresiva. Fuerte, robusto, alto, sus cabellos y su bigote blanco no denuncian la vejez sino uno como permanente vigor juvenil. Acostumbrado a vivir en Cuba donde se goza de libertades efectivas, no puede concebir que en su país que suponía menos atrasado políticamente, se perpetren a mansalva tan torpes ultrajes a ciudadanos dignos por muchos conceptos de consideración y respeto por sus prestigios y merecimientos sociales. Sentado en una mecedora, Zoilo García exhibe su atlética constitución, el sorprendente vigor de una existencia de sesenta y siete años enteramente consagrado a un trabajo afanador y fecundo. A pesar de su edad, relativamente avanzada, continúa afanándose y trabajando como si solo tuviera treinta años. Lo mismo ahora que en los mismísimos lejanos tiempos de su poderío político, ha sido un obrero incansable, un factor positivo de mejoramiento local. Trabaja y hace trabajar a mucha gente. Centenares de personas viven de sus empresas agrícolas, comerciales, industriales. Decía Ramón Cáceres que con cuarenta hombres como Zoilo García estaba salvado el país. Jamás se le molestó durante su gobierno a pesar de saber bien Cáceres que no simpatizaba con él. Todo eso que, en cualquier parte, lo haría considerado irrespetado, no ha sido aquí óbice para que intrigas mezquinas, acaso de

familiares suyos, lo lleven con frecuencia a la cárcel, bajo la falsa imputación de que conspira; lo que no es verdad, pues su solo crimen en política es desear ardientemente para su país un estado de cosas en que la propiedad y el trabajo tengan suficientes garantías... Esparcidos en la misma pieza se mueven de un lado a otro el respetable y jovial anciano Juan Antonio Álvarez, juez de la corte de apelaciones; Julio Portalatín, presidente del ayuntamiento; Rogelio Jiménez, síndico municipal; U. Fernández, activo y probo comerciante; apreciables jóvenes como Luis Mañaná, Adolfo Infante, Gregorio Rubén Pérez, Jesús Martínez, Rafael Fernández... En tanto sucedense en los días grises, de desesperante monotonía. A pesar de la molesta vigilancia que se mantiene, no dejan de penetrar en la cárcel rumores más o menos exactos de lo que ocurre afuera. De cuando en vez, escúchanse lejanos disparos de las guerrillas revolucionarias... Un sábado, en las primeras horas de la mañana, turba la monótona tranquilidad de nuestro encierro un ruido insólito. Súbito hace irrupción en un grupo de gente armada encabezado por el general Luis Conde, comandante de armas de la plaza. Algunos de los del grupo son portadores de grillos. El general Conde, en actitud amenazante, anuncia que la noche anterior había descubierto un plan para asesinarlo, y que, según denuncia de uno de los comprometidos, están complicados en esa trama, como proveedores de dinero, los rehenes Adolfo Infante y Rogelio Jiménez, a quienes se había resuelto pasar por las armas ese mismo día y que acto continuo iban a ser engrillados. De esas que penetran hasta lo más recóndito del alma, fue la impresión que se enseñoreó de todos al escuchar semejante fatídico aviso. Reinó un silencio, preñado de angustias, durante breves momentos. Pero la reacción, entera, enérgica, vino presto. A una todos protestamos contra inculpación tan infame. ¡Qué negra y grotesca calumnia! Rebosante de indignación, Julio Portalatín se irguió para manifestar altivamente que de ser culpables los dos compañeros debíamos serlo todos los que estábamos allí y por consiguiente todos merecíamos ser fusilados... El general

Conde, que en realidad demuestra tener buenos sentimientos como lo probó con servicios prestados a algunos de los presos, posteriormente mejor informado, desistió del propósito anunciado sin que después se volviera a oír nada referente a semejante aviesa y torpe inculpación...

III

En el calabozo se sabe ya que, merced a las gestiones de uno de los rehenes puestos en libertad provisionalmente, Mauricio Jiménez, después de tratarlo muy bien, ha devuelto a su familia a Melitón, el jovencito prisionero. No somos ya, rehenes. De los catorce encarcelados cinco habían ya sucesivamente recobrado su libertad. Naturalísimo parecía que lo mismo pasara con los otros. Pues sucede todo lo contrario. Lo inesperado. ¡Por vía indirecta sabemos que el autor o autores de estas prisiones, con miras de dar aviso de justificación a tan estúpidos procedimientos, ha dicho o dice que no somos rehenes sino presos políticos!... Presos políticos. Indudablemente ninguno de los encarcelados ve con buenos ojos la continuación ilegal de Bordas Valdés en el ejercicio del poder público. Eso, únicamente posible por la violencia, implica la más descarada violación de los más rudimentarios preceptos de moralidad política. El país, en su inmensa mayoría y en sus elementos más conspicuos, desea unas elecciones libres o relativamente libres. Bordas Valdés, impopular, desprestigiado por su pésima gestión administrativa particularmente en el orden económico, sin núcleos más o menos densos de opinión, apoyado casi exclusivamente en sus empleados y en la fuerza armada, solo podía llegar al poder y permanecer en él por el triste y anticuado medio de innumerables coacciones, violencia y atropellos. En La Vega no pasaron nunca de una docena los partidarios más o menos conscientes declarados de la usurpación bordista. La actitud de los encarcelados fue siempre correctamente pacifista. Como ciudadanos nadie podía impedir que tuviésemos esa o cualquier otra opinión. Y de

eso a ser revolucionario media un gran paso que nunca dimos. Nuestra actitud de discreto retiro, de prudente aislamiento en nuestros hogares sin tomar cartas directa ni indirectamente en lucha armada, nos hacía merecedores de la consideración y el respeto de autoridades bien inspiradas y capaces de saber lo que traían entre manos. La violencia usada al reducirnos a prisión tan violenta, injustificada y arbitrariamente, no podía producir, como era natural, sino efectos nocivos. Posteriormente a su excarcelación, algunos de los nuestros, justamente indignados abandonaron su actitud pacífica para ayudar resueltamente a la causa revolucionaria. Pero aquí viene lo bueno. Pronto pudimos saber lo que en realidad se esperaba de nosotros. Un bordista o reputado como tal fue introducido en nuestro calabozo y nos manifestó, en tono confidencial, que tenía la seguridad de que no saldríamos del encierro si uno de nosotros no satisfacía una determinada suma de pesos. ¡Conque *secuestrados*! Nuestro proceso de encarcelación ha asumido tres diferentes y bien curiosos aspectos. De *rehenes* pasamos a *presos políticos* y de esta categoría a la de *secuestrados*. En La Vega se habían visto jamás tales cosas. Un amigo mío facilita la suma de \$200 oro que exigen por mi libertad y poco después me encuentro sano y salvo en el seno de los míos...

Da vergüenza contar estas cosas en letras de molde; pero no es posible curar más o menos radicalmente una dolencia sino presentándola con todos sus caracteres de gravedad, a fin de que el facultativo pueda precisar la terapéutica necesaria para combatirla con eficacia. Por más repugnante que sea una llaga, por más que inspire repulsión y asco, es objeto del enérgico tratamiento que su curación requiere. La sociedad dominicana, en su inmensa mayoría, sufre un mal gravísimo que día por día va asumiendo mayores proporciones: la falta casi completa de sanción moral. Los hechos más reprobables, solamente en algunas almas apenas si producen pasajeros estremecimientos de justa indignación. Pero pasado el momento crítico ya nadie se acuerda o hace mención de tales cosas. Los autores de ellos continúan ufanos y campantes como si tal cosa. La repetición impune de

ciertos actos ha empezado como a encallecer nuestra conciencia colectiva. Y lo peor del caso es, que no falta quien con tales o cuales razonamientos interesados pretendan despojar esos actos de lo que principalmente vinculan de reprobables y nocivos. Silenciar la maldad, procurar atenuarla o podía abrazarla, es casi siempre hacerse cómplice de ella, es contribuir a sabiendas, a que se perpetúe orden de cosas por completo refractario a los ideales de perfectivo mejoramiento a que deben aspirar fructuosamente las agrupaciones sociales. Hasta ahora los perpetradores de hechos semejantes o parecidos han contado con la más completa y triunfante impunidad; pero seguramente que en lo sucesivo se abstendrían de cometerlos o por lo menos vacilarían mucho antes de hacerlo si supieran que, más tarde o más temprano, sus nombres iba a correr por todos los ámbitos de la publicidad para merecer el condigno castigo de la opinión sensata interesada en conservar sin menoscabo el prestigio moral y la cultura de la sociedad dominicana.

IV

Y para evitar nuevos escandalosos atropellos resuelvo incontinenti ausentarme de La Vega hasta que terminen los actuales acontecimientos. Dicho y hecho. Imposible se me hace vivir más en ese ambiente de chismes y de enredos tan propicio para toda clase de imposiciones y violencias. No quiero que vuelvan a cebarse en mí la ignorancia y la maldad de menguados caciquillos de campanario. Levanto el vuelo, y heme aquí, libre, sin inquietudes ni temores, en las pintorescas alturas del Santo Cerro.

Hasta aquí, felizmente, no llega el brazo de hierro de la torpe disposición bordista. En estos sitios se vive y idílicamente, en plena naturaleza, en perpetua contemplación de lo infinito, sin que por ningún lado asome la patibularia silueta de los esbirros de la tiranía. Allá lejos, en la llanura, en la pobre ciudad abandonada por gran número de sus habitantes, impera un régimen de violencia y extorsiones sin precedentes en su historia;

mientras acá arriba, en la empinada cima, aire fresco, saludable, impregnado de las emanaciones del inmenso valle que desde ella se divisa, ambiente favorable para dilatar perpetuamente en la imaginación por ámbitos de serena luminosidad de atractiva plasticidad artística. ¡Que paz tan deliciosa! ¡Qué paz tan dulce y serena! Paseo, estudio, observo, escribo. Parece que aquí se está a cien lenguas del teatro en que ruge, desoladora y trágica, la guerra civil. Y, sin embargo, a poca distancia, casi al terminar la bajada, al borde de la carretera, divísanse las bien construidas trincheras del campamento revolucionario de La Piedra que cubre el camino de Moca, impidiendo, por este lado, el avance de las huestes dictatoriales que guarnecen La Vega. No puede ser mayor el contraste entre la agitación, las inquietudes, las incertidumbres, las zozobras, los temores de ayer, y la seguridad individual, la apacible calma, la tranquilidad serena y luminosa de hoy. Experimento la impresión de quien, después de recia lucha, salvado milagrosamente de un naufragio, hace pie firme en el recodo de una playa dorada por el sol, tranquila, en que las olas se duermen mansamente y en que todo convida a un bienhechor reposo para recobrar las fuerzas agotadas en el titánico empeño de alcanzar los arenales de la costa salvadora...

Extático, en solemne y prolongada contemplación, dejo correr las horas ante el paisaje de maravillosa esplendor, indescriptible, que se abarca desde estas alturas en que la naturaleza y la historia se unen en amoroso abrazo. Más de una vez he visto ya surgir de los lejanos montes, de la línea nítida imprecisa del horizonte, el disco encendido del sol, rodela fulgurante, derramando torrentes de luz sobre el valle inmenso... Y más de una vez también, en el confín lejano, en la agonía del crepúsculo, he contemplado la luna, *hostia inmensa*, ascendiendo, serena y melancólica, sobre un fondo tenue oscuridad, mientras en la llanura vastísima, ensombrecida por la noche, aquí y allá, aparecían, faros minúsculos, las luces de numerosos bohíos. A veces es imponente el silencio que reina en estas cimas desde donde puede dilatarse la vista en una permanente impresión de grandiosa intensidad. La sensación que se experimenta es como si se

estuviera mirando el mar, un inmenso espacio de aguas de tonos grises, verdosos, de un subido azul oscuro... Mi sitio predilecto, casi todas las tardes, es la calzada de la iglesia que está frente al magnífico panorama. Allí encuentro siempre fresco agradable y sombra bienhechora. Se me figura que, en aquel lugar, vibra y se intensifica más el alma del paisaje. Mi mirada, en constante deslumbramiento, abarca allí mayor extensión del valle ubérrimo, fuente principal de la riqueza agrícola y pecuaria de la extensa región cibaëña. A cada paso cruzan por el cielo azul nubes blancas, de una blancura láctea, u oscuras, amarillentas, rojizas, de forma caprichosas, marcando a cada paso, zonas de sombra, como si fueran los contornos de mapas de países de fantásticas regiones: maizales, cocales, platanales, macizo de tupida verdura, jirones de selva, destácanse tan pronto en una radiante apoteosis lumínica como sumergidos en espacios de sombra en que se esfuman momentáneamente sus más pintorescos detalles. Abajo, por el camino de Moca, por la carretera en construcción bordeada de casitas rústicas, de pintoresco aspecto, van y vienen incesantemente gentes, cabalgaduras, todo lo cual, visto desde arriba, produce por su pequeñez la impresión de cosas pertenecientes a imaginarios mundos liliputienses. Contemplado desde este lugar parece el paisaje como un gigantesco abanico policromo pleno de raros y poliformes dibujos. En sus aparentes extremidades, en sus confines, de izquierda a derecha, más o menos confusamente, alcánzase a ver los edificios de Moca, el caserío de Salcedo, parte de las casas de San Francisco de Macorís. Al frente, en la línea de montes más o menos enhiestos, destácanse más elevadas, las líneas de la maciza arquitectura del Cucurucho. A la derecha, un charco de agua, verdadero ojo líquido que, en estas horas resplandece con tonos metálicos como un fragmento ovalado de plata bruñida, es lo único que puede distinguirse del rumoroso Camú. Hacia la parte oriental la vegetación se extiende plana y simétrica hasta confundirse con él. Que señala el lugar de la portentosa bahía de Samaná...

La sombra va haciéndose cada vez más densa. La hora convida a la meditación. Detrás de mí, majestuoso, elegante, se

irgue el santuario en que muchedumbre de creyentes acuden con frecuencia a abreviar sus ansias de consuelos espirituales. Mi pensamiento, ave tranquila, vuela del paisaje que empieza ya a hundirse en la sombra al templo cristiano en cuya cúpula adornada de vidrios de colores pone el sol exaspirante vivos y hermosos reflejos. Si no comulgo con la virtualidad de dogmatismos religiosos que han hecho ya su camino, creo sí firmemente en la indestructibilidad del sentimiento religioso. Existirá mientras haya hombres sobre la tierra. Las concepciones dogmáticas, las instituciones eclesiásticas, lo que en materia de creencias asume aspectos más o menos pronunciado de objetividad, en la evolución más o menos lenta de las cosas, sufren indudablemente modificaciones o transformaciones en lo que toca a sus formas y procedimientos, por más que siempre subsistirá el fondo de idealismo de sugerente alteza moral en que se expande de continuo el sentimiento místico. Quizás llegue a no haber religiones positivas, pero habrá siempre emoción mística. Nuestro yo finito, relativo, buscará perdurablemente, por la impulsión incontrastable de cierto peculiar dinamismo, lo infinito, lo absoluto, o por lo menos lo que se nos figura como tal. La ciencia no podrá nunca colmar ciertas misteriosas honduras del alma humana. Detrás del conocimiento adquirido siempre había otro por aquí. El sentimiento religioso no podrá jamás condensarse, en cuanto a su expresión, en fórmulas de permanente estabilidad. Yo por lo menos no he encontrado esa estabilidad definitiva ni en la radical distinción dualística de Ritschel, ni en la interpretación de A. Sabatier, ni en el concepto sociológico de Durkheim quien ve principalmente la religión como factor social, como condensación secular del alma colectiva repercutiendo y determinándose en el alma individual. Para William James, el insigne psicólogo norteamericano, la religión es fenómeno personal, experiencia diaria, que arranca de las misteriosas regiones de nuestro ser subconsciente. Entendida de esa manera, es decir, desde un punto de vista de verificación, de comprobación pragmática, la religión es vida interior diaria, viva, intensa, integral, de resultados generalmente beneficiosos. Sea lo que fuere, el sentimiento

religioso, cada vez más espiritualizado, más desprovisto de sedimentos dogmáticos, de transitorios ritualismos, constituye y constituirá fuente de paz, de claridad, de amor y de consuelo para muchísimas almas estructuradas para sentir hondamente serenos y luminosos misticismos.

V

En el nacionalismo *integral* que propagan ardorosamente en Francia algunos notabilísimo escritores, Mauricio Barres principalmente, defiende este, con calor y elocuencia, desde puntos de vista acertadamente escogidos de tradición, de historia y de arte, la necesidad de conservar con exquisito y diligente cuidado cuantos monumentos o cosas de cierta índole histórica hablan directamente al alma nacional evocando el recuerdo de hechos de trascendente relieve colectivo. Entran, naturalmente, en ese número, ciertas iglesias de aldea que, por su antigüedad, su belleza arquitectónica, su vinculación íntima con el proceso histórico de las localidades en que radican, merecen ser clasificadas como verdaderos monumentos nacionales a fin de hacer posible la reparación de los naturales deterioros que en ellos ha realizado la acción del tiempo e impedir, en muchos casos, el destructor celo anticlerical de municipio sin escrúpulos para derribarlos considerándolos torpemente como seculares vestigios de la intolerancia o de fanatismo. Es esa una parcial y estrechísima comprensión de la historia propia del fanatismo político tan parecido en sus nocivos efectos al fanatismo religioso. El alma de una nación, lo que en realidad la constituye, lo que la integra, lo que, en sí le imprime estabilidad más o menos definitiva, es el conjunto de cosas y circunstancias de efectiva convergencia que, fusionándose en el correr del tiempo, han determinado una concreción de resaltante objetividad, una síntesis espiritual en que se estereotipa, vivifica y resulta un sentimiento de ideales comunes bien definidos y precisos. Es eminentemente nocivo cuanto se endereza a menoscabar o destruir ese acervo de cosas

que tan íntima conexión tienen con el espíritu nacional. En mi nacionalismo, en el que preconizo con fe de convencido, sin tener ciertamente el carácter absolutamente integral del que sustenta Mauricio Barres en lo que toca al papel predominante que pretende conservar a cierto dogmatismo religioso, también figuran como principios fundamentales las ideas encaminadas a conservar sin menoscabo ni deterioro cuanto habla objetivamente a la imaginación de un pueblo, lo que por este o cualquier concepto, iglesia, estatua, monumento sepulcral o cuanto se le parezca, evoca con cierta intensidad por la idea que vincula o por el recuerdo que despierta, un sentimiento patrio más o menos viril y trascendente...

Por eso he visto con pena el triste estado en que se encuentra el Santo Cerro. Negligencia, incuria, abandono, ruinas por todas partes. Hay muchas casas cerradas. En la calleja principal de la aldea, cubierta de espeso césped, como si fuera lugar de crianza, pululan a su antojo asnos, cabras, cerdos, gallinas... La vegetación, lujuriosa, arrolladora, penetra por las mismas puertas de las casas. Algunas de estas, destartaladas y ruinosas, parecen mantenerse en pie por un milagro del equilibrio. Sin detenerse en la calleja, pujante, sin mano bien intencionada que le cerrase el camino, esa misma vegetación cubría ya parte de la misma alta calzada de la iglesia hasta hace tres o cuatro días que se emprendió una ligera limpieza de ese sitio. Muda, perennemente silenciosa, cerrada siempre, parece la iglesia como un cuerpo en que no se siente ya el ritmo poderoso de la vida. Ni una sola vez he oído resonar armoniosas, como voces solemnes de lo alto, los repiques argentinos de las campanas dilatándose por todos los ámbitos de la campiña inmensa. Ni un solo instante me ha sido dable sentir esa *poesie des cloches* de que habla Chateaubriand... Tal como se ve actualmente, me parece el Santo Cerro lugarejo tosco refractario por completo a las grandes exaltaciones espirituales que sitio santificado por la tradición, consagrado por la historia, ungido por el fervor de las numerosas peregrinaciones que han impreso aquí la huella imborrable de una devoción sincera y honda. A Monseñor Nouel se debe, según se me ha informado aquí, la

supresión completa de ciertos cobros que aparecían como con visos de un negocio o un industrialismo impropio por entero del ideal religioso... Si no se pone pronto remedio, en breve no servirá para nada, pues empieza a descomponerse por todas partes, el fácil y cómodo camino de subida construido hace pocos años. Nuestras guerras intestinas, crueles y asoladoras, han manchado también de sangre estos sitios aislados de recogimiento y de oración. El combate cruento ha rugido también formidable en estas alturas. Por ahí, al terminar la calleja, cerca de las Tres Cruces, se desplomó en la muerte, como un paladín de epopeya, aquel Nisio Pichardo, bello como un efebo, figura realmente heroica, en todo el esplendor de su juventud, noble, generoso, humano, especie de Hoche de nuestras guerras civiles. No entro en más detalles, pero hay uno de estos que, por su excepcional importancia, no quiero dejar pasar inadvertido.

No hace mucho tiempo, dos o tres años a lo sumo, construyose un nuevo cementerio quedando el otro, el viejo, como aquí dicen, en total abandono sin que hubiese alma viviente que de él se ocupase para mantenerlo en condiciones de necesaria limpieza. El sitio que ocupa es la viva imagen de la más desconsoladora negligencia o descuido. Creciendo a sus anchas, tupida y avasalladora, la vegetación va día por día cubriendo las viejas tumbas, las cruces carcomidas o rotas, todo el perímetro en que durante tantos años sucesivas generaciones encontraron lugar propicio para el reposo definitivo. En el centro, en un espacio, en torno del cual la maleza se espesa, hiere de pronto la vista un espectáculo horripilante, intensamente macábrico. En montón, a derecha y a izquierda, irregularmente esparcidos, fémures, tibias, clavículas, calaveras, toda clase de fragmentos de esqueletos, esqueletos enteros o poco menos, surgen ante los ojos asombrados con toda su tétrica y espantable realidad. Por entre los intersticios de los arbustos más altos se filtra el sol, un sol deslumbrante de agosto, pintando muecas horribles en las descarnadas cuencas de algunas de aquellas calaveras en que figuró la vida, y fulguraron anhelos y esperanzas. Nadie se ha cuidado de construir un osario para recoger piadosamente esos

restos de cuerpos en su inmensa mayoría de pobres campesinos que vivieron en comunión perenne con la tierra y que hoy esta, ingrata, parece arrojarlos de su seno fecundo donde todo vive y se transforma. ¡Ah! si pudieran, nuevos Lázaros, al conjuro de no sé qué palabra divina recobrar momentáneamente la vida, ¡cómo se asombrarían de verse así, profanados por miradas compasivas o burlonas, esparcidos en desorden, huérfanos de todo recuerdo, escarnio de la chiquillería ellos que, al expirar, tuvieron la ciega confianza de que descansarían para siempre bajo la tierra consagrada por tantas oraciones y por tantas piadosas romerías. Menos cruel que los hombres, la naturaleza pródiga, exuberante, va poco a poco, con los arbustos que se entrelazan, con su copioso florecimiento de hojas, formando a esos restos un sudario de espesa verdura que los libre para siempre de torpes profanaciones...

Cabe a mi ver la principal responsabilidad de este descuido a los deudos de los que yacen en aquel abandonado cementerio. En conversaciones íntimas con el Padre Nouel, cura de almas de La Vega en aquel entonces, oíle expresar idea que busquemos oportunas para la mejor y más fructuosa conservación de este histórico santuario. Pensaba que aquí podía muy bien establecerse un gran colegio en que se recibiese sólida enseñanza; y, si mal no recuerdo, me parece también que creía que nada mejor que poner el Santuario a cargo de alguna comunidad religiosa, de los franciscanos, por ejemplo, de esos hermanos *menores* que en todas partes han dejado rastro de admiración y de amor, y que han puesto siempre como su fundador egregio, el santo de Asís, el Cristo de la Edad Media, por encima de ciertos intereses terrenales, mercantilismos y torpes concupiscencias, la fe robusta de su alma en divinas realidades de bien y de consuelo. Si no me equivoco (no tengo aquí a la mano ningún texto para comprobarlo) en épocas lejanas estuvo servido este Santuario por frailes de la Merced que lo cuidaron con piadoso y fecundo celo. Ojalá siga pensando lo mismo a ese respecto el acucioso prelado que rige actualmente los destinos espirituales de la grey dominicana.

VI

Por más que la vida política del pueblo dominicano en este instante crítico de su tormentosa actuación histórica, no puede ser más convulsiva, más anárquica, más pletórica de morbosidades inquietantes; por más que por todas partes se presenten manifestaciones sintomáticas de cada vez más acentuados desconciertos de disolución próxima e inevitable a juicio de muchos; parece que tales cosas, por más alarmante que se exhiban a primera vista, son, en su inmensa mayoría, exterioridades superficiales, formas necesariamente pasajeras de un estado de cosas generado por la nociva influencia de prejuicios tradicionales, convencionalismos y falta permanente de capacidad dirigente; pero capaces por completo de modificarse o desaparecer del todo si para ello se ponen en contribución, hábil y tesoneramente, ciertos medios y resortes de conocido e indiscutible valor sociológico. No es difícil, ni con mucho, a pesar de ciertas apariencias, reaccionar en un sentido claro y preciso de civilización coherente y progresiva. Detrás de cosas nocivas de superficial realidad muévense, desordenadamente sin duda, fuerzas sociales que, bien encaminadas, bajo la acción inteligente y patriótica de hombres públicos bien penetrados del sentido de las realidades presentes, podrían transformarse en factores de vida jurídica, de vida de deber y de derecho de que es muy capaz el pueblo dominicano, por más que son numerosos los porque a cada paso afirman resueltamente lo contrario. Son estos observadores a flor de tierra que han ahondado poco o no han ahondado nada en lo más íntimo de nuestro organismo psicológico. Esa obra, claro está, no puede ser de momento. Pero creo firmemente que, poniendo cada uno de nosotros algo de su parte en ese empeño, pronto nos sería dable tocar los anhelados resultados. Ese empeño debe comenzar en lo político. Ante todo unión, unificación de voluntades, del mayor número posible de voluntades, unión concebida en un sentido de orden estable que sirva de apropiado sustento a la ansiada obra de

nuestra reconstrucción política y social. Hay que formar, con fines políticos, conforme lo permitan las circunstancias, un fuerte, un sólido bloque, que ofrezca formidable resistencia a las ambiciones bastardas, a las concupiscencias, a los mercantilismos, a las intenciones vitandas que marchan de continuo al asalto del poder público. Y así tendremos paz fecunda, instrucción, trabajo, verdaderas instituciones republicanas.

Más de una vez, desde estas pintorescas alturas, admirando el valle inmenso extendido a mis pies como portentosa alfombra de variados aspectos, he sentido penetrar en mi alma como una fresca y bienhechora onda de esperanza y de consuelo al contemplar día por día los centenares de humaredas que como nubes a ras de tierra señalan los respectivos lugares de desmontes en que pronto se dilatarán nuevas plantaciones de cacao, de café, de trabajo, de cuanto produce con abundancia nuestro pródigo suelo. Se trabaja sin descanso por más que piense otra cosa el crónico pesimismo que alza de continuo su cabeza en nuestros más empingorotados círculos sociales. Son miles, muchos miles los campesinos que, dando la espalda a la lucha fratricida, viven en cuerpo y alma entregados a sus honrosas y fecundas faenas agrícolas. He hablado con varios de ellos y a todos les he oído expresarse, aún sin ocultar sus simpatías por el actual movimiento legalista, en un sentido de vehemente deseo de que se instaure sólidamente la paz pública con todas sus fecundas y salvadoras consecuencias. Empiezan a abominar la guerra, porque ellos mismos constituyen la materia principal de expoliación de tirios y troyanos... Bien es verdad que aquí, por desdicha –lo he dicho en otras ocasiones y lo repetiré mientras sea necesario– en la gran mayoría de los casos, el origen, la causa principal de nuestros frecuentes y asoladores pugilatos civiles, reside en lo alto, en los centros gubernativos, en la acción torpe y disolvente de gobiernos sin ideales y sin prestigios que tienden solo a satisfacer exigencias de un burdo y procaz personalismo y a sostenerse en el poder por los siglos de los siglos contra viento y marea. Para nuestros gobiernos y gobiernitos, pues de esta clase son

los más frecuentes y por regla natural los tengo encaminados, es cosa por completo baladí el descontento popular, el tener casi en su totalidad –como en dos ocasiones se ha visto últimamente– la opinión pública en contra, con tal de contar con sus empleados naturalmente interesados en sostenerlo y con las fuerzas armadas de la República que convierten de defensoras de las instituciones en su más inconsciente y formidable enemigo.

Las persecuciones de que he sido injustamente objeto, por dos veces, durante la desquiciada administración de Bordas Valdés no amenguan ni amenguar pueden mi acendrada devoción a altos y luminosos ideales de organización jurídica que juzgo de imprescindible necesidad para la vida cultural del pueblo dominicano. Mi actitud, lo digo con legítimo orgullo, así durante estos tormentosos años de austera adhesión a los principios que en conferencias, en periódicos y libros preconizo incesantemente sin cesar el acicate de medros y satisfacciones personales... A raíz de la muerte de Ramón Cáceres expuse en la prensa, clara y serenamente, sin sombra de prejuicios partidaristas, mi opinión en todo adversa al continuismo que se avecinaba. No fui profeta del día siguiente. Dije, en su hora, oportunamente, lo que pensaba. Con hondo pesar vi que el continuismo se imponía con todas sus aterradoras consecuencias. Fui, en opinión manifestaba sin embozos, en criterio, desde el punto de vista de los principios, adversario de la oligarquía victorista, y no porque tuviera nada que reprochar personalmente a Alfredo y Eladio Victoria, sino porque para mí representaban un nuevo personalismo, que aún colea, y porque haciendo imposibles unas elecciones libres o cosa parecida, como las quería el país, como la pedían las diversas banderías políticas, vendría, como consecuencia inevitable, la guerra civil con todo su negro cortejo de horrores y de ruinas. Saludé con júbilo el nombramiento del presidente interino recaído en mi amigo el general José Bordas Valdés, pues sus honrosos antecedentes lo hacían digno de tan alto puesto y parecían

garantizar que sería en él servidor respetuoso de las leyes. Lo creí capaz de elevarse, por su desprendimiento y su civismo, cerca de las alturas en que culminaron, por su sincero republicanismo, un Duarte, un Espaillat, un Billini... Confieso con franqueza que, durante un tiempo, creí en la sinceridad de sus declaraciones de que por ningún caso (a mí mismo me lo dijo) postularía o dejaría postular su candidatura a la presidencia definitiva; pero los hechos vinieron presto con su irresistible elocuencia a demostrar que me había por completo equivocado al pensar que él no iba a ser uno de tantos. Lo fue desgraciadamente acentuando el escepticismo que impera aquí respecto de la legación y desinterés de nuestros hombres públicos. Desde que adquirí esta triste convicción, mi opinión, expuesta sin ambages, le fue adversa, como a los Victoria. Era un nuevo personalismo que, sin opinión y sin prestigio, pretendía imponerse, lo que, por ley natural de las cosas y por exigencias imperativas del medio, iba a llevarnos a escape a una nueva larga tiranía. Además, su administración interna, en lo político y en lo económico, no ha podido ser más desastroso.

Caído, como tiene que caer ese mandatario tan lamentablemente extraviado, urge crear una situación lo más sólida posible para dar al país la paz efectiva que de todos lados se pide con insistencia, y que, hasta ahora por ambiciones mezquinas de caudillos de segundo o tercer orden y sin verdadero mérito intrínseco no ha podido instaurarse. Tal cosa es factible únicamente sosteniendo una unión sincera y leal, basada en un acuerdo satisfactorio, entre las dos más numerosas agrupaciones que actúan en nuestro escenario político y a cuya loable aproximación se deberá indudablemente el derrumbamiento de la dictadura de Bordas Valdés. Esa unión, ya comenzada, es de imprescindible necesidad para ambas agrupaciones. Únicamente de esa manera, procediendo todos con perfecta buena fe, podrá formarse y perdurar el *bloque* de resistencia de que hablé anteriormente a fin de alcanzar por su medio la mayor suma de libertad desenvolviéndose en el orden más

completo y perfecto. De lo contrario volveremos a las andadas y eso significaría –nadie puede ni debe llamarse a engaño a ese respecto– la extinción más o menos parcial de nuestra existencia de pueblo independiente... Hoy, 16 de Agosto, aniversario de la Restauración de la República, abrigo la esperanza de que, aleccionados por larga y dolorosa experiencia, haremos pronto un alto definitivo en el camino de perdición en que hemos malgastado siempre nuestras más necesarias energías y laboremos en el sentido de fundar una paz jurídica, amplia, estable, fecunda, para que así luzcan días serenos y luminosos para el pueblo dominicano.

Santo Cerro, 16 de agosto de 1914.

LA LITERATURA DOMINICANA*

- * Publicado como un extracto de la *Revue Hispanique*, tomo XXXVII, Nueva York y París, 1916, con la siguiente nota final que, según los editores de dicha revista, fue escrita por un compatriota del autor: «García Godoy fue el alma del movimiento nacionalista iniciado en La Vega, su residencia, con la fundación de la sociedad Patria. En periódicos, folletos, libros y conferencias preconiza incesantemente un ideal nacionalista amplio, sin estrecheces regionales, y un alto propósito de unión hispanoamericana. En *Rufinito*, *La patria y el héroe*, *Alma dominicana*, *Bajo la dictadura* y *Guanuma* últimamente, ha hecho propaganda nacionalista. Su obra puramente de crítica literaria está en estos otros libros: *Recuerdos y opiniones*, *Impresiones*, *Perfiles y relieves*, *La hora que pasa* y *Páginas efímeras*. Esta última acaba de ser reimpressa en Madrid por la Biblioteca Andrés Bello, con el título *La literatura americana de nuestros días*. Tiene en prensa otro libro de crítica: *De aquí y de allá*, y en preparación algunos de carácter histórico». (Nota del editor).



I

El centro primero y principal de irradiación de la cultura ibérica en América fue indisputablemente la isla de Santo Domingo, la predilecta de Colón, la antigua y renombrada Hispaniola. De todas las del riente archipiélago antillano es la que ostenta montañas más altas, ríos más caudalosos. La naturaleza intertropical ha hecho en ella espléndido derroche de sus dones más deseados y valiosos. En sus serranías empinadas y en sus valles idílicos, primero que en ninguna parte de América, escuchóse el caracol guerrero del indio y el clarín del conquistador hispano excitando sus respectivas huestes al combate encarnizado y cruento... Aquí también asomó primero su espantable silueta la ominosa rebelión. Aún no terminada la completa sumisión del aborigen, alzóse Roldán en iracunda rebeldía contra el gobierno del descubridor eximio. En la isla hermosa y bravía hubo momentos de esplendor y de visible adelanto. Tales momentos pasaron presto. El mayor núcleo de su población se desparramó por las Antillas vecinas y por las tierras más próximas del continente recién descubierto. Toda esa gente iba movida por el incentivo de encontrar el oro a montones. Por un tiempo emporio de civilización, la isla se despobló rápidamente; quedó casi desierta. De ella salieron para dilatar su vuelo por regiones desconocidas, donde la fama pregonaba la existencia de cuantiosas riquezas, esas aves de presa que se llamaron Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa,

muchos más de los audaces guerreros que sojuzgaron a sangre y fuego imperios y reinos, haciendo resonar por todas partes el nombre temido y glorioso de España. La despoblación fue casi un golpe de muerte para la naciente colonia. El victimario de la culta y generosa Anacaona, la reina de la pintoresca Jaragua, el cruel y taciturno Nicolás de Ovando, fue un gobernante de innegable habilidad, organizador y amante del progreso urbano. Pero el empedernido comendador no tuvo quien continuase su obra de mejoramiento material. Administradores hábiles y bien intencionados acaso hubieran podido impedir la despoblación del territorio desarrollando en gran escala elementos inexplorados de riqueza pública. Sucedió todo lo contrario.

En lo adelante, salvo en uno que otro período, la existencia de la colonia será puramente vegetativa. Correrá, apacible y triste, sin ritmo ninguno de fecunda actividad. A días de relativa animación sucederán otros de amargas y dolores. Huracanes, terremotos, epidemias, invasiones filibusteras, esparcirán por campos y ciudades el más fiero y devastador estrago. Cierta aislada actividad intelectual florece en los conventos. Las comunidades religiosas, dominicos y franciscanos en primera línea, mantienen cierto limitado fermento de cultura. Bartolomé de las Casas, uno de los espíritus que más honran la humanidad, dijo aquí, en La Vega, su primera misa. Córdoba y Montesinos, frailes de verdadera estirpe evangélica, lucharon en favor de los pobres indios, torpemente esclavizados, pidiendo para ellos el derecho siquiera de vivir tranquilos y respetados en la tierra en que nacieron, en la tierra en que fueron libres y felices sus abuelos con hechos de sublime piedad, de abnegación cristiana, confúndense, en aquel período, excesos autoritarios, ambiciones bastardas e iracundas... La colonización de esta Antilla nunca tuvo un proceso regular y coherente de metódica adaptación a formas sociales de evolución progresiva. Se procedió, por lo general, sin regla, como al azar, evidenciando la clase conquistadora, o sus sucesores, solo propósitos de rapiña para alcanzar un pronto enriquecimiento. El *carpe diem* horaciano fue norma general de conducta. Las leyes de Indias eran excelentes, pero

no se cumplían. No obstante las recomendaciones calurosas de algunos monarcas españoles, sus representantes, los encargados aquí de aplicarlas, uno que otro de ellos con manifiesta buena intención, tropezaron siempre con los sórdidos intereses creados por la talla enseñoreada del esquilmado terruño. Durante un tiempo sostúvose la lucha entre una minoría culta y humanitaria, interesada en favor de los indios, y una mayoría omnipotente, resuelta a mantener en toda su integridad la nociva institución de las célebres *encomiendas*.

Con el tiempo operábase la fusión étnica destinada a producir un tipo colonial adaptable por entero al ambiente físico y a modalidades sociales privativas del momento histórico. En curiosa mezcolanza, determinando esa concreción étnica, aparecen el blanco europeo, generalmente de clase baja y maleante; el indio quisqueyano, indolente y blando, y el etíope salvaje, pleno de las supersticiones febricitantes y fetichistas de sus selvas africanas. Este último fue importado, impremeditadamente acaso, para remplazar a los indios, ya en vías de injustificable extinción. Al promediar el siglo XVI ya casi no quedaban indios en esta Antilla. El último de ellos, de estirpe soberana, el famoso Enriquillo, después de una lucha de años verdaderamente épica, logra la libertad de la porción de su raza que acaudilla y con ella se retira, ya sin ninguna sujeción humillante, al pueblecito de Boyá, donde él y los suyos se extinguen en melancólico y silencioso aislamiento... En el tipo étnico que sale de aquel crisol humano hay poquísimas gotas de sangre aborígen. El blanco y el negro determinan casi por completo al criollo. Pero en este, por condiciones intrínsecas y por evidente superioridad intelectual, persisten muchas modalidades anímicas características del primero, atenuándose considerablemente particularidades muy salientes y peculiares de la raza negra.

Nuestra historia, resonante y épica, es, sin disputa, la más variada y dramática de la América Latina. Hemos pasado, de mano en mano, del dominio de una nación al de otra, como manso rebaño, incapaz de sentir estremecimientos de fiera rebeldía. Hemos vegetado tres veces: la mayor parte de nuestra

vida histórica, bajo la monarquía española; durante cinco o seis años pertenecemos al imperio napoleónico; hemos sufrido en dos ocasiones la vergonzosa dominación haitiana, y por nuestra propia voluntad, por el breve plazo de algunas semanas, formamos parte integrante de la gran Colombia, la portentosa creación del caraqueño insigne. De casi todas esas dominaciones hemos salido aureolados por la Victoria. Bajo la primera dominación española, sin arredrarnos ante el número y la disciplina del contrario, hicimos cara con éxito brillante al formidable ejército inglés enviado por el protector Oliverio Cromwell para someternos al dominio británico. Con razón exclama el padre Vásquez, cura de Santiago de los Caballeros, degollado más tarde cuando la invasión de las hordas del feroz Dessalines:

Ayer español nací,
a la tarde fui francés,
a la noche etíope fui,
hoy dicen que seré inglés:
no sé qué será de mí.

Pero en medio de tantos cambios y mudanzas persiste en sus principales aspectos, si acaso muy superficialmente modificado, el tipo étnico hispano-americano, en que se han condensado con señorial predominio muy acentuadas formas espirituales de ver y entender la vida privativa de nuestros férreos antepasados.

Quizás desde puntos de vista de alta crítica histórica resulte pueril argumento acusar a España de causa determinante de ciertos aspectos de nuestro estacionamiento y devoción a lo anejo y rutinario. No se puede dar más de lo que se tiene, y España, bueno o malo, nos dio cuanto tenía, en cierto sentido, algunas deficiencias mentales nuestras son resultantes de algo muy particular de la ideología española. Joaquín Costa, Unamuno, otros más, han puesto recientemente de bulto todas o casi todas esas deficiencias de mentalidad. En la época colonial dan la síntesis de la defectuosa organización imperante estos tres actores extraviados de capital importancia sociológica: en lo religioso,

la intolerancia, el fanatismo; en lo económico, un absorbente y rígido monopolio, y en lo político, un régimen de centralización suspicaz y restrictivo que mataba en flor toda sana iniciativa y hacía de la ignorancia la mejor arma de gobierno, tendiendo sistemáticamente al alejamiento de los criollos de los altos puestos administrativos, reservados casi exclusivamente al elemento peninsular...

La urdimbre íntima, la peculiar psicología de esa época, está aún casi inexplorada. Para historiarla con amplio espíritu crítico abundan los materiales esparcidos al azar. Para hacer obra útil se impone una selección de ellos lo más depurada posible. Solo por el estudio del pasado, por su conocimiento íntimo, por su entusiasta evocación, pueden explicarse muchas cosas de la hora presente. De ese pasado vivimos espiritualmente en no escasa parte. Modificaciones sucesivas no han alcanzado todavía a extirpar por entero algunos de sus más inconvenientes aspectos. En nuestro ser colectivo vive aún el alma colonial, aunque disimulada bajo determinadas apariencias de modernidad. Nuestra carencia de cohesión colectiva, nuestra resaltante falta de solidaridad, origen principal de nuestros desaciertos, de nuestras caídas y desventuras, radican, principalmente, en el concepto equivocado de vida que fue norma determinante de nuestro pasado. Una sociedad constituida por la violencia no podía dar frutos de vigoroso adelanto. Solo ha dado los podridos que cosechamos actualmente. Urge un conocimiento más cabal de nuestra psicología individual y colectiva, que nos ponga en condiciones –comparando tales formas pretéritas de nuestra mentalidad con otras más beneficiosas de vida civilizada contemporánea– de evolucionar científicamente, sin saltos peligrosos, hacia un orden de cosas por entero propicio a la conquista luminosa de sucesivos perfeccionamientos. La fuerza que moldeó las formas más acentuadas del coloniaje palpita aún vigorosamente en nuestras ideas de coerción, de amor a la violencia, de culto a soluciones reñidas con finalidades de derecho, de centralización estranguladora de propósitos expansivos, de recio autoritarismo, de funesta intolerancia, de rutinarismos extremadamente entorpecedores...

La vida literaria en Santo Domingo, en sus principales manifestaciones, en todas sus formas de expresión, no tiene ni puede tener, tratándose de épocas pasadas, nada esencialmente característico que le imprima peculiarísima fisonomía. Lo mismo puede decirse de las demás colonias españolas de América. Bastante abundante en el Perú, pongo por caso, adviértese en esa actuación intelectual, detrás de disfraces más o menos llamativos o vistosos, petrificaciones tradicionales de devoción o de costumbres pintorescas caras a la imaginación popular. Descontados ciertos momentos en que el reinado de modas más o menos efímeras *hace* literatura, crea una literatura artificial, esta, en la generalidad de los casos, es producto natural y espontáneo que va refinándose lentamente y que refleja siempre, con mayor o menor fuerza, el pensamiento y la sensibilidad propios de una colectividad, de un pueblo, de una raza. La literatura de la época colonial, por lo que a nosotros se refiere, ha sido pobre, paupérrima. Y esa penuria intelectual guarda estrecha relación con circunstancias históricas. Transcurridos algunos años de relativo esplendor, la primada de América, la cuna de la civilización ibérica en este continente, dilata su vida monotonía en un ambiente de forzada quietud, que, en ciertos períodos, toma aspectos de evidente retroceso. Nuestra existencia colonial es, en ciertas épocas, la de una colectividad de mendigos. En plácida resignación, en melancólica conformidad, vegetamos largo tiempo, abierto solo el espíritu a cosas de acendrado misticismo y a ciertas diversiones populares. Procesiones, solemnidades patronales de ciudad o de barrio, juegos de gallos, de toros, absorben casi toda nuestra actividad. Y eso, durante aquella larga noche, nos basta y nos satisface...

Fija la mirada en el horizonte marino, la colonia vive miserablemente, esperando ansiosa la escuadra que trae el *situado* de la Nueva España. Al divisarla, las campanas repican alborozadas, la alegría se adueña de todos los ánimos. Ya, desde hacía siglos, no constituíamos más que un punto de escala, de tránsito, en que solo momentáneamente echaban el ancla los galeones que iban al continente y que regresaban a España. Nuestra pobreza

parece definitiva. ¡Qué distancia, qué inmensa distancia, de las fiestas deslumbrantes, de los esplendores suntuarios de México y de Lima! En la corte brillante de los virreyes exhibese el lujo en proporciones capaces de competir con las de algunos monarcas europeos. Se celebran certámenes literarios, se madrigaliza a la manera versallesca. Principalmente en Lima hay un copioso florecimiento literario. Trivial, alambicado en ocasiones, de escaso valor estético en su mayoría, pero florecimiento mental al fin... En la ciudad de Santo Domingo se expande toda la vida de nuestro espíritu. En las aulas universitarias, en los conventos, se discuten con frecuencia puntos de teología dogmática, de escolástica tomista. Pero eso solo corresponde a una minoría de inteligencia bien cultivada. El pueblo, la gran masa, signe en la más crasa ignorancia. Santo Domingo de Guzmán, todavía hoy, es vivo y palpitante recuerdo de esos tiempos. Reedificaciones sucesivas de corte y tono arquitectónicos modernos no han podido todavía, acaso no lo podrán en mucho tiempo, borrar las acentuadas peculiaridades medioevales de su fisonomía urbana, mística y pintoresca. Abundan los templos. Su catedral es de las más notables de América. Fragmentos de paredones de ruinosos edificios, ungidos por la historia, álzanse a cada paso ante la curiosa mirada. Se experimenta con fuerza la sugestión fascinante de lo que fue, de lo que dio asidero a leyendas de perdurable renombre. Y en la alta noche, bajo la caricia suave de la luna o bajo la pálida claridad de las estrellas, deambulando por algunas de sus calles arcaicas, contemplando sus vetustos edificios, florece intensamente en ciertas almas un ensueño romántico pleno de mirajes misteriosos de leyenda y de fulgurantes evocaciones...

Disipa en parte las sombras de aquella existencia patriarcal y monótona, encerrada en estrechas limitaciones de pensamiento y de acción, un foco de luz potente y duradera: la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Por los orígenes de su fundación se llamó *imperial y pontificia*. Fue la primera establecida en América. Una bula de Paulo III la había mandado crear en el año 1538; pero su instalación solemne se efectuó veinte años después, en 1558. La integraban cuatro facultades:

Medicina, Jurisprudencia, Filosofía y Teología. Algunas décadas después fundóse un colegio, o cosa parecida, por un acaudalado vecino de la arruinada ciudad de La Vega, Francisco Gorjón. Se habla también de otro establecimiento docente situado en las anexidades del Convento de Jesuitas. Parece que existió otro con el nombre de San Fernando. La Universidad fue fecunda en buenos resultados. De sus aulas salieron varones nutridos de humanidades. Algunos gozaron de merecida fama y prestigio. La luz espiritual que despedía aquel centro de enseñanza superior se esparció de manera bienhechora por las otras Antillas y toda la Costa Firme. A sus aulas acudían numerosos estudiantes de distintas procedencias. El espíritu de mitigado racionalismo de Santo Tomás imperó en aquella enseñanza universitaria, casi con exclusive señorío. Pero esa enseñanza, inspirada de continuo en formas más o menos dogmáticas de una escolástica que ya, fuera de España y de sus Indias, se retiraba del campo de la especulación ante el empuje irresistible de nuevas concepciones del *ser* y del *conocer*, sustentadas por pensadores exentos de resabios sectaristas, no podía ser en modo alguno terreno a propósito para el nacimiento de formas literarias expansivas y consistentes. A ello hay que agregar la suma escasez de población de la colonia, su estrechez económica y otras resaltantes deficiencias de su desenvolvimiento social.

Envueltos en nieblas de dudas y contradicciones, aparecen los contadísimos nombres que durante la primera época colonial pueden citarse como apreciables cultivadores de determinados géneros literarios. No falta quien afirme que fue un dominicano de la Orden dominica, Alonso de Espinosa, el autor de la primera obra que se imprimió en América. Se mencionan también dos poetisas: Leonor de Ovando, monja, y Elvira de Mendoza.

Son las más antiguas poetisas que se conocen en la historia de América.¹ Nada o casi nada se sabe, si lo hubo, del movimiento de las letras en tan remotos tiempos. De cosa de un siglo más tarde se recuerdan solamente estos dos versos de una glosa

¹ *Horas de estudio*, por Pedro Henríquez Ureña. (Nota del autor).

compuesta por un poeta desconocido, o poco menos, Francisco Morillas, en honor a los vencedores en la Limonade:

que para sus once mil
sobran nuestros cuatrocientos.

No falta quien rectifique diciendo que fueron setecientos. Ni el verso primitivo ni la corrección parecen decir la verdad. Fue motivo de duelo general la cesión que de la españolísima colonia de Santo Domingo hizo a Francia la vieja y amada metrópoli por el Tratado de Basilea. La consternación fue unánime.

Circularon mucho unos versos de autor anónimo, «Lamentos de la isla Española de Santo Domingo», reveladores del intenso pesar que embargaba los ánimos. No vale la pena copiarlos, pues solo tienen importancia como documento histórico. ¡Triste edad en la que se cedían los pueblos, aun de la acrisolada lealtad del dominicano, como si fueran cosa baladí, no obstante sus merecimientos y ejecutorias! La despoblación, por ese motivo, y después por las invasiones haitianas, se acentuó en proporciones aterradoras. Cuantos tenían medios de hacerlo abandonaron el país, emigraron las familias de mayor prestigio por su cuna y riquezas. De los últimos veinte años del siglo XVIII a los primeros veinte de la pasada centuria, período tumultuoso y trágico, se escribió algo. Una parte se imprimió y otra permaneció inédita hasta hace poco tiempo. De 1785 data la publicación de la obra *Idea del valor y utilidad de la isla Española de Santo Domingo*, de un dominicano, el padre Valverde, plena de dates interesantes y de atinadas apreciaciones. Fue reimpresa en los días de la anexión. El *Diario* de Sánchez Ramírez, publicado hace algunos años por la benemérita Sociedad Amigos del País, es un documento interesante de inapreciable valor histórico. Escrito con extremada sencillez, sin pretensiones literarias de ningún género, tiende solo a dejar constancia de los hechos en que su autor actuó decisivamente en primera línea. Son curiosas asimismo las *Noticias* del doctor Morillas, publicadas, también por la Sociedad mencionada, al final del tercer tomo de la

Historia de Santo Domingo por Del Monte y Tejada. Pero la más curiosa de las publicaciones de aquella época es, sin disputa, la interesantísima *Vindicación*, escrita en defensa personal por el padre Correa y Cidrón, pues en ella se reflejan, con vivísimo colorido, los sentimientos de acendrado españolismo que imprimían sello peculiarísimo a la sociedad dominicana en los postreros años de su infecunda existencia colonial.

Durante esas horas crepusculares, el espíritu crítico avizora, como nota curiosa, la aparición, aislada, sin nexos locales anteriores de ningún linaje, de dos composiciones de géneros de poesía antagónicos, de duración efímera. Por más que críticamente tengan un valor muy distinto, de resaltante mediocridad la primera, de mérito muy relativo la segunda, cito aquí tales concreciones rítmicas a título simplemente de datos curiosos, sin ninguna trascendencia literaria. La primera esboza una tendencia erudita, y la otra es de raíz netamente popular. Don José Núñez de Cáceres representa la erudita. Este hombre es una de las figuras más representativas de nuestra agitada e incoherente actuación histórica. Precisa considerarlo, siquiera sea rápidamente, en sus principales aspectos. Santo Domingo, allá por 1808, era parte integrante del imperio napoleónico. Gobernaba la colonia el general Ferrand. Resultó, en cierto sentido, un hábil gobernante. Libertó de trabas el comercio, fomentó la agricultura, creó escuelas, levantó edificios. Pocos años antes, franceses y dominicanos lucharon unidos contra las hordas vandálicas del feroz Dessalines, que venían resueltas a apoderarse a fuego y sangre de la histórica ciudad de Santo Domingo. En estrecha unión los veteranos de Napoleón y las colecticias milicias dominicanas infligieron rudo golpe al invasor haitiano. Las últimas perdieron su glorioso jefe, Juan Barón, especie de paladín de epopeya.

Pero esa unión fue cortísima. Poco después se producía en la nunca olvidada metrópoli un acontecimiento que iba a tener resonancia inmensa en América. Napoleón había invadido a España. El curso trágico paseaba en su corcel de guerra por las polvorientas llanuras de Castilla, y el alma española, la vieja alma de nuestros abuelos, hecha de audacia y de heroísmo, vibró

indignada, y desde los Pirineos hasta Cádiz resonó, entre desbordantes estremecimientos marciales, el grito de guerra a muerte al extranjero. Ese grito tuvo honda e inmediata repercusión en estos países. El movimiento determinado por tal suceso, examinados serenamente los hechos, asumió dos direcciones: una, la principal, fue convergente; otra, la menos importante, resultó divergente. Con disfraces más o menos llamativos o engañosos, las Juntas fundadas en el continente con el ostensible objeto de defender los derechos de Fernando VII trabajaron resueltamente en el sentido de romper los lazos que unían esas colonias a la monarquía española. Como lo probaron elocuentemente los hechos, todos sus esfuerzos se sumaron en la idea de una radical aspiración separatista, en la América insular, en Santo Domingo, fue divergente. La revolución que rompió aquí enderezó sus pasos en la vía de efectuar su reincorporación a España. Representó la vuelta a la antigua existencia colonial. El triunfo de Palo Hincado coronó los esfuerzos reincorporadores de don Juan Sánchez Ramírez, el férreo y valeroso caudillo dominicano. El pundonoroso Ferrand, viéndose vencido, se deshizo las sienes de un pistoletazo. Su sucesor, Dubarquier, se encerró en Santo Domingo, donde capituló después de una larga y heroica resistencia.

Por más que nos halague y nos enorgullezca, la vuelta al estado colonial, a un estado más atrasado y rutinario que el imperante durante el gobierno francés, vincula un paso regresivo, un salto hacia atrás, un evidente retroceso. Gloriosa, heroica, todo lo épica que se quiera, la Reconquista, como llamaron a aquella revolución, el retorno al poder hispano, aunque debido al españolismo intenso de que estaba saturado el ambiente de la colonia, determinó por el momento un radical alejamiento del supremo ideal de la emancipación americana. España no supo apreciar, ni con mucho, nuestro gigantesco esfuerzo, la decidida y leal adhesión de sus antiguos súbditos. Permaneció indiferente, como si tal cosa. Nadie, allende el mar, hizo caso del pueblo que, con heroísmo sin igual, por sus propios pasos, tornaba lleno de esperanzas al regazo materno. Tan injusto

menosprecio, tal despego y abandono, motivaron que el jirón colonial unido nuevamente al primitivo dueño arrastrase vida lánguida y vegetativa. El desencanto fue completo. Cundió el descontento. Abortaron algunas conspiraciones. Se alzaron numerosos patíbulos. Mientras tanto, un hombre superior fijaba la mirada encendida de su espíritu clarividente en la dirección del continente lejano, donde resonaba, entre el tumulto de la lucha, el entusiasta vocerío de los que lidiaban esforzadamente por la independencia de América.

Ese hombre superior era don José Núñez de Cáceres. Abogado, orador, escritor, poeta a ratos, vinculaba en su persona los más altos prestigios intelectuales y sociales de la colonia. Como todos los dominicanos, acogió con alborozo la hazaña de Palo Hincado. Creyó, como todos, que la caída de la dominación francesa iba a convertirse en fuente de bienes para el amado terruño. La amarga realidad se encargó de abrirle presto los ojos.

Vio con claridad desde el principio. Comprendió pronto que con el régimen de incuria, de rutina, de estacionamiento, de carencia de todo sano propósito administrativo, característico de la España Boba, como se llamó expresivamente a esa situación, se marchaba en línea recta al más espantoso desquiciamiento. En su mente germinó presto la generosa idea de convertir la mísera colonia en un estado de la Gran Colombia. Con indiscutible habilidad así lo hizo. La colonia quedó desligada de España de manera incruenta. Por más que su obra resultara de breve existir por circunstancias que no son de este lugar, justo es exaltar su magnífico ensueño de redención y de gloria. Bástale, para honra eterna de su nombre, haber convertido el movimiento *divergente* de Sánchez Ramírez en movimiento de *convergencia* continental, haciéndonos figurar dignamente como modestos factores, pero factores al fin, de la grandiosa epopeya de la liberación de América.

Su canción, como él la nombra, «A las vencedores de Palo Hincado», fue inspirada en horas en que aún se tenía fe en la eficacia de la empresa reconquistadora. Es una especie de oda sin vuelo, desmayada y fría, de cierto colorido clásico, sin vibración

emotiva, sin estremecimientos pasionales. No era, ciertamente, un poeta el eximio dominicano. A lo sumo un versificador mediocre, prosaico en ocasiones. Compónese esta poesía de estancias de ocho versos, al final de una de las cuales trae a colación, con cierta oportunidad, dos versos de Ercilla, el de «La araucana». Cito la estrofa íntegra, pues da el tono general de toda la canción:

Esta temprana escuela
 enseña a hacer el noble sacrificio
 del bien inapreciable de la vida.
 Por todos nos consuela
 de amada libertad el beneficio,
 venciendo con honor si es adquirida,
 que, habiendo de morir, todo nos sobra,
 y todo con vencer después se cobra.

Paralela a esa poesía erudita, enteca, seudoclásica, única muestra conocida del ingenio poético de su egregio autor, y que se menciona aquí solamente como documento literario, florece una poesía no escrita, de origen popular, regocijada, de cierta libertad, de humorismo callejero, propenso siempre a burlarse con gracia y donosura de sucesidos resonantes de la vida diaria. El más celebrado de esa poesía, fútil y punzante en ocasiones, fue el maestro Mónica, el Meso Mónica, como generalmente se le conocía. Fresca y lozana ha llegado su fama hasta nosotros. Fue, según se cuenta, el hombre más popular de su tiempo. En los últimos años de la decimoctava centuria se le veía por todas partes haciendo gala de su ingenio. Era de color muy oscuro y tenía el oficio de zapatero. Se refiere que no sabía leer, aunque era aficionado a ciertos estudios. Asistía a las aulas de la Universidad como simple oyente. Repentista maravilloso, muchas de sus improvisaciones, dichos y agudezas se conservan en la memoria popular como oro en paño. Capitanes generales, doctores, frailes de campanillas, lo agasajaban y mimaban con singular complacencia. «Como una prueba de la gran distinción en que se le

tenía se cuenta que corría a su cargo la fiesta del altar de Jesús Predicador, y que, a pesar de su pobreza, era de las más ruidosas, pues el mejor predicador, los mejores músicos, etc., se prestaban graciosamente a complacerlo para el mayor esplendor de la ceremonia..» Tengo para mí que algunos de los rasgos de ingenio que se le atribuyen pertenecen a otros, por ciertas perfecciones de forma de que parecía incapaz, a causa de su notoria falta de instrucción. Quizás, como ha pasado con Quevedo, se dan como producciones del Meso Mónica, como creaciones de su facultad repentista, ingeniosidades sutiles de carácter libre y picante. Su musa no pareció inclinarse a lo pornográfico. Siempre se distinguió por la intención y el gracejo. Una vez, pasando frente a la Universidad, mustio y cabizbajo, al inquirir la causa de su tristeza los estudiantes que había allí reunidos, les contestó que era porque había dejado *el gato en el fogón*, es decir, sin nada que poner en él para su cotidiano alimento. Los estudiantes le rogaron dijera eso mismo en verso, ofreciéndole remediar su cuita. No se hizo de rogar ni un instante. Se expresó así:

Aristóteles decía,
 filósofo muy profundo,
 que en la redondez del mundo
 no existe cosa vacía.
 Falsa es su filosofía,
 según lo que a mí me pasa:
 le discutiría sin tasa
 y al cabo le convenciera,
 en el momento que viera
 las cazuelas de mi casa.²

² *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles*, Santo Domingo, 1883. (Nota del autor).

II

La creación genial de Núñez de Cáceres, el Estado antillano recién incorporado a la Gran Colombia, tuvo solo la duración brevísima de cosa de ocho semanas. Se desvaneció, como un bello y efímero sueño, en horizontes sombríos de ignominiosa servidumbre. Los esclavos de ayer, los manumisos del latifundio haitiano, de la porción occidental de la isla, refugio primero de desalmados piratas y después posesión francesa poblada casi enteramente por negros africanos o descendientes de ellos, se convirtieron súbitamente, de modo artero y brutal, en señores omnipotentes de la parte oriental, de civilización ibérica y recientemente desligada del dominio español. Se hizo la noche, una noche dolorosa, larga como una penosa y fatigante jornada por entre peligrosas asperezas y espantables precipicios. La dominación haitiana (1822-1844) pasó desde el primer momento su mano destructora, enemiga de todo adelanto, sobre los elementos de desenvolvimiento intelectual, escasos y aislados, que aún quedaban en pie. Comenzó un nuevo éxodo hacia playas extranjeras. Núñez de Cáceres emigró a Venezuela. Los más, muchos ilustrados entre ellos, tomaron el camino de Cuba, donde plantaron definitivamente su tienda. Uno de ellos, Domingo del Monte, ejerció poderoso y saludable influjo en el desenvolvimiento de las letras cubanas. Un dominicano de gran valer, Antonio del Monte y Tejada, escribió allí su *Historia de Santo Domingo* en la que demostró excelentes condiciones para el cultivo metódico y reflexivo de cosas históricas. Por más que solo llega a los primeros años de la pasada centuria, resulta de verdadero mérito por la elevación y amplitud de criterio que en ella resalta y por lo profundo de las apreciaciones en el examen crítico del encadenamiento lógico de causas y de efectos.

Mientras tanto, en la flamante posesión haitiana escuchábase solo lamentos de desesperación mal reprimidos. Reinaba una paz de cementerio. La imperial y pontificia Universidad no existía. El despotismo extranjero, suspicaz y receloso, había cerrado aquel prestigioso centro de cultura, semillero en otras

épocas de varones insignes por su saber y virtudes. Befá y escarnio hacían los nuevos mandatarios de cuanto constituía el acervo de tradiciones y recuerdos del pueblo dominicano. En medio del general anonadamiento de las almas, solo permanecían erguidos, con la vista clavada en las lejanías del porvenir brumoso, unos cuantos mozos de cierta cultura, que, desatendiéndose de desconsoladoras realidades, sonaban despiertos con la reivindicación, marcial y definitiva, de los conculcados derechos de sus compatriotas, aparentemente resignados a aquella existencia monótona y tristemente desdolorosa. Cumbre de esa juventud incontaminada e irreducible, llena de anhelos de bien, saturada de intenso amor al terruño desventurado, fue Juan Pablo Duarte, el futuro fundador de la nacionalidad dominicana. Acababa de regresar de Europa, de donde venía con el alma rebosante de aspiraciones de libertad y de justicia y con el firme propósito de laborar tesoneramente por la redención de la patria, más querida cuanto más desdichada. Poseía regular cultura. Su influencia fue decisiva. Fundó la sociedad política La Trinitaria, cuna de la ansiada república, y con su tenaz empeño patriótico, rebelde a acentuados pesimismo imperantes, pobló con sus prédicas de ardoroso civismo el ambiente nativo de efluvios luminosos de posibles reivindicaciones. Se le oyó como si fuera un vidente capaz de penetrar en los secretos del oscuro porvenir. De España, de Barcelona, hacía venir libros de reciente publicación, que circulaban entre sus numerosos amigos. Un sacerdote peruano, el padre Gaspar Hernández, adoctrinaba el grupo durante cuatro horas diarias en disciplinas filosóficas. Duarte enseñaba también matemáticas y esgrima. Por sus estudios de filosofía, los filisteos de la época, los burgueses con el alma materializada por el contacto diario de mezquinos intereses, llamaban a los de ese grupo juvenil, despectivamente, *filorios*. En esos *filorios* se encarnaba, sin embargo, lo más noble, puro y desinteresado de la conciencia dominicana. A su esfuerzo culto, expansivo, de insospechable abnegación, débese, en primer término, la transformación en una entidad nacional del tiranizado feudo haitiano. Extraviada desde el principio, contaminada, desde el

nacer, de gérmenes de brutal y funesto caudillaje, esa entidad no ha podido, desdichadamente, realizar aún ciertas necesarias finalidades de organización jurídica y asimilarse trascendentales conquistas de la civilización moderna...

Naturalmente, pedir peras al olmo fuera esperar, en medio social tan abatido y enervado, algo semejante a un florecimiento literario. Para crecer con cierta lozanía necesitan las letras de determinadas condiciones de ambiente y de hora. El período haitiano fue y tuvo que ser de desesperante esterilidad. La idea de arrojar del suelo patrio al invasor extranjero absorbía la actividad intelectual de cuantos eran o parecían capaces de producir obras literarias. Se conspiraba más o menos abiertamente. Con habilidad y tesón proseguía La Trinitaria sus trabajos de zapa. Se vivía en acecho de la coyuntura propicia, de la ocasión oportuna. Es poquísimos lo que en punto a creaciones literarias puede mencionarse de época tan atrasada y triste. Un francés, profesor de retórica,³ N. Guy Chevremont, solía componer versos de cierto mérito. Juan José Illas, un venezolano naturalizado después dominicano, produjo una especie de poema, de tonos elegiacos, «El terremoto de 1842»... Parece ser una excepción el maestro de escuela Manuel M. Valencia, versificador de cierta fluidez, inficionado en ocasiones de huerdo retoricismo. Su personalidad literaria, por lo que de él conozco, no da la medida ni las proporciones de un verdadero poeta. Es, en ocasiones, un imitador *arrière* de Iriarte. Mal podía llegarse a nada definitivo por tal camino. Tiempo después, cuando el romanticismo había hecho ya su aparición renovadora en América, se afilió tímidamente a la nueva escuela. Acaso, como se dice en la *Reseña* citada, hubiera sido «notable poeta sentimental en mejores tiempos...» No hay en esos luctuosos años nada que señale verdadero movimiento literario. Solo cuando la independencia es un hecho consumado y la paz comienza a afianzarse surgen los cultivadores de la prosa selecta y de la poesía realmente sentida.

³ *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, 1892. (Nota del autor).

III

¡Independientes al fin! ¡Dueños ya de la casa brutalmente ocupada por intrusos y arteros vecinos! Comenzamos una nueva existencia. ¡Cuántos hermosos anhelos en aquellos dichosos momentos! Pero apenas conquistada esa independencia, sin haberse, ni con mucho, consolidado la magna obra, aparecen de improviso, como al conjuro de no sé qué deidad maléfica, los signos nefastos precursores de desquiciadoras contiendas intestinas. La orientación salvadora iniciada por los trinitarios se esfuma rápidamente para dar lugar al imperio de una oligarquía vitanda y demoledora. La reacción santanista, en rápido triunfo, echó por tierra los ideales febreristas de una república esencialmente democrática. La oligarquía militar vencedora, encabezada por Pedro Santana, tuvo por norma casi exclusiva de gobierno los procedimientos coercitivos, las actuaciones de desmedida violencia, cuanto aparentemente sirve para consolidar en el poder una tiranía absorbente y estulta. Bajo el golpe contundente de esa reacción, el febrerismo, el noble ideal de los trinitarios, pasó a ser algo semejante a un mirífico ensueño perpetuamente inasequible. En el calabozo, en el exilio, en el patíbulo, encontraron la triste recompensa de su hermoso sueño de libertad y de gloria. Las circunstancias también continuaban siendo adversas a un florecimiento literario. A cada instante había que correr a las fronteras para atajar al enemigo, que no cejaba en su empeño de esclavizarnos otra vez. Durante doce años la República fue un inmenso campamento.

No obstante ese refractario ambiente, no escasean los síntomas de afición al cultivo de asuntos literarios. Circulan efluvios alentadores. Se siente como un despertar de escondidas energías. Auras primaverales parecen refrescar y embalsamar el ambiente enardecido por los vítores de resonantes hechos marciales. Existe una imprenta, en que se editan hojas periódicas efímeras, en que política y literatura

tienen lugar preferente. Despiértase potente el gusto por cosas del arte escénico. Instálanse sociedades literarias. Una de estas, Amantes de las Letras, funda un teatro. Manuel M. Valencia continúa su labor poética. De esa época data una figura de verdadera importancia: Félix María del Monte. Produjo algunos dramas y numerosas poesías. Era admirable *causeur*. A él se debe nuestro primer himno nacional. Tiene en casi todos sus versos fluidez, soltura, lozanía... Otro escritor, Javier Angulo Guridi, es digno de especial mención. Cultivó con facilidad varios géneros literarios. En su drama de asunto indígena, *Iguaniona*, lo que más hay que admirar es la versificación robusta y expresiva. Su hermano Alejandro, un gran talento poco disciplinado, fue una especie de judío errante. Pasó toda su vida peregrinando por países extranjeros. En Venezuela, Centro América y Chile principalmente. Su obra de más medula, *Temas políticos*, publicóse en esta última república. Nicolás Ureña, poeta de cierta inspiración, compuso versos muy sentidos y armoniosos.

Sin arredrarse ante las posibles funestas consecuencias, el despotismo imperante, precipitado ya por los vericuetos de los más reprobables excesos, realizó la obra inconsulta y nefasta de la anexión a España (1861-1865). La protesta armada producida por aquel suceso fue pronta y sangrientamente reprimida. Siguiéron dos años de forzada resignación, de aparente conformidad. El grito de Capotillo resonó al fin, estremeciendo las almas y poniendo en las manos el acero forjado para el combate definitivo. Entre el fragor del combate escuchóse el canto enardecido de un poeta, que también fue soldado: Manuel Rodríguez Objío. Tomó parte después en la política personalista, siendo supliciado en los funestos *seis años*. Después de su muerte se publicaron sus versos. Sus *Memorias* permanecen inéditas en gran parte. Es lástima. Conozco fragmentes de ellas muy interesantes. Como poeta tiene escaso vuelo, frecuente desaliño, sensibilidad solo en una que otra ocasión concentrada y honda. Pero lo inspiran siempre generosos sentimientos. Cuando las llamas encendidas por el

patriotismo de sus hijos devoran a Santiago de los Caballeros, la ciudad de los heroísmos legendarios, el poeta prorrumpe en inspirados y muy sentidos acentos:

Fue... Nada resta ya. Yerta ceniza
el hogar do habitaba la opulencia
cubre do quier, y la inconstante brisa
con ella retozando
burla a su vez la mundanal demencia.
El Yaque, que sumiso ayer besaba
de la sultana ilustre la orla de oro
y su orgullo ruidoso pregonaba,
hoy corre triste como corre el oro.

IV

La revolución iniciada en Puerto Plata el 25 de noviembre de 1873, que puso fin a la situación política, suspicaz y despótica, que se conoce con el nombre de los seis años, fue de bienhechora influencia para el florecimiento de las letras nacionales.

Se sentía como vibrar por todos los ámbitos una especie de vida nueva, de vida de renovación política llena de promesas de anhelados mejoramientos. Se fundaban sociedades con el objeto de estimular el cultivo de las letras. La prensa tenía libertad. Data de ahí el conjunto de esfuerzos mentales, cristalizados en la prosa y en el verso, que forma una parte, la principal, de lo que apellidamos hiperbólicamente literatura dominicana. La corriente es de escasa fuerza, poco caudalosa, pero hay que hacer constar que desde entonces ha corrido sin sufrir mayores interrupciones. Algunos frutos bellos y jugosos pudieron, no obstante, cosecharse. Dificulta una obra de depuración crítica el hecho de que mucha parte de la labor de nuestros hombres de letras está esparcida en revistas y hojas periódicas de duración efímera. Los libros puede afirmarse son excepciones. A ellos debo referirme principalmente en este estudio. Producciones

dispersas al azar, muchas extraviadas o perdidas, no presentan margen para, desde puntos de vista críticos, medir los quilates de una personalidad literaria de singular merecimiento. La literatura vive e irradia en el libro. En él está su forma de expresión más completa y definitiva. El libro únicamente presenta base sólida para la consagración definitiva de reputaciones literarias más o menos discutidas. Eso no quita que existan escritores y poetas de producción copiosa aún no recogida en libros que merezcan, por sus singulares aptitudes, la preferente atención de la crítica seria y serena. En Santo Domingo se da con frecuencia el caso.

En ese período, en que la cantidad supera considerablemente a la calidad, hay un libro, el primero por la fecha, que tiene verdadera importancia. En ese libro, la *Lira de Quisqueya*, un espíritu devoto de la cultura patria, don José Castellanos, colecciona buen número de poesías de los bardos dominicanos de mayor prestigio. Aunque falto de adecuada selección, reviste el libro singular mérito, por constituir el dato más completo de la labor poética realizada hasta entonces... Pocos años después (1882) aparece nuestra obra en prosa más conocida y celebrada: *Enriquillo*. Su egregio autor, don Manuel de J. Galván, muerto hace poco tiempo en suelo extraño, es un prosador de frase castiza y correcta. Es un libro sereno, bello, armonioso, clásico por el pensamiento, clásico por la forma, clásico por el estilo. El espíritu de elegante sencillez, de claridad, de ordenación ideológica, de severa ornamentación, de discreta fuerza pasional, distintivo de un clasicismo no falseado por modalidades académicas frías y amaneradas, resplandece a cada instante en sus páginas sobrias y amenas. Y en el corte, en la manera, en la intercalación de episodios, como el extenso de los amores de María de Cuéllar, en la sobriedad del colorido, guarda acentuadas semejanzas con obras de ese o parecido género pertenecientes a las mejores épocas de la literatura española. *Enriquillo* está escrito en un castellano elegante, preciso, de cierta reposada majestad, casi por completo exento de galicismos, sin neologismos innecesarios, como ya no se encuentra ni para un remedio por estos maizales. Al libro de Galván, ya en su segunda edición, no se le ha dado

el auge que merece. En él se unen estrechamente la ficción novelesca con el elemento histórico, sin que este sufra ningún sensible deterioro. El protagonista, Enriquillo, es un símbolo. En él se sintetiza un momento histórico de efectiva importancia. Es un tipo representativo, que condensa bella y eficazmente los dolores, los infortunios, las amarguras, los heroísmos de un pueblo que parecía tocado ya de irremediable decadencia. Y es también demostración elocuente de que no debe desesperarse nunca, aunque la esperanza se aleje más y más de nuestras miradas anhelantes. Ese libro es y seguirá siendo, a lo que pienso, la más fiel y artística evocación de la época en que empieza a incubarse nuestro destino histórico. Y, como dice el gran Martí en la laudatoria carta puesta al principio del libro, «será, en cuanto se le conozca, cosa de toda nuestra América».

Personalidad de clarísima inteligencia y de merecido renombre fue el padre Merino. Durante varios años fungió, puede decirse, como director de nuestro reducido mundo intelectual. Fue presidente de la República y años después arzobispo. A sus relevantes dotes intelectuales unió condiciones de carácter enérgico y entero. No supo jamás de claudicaciones en lo que toca a su patriotismo hirsuto y bravío. En los dos volúmenes de sus *Obras*, publicados poco después de su muerte, refléjase su convicción inquebrantable en la eficacia de determinadas orientaciones del pensamiento humano. Fue un gran orador, orador por encima de todo. En su misma prosa elocuente, cálida, personal, hay casi siempre como dejos de arengas o de sermones. La palabra fluye siempre suave y solemne de sus labios. Pero más que por la fuerza lógica de su argumentación, lleva el convencimiento a los ánimos por lo expresivo de su palabra. Por lo que se ve en sus escritos, conoce profundamente toda la apologética cristiana. Sabe al dedillo cuanto integra la vasta especulación teológica de los Padres de la Iglesia. Deja ver, una que otra vez, que su espíritu se ha sumergido también en el suave remanso de la mística española. El perfil inquietante de la duda parece no haber puesto nunca en tribulaciones su conciencia de creyente. Tiene la fe del carbonero. En sus *Obras* no palpita la inquietud

de algunos grandes pensadores católicos frente a los avances agresivos de una parte de la ciencia moderna. En él no se ve el anhelo de conciliar dogmatismos peculiares del catolicismo con exigencias, cada vez más apremiantes, de la evolución intelectual de nuestro tiempo. Con la desdeñosa indiferencia de quien se juzga poseedor de la verdad ha visto desfilar orientaciones que han conmovido profundamente el mundo de las creencias religiosas: la democracia católica de Lamennais, el liberalismo simpático del cardenal Newman, y otras aspiraciones similares. Con idéntico desdén hubiera visto, en estos últimos años, la profunda exégesis bíblica de Von Huguell, el modernismo cristiano de Fogazzaro, tan bien personalizado, en su espíritu y sus tendencias, en Giovanni Selva, el interesante personaje de *Il Santo*, la novela en que el gran pensador italiano revela con mayor intensidad la presente inquietud de ciertas almas profundamente religiosas... Pero más que distinguido escritor, que eximio orador, fue un gran carácter, aquí donde escasean tanto los hombres de su temple. Tenía, en alto grado, esa *conciencia del yo* de que habla Stendhal. Su paso por el poder hizo que tuviera enemigos, que continúan flagelándolo con fiereza, y admiradores que ensalzan su memoria con sincero y desbordante entusiasmo...

Mariano A. Cestero goza de cierto renombre como escritor político. Se distinguió como patriota de verdad y como carácter irreducible. Ha publicado varios opúsculos. Me parece el más equilibrado *Descentralización y personalismo*. En él se pone más en evidencia su estilo musculoso y recio... José Gabriel García es autor de una *Historia de Santo Domingo*, la más completa que poseemos, y de varios volúmenes de carácter histórico. En sus obras revela de continuo un celo y una diligencia merecedores de cabal encomio. En su relativa voluminosa producción histórica adviértese constantemente una entusiasta devoción a prolíficos ideales de patria independiente y libre. Varón austero y probo, digno de los mejores tiempos de la antigüedad clásica, fue Ulises Francisco Espaillat. Ascendido un día a la primera magistratura del Estado por el voto de la inmensa mayoría de sus conciudadanos, dio continuamente en ese puesto altísimas notaciones de

ejemplar desinterés y civismo. La benemérita sociedad Amantes de la Luz, bajo el nombre de *Escritos de Espaillat*, coleccionó y publicó, en un voluminoso tomo, las mejores producciones del eximio repúblico. En esas páginas de índole político-social, llenas de patrióticos anhelos y de admoniciones severas, vive un espíritu sereno provisto de la necesaria cultura para cumplir un apostolado de bien, preconizando la innegable virtualidad de ciertas ideas de reconstrucción social, ignoradas o mal comprendidas de la inmensa mayoría. Para poner de bulto esos males y señalar los medios de su oportuna curación, emplea con frecuencia un tono festivo, burlesco, de leve causticidad, que, en veces, presta a sus escritos cierto sabor satírico. El estilo es sencillo, incoloro, despojado de pretensiones, sin esa nota de pedantismo o imposición dogmática comunísima en quienes se arrojan el difícil ministerio de adoctrinar las almas y señalarles rumbos luminosos y salvadores.

Emiliano Tejera es una figura intelectual digna de preferente atención. La *Exposición* dirigida al Congreso Nacional por la Junta Directiva del Proyecto de Estatua a Duarte, escrita por él, se me figura lo más elocuente, cálido y expresivo que ha brotado de su pluma. Su monografía *Los restos de Colon* contiene argumentos irrefutables. Difícilmente se puede decir nada más puesto en razón. A mi ver, cierra definitivamente el largo y enojoso debate suscitado por este importante punto de aclaración histórica... Su hermano Apolinar ha escrito jugosas *Rectificaciones históricas*, excelentes trabajos avalorados por una abundante y bien depurada erudición... Federico Henríquez y Carvajal y su hermano Francisco son dos de las más valiosas e interesantes figuras de la intelectualidad dominicana. El primero, en sus mocedades, escribió un drama en verso, *La hija del hebreo*, deficiente desde ciertos puntos, pero por cuyas escenas pasa un soplo de cálida y vibrante poesía. *Juvenilia*, otro librito suyo, no ha mucho publicado, es un interesante florilegio donde su alma luminosa y casta ha dejado correr el límpido raudal de sus emociones de años de juventud y de dorados ensueños. Es maestro, orador, periodista. En él hay una gran inteligencia unida a un gran corazón. En

breve, como le pedimos con ahínco sus admiradores y amigos, publicará en dos o tres tomos sus discursos, sus conferencias, sus disertaciones pedagógicas y otros importantes trabajos suyos... Su hermano Francisco, médico eminente, reside desde hace tiempo en la vecina gran Antilla. Por sus conocimientos científicos, por su vasta ilustración, puede considerarse como un verdadero sabio. Trabajos profesionales suyos se han citado con encomio en centros académicos de alto renombre. Ha sido maestro y periodista. Pasó por nuestra política personalista sin que la más leve mancha cayese sobre su laticlavia de austero patricio. Dejó solo huellas de acendrado decoro personal y de cívico amor a las instituciones republicanas.

Novelista y poeta, Francisco Gregorio Billini ocupó la presidencia de la República con general aplauso, renunciando puesto tan ambicionado por no faltar a lo que juzgaba imposiciones de su conciencia. «Parecerá a muchos que descendiendo –dijo en tan memorable ocasión–; pero conmigo se eleva la república grande e inmortal». Como poeta, no tiene vuelo. Su conocida novela *Baní o Engracia y Antoñita* se lee con placer. Tiene páginas de ambiente y colorido genuinamente nacionales. De los hermanos Ortea, Isidro y Francisco, el primero escribió versos sencillos y armoniosos, y el segundo dio a la publicidad, en Puerto Rico, algunas novelitas de subido color romántico. De Eliseo Grullón, espíritu culto y amante de las letras, se conserva un libro de bastante amenidad: *Del Mediterráneo al Caribe*. El doctor José Lamarche, escritor de cierta profundidad filosófica, de rara ilustración, produjo páginas interesantes acerca de la Constitución norteamericana. A Rafael Abreu Licairac, escritor de cierto mérito, se le deben dos o tres obras de relativa importancia. En la de mayor fuste, *Consideraciones acerca de la Independencia y sus prohombres*, se empeña, aunque sin éxito, en justificar en parte o en todo la reacción santanista. Nicolás Heredia, escritor notable, nieto del presidente Regla Mota, pasó casi toda su existencia en Cuba. Son novelas suyas, muy celebradas, *Un hombre de negocios* y *Leonela*, ambas de ambiente netamente cubano. Tiene también una obra de crítica, ya en segunda edición, que es acaso la única,

hasta ahora, en que se haya tratado exclusivamente el punto con maestría dilucidada: *La sensibilidad en la poesía castellana...* No es posible pasar adelante sin mencionar, siquiera sea brevemente, uno de los hombres que más honran nuestra raza en América: Eugenio M. de Hostos. En buen hora llegó a nuestras playas el insigne borincano. Verdadero sabio a la moderna, nutrido con los principios del positivismo contemporáneo, cambió radicalmente nuestros métodos pedagógicos, anticuados y nocivos. Abrió nuevas rutas. Señaló horizontes más amplios y despejados. En Santo Domingo, el nombre de Hostos brillará siempre aureolado con el prestigio de un reformador de innegable eficacia en la enseñanza pública, hasta entonces, salvo contados esfuerzos, íntimamente penetrada de modos de ver y de procedimientos de claro abolengo escolástico. En la creación pedagógica de Hostos palpita un ideal de vida individual y colectiva enderezada a la conquista de un grado cultural que en un todo responda a un desarrollo integral de razón y de conciencia. Entre nosotros, su obra educativa representa un movimiento de pura médula científica contra una errada dirección pedagógica, supervivencia de un estéril pasado colonial carente por entero de una necesaria unidad de principios y procedimientos, de solidaridad de miras, casi siempre expresión de un verbalismo huero y en que campean a su guisa pronunciados resabios de intolerancias y dogmatismos. Con procedimientos de cierta originalidad, sugeridos por postulados de una radical pedagogía científica, Hostos acometió de frente, resuelto y firme, su titánica obra de transformación intelectual, y, aunque tarde, por conocidas deficiencias del medio, van ya palpándose los beneficiosos resultados de ella, no solo por la implantación eficaz de los excelentes métodos escolares que privan hoy en muchos de nuestros planteles de enseñanza, sino en la mentalidad general, cada vez más influida por un más amplio desarrollo de razón y cada vez más desligada de añejos prejuicios y convencionalismos... Dos maestros de verdadero saber y vocación realizaron también en Santiago de los Caballeros una obra de difusión de cultura eficaz y trascendente. Manuel de J. de Peña y Reinoso, maestro y poeta, de acentuada actuación

patriótica y civilista, primero, y después, Federico García Copley, un emigrado cubano que, encariñado con la tierra dominicana, murió en ella conservando el prestigio adquirido en Cuba como maestro, escritor y poeta de méritos innegables.

V

El vértice más alto y radiante de la eflorescencia de la poesía en Santo Domingo lo señalan tres poetas que califico de *mayores* y dos que considero como *menores*. En ninguno de ellos la poesía es mero deporte, ejercicio retórico, pasatiempo mental, sino vibración intensa que arranca de lo más íntimo de su ser y sube con fuerza irresistible para condensarse en bellas y hondas creaciones rítmicas. Los tres que califico de *mayores* son Salomé Ureña de Henríquez, José Joaquín Pérez y Gastón F. Deligne. La primera es acaso la más notable poetisa de América. La poesía en ella es como cosa consustancial de su espíritu. Su sentimiento poético guarda a toda hora estrecha relación con su vida. «Una gran personalidad moral y una grande artista de la palabra escrita», ha dicho, refiriéndose a ella, el insigne Hostos. «Egregia poetisa» la llama el eminente Menéndez y Pelayo. En su libro *Poesías*, editado en 1880 por la sociedad Amigos del País, y en composiciones publicadas posteriormente, revélase a cada paso la potencia de su estro, estructurado solo para dar cabal expresión a excelsitudes sociales trascendentes y perdurables. Resulta su poesía viril y llena de grandeza, como elaborada al calor de las grandes ideas de innovación que incesantemente preconiza el espíritu moderno. Eso no quita que haya cantado admirablemente cosas de la naturaleza («La llegada del invierno») y que en ella suene, en ocasiones, la nota de la más íntima ternura («Padre mío», «A mi esposo ausente», «A mi hijo»). Una joya de delicadísimos esmaltes es su poesía «El ave y el nido».

Pero la cuerda que más vibra en su lira de oro es la de un intenso amor patrio. En veces, al expresar ese sentimiento,

alcanza las cumbres más altas a que puede llegar el arranque poético. Es serenamente clásica. Su vibración poética tiene, en ocasiones, estremecimientos de cierto peculiar lirismo sano y potente, que tiende irresistiblemente a plasmarse en cosas de intensa actuación social. Su ideal clásico no tiene relación ninguna con el amanerado y frío de corte académico, sino con el que, sin desvirtuar sus atributos esenciales de claridad, precisión, armonía, permite, sin ningún menoscabo, la expresión libérrima que caracteriza toda genuina personalidad literaria... Su oda «La gloria del progreso» es de gran mérito. Júzguese por el principio:

No basta a un pueblo libre
la corona ceñirse de valiente;
no importa, no, que cuente,
orgullosa, mil páginas de gloria,
ni que la lira del poeta vibre
sus hechos pregonando y su victoria;
cuando sobre sus lauros se adormece
y al progreso no mira
e, insensible a los bienes que le ofrece,
de salmo el nombre a merecer no aspira.

El 27 de Febrero, aniversario de la Independencia Nacional,
le arranca estos hermosos acentos:

Mas ¡ah! ¿ piensas que basta
ese triunfo de hazañas y grandezas?
A más altura tu bandera enasta,
de otra lucha te aguardan las proezas.

Convoca a tus legiones,
no ya al festín de la matanza fiera,
sino a la santa lid de las naciones,
donde el talento vencedor impera.

De la segur al filo,
dobleguen la cerviz tus selvas graves,
para dar a los pueblos un asilo,
vida al comercio y a los puertos naves.

La muerte del insigne patricio Ulises F. Espaillat le inspira una hermosa y vibrante elegía:

Soldado de la patria generoso,
nunca rindió su corazón honrado,
de honores ni de mando codicioso.
Si el triunfo deseado
su esfuerzo coronó y heroico empeño,
gozarlo quiso en el hogar tranquilo,
y de sí mismo y de sus obras dueño,
haciendo el bien sin aspirar renombre,
a la par le siguieran en su asilo
la admiración y la maldad del hombre.

José Joaquín Pérez es nuestro lírico por excelencia. Tuvo esa visión íntima y suprema de las cosas que solo posee el poeta de honda raigambre subjetiva. No importa eso para la impersonalidad, tal vez más aparente que real, que puede descubrirse en sus primeros versos. El pesimismo, más de una vez, pareció esparcir su cortejo de sombras sobre su alma atribulada, herida por prematuros desencantos. Pero fue solamente pasajera nube. Su poesía más hermosa, «La vuelta al hogar», revela con insuperable belleza la dilatación de un alma impregnada de acariciantes esperanzas. Su optimismo, por lo general, es sincero. En su libro *Fantasías indígenas* evoca rítmicamente tradiciones y leyendas de la extinta raza aborigen. En conjunto, resulta el empeño, una que otra vez, de cierta inconexión, de deficiente trabazón de partes, por más que la vibración rítmica sea siempre o casi siempre sonora y armoniosa. «El junco verde» y «El vota de Anacaona» son las dos poesías más celebradas del interesante libro... Hace tiempo que ha pasado de moda cultivar asuntos

referentes al indigenismo americano. Tuvo momentos de innegable esplendor.

Las razas que poblaron este archipiélago duermen su eterno sueño bajo una capa cada vez más densa de olvido. Su alma, el alma indígena, parece no tener nada de común con nosotros. Ya casi nadie lee las *Fantasías indígenas*. Febril, nerviosa, intensa, es nuestra vida de actualidad. Ningún eco de ese pasado vibra ya en nuestro espíritu. *Tabaré*, la magnífica creación de Zorrilla de San Martín, se destaca en el horizonte iluminado coronando, como estatua marmórea, el monumento funerario que guarda los más nobles recuerdos de las viejas razas indígenas...

Mérito sobresaliente de nuestro gran poeta es su facultad de aceptación consciente de formas nuevas de expresión artística, sin extremar la tendencia innovadora, ni incurrir, como tantos otros, en deplorables excesos antiestéticos. Se puede sentir intensamente la voluptuosidad del color y de la línea sin que para expresarla sea necesario recurrir a efectismos rebuscados ni a confundir formas artísticas que tienen su esfera de acción bien definida. Marca su cada vez más acentuada tendencia al modernismo en «Contornos y relieves» y en otros hermosos versos suyos, donde se revela acabado parnasiano en cuanto a lo escultural y marmóreo de la forma, sin descender jamás a ciertas trivialidades e incongruencias. No resisto a la tentación de copiar algunas estrofas de «La vuelta al hogar», su poesía más celebrada y más sentida:

Ondas y brisas, brumas, rumores,
suspiros y ecos del ancho mar,
¡adiós! que aroma de puras flores,
¡adiós! que todo cuanto se alcanza,
dicha, esperanza
y amor me llaman allá en mi hogar.

¡Ya ve el proscrito sus patrios lares!
¡Ve azules cumbres lejos sombrear,

grupos de nieblas crepusculares,
y el ansia siente del paraíso
que darle quiso
Dios en el seno del dulce hogar...!

Si peregrino, si solitario,
otras regiones se fue a cruzar
la ley temiendo de un victimario,
del caos qué importa, si un sol naciente
brilla en su frente
y hoy sonreído vuelve al hogar.

¡No más torturas en su alma libre!
¡No más memorias de su pesar!
¡No el odio estéril sus rayos vibre!
¡Que el patriotismo ya solo espera
por vez primera
calma y consuelo bajo el hogar!

Gastón F. Deligne es acaso nuestro último poeta representativo. En un instante de desesperación, ante lo doloroso e incurable del mal que destruía lentamente su existencia, llevó a sus sienes el frío cañón del arma homicida. En el alma dominicana ha repercutido intensamente la vibración de sus estrofas. El aspecto más resaltante de su personalidad consiste, a mi ver, en la fuerza plástica de su imaginación para revestir de formas sensibles y adecuadas cosas puramente abstractas. Era, indudablemente, más cerebral que emotivo. Como dije refiriéndome a él en un trabajo reciente, «salvo en ciertos momentos, no se siente en su actuación rítmica una proyección genuinamente emocional, la dilatación de un sentimiento potente que sube de lo más recóndito de su alma para dar ardiente y comunicativa vida lírica a sus versos. Su emoción resulta casi siempre bastante intelectualizada. Su poder de intelectualización tiende siempre a disciplinar lo que en su sensibilidad hay de netamente espontáneo.

«Una niebla sutil amortigua o desvanece a veces algunos contornos de sus versos. Y entonces resulta algo oscuro, costando cierto esfuerzo llegar hasta el fondo de su pensamiento». En su libro *Galarippos* puede constatarse bastante de esto. Pero esto no se da siempre íntegramente. En «Angustias», en «Mairení», en «Del patíbulo», en otros versos suyos, aunque se advierte bien cierto señorío de lo intelectual sobre lo afectivo, no se puede negar que, quizás por lo sentimental del motivo, la corriente de emoción se abre paso al través de todos los obstáculos y llega potente y avasalladora al alma colectiva. Su orientación hacia el pesimismo, señalada en «Aniquilamiento», fue de corta duración. Su visión es generalmente optimista. Censura a los que sistemáticamente tienden a ennegrecer la existencia. De ahí que exclame noblemente:

Los que echáis la sonda al mar
del incierto porvenir,
cuando al hombre habéis de hablar,
¿por qué le habláis de sufrir?
¿por qué le habláis de llorar?

Fabio Fiallo y Arturo Pellerano Castro son los dos poetas que he designado como *menores*, sin que de ningún modo se entienda que tal calificación menoscaba en nada los méritos de su respectiva actuación rítmica. Ambos lo son verdaderos, por más que en ninguno se dé el sentimiento poético en todos sus aspectos, en toda su cabal integridad... En sus dos libros, *Primavera sentimental* y *Cantaba el ruiseñor*, ha desgranado Fabio Fiallo, en ritmos delicados, sentidos, suaves, finamente aristocráticos, las perlas de sentimientos íntimos, de ardientes anhelos, de esperanzas irrealizables. No caldea su numen, siempre solicitado por erotismos fugaces, por afectos pasionales de escasa duración, la inspiración alta, de alcance trascendente, que ensancha e ilumina los horizontes del espíritu. Cierta sugestión becqueriana impregna algunas de sus estrofas. En ellas, una que otra vez, caen también gotas del vino, siempre delicioso, de A. de Musset.

Una emotividad poco complicada, superficial por lo común, de un suave sabor romántico, se diluye en sus versos, finos y bellos, dejando solo traslucir aspectos parciales de su alma.

La preocupación exclusiva de la mujer se ve siempre en sus rimas. Por ello escúchanse solo en sus estrofas estallidos de labios que se juntan, quejas de pasión, alaridos de celos, el prolongado lamento de los adioses definitivos. Copio su bellísima composición «For ever», pues, a mi entender, da la peculiar orientación de toda su poesía:

Cuando esta frágil copa de mi vida,
que de amargura rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
ruede en pedazos, no lloréis, amigos.

Haced en un rincón del cementerio,
sin cruz ni mármol, mi postrer asilo;
después ¡oh, mis alegres camaradas!
seguid vuestro camino.

Allí solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!

Arturo Pellerano Castro es un romántico rezagado. En sus sonoros y cálidos versos suele haber desfallecimientos de inspiración y de tono. El arranque lírico inicial no es siempre sostenido. Abunda en chispazos geniales, en fulguraciones líricas deslumbrantes. Es autor dramático. Dos o tres dramas suyos han pasado ya por la escena. En su libro de versos, *Criollas*, hay vida intensa, vida dominicana. Tienen esos versos el sabor de la tierra. Es el poeta nuestro que da la sensación más completa de cosas de la vida campesina de nuestra tierra. Byron, como generalmente se le llama, es un poeta de fecunda vena romántica, refractario en su técnica y en su expresión a modalidades artísticas muy

recientes. Tiene muy hermosos versos. Como prueba, copio su hermosa poesía «En el cementerio»:

Junto a una cruz, al expirar el día,
una pobre mujer, de angustias llena,
sus lágrimas vertía...
Dolió a mi corazón su amarga pena,
y ante el sepulcro de la madre ajena
lloré la muerte de la madre mía.

VI

Lo reducido de las dimensiones de este estudio me constriñe a referirme tan solo de modo somero a algunos escritores dignos de mayor atención. Estadista clarividente y práctico, aunque mediano escritor, fue Manuel M. Gautier. Figuró siempre en primera línea en el personalismo político. Francisco X. Amiama publicó en su juventud una novelita de fondo subidamente ético. En la prensa periódica dilucidó con competencia y acierto importantes cuestiones económicas. Esforzado paladín de la Restauración de la República, el general Luperón se ocupó en la prensa de cosas políticas y escribió su *Autobiografía*, obra voluminosa, en tres tomos, curiosísima por más de un concepto, pero en la que muy a menudo se escucha la nota de la vanida, personal. Atenuase tal defecto cuando se piensa en sus indiscutibles merecimientos patrióticos y en que trataba de defenderse de acusaciones y calumnias de sus enemigos políticos. El general Casimiro N. de Moya dio a luz recientemente el tomo primero de su *Historia de Santo Domingo*, empeño que desde hacía años absorbía su actividad mental. Su muerte reciente es una pérdida sensible para el país. Gabriel Moreno del Christo, cultísimo sacerdote, escribía bien y hablaba mejor. Distó mucho de ser un carácter. Vivió perpetuamente en una atmósfera de frivolidades pueriles y de efímeras vanidades. En esta reseña no me ciño a una

escrupulosa sucesión cronológica. A veces doy un salto en el tiempo, atendiendo más al momento culminante de la vida de un escritor que a la fecha de su nacimiento.

Emilio Prud'Homme, maestro toda su vida, es buen prosista y poeta dulce y delicado... César N. Penson es un literato concienzudo, doctísimo en asuntos gramaticales y lingüísticos. En su notable libro, *Cosas añejas*, parece en cierto sentido imitar al gran tradicionalista peruano Ricardo Palma; pero esa aparente imitación es solo pura analogía de los asuntos tratados. Por la riqueza de pormenores y por el colorido local, «Un drama horrendo», «Barriga verde» y «Profanación» son los tres mejores episodios del libro. Fue poeta; pero, caso no raro en la historia literaria, solo tiene una composición de alto mérito que lo salva y lo salvará del olvido: «La víspera del combate», sucesión de brillantes estrofas, en que el sentimiento reconcentrado se dilata rítmicamente en visiones de intensa y fulgurante belleza... Periodista de combate, fogoso, irreducible, Miguel A. Garrido, caído a destiempo, es una de nuestras más atractivas y simpáticas figuras literarias. En su hermoso volumen, *Siluetas*, vibran, con restallidos de látigo, la protesta indignada, el apóstrofe rudo, los candentes anatemas. En sus páginas aparece vivo y palpitante el temperamento tribunicio de Miguel A. Garrido, hecho de una sola pieza, forjado para el combate rudo, inquieto, inflexible... Su ardiente amor a la justicia y cierta magnanimidad ingénita dulcifican un tanto la acerbidad de algunos de sus juicios. Resulta, en veces, poco consistente. Por lo general su mirada se detiene en resaltantes exterioridades, en aspectos superficiales de hombres y de cosas... Dejó sin publicar otro libro suyo, *Bustos áureos*, del cual solo conozco algunos hermosos fragmentos.

Arístides García Gómez es un escritor netamente castizo, un si es no es arcaico. Tiene un interesante libro, *De todo un poco*, en que abundan las frases de pronunciado sabor cervantesco y en algunos pasajes reflejos y vislumbres lejanos de la manera literaria del insigne Fígaro. Otro escritor de nombre muy parecido, Arístides García Mella, ha dado a la publicidad *Tiempo perdido*, libro lleno de interés y sano humorismo. Manuel A. Machado

es notable escritor y orador de convincente elocuencia. Andrés Julio Montolío es también escritor muy distinguido. Lo mismo que Machado, ha publicado folletos de alto interés nacional... Fabio Fiallo es también *conteur* ingenioso y culto. Sus *Cuentos frágiles* han sido mercedamente encomiados. Rafael Justino Castillo es un prosador fácil y correcto. Ha escrito muy sesudos artículos acerca de puntos de sumo interés colectivo. Rafael A. Deligne, autor de *En prosa y verso*, sobresale como crítico sagaz y perspicuo. Fue el primero que se ocupó metódicamente en el examen de nuestra producción literaria. Tiene puntos de vista muy acertados y discretos. Escribió también obras dramáticas. *La justicia y el azar* fue la más sonada y discutida... Américo Lugo es un escritor sólido y brillante. Ha escrito páginas admirables, dignas de figurar en la mejor Antología. En su libro principal, *A punto largo*, hay asuntos diversos de verdadera importancia, magistralmente tratados. Su *Heliotropo* es una joyita primorosamente cincelada. En otro interesante librito, *Bibliografía*, estudia aspectos de nuestro movimiento literario más como observador inteligente y sincero que como crítico de amplia y segura mirada. En este opúsculo hay un estudio muy hermoso acerca de la obra del insigne Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

Eugenio Deschamps, orador tribunicio, vehemente, de frase brillante y pictórica, es también prosista excelente. Ha escrito varios folletos de carácter político... Enrique Henríquez es también escritor y poeta. En su prosa ágil, sutil, elegante, luce su ingenio lozano y fecundo, presto siempre al ataque o a la polémica. Su mejor obra poética es «¡Miserere!», muy justamente aplaudida. Juan Elías Moscoso, hijo, Francisco J. Peynado, Félix E. Mejía, son escritores de verdadero mérito. Jacinto B. Peynado suele hacer versos expresivos y sentidos. Arístides Fiallo Cabral es autor de trabajos científicos muy celebrados en el extranjero... Virginia Elena Ortea tiene un libro de cierto interés, *Risas y lágrimas*... Ulises Heureaux, hijo, se ha ocupado en literatura dramática. Sus dramas son de sabor y corte francés... Tulio M. Cestero ha sido la representación más cabal entre nosotros del movimiento artístico contemporáneo en sus más llamativos

aspectos. Nuestra producción literaria se ha distinguido siempre por su mesura, su circunspección, su apegamiento a formas tradicionales de abolengo clásico. En parte de ella adviértese la tendencia a fundir elementos clásicos o tenidos por tales con modalidades de carácter romántico, pero sin traspasar cierta medida, sin llegar a exagerados extremos. El concepto del modernismo literario tiene aún mucho de vago y de impreciso. Ya lo creo que no se reduce, como para muchos, a tales o cuales innovaciones de forma, a determinados refinamientos de expresión, a robustecer un léxico enteco, a aumentar con palabras novedosas un vocabulario empobrecido, sino que consiste, principalmente, en la reacción permanente de nuestra sensibilidad y muestra inteligencia ante aspectos dinámicos del alma moderna en proceso perpetuo de evolución. Tulio M. Cestero continúa siendo modernista en lo que toca principalmente a la forma. Al principio, al iniciarse, extremó los procedimientos, con asombro y escándalo de muchas gentes temerosas de lo nuevo; pero su actitud revolucionaria ha ido modificándose con el tiempo, hasta llegar últimamente, en su último libro, *Hombres y piedras*, a un procedimiento artístico equilibrado y sereno. Su peculiaridad como escritor es la nota pictórica, intensamente pictórica. En *Sangre de primavera*, en *Ciudad romántica*, hay derroche de luz, portentosa riqueza de colorido... En su primera época fueron en él algo pronunciadas las influencias extrañas, la de D'Annunzio, pongo por caso. La de Maurice Barres también. Actualmente parece ya libertado de tales influencias. Su yo, su vibración netamente personal, se afianza cada vez más en su obra literaria.

En José Ramón López hay un *conteur* de facilidad narrativa y descriptiva, un sociólogo de observación detenida y profunda y un vigoroso periodista. En sus dos muy mentados folletos, *La alimentación y las razas* y *La paz en la República Dominicana*, dilucida con golpe de vista de sociólogo experto puntos de trascendental importancia de vida nacional. Su libro *Cuentos puertoplateños* merece encendidas alabanzas. Hay en ellos gran acierto en la descripción de personas y de cosas, lo mismo que en la parte puramente narrativa. Léense con verdadero deleite. En ellos

lucen de continuo peculiaridades muy salientes de vida dominicana... A Moscoso Puello se deben páginas jugosas de especulación filosófica, como el *Discurso del cinematismo*. F. X. del Castillo Márquez ha escrito con soltura libros de viajes y de cuentos... Víctor M. de Castro, escritor de mérito, publicó en años pasados *Del ostracismo*... Félix M. Nolasco es periodista fecundo y ameno... Amiama Gómez, escritor y poeta espontáneo, cultiva con preferencia temas de mejoramiento social... Mujer de amplia cultura y galano estilo, Mercedes Mota reúne condiciones muy apreciables para el cultivo fructuoso de asuntos literarios... El padre Castellanos, orador elocuente, ha producido un opúsculo en que loa bella y merecidamente la alta personalidad del padre Meriño.

VII

Son relativamente numerosos los escritores dominicanos que en el extranjero mantienen de modo glorioso el renombre intelectual de la patria. En preferente lugar están los hermanos Henríquez Ureña. Pedro, el mayor, reúne a dotes de crítico de penetrante y segura mirada, una erudición vastísima, perfectamente depurada. Habla varios idiomas y conoce a fondo algunas literaturas extranjeras, la inglesa particularmente. Ha escrito opúsculos críticos de sobresaliente mérito. Sus conferencias acerca de Hernán Pérez de Oliva y de Alarcón, el gran dramaturgo, son notables por la erudición firme y por la profundidad de las apreciaciones. En su obra principal, hasta hoy, *Horas de estudio*, analiza con perfecto dominio del asunto aspectos diversos del movimiento intelectual contemporáneo. Su percepción crítica es rápida y amplia. En su análisis filosófico llega siempre a asir el hilo invisible que enlaza especulaciones aparentemente antinómicas. Su última página, de intenso sabor helénico, *El nacimiento de Dionisos*, admirable ensayo de tragedia antigua, es como una serena y maravillosa evocación de aspectos de la vida griega. Aunque escrita en prosa por dificultades de adecuación

de formas poéticas griegas a la metrificación castellana, resulta este ensayo pleno de intensa y hermosa poesía. Rodó lo considera como una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana... El otro hermano, Max Henríquez Ureña, es un escritor de mucha cultura, de amplio criterio, ameno, correcto, que sabe hermohear y dar interés a lo que toca, y revestirlo de muy personal colorido. Ha sido muy celebrado como conferencista fácil y elocuente. Fue en La Habana uno de los fundadores de la Sociedad de Conferencias. Su tomo reciente de poesías, *Ánforas*, ha sido comentado muy favorablemente por la crítica.

Manuel F. Cestero es un prosista elegante, correcto y ameno. Ha publicado algunos libros. Su última producción, *El canto del cisne*, reúne excelentes condiciones de fondo y de forma... Enrique Deschamps goza de verdadero prestigio en España e Hispanoamérica. Con gran lucimiento ha desempeñado diversos puestos diplomáticos. Se ha señalado por sus continuas iniciativas en bien del país. El *Directorio de la República Dominicana*, obra interesantísima, se debe exclusivamente a su empeño tesonero y patriótico... Andrejulio Aybar es poeta y escritor. Publicó últimamente varios trabajos de índole patriótica... Dos libros de poesías lleva publicados Osvaldo Bazil, cónsul de la República en Barcelona. Tienen muy apreciables condiciones de inspiración y de forma expresivamente artística... Rafael O. Galván continuó manteniendo honrosamente en el palenque de las letras el renombre literario del ilustre autor de sus días... Ulises Alfau es un intelectual de verdadero mérito. Ha escrito una serie de *Cartas a la juventud*, muy jugosas, eruditas y profundas.

VIII

Y ya llegan al fin, rebosantes de esperanzas y de ensueños, los de la última nave. Son muchos. En su mayoría poetas. Algunos cayeron en el camino, al comenzar la jornada. La muerte, inmisericorde, los ungió con su beso supremo. Uno de ellos, Raúl Abreu, fue prosista admirable, de frase tersa y

centelleante. En un ambiente de jubilosa expansión, en medio de los esplendores de una tarde primaveral, cerca de la playa, resonante por el batir del oleaje, escapado de las manos de un dios sombrío e implacable, el dardo de la muerte detuvo súbitamente el ritmo de aquella vida impregnada de serenas excelsitudes... Fulminado por el plomo de un asesino, cayó para siempre Arturo Freites Roque, periodista de raza, atrabiliario, batallador, de cierta vena humorística y de pluma cáustica y flageladora. Dejó tras sí un ensayo muy apreciable de novela, *Inexorable*, avalorada por algunas bellas pinceladas descriptivas y por rasgos indicadores de una imaginación capaz de alzarse a mayores empeños... Ricardo V. Sánchez, muerto hace poco, dio a la publicidad dos libros de cierto mérito. El último, *Pro-Psiquis*, contiene páginas en veces oscuras, desordenadas, incoherentes, y en ratos hermosas y fulgurantes. Su estilo es a menudo desigual y divorciado por completo de casticismo. Su pensamiento tiende de continuo a apacentarse en recónditas honduras espirituales. Fue el primero en preconizar aquí el nietzscheanismo. La influencia de Nietzsche orientó decisivamente su espíritu...

Otras de muy diverso origen y carácter pueden señalarse en el desenvolvimiento literario de la juventud dominicana. De más no está repetir que aquí, descontando, naturalmente, una que otra excepción, no se ha extremado nunca la tendencia innovadora. Nos gusta una especie de medida, de justo medio aristotélico. Los neologismos enrevesados, los descoyuntamientos arlequinescos de frase, los malabarismos de lo que se dio en llamar *decadentismo* (ya hoy nadie menciona la palabreja), no nos causaron sino estremecimientos de desdén o de burla. El romanticismo, conservando cierto lejano sabor clásico, constituye nuestra más señalada fase de orientación literaria. Pero ese romanticismo es más formal que esencial. No es el muy humano y perdurable que fluye directamente de lo más íntimo del ser y pone en relación estrecha nuestra sensibilidad con nuestra vida, determinando actos de singular relieve personal, sino un romanticismo como de temas, de motivos, *exterior* en cierto

sentido, que, en la mayoría de los casos, es mera y pasajera expresión *literaria*. La influencia de Villaespesa era hasta ayer la más visible en algunos de nuestros poetas jóvenes. Rubén Darío, justamente admirado por muchos, no ha tenido aquí verdaderos imitadores. A veces se cree observar en nuestro ambiente artístico algo de la técnica y procedimiento de notables poetas franceses contemporáneos. El modernismo artístico de algunos de nuestros poetas jóvenes es casi siempre de segunda mano. Se basa, por lo general, en traducciones más o menos incompletas e imperfectas.

A no pocos de nuestros jóvenes escritores les falta estudio metódico y reflexivo. No faltan quienes estén al tanto de ciertas novedades literarias de última hora; pero todavía no han consagrado su atención y sus facultades perceptivas a cosas fundamentales del conocimiento humano, única manera de adquirir el lastre intelectual indispensable de todo punto para acentuar una genuina personalidad literaria. Muchos van, sin embargo, evolucionando en el sentido de un concepto de arte libre, libérrimo, desligado de escuelas o cenáculos, en que se exulta e intensifica la vibración honda y permanente de nuestro yo. El toque está en ser uno mismo, en aparecer inconfundible. Necesítase desprenderse de convencionalismos muy arraigados, de fórmulas vanas, de huecos verbalismos, para compenetrarse con la vida, vivirla lo más intensamente posible, solo medio de que nuestra obra literaria sea siempre de actualidad y resulte concreción artística sincera y bella... En Primitivo Herrera, Emilio Morel, Federico Bermúdez, Porfirio Herrera, Furcy Pichardo, Apolinar Perdomo, Enrique Montaña, Ramón E. Jiménez, con matices personales distintos y con más o menos acentuadas formas de expresión, hay verdadera vibración lírica. Son finos cultivadores del ritmo bello y expresivo... Rafael Damirón ha escrito dos apreciables ensayos de novela. Hace también hermosos versos... Arturo Logroño tiene muchísimo talento. Es prosista fácil y un gran orador en germen... Valentín Giró, Juan Tomás Mejía, Bienvenido Nouel, Gabriel Morillo, son poetas de justa y merecida fama...

Juan S. Durán es prosista, poeta, admirable *chroniqueur*... Vigil Díaz, prosista ingenioso y raro, de cierto modernismo muy quintaesenciado, ha escrito paginas extrañas y desconcertadoras... J. B. Lamarche ha compuesto versos exquisitos, plenos de suaves cadencias...

Gustavo A. Mejía tiene un tomito de cuentos ingeniosos y bellos. No obstante su corta edad, dilucida con sagacidad complejos problemas filosóficos... Renato de Soto es también *conteur* de bastante facilidad y soltura... Ricardo Pérez Alfonseca, poeta muy personal, tiene una «Oda de yo» muy celebrada por D'Annunzio. Merecen mencionarse otros: Félix M. Pérez, escritor laborioso y discreto; José R. Perdomo, autor de un librito galante, *Del rosal*; Enrique Aguiar, poeta, autor celebrado de *Desfile de penumbras*; José Onésimo Polanco, rimador sutil y un tanto alambicado; José M. Jiménez, poeta espontáneo, algo incorrecto; Juan José Sánchez, Domingo Villalba, Rafael Sánchez Grateró, prosistas fáciles y expresivos. Y faltan más que no recuerdo en este momento.

Índice onomástico

A

Aguiar, Enrique 502
Alarico 96
Alcántara García, Pedro 337
Alfau, Joaquín Ulises 499
Alvarado, Pedro de 416
Álvarez, Juan Antonio 443
Amiama, Francisco Xavier 494
Amiel, Henri-Frédéric 106
Anacaona 462
Andara, José Ladislao 302
Angulo Guridi, Alejandro 479
Angulo Guridi, Javier 479
Annunzio, Gabriel d' 42, 497, 502
Aquiles 173
Aramburu, Joaquín N. 205-206
Arias de Saavedra, Hernando 279
Aristóteles 130, 407, 474
Aspasia 173
Aulard, François-Alphonse 318
Aybar, Andrés Julio 499

B

Babeuf, François 160
Bacon, Francis 155
Báez, Buenaventura 70, 13
Balbuena, Bernardo de 170
Balmaceda, José Manuel 385, 387
Balmes, Jaime 419
Baralt, Rafael María 202
Barón, Juan 470
Barreda, Gabino 337
Barres, Maurice 137, 449-451, 497
Barrett, Rafael 401
Baudelaire, Charles 154
Bauer, Bruno 188
Bavia, Luis de 410
Bazil, Osvaldo 499
Bebel, August 250, 256
Bécquer, Gustavo Adolfo 202
Bello, Andrés 202, 386, 419
Bergson, Henri 245, 268, 289,
334, 339-340, 369, 419

- Berkeley, George 237
 Bermúdez, Federico 501
 Bey, Djavid 220
 Bilbao, Francisco 417
 Billini, Francisco Gregorio 457, 485
 Blanco Fombona, Rufino 274, 394, 399, 400, 402, 425, 433, 436
 Bocaccio, Giovanni 326
 Bolívar, Simón 194, 199, 219, 258, 279, 302, 306, 321-324, 397-398, 401, 422, 425-430, 432-436
 Bonaparte, Napoleón 318, 427, 470
 Bordas Valdés, José 444, 456-457
 Bouillón, Godofredo de 75
 Bourget, Paul 224
 Boutroux, Émile 234, 245, 310, 313, 316-317, 366, 419
 Boves, José Tomás 397
 Boyer, Jean Pierre 257-258
 Bravo, Juan 395
 Buda Gautama 183
 Bunge, Ernesto 419
 Byron, George Gordon, lord 176, 493
- C
- Cáceres, Ramón 442, 456
 Calancha, Antonio de la 326
 Caldas, Francisco José de 219
 Campoamor, Ramón de 90
 Canterac, José de 323
 Caonabo 26
 Carlyle, Thomas 121, 154, 216, 222
 Carnegie, Andrew 401
 Carrera, José Miguel 390
 Carricarte, Arturo R. de 175, 249-250, 252, 400
 Carvajal, Francisco de 416
 Casas, Bartolomé de las 462
 Caso, Antonio 329-332
 Castelar, Emilio 17-20
 Castellanos, José 481
 Castellanos, Rafael Conrado 498
 Castilla, Ramón 416
 Castillo, Rafael Justino 496
 Castillo Márquez, Francisco Xavier 375, 498
 Castro, Víctor M. de 375, 498
 Caupolicán 387
 Cervantes, Miguel de 166, 395, 428
 Cervera, Manuel 165
 César, Cayo Julio 188, 434
 Cestero, Manuel F. 375, 499
 Cestero, Mariano A. 483
 Cestero, Tulio M. 59-60, 62, 135-137, 347, 348, 351-352, 354-355, 496-497
 Champsaur, Felicien de 91-95
 Chateaubriand, René de 451
 Chevrement, N. Guy 477
 Chevrillon, Andrés 110
 Claudio, Tiberio Claudio César Augusto, llamado 94
 Clemenceau, Georges 304
 Colocolo 387
 Colón, Cristóbal 90, 141, 461
 Comte, Ernest 21, 179, 181-188, 247, 317, 331, 364-367, 385, 419
 Conde, Luis 443

- Confucio 183
 Constantino, Flavio Valerio Constantino 100
 Córdoba, fray Pedro de 462
 Cornelio Hispano (seudónimo de Ismael López) 435
 Correa, Tomás 193
 Correa y Cidrón, Bernardo 470
 Cortés, Hernán 395
 Costa, Joaquín 201, 464
 Courtenay, Iblin de 78
 Coussin, Paul 97
 Croce, Benedetto 289
 Crokees, William 232
 Cromwell, Oliver 417, 464
 Cruz, Ernesto de la 431
 Cuéllar, María de 481
 Cuervo, Rufino José 202
- D
- Damirón, Rafael 501
 Darío, Rubén 150, 202, 281-282, 284-287, 292, 500
 Daudet, León 340
 Deligne, Gastón Fernando 42, 145-151, 373, 487, 491
 Deligne, Rafael Alfredo 491
 Descartes, René 181
 Deschamps, Enrique 499
 Deschamps, Eugenio 496
 Dessalines, Jean Jacques 259
 Díaz, Porfirio 416
 Díaz Mirón, Salvador 289
 Diodoro 172
 Dominici, Pedro César 171-172, 174-175, 274
- Draquer, Juan Guillermo 220
 Dryden, John 154
 Du Bois-Reymond, Emil Heinrich 235
 Duarte, Juan Pablo 194, 211, 255, 457, 476, 484
 Dubarquier, Joseph 471
 Duns Scoto, Juan 419
 Durán, Juan Salvador 501
 Durkheim, Émile 449
 Duruy, Victor 173
 Duvergé, Antonio 255, 261
- E
- Newman, John Henry 483
 Emerson, Ralph Waldo 112, 121, 237
 Emiro Kastos (seudónimo de Juan de Dios Restrepo) 30
 Enriquillo 463
 Epícteto 330
 Ercilla, Alonso de 26, 473
 Escofet, José 329
 Espailat, Ulises Francisco 213, 216, 220, 457, 483-484, 489
 Espinosa, Alonso de 468
 Espronceda, José de 202
 Esquilo 406
 Eurípides 406
 Eúscaris 172
- F
- Faguet 184
 Faith, Mary 168

- Felipe II 114
 Felipe II de Prusia 188
 Fernández de Castro, Felipe 194
 Fernández de Lizardi, José Joaquín 335-336
 Fernández, Rafael 443
 Fernández, U. 443
 Fernando VII 194, 471
 Ferrand, Louis 470
 Ferrero, Guillermo 208, 421
 Feuerbach, Ludwig 185
 Fiallo, Fabio 87-90, 125, 127, 341-345, 492
 Fiallo Cabral, Arístides 496
 Fígaro (seudónimo de Mariano José de Larra) 30
 Filón de Alejandría 116
 Fischer, Kuno 365
 Flaubert, Gustavo 46, 93
 Fogazzaro, Antonio 483
 Fouillée, Alfred 231, 245, 419
 France, Anatole 51
 Francia y Velasco, José Gaspar 200, 387, 399, 417
 Freitas Roque, Arturo 500
- G
- Galván, Manuel de J. 481
 Galván, Rafael Octavio 499
 García, José Gabriel 483
 García, Zoilo 442
 García Calderón, Francisco 274, 315-316, 318, 320, 413-420, 422, 430
 García Copley, Federico 486
 García de Polavieja, Camilo 20
 García Gómez, Arístides 29-30, 495
 García Moreno, Gabriel 200, 399, 417
 Garcilaso de la Vega, llamado El Inca 325
 Garfield, James A. 35
 Garibaldi, Giuseppe 436
 Garrido, Miguel Ángel 140-142, 495
 Gautier, Manuel María 494
 Gayangos, Pascual 337
 Giró, Valentín 501
 Goethe, Johann Wolfgang von 110, 154
 Gómez, Máximo 65
 Gómez de Avellaneda, Gertrudis 373
 Goncourt, Edmond de 61
 Goncourt, Jules de 61
 Góngora y Argote, Luis de 409, 410
 González, Ignacio María 213, 217
 González Blanco, Andrés 286
 González Peña, Carlos 329, 335-336
 González Serrano, Urbano 19
 Gorbea, Andrés Antonio 386
 Gorjón, Francisco 468
 Gourmont, Remy 169
 Greenwood, George 155
 Grote, George 173
 Grullón, Eliseo 485
 Gutiérrez Nájera, Manuel 289
 Guyau, Jean-Marie 242, 246, 334
 Guzmán Blanco, Antonio 416

- H
- Haeckel, Ernst 189, 232, 364, 366
 Hamon, Augustin 256
 Harry, Myriam 75
 Harzen, Alexander 311
 Héctor 173
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich
 21, 154, 317, 364, 405
 Henríquez, Enrique 52, 496
 Henríquez Ureña, Max 375, 498-
 499
 Henríquez Ureña, Pedro 191,
 246, 286, 320, 329, 333-334,
 375, 468, 498
 Henríquez y Carvajal, Federico
 131, 211, 274, 484
 Henríquez y Carvajal, Francisco
 484
 Heredia, José María 436
 Heredia, Nicolás 485
 Heredia, Pedro de 380
 Helmholtz, Hermann von 174
 Hermant, Abel 117
 Hernández, Gaspar 476
 Herrera, Luis Alberto 401
 Herrera, Porfirio 501
 Herrera, Primitivo 501
 Hervé, Gustave 250, 256, 257
 Heureaux, Ulises 442, 496
 Heureaux hijo, Ulises 496
 Heyse, Paul von 127
 Hipatia 174
 Hoche, Lazare 452
 Hoffman, Ernst Theodor Ama-
 deus 127
 Homero 174
- Hostos 246, 330-331, 337, 419, 486-
 487
 Hume, David 234
 Huxley, Thomas Henry 181, 385
- I
- Ibsen, Henrik 109, 226
 Illas, Juan José 477
 Infante, Adolfo 443
 Ingenieros, José 419
 Iriarte, Tomás de 477
- J
- Jamain, Helio 75
 Jámblico 98
 James, William 113, 235-239, 242,
 246, 289, 317-320, 339-340,
 364, 367-369, 418, 449
 Jiménez, José María 502
 Jiménez, Mauricio 439-440
 Jiménez, Melitón 443
 Jiménez, Ramón Emilio 501
 Jiménez, Rogelio 443
 Jiménez de Quezada, Gonzalo 395
 Juana Inés de la Cruz, sor 336
 Juliano, Flavio Claudio Juliano,
 llamado 97-101, 174
- K
- Kant, Immanuel 309, 330-331,
 365

L

Lagarigue, Juan Enrique 179, 182, 185, 188, 385
 Lamarche, Armando 440-442
 Lamarche, I. Osterman 442
 Lamarche, José 485
 Lamarche, Juan Bautista 502
 Lamartine, Alfonso de 155
 Lamennais, Félicité Robert de 483
 Larrea 219
 Lastarria, José Victorino 247, 350, 417
 Le Bon, Gustave 177, 338
 Leclerc, J. 21
 Leguizamon, Lamartiniano 277
 Leibnitz, Gottfried 364
 Lessing, Gotthold Ephraim 154
 Lincoln, Abraham 35
 Littré, Émile 181, 369
 Logroño, Arturo 501
 López, José Ramón 497
 López, Luis Carlos 165, 168, 170, 357, 361
 López, Narciso 2101
 López Penha, A. Z. 377-381
 Louverture, Toussaint 259
 Louys, Pierre 93
 Lugo, Américo 496
 Lugones, Leopoldo 150, 202, 292
 Lulio, Raymundo 130
 Luperón, Gregorio 212-214, 498
 Lysidas 173
 Lysis 172

M

Macaulay, Thomas 19
 Machado, Manuel Arturo 495
 Maldonado, Francisco 395
 Malebranche, Nicolás 222
 Mallarmé, Stephane 410
 Maniocatex 26
 Mañaná, Luis 443
 Marchena (familia) 441
 Marco Aurelio 110, 317, 330
 Marqués de las Carreras (véase Santana, Pedro)
 Martínez, Jesús 443
 Martínez de Rozas, Juan 219, 390
 Martínez Monroy, José 20
 Martínez Sierra, Gregorio 137
 Marx, Karl 160
 Maupassant, Guy de 126
 McKinley, William 33, 35
 Mejía, Félix Evaristo 496
 Mejía, Gustavo Adolfo 502
 Mejía, Juan Tomás 501
 Meléndez, Juan 326
 Melgarejo, Mariano 200, 387, 399, 416
 Menandro 384
 Mendes, Catulle 126
 Mendiburu, Manuel de 326
 Mendoza, Elvira de 468
 Menéndez y Pelayo, Marcelino 335, 487
 Merezhkovski, Demetrio 97, 100
 Meriño, Fernando Arturo de 72, 482, 498
 Mesalina 91, 94
 Miguel Ángel, Miguel Ángel Buonarroti, llamado 427

- Milton, John 106
 Mirabeau, Honoré Gabriel Riquetti, conde de 59
 Miranda, Ignacio de 219
 Mirrina 100
 Mommsen, Theodor 93
 Mónica, Manuel (Meso) 473-474
 Monnier, Philippe de 61
 Montalvo, Juan 30, 140, 417, 430, 496
 Montaña, Enrique 501
 Monte, Domingo del 475
 Monte, Félix María del 479
 Monte y Tejada, Antonio del 470, 475
 Montesinos, fray Antón de 462
 Montesquieu, Charles Louis de Secondat, barón de 100
 Montolío, Andrés Julio 495
 Montoro, Rafael 208
 Montt, Manuel 387
 Montúfar, Carlos de 219
 Mora, José Joaquín de 386
 Morales, Francisco Tomás 397
 Morel, Emilio 501
 Moreno del Christo, Gabriel 494
 Moreno Nieto, José 19
 Morillas, Francisco 469
 Morillo, Gabriel 501
 Morillo, Manuel 441
 Morillo, Pablo 397, 441
 Moscoso Puello, Francisco Eugenio 309, 311, 497
 Moscoso Puello, Juan Elías 496
 Mota, Mercedes 497
 Moya, Casimiro N. de 494
 Musset, Alfredo de 48, 88, 492
 Myers, Frederick William Henry 239
 N
 Nariño, Antonio 219
 Nerón, Claudio César 176
 Nervo, Amado 150, 289
 Newton, Isaac 427
 Ney, Michel 252
 Nietzsche, Friedrich 189, 246, 289, 368, 406-407, 419, 500
 Nogales, José 287
 Nolasco, Félix María 375, 498
 Nouel, Adolfo Alejandro 451, 453
 Nouel, Bienvenido S. 501
 Núñez, Rafael 417
 Núñez de Balboa, Vasco 461
 Núñez de Cáceres, José 193-194, 257-258, 470, 472, 475
 O
 O'Higgins, Bernardo 219, 390
 Ojeda, Alonso de 25, 27-28
 Olney, Richard 420
 Oribazi 99
 Ortea, Francisco 485
 Ortea, Juan Isidro 485
 Ortea, Virginia Elena 496
 Othon, Manuel José 332
 Ovando, Leonor de 468
 Ovando, Nicolás de 462

P

Padilla, Juan de 395
 Páez, José Antonio 210, 417
 Palma, Ricardo 495
 Passaman, José 386
 Paulo V 467
 Payró, Roberto J. 279
 Paz Soldán, Mariano Felipe 326
 Pellerano Castro, Arturo (Byron) 492
 Penson, César Nicolás 495
 Peña y Reinoso, Manuel de J. de 486
 Perdomo, Apolinar 501
 Perdomo, José R. 502
 Pérez, Félix M. 502
 Pérez, Gregorio Rubén 443
 Pérez, José G. 431
 Pérez, José Joaquín 41-43
 Pérez Alfonseca, Ricardo poeta muy Personal, 502
 Pérez de Oliva, Hernán 498
 Pericles 172
 Peynado, Francisco J. 496
 Peynado, Jacinto Bienvenido 496
 Pichardo, J. Furcy 501
 Pichardo, Nisio 452
 PinochetLe-Brun, Tancredo 250, 400
 Pío, Carlos 119
 Pizarro, Francisco 461
 Platón 100, 364, 411
 Poe, Edgar Allan 127
 Poincaré, Henri, 338, 366
 Poincaré, Robert 413, 422
 Polanco, José Onésimo 502
 Pompadour, Jeanne-Antoinette

Poisson, marquesa de 62

Portalatín, Julio 443
 Portales, Diego 416
 Protágoras 268
 Prud'homme, Emilio 495

Q

Queiroz, Eça de 45
 Quevedo, Francisco de 474
 Quiroga, Juan Facundo 416

R

Rabelais, François 166
 Rageot, Gastón 339
 Regla Mota, Manuel de 485
 Renan, Augusto 21-22, 47, 98, 178, 181, 225-226, 273
 Reyes, Alfonso 329, 332-333, 406, 408
 Ribera, fray Salvador de la 326
 Ribot, Théodule-Armand 204
 Richt, Juan Pablo 166
 Ritschel, Albert 449
 Riva Agüero, José de la 321, 325
 Rivera, Fructuoso 417
 Riza, Tewfith 220
 Rodó, José Enrique 110, 114-115, 221-227, 229-230, 274, 279, 286, 333-335, 430, 433-434, 498
 Rodríguez del Padrón, Juan 409
 Rodríguez Objío, Manuel 479
 Rojas, Antonio A. 219
 Roldán, Francisco 461

- Roosevelt, Theodore 421
 Root, Elihu 420
 Rosas, Juan Manuel de 200, 387, 399
 Roscio, Juan Germán 219
 Rossi, Emilio 115-116
 Rousseau, Juan Jacobo 160
 Rowe, John H. 109
 Ruiz de Alarcón, Juan 498
 Ruskin, John 404
 Ruyters, Andrés 286
- S
- Saavedra, José R. 389
 Sabatier, Louis-Auguste 449
 Sáenz, Manuela 435
 Saint-Simon, Claude 160
 Saint Victor, Paul de 389, 408
 Salcedo, José 390
 Sales Pérez, Francisco de 30
 Salmerón, Nicolás 19
 San Francisco de Asís 453
 San Ignacio de Loyola 415
 San Martín, José de 431-433
 San Pedro, Diego de 408
 Sánchez, Juan José 502
 Sánchez Grateró, Rafael 502
 Sánchez Lustrino, Ricardo Vicente 500
 Sánchez Ramírez, Juan 193, 469, 417-472
 Sánchez Valverde, Antonio 469
 Sanders Pierce, Charles 236, 317
 Santa Cruz, Andrés de 417
 Santana, Pedro 70
 Sanz del Río, Julián 19
- Sarmiento, Domingo Faustino 386
 Saviñón, Melitón 439
 Saviñón, Tancredo 439
 Schelegel, Wilhelm 407
 Schlegel, Friedrich 154
 Schliemann, Heinrich 173
 Schopenhauer, Arthur 244, 312, 357
 Seyano 440
 Shakespeare, William 154-156
 Sienkewicz, Henryk 93, 95-96
 Silva, José Asunción 150
 Sócrates 183, 331
 Sófocles 406
 Soto, Renato de 502
 Spencer, Herbert 181, 185, 247, 331, 367, 385
 Spinosa, Nicolás 468
 Spinoza, Baruch 108
 Starr, Frederick 401
 Stendhal, Henri Beyle, llamado 57, 483
 Sterne, Laurence 166
 Stuart-Mill, John 181, 234, 367
 Subercaseaux de Vicuña Mackena, Victoria 383
 Sucre, Antonio José de 193, 323-324
 Swift, Jonathan 166
 Symons, Arthur 286
- T
- Tácito 440
 Taine, Hipólito 110, 117, 178, 181, 186, 318
 Tejera, Apolinar 484

Tejera, Emiliano 484
 Terencio, Publio Terencio Africano, llamado 116
 Thiersch, Karl 174
 Tiberio, Tiberio Julio César Augusto, llamado 440
 Ticknor, George 337
 Toledo, Francisco de 390
 Tolstoi, León 154-155, 157
 Torquemada, Tomás de 114
 Torrente, Mariano 323
 Torres Tenorio, Camilo 219
 Tovar Ponte, Martín 219
 Trine, Ralph Waldo 237

U

Ugarte, Manuel 274, 297-298, 302, 304, 306-308, 394, 400, 41
 Uhrbach, Federico 119, 122
 Unamuno, Miguel de 427
 Urbaneja-Achelpohl, Luis Manuel 279
 Urbina, Luis G. 289-293
 Ureña de Henríquez, Salomé 42, 373, 487
 Ureña de Mendoza, Nicolás 479
 Myers, F. W. 369

V

Valdez, Jerónimo de 323
 Valdivia, Pedro de 395
 Valencia, Manuel María 477
 Valverde, Sebastián Emilio 56-58
 Vargas Vila, José María 140, 175

Varona, Enrique José 42
 Vasconcelos, José 329, 337-340
 Vaux, Clotilde de 183
 Vedía y Puentes, Remigio 337
 Verlaine, Paul 154, 358
 Victoria, Alfredo 456
 Victoria, Eladio 456
 Vicuña Mackena, Benjamín 383
 Vicuña Subercaseaux, Benjamín 159, 161-163, 179, 184, 383-386, 388-391
 Vigil, Francisco de Paula 417
 Vigil Díaz, Otilio Celestino Marcelino 501
 Villaespesa, Francisco 500
 Villalba, Domingo 502
 Vinci, Leonardo de 427
 Vitelio, Aulio Vitelio Germánico, llamado 214
 Huguell, Friedrich von 483

W

Winkelman, Henri 172
 Wolf, Friedrich August 173

Y

Yáñez, Francisco Javier 219

Z

Zea, Francisco Antonio 219
 Zorrilla, José 202
 Zorrilla de San Martín, Juan 490

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.

- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano.* Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos.* Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná.* Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño.* Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo.* Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501.* Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo xvii.* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain.* Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer.* Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546).* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables.* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo xix y otras estadísticas de población.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670).* Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916).* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Pérlas de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras.* Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras.* Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega.* Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica.* Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Pamfletos de Santiago: torturas y desaparición.* Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos.* Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías.* Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos).* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos xv-xix*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constanancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacocismo burgués contra Salmave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI «*Sociología aldeada*» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3^{ra} edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.

- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos.* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones.* Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guananí y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux* (Lilís). Cyrus Veesser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *Enbusca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 1, tomos I y II*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 2, tomos III y IV*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931.* Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014).* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives).* Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana. Tomo I.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana. Tomo II.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy.* Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello.* Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominico-haitiana 1763-2015.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití.* Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXXXII *Crisis de la dominación oligárquico-burguesa (1961-1966)*. Álvaro A. Caamaño y Ramón E. Paniagua Herrera. Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXIII *Balaguer y yo: la historia*. Tomo I, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIV *Balaguer y yo: la historia*. Tomo II, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXV *Páginas dominicanas de historia contemporánea*. Antonio Hoepelman, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVI *Relatos biográficos de Francisco Alberto Henríquez Vásquez*. Investigación de Pastor de la Rosa Ventura, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXVII *El modelo anticaudillista y desarrollista del presidente Ramón Cáceres (1906-1911)*. José L. Vásquez Romero, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVIII *La Barranquita. Hablan los patriotas y la traición*. Manuel Rodríguez Bonilla, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIX *ENCUENTROS. En la República Dominicana*. Miguel Sarró, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXC *Minería dominicana. Desarrollo irracional*. Teóduo Antonio Mercedes, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCI *Antes y después del 27 de Febrero*. Segunda edición, Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCII *Los dominicanos*. Ángela Peña, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIII *Obras completas. Guerra de la separación dominicana. Partes de la guerra dominico-haitiana...* Volumen 3. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIV *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo arreglado para el uso de las escuelas de la República Dominicana. 1867*. Volumen 4, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCV *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVI *La Era II*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVII *Cronología: Revolución de Abril de 1965. Del 24 de abril al 25 de mayo*. Tomo I, Gerardo Sepúlveda, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCXCVIII *Historia de Santo Domingo. La separación (1844)*. Vol. X. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1578-1587)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCC *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios*. Departamento de Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCCI *Horacio Vásquez. Mensajes y memorias. Tomo 1. Compilación de Ricardo Hernández, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCII *Los intelectuales y la intervención militar norteamericana, 1916-1924. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCIII *Obras casi completas. Tomo 3. Notas críticas. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCIV *Obras casi completas. Tomo 4. En la hora trágica y Días sin sol. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCV *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo. Tomo I, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCVI *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo. Tomo II, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCVII *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana. Ciriaco Landolfi, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCVIII *Los silencios de Juan Pablo Duarte. Luces y sombras de un hombre excepcional. Francisco M. de las Heras y Borrero, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCIX *El gran olvidado. Rafael Andrés Brenes Pérez. Compilación de Mario Emilio Sánchez Córdova y Margarita Piñeyro de Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCX *La Comisión Nacionalista y la ocupación americana de 1916. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCXI *VI Conferencia Interamericana de Costa Rica, 1960 (sanciones contra la República Dominicana). Intervenciones de la Comisión Interamericana de Paz, 1948-1962. José Antonio Martínez Rojas, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCXII *El cementerio de la avenida Independencia: Memoria urbana, identidad caribeña y modernidad. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCXIII *De súbditos a ciudadanos, siglos XVII-XIX (El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), tomo IV. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D.N., 2017.*
- Vol. CCCXIV *Bibliotecas privadas y vida cotidiana en la colonia de Santo Domingo. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D.N., 2017.*

- Vol. CCCXV *Historiografía y literatura de Salcedo, 1865-1965*. Emelda Ramos, Santo Domingo, D.N., 2017.
- Vol. CCCXVI *Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana de 1916*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXVII *Mis dos Eugenio*. Giannella Perdomo, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXVIII *Palabra, canto y testimonio*. Fernando Casado, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXIX *Oscar Torres. El cine con mirada universal*. Luis Beiro Álvarez, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXX *Obras completas. Memorias para la historia de Quisqueya. Rasgos biográficos de dominicanos célebres. Diccionario geográfico-histórico. Volumen 5*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXI *Obras completas. Epistolario I. Volumen 6*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXII *El pasado como historia. La nación dominicana y su representación histórica*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIII *Normas editoriales Archivo General de la Nación*. Departamento de Investigación, área de Publicaciones, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIV *Tras los pasos de Balaguer. Desde los aprestos para la Vicepresidencia hasta las elecciones de 1966*. Pedro Carreras Aguilera, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXV *Un leviatán tropical: las redes clientelares de Trujillo en América Latina y el Caribe*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVI *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso, tomo I*. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVII *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso, tomo II*. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVIII *Brevisima selección sobre las ideas políticas en los escritos de Francisco Antonio Avelino*, Francisco Antonio Avelino, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXIX *Redes del Imperio*, Laura Náter, Santo Domingo, D. N., 2018.

Colección Juvenil

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo xix*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo xix)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. IX *El montero*. Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. X *Rufinito*. Federico García Godoy, Santo Domingo, D. N., 2017.

Colección Cuadernos Populares

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. 4 *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidad de América*. Emilio Roig de Leuchsenring, Santo Domingo, D. N., 2017.

Colección Referencias

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve*. Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación*. Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

OBRAS CASI COMPLETAS. Tomo 5. Antología I, de Federico García Godoy, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, S. R. L., en septiembre de 2018, con una tirada de 1,000 ejemplares, Santo Domingo, República Dominicana.

